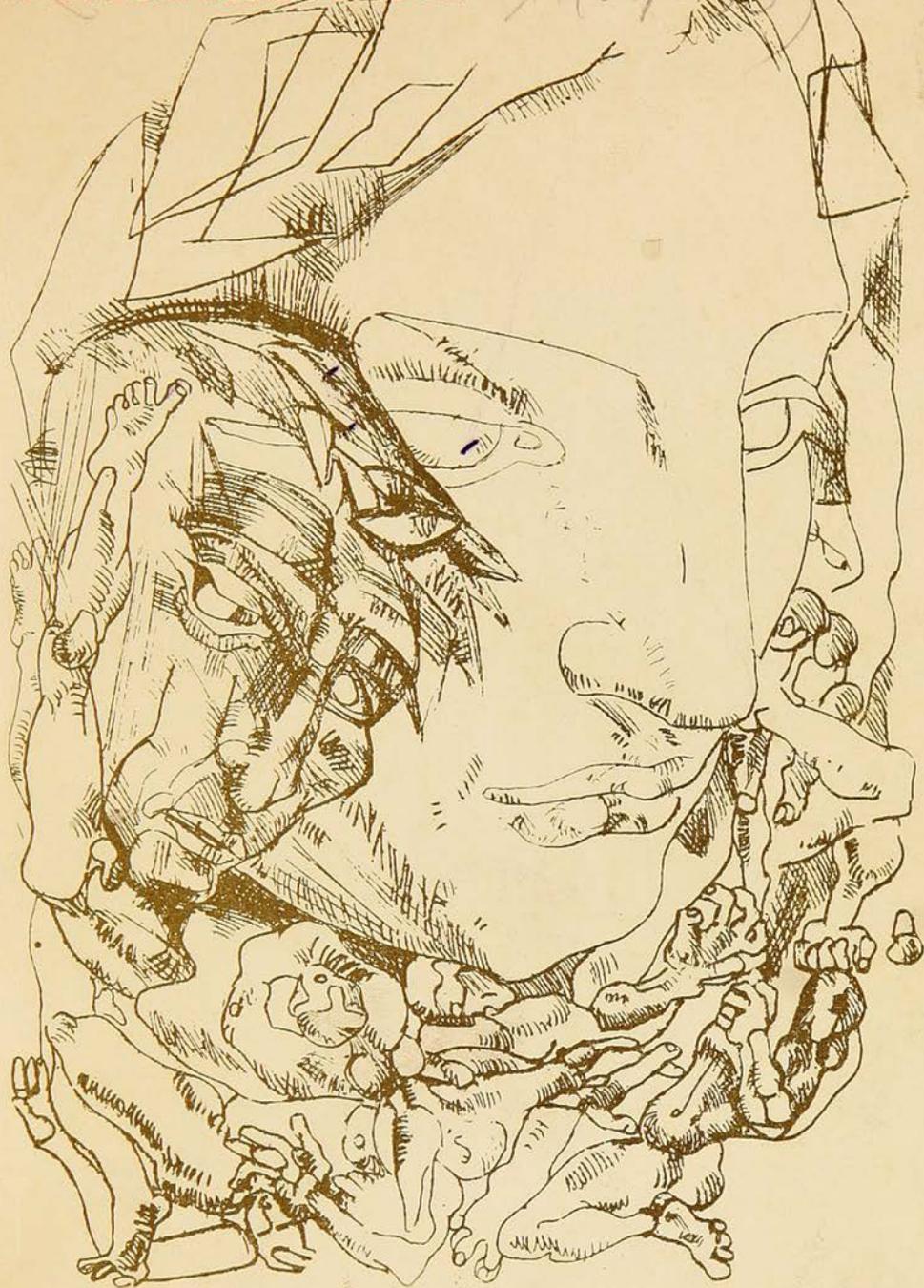


armando roa

14109-06



DEMONIO Y PSIQUIATRIA

DEMONIO
Y
PSIQUIATRIA

BIBLIOTECA NACIONAL
CHILE

EDITORIAL ANDRES BELLO

Ahumada 131, 4º piso, Casilla 4256, Santiago

Inscripción N° 42.087

Se terminó de imprimir esta 1ª edición
de 4.000 ejemplares en el mes de febrero de 1974

DISEÑO GRÁFICO: Rosa Da Venezia

IMPRESORES: El Escudo

Avda. Chillán 2230, Santiago

PRINTED IN CHILE

IMPRESO EN CHILE

17(09-50)
ARMANDO ROA R.

DEMONIO
Y
PSIQUIATRIA

Aparición de
la conciencia científica
en Chile



EDITORIAL ANDRES BELLO

BIBLIOTECA
NACIONAL
CHILENA

ARMANDO ROA R.

DEMONIO
Y
PSICUIATRIA

BIBLIOTECA NACIONAL
Sección Control

El demonio en la psiquiatría
de Chile

EDITORIAL ANDRÉS BELLON



A mi esposa: Natalia
A mis hijos: Natalia y Armando

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

DEMONIO
Y
CIENCIA

Hasta hace apenas cuarenta años desde la puesta del sol hasta el alba, nuestros campos adquirían algo de siniestro. Aves gritando el fatídico “tué-tué” cruzaban el cielo; difuntos atajaban en los cruces solitarios a quienes abandonaban un velorio a medianoche; en los claros de los bosques los ansiosos de oro celebraban pactos con el Demonio; en los rincones oscuros de los dormitorios aparecían ánimas ávidas de plegarias; en los caminos se veían perros, gatos, sabandijas con olor a azufre, que saltaban de repente al anca del caballo aterrorizando a los viajeros, pequeñas luces corrían trechos cortos y se hundían en pantanos o matorrales, anunciando la existencia segura de un entierro. En el cuarto más aislado de las casas de descreídos importantes, y alimentados personalmente por su dueño, vivían “familiares”, curiosos culebrones, representantes del “Malo”, que no debían ser vistos por nadie, para afianzar la prosperidad política o económica. No rara vez era necesario cambiarse de casa, manteniendo en sumo secreto la nueva residencia porque en la antigua se había descubierto la presencia de un colocolo, animalito en forma de ratón, capaz de provocar los más serios infortunios.¹

¹ Colocolo: animal de extraordinaria agudeza auditiva que oye a cuerdas de distancia y obliga a los moradores de la casa afectada, cuando quieren cambiarse de lugar, a ponerse de acuerdo con voz cuchicheada en sitios lejanos.

Las gentes se proveían de elementos salvadores. No faltaba la cruz de palqui tras las puertas; al grito del chonchón¹, tué-tué, se decía: “martes hoy, martes mañana, martes toda la semana”²; si se trataba de cogerlo se ponía sal bajo la piedra de machacar ají colocada al revés. Ante la “caída y apagamiento de una estrella”, señal segura de la muerte de alguien, urgía la frase piadosa: “Dios te guíe por el buen camino”. A una persona recién fallecida se le ponía primero los zapatos, pues debía emprender inmediato viaje al otro mundo por caminos llenos de espinas y pedregullos, sorteando obstáculos sucesivos terribles a lo largo de la ruta: perros salvajes se lanzaban a morderla; piedras enormes, ardientes, que entrechocaban procuraban aplastarla, etc. Si la persona era buena y estaba calzada, tenía agilidad de movimientos y llegaba sin obstáculos al cielo; en caso contrario era mordida por los perros, aprisionada por las piedras, y así hasta terminar en inacabables sufrimientos.

Cualquier enriquecido de la noche a la mañana obligaba a la prudente distancia, pues las riquezas intempestivas eran obra de pactos demoníacos secretos; tales pactantes podían sin embargo salvar su alma si dos personas los velaban a solas en medio de espesuras arboladas en la noche misma convenida para entregar el cuerpo y el alma al infierno. Esos valientes provistos de cru-

¹ Chonchón es la cabeza del brujo que pasa volando.

Se cree que los chonchones van a fiestas en cavernas subterráneas. En las provincias de Maule, Ñuble y Concepción se les suponía reunirse en la cueva de Salamanca, que tendría numerosas entradas; una a orillas del río Itata, cerca de Portezuelo, otra en las cercanías de la Quebrada del Valiente y de los pueblos de Tomeco y Florida, entre Concepción y Chillán, etc. Unos campesinos de los fundos Pelchoquín, Santa Rosa y Peumo Negro, me contaron haber oído a medianoche, escuchando a través de una de las entradas, ruidos de cuchillos, tenedores, música y baile. Otro día, un compañero al saber eso, entró resueltamente; fue invitado a compartir un banquete; había hombres y hermosas mujeres; toda la vajilla era de oro y piedras preciosas. Los manjares exquisitos. Presidía la fiesta un caballero negro con dientes de oro (el Demonio).

De repente se quedó dormido; al despertar era pleno día y vio sólo un montón de tablas, latas y excrementos. Huyó despavorido.

² Los días martes, según la tradición popular, los brujos están sordos. La fórmula anterior expresa el deseo de que vivan en un martes permanente.

ces, agua bendita y toda clase de objetos sagrados, debían alejar al Demonio, del cuerpo de la víctima rodeado de velas, vestido por lo general de negro, hasta llegar el alba; si lo conseguían el Demonio rompía el pacto dejando como restos fétidos olores. Los pactos con el Diablo en busca de fáciles placeres mundanos se suponían frecuentes en Chile, y recuerdo a dos personas que contaban haber recibido ofertas en oro con tal de velar a medianoche a la ya segura presa de Satanás, pues cumplido el tiempo de goces convenido en el pacto, a las 12 debía venir a buscarlo; explicaban detalladamente la estrategia del velatorio. Las Palabras Redobladas¹ eran un buen seguro contra aquel peligroso personaje y eran enseñadas “en secreto” a todo el mundo.

Sin embargo, los procesos por brujería y posesión diabólica, si se toma en cuenta la importancia del problema en Europa

¹ Las Palabras Redobladas se suponen preguntadas por el Demonio y respondidas por la víctima del pacto o un amigo que le acompaña. El Demonio llega al cuarto de su víctima alrededor de la medianoche, golpea la puerta y revela el objeto de su visita. El pactante se niega a abrir; el Demonio le dice que si contesta bien las Palabras Redobladas le dejará libre.

En la zona de Concepción el diálogo era el siguiente:

Demonio: Amigo, dígame una.

Respuesta: Sí, amigo, se la diré: una no es ninguna y siempre la Virgen es Pura.

Demonio: Amigo, dígame dos.

Respuesta: Sí, amigo, se la diré: Dos, son las dos Tablas de la Ley con que pasó Moisés con sus apóstoles por Jerusalén; una, no es ninguna y siempre la Virgen es Pura.

Demonio: Amigo, dígame tres.

Respuesta: Sí, amigo, se la diré: Tres son las tres Marías; dos, son las dos Tablas de la Ley con que pasó Moisés con sus apóstoles por Jerusalén; una, no es ninguna y siempre la Virgen es Pura.

El diálogo continúa siempre en la misma forma, contestando directamente la pregunta y repitiendo en orden inverso las anteriores. El resto de las respuestas es: cuatro, son los cuatro Evangelios; cinco, son las cinco llagas; seis, son las seis candelejas; siete, son los siete Sacramentos; ocho, son los ocho cielos; nueve, son los nueve meses que estuvo Cristo en el vientre; diez, son los diez Mandamientos; once, son las once mil vírgenes; doce, son los doce Apóstoles.

Demonio: Amigo, dígame trece.

Respuesta: Sí, amigo, se lo diré; el que pregunta doce y pasa a trece revienta al Diablo cien veces.

Se oye un estampido, olor a azufre y el Diablo desaparece.

en otras épocas, son sumamente escasos entre nosotros, lo cual mostraría que tales fenómenos rara vez alcanzaron repercusión pública, o que siempre hemos tenido una irónica postura ante los poderes infernales, como se observa en los numerosos cuentos en que el Diablo se muestra confiado, poco malicioso, incapaz de adivinar trampas, en suma, como lo han dicho otros, un pobre diablo.

Las personas mayores de barrios populares confiesan en reserva "creer y no creer" en males, ánimas o apariciones diabólicas, pero se quejan enseguida de la incredulidad de sus hijos; revelan el uso habitual de "contras" o fórmulas mágicas, cuando se levanta un inesperado remolino de polvo, signo inequívoco de la presencia de Luzbel, o cuando un perro o un gato despiden olor a azufre. Tales presencias se dan por sobreentendidas, porque "no conviene pronunciar el nombre de Satanás para evitar su aparición directa"; las labores del momento deben seguirse como si nada ocurriese. Ante los aullidos dolorosos de los perros en las noches, se dice una oración y se sigue durmiendo.

Una mujer que vive en el Paradero 36 del camino a Santa Rosa, a las puertas de Santiago, refirió días atrás que allí, entre unos matorrales llora todas las noches una mujer muerta hace años debido a malos tratos del esposo; "la ha oído ella y el vecindario; nadie se atreve a acercarse al lugar mismo, distante algunas cuadras, por miedo a perturbar a la difunta". Otros vecinos han confesado lo mismo, agregando además como testimonio de actividades diversas del Enemigo Malo, que cuando expira un condenado y es puesto en el ataúd, el Demonio se lleva silenciosamente el cuerpo al infierno, dejando errabunda al alma acá en la tierra hasta el Juicio Final. Por eso los ataúdes de los condenados, o se sienten livianos porque no llevan nada adentro, o bien pesan, porque el Diablo reemplaza al verdadero cuerpo por un monigote parecido.

Los más jóvenes frente a esto comentan: "son puros cuentos, no hay Demonio ni nada"; incluso en los más viejos tales creencias, al revés de lo ocurrido en los pueblos primitivos, no influyen en lo cotidiano; se conversan en las noches invernales junto a braseros y lámparas, en las tardes mientras se desgrana

maíz, o recostados sobre la paja de las parvas en las eras donde aún se trilla a yegua, sirviendo más bien de tema de entretenimiento.

Este universo tenebroso vivido en la niñez en campos de Ñuble y Concepción ha desaparecido de la zona central, y uno se pregunta cómo en tiempo tan escaso se borraron antiguas creencias, y qué es lo que las ha reemplazado. Ciertamente hay todavía enfermos de maleficios, y acuden a brujos, machis, advinos y curanderos, pero lo hacen de manera oculta y vergonzante, sin abandonar la posible validez de la opinión médica. En todo caso el atardecer y la noche han perdido su peligro. La víctima de un "mal" lo es hoy por envidia o celos, y el "mal" es dirigido a ella concretamente; no es por lo tanto un mero desgraciado caído al azar en el juego ominoso de los espíritus perversos. En otras palabras, senderos solitarios, bosques, patios, rincones, se han despoblado de sus ángeles fatídicos.

Quizás si la desaparición masiva de los bosques, la desecación de pantanos, los caminos rectos y pavimentados, la mecanización del agro, la velocidad de los viajes, la electricidad, la radio y la televisión, hayan inclinado el mundo de las creencias en direcciones distintas, sin que sepamos aún si eso es un progreso sin reparos, o si trae un desequilibrio "ecológico" anímico aún no compensado, pero una de cuyas consecuencias pudiese ser la pérdida de la sabiduría popular ante los problemas embargantes, y ese enorme aumento de enfermedades nerviosas en poblaciones rurales y en barrios pobres de las ciudades, más allá del influjo propio de la miseria, pues, como se sabe, el aumento de tales enfermedades es también impresionante entre las gentes acomodadas. Es benéfico perder supersticiones; el problema es si se desfondan dejando un vacío, o si las desplazan contenidos espirituales superiores. Una cosa es el desdén legítimo por algo y otra más difícil y necesaria, la sustitución de lo desdeñado por algo que reedite a más altura la antigua cohesión del mundo.

Las posesiones demoníacas son casi desconocidas en nuestra historia, y en las memorias de conventos a lo más se anotan apariciones sensibles del Demonio; lo identifican por su aspecto seductor o porque, siendo un animal, se ubica en sitios y horas escogidos para la meditación. Así una religiosa refiere que sien-

do aún muy niña, construye una pequeña glorieta en el rincón de un frondoso jardín para meditar tranquila; va allí al mediodía y encima del tronco escogido para sentarse encuentra una gran culebra: "es el Demonio que busca atemorizarla". Siendo ya adolescente decide hacerse monja; ve cada mañana, que tan pronto pone los pies en la puerta de su casa para ir a misa, se le acerca un joven muy gentil, que pese a no encontrar respuesta de su parte la acompaña hasta la puerta de la iglesia; la espera a la salida y se devuelve con ella hasta la casa; como en el ambiente reducido de la sociedad de Santiago de mediados del siglo XIX es un absoluto desconocido, se trata otra vez del Demonio. Las descripciones sensoriales directas de fenómenos demoníacos leídas por nosotros en memorias de chilenos no provocan, ni siquiera lejanamente, ese sobrecogimiento de las descripciones medioevales, o de las de Santa Teresa, por ingenuas y populares que sean incluso las de la Santa de Avila.

Hay algo de desgano, trivial e ingenuo en las biografías nuestras; hacen excepción las Memorias de Ursula Suárez, monja santiaguina del siglo XVII, discípula de Santa Teresa, que guarda casi en todo momento un sencillo y vigoroso acento personal, alcanzando a ratos verdadera altura. Sólo se conoce una copia del manuscrito primitivo, copia guardada en los Archivos de la Biblioteca Nacional, de cuya existencia hemos tenido noticia gracias al poeta Braulio Arenas.

Ursula Suárez habla varias veces de tentaciones diabólicas, y respecto a la visión corporal del Demonio, asegura haberla tenido en sueños una sola vez. El trozo respectivo no es por desgracia lo mejor de su prosa. El padre confesor le ha pedido contar sus sueños con el maligno y ella le describe el único: "Yo con ese maldito sólo un sueño había tenido y se lo describí como fué; soñé saliendo un día del Refectorio; me encontraba con mi madre en el claustro, viva, que ya era difunta, y le decía: Madre mía habíanme dicho era muerta, que tanto he llorado y pasado grandísimos trabajos; gracias a Dios que la veo; vamos, contarélos. Fuéme siguiendo; llevéla por los dormitorios y salí a una celda que tenía puerta a ellos; subí al estrado con ánimo de gozar de su compañía y quedóse a la puerta parada; yo la miraba sin preguntarle por qué no venía a conversar conmigo.

En esto ví un pericote¹ negro y feroz que entraba a la celda por una puerta que caía al claustro, andando en dos pies, y dije, éste es el Diablo, ven acá demonio, ahora me has de pagar cuántas me has hecho y me has de decir por qué nos persigues. Se llegó al estrado, yo me hallé en las manos un látigo famoso y empecé a azotarlo; hecha una cólera y con todas mis fuerzas descargaba sobre él tantos de los azotes; quería huir por la puerta donde mi madre estaba y se retiraba, y yo lo llamaba diciendo: Ven acá Demonio por qué nos persigues. El venía y vuelto a azotarlo ya estaba cansada, y cesando sentéme un rato a tomar nuevos alientos. El andaba por las esquinas de la celda y no podía trepar; yo con imperio lo volví a llamar; fue en cuatro pies; volví a azotarlo hasta que más no pude, y se salió por donde entró, y pasó a otra forma de coipo; arrastrándose y rompiendo la tierra se fue para mi celda. No ví en qué paró, porque como si entrara por una cueva así se metió debajo de la tierra. Yo desperté tan cansada y adolorida como si hubiera trabajado sobre mis fuerzas y empecé a quejarme del molimiento que sentía en el cuerpo”. Tres líneas más adelante agrega: “Dios por su suma bondad me puso desde mi tierna edad tal temor a los pecados, que ni maldecir ni nombrar al diablo como suelen las niñas”.²

A los testimonios de Ursula Suárez habría que agregar por su mayor riqueza en detalles, las apariciones y acciones del Demonio de que da cuenta el Dr. don José Manuel Bermúdez, Canónigo Magistral de la Santa Iglesia Metropolitana de los Reyes, de Lima, en su “Breve Noticia de la Vida y Virtudes de la Señora doña Catalina de Yturgoyen Amasa y Lisperguer Condesa de la Vega del Ren”.³ (*) De esta rara obra publicada en 1821 y de la cual según lo afirmado por Vicuña Mackenna, sólo hay dos ejemplares en Chile, nos parece valioso transcribir íntegramente el capítulo XXII, titulado “La persigue el infierno”:

¹ Pericote: ratón grande.

² Ursula Suárez. Manuscrito dactilografiado por la Editorial Andrés Bello. Págs. 133 y 134. La puntuación es nuestra.

³ Edición Imprenta del Río. Lima. 1821. Págs. 106 a 111.

(*) Se trata de una dama chilena descendiente de la Quintrala que vivió en Chile, se casó a los 16 años, trasladándose luego al Perú.

“Una de las cosas que se admiran en la conducta de nuestro divino Salvador es, que estando para principiar su vida pública, se dejó arrebatado por su espíritu al desierto, para hacerlo el teatro de sus combates con el abismo. Para esto permitió que el príncipe de las tinieblas se atreviese a tentarlo, poco después de su bautismo. ¿Y qué otra cosa nos quiso enseñar con esto el Divino Maestro sino que desde el principio de nuestra conversión a Dios debemos fortalecernos para resistir a las tentaciones, sabiendo que sin hacerles frente nadie conseguirá el reino de los cielos, y conociendo al mismo tiempo quien es el principal autor y artífice de ellas? ¿Qué otra cosa nos quiso mostrar sino que no hay tentación que no se pueda vencer con la divina gracia, con la oración, el ayuno, la lección espiritual, la meditación de los preceptos del Señor, con la constancia, fortaleza y confianza en Dios, de que nos dió el más relevante ejemplo en aquellos cuarenta días de su abstinencia? ¿De qué otra cosa quiso dejarnos y ofrecernos una clara idea, sino de que cuantos habían de ejercer en su Iglesia el ministerio de doctores, predicadores, apóstoles, y cuantos debían en lo venidero aventajarse en la virtud y santidad, pasarían precisamente por la gran prueba de las tentaciones? Se hallaba nuestra admirable Condesa íntimamente convencida de esta verdad. Por eso se armó desde muy temprano de esas armas, con que la instruyó el Salvador a vencer al común enemigo.

“Este la atormentó mucho, ya maltratándola corporalmente, ya tentándola y asustándola en formas varias y horribles. Llegó su osadía a sacarla de los brazos de la cruz donde oraba, dando con ella en tierra y golpeándola. Estando en oración en la misma cruz, le estiró los brazos sobre ella; diciendo era esto para enseñarla a mortificarse, y con el mismo pretexto le quitó y arrebató otra vez la disciplina. En cierta ocasión con un puntapié la arrojó de un estrado, y en otra hubo de estrellarla contra un confesionario. Habíase puesto en oración por humildad debajo de una cama, y fue tanta la rabia y furor de los espíritus infernales, que la suspendieron de pies y manos, atormentándola como en un potro. Le protestó a su confesor que en aquel fiero lance conoció que se moría y se le acababa la vida, pero siempre firme en que se hiciese la voluntad de Dios, hasta que reflexio-

nó que moría sin Sacramentos, y pidió no acabar la vida sin recibir a su dulcísimo Jesús. Y sintió que venía *el Sol en el Sol*, expresión suya, y que le decía: *Yo soy vida, salud y fortaleza, y quiero comunicártela*; y se le hizo sensible en su corazón por tres horas la presencia de Jesucristo. Un día después de acostada y recogida la maltrató gravemente el demonio, oyéndose los golpes en la casa.

“Testifica un sacerdote digno de fé, que oyó referir en la villa de Pisco a personas ancianas, que en la casa inmediata a la de la Señora Condesa, que está en la calle de San Juan de Dios, se hospedó un pasajero y durmió en un cuarto contiguo al de dicha Señora. A la media noche oyó terribles golpes y alaridos que lo aterraron y obligaron a dejar la cama y salir no sólo de la vivienda, sino también de la casa hasta la calle: y refiriendo por la mañana lo que pasaba a los vecinos, conocieron por las señas que los ruidos habían sido de los demonios en la habitación de la Condesa, y los alaridos de ésta, a quien aquellos molían los huesos con un mazo en ciertos días de la semana, lo que se había ya hecho público en el lugar, por haberlo oído otras muchas personas. No pedía ni intentaba la paciente Catalina que la librase Dios de estos martirios y persecuciones de Lucifer y los suyos, porque cuando lo quería hacer sentía escrúpulo y se turbaba, pareciéndole que era resistir y oponerse a las divinas disposiciones. Y de aquí se infiere la gran conformidad que tenía con ellas, y como las adoraba en todos sus padecimientos y demás acciones.

“Estando en oración en la cruz según su costumbre, un día dos de octubre, antevíspera de San Francisco, la arrojó el demonio entre llamas infernales y animales inmundos que la mordieron, quedando toda cubierta de una especie de lepra, de que la sacó el santo a quien invocó, pero toda tan molida y hecha pedazos, que fue necesario sangrarla. Mucho padeció en este género, sin que la dejase el furor diabólico ni aun en la Iglesia, pues una vez estando en ella la estrechaban por la cintura apretándole las entrañas y haciéndola pedazos hasta que dió gritos al confesor: *Padre, quítame esto, quítame*, y se libró. Sin duda porque su humildad confundía su soberbia y altivez. Ya que no podía vencerla y rendirla con sus violencias, se valía de las astucias y

engaños. Se le presentaba bajo las formas más horribles y espantosas que le causaban desmayos y sustos mortales. Ya le saltaba a la cara de un vaso de agua en figura de culebra, sapo u otros animales como a San Antonio Abad; ya se le representaba en la apariencia de un atrocísimo escuerzo o acompañado de sus aliados. Hubo vez en que se le pusieron dos demonios en forma de escapulario, uno en el pecho y otro a las espaldas, y la hubo en que se halló con la saya llena de gatos infernales. Se valió también de alguna figura ridícula para inquietarla, como cuando se le presentó con paño de cabeza muy de mañana. ¿Qué novedad es ésa? le dijo la Condesa con desprecio y risa. *El tragín, contestó, y las madrugadas. Es verdad, repuso Catalina, que la que hiciste para oponerte a Dios te tiene tan malo:* con lo que huyó todo corrido.

“Por quince días padeció de una tentación de sueño tan pesado que declinaba en letargo, con gran repugnancia para todo lo espiritual; mas triunfó de ella con la oración y comunión. Y siendo éstas el gran remedio para librarse de las acechanzas del enemigo común, intentó todavía éste separarla de la oración, suscitándole escrúpulos y vanos pretextos, pero no lo consiguió. Solía también hurtarle la llave con que salía a deshoras a la Iglesia a orar, y después la hallaba en su casa o en la cama. Rezaba el Rosario en la capilla de cierta Iglesia, y vió bramando dos demonios. El espíritu de tinieblas que para deslumbrar a los hombres suele transformarse en ángel de luz, acostumbó también con el mismo designio, disfrazarse en algún Santo, poniéndose delante de la Condesa en traje de San Francisco, o de San Felipe Neri, con el pretexto que iban a consolarla. Pero los siervos de Dios tienen unas reglas y signos fijos para descubrir tales ilusiones. Conociólas en efecto la Condesa, y Satanás desapareció corrido y avergonzado. La visión que más la atormentaba era cuando al tiempo de comulgar le decía que sólo esperaba aquella comunión para arrebatarla y precipitarla en el abismo. Pero siempre lo venció, aunque padeciendo grandes turbaciones y angustias. Lo que más sentía y la atormentaba en aquel trance, era juzgar que Dios permitía esas visiones porque estaba en pecado. Este dolor le causaba suma tristeza y graves enfermedades, de que se sacudía con la oración y comunión misma que serenaba la bo-

rrasca, y con invocar los santos nombres de Jesús, María y José, de que era devotísima”.

LA PREOCUPACIÓN POR LO DEMONÍACO EN LOS CIENTÍFICOS EUROPEOS

La falta de perturbación en las tareas habituales de la vida, que las creencias respecto al Demonio introducían en la existencia nacional, han repercutido seguramente en la escasez de estudios científicos respecto a tales fenómenos entre los investigadores chilenos. Curiosamente lo que ha interesado vivamente a los científicos europeos desde sus orígenes no ha movido a los nuestros. Charcot, Richet, Janet, Freud y Osterreich, se aperplejaron ante los extraños síntomas de los posesos, su fácil contagiosidad, su difícil curación y procuraron desentrañar su misterio; sin sus estudios, el conocimiento científico de la psique humana, la posible existencia de estratos conscientes, supraconscientes y subconscientes, estratos con capacidad de inventar mundos fantásticos como si fueran reales, sería un conocimiento bastante menguado y no habría trastocado en nuestros días la visión clásica del hombre. Lógicamente aquellos investigadores no se apoyaron en el puro cuadro de los posesos, sino que en el análisis de delirios, obsesiones, alucinaciones, ataques, pesadillas, sueños, etc., pero un momento decisivo en el perfil de los nuevos horizontes de la interioridad humana, fue el estudio personal de endemoniados y el análisis de documentos con las confesiones de las víctimas. Por sus repercusiones, el estudio más célebre es el de Pierre Janet, publicado en su obra “Neurosis e ideas fijas”, donde después de estudiar a un poseso afirma definitivamente su tesis de la existencia en el hombre, más allá de la conciencia, de zonas subconscientes.

El endemoniado de Janet reproduce las mismas escenas de los posesos de todos los siglos. Los posesos hablan en tercera persona (es el Diablo quien se expresa por su boca), blasfeman, insultan, aúllan, escupen, lanzan flatos, adquieren rasgos satánicos, giran el cuello hasta dejar la cabeza casi vuelta hacia atrás, derriban objetos muy pesados, se sueltan de poderosas amarras, no comen, se demacran, toman color terroso, a ratos la lengua cuelga fuera de la boca como trapo inerte, y algunos profetizan,

conocen sucesos a distancia y hablan idiomas desconocidos para ellos. Cuando se les pregunta algo tienen la sensación de no responder lo deseado, sino lo que otro, el Demonio, dice por cuenta de ellos, lo cual los sume en la tristeza. Las crisis diarias de horas agotan al paciente y duran meses o años; se desencadenan solas o a la vista de exorcizadores o personas piadosas. Algunos recuerdan lo ocurrido durante el trance, otros no recuerdan nada. Charcot y Richet incluyen a los posesos en la histeria y hablan de histeria demoníaca lúcida e histeria demoníaca sonambúlica. El problema clínico a ponerse es si la histeria simula también las posesiones diabólicas, como simula tantos otros cuadros, o si la posesión diabólica es mera histeria. Lo último no lo suscribe hoy casi nadie.

Janet y Freud las supusieron enfermedades naturales y dado su carácter proteico se negaron a ubicarlas bajo un solo rótulo, agregando que brotaban en psicastenias o en otros tipos de estructuras personales ajenas a la histeria, más aun que en la histeria misma. El propio caso de Janet es una personalidad sensitiva y el cuadro se asemeja a un posible delirio del mismo orden. Nosotros, aceptando la existencia de verdaderas posesiones, como las relatadas en el Evangelio, pues éste es un problema de fe sobrenatural, creemos sin embargo que en la inmensa mayoría se trata de enfermos psiquiátricos, fructificando el mal en seres escrupulosos, sensitivos, proclives a reaccionar con delirios ante remordimientos y culpas. Eso no excluye delirios alucinatorios histéricos, como parece ser el caso de varias de las posesas de Loudun, donde la vanidad sexual y la necesidad de cariño jugaron un vivo papel. El que predominen rasgos sensitivos y no histéricos, haría más clara la dificultad de la mayoría para ser curados por exorcismos y sugerencias, e incluso que el cuadro se prolongue por años arriesgándose la condenación a la hoguera o la muerte por consunción natural.

A propósito de posesión y psiquiatría, se dirige a las épocas anteriores a la Ilustración un reproche estereotipado, en el sentido de que habrían visto al Demonio en todas las enfermedades mentales; esto habría impedido la aparición de la psiquiatría como ciencia. Bastaría leer a San Juan de la Cruz y a Santa Teresa para darse cuenta de su esmero en diferenciar trastornos psí-

quicos y posesiones. Otra cosa es que en la práctica, debido a la atmósfera histórica, esas edades cometieron enormes errores. Puestos en un punto de vista cristiano, lo probable, como lo insistiera San Juan de la Cruz, es que la sutilidad del Demonio no acuda a lo extraordinario y amedrentador para seducir al hombre, siéndole mejor el camino contrario: acentuar el atractivo de los goces sensoriales, de la fantasía viciosa, de las supuestas acciones públicas sacrificadas, lo que es fuente de vanidad y orgullo, defectos que son de la esencia de lo satánico.

De hecho casi todos los posesos son enfermos y caen en el campo de las ciencias médicas. Aun más, las ciencias adquieren su amplitud máxima cuando se atreven a asimilar a su tarea todo hecho, por extraño que parezca. En tal sentido, para el espíritu científico marca época el día en que incluyó a la gran mayoría de las posesiones diabólicas, entre los fenómenos naturales, el conocimiento de cuyas leyes debería dar valiosos datos para intuir el subsuelo mismo de la existencia humana. La ausencia en Chile de posesos importantes en los siglos XVII y XVIII, privó a los chilenos de la posibilidad de aperplejarse ante fenómeno tan insólito, y en consecuencia no les abrió la curiosidad hacia su verdadero conocimiento; a ello debe agregarse el increíble menosprecio de nuestros médicos, y de las gentes "cultas", por "el bajo mundillo de las supersticiones", tras las cuales no divisaban, en absoluto, ágiles, graciosas y conmovedoras apofonías.

El análisis de Janet de su endemoniado Aquiles, en el que confirma la existencia y estructura del subconsciente, es céntrico en la historia de las concepciones sobre el hombre, y vale la pena por lo mismo transcribirlo casi completo.

"Los delirios de posesión por el Diablo eran muy frecuentes en otras épocas y se presentaban bajo variadas formas, consideradas hoy a título justo, enfermedades mentales diferentes. A menudo estas enfermedades alcanzaban simultáneamente a gran número de personas de una misma región y formaban verdaderas epidemias. Se conoce, para no señalar sino algunos ejemplos, la posesión de religiosas del monasterio de Kintrop en 1550, religiosas que el diablo forzaba a brincar, aullar, maullar; se sabe la historia tan horrible y vergonzosa de las Ursulinas de

Loudun y del suplicio de Urbain Grandier. Las epidemias más recientes de Morzine, 1860; de Verzegnies, 1880, han sido frecuentemente descritas...

“Todos los espíritus esclarecidos están convencidos hoy de que tales posesiones eran simples enfermedades mentales y que los exorcismos, cuando tienen alguna acción, juegan un rol análogo al de las sugerencias en las investigaciones hipnóticas...

“El enfermo que nos servirá para este estudio es un hombre de 33 años, que hace cuatro años fue llevado a La Salpêtrière al servicio de Charcot. He examinado con cuidado el personaje que me fue confiado y he estado feliz al devolverle la razón en algunos meses. La curación persiste admirablemente después de ocho años, y el enfermo se ha observado suficiente tiempo como para que se pueda ahora estudiar su delirio, examinar los procedimientos que han llevado a su curación, que se pueden llamar el *exorcismo moderno*, y en fin extraer de la observación las enseñanzas correspondientes...

“Aquiles, lo designaremos por ese nombre, pertenece a una familia modesta de campesinos del Mediodía de Francia; su medio era simple y evidentemente poco instruido. Eso confirma la afirmación de Esquirol, de que el delirio de posesión sólo se encuentra apenas en nuestra época en las clases bajas de la sociedad. Sus parientes y los habitantes de la villa eran bastante supersticiosos y corrían leyendas singulares respecto a su familia. Se acusaba al padre de haber sido en otro tiempo vendido al Diablo, y de ir todos los sábados cerca de un viejo tronco de árbol a conversar con Satán, que le llevaba un saco de plata...

“Aquiles tuvo una infancia normal; alumno de un pequeño colegio, se muestra estudioso y aplicado, aunque de inteligencia mediana; tenía sobre todo una gran memoria y leía mucho sin escoger mayormente. Era impresionable, tomaba todo en serio... y quedaba largo tiempo perturbado por miedos, castigos o incidentes cualesquiera. No compartía las supersticiones de su ciudad y tenía muy pocas creencias religiosas...

“Una circunstancia muy feliz para él es que se casó joven, de 22 años, con una mujer diligente y abnegada. Tuvo una niña que crece de manera absolutamente normal, y todo fue cada vez mejor para nuestro personaje durante una decena de años...

“Hacia fines del invierno de 1890, Aquiles debió hacer un pequeño viaje necesario para sus negocios y regresa al cabo de algunas semanas. Aunque afirmaba sentirse bien y se esforzaba por parecer alegre, su mujer lo encuentra muy cambiado, sombrío, preocupado, abrazaba apenas a su esposa y a su hija y hablaba muy poco. En escasos días aumenta su aire taciturno y el pobre hombre murmura difícilmente una que otra palabra durante el día. Su silencio tomaba un aspecto muy especial: cesaba de ser voluntario como al principio; Aquiles no se callaba porque no quería hablar, sino porque no podía. Hacía esfuerzos infructuosos por articular un sonido y no lo lograba; se había convertido en mudo...

“De repente una mañana, después de dos días de muerte aparente, Aquiles se endereza, se incorpora y con los ojos excesivamente abiertos estalla en una risa espantosa. Era una risa convulsiva que le sacudía todos sus miembros, una risa exagerada que le torcía la boca, una risa lúgubre prolongada más de dos horas y verdaderamente satánica.

“A partir de entonces todo cambia. Aquiles salta de su lecho y rechaza los cuidados. A todas las preguntas, responde: ‘No hagan nada, es inútil, bebamos champaña, es el fin del mundo’. Lanzaba gritos horribles, ‘se me quema, se me corta en pedazos’. Tales crisis duraban hasta la tarde, después el pobre hombre caía en un dormir agitado.

“El despertar no fue mejor; Aquiles cuenta a la familia reunida mil cosas terroríficas: ‘El Demonio, decía él, estaba en la pieza rodeado de pequeños Diablos cornudos y haciendo muecas; además, el Demonio estaba dentro de él mismo y lo forzaba a pronunciar horribles blanfemias’. En realidad la boca de Aquiles, pues él afirmaba no ser por ningún motivo el autor, injuriaba a Dios y los santos y repetía a tontas y a locas los insultos más indecentes contra la religión... El Demonio le contorsionaba las piernas y brazos y le infligía sufrimientos crueles que arrancaban gritos horribles al desgraciado... Aquiles tenía raros instantes de calma en los cuales se abrazaba llorando a su hija, y deploraba su triste destino que había hecho de él una presa de los demonios. Nunca expresó la menor duda sobre su pose-

sión por el Diablo, de la que estaba absolutamente convencido...

“Si no se le vigilaba, Aquiles se escapaba de la casa, corría a través del campo, se escondía en los bosques donde se le encontraba al otro día hecho un espanto. Buscaba sobre todo el cementerio y varias veces se le encontró acostado y dormido sobre una tumba...

“Cuando Charcot y mi amigo, M. Dutil, que era su jefe de clínica, me han confiado este interesante enfermo, he comprobado ante todo en él todos los signos clásicos de la posesión, tal como ya era descrita en las epidemias de la Edad Media...

“Este pobre hombre, pequeño, de ojos huraños, de un aspecto lamentable, nos ofrecía el mismo espectáculo; murmuraba blasfemias con voz sorda y grave: ‘Maldito sea Dios, decía él, maldita la Trinidad, maldita la Virgen...’; en seguida con voz aguda y llorando: ‘No es falta mía si mi boca dice esos horrores, ése no soy yo..., ése no soy yo..., yo cierro los labios para que las palabras no salgan, no estallen tan alto, y no sirve de nada; el Diablo dice entonces esas palabras desde dentro de mí mismo; yo siento bien que él las dice y que él hace moverse mi lengua a pesar mío’...

“Los posesos no se limitan a sentir la acción del Diablo, ellos ven y escuchan al Demonio. Así era para Aquiles, que oía hablar y reír a los otros demonios fuera de su cuerpo y veía un Diablo delante de él. La cabeza de este Diablo sobre todo era bien notoria: negra, terrible, con cuernos, y, lo que es verdaderamente satánico, esta cabeza no ocultaba completamente los objetos; ¡la cabeza del diablo era transparente!...

“Desde luego, muy a menudo Aquiles se golpeaba él mismo; se arañaba el rostro con sus uñas y no sentía ningún dolor. Todos los signos de la posesión se encontraban reunidos.

“Cuando ensayaba de consolar al pobre hombre y de calmarlo un poco, era muy mal acogido; todas mis tentativas fueron vanas...; todo fue inútil; por ningún procedimiento pude sugestionarlo o hipnotizarlo; me respondía con injurias y blasfemias, y el Diablo hablando por su boca se reía de mi impotencia.

“Bajo mi petición expresa, el Capellán de La Salpêtrière quiso ayudar al enfermo; trata de consolarlo, de enseñarlo a dis-

tinguir la verdadera religión de esas supersticiones diabólicas; no tuvo éxito y me dijo que el pobre hombre estaba loco y necesitaba más bien de los recursos de la medicina que de los de la religión. Era preciso ponerse a la obra.

“Observé entonces que el enfermo ejecutaba bien algunos movimientos sin darse cuenta, y que, preocupado de sus alucinaciones y su delirio era enormemente distraído... Pude deslizar un lápiz en los dedos de su mano derecha, y Aquiles lo toma y lo guarda sin apercibirse... En lugar de dirigirme directamente al enfermo, que, como lo sabía bien, me habría respondido con injurias, le dejé delirar y declamar a su antojo; pero colocándome detrás de él, le pedí en voz muy baja algunos movimientos...; la mano que tenía el lápiz se puso a escribir rápidamente sobre el papel colocado delante, y leí esta pequeña frase que el enfermo había escrito ignorándola, enseguida puso su nombre, también sin darse cuenta. La mano había escrito: ‘Yo no quiero’. Eso parecía una respuesta a mi orden; debíamos continuar. ‘¿Y por qué no quieres?’, le dije muy bajo, en el mismo tono; la mano respondió escribiendo de inmediato: ‘Porque yo soy más fuerte que tú’. —¿Quién eres tú?— ‘¡Yo soy el diablo!’. ‘¡Ah!, muy bien, nosotros vamos a poder conversar’.

“Todo el mundo no ha tenido la ocasión de poder conversar con un diablo, era preciso aprovecharla. Para forzarlo a obedecerme le cogí por el sentimiento que siempre ha sido el pecado mayor de los diablos, por la vanidad. ‘Yo no creo en tu poder, le dije, y no lo creeré si no me das una prueba’. ‘¿Cuál?’, respondió el diablo, aprovechándose como siempre de la mano de Aquiles para responderme. ‘Levanta el brazo izquierdo de ese pobre hombre sin que él lo sepa’. El brazo izquierdo de Aquiles se levanta de inmediato...

“Por el mismo procedimiento hice hacer al diablo una multitud de acciones diferentes, obedeciendo siempre a la perfección...

“Pedí al demonio como última prueba de su potencia que hiciese dormir a Aquiles en un sillón, durmiéndolo completamente hasta el extremo de que él no pueda resistir... Aquiles trata en vano de luchar contra el sueño que lo invade, y cae pesadamente hacia atrás completamente dormido.



“El diablo no sabía en qué trampa le había hecho caer. El pobre Aquiles que él había dormido para mí, estaba ahora en mi poder. Sin apremio lo llevé a responderme sin despertarse, a contarme sus sufrimientos; supe casi toda una serie de acontecimientos que todo el mundo ignoraba, de los que Aquiles mismo no se recordaba cuando estaba despierto y que arrojaban un punto de vista totalmente nuevo sobre su enfermedad...”

“El principio de su mal había sido una falta grave cometida en la primavera durante su corto viaje. En un instante, él se había olvidado un poco de su matrimonio y de su mujer; no le fue preciso ir demasiado lejos en su apetencia de mujeres porque fue cruelmente castigado.

“El recuerdo de su falta le había atormentado al regreso y le provocó la tristeza y distracción ya señaladas. Sobre todo le preocupaba el pensamiento de esconder sus aventuras a su mujer y este pensamiento le obligaba a vigilar sus menores palabras...”

“Las preocupaciones, los ensueños diurnos y nocturnos se complican. Aquiles se aniquilaba a reproches y se entregaba a todos los sufrimientos, que no eran más que legítimos autocastigos. El se imaginaba víctima de todos los desórdenes psíquicos, de las enfermedades más espantosas...”

“El ensueño continuaba con esa lógica y lentitud singular que nosotros hemos hecho notar en las imaginerías de ese género... Aquiles, enfermo y sugestionable, va más lejos; él, a su pesar, realiza sus sueños, los dramatiza. Así lo vemos decir adiós a su mujer y a su niña y acostarse inmóvil. Dicha letargia más o menos completa, que había durado dos días, no era más que un episodio, un capítulo del gran ensueño.

“Cuando se sueña que se está muerto, ¿qué se puede soñar todavía? ¿Cuál será el fin de la historia que Aquiles se cuenta a sí mismo, pasados seis meses? El fin es bien simple, será el infierno. Mientras estaba inmóvil y como muerto, Aquiles a quien nada ahora venía a perturbar, ensoñaba mejor que nunca. El sueña que estando ya muerto, el diablo surge del abismo y viene a cogerlo. El enfermo que durante el sonambulismo nos cuenta sus sueños, recuerda perfectamente el instante preciso durante el cual tuvo lugar el lamentable episodio. Eran cerca de las once de la mañana, un perro ladraba en el patio en ese momento,

sin duda dicho perro estaba incómodo por el olor del infierno; llamas llenan la pieza; innumerables diablillos azotan al miserable, se entretienen enterrándole clavos en los ojos, y por las hendiduras de su cuerpo Satán toma posesión de su cabeza y de su corazón.

“Es demasiado para este débil cerebro: la personalidad normal con sus recuerdos, su organización, su carácter, que hasta aquí había subsistido hasta cierto punto, frente al sueño invasor zozobra completamente. El ensueño hasta entonces subconsciente, no encontrando más resistencia, crece enormemente e invade todo el espíritu. Se desarrolla lo suficiente como para formar alucinaciones completas y manifestarse por actos y palabras. Aquiles tiene la risa de los demonios, pronuncia blasfemias, ve y oye a los diablos, delira completamente.

“Es interesante ver la constitución del delirio y cómo todos los síntomas presentados pueden explicarse como la consecuencia del ensueño, como manifestaciones del automatismo psicológico, y de la división de la personalidad. El delirio no es únicamente expresión del ensueño, lo que constituiría un simple sonambulismo con acciones bien ligadas y ordenadas; el delirio se forma por la mezcla del ensueño y del pensamiento vigil, por acción y reacción del uno sobre el otro. La boca de Aquiles lanza blasfemias; eso viene del ensueño mismo; pero Aquiles las oye, se indigna, las atribuye a un diablo alojado en él; esto viene de la conciencia normal y de su manera de interpretar. El diablo habla entonces a Aquiles y lo tapa de amenazas; la interpretación del enfermo aumenta y da aun más precisión al ensueño...

“Si nosotros queremos exorcizar a nuestro desgraciado Aquiles, es inútil hablarle del infierno, de los demonios, de la muerte. Aunque él hable de eso, se trata de cosas secundarias y psicológicamente accesorias. Aunque parezca un poseído, su mal no es la posesión, es la emoción de los remordimientos. Lo mismo ocurre en muchos posesos; el diablo no era para ellos mas que la encarnación de sus arrepentimientos, de sus remordimientos, de sus terrores, de sus vicios. Es el remordimiento de Aquiles, es el recuerdo mismo de su falta, lo que es preciso hacerle olvidar.

“...El recuerdo de su falta fue transformado desde todos los

puntos de vista y también gracias a alucinaciones sugeridas. En fin, la mujer misma de Aquiles evocada alucinatoriamente en el momento adecuado, perdonó totalmente a su esposo, que era más infortunado que culpable...

“Tales modificaciones no habían tenido lugar más que durante el sonambulismo, pero ellas tenían un contragolpe bien notable sobre la conciencia del personaje cuando despertaba. Se sentía aliviado, libre de esa potencia interior que le impedía la entera disposición de sus sensaciones e ideas. Recobró la sensibilidad de su cuerpo, volvieron todos sus recuerdos, y aun más, él comenzó a juzgar su delirio. Al cabo de pocos días hizo suficientes progresos como para reír de su diablo, y se explicaba su locura diciendo que había leído demasiadas novelas...

“Aquiles fue pronto completamente curado; al diablo se le arrojó por un exorcismo moderno, más delicado y tal vez menos infalible que el antiguo, pero no sin interés y utilidad...

“Algunas teorías de psicología patológica que yo había ensayado de establecer antes, a propósito de los sonámbulos y de los médiums, han podido ser verificadas por el estudio de este delirio tan diferente; ellas se han mostrado prácticas y útiles, ya que gracias a las cuales, he podido transformar en algunas semanas el espíritu de este alienado”.¹

Hay un avance notable desde Esquirol y Charcot, que en cierto modo se limitaban a ubicar en abstracto las posesiones entre los delirios o los grandes ataques histéricos, y el bello estudio clínico de Janet, que explica la manera cómo recuerdos y sentimientos penosos se segregan de la conciencia, creándose un refugio seguro en el subconsciente; allí, libres de las obligaciones cotidianas, se convierten en ensoñaciones noveladas con desarrollo autónomo constante, lo que les permite satisfacer plásticamente, tal como si ocurriera en la realidad, sus ansias de gozo o castigo. Las manifestaciones diabólicas serían una manera arcaica de soñar despierto, sin que la conciencia vigil quede totalmente abolida; de ahí su desolación terrorífica al experimen-

¹ Pierre Janet. “Nevroses et Idées Fixes”. Ed. Félix Alcan. París, 1898. Págs. 375 a 406.

tarse dominada por potencias invisibles, personificadas en las creaturas que desde los más remotos tiempos se suponen la encarnación envilecida del mal.

Freud analiza en 1923 en su estudio sobre "Una neurosis demoníaca del siglo XVII", la historia del pintor Cristóbal Haitzmann, que cae en ataques convulsivos repetidos después de entrar años antes, en tratos ilícitos con el demonio. El pacto mismo es para Freud una fantasía neurótica, y el demonio es sustituto del padre, con el cual pacta a raíz de la muerte del padre verdadero. Al rebajar a su padre a la categoría de demonio, muestra odio y amor hacia él, y al mismo tiempo deseo de castigo y miedo a la castración, dada su intensa fijación a la madre, como lo muestran los documentos que hablan de su vida. Freud presenta en suma el caso, como confirmación, si es que para él faltaba alguna, de su teoría de la libido, de la existencia del complejo de Edipo, y de la necesidad de redención y autocastigo.

Dice Freud: "Retornamos, por lo tanto a nuestra hipótesis de que el demonio, al que nuestro pintor vende su alma, es para él, un sustituto del padre, con ello armoniza también la figura en que primero se le apareció: la de un honrado burgués de edad madura, con barba negra, capa roja y sombrero negro, un bastón en la mano derecha y un perro negro a su lado. Luego, su apariencia se hizo cada vez más espantable y, podríamos decir, más mitológica, mostrando ya como atributos, cuernos, garras de águila y alas de murciélago. Por último, en la capilla, surge bajo las formas de dragón alado". Más adelante afirma: "Pero las contradicciones dadas en la naturaleza primitiva de Dios son un reflejo de la ambivalencia que domina la relación del individuo con su padre personal. Si el Dios bondadoso y justo es un sustituto del padre, no es de extrañar que también la actitud hostil, que odia y teme y acusa al padre, haya llegado también a manifestarse en la creación de Satán. Así, pues, el padre sería el prototipo individual tanto de Dios como del diablo".¹

¹ Freud. Obras completas. Volumen II. Trad. Luis López. Ballesteros. Ed. Biblioteca Nueva Madrid. 1948. Págs. 1026 y 1027.

En Esquirol, Charcot, Richet, Janet, Freud y Oesterreich, las investigaciones de las posesiones satánicas aparecen después de largos estudios en otros campos de la psiquiatría, y ponen el sello final a sus respectivas hipótesis, ya que ni lo más estrambótico de la conducta humana quedaría a su margen. Lo curioso en la psiquiatría chilena, sobre todo en medio de la pobreza de nuestro diabolismo aludida al principio, donde no aparece ninguna verdadera posesión demoníaca, es que tal psiquiatría nazca al escenario histórico nada menos que con el análisis de una poseesa, Carmen Marín, esclarecida en su dinámica íntima de una manera asombrosa por un hombre desconocido, el Dr. Manuel Antonio Carmona.

Carmen Marín, muchacha pobre, semi alfabeta, ingresa al Hospicio de Santiago, en 1857, con el deseo de purgar antiguos pecados haciéndose Hermana de la Caridad. En su aspecto humilde, sencillo y afable de mujer de pueblo, nada anuncia que a los pocos meses caerá en las garras de Satán víctima de largos y curiosos ataques, en los cuales habla palabras en lenguas extranjeras (que se supone no conocer), pronuncia neologismos y no vuelve a la normalidad, sino cuando leído el Evangelio de San Juan, se llega al versículo: "y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros". Es el decenio progresista, sobrio y digno del Presidente Manuel Montt; Santiago es todavía una ciudad pequeña, bella y sensata. Las polémicas arduas en torno a lo religioso y a lo político se desenvuelven en círculos reducidos, influidos—salvo Bello— por lecturas apresuradas de pensadores franceses, ingleses y alemanes.

La ciudad entera, revuelta con el caso, lo suponía una muestra evidente de posesión diabólica. En la vieja calle Maestranza, hoy Portugal, a cuadra y media de la Alameda de las Delicias, empieza el drama. La gente se agolpa tarde a tarde frente al asilo para escuchar los alaridos y blasfemias de Carmen Marín, que atravesando las espesas murallas de adobes se oyen afuera. El curso de sus trances se describe en este libro.¹ El anexo, que in-

¹ Ver pág. 133. "*La endemoniada de Santiago*", en especial el informe del Dr. Carmona.

cluye la serie de informes médicos emitidos al respecto, es la primera reedición de una de las investigaciones más notables del país.

Realzamos el hecho de que Manuel Antonio Carmona décadas antes de Janet y Freud, ve en las crisis demoníacas, expresión simbólica de instintos libidinosos, amores despechados, culpas y remordimientos. En una sociedad como la de entonces, sin tradición científica, despreciadora de "supersticiones", o crédula al extremo, una interpretación tan seria, que lleva a la curación de la enferma, merece señalarse como algo valioso de nuestra historia. Los científicos del siglo XIX: Bello, Domeyko, Gay, Gorbea, Philippi, Moesta, eran extranjeros avecindados. Carmona con su anticipación sorprendente a Janet y Freud, será así el primer hombre de ciencias propiamente chileno, que por uno de esos milagros tan nuestros, se inicia nada menos que con lo estimado por los sabios europeos como una cima de la conciencia científica, esto es, el estudio de la psique de los endemoniados.

Abierto lo más difícil, era de prever el desarrollo de una psiquiatría vigorosa y original. Ramón Elguero y, sobre todo, Augusto Orrego Luco, del cual se ocupa la parte céntrica de esta obra, la llevarán a su máximo en el siglo XIX. Orrego Luco, con su idea insólita de que el principio causa-efecto no rige para las alucinaciones tóxicas, de que la constitución del hombre es plástica y puede variar en acuerdo a sus deseos a lo largo de la vida, de que el hombre siempre aspira a parecerse a otro, haciéndose en general la nivelación por las puntas más bajas, de que los enfermos mentales presentan cuadros con síntomas y evoluciones distintas, según se les encierre en un nosocomio, o se les deje libres, se adelanta a concepciones combatidas en su época e innovadoras aún hoy. Así le será reconocido dentro y fuera del país. Junto a Manuel Antonio Carmona será la otra figura científica chilena de la centuria pasada.

Para entender además cómo se convirtió en el mayor neuropsiquiatra sudamericano, nos pareció necesario un esbozo de otros aspectos sobresalientes de su personalidad, que diesen a lo lejos una idea siquiera de lo que fue su universo íntimo, haciendo comprensible la natural conmoción provocada por su palabra y su presencia, en todas las partes donde se le escuchó. Es

imposible una imagen intelectual del Chile pretérito, si junto a las figuras de Bello, Pérez Rosales y los sabios extranjeros, no se conoce a Carmona y Orrego Luco, importantes como en la Colonia, en un nivel más grande, lo eran Ovalle, Lacunza y Molina, y si desde la otra orilla no se mira al mismo tiempo con un amor asombrado el mundo de nuestras curiosas creencias, reveladoras de secretos profundos del alma nacional.

CONSIDERACIONES SOBRE
LA EVOLUCION DE
LA PSIQUIATRIA CHILENA

La psiquiatría chilena despierta a la vida científica con un airoso aspecto psicogenetista en una época, como el año 1857, en que direcciones de tal especie contaban en Europa con defensores muy aislados, como el británico William Benjamin Carpenter, que funda en 1852 la psicoterapia en su obra "Principles of Human Physiology". En aquel año, el médico santiaguino Manuel Antonio Carmona, publica el informe pericial sobre Carmen Marín o la Endemoniada de Santiago.¹

Carmona dirige una aguda mirada clínica a la crisis y a su curioso término con la lectura de San Juan; se preocupa del pasado biográfico, de las condiciones psicológicas, morales y materiales en que dicho pasado se ha desenvuelto, concluyendo que todo apunta hacia el diagnóstico de una enfermedad natural, comprensible por dentro cuando se sigue el hilo unitario entre deseos libidinosos, amoríos y sentimientos de culpa de la paciente, y las descargas simbólicas, lingüísticas y motoras.

Difícil sería encontrar casi 40 años antes de las primeras publicaciones de Breuer y Freud, juicio tan lúcido, respecto a la fuerza psicogenética volcánica de la libido, del afecto, del recuerdo traumatizante o atractivo, en la provocación de desniveles

¹ Ver pág. 133.

fisiológicos de energía y en la necesidad de superarlos a través de descargas, que den salida expresiva inconsciente a los deseos, al margen de la traba moral que les impondría la conciencia si se abrieran sin reparos a ella. El influjo de la conformación cerebral, de la infancia, del medio social y de la educación, en el tipo de material escogido por la enfermedad para configurar los síntomas —lo artefactual del síndrome psíquico como se diría hoy—, lo señala Carmona con franca decisión. El influjo de lo psíquico sobre lo somático y las reacciones de defensa somáticas (ataques, sonambulismos, delirios) en la protección de su equilibrio energético, queda en suma muy a la vista en ese valiosísimo documento, y marca una sensible diferencia con la tendencia de las ciencias biológicas europeas entre 1830 y 1850, años en que termina la medicina romántica alemana a inclinarse a ver en lo psíquico, o un resultado de la actividad somática (Claude Bernard, Virchow), o uno de los puntos finales de la evolución del ser, que es primero materia y en sus estadios posteriores, espíritu, en acuerdo al pensar de Hegel.

En Chile, un contemporáneo de Manuel Antonio Carmona, que también se pronunciará contra la posesión demoníaca de Carmen Marín, fundándose en datos recogidos de oídas y no en un examen directo de la enferma; sigue las corrientes hegelianas, aunque con acento personal, es el doctor Juan Bruner. Su teoría substancialista pretende demostrarla en sus obras: "La Endemoniada de Santiago o el Demonio en la Naturaleza y la naturaleza del Demonio" (1857), "El Organismo humano en frente de la naturaleza circundante" (1863) y "La Substancia Inmortal del Organismo Humano" (1879). Los escritos de Bruner no se apoyan en general en datos clínicos directos, lo que les quita valor desde un punto de vista de la filosofía de la medicina; se quedan, además, demasiado tiempo en lo especulativo puro sin descender hacia la luz de las cosas concretas, como para haber inspirado a la psiquiatría. Bruner piensa al hombre como un microcosmos y en ese sentido su conocimiento abre al conocimiento del todo. "Y me desahuciaría a mí mismo y aún desesperaría de que alguna vez la humanidad llegara a descubrir una mínima parte de lo que constituye el ideal de los anhelos de los almas elevadas, si no tuviese la íntima certidumbre de que todos aquellos misterios que nos rodean, residen concentrados y

latentes en mí, en ti, en cada uno de nuestra especie".¹ Supone, además, a la especie humana cualitativamente distinta a la de animales o vegetales y le da como sustrato una esencia material capaz, sin embargo, de subsistir cuando el cuerpo muere: "Hemos visto que el alma humana es cualitativamente distinta a la de los animales; hemos visto que lejos de ser inmaterial tiene por íntima base de su existencia a la materia, es decir, que es una substancia verdadera en el sentido naturalista y filosófico a la vez; hemos visto que esa "substancia espiritual" no ha nacido como un apéndice dentro del cuerpo y cerebro de algún animal o mono antropoide, sino que es un principio independiente, un protoplasma materialístico-espiritual, que desenvuelto en organismos humanos ha llegado, en su fabricación del cerebro, a la potencia de revelarse libremente en calidad de conciencia de sí y de lo de afuera; hemos visto que el hombre se distingue por consiguiente de los animales no sólo por esta última manifestación —la espiritual—, sino por toda la historia evolutiva de su principio-substancia, es decir, por la íntima cualidad de su cuerpo entero; hemos visto que el principio psicológico del alma de los animales consiste exclusivamente en la sensualidad, es decir, que la cualidad difusa e inherente de su materia cerebral —que por falta de otra palabra hemos llamado por analogía: Yo—, es una ipso-conciencia finita, individual, singular, que por lo tanto percibe y conserva el mundo exterior en formas discretas, aisladas y sin interna conexión; mientras que, al contrario, el espíritu-cerebro humano contiene en sí la innata disposición de llegar a concebir en los fenómenos aparentemente separados, tanto del mundo circundante como de su propio interior, la comunidad solidaria, el mutuo entrelazamiento, la unidad fundamental, la idea".²

Después de Carmona aparece como psiquiatra clínico de gran importancia, Ramón Elguero, de cuyas lecciones sobre enfermedades nerviosas en la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile sólo se conserva la admiración de Orrego Luco.

¹ Bruner, J. Juan: "La Substancia Inmortal del Organismo Humano". Imprenta Gutenberg. Santiago de Chile, 1879, pp. 235 y 246.

² Bruner, J. Juan. Obra cit. pp. 248,249.

No sabemos de sus historias clínicas, ni de sus orientaciones terapéuticas, como médico del Manicomio Nacional (1860-1874) y del Hospital San Juan de Dios. Refiere Orrego que en sus clases relacionaba síntomas y cuadros mórbidos con diversas teorías antiguas y modernas propuestas para explicarlos, invitando al mismo tiempo a reflexionar sobre la riqueza inadvertida de los fenómenos más aparentemente simples, normales y patológicos, lo cual mantenía en abierta expectación a los alumnos. Uno de los pabellones del Manicomio, ahora Hospital Psiquiátrico, llevaba su nombre hasta hace unos decenios y su retrato ocupaba un lugar de honor en la antigua Biblioteca.¹ En la Memoria del Ministerio del Interior del año 1863,² donde da cuenta de su labor en ese hospital en los años 1860 a 1862, se encuentra lo único a la mano hoy disponible. Se ve ahí un serio intento por realizar un esbozo de estadística de las enfermedades mentales, en busca de primacías en la preocupación respecto a ellas; se adelanta la hipótesis de la existencia de causas remotas y desencadenantes, y, por sobre todo, se muestra el sobrecogimiento despertado en su alma por el misterio de lo psíquico.

Comienza su informe con las siguientes frases: "Llamado al Servicio Médico de la Casa de Locos a principios del año 1860, me es difícil, por no decir imposible, presentar una estadística de un período más largo...; por lo tanto, me limitaré a las observaciones de este último trienio".

Clasifica los cuadros según su forma de locura, según las estaciones del año, según la procedencia, según la profesión, etc. Entre los diagnósticos que anota, encontramos: manía aguda, manía homicida, lypemanía, manía crónica, monomanía intermitente, erotomanía, manía paralítica, manía religiosa, manía epiléptica, alucinación, etc.

Agrega enseguida: "Hai sin embargo entre las causas determinantes de la locura, una que es muy manifiesta, i que por

¹ Laval, Enrique: "El Manicomio Nacional". Trabajo inédito.

² Eiguero, J. Ramón: Informe del médico de la Casa de Locos. Memoria del Ministerio del Interior, presentada al Congreso Nacional. Imprenta Nacional. Santiago de Chile, 1863. pp. 173-187.

desgracia cada día hace mayores víctimas, i a la que deben la pérdida de su razón muchos de los enajenados que hai en el establecimiento, ésta es la embriaguez. Pero así como considero que el abuso de las bebidas alcohólicas origina la enajenación mental, sostengo también que hai casos en que el desorden intelectual ha comenzado sólo por manifestar una fuerte propensión a la embriaguez, i, desde este momento, la predisposición del individuo asociada al vicio, hacen que la enfermedad aparezca en toda su fuerza i oponga una resistencia casi invencible para su curación...

“...Lo que importa para hacer de ella una prognosis más favorable es el poco tiempo que cuenta la enfermedad i por esto es de desear que el público se persuada de esta verdad a fin de que los enfermos sean colocados si fuera posible en el instante que aparecen los síntomas...

“...Yo por mi parte no me adhiero a ideas preconcebidas, ni soi partidario de ningún sistema que se base en la exclusión de otros. Yo acepto todas las medicaciones racionales, pues según sean las condiciones particulares que ofrezcan los individuos, pueden dar, solas o reunidas resultados eminentes, los cuales jamás se obtendrían si se emplearan por separado los métodos expresados...”

Termina dicho informe diciendo: “Sres. Miembros de la Junta de Beneficencia: He concluído mi tarea con la justa desconfianza de no haberla desempeñado como lo requiere la ciencia i mis deseos; infinitos vacíos encontraréis en ella, pero a nuestra indulgencia unid esta consideración: que es el primer trabajo de esta especie que se hace en nuestro país i que yo, sin preparación práctica para el tratamiento de esta clase de enfermedades, he tenido el arrojo de emprenderlo... Tened presente que en nuestra escuela médica no ha habido ni hai clínica de estas dolencias, digo esto para por vuestro conducto llamar la atención del Gobierno”.¹

No es nuestro interés una enumeración cronológica de los médicos directamente vinculados a la atención de enfermos mentales o a la enseñanza de la psiquiatría; por eso no nos detendremos en Carlos Sazie, hijo de Lorenzo Sazie, que prestó

¹ Ver nota (2) de página anterior.

servicios en el Manicomio y escribió algunos trabajos sobre cuadros nerviosos orgánicos, ni en el médico inglés Guillermo Benham, contratado por el Gobierno, como primer médico residente, que ejerció su cargo desde el 1º de mayo de 1875 al 1º de agosto de 1879, y fue propiciador de medidas beneficiosas para la atención y tratamiento de los psicóticos y la creación de una atmósfera hospitalaria más grata. A idénticas medidas contribuyeron dos de sus más célebres administradores: Pedro Nolasco Marcoleta y Pedro Montt.

Una verdadera revolución en la medicina chilena significa la aparición del más grande de sus clínicos y el más original de sus investigadores: Augusto Orrego Luco (2-V-1848 - 25-VIII-1933), que dedicará su vida a las letras, la historia, la política, el periodismo, los problemas sociales y, por sobre todo, al estudio y enseñanza de las enfermedades mentales. Se titula en 1874; desde el año anterior hasta 1879 es médico de la Casa de Orates. En 1872, 1892 y 1905 lucha contra las respectivas epidemias de viruela. Desde 1874 a 1890 es profesor de Anatomía. Desde 1892 a 1905 asume el rango de primer profesor de la recién fundada cátedra de Enfermedades Nerviosas, en la cual lo reemplazará Joaquín Luco A., quien a su vez dividirá dicha cátedra en dos, la de Neurología y la de Psiquiatría. Los Profesores Titulares de la última serán sucesivamente Oscar Fontecilla, Arturo Vivado e Ignacio Matte, que renuncia en 1966. En Neurología vendrán Hugo Lea-Plaza y Guillermo Brinck, que también como los anteriores, han tenido señalada importancia en el desarrollo de la especialidad.

Orrego Luco adhiere al pensar anátomo-clínico y fisiopatológico de su tiempo y muestra un sorprendente conocimiento de lo abarcado por las ciencias biológicas; ello, sumado a una cultura humanística casi comparable a la de Bello y Lastarria, a una sensibilidad fina para la naturaleza, la historia, el arte y el alma humana, a un amor intenso por los seres sufrientes y a un sentido peculiar para captar lo concreto y escondido tras un rostro, una marcha, una frase, una queja, una mirada, un modo de sentarse, habían de hacer de él, un clínico, que a juicio de cali-

ficados médicos sudamericanos de las más diversas especialidades, no tiene rival en Sudamérica.¹

El retiro prematuro de Orrego Luco de la cátedra de Enfermedades Nerviosas, significó abierto retroceso de la psiquiatría chilena frente a la psiquiatría occidental, y, durante varios decenios, nos mantuvimos distantes de las nuevas formas de desarrollo que dicha ciencia adquiriría. La mirada perseveró en la psiquiatría francesa anterior, sin esa agilidad de Orrego para aprovechar, criticar o elaborar personalmente lo que iba apareciendo.

A modo de ejemplo de inmovilidad, citamos la clasificación de enfermedades mentales hecha en 1909 en el oficio dirigido por el administrador de la Casa de Orates al Intendente de Santiago, y dentro de la cual se ignora entre otras cosas el diagnóstico de la Demencia Precoz y de Psicosis Maníaco-Depresiva, en el sentido dado a este nombre por Kraepelin desde 1899. Se habla todavía de Manías (aguda, subaguda, crónica, exaltación maníaca y hebefrenia), Melancolías (aguda y crónica), Locuras periódicas (intermitente), Locuras sistematizadas (Delirio crónico), Locuras tóxicas (Alcoholismo crónico, Delirio alcohólico, Epilepsia alcohólica, Morfinomanía), Locuras infecciosas (Puerperal, Sifilítica), Locuras neuróticas (Epilépticas, Histéricas), Locuras paralíticas (Parálisis general progresiva), Locuras degenerativas (Confusión mental, Debilidad mental, Degeneración mental, Delirio alucinatorio, Delirio crónico de los degenerados, Delirio polimorfo, Delirio transitorio, Impulsos irresistibles, Moral razonante, Obsesiones mentales), Demencias (Orgánica, Primitiva, Secundaria, Senil), Estados congénitos (Idiocía, Imbecilidad).

Revisando antiguas historias clínicas del Manicomio Nacional encontramos recién el diagnóstico de Demencia Precoz en 1917 y 1918, y Jerónimo Letelier recomienda como una novedad, en 1918, la memoria de licenciatura de Alberto Benítez, en que se habla de la utilidad de conocer esta nueva entidad nosológica llamada Psicosis Maníaco-Depresiva, descubierta en 1899

¹No aludimos a sus trabajos pues se hace una exposición amplia más adelante. Págs. 71 y ss.

por Kraepelin. Palabras como estereotipias y neologismos aparecen también por primera vez en algunas historias en 1918. El término Esquizofrenia, creado por Bleuler alrededor de 1909, será utilizado por nosotros en forma amplia después de 1930.

El conocimiento más operante de las teorías de Hughlings Jackson, Von Monakow y Freud —ya analizadas en 1879 por Orrego Luco—, será después de 1925 obra de Fernando Allende Navarro, espíritu culto y generoso, de orientación psicoanalítica, abierto a otras formas del pensar como las de Jackson y Von Monakow, como puede observarse en este resumen de las diferencias dadas entre el automatismo histérico y epiléptico:

“1. Los fenómenos psicomotores como el automatismo histérico, según su profundidad, son sobre todo manifestaciones de orden psicológico, dinámico y afectivo.

“2. Los actos o pensamientos espontáneos y automáticos, como las manifestaciones psicomotoras, encierran un significado, una finalidad inconsciente e intencional.

“3. El automatismo patológico, su contenido, las ideas o los actos que lo integran, son preexistentes a la zozobra de la conciencia. El elemento preexistente, que se exterioriza a veces por una actividad coordinada, eupráxica, otras por gestos, palabras o contextos psíquicos fragmentarios, traducen, ya sea en forma franca o discontinua, clara o discordante, disfrazada o simbólica, un deseo, una tendencia, una pulsión reprimida y anormal, que se intercala e integra un eslabón evolutivo de la continuidad genética. En la serie automática de naturaleza histérica se reviven, reflorece, viejos vínculos, secuelas de otros períodos ontogénicos, intensas, violentas e imperiosas.¹

“4. El automatismo histérico es una causa eficiente, no un fenómeno de déficit; es el resultado de un conflicto, de una formidable colisión afectiva y dinámica que condiciona un descenso brusco, una desintegración diría Von Monakow, una regresión, expresaría Freud, una disolución según Jackson, a veces furibunda y rápida, de las jerarquías superiores hacia nive-

¹ Allende Navarro, Fernando: “Automatismo Comicial y Automatismo Histérico”. Apartado de la Revista Neuro-Psiquiatría. T. XIX. N° 3. Lima, Perú, 1956, p. 340.

les antiguos e inferiores de integración, que las invaden y las sumergen.

“5. La desintegración momentánea del Yo es el elemento negativo de este proceso eficiente; el contenido psíquico y motor, el elemento preexistente. En nuestras observaciones, el elemento preexistente correspondía a la estructura infinitamente complicada y ramificada de complejos infantiles y remotos”.¹

Oscar Fontecilla, de aguda inteligencia e infatigable actividad, introducirá de hecho la psiquiatría de Kraepelin matizada, en sus últimos años, con las ideas de H. Jackson. En 1935, hace un cálido elogio de la fecundidad del jacksonismo para la comprensión de los trastornos mentales. Ha influido positivamente en la formación de médicos y psiquiatras.*

A Agustín Téllez en su tesis sobre “Síntomas de la Esquizofrenia”, con la que optó al título de Profesor Extraordinario de Psiquiatría, además de algunas contribuciones propias, le debemos una buena revisión de la semiología de esta enfermedad, poniendo sobre todo al alcance de la mano los descubrimientos de los alemanes, hasta entonces bastante ignorados y sin los cuales era imposible abarcar el cuadro en toda su complejidad.

Sin embargo, la altura clínica de Orrego Luco, con escasas

¹ Proceso Toro-Concha. Crimen del Bolder. Soc. Imprenta Litografía Barcelona. Santiago, Valparaíso, 1916, pp. 143-175.

* Oscar Fontecilla, brillante y certero en la polémica se quedaba demasiado en lo general, sin avanzar mucho en el rico y difícil mundo de lo concreto individual; por eso era un clínico meritorio, de buenos diagnósticos cuando el cuadro a la vista tenía los caracteres clásicos, pero no cuando se daban enmascarados. Es interesante, por ejemplo, comparar su informe pericial sobre doña Zulema Morandé Franzoy, en el llamado “Crimen del Bolder”, en el cual rechaza el diagnóstico de depresión, porque no aparecen tales o cuales síntomas (que sólo son propios de las depresiones graves), cosa rara en un discípulo directo de Kraepelin. Ziehen y Gilbert Ballet, con el interesantísimo peritaje de Hugo Lea-Plaza, que a la manera de gran clínico, coge uno a uno los síntomas leves de depresión, los más comunes y los más peligrosos para arrastrar al suicidio, y hace el verdadero diagnóstico. Lo dicho en enero de 1916 por Lea-Plaza sigue siendo hoy un modelo, no sólo respecto a los signos más importantes de este cuadro, sino también de lo que debe ser un examen clínico en mano de un clínico eminente. Coincide con el distinguido neurólogo Dr. Joaquín Luco.

excepciones, se desvanece en la mayoría de los trabajos posteriores, limitados más bien a especulaciones enrarecidas, o a casi meras repeticiones de trabajos extranjeros, con uno u otro aporte desperdigado que no abre a horizontes propios. Se pudiera decir que si en neurología con Luco, Lea-Plaza y Brinck, se mantiene siempre la altura clínica, en la psiquiatría esto no volverá a ocurrir sino hasta las tres décadas más próximas, en que tardíamente, alrededor de 1945, asoman sucesivamente el influjo de la reflexología, de la fenomenología, del existencialismo, del gestaltismo, del positivismo lógico, del estructuralismo y del transformismo. En algunos de los trabajos de esta época logran verse de nuevo penetraciones hondas en las estructuras clínicas y un mostrar desde dentro y desde ellas, y sin salirse de ellas, visiones más universales, que a partir de lo patológico dan luz a intelecciones posibles de lo que sea el hombre, sin reduccionismos a escuelas filosóficas determinadas. En la Revista de Psiquiatría y Disciplinas Conexas, en la Revista de la Sociedad de Neurología, Psiquiatría y Neurocirugía, en la Revista de Neurología que fundó Lea-Plaza y dirigió Oscar Ortega y sobre todo en la Revista de Psiquiatría Clínica, se encuentra lo de mayor trascendencia publicado en los últimos años.

Las investigaciones anátomo-patológicas, fisiopatológicas, bioquímicas y farmacológicas, se han desenvuelto en tono menor, lo cual también ha quitado empuje a una visión psiquiátrica más amplia; cabe, sin embargo, destacar los esfuerzos de Westenheffer, Brinck y Juvenal Barrientos, por montar trabajos vigorosos de anátomo-patología, uno de cuyos frutos ha sido "La Cisticercosis cerebral", obra de Guillermo Brinck, señora dentro de la anátomo-clínica. También fueron meritorios los esfuerzos de Sergio Rodríguez por descubrir vías diagnósticas más certeras desde una sistemática de la fisiognómica y la mímica.*

Ignacio Matte dio un impulso notable a la enseñanza de la psiquiatría, se esmeró por construir un establecimiento que estuviese a tono con la importancia adquirida por la especialidad en

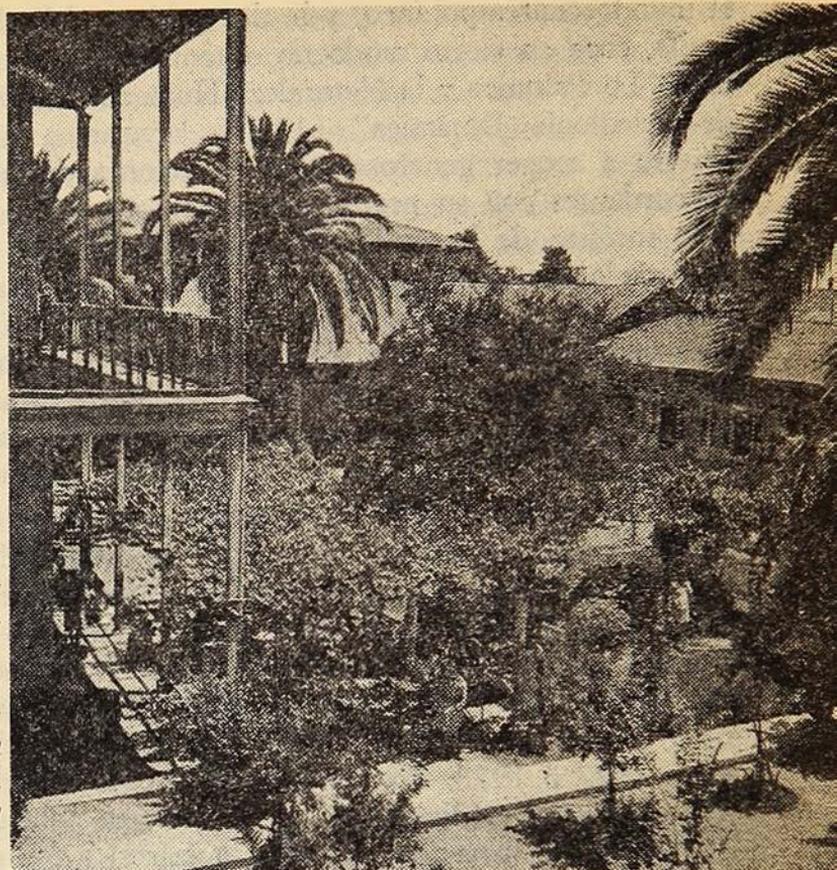
* En otro orden de materias, los trabajos de Julio Dittborn sobre hipnosis han tenido importancia dentro y fuera del país.

el mundo contemporáneo, y le dio nobleza al hecho de dedicarse a ella, cosa en cierto modo no obtenida hasta entonces. Sus libros "Lo Psíquico y la Naturaleza Humana" (1954) y "Estudios de Psicología Dinámica" (1955), revelan a un psicoanalista abierto a acoger generosamente direcciones de la psiquiatría no concordantes con su propio pensamiento y talentosamente alerta a lo insólito de la clínica. Quizás si limita esos méritos el ver demasiado los fenómenos desde posturas teóricas conclusas, y no al revés, el entregarse con más denuedo a lo clínico mismo, para ordenar desde allí y sólo hasta donde los fenómenos lo permitan, mundos teóricos universales. A Matte lo salva a este respecto, sin embargo, su gran comprensión de los misterios del alma, su amor a los enfermos y su excelente formación científica.

La pobreza de datos psiquiátricos de las historias clínicas, es otro hecho mostrativo de la falta de originalidad de la época posterior a Orrego; así hay pacientes hospitalizados en 1884 ó 1885, cuya historia hasta 1918 ó 1920 llena dos o tres páginas escuetas, con un diagnóstico en acuerdo a la nomenclatura de Morel, Magnan y la escuela francesa de la segunda mitad del siglo XIX, nomenclatura que no varía, como decíamos antes, hasta 1927 ó 1928. En parte, ese atraso se ha debido a la enorme escasez de médicos para atender a una población muy grande, a falta de intuición clínica, y quizás si a esa general tendencia del chileno a no describir realidades aunque las observe con agudeza. Dentro de tal panorama, en época más reciente las historias de Luis Custodio Muñoz, aunque demasiado breves, cogen lo esencial, y sobre todo, adelantándose a la fenomenología, reproducen a propósito de diversos fenómenos, las expresiones textuales de los enfermos, lo cual revive la atmósfera en que se dieron.

Desde la fundación de la Casa de Orates en 1852, primero en el barrio Yungay, y en 1858 en la calle Olivos, administradores y médicos han estado en constante campaña para mejorar las condiciones de los hospitalizados y liberarlos cuanto antes de su encierro. Se insiste en crear talleres a fin de abreviar la enfermedad gracias a la terapia ocupacional (de hecho se crean varios en 1880), en colocarlos en casas particulares a fin de no aislarlos del ambiente, en no usar métodos coercitivos de

Un antiguo y bello patio del Hospital Psiquiátrico, todavía existente. Es de la época del Presidente Manuel Montt.



contención (camisas de fuerza, etc.) sino en momentos de excepción, en mejorar el alimento, los jardines, las pinturas de las paredes, en hacer paseos y fiestas que permitan la recreación; se insiste más aún en preferir los *tratamientos morales* (hoy diríamos psicoterapia y manipulación ambiental) a los físicos, etc. Los que hemos vivido la indiferencia de las autoridades frente a los problemas psiquiátricos, nos damos cuenta del valor de la lucha de aquellos médicos para conseguir siquiera una parte mínima de lo esperado.

Entre las enfermedades preocupó desde el comienzo el alcoholismo. Quizás si a lo pensado por Ramón Elguero, Manuel Segundo Beca y Joaquín Castro Soffia, se haya agregado muy

poco posteriormente; los tres vieron en él el primer problema nacional.

Manuel Segundo Beca en su "Contribución al Estudio de las Enfermedades Mentales en Chile" (1891) dice: "Son tres las grandes causas de enajenación que influyeron para la entrada de hombres al Manicomio en el año 1890 y que se consignan en el cuadro adjunto:

"1º— Abuso de bebidas alcohólicas; 2º— excesos venéreos y 3º— sentimientos, pesares, etc.

"La primera entidad, abuso de bebidas alcohólicas, figura con una cifra muy alta, comparativamente al número de entrados, que fue de 328, como causa inmediata de enajenación concurre con un 57% sobre el total de entrados hombres.

"¿A qué es debida esta exagerada influencia en el desarrollo de perturbaciones psíquicas? Pienso que no será aventurado referirla a las conocidas causas siguientes:

"1º— La ingestión, en gran cantidad, de bebidas alcohólicas.

"2º— Siendo éstas de pésima calidad por lo general, son muy nocivas

"3º— Nuestro pueblo bebe durante varios días y aún semanas, sin que la eliminación de los productos alcohólicos alcance a verificarse.

"4º— Se exponen durante horas a la humedad o al sol en medio del sopor de la embriaguez, lo que engendra perturbaciones en la circulación general, y sobre todo en la circulación céfálica.

"5º— Durante los días de libación, no comen, ni duermen, lo que trae trastornos serios de la nutrición y modificaciones en la acción nerviosa...

"Causas semejantes han obrado en las mujeres entradas, para el desarrollo de la enajenación. Así, en el cuadro citado, figuran ocupando los primeros lugares, en cuanto a frecuencia: a) los sentimientos, sufrimientos diversos, etc.; b) los excesos alcohólicos; c) la alimentación insuficiente y la pobreza, produ-

BIBLIOTECA NACIONAL CHILE

ciendo la miseria fisiológica, con sus diversas manifestaciones enfermizas.¹

En la Memoria de médico residente del año 1893, expresa Beca: "De las causas inmediatas de enajenación, consignadas en este cuadro, ninguna hay que haya influido más en el desarrollo de enajenaciones que la señalada *excesos alcohólicos y alcohólicos y venéreos*. 275 individuos de los 637 entrados en 1893, reconocían esta causa para su trastorno mental, es decir, un 43/100 por causa inmediata alcohólica. Esto es asombroso y casi increíble, pero no puede suceder de otro modo, pues coligiendo por lo que ocurre en la capital, tendremos fácil explicación del hecho. En la Memoria correspondiente a 1893, que pasa la Prefectura de Policía, se encuentran estos elocuentes datos:

"La Policía ha recogido en el año 1893, 35.737 individuos de ambos sexos. De ellos, el 67,25%, o sea, 24.034 por ebriedad.

"Una ciudad así, que manda por ebriedad a la Policía el 10% de sus habitantes, yo creo que tiene derecho para mantener en cárceles, manicomios, hospitales u hospicios, una cifra considerable de reos, locos, enfermos y dementes, todos de causa alcohólica".²

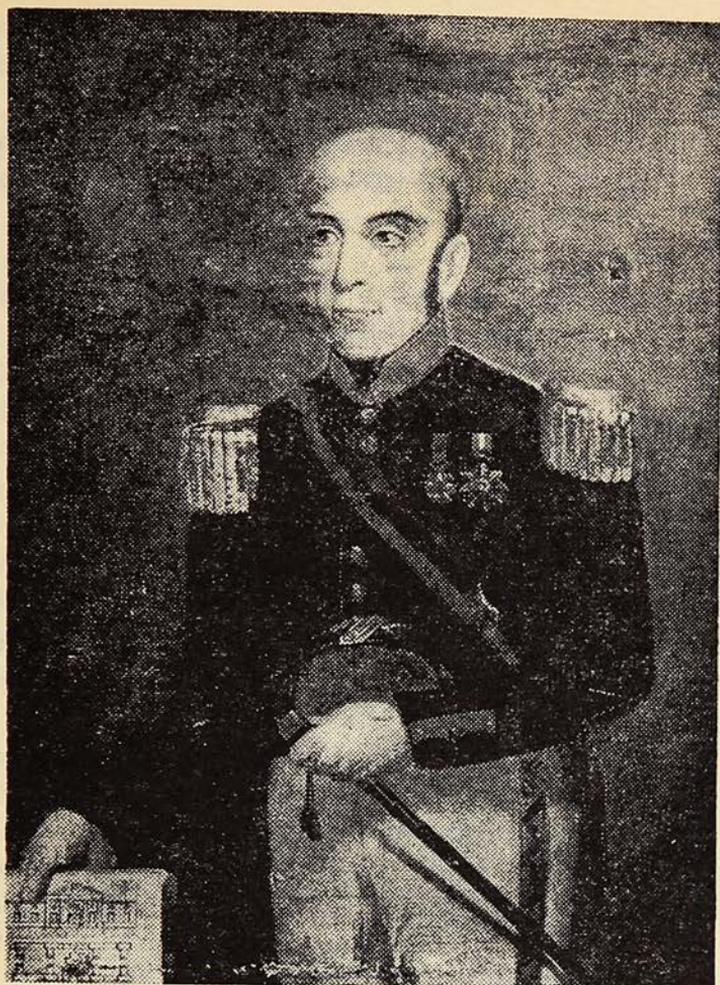
En la Memoria del año 1894, publicada en 1895, el alcoholismo aumenta al 50%. Se insiste aquí en la mayor vulnerabilidad a la locura de la gente debido a sus miserables condiciones alimenticias, habitacionales, etc.

Elguero, Beca y Castro Soffia, ven ya en las últimas décadas del siglo XIX, que el alcoholismo es enfermedad y no vicio, que exige tratamiento médico y rápido mejoramiento de la situación económica y social. La gravedad de esta situación, la explotación desvergonzada del pueblo, y las serias consecuencias de eso en una posible degeneración de los chilenos la había señalado por lo demás el año 1884, en páginas sobrias y recias, Augusto Orrego Luco. Caupolicán Pardo en 1901 expresa: "Desde algunos años a esta parte se nota un movimiento en la

¹ Beca, Manuel 2º: "Contribución al estudio de las Enfermedades Mentales en Chile". Ed. Imprenta Nacional. Santiago de Chile, 1891, pp. 15-16.

² Memoria del Médico Residente de la Casa de Orates, correspondiente al año 1893. Ed. Imprenta Nacional. Santiago de Chile, 1884, pp. 14.

Coronel Francisco Angel Ramírez, fundador de la Casa de Orates, hoy Hospital Psiquiátrico, por orden de don Manuel Montt.



opinión que es como la repercusión de lo enseñado y sostenido por un corto número de personas entre las cuales la mayor parte pertenecen al cuerpo médico. Nos referimos a las medidas tendientes a disminuir en parte siquiera el enorme consumo del alcohol que hacen los habitantes de Chile, hasta llegar a ser nuestro país relativamente uno de los más fuertes consumidores de bebidas alcoholizadas...

“...Los poderes públicos preocupados con el gran desarrollo de la criminalidad, el aumento de los alienados en los manicomios y de los enfermos por causa de este vicio, por medio

de una ley, dictada en mayo de 1892, trataron de reprimirlo limitando su consumo... Pero el problema del alcoholismo ya es de actualidad, ya no son sólo los individuos de ciertas sociedades los que se preocupan de él; son el Gobierno, el Parlamento y el público en general los que se interesan de cerca o de lejos, cada uno en la esfera de sus atribuciones...

“...las sociedades de temperancia y sobre todo las que tienen por objeto disminuir el alcoholismo combatiendo las causas que inducen a él, miseria, falta de distracciones, escasez de bebidas agradables y no alcohólicas, conferencias al pueblo, publicaciones, etc., dan una idea clara de la extensión que ha tomado en nuestro país esta verdadera lucha contra el alcohol...”

“... Hay otro medio que quizás es más importante que los anteriores tomando en cuenta sus resultados. Nos referimos a la educación anti-alcohólica. A esto tiende el proyecto de nuestros colegas, los doctores Landa y Fernández Peña, que proponen la enseñanza sistemática de estas ideas en las escuelas públicas, la fundación en ellas de ligas anti-alcohólicas y de conferencias mensuales sobre estas materias...”¹

Respecto a lo mismo, Castro Soffia propone en 1909 la creación de Asilos especiales. “Los Asilos para bebedores responden a una necesidad social. Los médicos que forman parte de la Junta de Beneficencia y que conocen la importancia de estos asilos debieran trabajar por su creación, tanto más cuanto que existe una ley que ordena su fundación: bastaría solamente pedir su cumplimiento.

“El castigo con que la ley pena al borracho es inútil en la mayoría de los casos, en razón del estado mental de los bebedores. En Suiza y Alemania, donde los asilos para bebedores son numerosos, se ha llegado a la conclusión que para obtener algún resultado es necesaria la estadía prolongada del bebedor en un asilo especial. Allí el tratamiento moral predomina y debe ser dirigido con tacto y discreción en cada enfermo en particular; se dan conferencias contra el alcoholismo y se recomienda la abstinencia. El personal del asilo debe ser abstinentes. El carác-

¹ Pardo, Caupolicán: “Sobre Alcoholismo”. Rev. Méd. Chile. 29-307, 1909.

ter común de estos asilos es la libertad completa del individuo. El tiempo necesario para el tratamiento varía de seis meses a dos años.

“El bebedor cuando tiene tendencias a recaer, si no encuentra a la salida del asilo una sociedad de patronato que lo dirija y lo ayude en sus primeros pasos, caerá nuevamente en el vicio.

“Las sociedades de patronato completarían la asistencia de los enajenados y de los alcohólicos. Estas sociedades de patronato que han tomado tanto desarrollo en Europa, tienen por objeto ayudar a los enfermos que han salido curados o mejorados de los manicomios y aun a sus familias mientras el enfermo permanece en el asilo. Se les busca trabajo, se les da recursos de todas clases, en dinero, ropas, medicamentos y asistencia médica, a fin de evitar recaídas. Es conveniente que el alcohólico ingrese a una sociedad de temperancia.

“Muchas otras medidas complementarias podrían tomarse, como buscar distracciones honestas para el pueblo en los días de fiesta, conforme a sus gustos en cada localidad, propagar los juegos de sport, substituir las bebidas alcohólicas por bebidas higiénicas efervescentes, etc. Especialmente construir habitaciones cómodas e higiénicas para obreros, disminuir los días de fiesta, y la duración de las fiestas patrias al menor tiempo posible”.

“En las Memorias de los años anteriores hemos tratado de las medidas que deben tomarse para combatir el alcoholismo y las hemos dividido en medidas administrativas, sociales y terapéuticas”.¹

Respecto a la Asistencia Psiquiátrica, Arturo Vivado, Carlos Larson y Víctor Arroyo recuerdan en la Revista de Psiquiatría y Disciplinas Conexas (Año IV, N° 3, 1939), los conceptos de Bernard Hart de 1912 sobre la relación entre la manera cómo los pueblos viven la locura y su cultura correspondiente. Dichos conceptos acerca de la locura serían el demoníaco, el polí-

¹ Memoria de los Médicos de la Casa de Orates de Santiago, correspondiente al año 1909. Memoria de la Sección de Hombres, por el Dr. Joaquín Castro Soffia. Ed. Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona, Santiago, 1911, pp. 12-13.

tico, el fisiológico y el psicológico. El demoníaco es propio del Medioevo y el trato del enfermo mental osciló allí entre la plegaria y el exorcismo, la santificación o la hoguera. En el Renacimiento, perdió su carácter demoníaco, se le desconsideró socialmente y se le vio más bien como algo peligroso. Se le aisló en establecimientos de tipo carcelario, a base de prisión con cadenas, régimen celular, látigo y otros procedimientos semejantes. La Revolución Francesa produjo un nuevo criterio sobre enajenación. Felipe Pinel, médico del Hospital Bicetre de París, suprimió en 1798 las cadenas de los enfermos mentales del citado establecimiento.

“Este hecho marca la instauración definitiva de un nuevo criterio, el fisiológico, según el cual el enajenado adquirió la condición de enfermo del cerebro, merecedor, en consecuencia, de un trato semejante al que se dispensaba a los demás enfermos somáticos.

“Nace entonces la psiquiatría y empieza la era de la asistencia científica del alienado. Hechos que derivaron más tarde hacia la concepción psicológica; última de las indicadas por Hart en la escala evolutiva del criterio social acerca de la locura.

“Empero, es incuestionable que este criterio ha derivado a su vez en el concepto que podríamos llamar Médico-social. Concepto que aparece hoy como una etapa de superación en los pueblos más civilizados, en donde el empeño de sus instituciones no se polariza exclusivamente en la Asistencia del enfermo sino, además, en los problemas consecuenciales y primarios que dicen relación con la salud mental de los individuos”.

Más adelante aluden el atraso experimentado por dicha Asistencia en Chile: “Mas, es cuestión previa e indispensable, a nuestro juicio, para aquilatar mejor las causas fundamentales, de orden general, que mantienen sin solución el problema señalado, referirnos al clima que lo rodea, o si se quiere a la *actitud de nuestra población frente a la enfermedad mental*”.

“Expresamos antes que en los sectores rurales o campesinos, imperaban los criterios demonológicos, o, a lo más, políticos. Cabe agregar, ahora, que en los sectores de la ciudad, según sea el nivel cultural, los conceptos oscilan a partir del político hacia el fisiológico. Algo semejante ocurre entre los elementos

más cultos, en donde la evolución conceptual ha alcanzado, en formas más o menos imprecisas, hasta el criterio psicológico. Incluimos en este grupo a la clase médica.

“El atraso conceptual en lo que atañe a enfermedad mental, es evidente; e incuestionable su repercusión en lo que se refiere a la Asistencia psiquiátrica curativa, y especialmente a la preventiva”.¹

El alcoholismo sigue siendo el primer problema, y como se dijo, interesa desde la partida y ya en el siglo XIX se le considera enfermedad, se proponen soluciones de tipo preventivo e ideas sobre el origen del mal. Después se ha avanzado poco. Si se exceptúan escasos trabajos de investigación clínica, fisiopatológica y farmacológica de categoría, se ha caído en un puro activismo programático que es la negación misma de la eficacia necesaria a la solución de problema de tanta magnitud. Por un curioso ilusionismo, se cree que el descubrimiento de los fenómenos llamados incapacidad de detenerse y abstenerse, abre camino nuevo y definitivo sobre algo que es infinitamente más vasto que eso, y entonces se ha dejado atrás toda inclinación hacia la investigación clínica, que es lo primordial.* Apenas dos o tres psiquiatras, comprendiendo la gravedad extrema del problema, han persistido en la búsqueda de esquizofrenias, epilepsias, depresiones u otros cuadros larvados, fuentes de muchos casos de alcoholismo, y en la circunscripción de un posible alcoholismo primario, cuyo conocimiento sirva de base real a una política científica frente al destino que nos impone esta aciaga epidemia. Entre las investigaciones valiosas ya publicadas, y justo porque hace excepción y da atmósfera nueva a aspectos antropológicos del problema, merece sin embargo destacarse la de Claudio Molina sobre Tipos populares de bebedores.²

¹ Vivado, A.; Larson, C.; Arroyo, V.: Rev. Psiquiat. y Disciplinas Conexas, 4-156, 1939.

* Sobre este problema, aun cuando no incide directamente sobre lo psiquiátrico, merece señalarse como un aporte la obra sobre alcoholismo publicada en los últimos dos años por el Dr. Sergio Ferrer en la Editorial Universitaria.

Las investigaciones bioquímicas al respecto no han tenido una inspiración suficiente.

² Publicado en Revista de Psiquiatría Clínica.

En suma la psiquiatría chilena evoluciona coordinada a la psiquiatría occidental. La inspiran escuelas francesas en el siglo XIX, cuando era Francia la principal artífice de esta ciencia. La influencia de Esquirol, Baillarger, Falret, Morel, Magnan y Moreau de Tours, se siente hasta 1920. Poco antes, se nota el influjo de Griessinger, Kalhbaum y Kraepelin. Se afirma, después de 1925, con Fernando Allende Navarro y Oscar Fontecilla. Allende y posteriormente Ignacio Matte, introducen a Von Monakow, Bleuler, Freud y las diversas corrientes psicoanalíticas. Por esta misma época se conoce a Head, Hughlings Jackson, Kretschmer, Clérambault, Pavlov, Rorschach y Sheldon.

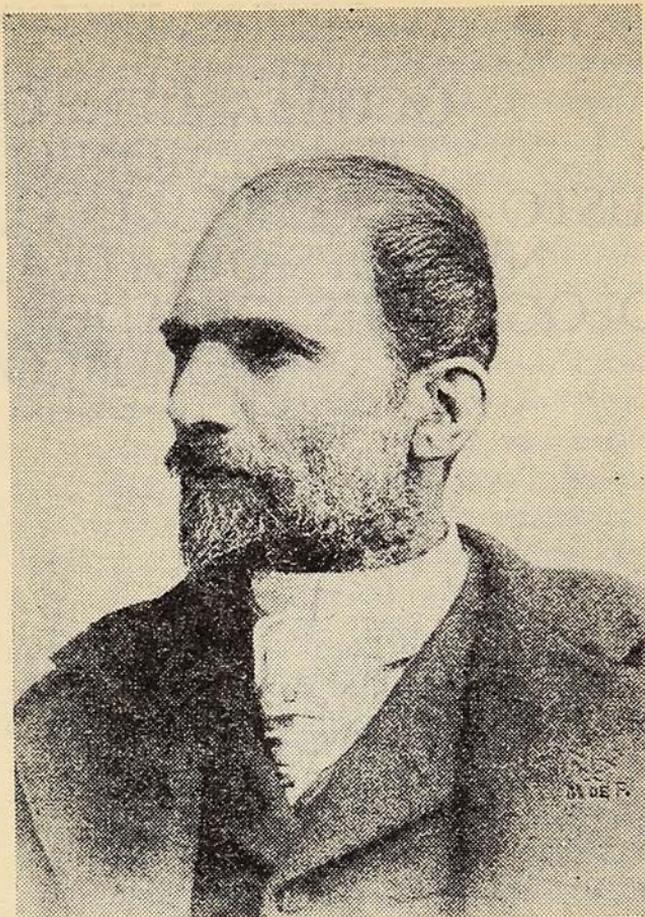
Como toda ciencia, nuestra psiquiatría muestra períodos de luz y de originalidad, y períodos callados en que todos se entregan a asimilar sin trasmutaciones lo venido desde afuera, períodos seguramente ocupados en la preparación de nuevas aperturas a lo original. A nuestro juicio, sus dos tiempos ejes abarcan desde 1857 a 1905 y desde 1950 hasta ahora. Al primero, lo simbolizarían los nombres de Manuel Antonio Carmona, Ramón Elguero y Augusto Orrego Luco; al segundo, lo caracterizan la serie de trabajos clínicos centrados en torno al método clínico-fenomenológico. Entre ambos tiempos ejes, hay un período en que se labora con denuedo y generosidad abriendo oscuras puertas para que otros se asomen más tarde a las interioridades; abarca desde 1905, hora del retiro de Orrego Luco de la Facultad de Medicina, hasta la entrada en escena del método clínico-fenomenológico; ha sido el interregno del gran silencio.

OCULTAMIENTO
DEL DEMONIO.
AUGUSTO ORREGO LUCO,
NEUROPSIQUIATRA,
PSICOLOGO, HISTORIADOR,
POLÍTICO

Después de Bello y Lastarria, Orrego Luco es tal vez la figura intelectual chilena de mayor universalidad del siglo XIX. Neuropsiquiatra, psicólogo, historiador, político, periodista, dejó en todos esos campos profundas huellas de alcance histórico. Iniciaremos el estudio por su mundo preferido, el de las ciencias médicas.

EL MÉDICO

La imagen histórica de una persona corre riesgos de desfigurarse, si no se cotejan con prudencia las vías de aproximación. Si deseamos acercarnos a lo que fue como clínico es primordial conocer: las ideas generales orientadoras de sus anamnesis clínicas; los trabajos de investigación; los problemas que le retienen y sorprenden; la coincidencia entre esas sorpresas y las de contemporáneos, antecesores y sucesores; los enigmas propios de la ciencia de su tiempo que le dejan impasible; sus descubrimientos de nuevas fuentes inspiradoras; su presencia en las generaciones posteriores; su tacto para escoger maestros; su concepto más o menos justo de lo perdurable y no perdurable de su época; su entrega al bien de la comunidad; su capacidad para elevarse desde lo concreto a lo abstracto, sin que lo abstracto



Augusto Orrego Luco, Primer Profesor Titular de la Cátedra de Enfermedades Nerviosas de la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile, y junto a Manuel Antonio Carmona, el más importante científico chileno del siglo XIX.

abandone en ningún momento su misión originaria de clarificador y dignificador de la intimidad misma de lo concreto.

La exactitud de aquella imagen pelagra todavía si la descontrapesan las ideas del tiempo en que uno vive, sobre todo si pertenece a un mundo que parece lejano, porque siempre se está como subjetivamente más cerca de lo pretérito remoto, que de lo pretérito próximo.

Lo anterior significa que el presente trabajo no aspira de ninguna manera a ser expresión de un juicio incluíble dentro de los marcos de las ciencias históricas, sino que atisba algunos de los aportes de Orrego Luco, al comienzo de nuestra neuropsiquiatría.

Orrego no fue innovador en el sentido de Charcot, Janet, Freud o Hughlings Jackson, sino entusiasta, honesto y sabio introductor de una ciencia recién brotada en Europa, en el medio médico nuestro, que todavía hoy guarda ciertos recelos en su contra, y a la cual, aún en los tiempos en que yo estudiaba, se la suponía la vía regia de los inaptos para la verdadera medicina.

Introdutor de la psiquiatría no es calificarlo de mero repetidor sin trascendencia, sino muy por el contrario, designarlo fundador del culto de un área valiosa de la ciencia en medio del solar patrio.

Para no rezagarse, sin embargo, como un simple médico curioso, extravagante y solitario, se necesita sagacidad, prudencia, talento, acometividad, encanto, meditación y reflexión, a fin de recrear los conceptos desde sus orígenes y darles la fuerza de lo nuevo. Los que escucharon a Orrego Luco en lecciones y conferencias: Joaquín Luco, Hugo Lea-Plaza y Guillermo Brinck, le atribuyen dichas virtudes. Hablaba con voz pausada, a ratos sonora, a ratos inaudible, en medio de largos silencios expectantes que llevaban a una especie de paroxismo de atención, durante los cuales surgían como de repente enunciados, tesis, interrogantes, teorías, con un curioso poder de darle atractivo y significatividad a hechos supuestamente conocidos o aparentemente triviales, que no habían parecido hasta entonces dignos de observación, pero que desde ese momento adquirían inquietante notoriedad. El que discípulos directos e indirectos de la categoría de Luco, Lea-Plaza y Brinck, cuyo juicio crítico sobre la calidad de las personas siempre se ha estimado ecuánime, severo, realista y ajeno a pseudomitologizaciones, lo hayan considerado la mayor figura de la medicina chilena, comparable sólo a un Daniel García Guerrero, a un Vicente Izquierdo, a un Francisco Navarro, a un Eduardo Cruz-Coke o a un Carlos Charlín, que brillan con fulgor propio en nuestro horizonte histórico, es un dato no desdeñable. Ello merece señalarse, pues se corre el riesgo de ser injusto cuando a una persona que no pretendió ser innovadora, que siempre ocultaba con modestia sus opiniones diciendo que eran sencillamente las ya sostenidas por tal o cual personaje de su tiempo, se le puede acusar de no tener nada propio, salvo el haber expuesto lo ajeno entre nosotros. Orrego

era un clínico y un meditativo poderoso, y logró trastocar la intimidación de espíritus fuertes como para convertirlos en discípulos y dedicarlos a explorar zonas psíquicas inadvertidas de la existencia, cuando esas mismas personas tenían a su frente otros caminos médicos más promisorios.

La división de las causas de las Alucinaciones en directas e indirectas propuesta por Orrego Luco, la había hecho antes, en 1848, Baillarger. La etiología luética de la tabes sostenida por Orrego en una de sus obras de 1902 era tesis, como él lo dice, de numerosos autores y sobre todo, de Fournier y Erb; Orrego reanaliza sus argumentos, los sopesa en acuerdo a su propia experiencia, envía a Europa enfermos y observaciones clínicas que lo confirman, una de las cuales hace exclamar a Erb, clásico de la neurología alemana: "aquí está la prueba definitiva".¹ Su trabajo de 1878 sobre las Circunvoluciones Cerebrales, es una ordenación acabada, vigorosa y personal de cuanto se sabía hasta ese momento sobre anatomía, anatomía patológica, fisiología y fisiopatología cerebral, incluidos los entonces muy novedosos, desconocidos y recién apreciados 30 años más tarde, aportes de Hughlings Jackson. En su ensayo sobre "Las neurosis mímicas", da su propia atmósfera a lo sostenido por Trousseau y Charcot, respecto a la capacidad de la histeria de simular mimetizándose los más complejos cuadros orgánicos.

Seguramente sus trabajos científicos, pese a lo sobrio y limpio del razonamiento, no nos dan idea clara de lo que debió ser la fuerza de sus exposiciones orales, en las cuales daba tal forma a las ideas de sus inspiradores, que pese a atribuirles a ellos todo lo dicho, quienes le oían le creían el autor original. Un hombre de la personalidad, cultura y vastedad de información de Lea-Plaza, supuso por ejemplo hasta el fin, que Orrego se había anticipado a Charcot y Erb en temas relacionados con la estructura y función del cerebro y la etiología sifilítica de la tabes. Aunque esto no lo hemos comprobado, ni creemos que los europeos tuviesen presente los trabajos de Orrego para afirmarse en definitiva en sus teorías, ello no apuntaría a un error cual-

¹ Erb publicó esta observación en 1904.

quiera de Lea-Plaza o de otros discípulos, sino más bien, a la calidad espiritual del jefe de una escuela nueva en un país nuevo, que es capaz de gestar honestamente la ilusión de que los sudamericanos podemos crear en terrenos difíciles. Por lo demás consta el aprecio de los círculos neuropsiquiátricos de Francia y Alemania por Orrego Luco, círculos siempre reacios a otorgárselo a cualquiera.

LA PSIQUIATRÍA DEL SIGLO DIECINUEVE ANTES DE ORREGO

Algo de la atmósfera médica de Santiago, respecto a los problemas de la psique en víspera de la entrada en escena de Orrego Luco se hace visible a través de los conceptos vertidos en torno al famoso caso de Carmen Marín, en cuyo análisis participó además del clero, buena parte del cuerpo médico.

Los informes publicados en una obra titulada "Carmen Marín o la Endemoniada de Santiago", editada en 1857 en la Imprenta y Librería del Mercurio en Valparaíso, son prácticamente inencontrables hoy en día.¹

El informe clínico de Carmona que abarca numerosas páginas es un documento invaluable para medir el estado de la psiquiatría chilena a mediados del siglo pasado y la influencia de Cullen, Trousseau, Choman, y del español Baltasar de Viguera, autor de un tratado sobre *Fisiología y patología de la mujer*. En cierto modo la atmósfera espiritual de muchos médicos, incluido Carmona, es el de la Enciclopedia del siglo XVIII. Varios han leído también en el original a Galeno y a otros médicos antiguos.

El ataque convulsivo para Carmona, como para Freud, es un sucedáneo del coito; por eso la propia enferma lo llama *bonito*; las palabras San Juan y Verbo encarnado, simbolizan, como quizás lo dirían en la misma forma Breuer y Freud, el amante Juan, admirado hasta la divinización, con el cual se desearía matrimonio y producto de ese amor. El que la memoria de un acto instintivo pueda seguir reproduciéndolo automáticamente a fin de complacer deseos prohibidos sin responsabilidad ética, ya que su ejecución

¹ Véase pág. 136. "Crítica Preliminar".

no es voluntaria, sino resultado de un trance sonambólico ajeno al querer consciente, y que esto aparezca confirmado en una historia clínica fundándose en datos concretos de anamnesis, equivale de hecho al descubrimiento del subconsciente y de fenómenos psicológicos del tipo de la condensación y el desplazamiento, en un sorprendente adelantarse a ideas que serán sistematizadas varios decenios más tarde en avasalladoras teorías. La importancia fundamental de lo biográfico: orfandad, vida cercana a la prostitución, miedo a la condenación eterna, amor sin esperanza, sin lo cual tal vez no se habría producido el cuadro, nos hacen pensar que nuestra psiquiatría de mediados del siglo iba a ratos tanto o más lejos que la psiquiatría europea y tenía, a lo menos en Carmona, un precursor de la medicina antropológica, recién entronizada en Europa después de 1930.

RAMÓN ELGUERO

No hemos obtenido otros documentos de tanta valía para juzgar la calidad del pensamiento de los demás médicos respecto a enfermedades mentales; tampoco hemos investigado lo suficiente. Debería suponerse sin embargo, que los dos predecesores de Orrego Luco en la enseñanza de enfermedades mentales, Ramón Elguero y Carlos Sazie, estuvieron a la altura de cualquier médico europeo de su tiempo en formación clínica, ponderación de juicio, tendencia a la investigación, habilidad terapéutica, cultura humanística. De Ramón Elguero, muerto en 1878, dice Orrego Luco en sus "Recuerdos de la Escuela", escritos alrededor de 1922, después de haber conocido la obra de Charcot, Pierre Janet, Babinski, Déjerine, Pierre Marie: "Siguiendo la corriente de mis recuerdos voy ahora a pasar delante de una de las figuras más interesantes que he encontrado en el curso de mi vida.

"En mis recuerdos la figura de Elguero se presenta aparte. Era una cima y, como todas las cimas, aislada, silenciosa y solitaria, envuelta en el respeto como en una nube que la vela y la hace aparecer más elevada y más lejana".¹

¹ Augusto Orrego Luco: "Recuerdos de la Escuela". Ed. del Pacífico. Santiago de Chile. Segunda Edición. 1953. Pág. 66.

*Dn. José Ramón
Elguero del Campo
(1821-1897).*

*Profesor y Miembro
de la Facultad de
Medicina. Desarrolló
su primer curso de
Psiquiatría en el
Hospital San Juan
de Dios de Santiago.*

*(Fotografía Viteli y
Cambó, Santiago,
Museo Histórico).*



En 1844 Elguero, aún alumno, fue nombrado profesor de Fisiología. En 1846 se va a Valdivia; regresa en 1853 quedando a cargo de un servicio en la Casa de Orates y en el Hospital San Juan de Dios. En 1869 inició un curso de patología y enfermedades mentales.

Dice Orrego: "En esa clase de patología y, sobre todo, en su clase de enfermedades mentales, era donde se podía apreciar mejor la asombrosa extensión de sus lecturas.

"Lo más interesante de esas clases era oírle relatar la historia de cada enfermedad, la manera cómo había aparecido, las primeras descripciones, cómo se habían agregado nuevos síntomas y nuevos detalles hasta constituir el cuadro actual. Dándole esa amplitud al cuadro patológico, tenía oportunidad para hacer constantes excursiones en los dominios de nuestra larga historia literaria. A veces lo veíamos abrir un viejo texto latino

en que se complacía en señalarnos inesperadas coincidencias con las ideas más avanzadas de nuestra época; era lo que él llamaba “la ilusión de la novedad”; otras veces eran las lecciones clínicas de Graves escritas en inglés; en otros casos eran las elocuentes lecciones de Trousseau...

“En el curso de enfermedades mentales fue donde dio Elguero sus lecciones más brillantes; fueron lecciones que habrían llamado la atención en cualquiera de las grandes clínicas de Europa, por la enorme ciencia acumulada y la originalidad de sus concepciones patológicas.

“En ese campo, que él había cultivado con un empeño y un interés excepcionales, era donde creía encontrar el camino más favorable para el porvenir de nuestra escuela”.¹ El curso duró los años 69 y 70.

Aludiendo a la generación de Elguero, hace presente Orrego la extrema pobreza de elementos, que hizo difícil o a veces imposible que audaces y ágiles concepciones se concretaran en descubrimientos, pese a lo cual se lograron milagros. “En el espíritu de esa generación había una mezcla curiosa del sentimiento de la realidad y el sentimiento de la gloria. Sabían adaptarse a las condiciones más estrechas de las realidades de la vida, y perseguir al mismo tiempo obstinadamente los sueños más lejanos y quiméricos.

“Lo utilizaban todo, y todo lo creían suficiente para la realización de sus propósitos. Se contentaban con los escasos recursos que tenían a mano para acometer empresas enormes. Un hornillo, unos cuantos matraces y morteros, una cubeta de mercurio y una balanza, eso era el laboratorio en que Domeyko estudió toda la mineralogía de Chile, ensayó todos nuestros metales y buscó los medios de hacer su explotación; una mesa, unas tijeras, algunos pliegos de papel de estraza, eso era el laboratorio en que Philippi dio a conocer nuestra botánica; Bustillos analizaba nuestras plantas medicinales en la trastienda de una botica; muy poco más que un estuche de bolsillo, era todo el arse-

¹ Obra cit. Págs. 74 y 75.

*Reunión diaria
de los médicos
del Hospital San*

*Juan de Dios
después de la vi-
sita de la maña-
na. Preside el*

*Prof. Ramón
Elguero, una de
las figuras más
ilustres de la
medicina chile-
na. Año 1860.*

*(En la fotogra-
fía el tercero de
izquierda a
derecha).*



nal con que Sazie y Aguirre hacían toda la cirugía de esos tiempos.

“La desproporción entre los medios y los proyectos era enorme, y a pesar de esa desproporción los resultados fueron asombrosos. Después, con recursos inmensamente superiores, tenemos que hacer la dolorosa confesión de que no hemos conseguido superarlos”.¹

De Elguero no hemos encontrado ni historias clínicas, ni transcripciones de sus lecciones, ni trabajos especializados. Tampoco dice Orrego Luco cuál era la nosología, la teoría psicopatológica, la concepción de la mente que profesaba, menos hemos logrado obtener tales datos de quienes escucharon a Orrego referirse a aquel maestro. Como no es de suponer un olvido de materia tan importante en un hombre con fino sentido de la historia como era Orrego, hemos de creer, con todos los riesgos de la aventura, que Elguero y Orrego se adherían a un modo de

¹ Obra cit. Pág. 85.

pensar que parecería obvio dentro del estado de la ciencia de su tiempo y por lo mismo innecesario de ser señalado. Por lo menos el sucesor de Elguero, Carlos Sazie en su estudio sobre las afasias se muestra a sus anchas dentro de la mentalidad anatomoclínica, y la misma profesará Orrego cuando después de la Revolución del 91 se haga cargo de la enseñanza de estas materias.

ORREGO Y EL OCULTAMIENTO DEL DEMONIO

El problema de las posesiones demoníacas y la trascendencia de su estudio para una intuición de la naturaleza íntima del alma, parece no haber sido visto por Orrego, y quizás si en el olvido de esas regiones ocultas del acontecer, resida en parte su curiosa "indiferencia" ante Janet y Freud y su incesante admiración por Charcot.

En un espíritu de esa altura, ello sólo parecería explicable, como lo hicimos notar antes, por la pobreza de nuestras tradiciones en dicho orden, y por el menosprecio que la mera alusión a lo demoníaco desencadenaba en los círculos cultos de Santiago, y sobre todo en los de creencias liberales avanzadas, entre los cuales se movía Orrego.

Para dar una leve idea del escaso respeto merecido por el problema, vale la pena citar un trozo de una novela folletinesca publicada en nuestra capital en 1876 por Ramón Pacheco, novela de calidad detestable, pero que de alguna manera traduce lo que el "intelectual corriente" veía del asunto. Figuran entre los actores una monja supuestamente endemoniada y los patricios Juan Martínez de Rozas y Bernardo de Vera y Pintado. Si el universo de la mayoría de los chilenos cultos correspondía a lo menos en parte, a esta manera de Pacheco de enfrentar los problemas últimos, se hace más comprensible el misterioso ocultamiento del demonio en las investigaciones de Orrego.

"...¿Cree usted, Reverendo Padre, que efectivamente esté poseída por el demonio esa pobre creatura?"

—“Lo creo firmemente; i ya usted ha visto cómo el viernes pasado gracias a Nuestro Señor Jesucristo, lo he hecho huir.

—“Es que cuando Vuestra Paternidad llegó, ya el mal cedía,

i por esto no ha tenido usted lugar a oír las cosas prodijiosas que ella habla.

—“¿Me dicen que divulga algunos secretos?”

—“Sí, señor; i no es sólo eso, sino que también suele decir a gritos lo que algunos de los que la rodean está pensando.

—“Ese es el demonio: no lo dude usted dijo Frai Melchor con aire de convicción. Ya se ha visto mil veces lo mismo. Satanás, sabedor de todo, habla por boca de las personas de quien él se ha posesionado i se complace muchas veces en echar en cara a los hombres sus defectos o en suponerse los para avergonzarlos.

—“Pues yo no habría creído nunca esto de los endemoniados, si no lo estuviera viendo, dijo el dueño de casa.

—“Hace usted mal en dudarle. En las sagradas escrituras se habla a menudo de ellos, i sobre todo del rei Saúl cuando era liberado de los demonios por el arpa que tocaba David.

—“¿I qué fruto pueden sacar los cristianos de este espectáculo?, preguntó sencillamente el dueño de casa.

—“El robustecer su fé. Hai ocasiones en que Dios permite al demonio que tome posesión de una criatura, para castigarla: otras para probar su virtud i varias veces sólo para manifestar el poder de Satanás...”

“...Las supersticiosas creencias de la época no necesitaban de tanto para aceptar como lójico i verdadero, lo que ahora se creería dificultoso o irrealizable. Así es que tanto el pueblo que miraba con avidez desde las ventanas, como las señoras, sacerdotes i caballeros que contemplaban con admiración desde el estrado del mismo aposento, estaban acordes con las creencias de Frai Melchor.

“El doctor don Juan Martínez de Rozas i el poeta don Bernardo Vera i Pintado, eran los únicos que no aceptaban las influencias del demonio.

“Aunque para ellos era inesplicable lo que sucedía, no daban crédito a una cosa sobrenatural i tan contraria a la razón.

“El doctor, como más acostumbrado a manifestar su opinión, o bien como más interesado, tal vez, en el alivio de la jo-

ven, creyó que no debía callar, pues su silencio en aquellas circunstancias importaría una aceptación de que él estaba muy lejos de participar.

—“Frai Melchor, dijo dirijiéndose al exorcista; creo que en todo esto no hai más que una enfermedad, que más bien necesitaría de los auxilios de un médico que de los exorcismos de la relijión.

—“¿Enfermedad, dice usted? interrogó el sacerdote con una risita sarcástica. ¿I qué enfermedad cree usted que pueda ser ésta?

—“Yo no sé, i por eso digo que sería mejor que viese un médico a esta joven. Ni usted ni yo somos competentes para curarla.

—“Pues yo creo lo contrario, replicó frai Melchor sin abandonar su acento un tanto burlón. Yo creo que podré curarla sólo con el nombre de Dios. Usted mismo va a presenciarlo”.¹

La misma atmósfera trasunta el libro de Justo Abel Rosales, “Los amores del diablo en Alhué”, iniciado con la siguiente advertencia:

“Los estraños y estravagantes amores de un misterioso personaje que tomaba diversas formas para introducirse como espíritu en todas partes, aún en lugares i aposentos absolutamente impenetrables para un ser humano, ocasionaron en el pueblo i comarca de Alhué una grande alarma. Los tribunales de Santiago intervinieron en este estraordinario asunto, porque se convirtió en infierno un tranquilo i honrado hogar, i mandaron procesar a un suizo llamado Santiago Barreta como presunto autor de aquellas novedades.

“Este proceso, i numerosos papeles con él relacionados, lo examinó don Benjamín Vicuña Mackenna, luego de ser encontrado aquél en la Corte de Apelaciones de esta capital, en febrero de 1882. Para agregar nuevos datos a un trabajo que sin du-

¹ “La Monja Endemoniada”, novela histórica por Ramón Pacheco. Autor de “Una Beata i un Bandido”, “El puñal i la sotana”, “Los triunfos i percances de una coqueta”, etc. Tomo segundo. Santiago de Chile. Imp. de B. Morán, Calle del Carrascal, N° 28, 1876. Págs. 9, 10, 40 y 41.

da pensaba emprender, escribió el señor Vicuña Mackenna a un vecino de aquel pueblo. La siguiente contestación, que orijinal existe en la Biblioteca Nacional como aquellos otros documentos, es un comprobante de lo que queda espuesto. Dice la carta:

“Señor don Bejamin Vicuña Mackenna.

Alhué, 24 de setiembre de 1882.

“Mui señor mio:

“Las personas ancianas en este lugares han fallecido; podian haber dado una razon de los tales *amoríos del Diablo* que Ud. me pide en su apreciable de 29 de agosto último. El año pasado murieron tres individuos vecinos de este pueblo, i contaban uno 100 años i dos 113. Los que ahora quedan sólo dicen, dos, que a Santiago Barreta lo vinieron a llevar preso seis dragones para la capital, por un juicio que le seguía su esposa Juana Puetiel; pero no saben decir de qué trataba el asunto, i así otros decires que no arrojan luz.

“Siento mucho no haberle sido útil en esto, ya que se ha dignado dirijirse a mí; pero si en otra cosa puedo satisfacerlo, tendré la honra de complacerlo i de ofrecerme el de siempre su mui afmo. S. S.

J. Santos Jarpa”¹

LA NUEVA PSIQUIATRÍA DE ORREGO

Una clara diferencia hay entre el informe clínico de 1857 de Carmona sobre la Endemoniada de Santiago y las fichas clínicas ejecutadas por los alumnos de Orrego en la Clínica de Enfermedades Nerviosas después de 1892. Allá, en Carmona, aparece la notoria importancia de la biografía, los simbolismos, la herencia, la sexualidad, la imaginaria desenfrenada, la necesidad

¹“Los amores del diablo en Alhué. Acontecimiento extraordinario, fantástico i diabólico”. Por J. A. Rosales. 2ª Edición, completa e ilustrada. Barcelona. Imp. Garcés y Bartolí. Provenza, 197. Santiago, Centro Editorial La Prensa. San Diego, 335. Págs. 3 y 4.

de escabullir la ética, el papel psicopatológico del miedo a la condenación y a la culpa. En las fichas de la Clínica de Orrego se consignan en cambio antecedentes hereditarios, antecedentes personales psíquicos y somáticos, no en el sentido dinámico biográfico, sino en el de datos que podrían o no tener importancia para el diagnóstico actual. Sin embargo, se hace hincapié en los abortos o en las muertes prematuras de hijos o en los excesos alcohólicos y sexuales, al parecer en busca de algo que descarte o afirme la posibilidad de una etiología sifilítica. La descripción del curso de la enfermedad hasta el momento del ingreso es rápidamente bosquejado; se señalan con ciertos detalles los síntomas subjetivos y objetivos actuales, a la manera como son dichos por el propio enfermo. El examen físico incide sobre todo en lo neurológico, y salvo el ser más escueto, no se diferencia mucho del que se hacía hasta hace unos veinte años. Dentro del lenguaje, se señala como anormal: la disartria, la palabra borrosa, la tartamudez y la afasia motora; las pruebas de afasia mostradas en dichas observaciones parecen rudimentarias, al menos las consignadas por escrito. En muchos enfermos se anota el estado del fondo de ojo y se dibuja el campo visual. Respecto a lo psíquico se habla por ejemplo de que la persona se nota decaída, cambiada de carácter, amnésica; lo último alude a quejas por pérdida de memoria. A veces se recalca que alguien ha padecido de terrores nocturnos en la infancia y más tarde de claustro o agorafobia, de habilidad para tejer fábulas y mentiras, engañando a otros sin necesidad. Tales datos, excepto en la lúes, no se vinculan por dentro ni a la etiopatogenia, ni a la psicopatogenia del cuadro actual. A lo más parecen anotarse para indicar que se trata de víctimas de naturaleza nerviosa o de estigmas histéricos, aun cuando la existencia de tales estigmas se funda más bien en el examen físico del momento: placas de anestesia en diversas partes del cuerpo, anestesia corneal, etc., y confirma el diagnóstico de histeria, o de histero-epilepsia, como entonces se decía, cuando ése es el cuadro que motiva la consulta.

Los diversos síntomas psíquicos: fobias, alucinaciones, agitaciones, son nombrados genéricamente sin entrar en mayores especificaciones respecto a: su modo particular de darse en esa persona, la situación en que aparecen de preferencia, la impor-

tancia que la persona da a su síntoma, los conflictos familiares o sociales que ayudasen a su producción o configuración, la diferencia con otros síntomas parecidos de enfermedades diferentes, la conciencia o noción de enfermedad. Las grandes neurosis son allí la neurastenia y la histeria, pero esta última queda circunscrita tanto a los estigmas que facilitan su aparición como al cuadro actual. No se atisba un carácter especial de los histéricos ni una finalidad en la producción del cuadro. En suma, mejorada una hemiplejía, una contractura labio-gloso-faríngea, una hemianestesia o una paraplejía histérica, se supone sanada, no una de las tantas manifestaciones patológicas en que el histérico tratará de expresarse, sino la histeria misma. Si el cuadro vuelve a repetirse es otra histeria, como quien tiene dos neumonías, al parecer sin relación entre ellas, salvo el terreno estigmatizado.

Mostraremos a modo de ejemplo tres fichas del año 1897 de la Clínica de Enfermedades Nerviosas del profesor Orrego Luco.

B. M. de 50 años, viuda. Manzano 31.

Antecedentes hereditarios: Padre muerto —era alcohólico. Le han dicho que su madre cuando joven tuvo una hemiplejía. Padecía de jaquecas. Murió de más de 50 años. Sólo ha tenido un hermano que murió de catarro intestinal.

Antecedentes personales: Cuando chica una afección febril. No sabemos que fué ni cuánto duró.

A la edad de 18 años se casó. El marido tenía cefalalgias, a veces en el día, otras en la noche, se le hinchaban los labios; después tuvo una afección hepática: coloración ictérica, ascitis, diarrea, etc., de la cual murió. Era etílico.

Doce hijos y un aborto. Nueve muertos, tres vivos.

Muertos: tres de viruelas a la edad de 1 a 2 años; otro a la edad de 15 años de una afección en que tuvo dolores a las articulaciones, acompañados de tumefacción; eran las grandes articulaciones. Estuvo 3 meses enfermo, después murió. El médico que lo asistió diagnosticó reumatismo con complicaciones cardíacas; otro de afección febril en que hubo convulsiones a la edad de 4 ó 5 meses; los cuatro restantes antes de los siete años.

De los hijos vivos, la mayor padece de perturbaciones digestivas; la

segunda es muy enfermiza; padece de dolores óseos nocturnos, cefaleas vesperales, corizas repetidos, ha tenido varias veces fiebres.

La tercera también sufre de cefaleas raras, fuertes, malestar general, es anémica.

En 1885 muerte del marido.

Hacen tres o cuatro años supresión brusca de la menstruación.

Dice la señora que ha gozado de muy buena salud hasta diciembre de 1896.

Estaba lavando, “de repente sintió olor a humo”; una sensación de contricción en el cráneo; el mismo día siente voces conocidas que decían “para allá vá”, “aquí viene”. Las primeras noches que sintió alucinaciones dormía muy mal. El olor a humo lo sintió como un mes. Después ve constantemente un zancudo que está junto al ojo izquierdo. Cerrando el ojo deja de verlo.

En la actualidad las alucinaciones auditivas continúan; cada vez que ella sale o anda dentro de la casa, las voces dicen: “para allá vá”, “aquí viene”; esto es todo el día; también en la noche. Siente que le golpean la muralla, y cree que en el tejado vecino trajinan constantemente para observarla. Sus perseguidores son las vecinas.

Diagnóstico: Delirio de persecución.

Pronóstico: Grave.

Tratamiento: Bromuro y electricidad.

A los pocos días de examinarla esta enferma dejó de existir. *¹

J. J.G.² de 22 años, nacido en Curicó entró al Servicio el 26 de mayo de 1897.

Antecedentes hereditarios: Su padre murió de una afección gástrica hace 18 años.

Han sido once hermanos de los cuales han muerto cuatro de poca edad (de 2 ó 3 años). No sabemos de qué. Su madre (de 55 años) goza de muy buena salud.

Antecedentes personales: Desde muy chico ha sido nervioso y desde la edad de 7 a los 14 años sufrió de fuertes dolores localizados en el lado derecho de la región frontal, dolores en forma de picadas muy agudas y profundas, que los sentía en el verano y por la mañana.

* Tuvo queratitis doble crónica.

¹ Archivos de la Clínica de Enfermedades Nerviosas. Años 1897-1898. Págs. 6 y 7.

² Archivos de la Clínica de Enfermedades Nerviosas. Años 1897-1898. Pág. 8.

Estado actual: Desde hace 4 años se ha puesto sumamente nervioso. Hay veces que no puede escribir, porque le tiembla todo el brazo. Siente hormigueos en todo el cuerpo, principalmente en las piernas, calambres en las pantorrillas. Ultimamente ha notado que el párpado le tiembla frecuentemente. Sufre de palpitaciones al corazón y le sobrevienen accesos de sofocación.

Sufre cambios de carácter: frecuentemente se pone triste o se encoleva sin motivo alguno. Se impresiona muy fácilmente.

Se siente muy débil. La marcha le es a veces imposible porque las piernas se le doblan y tropieza; le parece a veces, pisar en altos y bajos.

Todos estos fenómenos le aparecen periódicamente y casi siempre por las mañanas.

La memoria está mala. De noche no puede dormir y repetidas veces despierta sobresaltado y un ruido cualquiera le hace saltar fuera del lecho.

El apetito y la digestión mala; pasa dos o tres días sin obrar. El poder genésico es débil. Tiene pérdidas seminales desde hace 5 a 6 años, cada 15 días.

Examen objetivo: Temblor de los párpados, lengua y miembros superiores.

Diagnóstico: Neurastenia.

Pronóstico: Favorable.

Tratamiento: Régimen y tratamiento eléctrico.

Santiago, 26 de Marzo de 1897.

Histero-epilepsia.

R. A.: 19 años. Nacida en Santiago. Costurera.

Antecedentes hereditarios: Su padre sano. Su madre murió de hemorragias internas.

Antecedentes personales: viruela en el año 1881.

Enfermedad actual: hace un mes que le comenzó la enfermedad; advirtiéndole que la enferma trabaja en un taller en que el dueño padece de ataques epilépticos, y que después de haber presenciado muchas veces este ataque, comenzó hace un mes por tener accesos que se caracterizaban de la manera siguiente:

El primero fue precedido por una gastralgia tenaz, cayendo después rápidamente al suelo con pérdida del conocimiento, se mordió la lengua; el pulgar de sus manos, quedó bajo los otros cuatro dedos de la mano, sintió sensación extraña antes de caer, un hielo por todo el cuerpo, tuvo convulsiones tónicas primero y clónicas después; duró el acceso cinco minutos; después del acceso quedó muy cansada; lloraba mucho y sin causa alguna; la memoria confusa y un estado soñoliento. El segundo ataque

tuvo idénticos caracteres; pero sin auras, no se mordió la lengua, y duró más o menos el mismo tiempo. Le han seguido estos accesos durante un mes.

El último tuvo lugar el 14 del corriente y con las mismas manifestaciones que en los anteriores —pero le repitió tres veces en la noche, y cada vez más acentuados estos accesos.

El 21 de Octubre del presente, tuvo otro ataque, pero con auras, que consistían en dolor de cabeza, ésta era pesada, suspiros, ganas de llorar, caída al suelo con convulsiones tónicas y después clónicas; diez minutos de duración, dolor de cabeza después y todo su organismo como apaleado.

Estigmas de histeria:

Vista: o. d. campo visual normal.

o. i. campo visual lado izquierdo infinito.

Gusto: gusta mejor por el lado izquierdo.

Oídos: hiperacusia en el oído izquierdo.

Reflejos: también disminuídos en el lado izquierdo.

Patelar: Normal.

Perturbaciones vasomotrices, más calor y más transpiración lado izquierdo.

Sensibilidad táctil: ligero grado hiperestésico en el lado izquierdo.

Diagnóstico: Histero-epilepsia.

Pronóstico: Favorable.

Tratamiento: tónicos (jarabes, sesquibromuro de hierro) (corrientes descendentes de la columna).

Santiago, 25 de Octubre de 1897.

Hoy, ni en los casos anteriores ni en el actual, podríamos hacer diagnósticos sólo a base de esos datos, menos sin conocer las etapas sucesivas de la evolución posterior. Eso no les quita calidad en acuerdo a la nosología y los conocimientos de su tiempo, y fueron por lo demás vehículos útiles para la obligación primordial de la medicina de ayudar al enfermo con los recursos a mano.

Ninguna de tales fichas clínicas está hecha o escrita por Orrego, pero aquí y allá se ven correcciones suyas, o frases intercaladas puestas por discípulos, en que se expresa por ejemplo: “el profesor Orrego Luco nos hacía notar en sus clases, que según Charcot, este síntoma es propio de la lúes”; “la parálisis facial periférica no se da en la histeria, si hay algo similar es más bien una contractura labio-gloso-faríngea, que a la simple vista

puede parecerse”. Las fichas personales de Orrego son algo anteriores a esa época y parecen haberse destruido por falta de espacio, lo que habla por sí solo de nuestro sentido de la tradición y de la historia y del respeto observado ante el más grande de nuestros maestros.

SU MODO DE MIRAR LA INVESTIGACIÓN CLÍNICA

Orrego adhería al pensar fisiopatológico y anatomoclínico predominante en Europa y cuyos representantes eran Virchow, Griessinger, Meynert, Westphal, Erb, Wernicke, Laennec, Claude Bernard, Trousseau, Charcot y Dieulafoy. Entre la frenología de Gall y las asombrosas ideas psicopatogénicas en las cuales se apoyaba Carmona en su estudio sobre Carmen Marín, y la mentalidad totalística de nuestro siglo iniciada por Monakow, Goldstein, Head, inspirados en parte en Hughlings Jackson, era quizás necesaria una medicina descarnada, fría, abiográfica y apersonal, para un conocimiento del cuerpo humano y su sistema nervioso, que tuviese la clásica exactitud de la física newtoniana. El sistema nervioso se concebía aquí mecánicamente como una federación de funciones en amigable colaboración, correspondiendo cada función al trabajo de una parte circunscrita y precisa del tejido nervioso. La pérdida del lenguaje en la afasia, significaba por ejemplo que la parte del sistema destinado al lenguaje hablado se había destruido sin que cupiera recuperación si esa destrucción no era salvada a tiempo. Se confundía así síntoma y centro habitual de expresión de una gran función, nada menos que con la función misma, como si a la elaboración del lenguaje no contribuyese el organismo y la sociedad entera. El origen de una alucinación se ponía en la destrucción del centro acústico u óptico encargado en el sano de la percepción verdadera, ausente la cual, aparecía ahora como sustituto no contrapesado, el puro recuerdo. El recuerdo o lo imaginado, si no contrastan con el denso mundo real cotidiano, adquieren, justo por la falta de dicho contraste, la apariencia alucinatoria de cosas con existencia independiente propia; es lo ocurrido a diario durante el sueño.

Así se explica quizás la afición de Orrego por la anatomía y la fisiología, y el que uno de sus primeros trabajos sea el “Es-

tudio sobre las Circunvoluciones y Surcos del Cerebro Humano”, publicado en 1879,¹ dedicado a los profesores Charcot y Ferrier. En una parte de la Introducción dice: “Esto nos ha obligado a reunir en un haz esos conocimientos esparcidos, agrupándolos alrededor de un criterio común. Sin embargo, estoy en el deber de declarar que este trabajo no es una simple compilación de lo que se ha escrito; en él he dado cabida a estudios y apreciaciones personales que me obligaban a veces a apartarme de las opiniones dominantes o a introducir elementos nuevos en el desarrollo de la discusión”.

Analizando en dicho trabajo el motivo del restablecimiento de las funciones motoras observado en animales y a veces en el hombre cuando se destruye el centro respectivo, se opone a la teoría de las *compensaciones* en virtud de la cual, lo substituiría el centro respectivo del hemisferio opuesto, y a la teoría de Carville y Duret llamada *ley de la localización funcional hereditaria*, quienes creen que las regiones vecinas lo suplen. Se pregunta Orrego, cómo en dos o tres días tales centros se hacen aptos en los animales para una suplencia tan difícil y en cambio ello no ocurre en el mono ni en el hombre.

“Para explicar este punto obscuro”, dice Orrego, “el profesor Ferrier hace notar que mientras más voluntarios y menos automáticos son los movimientos, más largo es el período de la infancia durante el cual el animal adquiere poco a poco el dominio voluntario de sus miembros. Muchos animales inferiores tienen desde el nacimiento las facultades de movimiento enteramente organizadas. En el mono y en el hombre por el contrario, cada movimiento preciso es el resultado de una larga y laboriosa educación. Mientras más dependen de la voluntad los movimientos, más marcada y duradera es la parálisis que resulta de la destrucción de su centro cortical. De ahí el carácter completo y duradero de la parálisis consecutiva a la lesión de los centros motores en el hombre y en el mono. Mientras más mecánicos y automáticos son los movimientos, más insignificantes serán las

¹ Augusto Orrego Luco: “Estudio sobre las Circunvoluciones y Surcos del Cerebro Humano”. Librería Central de Servat y Cía. Santiago. 1879.

perturbaciones provocadas por la destrucción de los centros de adquisición voluntaria”.¹

Orrego reflexiona sobre el mismo problema y agrega: “Concordando con esto, la observación patológica muestra en el hombre una marcada diferencia entre los movimientos asociados de los dos lados del cuerpo y los movimientos independientes. Estudiando las parálisis de origen cerebral vemos: 1º— que todos los movimientos no son igualmente afectados; 2º— que recobran su integridad siguiendo un orden fijo; 3º) que el conjunto sintomático varía si se trata de una lesión cerebral o del nervio que inerva la misma región. Por lo que respecta al grado de parálisis, es tanto menor cuanto más asociado es un movimiento al del lado opuesto (músculos de la cara, pierna, etc.). Por lo que respecta al período de su integración, es también tanto más rápido cuanto más asociado es el movimiento, y por la inversa, la parálisis es tanto más profunda, completa y tardía en su desaparición, cuanto más independiente es el movimiento afectado”.²

En ese mismo estudio acepta Orrego la posibilidad, novedosa en su época, de que una lesión actúa no sólo como destructiva, sino como irritante; lo último sería el origen de ciertos tipos de epilepsia. En la página 88 dice: “Si la lesión, en vez de presentar el carácter destructivo que lleva a la parálisis, obra como un excitante, entonces tendremos los síntomas convulsivos que Jackson fue el primero en apreciar en toda la plenitud de su importancia.

“Estas convulsiones, que recuerdan el ataque epiléptico de una manera más o menos completa, son habitualmente designadas como *epileptiformes*, sin embargo de que en ellas no se observa en general la pérdida del conocimiento, que es casi característica de la epilepsia verdadera. Estas convulsiones limitadas a un lado del cuerpo, constituyen la *epilepsia parcial o local* de Hughlings Jackson, que también se denomina *epilepsia jacksoniana*”. En una nota a fin de página agrega Orrego: “Hughlings Jackson explica estos fenómenos valiéndose de una teoría de

¹ Obra cit. Págs. 55 y 56.

² Obra cit. Pág. 56.

Laycock conocida como *teoría de las cargas*. Según esta teoría, el tejido nervioso almacena las fuerzas que le trae el movimiento de nutrición y gasta esas mismas fuerzas siempre que entra en función bajo la influencia de un excitante cualquiera. Este desgaste se hace en los elementos nerviosos de una manera rápida que ha sido comparada con una *descarga*, en que se consume una cantidad de fluido nervioso, —permítaseme la expresión— perfectamente proporcionada al fin funcional que se realiza en el estado fisiológico. Pero puede romperse esta armonía entre la descarga y la función de dos maneras capitales: la descarga se suprime o se exagera.

“En este último caso las fuerzas almacenadas en la célula nerviosa se hallan en equilibrio inestable, de modo que un excitante, por más débil que sea, determina la descarga...”

“Sea cual fuere la naturaleza del proceso patológico, un hecho notable es que la lesión puede ser *permanente* y dar lugar sólo a fenómenos pasajeros”.

Vale la pena consignar que Orrego conocía las teorías de Jackson, las acepta con amplia visión en lo que respecta a la epilepsia, en circunstancias de que fueron olvidadas y reactualizadas apenas en decenios recientes por la neurología occidental; en cambio guarda silencio frente a las concepciones totalizadoras antiparcelares de Jackson, manteniéndose fiel a Charcot y a los localizacionistas clásicos; ni lo critica, ni lo acepta; no se apercibe simplemente de que en Jackson pudiese haber una manera más abarcadora y justa de interpretar lo mostrado por la clínica.

EL CEREBRO Y EL ACTUAR AUTOMÁTICO

A propósito del fenómeno corriente de que se puede conversar, escribir, ir a un sitio correctamente, sin que se tenga conciencia de haberlo hecho, y aún más, pensando en otra cosa en ese momento, supone Orrego, que determinadas funciones aprendidas pueden convertirse en reflejas y ser desencadenadas automáticamente por el mismo estímulo que antes las puso en marcha voluntariamente, aun cuando ahora la voluntad consciente no esté en juego; termina su libro con las siguientes consideraciones:

“*Primera:* que el cerebro tiene una acción refleja que le es

propia y que se traduce en movimientos coordinados una vez que excitantes físicos la provocan, movimientos análogos a los que sirven para expresar las ideas y emociones que despiertan las sensaciones exteriores.

“*En segundo lugar*, de estos hechos se desprende una explicación de la transformación de un movimiento voluntario y coordinado en un movimiento automático en el hombre. Como observa Carpenter, es claro que en los perros, gatos, ratones, etc., los actos coordinados que resultan de una estimulación localizada de las circunvoluciones cerebrales, son tan verdaderamente actos reflejos del cerebro, como son actos reflejos de la médula las formas más simples del movimiento. Ahora bien, el mecanismo nervioso del hombre se forma *por sí mismo*, adaptándose a la manera como es habitualmente puesto en juego, y así se puede explicar, que cualquiera manera de asociar los movimientos a que un individuo se ha habituado llega a ser tan completamente la acción refleja de centros determinados de su cerebro, que si pudiéramos estimular esos centros por la electricidad, se producirían movimientos análogos a los adquiridos por esa educación especial. Y desde que estamos autorizados para afirmar que esos movimientos *pueden* ser ejecutados de una manera inconsciente, podemos a lo menos mirar como concebible que puedan ser excitados inconscientemente, aún cuando la excitación venga por algún órgano especial de los sentidos.

“El hecho siguiente, añade el fisiólogo inglés, que recientemente me ha comunicado un caballero de espíritu distinguido y cultivado, sería casi increíble si otros hechos análogos no nos fuesen familiares: ‘Era en otro tiempo, me decía, reporter de la Cámara de los Comunes, y varias veces me sucedió que habiéndome dormido, rendido por el cansancio, hacia el fin de un debate, encontré al despertar después de un corto tiempo de la más completa inconsciencia, que había continuado anotando las palabras del orador. Creo, añadía, que éste no es un hecho excepcional entre los reporters del Parlamento’. La lectura en alta voz con un énfasis y entonación correcta, o la ejecución de un trozo de música, o (como en el caso de Albert Smith) la declamación de una composición repetida con frecuencia, mientras el pensamiento consciente se absorbe por completo en sus propias

ideas y sentimientos, pueden ser explicadas de este modo, sin suponer que la inteligencia está actualmente comprometida en dos operaciones diversas en el mismo momento”.¹

Así Orrego se salva de un criterio localizacionista estrecho y junto a Carpenter, uno de los precursores notables de Freud, cree en una corteza cerebral plástica, cuyos centros formados por la educación, son aptos enseguida para actuar a espaldas de la conciencia, en acuerdo a lo aprendido, si las exigencias de la situación les sirve de estímulo. De esa manera dejan tranquila a la conciencia para ocuparse de otras cosas o entregarse al descanso. Tal modo de pensar representa, en 1879, un anticipo curioso de ciertas ideas pavlovianas, faltando lógicamente lo central de Pavlov, que no es sólo el condicionamiento cortical a la educación y al medio, sino también su posible descondicionamiento. En Orrego Luco al parecer un centro nervioso sólo perdería la función adquirida destruyéndose y no a base de nuevos condicionamientos.

LA NEUROMIMESIS

En la Revista Médica, año VIII, octubre 15 de 1879, N° 4, Orrego publica su conferencia sobre las Neurosis Mímicas, dada en la Sociedad Médica de Santiago.² Bajo la palabra *mimesis*, dice Laín Entralgo, se esconde el secreto recóndito del modo de mirar al ser humano, que tuvo toda la medicina fisiopatológica y anatomoclínica, que es en esencia la medicina del siglo XIX, si se exceptúan los médicos románticos alemanes de principios de ese siglo y las figuras posteriores solitarias de los ingleses Carpenter y Hughlings Jackson. En boca de Laennec, Trousseau, Charcot, Déjerine, Babinski y Dieulafoy, será un término clave. Orrego la introduce con originalidad en nuestro medio.

Empieza su conferencia: “Bajo el nombre de *neurosis mímicas o neuromimesis*, han reunido los médicos ingleses en un grupo todos esos casos en que una enfermedad nerviosa simula una enfermedad orgánica, simulación que abraza una vasta extensión

¹ Obra cit. Págs. 106 y 107.

² Revista citada. Págs. 105 a 117.

en el dominio patológico; desde la lesión articular hasta el cáncer; desde la contusión hasta la peritonitis". Recuerda más adelante los aportes de Paget, Russell, Reynolds y Brodie, llegando el último a afirmar que cuatro quintas partes de las afecciones articulares de las clases acomodadas son neurosis mímicas. Brodie y Paget sostienen que la frecuencia de tales neurosis y de las formas adoptadas se vinculan directamente al estrato social; las dadas en un estrato son raras en otro y por lo tanto su estudio no puede realizarse abstrayéndose de los niveles sociales.

El terreno personal, la llamada *constitución nerviosa*, favorece su desarrollo. Orrego defiende la modernísima idea de que la constitución puede ser hereditaria o adquirida y en todo caso, según él, modificable hacia lo mejor o lo peor según cuente o no con el beneplácito del individuo. Tal constitución se revela o por la presencia de estigmas histéricos objetivos, o por la sensibilidad hiperestesiada para impresionarse demasiado ante cualquier estímulo; una impresión cualquiera despierta en este último caso "un placer extremo o un dolor desesperante"; incluso desagradan a veces cosas agradables para cualquiera. En algunos se traduce por la exageración de las respuestas reflejas: un vermes intestinal provoca convulsiones, o el recuerdo de una escena ingrata trae vómitos o síncope. Hay trastornos neurovegetativos diversos: sudoración fría de las manos y los pies, orla violácea en torno a las uñas, flatulencias abundantes, escalofríos repentinos, sudoración nocturna, hipertermias, originados en noticias desagradables. Cualquier ejercicio los fatiga; la inteligencia, los sentimientos, la voluntad, caen ante el más mínimo contratiempo.

Una idea muy valiosa de Orrego, inadvertida para los investigadores europeos y recién apreciada en los últimos decenios, es que la fisonomía de los cuadros clínicos varía mucho según el medio en el cual es mantenido el enfermo: casa, hospital o clínica psiquiátrica; eso explicaría la aparente contradicción en la descripción de tal neurosis en dos clínicas de primera línea, el inglés Paget y el alemán Griessinger. Por su trascendencia transcribimos el siguiente párrafo: "Esa enérgica tendencia del espíritu humano, que nos lleva a generalizar los resultados de nuestra experiencia personal, prescindiendo siempre del medio espe-

cial en que hemos observado, se deja sentir visiblemente en la descripción del estado mental de estos enfermos. El médico que estudia en una clínica de enfermedades comunes y el que observa en una Casa de Orates, se encuentra colocado en dos puntos de vista mucho más distantes de lo que se pudiera creer. Es necesario comparar sus descripciones, transportarse en la imaginación al terreno especial de cada uno de ellos, para sentir su verdad y su vacío. Así, por ejemplo, leyendo en Paget y en Griessinger, —que son los dos que tengo más a mano—, la pintura que ambos hacen del estado mental de las constituciones nerviosas, encontramos entre los dos diferencias tan profundas, que casi llegan a la contradicción formal. Y sin embargo, los que como nosotros han podido confrontar esas descripciones en la práctica ordinaria y en el manicomio, las aceptarán las dos como profundamente exactas.

“En la práctica civil es raro encontrar entre las personas nerviosas una inteligencia vulgar o un carácter grosero; en general tienen un espíritu que sobrepasa al término medio, un carácter moral delicado y distinguido; son frecuentes los rasgos de originalidad, sobre todo como observa Paget, la originalidad en materia de emociones. La corriente general de sus ideas se dirige siempre hacia el sitio de sus supuestas enfermedades, pero no con la dolorosa intensidad con que se fijan las del hipocondríaco, sino con cierta complacencia singular. El hipocondríaco cuenta la historia de sus dolencias tristemente y hace sobre ellas los más sentidos comentarios; al paso que esta clase de enfermos habla con un semblante alegre y animado de sus crueles sufrimientos, “parecen contentos y felices con su desgracia”. Hay en las palabras de Orrego un anticipo parcial de lo llamado más tarde carácter histérico.

Paget veía en el origen de dichos caracteres una voluntad débil y una energía vigorosa, para usar la cual se ven obligados a ponerse bajo el alero de doctrinas o voluntades fuertes y seductoras. Tales personas imitan a otras como los niños, sobre todo en sus síntomas y enfermedades. La tendencia a imitar en gestos y actitudes a personalidades admiradas, sería por lo demás, según los clínicos del siglo XIX, común a todos los hombres, y mas bien, se necesitaría un carácter muy integrado, una

vida interior poderosa, para adquirir posturas y pensamientos que no lo mimeticen con otro. Esto lo creen Trousseau, Charcot, Dieulafoy, Paget y Griessinger, por eso no les extraña la posibilidad del neurótico o del histérico de imitar, sin darse cuenta, los cuadros patológicos más extraños; la tendencia esencial humana a la mimesis, común con lo ocurrido en especies animales, le quitaría todo misterio a tales cuadros; se imita una fiebre, una artritis o una hemiplejía, tal como se imita a un actor de moda, salvo que lo primero está más a la mano de las naturalezas débiles, que no encuentran otro modo de realizar su vida. La salud o la enfermedad son dos caminos igualmente viables para llenar con algo la existencia”.

Orrego hace hincapié personal en algo importante y de observación clínica diaria: “En general, esa pérdida de la voluntad se deja sentir especialmente en el punto en que se imaginan que se encuentra su enfermedad. Así, por ejemplo, la misma persona que no tiene la voluntad necesaria para mover la pierna que cree afectada, la tiene sin embargo para llevar a cabo una empresa difícil que exige una gran firmeza de propósitos”.

No se trata de simulaciones fraudulentas —también puede haberlas— sino de dejarse arrastrar por la tendencia al mimetismo cuando la voluntad es frágil.

La crítica a Griessinger, el fundador de la psiquiatría germana, es de una asombrosa justeza: “Griessinger, que recogía sus observaciones principalmente entre los enfermos de un manicomio, no se detiene a estudiar el lado brillante de estas organizaciones nerviosas, sino más bien su lado oscuro y triste. Para el profesor alemán la voluntad es débil, inconsecuente, sin energía, movable; el desarrollo intelectual es el de un niño, y cuando el espíritu tiene cierta viveza, es superficial y sin persistencia; no se consagra a ningún trabajo sostenido”.

Orrego considera dichas constituciones a veces hereditarias; lo muestra la gran cantidad de patología psíquica encontrada entre los parientes. Otras veces son producto de educación viciosa, vida desordenada, ociosidad, regalonería; por eso no se reparten igual ni entre ambos sexos, ni entre personas de niveles socioeconómicos distintos, pues del sexo y de los medios

disponibles, depende también el tipo de existencia que la sociedad impone o uno escoge.

Sobre las neuromimesis entrega en aquel trabajo uno de sus mejores aportes: "Por mi parte, me creo autorizado para mirar todas las descripciones de estos estados mentales, como la reproducción fiel de casos aislados, que no admiten una generalización detallada y que sólo pueden encerrarse en el cuadro amplio de una fórmula general, cuadro que puede abrazar toda la escala de la inteligencia, desde el genio hasta la imbecilidad; todas las gradaciones de la voluntad, desde la energía más vigorosa hasta la ausencia más completa, y todas las formas del sentimiento, desde la pasión hasta la indiferencia. La fórmula que no tenga la elasticidad necesaria para abrazar esa inmensa superficie del mundo moral, no puede tampoco comprender todos los estados mentales que se presentan en las organizaciones de esta especie.

"Buscando esa fórmula, nos hemos fijado en la siguiente: pertenecen a esta clase de organizaciones nerviosas todas aquellas en que las reacciones son desproporcionadas *en más o en menos*, en que el efecto no corresponde a la causa, en que un accidente ligero determina una impresión profunda, en que una palabra o un acto apenas risible determina una hilaridad sin término, y otro apenas mortificante, una desesperación sin límites; en que, en una palabra, el efecto no guarda proporción con la causa.

"Es necesario dar a esta fórmula toda su amplitud. En general, sólo se consideran como personas nerviosas aquellas en quienes una excitación física o moral desarrolla fenómenos más vivos que en el común de los hombres, excluyendo así de una manera arbitraria los casos en que la reacción es menos viva que la que se produce normalmente. Ambas, sin embargo, deben ser consideradas como igualmente nerviosas. Ambos estados se presentan a veces sucesivamente en el mismo individuo, que a veces reacciona con viveza y a veces no manifiesta reacción alguna. La gente apasionada y aquella en que se encuentra una sangre fría a veces sorprendente, son los términos extremos de una serie en que la reacción no es proporcionada al excitante, en que es mayor o menor que la reacción normal.

“He aquí el terreno en que se desarrollan esas imitaciones nerviosas, terreno único y exclusivo, y que debe ser, por consiguiente, el primer elemento del diagnóstico”.

En pocos psiquiatras se encuentran ideas de tanta actualidad; va más allá de Paget, Griessinger y Charcot, y hace lamentar que no contara con medios científicos adecuados, ni con anatomopatólogos o fisiopatólogos que le hubiesen permitido desarrollar experimentalmente tales ideas, lo cual le hubiesen abierto un cómodo sitio más allá de la historia nacional.

ORREGO Y LA EXISTENCIA DEL SUBCONSCIENTE

Se comprende también que esa teoría suya de la energía nerviosa poderosa o débil en una persona nerviosa, le apartase de Pierre Janet, el más ilustre sucesor de Charcot. Janet veía en la baja *tensión psicológica*, común a histéricos y psicasténicos, lo central del nerviosismo. Tal vez por eso, pese a su conocimiento acabado de los investigadores de nota, Orrego lo cita poco, no lo combate, ni comparte su nueva teoría del subconsciente.

La expresión *inconsciente*, usada muchas veces por Orrego, hasta hablar en su estudio sobre “Hemiplejía Histórica y Orgánica” de 1902, de *voluntad inconsciente*— dos términos aparentemente contradictorios— equivale más bien a *inadvertido*. Da como una de las diferencias entre ambas hemiplejías, la abolición de los movimientos voluntarios inconscientes en la orgánica y su conservación en la histérica. Movimientos voluntarios conscientes son abrir o cerrar la mano, caminar, etc.; movimientos voluntarios inconscientes serían, por ejemplo, la inervación del músculo cutáneo del cuello al abrir fuertemente la boca, desaparecida en el orgánico y conservada en el histérico; y también el levantar el miembro inferior paralizado al sentarse en la cama estando los miembros inferiores extendidos y separados y los miembros superiores entrecruzados; el orgánico, como se sabe, lo levanta y el histérico o no levanta ninguno o levanta los dos. Un inconsciente dinámico movido desde la interioridad psíquica por afectos, instintos o deseos, en el sentido primitivo de Janet o en el posterior de Freud, no se divisa en sus trabajos clínicos. *Sin embargo, debe señalarse como curioso,*

el que al defender la verdadera convicción de los neuromiméticos de suponerse enfermos, usa antes de Janet, en 1878, la expresión más célebre de Janet, la palabra creencia y la subraya con cursiva. Janet veía en efecto en la neurosis una enfermedad de las creencias, una falta de tensión psicológica suficiente para creer en sí mismo y en las posibilidades propias de salud y adaptación a la sociedad. Los estudios de Janet al respecto marcan el paso desde la mentalidad anatomística del siglo XIX, que acaba tal vez con Dieulafoy, a la mentalidad médica biográfico-antropológica del siglo XX, abarcadora de lo biológico, pero también del resto de lo humano. En una máxima ética del final de su trabajo sobre Neurosis Mímicas, recuerda Orrego la obligación médica de no discriminar entre pacientes orgánicos y no orgánicos, pues ambos sufren igual; en una corta frase alude al estar realmente enfermo y al creerse enfermo, lo que un decenio después sería la diferencia más trascendente de Janet: "Salvar una vida que *realmente* está en peligro es en el fondo lo mismo que salvar a un enfermo sumergido en la desesperación del que se *cree* perdido y no ve desarrollarse delante de su vista más que las sombrías perspectivas del dolor y de la muerte".

LA HISTERIA

En su trabajo sobre "Hemiplejía Histérica y Orgánica",¹ de utilidad didáctica aún ahora, da con detallada precisión los diversos síntomas diferenciales clásicos del cuadro de estado, comienzo, evolución y término. La calidad de sus reflexiones al analizar cada síntoma, o al tomar partido por éste o el otro autor, muestran al hombre acostumbrado a las sorpresas clínicas y a meditar largamente sobre lo observado. *Agrega un síntoma nuevo en la histeria, una especie de marcha de Todd al revés.* "Esencialmente esa perturbación de la marcha consiste en que al andar el enfermo arrastra el pie sano y no el pie enfermo; al

¹ Augusto Orrego Luco: "Hemiplejía Histérica y Hemiplejía Orgánica". Imprenta Litografía y Encuadernación Barcelona. Santiago de Chile. 1902.

revés de lo que pasa en la parálisis orgánica de la extremidad inferior. Esta perturbación, mucho más frecuente de lo que pudiera creerse, es a nuestro juicio propio de la histeria".¹ *Un signo de esa categoría debería llevar el nombre de su autor y llamarse marcha de Orrego.* Respecto a la marcha descrita por Todd en 1856, Orrego hizo notar que en ella el enfermo apoyándose en el pie sano y en el lado sano del cuerpo, arrastra como peso muerto al pie enfermo, pero sólo hasta una línea paralela con el sano, sin avanzar ni un centímetro más, al contrario de lo ocurrido en la marcha normal o en la simulación descarada; en cierto modo enriqueció lo del investigador inglés, al decir que se trataba de una marcha de *medio paso*.

Acepta que en la afasia orgánica, y en el mutismo histérico de los políglotas, la recuperación del lenguaje no empieza por la lengua madre, sino por la más familiar, generalmente aquella del país en que se habita. Se apoya en observaciones de Pitres (1895), de Joaquín Luco y de él mismo.

A propósito de la anestesia histérica usa la palabra subconsciente en el sentido de inadvertida, y muestra en varios enfermos que ellos no saben que la sufren, usando a la perfección la mano anestesiada como si lo sintieran todo. Uno de sus raros recuerdos de Janet surge a propósito de esta sorprendente contradicción: "Uds. acaban de comprobar (les dice a sus alumnos), como lo hacía Janet, la anestesia más completa, más absoluta en una mano; vendar los ojos del enfermo y colocar sobre la mano insensible tijeras o un lápiz, y ver que toma el objeto, lo maneja y lo coloca en la actitud necesaria para hacerlo funcionar, como lo haría una mano completamente sana".

Hace presente la posibilidad de engañarse en el diagnóstico por atender demasiado a las causas y no a los síntomas; las mismas causas morales o físicas, los mismos traumas, provocan ya un trastorno orgánico o uno histérico; incluso a veces uno sucede a otro o ambos se asocian; el examen clínico y no los antecedentes, dicen siempre la última palabra.

No aparecen marcados en Orrego como elementos propios

¹ Obra cit. Pág. 45.

de la histeria, la búsqueda de ganancia en la enfermedad, ni la bella indiferencia. En cambio creía que era un mal más propio de mujeres jóvenes y bonitas. Una anécdota referida por Carlos Charlín, habla por sí misma: "Un día habló de la histeria. 'La histeria, expuso, es una enfermedad distinguida, suele ser el patrimonio de la mujer elegante, coqueta y hermosa...'. A la clase siguiente, después de haber examinado a una mujer fea, vieja y mal aliñada, llegó al diagnóstico de histeria. La clase sonreía, y entonces Orreglo agregó: 'en la enferma que Uds. han visto se trata también de una histeria... pero esta enferma es un abuso de la patología'".

EL MÉDICO LEGISTA

La anécdota anterior hace recordar otra contada por Charlín y en la cual se pone a la vista la perspicacia y picardía de Orrego en su calidad de médico legista, especialidad a la cual también se dedicó: "Una mañana, muy de alba, golpearon con insistencia a la casa de don Augusto Orrego; a hora tan matinal llamaba el comandante de la policía de Santiago, el entonces comandante Canto. Esa noche se había perpetrado un horrible asesinato en la Cañadilla.

"Mientras se dirigían al sitio del suceso en el coche, el doctor le dijo al comandante: 'A propósito de crimen, acabo de leer en un libro de Dostoiewski, "Crimen y Castigo", un hecho curioso; el autor asegura que el criminal, obedeciendo a un impulso irresistible vuelve a ver el lugar del crimen; como en nadie puede desahogar su intensa y callada preocupación se alivia acercándose a su víctima. ¿Quiere, comandante, que veamos si es efectivo lo que cuenta el escritor ruso y pongamos en oculta observación a gentes con la orden de detener al transeúnte que al pasar mire con insistencia marcada la casa del crimen?'. El comandante aceptó la petición del doctor.

"Estaba la comitiva examinando los cadáveres de las víctimas, cuando un policía avisa que se ha detenido a un mirón. 'Muy bien, contesta el doctor, que lleven al mirón a la Comisaría'. 'Es que... temeroso agrega el guardián... es un caballero'. 'No importa; que lleven al caballero a la Comisaría'.

“El caballero era el autor del asesinato y confesó su crimen”.

Alrededor de 1880 Benedickt y Hanot creyeron encontrar una disposición especial en el cerebro de los criminales. El primero, en 12 asesinos condenados a muerte y autopsiados vio cuatro circunvoluciones frontales, además de la frontal ascendente. Orrego cree necesaria una distinción entre el criminal ocasional y el habitual, y supone posible tal hecho sólo en el último. “Considerando la cuestión de esta manera, cayó en mis manos un gran criminal en que podía poner a prueba la observación de Benedickt. Se trataba de un hombre conocido en las prisiones con el apodo de *Siete Lenguas*, apodo que le venía del propósito único que este hombre daba a su vida: asesinar siete individuos y juntar sus siete lenguas. Así este hombre asesinaba sin pasión, fríamente, por el placer de cumplir su feroz propósito. Elegía sus víctimas al acaso. Era, pues, un tipo indiscutible de esos criminales por organización, y por consiguiente un caso en que la disposición señalada por Benedickt debía realizarse, si era exacta.

“La autopsia confirmó completamente esa observación. El cráneo del individuo presentaba un espesor muy considerable. Las envolturas cerebrales sólo tenían de particular el desarrollo considerable de las granulaciones de Pachioni, a pesar de que la edad del individuo no podía exceder de cincuenta años.

“...En el lóbulo frontal se dibujaban claramente cuatro circunvoluciones que podían ser muy fácilmente limitadas y aisladas unas de otras. Como en los casos de Ovion, era la segunda circunvolución la que se bifurcaba...

“Anotamos este caso como una confirmación de esa disposición del cerebro de los criminales, que si autopsias ulteriores consiguieran establecer como un hecho constante, vendría a colocar bajo una luz diversa los problemas de la legislación penal”.¹

¹ Augusto Orrego Luco: “Notas sobre el cerebro de los criminales”. Revista Médica de Chile. Año VIII. Febrero 15 de 1880. N° 8. Págs. 264 y 265.

El trabajo titulado "Los enterrados vivos", de 1876, es una contribución a la Medicina Legal que tiene la legítima pretensión de poner en guardia frente a la dificultad de determinar la hora real de la muerte, por carencia de una semiología adecuada, y la fácil confusión de estados catalépticos muy merma- dos en sus funciones vegetativas, con un deceso irreparable. En tales estados catalépticos el pulso y los latidos cardíacos suelen hacerse imperceptibles, la inmovilidad puede ser total, el cuerpo enfriarse y la anestesia tornar imposible cualquier reacción ante estímulos fuertes térmicos o dolorosos. En su época no había electroencefalograma ni electrocardiograma y sólo podía recurrirse a la semiología pura. No cabía encontrar todavía signos negativos de muerte como ha ocurrido en la era de los trasplan- tes. Para estar bien seguro de un fallecimiento, debía esperarse la lividez y la descomposición cadavérica, variable en su apari- ción según la contextura de la persona, la causa de muerte, las épocas de calor o de frío, dilación que traía riesgos lógicos pa- ra la salud de la comunidad. En ciertas muertes violentas con destrozos del encéfalo, ruptura del corazón, o hemorragias co- piosas y no detenibles, se puede asegurar la defunción desde la partida; la mayoría de los casos no son de ese dramatismo y en- tonces empieza la duda. En ese tiempo se habían sepultado al- gunas personas todavía vivas, en Europa, y también al parecer acá, y se sabía de casos de "resucitados" cuando ya estaban a pun- to de enterrarse. Se promovieron ardientes polémicas en Europa y Estados Unidos y hubo conmoción. Orrego Luco puso al día el problema entre nosotros y quiso aportar soluciones. Desde entonces ya no se habló médicamente de tema tan escabroso hasta la reciente época de los trasplantes cardíacos; lo dicho an- tes pareció folletinesco.

Empieza Orrego citando hechos de su observación diaria, además de las cuidadosas experiencias de Claude Bernard, Brücke y otros, mostrando, cómo nadie muere de una vez, pues ya en estado cadavérico, siguen creciendo los pelos, las uñas y aun realizándose operaciones metabólicas y reacciones exclusivas de

la substancia viva.¹ A este respecto, experiencias de neurofisiólogos de nuestros días mostrarían como posible lo contado antes por algunos cronistas de la Revolución Francesa, en el sentido de que si se levantaba de inmediato la cabeza de guillotinado, con sección cervical baja y no alta, y se les hablaba, movían los ojos en la dirección de donde venía la voz; en esa cabeza cortada en la cual el bulbo raquídeo quedaba unido al resto del encefalo quedaba quizás un resto de conciencia. La abundante información de Orrego le permitía conocer otros hechos científicos no tan espeluznantes como éste, pero suficientes para revelar lo obscuro del problema.

Escribe: "Todo esto nos prueba que tenemos todavía una idea muy imperfecta de los primeros momentos del estado cadavérico y que no podemos precisar la línea que separa la vida de la muerte. Para el vulgo hay signos que demarcan bruscamente ambos estados y establecen entre ellos una violenta distinción; para el hombre de ciencia, 'entre la muerte y la vida no hay con frecuencia, como dice Buffon, más que una transición tan débil que no se puede apereibir ni siquiera con todas las luces de la medicina y de la observación más atenta'. Entre esos dos estados hay una situación transitoria, mixta, crepuscular, en que la vida aún no concluye y la muerte aún no principia.

"¿Cuál es el grado de actividad de los sentidos en este momento crepuscular de la existencia? ¿Cuál es el orden en que se van apagando y sumergiendo en las sombras del reposo eterno? La atenta observación de la agonía ha llegado a descubrirnos que el olfato y el gusto son los primeros sentidos que se pierden, después la visión, por último el oído. Por eso los autores aconsejan un silencio supremo alrededor del moribundo: 'Es bueno advertir esto para impedir cualquier palabra imprudente', dicen Uhle y Wagner en su Patología General.

"Esa misma observación nos hace creer que 'el conocimien-

¹ En nuestro trabajo "Los trasplantes de órganos y la Etica", hemos diferenciado la muerte personal, ligada a la muerte del cerebro, y la muerte biológica que es prolongada y lenta. Sólo la primera significa la desaparición definitiva de un ser humano.

to, cuando se conserva, sobrevive a todos los sentidos', es decir que el hombre asiste al espectáculo de su propia destrucción y que tal vez, como cree Josat, el conocimiento puede persistir mientras duran las largas horas de ese período de la *muerte intermedia*.

“¿Cuál es la duración de este período? No podemos precisararlo, pero si la lógica puede arrastrarnos a alguna deducción, tenemos derecho para suponer que ese período no es igual en todos los casos y que debe variar con los temperamentos, las enfermedades, los climas, y sobre todo con el *vis vital*, con la fuerza de vida individual.

“Fijarle a ese período una duración arbitraria e inflexible, la de veinticuatro horas, por ejemplo, es exponernos a arrojar en la fosa a un hombre que todavía no está completamente muerto, es exponernos a enterrar a un vivo”.¹

Después de citar documentos y autores médicos importantes, sigue Orrego: “En el párrafo anterior creemos haber establecido de una manera clara y terminante que los enterrados vivos no son una invención de la pluma febril de Edgar Poe, ni una creación de la musa fantástica de Hoffmann.

“Esas escenas horribles, cuyo teatro se encierra entre las paredes sombrías de una bóveda mortuoria, y en que se agita un ser humano en medio de todos los horrores de la desesperación y de la angustia, son escenas que han pasado en la vida real y cuya prueba arrojan un sinnúmero de hechos con la misma elocuencia con que nos prueba un cadáver arrojado por las olas que en alguna parte, en el océano inmenso, un hombre ha caído en el mar.

“Aceptemos la prueba.

“El hecho ha sucedido, luego es posible; pero si es posible, ¿es frecuente? O formulando la pregunta en otros términos, si otros han sido enterrados vivos, ¿puedo yo, pueden los míos ser enterrados vivos?

¹ Augusto Orrego Luco: “Los enterrados vivos”. Imprenta de la República de J. Núñez. 1876. Págs. 7 y 8.

“Sí. He aquí la respuesta que el raciocinio y la experiencia van a lanzarnos brutalmente al corazón”.¹

Propone Orrego legislar sobre el momento del entierro en vez de confiar en la solicitud de la familia y de la sociedad; quien ha muerto interesa apenas unas horas, e interesa a veces poco o nada. “Hay algo de glacial y de inhumano en la manera como tratamos a los muertos” —dice—, “esos queridos despojos que son la última y suprema imagen de los afectos perdidos.

“Un hombre cae; alguien dice ese hombre ha muerto; ese alguien es la indiferencia que pasa, y siguiendo su camino decide sin pensar, sin saber, sin vacilar, el problema del ser o no ser, el *to be or not to be* delante del cual el genio de Hamlet retrocede aterrado. ¡Pues bien! la conciencia social se declara satisfecha, no pregunta más y no averigua más. La indiferencia en su desdén supremo, en su ignorancia profunda, ha decidido que ese hombre ha muerto, y la sociedad repite como un eco ese tremendo fallo”.² El hombre, agrega, confía en la gratitud y el amor de los suyos; la muerte del amigo y del pariente, muestran a cada rato la ilusoriedad de esa confianza, en su triste y mezquina desnudez.

Propone finalmente Orrego como medidas impostergables:

“1º— Ningún cadáver deberá ser absolutamente sacado de su domicilio antes de que el médico asistente haya declarado la defunción y sin presentar un certificado en que dos médicos atestigüen que es efectiva, y si es o no natural. En caso de que el enfermo no haya sido asistido por facultativos, bastará con el certificado de un solo médico.

2º— La familia podrá retener el cadáver durante el tiempo que dos médicos declaren que puede hacerlo, sin que haya peligro para la salubridad pública, es decir, hasta el momento en que aparecen los signos evidentes de la descomposición orgánica.

3º— Todo cadáver trasladado al cementerio antes de que

¹ Obra cit. Pág. 21 y 22.

² Obra cit. Pág. 23.

se presenten esos signos, será depositado en una casa mortuoria hasta que estos signos aparezcan”.¹

Tales proposiciones hacen notoria la carencia en su época de los llamados signos indirectos o negativos de muerte y el pavor reinante ante la posibilidad de ser víctima de una tragedia sin destino.

LAS ALUCINACIONES

El oscuro problema de las alucinaciones preocupó desde sus orígenes a la psiquiatría. Esquirol las define como la creencia de que se percibe un objeto real no existiendo en realidad dicho objeto. Las causas de cómo alguien puede ver u oír cosas inexistentes sin darse cuenta de que es víctima de un simple fenómeno patológico o de un invento de la fantasía, dió lugar a las más diversas teorías. En acuerdo a la mentalidad médica anatomoclínica fundada en principios newtonianos, lo más probable es que a causas distintas siguieran también efectos distintos; así las alucinaciones producidas por el alcohol deberían tener su aire definido. Reconocer, al revés, que tóxicos diversos producen alucinaciones parecidas, sin especificidades discernibles, era reconocer en cierto modo, que desde el efecto, desde el estudio de las alucinaciones, no podía señalarse con precisión cuál era la causa y romper con el principio de causalidad tal como lo manejaban Esquirol, Baillarger, Charcot y Wernicke.

Pues bien, Orrego en su trabajo “Las Causas Directas de la Alucinación Mental”, publicado en el diario “La República” del jueves 30 de abril de 1874, se atreve a disentir aventurando otros puntos de vista. Dice primero, que las alucinaciones de los alcohólicos son inespecíficas, cosa que afirmará en la primera década de este siglo Karl Bonhöefffer en su monumental teoría sobre las Psicosis exógenas vigente hoy. Acepta enseguida diferencias entre los cuadros alucinatorios del alcohol, del opio, del hachich, etc., pero las ubica no en la alucinación misma, sino en los comportamientos de los pacientes y en el grado de concien-

¹Obra cit. Págs. 35 y 36.

cia respecto a lo que les sucede. Aun cuando la división de las causas de las alucinaciones en directas e indirectas no sea original de Orrego —ya la había hecho Baillarger en 1848—, el modo cómo él la desarrolló y la afirmación antes señalada, de que ninguna causa tiene más valor que otra en su aparición, le dan sello novedoso e insólito. Dice Orrego: “En el segundo grupo encerramos las sustancias cuya ingestión determina directamente la aparición de las alucinaciones y los medios mecánicos que pueden dar origen al mismo fenómeno.

“Aquí las alucinaciones se presentan tan íntima y constantemente unidas con la ingestión de esas sustancias y la acción de esos medios mecánicos, que puede legítimamente establecerse entre ellas la relación de una causa con su efecto.

“La actividad de esas causas varía con el hábito y la susceptibilidad nerviosa: varía también con la raza y el clima. No se podría dar a ninguna de ellas la preeminencia sobre las demás...

“Las alucinaciones producidas por el *alcohol* son de una observación vulgar y sería inútil que nos empeñáramos en amontonar hechos que probaran su existencia. Nadie los desconoce; todos las han sentido o las han visto.

“Sólo nos detendremos en ellas para negar la importancia que se ha querido conceder a tal o cual detalle de las alucinaciones alcohólicas. Los rasgos característicos que se le han atribuido son completamente imaginarios y apoyándose en ellos sería muy aventurado establecer un diagnóstico diferencial. Las reflexiones melancólicas, los grandes terrores, la visión de animales inmundos, de moscas, de ratones, etc., las ideas de persecución, y en una palabra todas las ideas a que se ha dado alguna importancia para el diagnóstico de las alucinaciones y el delirio alcohólico, o no existen constantemente o pueden depender de causas muy diversas”.

Adelantándose en cierto modo a la finura de la fenomenología, diferencia enseguida el cuadro patológico del alcohol y el del opio: “La camisola de fuerza... es el símbolo de esa diferencia. Más de una vez vosotros mismos habréis tenido que apelar a esa contención violenta para evitar las consecuencias que pudiera tener el delirio alcohólico sobre el enfermo y los que lo rodean. Pues bien, esa contención que hacía necesaria el estado

delirante, nunca ha sido necesaria en las alucinaciones del opio. En el alcoholismo encontráis un delirio bullicioso, movable, violento; el enfermo se agita sobre su lecho, quiere huir, siente la necesidad de moverse y de gritar; con acercarse ya basta para saber qué género de ideas lo preocupan, qué visiones lo atormentan y persiguen, porque su delirio es locuaz y en su delirio lo dice todo. Ya habéis visto, señores, en la observación que acabo de citaros, que las cosas se presentan muy diversas en los comedores de opio. Ese estado delirante aquí no existe, o más bien dicho, aquí ese delirio es silencioso, tranquilo, inmóvil: el paciente permanece fijo sobre su lecho, un sopor profundo le arrebatada toda manifestación de su motilidad y su inteligencia. Su delirio es completamente interior y nada revela las visiones de sus sueños”.

En medio de tales reflexiones clínicas hace una pausa y refiriéndose a las toxicomanías dice: “Hemos hablado del alcohol, del opio y del hachich, de esas tres embriagueces con que el hombre trata de ahogar su sed de ideal, trata de satisfacer la necesidad de vivir en otro mundo, de olvidar las miserias y las penas que lo agobian. El hombre, según la poética expresión de Theophile Gauthier, bebe la alegría, fuma el olvido y come la locura, bajo la forma del vino, el tabaco y el hachich. Sí, señores, en un poco de licor rojo, en una bocanada de humo, en una cucharada de pasto verdoso, encuentra el alma alegría, olvido y sueños”.¹

“Las causas indirectas de la Alucinación Mental”, se publicó en el número del 11 de mayo de 1874, de la Revista Médica de Santiago. Mientras las causas directas tienen, según él, universalidad de acción sea cual fuere la constitución o los hábitos morales y físicos del organismo, las segundas se ligan a lo último y así la soledad, las pasiones, los entusiasmos y sufrimientos inocuos para unos son patógenos para otros.

“La causa era todo en el grupo anterior, en éste sólo es parte para producir el fenómeno. La causa en aquel grupo dominaba la naturaleza, la violentaba para dirigirla a las alucinaciones;

¹ “La República”. Santiago, jueves 30 de abril de 1874. N.º 2521.

en este grupo la causa se somete a las leyes orgánicas de cada individuo y sólo se presentan las alucinaciones cuando esas leyes se hacen cómplices para producir el fenómeno.

“...Esa independencia que tenían las primeras se traducía en la constancia y uniformidad de sus efectos. Como su acción era independiente del individuo, como esas causas se imponían al organismo encontrábamos los mismos efectos, sin que les pudiese alterar de una manera marcada lo que tenía de especial cada individuo y cada organismo.

“Podíamos, pues, hacer generalizaciones señalando esos rasgos comunes. Ahora, esas generalizaciones serán imposibles. Los efectos no corresponden a las causas, corresponden al organismo sobre el cual obran esas causas; varían infinitamente como varían hasta el infinito las condiciones individuales”.¹

Las causas más comunes son de orden moral o psíquico y vienen del girar prolongado y violento del espíritu alrededor de una misma idea, de lo cual se engendran vivas percepciones. Tales ideas fijas sobre un punto se dan en el hambre prolongada, en la excitación aguda de los órganos de los sentidos, en la continencia, en la soledad, en el excesivo entusiasmo religioso, en el terror físico y espiritual, en el miedo a la deshonra, en la ambición, la avaricia, las privaciones y la miseria.

En homenaje a la calidad de esas ideas de Orrego, adelantadas a su siglo, vale la pena recordar frases aparentemente idénticas, del clásico más ilustre en el tema que nos ocupa. Escribe Baillarger en 1848: “Yo voy a ensayar de demostrar que es necesario distinguir dos clases de causas para las alucinaciones.

“Las unas, como las pasiones debilitantes y ciertos agentes especiales, las producen directamente; las otras, como las pasiones excitantes y los excitantes generales, no las provocan, sino indirectamente”.² Entre las causas directas ubica al opio, al hachich y los sentimientos opresivos; entre las causas indirectas, al vino y a los sentimientos expansivos. Entre ambos autores no

¹ Revista Médica de Santiago. Año II. N° 11. Mayo de 1874. Pág. 442

² M. Baillarger: “Recherches sur les Maladies Mentales”. Ed. Masson. París. 1890. Pág. 456.

hay nada parecido; Baillarger nos sume en pleno siglo XIX, Orrego rompe parcialmente la causalidad clásica y es un precursor importante de Bonhöeffer y de la psiquiatría actual.

EL MÉTODO CRÍTICO-CLÍNICO Y EL PAPEL DEL MÉDICO

En su “Etiología y Terapéutica de la Tabes Dorsal”, obra de 1904, además del estudio acabado de la enfermedad, dice que ésta como todas las enfermedades cambia su sintomatología con las épocas y los tiempos, lo cual es una afirmación novedosa, no fácil de encontrar entre sus contemporáneos. Se queja ahí de la falta de laboratorios, que impide un desarrollo de nuestra ciencia similar al europeo, lo cual le obliga a basarse exclusivamente en los hechos de la clínica tomándolos con sentido crítico. Es “lo que me he permitido llamar el método *crítico-clínico*” —dice— “que sirve de base a nuestras investigaciones y trabajos”. Apoyado en ese método y en su hábil conocimiento macroscópico del cerebro humano —había sido primero profesor de anatomía— fundó la neuropsiquiatría chilena. De su libro sobre la tabes, por su interés general como filosofía de la medicina, vale la pena recordar dos frases señeras: “La tendencia del movimiento científico que domina nuestro tiempo nos lleva a localizar las enfermedades y a localizar la terapéutica, y nos hace perder de vista fácilmente el terreno en que la enfermedad se desarrolla. Empeñados en combatir la enfermedad fácilmente nos olvidamos del paciente”. La otra frase parecería de Weizsäcker: “El propósito supremo que domina nuestra ciencia es llegar a la curación de los enfermos, y cuando no podemos conseguirlo, aliviar por lo menos su dolorosa y abatida situación.

“Charcot daba una grande y elocuente lección el día que escribía: ‘Si la fe cura, echemos mano a la fe’. Es decir, si no tenemos recursos científicos con qué combatir una enfermedad, con qué aliviar una situación sin esperanza, echemos mano de todos los recursos.

“En el fondo de estas ideas hay una gran razón científica innegable, la influencia del estado general de los enfermos sobre el desarrollo de un proceso mórbido.

“La profesión del médico es un arte —un arte de humani-

dad y de amor a los hombres— que tiene el deber de cubrir las crueldades de la realidad con el velo de la esperanza. Ver la completa verdad sería insoportable”.¹

AUGUSTO ORREGO LUCO, PSICÓLOGO Y RETRATISTA

Sus numerosos artículos de prensa, escritos en diversos diarios, encierran en pocas líneas pinturas de personajes, acontecimientos y situaciones, tan acertados, que es sensible el que no se les haya recogido hasta hoy en edición completa. En sus libros: “Recuerdos de la Escuela”, “Retratos”, “Notas de viaje” y “Viajes literarios”, se capta esa prosa sugerente, sobria, elegante, dirigida de inmediato a su objeto. Las grandilocuencias melodramáticas propias de la época son menores que en sus contemporáneos y salvan casi siempre el buen gusto. Las evocaciones de hombres, lugares y sucesos, son audazmente fulgurantes y los ponen de hecho a la vista. Es lamentable, por eso, que retratos como los de Bello, Lastarria, Santa María, Aguirre, Elguero, Domeyko y otros, descritos en sus libros o artículos de prensa no abundan, pues quizás nos darían otra idea de nuestro pasado. En toda su obra se advierte al pensador romántico; Carlos Silva Vildósola lo afirma en el discurso de recepción a Arturo Alessandri, en la Academia Chilena: “su visión de la vida y su vida misma, su sentimiento poético de las ciencias, de las letras y de la política que no riñe con el profundo buen sentido y la claridad de sus ideas lo acercan más a la generación de 1830 que a la del 48”.²

En sus retratos perfila el aire del personaje, las tonalidades de la voz, el aspecto de los ojos, las revelaciones de la mirada, el trasfondo de la sonrisa, el mensaje oculto de la frase pasajera. Describe el subsuelo del alma a través de la manera de vestirse, de caminar y de sentarse, de lo natural o artificioso de los

¹ Augusto Orrego Luco: “Etiología y Terapéutica de la Tabes Dorsal”. Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona. Santiago, 1904. Págs. 143, 145 y 146.

² Fidel Araneda Bravo: “Don Augusto Orrego Luco”. Ed. Dirección General de Prisiones. Santiago. 1951. Pág. 9.

gestos, del reflexionar de preferencia sentado en un sillón, o caminando a lo largo de una habitación, un jardín o una alameda. Insiste sagazmente en la diversidad de imágenes hechas sobre ellos por sus contemporáneos, y es uno de los primeros entre nosotros en mostrar como natural la multiplicidad de aspectos aparentemente contradictorios encerrados en cada hombre, aspectos que adquieren mayor o menor preponderancia o apagan a los otros, según se esté en público o en privado, en la intimidad de la tertulia, o en la inhospitalidad de la calle. Cree que los aspectos más ricos de la personalidad se irían con la muerte y sería imposible reconstruirlos a base de referencias de amigos y contemporáneos, y menos gracias a lo escrito o lo hecho. Aludiendo por ejemplo a Lastarria, encuentra con dolor, que la lectura de sus discursos deja una imagen pálida y desvaída de sus ideas; quien no lo oyó en el diálogo o en el parlamento, quien no vió sus gestos, no sabrá jamás de los efectos inefables que su presencia producía. Nos quedan, según su expresión, estructuras verbales puras privadas de la esencia que les daba vida; sin esa esencia apenas se les puede llamar recuerdos.

Sus evocaciones no llegan a los estados de reviviscencia alucinante de Marcel Proust; pero al contar sus visitas a las casas de Balzac y Hugo, al convento de las Carmelitas de París, a la Conserjería, y tantas otras partes, no sólo da un cuadro animado de alcance histórico, sino que hace notoria de manera sugestiva, su creencia de que piedras, aguas, árboles, senderos, guardan celosamente para la eternidad los afectos y pasiones de los cuales fueron mudos testigos y los revelan de tarde en tarde a almas privilegiadas capaces de mirarlos con sobrecogimiento.

Por lo demás, la valorización de los sentimientos, su diferenciación entre su potencia y la potencia de las ideas puras, la posibilidad de que los sentimientos perduren para siempre y trasmuten lo material en inmaterial, era como su creencia céntrica, lo que le emparenta de inmediato con Herder, Rousseau, Chateaubriand, Hugo y los románticos, y esto se refiere no sólo a sentimientos animadores de actitudes políticas, sociales y familiares, sino incluso a esos sentimientos amorosos íntimos con que dos seres se funden en un destino; ve hitos de tales amores

en muchos de los giros bruscos, inesperados e incomprensibles de la historia.

Dos trozos de su discurso de incorporación a la Academia Chilena señalan ese punto de vista. En uno alude a su antecesor y antagonista, el historiador Ramón Sotomayor Valdés, a quien sustituye; en el otro, apunta a la dinámica secreta que arrastraba a Augusto Comte en sus años postreros. Ambos trozos citados extensamente nos abren hacia las creencias más profundas de Orrego; destaca además, de manera precisa, la diferencia entre instrucción y educación.

Refiriéndose a Sotomayor Valdés, miembro del Partido Conservador, Partido contra el cual luchaba Orrego desde la tienda liberal, dice: "Señores, les he hablado tan largamente de lo que nos separaba, que siento la necesidad de tocar uno de esos puntos en que nuestras opiniones coincidían, y en que tal vez nuestra armonía era más íntima de lo que pudiera aparecer en los escritos. Ese punto de coincidencia, que arroja una luz clara sobre la intimidad de su criterio, era esa cuestión ardiente de la enseñanza pública.

"No temo que pueda parecer sospechoso mi amor a esa enseñanza, y si alguien me acusara, recordaría que Sócrates, para probar su amor a la honradez, presentaba al tribunal lo que él llamaba 'el mejor de los testigos': su pobre capa desgarrada; siguiendo ese alto ejemplo para probar mi amor a la instrucción, presentaría como testigo irrecusable mi vida entera consagrada a la enseñanza.

"Que Dios nos guarde de combatir jamás la instrucción pública, que nos guarde hasta de arrojar sobre ella una sombra que la pueda obscurecer; pero que nos guarde también de fundar en ella esperanzas que no puede realizar. Que Dios nos guarde de esa pobre psicología que cree que la razón gobierna al mundo, y se resiste a ver que son los sentimientos los que, como el destino de los griegos, guían a los que los siguen y arrastran a los que se resisten.

"Es el sentimiento del derecho y la justicia, de la dignidad humana, de la libertad, del deber; es el sentimiento del honor y de la patria, y si ustedes quieren, pueden agregar el sentimiento

de la religión, y de la raza, lo que forma la personalidad del individuo y la nación, lo que dirige la vida y teje el porvenir.

“La razón puede hacer mirar esos sentimientos como abstractos, sin base, como fantasmas vacíos. Está bien. Pero esos fantasmas, señores, se levantan en nuestras fronteras y guardan inviolable el seno de la patria; esos fantasmas nos toman de la mano y nos llevan en la vida por el camino recto del deber; esos fantasmas vienen a sentarse en nuestro hogar y guardan el honor de la familia y la pureza de la raza.

“Y si un día nuestras teorías políticas o nuestras doctrinas sociológicas van a chocar con esos fantasmas, ustedes verán que esas teorías tan formidables y esas doctrinas tan sólidas se rompen como globos de jabón y arrastran a la infamia.

“Si tenemos la instrucción, tendremos de nuestro lado la razón, que es un auxiliar muy poderoso, pero nada más que un auxiliar, porque el sentimiento es el muelle real del mecanismo de nuestras sociedades.

“La instrucción es necesaria, pero la educación es decisiva. La instrucción vigoriza nuestras facultades intelectuales y nos da conocimientos; la educación vigoriza nuestra voluntad, porque la voluntad nace del sentimiento, y decide de nuestro destino. En el gran campo de batalla que es la vida de los pueblos, la instrucción es el sol que derrama su soberbia luz, que nos señala el camino y nos muestra los obstáculos, pero es el sentimiento lo que nos da el entusiasmo, el coraje y la voluntad de lucha.

“Para realizar el destino que a nosotros como a todos los pueblos reserva el porvenir, lo que necesitamos sobre todo es el cultivo de los sentimientos, la educación de los sentimientos, la grandeza moral de la nación. No democraticemos las sociedades, ennoblezcamos las masas; no degrademos nada, elevémoslo todo.

“No desoigamos la profunda verdad de los que nos vienen repitiendo que ‘la razón hace la ciencia, y el sentimiento hace la historia’, la historia de los pueblos y la historia de los hombres”.¹

¹ Discurso leído por Augusto Orrego Luco en su recepción pública en la Academia Chilena de la Lengua, el día 15 de septiembre de 1918 Santiago de Chile. Imprenta Universitaria. 1918. Págs. 18 y 19.

Ya que citamos el discurso, mostremos la calidad literaria y el señorío de Orrego, en las palabras con que lo inicia: "Agradezco a ustedes el honor que me han dispensado al invitarme a formar parte de esta Academia y ofrecerme el asiento que entre ustedes ocupaba un gran señor de las letras nacionales. Y, desde luego, permítanme decirles que al ocupar el asiento de ese ilustre escritor, no pretendo venir a reemplazarlo, simplemente lo vengo a suceder: como una noche sin estrellas puede suceder a un día sin nubes".

Respecto a su veneración por el pasado marca su diferencia con Sotomayor Valdés —entre conservadores y liberales— en frases notables, que por su categoría vale la pena citar íntegras: "Se sumergía con la embriaguez del deleite, en la contemplación de ese período, en que brillaba con tanto esplendor la acción política de ese partido que había restablecido la decencia en la plaza pública, en que —según sus palabras— 'al son de la música de sus teorías, los partidos y el pueblo se entregaban a las saturnales de la anarquía'. Con orgullosa satisfacción sentía resonar en sus recuerdos el paso de las legiones victoriosas llevando la bandera de Chile desplegada al viento de la gloria. Y después... en medio del engrandecimiento y el progreso del país, la decadencia y el hundimiento gradual de ese partido, que va perdiendo su orientación y su prestigio.

"Al otro lado de la mesa yo estudiaba los documentos que pudieran servirme para bosquejar la historia de "La Patria Vieja", que pudieran arrojar alguna luz sobre los oscuros comienzos de nuestra gran revolución. Quería pintar la situación en que vivíamos, oprimidos, aprisionados dentro del régimen colonial; ver por dónde se habían filtrado los primeros rayos de luz en la obscuridad de esa vida, y luego buscar el hombre y el partido que, como un gran lente, había concentrado en un foco esos rayos diseminados, y prendido el incendio cuya llamarada gloriosa fue el primer grito de nuestra libertad. Quería pintar ese crisol enorme en que arrojamos las instituciones, las creencias, las tradiciones, todo nuestro pasado colonial para fundir ahí la Patria Nueva.

"Así nos sumergíamos los dos en un amor al pasado que no era el mismo amor.

“El encontraba en la historia el encanto melancólico, el recuerdo, el encanto de las cosas desvanecidas que han ido a perderse en la gloria o el misterio. Amaba el pasado en sí mismo, como algo grande, noble y bello, con ese amor desinteresado, que se sumerge en la inefable contemplación de lo que adora.

“Y yo amaba al pasado, porque lleva en su seno al porvenir, porque nos deja entrever las tendencias íntimas de nuestra vida nacional, las fuerzas que nos arrastran a la acción, los sentimientos y los instintos, que empujan nuestra evolución hacia el progreso.

“El no le pedía al pasado más que su belleza, yo le pedía su enseñanza. El iba a buscar ahí un recuerdo, yo, una esperanza.

“Así, señores, al borde de la misma mesa contemplábamos juntos esa gran noche del pasado: él admiraba la inmensa bóveda del cielo, el orden de la naturaleza, las leyes eternas a que obedecen los astros en su marcha en el espacio, y yo buscaba en esa noche oscura las pequeñas estrellas que chispean en el cielo; él contemplaba la gran sombra, y yo, la pequeña luz”.¹

Sobre Augusto Comte ha dicho en el discurso recién mencionado: “Envuelto en esa atmósfera de gloria y de respeto, Comte se acercaba a la vejez, ‘cuando en el medio del camino de la vida’, encuentra una mujer que le revela la grandeza y el poder del sentimiento. En el espíritu de aquel austero pensador, que hasta entonces sólo había contemplado la naturaleza y la vida bajo el prisma helado de las ciencias matemáticas, y que todo en el mundo lo había visto dominado por las leyes materiales del mecanicismo y la mecánica, en ese espíritu una luz nueva aparece, que hace cambiar los colores y las formas, que lo polariza todo en una nueva dirección. Siente que una fuerza desconocida se revela para él, una fuerza extraña y poderosa, que todo lo domina y lo transforma, que domina y transforma su propio pensamiento.

“Esa mujer reveladora cruza por su vida con el esplendor brillante de un meteoro. Muy poco después de haberla conocido, Clotilde de Vaux lleva a la tumba el secreto del amor de Comte.

¹ Discurso citado. Págs. 13 y 14.

¿Qué hará ese amor desgraciado con Augusto Comte? ¿Qué hará Augusto Comte con ese amor?

“Hasta ese entonces, detrás del obscuro velo de la tumba el positivismo de Augusto Comte sólo veía el vacío, la nada, y hasta entonces había mirado con tranquila indiferencia ese desenlace helado de la vida; pero ahora, al través de la emoción de un amor que la muerte ha venido a interrumpir, ve levantarse la protesta desgarradora del sentimiento que le inspira una grandiosa y nueva concepción.

“Siente que los muertos no desaparecen de la vida, que continúan viviendo materialmente en sus hijos, moralmente en nosotros, en todos los que han sentido el calor de sus afectos, la persuasión de sus ideas; siente que la riqueza intelectual que acumulamos con tanto sacrificio y tanto esfuerzo no se desvanece, que se transmite como una fuerza latente hasta el momento en que la acción se hace visible; entonces la palabra que se pronuncia, la idea que se defiende, el sentimiento que nos domina, son el eco lejano de un antepasado. Esa cadena de oro que liga al pasado con el presente y con el porvenir, hace que el hombre viva mientras viva la humanidad, con una vida tanto más intensa cuanto mayor haya sido la irradiación de su pensamiento y sus afectos.

“Todo esto era nuevo, completamente nuevo, cuando Comte lo formuló y lo hizo sentir, mostrándonos cómo una muerte intervenía en sus lucubraciones filosóficas y colaboraba en la formación de sus ideas...

“Y ¿qué va a hacer Comte con ese amor? Lo más inesperado y extraño en medio del profundo escepticismo del siglo XIX, cuando crujen los sentimientos seculares de las antiguas religiones, cuando la ola del materialismo lo invade todo y lleva su inundación hasta los templos, cuando por todas partes sopla el viento de la incredulidad, entonces hace Comte, con ese amor, una nueva religión, un culto nuevo, con sus dogmas, sus ritos y sus prácticas piadosas, y en el santuario de la nueva Iglesia coloca Comte la imagen adorada como símbolo místico de la humanidad triunfante”.¹

¹ Discurso citado. Págs. 39 y 40.

El amor, los afectos, las pasiones, son para Orrego, el núcleo intrínseco de la temporalidad, lo que la convierte de sucesión vacía de momentos, en algo indivisible, unido por dentro y que por lo tanto obliga constantemente a mirar el pasado para construir futuros nuevos. No evoca el pasado como Bello para aprender allí lo armonioso, lo dinámico, lo luminoso de las leyes históricas; no lo evoca para polemizar con él, destruirlo y sacar lo nuevo, como Lastarria; lo evoca para que la propia macidez del pretérito le empuje en oleadas a renovaciones perpetuas. Nada tiene esto de proustiano, ni de heideggeriano; en cambio es la expresión más radical de las convicciones románticas en nuestro suelo. En Proust la reviviscencia del pretérito es un mágico apoderarse de lo ido para tenerlo de nuevo a la mano; en Heidegger es el futuro quien da vida al pasado.

En sus retratos nos entrega con maestría lo substantivo de la inteligencia, la afectividad y la fuerza encerradas en determinadas formas corporales de un hombre. Veamos a José Joaquín Aguirre: "Era don José Joaquín Aguirre un hombre de regular estatura, vigoroso, sólido, de formas macizas, de movimientos pausados y tranquilos; sobre esos hombros robustos se erguía una cabeza dantoniana, de facciones fuertes, acentuadas con violencia. Ojos grandes, verdaderamente hermosos, vivaces, con una expresión de inteligencia y de bondad, y una sonrisa alentadora y amable, derramaban sobre su fisonomía el noble encanto de una viva simpatía.

"Esa expresión de bondad lo dominaba todo en su figura, en su actitud, en su lenguaje, y se dejaba sentir hasta en el suave sonido de su voz, siempre baja y modulada con una tranquila lentitud.

"En la atrayente fisonomía de aquel hombre se dejaba traslucir una modestia honrada, alentadora y sincera. Había tanta naturalidad y sencillez en su lenguaje, en su actitud, en toda su persona, que de una manera instintiva, irresistible, despertaba confianza".¹

En su evocación de Lastarria, la nostalgia por la infancia,

¹ Recuerdos de la Escuela. Pág. 43.

por la casa de sus padres, por los objetos, por la irrecuperabilidad concreta de lo ido, se hace casi dolorosa, en medio de aparente serenidad: "El recuerdo de Lastarria despierta en mi espíritu la emoción de una honda y conmovedora simpatía.

"Su fisonomía animada y expresiva, asoma risueña entre los más lejanos recuerdos de mi infancia.

"Remontando la corriente de los años, vuelvo a mi niñez, vuelvo a ver en Valparaíso el salón de la casa de mi padre, el gran salón de altas ventanas, obscurecido por las pesadas y sombrías colgaduras de aquel tiempo; vuelvo a ver a don Victorino, como lo vi entonces tantas veces sentado en un sillón, teniéndome de pie entre sus rodillas, y yo, con el codo apoyado en sus piernas, y con la cara apoyada en mi mano, escuchando lo que me contaba, con la atención inquieta y ávida del niño; vuelvo a sentir en la gran sala el eco plateado y sonoro de su risa, de esa risa tan peculiar, tan suya, de un buen humor tan sano, de una alegría tan expansiva.

"Quería a ese caballero tan amable, que contaba cosas tan bonitas; y cuando lo veía llegar, iba corriendo a colgarme de su mano. Quería a ese señor Lastarria, de nombre eufónico y sonoro, a quien todos miraban con respeto y que a mí me miraba con cariño".¹

Más adelante y ya el Orrego joven, sigue su semblanza de Lastarria con esta admirable observación sobre la relación entre movimiento corporal, lenguaje y pensamiento, digna de Goethe o Lavater: "don Victorino tenía como Rousseau el hábito de pensar y componer paseándose, como si el movimiento favoreciera la actividad de su cerebro, y tal vez esa manera de elaborar sus períodos, debió en cierto modo contribuir al acompasado ritmo de su estilo, a la armonía y la cadencia de sus frases".

Más adelante alude a su fisonomía: "Había en toda su persona esa posesión de sí mismo, esa importancia, de los que tienen conciencia de su fuerza y su valer. En su manera de andar, en todos sus movimientos había algo de resuelto y decidido y algo de solemne.

¹ Retratos. Págs. 191 y 192.

“Su cabeza era pequeña. Su fisonomía de rasgos acentuados, con una mandíbula fuerte, una boca de líneas delicadas y de labios finos, era de color pálido; tenía esa palidez de un mármol patinado por los años, que hacía resaltar el color oscuro de sus ojos y el color negro de sus bigotes y sus cejas...

“Los ojos, de una vida intensa, en el abandono confiado de la intimidad tenían una mirada suave, velada, con ese brillo del vidrio empavonado, que refleja la luz sobre un fondo muy oscuro. La expresión de esa mirada era tan acariciadora y tan benévola, que parecía ofrecer de antemano la indulgencia.

“Había ocasionalmente, sobre todo cuando una fuerte emoción lo dominaba, cierta falta de paralelismo en el eje visual de sus pupilas, cierta desviación de uno de sus ojos. La malevolencia se apoderó de ese defecto transitorio, lo hizo permanente, y colgó a don Victorino ese apodo irrespetuoso que envolvía una envenenada alusión a su carácter.

“Para que no se crea desfigurada por el cariño la pintura que he bosquejado de Lastarria, me apresuro a agregar que esa fisonomía tranquila, ese ojo velado, esa mirada bondadosa no se la vi después en sociedad”.¹

Admite la influencia de Lastarria sobre él y su generación y hace presente graciosamente, que en cierta ocasión le regaló la *“Imitación de Cristo”* para que aprendiese a escribir correctamente. Tuvo oportunidad de conocerlo en sus múltiples fases y ve su drama en la excesiva pasión puesta en su ideas, en el exigirle a los demás que las siguieran, en no hacer jamás concesiones. No tenía sentido de la oportunidad para el triunfo de lo suyo y proclamaba en todo momento su verdad, sin buscar horas propicias; aparece a la luz de la psiquiatría actual algo así como un fanático.

La diferencia entre Victorino Lastarria y Domingo Santa María escogida por Orrego para señalar el abismo entre dos caracteres opuestos, pese a su íntima amistad, es un acierto psicológico. El temperamento apasionado de Lastarria, dice Orrego, “fue su fuerza y su grandeza, pero también fue el secreto de su

¹ Obra cit. Págs. 193 y 194.

debilidad y fue el escollo insalvable de su vida. Esa pasión tan ardiente, tan brillante, obscureció y entristeció esa alma grande; lo arrastró fatalmente al aislamiento, y le hizo imposible toda acción eficaz en la política...

“Había allí, a su lado, en Viña del Mar, un espíritu esencialmente diverso, —don Domingo Santa María—, que era un admirable artista en ese arte delicado de armonizar las opiniones, agrupar las fuerzas, buscar las hábiles soluciones de un conflicto, combinar los partidos, hacer posible y llevar a cabo una reforma, hasta donde lo permitieran las resistencias que debía levantar en su camino”.¹

Agrega más adelante Orrego: “Una sociedad que se organiza necesita esos hombres impulsivos, esos insaciables doctrinarios, que ninguna reforma satisface y que se muestran más vehementes a medida que más se acercan al ideal...

“Y necesita también la sociedad esos espíritus finos y sagaces, que suavizan asperezas, armonizan las opiniones, desarmen los conflictos, y en medio de la espesa trama de los intereses de partido, saben abrirse paso y señalar el camino que puede seguir una reforma sin peligro. Esos grandes domadores de impacencias nos irritan porque nos refrenan, pero nos salvan.

“Una sociedad que se organiza necesita esos dos hombres para su evolución política: necesita hombres que piensen como Lastarria y hombres que procedan como Santa María. Y cuando esos dos hombres se encuentran y se juntan, podemos predecir que una gran reforma no tardará mucho en producirse”.²

En sus retratos no sólo se preocupa Orrego de relacionar de múltiples maneras ideas y afectos hasta configurar caracteres, de los cuales dependerían según él éxitos o fracasos, sino que se interesa peculiarmente por mostrar cómo la reciedumbre, la perseverancia, la fe en sí mismo, llevan a las alturas aun en las más adversas condiciones familiares, económicas o sociales. Sus retratos de Gambetta, Amunátegui, Cánovas del Castillo, Charcot, Lastarria y Simón Rodríguez, están en buena parte dirigidos a

¹ Obra cit. Pág. 198.

² Obra cit. Pág. 201.

glorificar la laboriosidad y el trabajo como origen del contraste entre las mínimas posibilidades de triunfo que por nacimiento o pobreza tuvieron y la altura histórica alcanzada.

Los contratiempos a que la envidia o las propias pasiones arrastraron a esos hombres a veces por largos períodos, le llevan a ecuánimes y conmovedoras reflexiones, para concluir melancólicamente que tristeza, responsabilidad, riesgo, coraje y alegría, son algo así como el acorde ineludible de todo gran destino.

GENIO Y LOCURA. DON SIMÓN RODRÍGUEZ

En la semblanza de Simón Rodríguez, el maestro de Bolívar, Orrego se enfrenta al fundamental problema de la relación entre genio y locura, razón y delirio, fenómenos contradictorios en apariencia. Señala la infinidad de personalidades históricas víctimas de graves desvaríos y se pregunta con sagacidad cuál es la posible unidad entre ambos extremos. "La historia de Sócrates —dice— es también en general la historia de todos los que pueblan la región intelectual designada con el nombre expresivo de 'zona intermedia', región que por una parte toca los límites de la locura y que penetra por otra en las capas superiores del mundo intelectual. Este grupo ha hecho pedazos la antigua distinción entre la inteligencia sana y la inteligencia perturbada, y ha venido a establecer un lazo íntimo y estrecho entre los genios más brillantes y las obscuras víctimas de la alucinación y del delirio.

"Los tipos de esta especie han derivado de la misma fuente su pequeñez y su grandeza... La influencia hereditaria que lleva a algunos hijos a los desórdenes terribles de la epilepsia y de la histeria puede llevar a sus hermanos a las cimas de la inteligencia o los abismos del delirio, enlazando de esta manera por su base todos esos estados en apariencia tan diversos y poniendo de relieve la extraña fraternidad del genio y la locura.

"La ciencia ha venido, pues, a demostrarnos que había un fondo real en el *homo-duplex*, en el hombre doble con que soñaban los antiguos alquimistas... La medicina nos ha puesto en presencia de esos complicados caracteres y nos ha hecho ver en ellos que la locura y el genio, lejos de ser elementos incompa-

tibles, son esencialmente idénticos; como la química nos ha hecho ver que el carbón y el brillante son esencialmente iguales.

“La antigua y rotunda distinción entre la inteligencia sana y la inteligencia perturbada, distinción que se basaba en la incompatibilidad absoluta de la razón y del delirio, no es sostenible... La inteligencia sana debe hallarse constantemente en un equilibrio perfecto, la inteligencia perturbada debe perder constantemente su equilibrio, y esas inteligencias mixtas se encuentran en un equilibrio inestable, que a veces es perfecto y a veces perturbado, pero que constantemente no es ni lo uno ni lo otro”.¹

Esta *tercera categoría intelectual*, según la expresión de Orrego, ha influido enormemente la historia, al disponer de la doble fuerza de la razón y de la locura; es la “cantidad” de inteligencia mezclada a la locura la determinante final del valor vulgar o singular de un hombre.

Lo extraordinario es que la fuerza de sus cualidades la obtienen tales hombres exclusivamente de su estado mórbido. Así como se apartan de los comportamientos corrientes, se apartan de las ideas comunes y se adhieren con tenacidad a sus originalidades. “Su adhesión invariable a una misma manera de pensar, haciendo en aras de sus ideas los más dolorosos sacrificios, es la adhesión mecánica, involuntaria y fatal de la locura. ‘Seré tenaz en mis opiniones no porque no quiera ceder, sino porque no puedo’, decía gráficamente don Simón Rodríguez. En general, cuando juzgamos a los hombres de esta especie prescindimos del elemento enfermizo que hay en ellos, y miramos como mérito voluntario lo que en realidad sólo es el resultado de la fatalidad que los domina... El mundo exterior desaparece para el espíritu concentrado alrededor de una idea que lo absorbe y lo domina todo. Los sentimientos, las sensaciones y los obstáculos, se hacen invisibles para el ojo deslumbrado por una idea fija.

“Así vemos como de ese estado enfermo se derivan, unas en pos de otras, todas las cualidades necesarias para un refor-

¹ Obra cit. Págs. 246 y 247.

mador político o social. El impulso infatigable, la energía apasionada, la violencia para resistir, la fe para propagar, la insensibilidad en la lucha, la esperanza y el entusiasmo inextinguibles: he aquí los instrumentos formidables que la locura pone al servicio de la razón en esta categoría intelectual en que la razón y el delirio se combinan, y he aquí el secreto de la influencia que han ejercido sobre el desarrollo social los que se presentaban armados de esa doble fuerza”.¹

Actos excéntricos y pensamientos extravagantes colocan a Rodríguez en la categoría de los *hombres intermedios*, que todo lo obtienen a fuerza de carácter, comunicabilidad extraordinaria, fe en sí mismos, liviandad espiritual, atractivo, aire sugestionador, vida bohemia. La descripción de las diversas etapas de su existencia, con sus momentos brillantes y nebulosos, es uno de los escritos maestros de Orrego, y deja largamente perplejo ante los maravillosos recursos del espíritu humano para formar esas raras personalidades.

Una de las anécdotas deliciosas que recoge de los “Recuerdos literarios” de Lastarria, muestra la sabiduría de Orrego para apuntar en pocas líneas a las diferencias entre dos caracteres absolutamente dispares —don Andrés Bello y don Simón Rodríguez—, en un momento de amplia comunión: “El espacioso salón estaba iluminado por dos altas lámparas de aceite, y en un extremo, en el sillón más inmediato a una mesa de arriño, en que había una lámpara, estaba el señor Bello con el brazo derecho sobre el mármol, como para sostenerse, y su cabeza inclinada sobre la mano izquierda, como llorando. Don Simón estaba de pie, con un aspecto impasible, casi severo. Vestía chaqueta y pantalón de nanking azulado, como el que usaban entonces los artesanos, pero ya muy desvaído por el uso. Era un viejo enjuto, transparente, cara angulosa y venerable, mirada osada e inteligente, cabeza calva y de ancha frente. El viejo hablaba en ese momento con voz entera y agradable. Describía el banquete que él había dado en La Paz al vencedor de Ayacucho y a todo su Estado Mayor, empleando una vajilla abigarrada, en

¹ Obra cit. Págs. 249 y 250.

que por fuentes aparecía una colección de orinales de loza nuevos y arrendados al efecto en una locería. Esta narración hecha con la seriedad que da una limpia conciencia, era la que había excitado la hilaridad poco común del señor Bello, y le hacía aparecer con la trepidación del que llora. La narración hecha con el énfasis y aquellas entonaciones elegantes que el reformador enseñaba a pintar en la escritura, daban a la anécdota un interés eminentemente cómico, que había sacado de sus casillas al venerable maestro”.¹

Pudiera pensarse que Augusto Orrego Luco aprovechaba la personalidad del maestro de Simón Bolívar, para servir de eco a la teoría de la degeneración mental fundada por Morel y seguida con modificaciones por los psiquiatras de más nota: Magnan, Charcot, Jean Moreau de Tours, Régis, y en cierto modo por Pierre Janet. Moreau de Tours, en su obra “Les excentriques ou déséquilibrés du cerveau” (París 1894) habla de “l'état mixte”, para aludir a personas brillantes en ciertos aspectos, pero incapaces de vencer los obstáculos naturales de la vida y que debido a ello, continuamente entran en desagradables fricciones con sus semejantes, cambian de trabajos, lugares, amistades. En cierto modo se les llamaría psicópatas. El excéntrico es un desequilibrado que, a diferencia de los locos, tiene el privilegio de no hacerse encerrar, decía Moreau de Tours. Las obras y polémicas de psiquiatras franceses y alemanes en torno al problema eran muy conocidas de Orrego.

Hirt en su libro “La physiologie de l'art” (París 1892), resume las ideas de aquellos que aún más lejos consideraban toda actividad genial como desarrollo mórbido; serían las siguientes:

1. La rareza relativa de la transmisión del genio y del gran talento a través de varias generaciones;
2. La presencia frecuente de signos de degeneración en los hombres de genio;
3. La presencia en los hombres de genio de formas abortivas de neurosis o de enfermedades mentales completas;

¹ Retratos: Págs. 282 y 283.

4. La aparición frecuente de accesos de genio en los casos de locura completa y parcial como consecuencia directa de la enfermedad mental”.

Hirt pone en duda esos argumentos; cree que se da el nombre de genios a una serie de aventureros, guerreros, artistas de la intriga y de la política, que mirados con cuidado nada tienen de genial, pese a éxitos resonantes momentáneos. Para él, el genio necesita dos cualidades esenciales: la persistencia en la acción y la verdad de sus concepciones. Dallemagne abundando en lo anterior agrega que el genio es ante todo: perseverante, regulado y metódico. Concluye: “El genio verdadero no tiene pues nada que ver con la emotividad y la intelectualidad mórbidas... y esta concepción del genio refuerza todavía nuestra demostración de un equilibrio afectivo emocional, como condición indispensable del equilibrio de la ideación”.¹

Karl Jaspers en nuestros tiempos trata el problema a propósito de los casos de Strindberg, Van Gogh, Swedenborg y Hölderlin; se queda en una postura cautelosa, pero afirma algo que ni los partidarios de la teoría de que los genios son degenerados y desequilibrados superiores, ni los que al revés, les imaginan espejo de máximo equilibrio, se atreverían a decir; Jaspers considera la obra del genio como la de la autenticidad suprema y ella puede venir del sano o del enfermo; sin embargo en ciertas épocas como la nuestra, la esquizofrenia sería senda privilegiada de autenticidad. “Considerar determinadas obras de arte como condicionadas por la esquizofrenia, no supone demérito en ningún sentido. Nosotros reconocemos las profundidades reveladoras allí donde hay autenticidad; pero traducidas en formas inéditas e inimitables, es en los esquizofrénicos donde las encontramos”.² Lo cual no significa que Jaspers haga sinónimos ambos términos y no vea también genialidad y autenticidad en personalidades sanas de nuestra contemporaneidad.

¹ J. Dallemagne: “Dégénéres et Déséquilibrés”. Ed. H. Lamertin, Libraire-Editeur. Bruxelles. 1894. Págs. 597 y 598.

² Karl Jaspers: “Genio y Locura”. Trad. Agustín Caballero Robredor. Ed. Aguilar. Madrid 1955. Pág. 274.

Orrego se anticipa a Jaspers y no es de ninguna manera el seguidor fiel de Moreau de Tours; desde luego no habla de estados mixtos, como el psiquiatra francés, ni de degenerados superiores, sino de personalidades intermedias, lo cual apunta más, en el caso de Simón Rodríguez por ejemplo, a lo que realmente fueron. Al igual de Jaspers, y varios decenios antes, Orrego cree que desde lo morboso mismo pueden surgir (no como estallidos súbitos a la manera pensada por los psiquiatras franceses), obras superiores enriquecidas a lo largo de la existencia con esa devoción que lleva a sacrificar lo estimado por la gente como valioso: la riqueza económica o la gloria del mundo. En Jaspers eso sería posible porque la enfermedad mental despoja al alma de una nube de engañosas apariencias y la conduce hasta las reales profundidades. En Orrego, la tozudez de los afectos mórbidos los dotaría de cargas explosivas inalcanzables para el hombre corriente, y con la magnitud de esa carga traspasarían hasta sus orígenes más hondos ideas triviales para otros, abriéndose paso hacia los horizontes infinitos de la historia.

Desde la perspectiva nuestra no sería extraño que el genio conmovido por sus volcánicas visiones, ponga en extrema tensión todo su psiquismo y lo arrastre a desequilibrios pasajeros o perdurables; tampoco, que una esquizofrenia, una epilepsia o una psicopatía, que nunca arrasan con la totalidad del alma —pues tales personas obran normalmente en una serie de aspectos—, dejarán indemnes zonas de donde emerge la genialidad. Ahora, pese a la autonomía de ciertas regiones anímicas, lo venido de allí seguramente estará teñido por las maneras de actuar del resto, pues autonomía no es sinónimo de independencia o de compartimientos separados. Sólo hay autonomía donde hay totalidad. Lo que no creemos, ni con Morel, Magnan o Moreau de Tours, ni con Orrego, ni con Jaspers, reconociendo lo juicioso de muchas de sus opiniones, es que la locura en sí origine ideas trasmutadoras del mundo, aun cuando muchos de los reformadores hayan sido locos. La cantidad grande de epilépticos, esquizofrénicos y psicópatas, comparada con la exigua cantidad de genios obligaría a explicarse cuáles motivos impiden en la mayoría la eclosión de la genialidad. Sin duda alguna en Nietzsche, en Hölderlin,

derlin, en Antonin Artaud, en Dostoiewski, vive la presencia de lo mórbido: en la elección de las palabras, en la construcción de las frases, en la elección de las metáforas, en la ilación del discurso, en el relieve del conjunto y del detalle, en la sonoridad o colorido del estilo, en los temas preferidos; pero los materiales proporcionados por la psicosis, comunes a cualquier psicótico, son sólo ingredientes sabiamente aprovechados por esa armoniosa constelación psíquica llamada genio, que posibilita centrar en un todo dirigido por la parte sana, lo venido del conjunto del alma, elaborándolo en producto significativo. El hombre corriente usa apenas una parte mínima de la psique, el genio la arrastra entera. El genio y el amor, más profundos que la locura, emergen con fuerza tan pronto la psicosis deja una tregua, convirtiéndose en llamas cuanto encuentran a su paso.

Por lo demás en la vida de don Simón Rodríguez descrita por Orrego, se advierte algo de noble y digno de respeto que cubre aún sus horas de mayor miseria o comicidad, sin los aburridos traspies de un psicópata. Allí, en lo más ínfimo asoma la grandeza, como la asoma en todo instante en su imagen de Lasterria, y ese algo que nos sacude en lo recóndito es revelador de un misterio difícilmente reducible a menoscabos simplemente patológicos.

Sin embargo, a nuestro juicio, Orrego era más original y estaba más cercano a la posible verdad, que sus contemporáneos y sucesores, tal vez porque ponía lo patológico en las pasiones y lo sano en las ideas, y como buen romántico creía que podía afectarse separadamente ambos aspectos. De esa manera un menoscabo en las pasiones no traía necesariamente un menoscabo en las ideas, y las pasiones podían menoscabarse tanto por exceso de energía como por debilidad. En caso de exceso, empujaban a las ideas a exprimir todo su contenido y las llevaban a las intuiciones geniales. Los autores franceses de su época, en quienes pudo inspirarse, no veían tan clara esa distinción y más bien suponían que ideas y afectos eran susceptibles en caso de enfermedad, de explosiones relampagueantes y de apagamientos súbitos, como si la energía se fuera acumulando hasta un extremo, se desbordara de repente y cayera en un largo vacío, hasta que nuevas cargas la empujaran a nuevos estallidos. Hoy estaríamos

de acuerdo con Orrego, Jaspers y muchos otros, en la no rara coexistencia de genio y locura, entreverados y prestándose auxilio mutuo en sus increíbles construcciones.

LA PATRIA VIEJA ¹

Augusto Orrego Luco amaba la historia; creía en el soberano efecto de los sentimientos, y como discípulo de Rousseau, como nostálgico evocador del pasado, le era un gozo descubrir ese poder en el cambio del curso de los tiempos. Creía que ellos no actúan irracionalmente ni en cualquier instante; cuando algo ocurre, es porque múltiples situaciones ingratas esperan el momento justo en que un poderoso afecto las domine, las unifique y las arrastre al derrumbe de lo caduco y al engendro de lo nuevo. Por esa senda conduce sus indagaciones sobre la patria de los chilenos. El cariño por su tierra asoma desde la dedicatoria a sus padres, hasta las últimas páginas dedicadas al desastre de Rancagua.

El estilo sobrio, sencillo, casi trivial, contrasta con las otras obras del autor, como si intencionadamente asumiese el papel del cronista que cuenta a otros, de la manera más aproximada posible, lo que de hecho ocurrió. Abundan las menciones a las conversaciones de la época, a la vida en los campos y las ciudades, a las alegrías y tristezas de la vida colonial, a las trabas opuestas por España al vuelo de los espíritus, al atraso de los españoles en la agricultura, la industria y en los órdenes culturales (en muchos aspectos peor que el de sus colonias), a la inquietud de los criollos por abrirse a días mejores. Protesta con-

¹ Para escribir esta obra hizo un asiduo trabajo de investigador revisando archivos y documentos durante varios decenios. Muchas veces se encontró allí sentado a la misma mesa con Ramón Sotomayor Valdés y Ramón Laval. Una mala suerte persiguió su publicación que sólo vio la luz pública en 1933. Muchas pequeñas pero brillantes contribuciones al conocimiento histórico del país y de la medicina vieron la luz también en "El Ferrocarril", "El Nuevo Ferrocarril", "La República", "La Epoca de Santiago", "La Patria", de Valparaíso; "El Mercurio", de Valparaíso y de Santiago. "La Revista Chilena", "La Revista del Progreso", la "Revista de la Sociedad Médica" de Santiago, etc.

tra los europeos que atribuían al suelo americano la virtud negativa de diluir las energías creadoras, y así, refiriéndose a Chile cita con orgullo a la Universidad de San Felipe como una de las mejores de Sudamérica, hasta el extremo de atraer a estudiantes de Lima y del Río de la Plata. Agrega incluso, que pese a los obstáculos, se dieron escritores como Olivares, Molina y Lacunza, ubicables en cualquier parte del mundo, a la altura de los mejores. Considera la unión de indios y españoles como engendradora positiva de una raza homogénea y habla con deleite del Santiago colonial.

“A fines del siglo XVIII —dice— la transformación de Santiago era completa. Presentaban sus calles la alegre y pintoresca animación de una ciudad de Andalucía. Eran las mismas enseñas de sus tiendas. Sobre su puerta tenía el sombrerero un gran sombrero de latón; el zapatero, una gran bota; el sangrador, una gran muela; el barbero, una bacía. Cada cual buscaba un objeto conocido de su oficio para colocarlo sobre su puerta como una enseña.

“Eran también los mismos colores cálidos y vivos de la cal que cubría las paredes de las casas de Andalucía y de Santiago. Y era también muy parecido el cielo transparente y luminoso que se reflejaba y daba vida a esos colores. Santiago en el siglo XVIII era un pintoresco rincón de Andalucía.

“La vida que circulaba por esas calles o se encerraba en esas casas era de perturbadoras apariencias. Parecía ceremoniosa y severa, parecía adusta y sombría. Las gentes se movían en un silencio acompasado. No se oía nunca el ruido alegre de una risa expansiva. La expresión habitual de los semblantes era la de una preocupación abrumadora que acentuaba en los labios un pliegue de tristeza y amargura. Esa expresión es la que vemos en todos los retratos que nos han quedado de esos tiempos.

“Pero entrando en las intimidades de esa vida, todo varía. Ese cambio lo podemos sentir en la correspondencia de Salas. Cuando residía en Lima, hablaba de su viaje a Chile como de un destierro. El ‘triste Chile’ era el calificativo con que nos envolvía en esas cartas. Pero después de haber pasado un tiempo entre nosotros, lleva su entusiasmo por nuestra manera de vivir

hasta decir que 'es el único país en que se siente el bienestar físico y moral de la existencia'.

"Todos los viajeros han guardado el mismo recuerdo agradable y cariñoso de esa vida y nos han dejado en sus libros descripciones en que desborda ese amable y simpático recuerdo. Y eso pasa no solamente con los que hemos recibido como huéspedes, sino también con los que han vivido entre nosotros como prisioneros o proscritos".¹

Procura mostrar cómo la Independencia no fue producto fortuito del curso de los hechos posteriores a 1810, sino obra de una gestación directa, laboriosa y justa, de lo cual se hablaba desembozadamente ya desde el siglo XVIII. Sus causas venían de las discriminaciones inaceptables entre españoles y criollos, del conocimiento de las nuevas ideas de Adam Smith y de Rousseau adquiridas por los viajeros, de los ideales de la Revolución Francesa, de la Independencia Norteamericana, del sentimiento de que la libertad cultural y comercial permitirían mejorar rápidamente la agricultura, industrializar América y aprovechar nuestras riquezas para el bienestar nuestro. Para realizar el deseo en Chile sólo faltaba el hombre capaz de lanzarse a la lucha con audacia y organizar a los independentistas en un partido. Ese hombre fue Juan Martínez de Rozas. El entusiasmo plutarquiario de Orrego Luco por Martínez de Rozas lo muestra la siguiente anécdota: "Cuando volvió de Europa en 1887 don Isidoro Errázuriz, nos habló con entusiasmo de una obra de arte que traía como recuerdo de su viaje. Era una copia admirable del busto auténtico de César...

"Al domingo siguiente cuando volvimos a reanudar la antigua costumbre de reunirnos con algunos amigos, Isidoro me esperaba en su escritorio para darme la sorpresa del hermoso busto. Durante largo rato lo estuvimos contemplando entusiasmados. Leíamos en esa cabeza de Julio César toda la historia de una espléndida ambición; de la bóveda sombría y profunda de sus ojos veíamos salir una mirada velada, escudriñadora y pe-

¹ Augusto Orrego Luco: "La Patria Vieja". Prensas de la Universidad de Chile. Santiago. 1933. Págs. 125 y 126.

netrante; en su boca de un sensualismo voluptuoso vagaba una sonrisa llena de ironía y en el ángulo de sus labios había un pliegue profundo de hastío y desencanto. En su frente espléndida, en su barba ancha y fuerte, en su nariz acentuada estaba escrita con caracteres vigorosos toda la historia de su vida extraordinaria; todo César estaba en ese busto. Ahí se veía al orador que arrastraba al Senado, al general que arrastraba a la victoria, al que había conquistado las Galias con su espada y seducido a Roma con su gloria. Después de una larga contemplación nos alejamos de esa figura que nos parecía envuelta en un aire de misterio impenetrable y fuimos a sentarnos bajo los árboles que daban sombra a la mesa del almuerzo.

“Principiaron a llegar los invitados. Y llegó Acario Cotapos, un espíritu frío, de un realismo *terre à terre*, de una imaginación sin alas. Fue al escritorio a dejar su abrigo; y cuando volvió me dijo: ‘¡Qué idea la de Isidoro! Poner en su escritorio el busto del ¡Senador Rozas!’ Como un rayo de luz esas palabras despertaron recuerdos lejanos. Fuimos de prisa otra vez a ver el busto de César. Acario tenía razón. El busto de César tenía un parecido extraordinario con el Senador Rozas, quien tenía a su turno un extraordinario parecido con su padre, don Juan Martínez de Rozas”.¹

Se ha apuntado por algunos a la carencia de originalidad del libro, que entregaría pocos datos nuevos y se ceñiría en lo céntrico al modo de pensar de Barros Arana, Vicuña Mackenna y otros. Incluso insistiría demasiado, siguiendo la costumbre de entonces, en ver el origen de la caída de aquella época en las desavenencias entre OHiggins y Carrera, y no en la inhabilidad de los jefes patriotas para organizar el Gobierno, estructurar la sociedad sobre otras bases y elaborar una buena estrategia de guerra. Carecemos de autoridad para pronunciarnos al respecto, pero diríamos sin embargo, en su abono, que es obra de lectura fácil, y tiene descripciones y retratos que mantienen atenta la mirada del lector y le hacen atractivo volver a recorrer un camino, para muchos, no muy conocido. Quizás se eche de me-

¹ La Patria Vieja. Págs. 248 y 249.

nos, en un observador tan fino, que no discierna entre las causas más profundas de la independencia, esa nueva manera de ver el mundo, distinta a la de los españoles y demás europeos, que se abre paso poco a poco ya en Alonso Ovalle y los primeros cronistas, y que se irá acentuando hasta adquirir contornos propios en los pensadores criollos del siglo XVIII y XIX, en Briceño, Bello, Bilbao y Sarmiento, y más adelante en la poesía de Vallejos, Huidobro, Neruda, la Mistral, en los cuentos del uruguayo Horacio Quiroga y en otros. Lógicamente valen las causas señaladas por Orrego y los historiadores anteriores, pero difícilmente esas causas hubiesen operado, si no fueran uno de los recursos que tienen pueblos con nuevas concepciones del mundo, para abrirse a la libre realización de sus desvelos. Tal vez esa 'imaginación con alas' admirada por Orrego, le hacía irse de repente demasiado lejos del subsuelo profundo que determina los grandes cambios de la historia, y le hacía creer más allá de lo indispensable, en la eficacia de las lecturas de escritores europeos, de las personalidades ejemplares, Bolívar, Salas, Rodríguez, Martínez de Rozas, de los deseos de aproximarse a naciones adelantadas, del ansia de gobernarse por sí mismo, sin pensar que había en germen una cultura nueva que exigía desde las entrañas la necesidad de estructuras y gobierno propio. Y esto es curioso porque Orrego puso siempre la imaginación al servicio de la realidad y no al revés, pues aquí reside su superioridad.

Es ese panorama móvil y vivo de los hechos vistos en toda su perspectiva, es ese nuevo modo de apreciar la realidad, notorio en Ovalle, Molina y Lacunza entre los chilenos, el que echamos de menos, pese a los méritos ya dichos, en "La Patria Vieja", su obra póstuma.

En el Tomo IV de la Revista del Progreso (1890), publica Orrego un trabajo sobre "*El movimiento literario de 1842*", en el cual se toca el problema de la Independencia, aun cuando las partes más interesantes se dedican al estudio de Francisco Bilbao, Santiago Arcos, J. Victorino Lastarria, Rafael Valentín Valdivieso e Hipólito Salas, marcando lo positivo de personalidades de ideas tan dispares, en el desarrollo nacional. En ese ensayo critica el discurso de Bello en la inauguración de la Universidad de Chile, llegando a considerarlo impersonal y desilusionante

para quienes esperaban una actitud más decidida en el enjuiciamiento de la herencia española y la situación criolla a lo largo de la Colonia. Su análisis de la "Sociabilidad Chilena" de Bilbao, da una idea somera de su alcance filosófico, limitándose más bien a señalar las oleadas de admiración y de repudio que operó. Lo mismo ocurre con el análisis de los trabajos de Lastarria, opuestos a los de Bello; destaca las influencias europeas en Lastarria y más allá, la originalidad de las ideas del pensador chileno. Un sentimiento de alta honradez le lleva a condenar afirmaciones temerarias de Lastarria respecto a Portales y a sucesos de la dominación española; desgraciadamente no entra en detalles, ni postula posiciones propias, que parecieran ser, según se adivina, las mismas posteriores de "La Patria Vieja". Como en sus demás trabajos, aquí el estilo ágil, la anécdota oportuna, el dibujo del ambiente, la memoria del detalle olvidado, el recuerdo de las influencias europeas en las polémicas entre Sarmiento y Lastarria sobre el Romanticismo, o entre Sarmiento y José Joaquín Vallejos sobre el idioma, a propósito de la cual, estudia también los factores de orgullo, de heridas anímicas, que más allá de la verdad pura, obran en el trasfondo de tales polémicas, ponen novedad y expectación constante a lo largo de la lectura. Se detiene con justicia en la traducción de la "Oración por todos", que encuentra una notable recreación de Bello, y pinta bien el interés por el teatro, común a los chilenos de esos decenios.

En suma pareciese que sólo los debates filosóficos en torno a la historia, de 1842 y 1843, no le hubiesen impresionado mucho y que al escribir "La Patria Vieja" siguiera fiel a su carácter de evocador de recuerdos a través del relato de situaciones materiales, sin preocuparse por lo tanto, como lo pedía Bello, en la penetración reflexiva de la interioridad de los hechos para interpretarlos desde lo que dicen ellos mismos. Era Orrego un conocedor sagaz de las individualidades, un prudente enjuiciador de la conducta pública de los hombres, un recreador animado del pretérito, pero no visionario filosófico o científico de los grandes dinamismos históricos al estilo de Vico, Herder, Niebuhr o Ranke como le hubiera gustado a un Bello.

Orrego Luco fue una de las figuras más influyentes, moderadoras, ecuanímes, eficaces e inteligentes que ha tenido la política chilena. Miembro del Partido Liberal, admiró a amigos y contendores de alma noble. Era escuchado con solemne respeto, pese a que participó muchas veces en la agria lucha directa, en la polémica diaria, en la solución de cuestiones menudas. Miembro de la Alianza Liberal desde los días de la presidencia de Errázuriz Zañartu, llegó a ser uno de sus jefes. En 1876 es diputado suplente por Santiago; en 1879 es elegido por Constitución; en 1882 por Lontué; en 1885 por Cauquenes, y en 1888 por Quillota. De 1886 a 1888 es Presidente de la Cámara de Diputados. En 1891 como diputado firma el acta de deposición de Balmaceda. Desde el 26 de junio de 1897 hasta el 25 de agosto del mismo año ocupa el Ministerio de Interior de Errázuriz Echaurren; en 1898 lo nombran Ministro de Justicia e Instrucción Pública. Ahí creó el primer Instituto Comercial chileno.

Liberal individualista y partidario del libre cambio, veía en el liberalismo la fuerza moderadora capaz de llevar adelante las transformaciones sociales sin la precipitación peligrosa de las fuerzas radicales, ni la inmovilidad de los conservadores. Mantuvo tales ideas hasta el fin.

En 1915 apoya a Sanfuentes; Ministro de Justicia e Instrucción Pública del primer Gabinete, dura 15 días. Como Ismael Tocornal, miembro de la Alianza Liberal, atacara al Gabinete, al presentarse a recibir el apoyo del Senado, Orrego lo defiende con estas célebres frases: "Yo comprendo esta cortesía en toda su intención y la agradezco profundamente. Mis amigos de la Alianza Liberal me han dado el veneno en copa de oro". Invitando enseguida a Tocornal a retirar su voto de censura le recordó las palabras dichas en 1860 por su padre don Manuel Antonio Tocornal: "tendré siempre a honor cambiar de opinión, si me convenzo que estaba en el error". Su Señoría —expresó Orrego— ha de cambiar de opinión y entonces botaré el veneno y guardaré la copa".¹

¹ Del libro "Don Augusto Orrego Luco", de Fidel Araneda.

Su último acto público fue presidir la Convención Presidencial de 1925, en la cual se eligió como candidato a Ladislao Errázuriz Lazcano.

Era admirador de Portales, Montt y Varas, pero también de los grandes liberales. Su adhesión al partido del Congreso durante la Revolución de 1891, obedece a esa devoción por la libertad, la que no aminora su concepto de la grandeza de Portales y los organizadores de la República, aunque dicha organización hubiese sido a costa del ostracismo de “revoltosos, bullangueros e ideólogos”.

Pese a un defecto de su voz, que a ratos era casi inaudible y de no ser por eso un orador en el sentido corriente de la palabra, se escuchaban sus discursos con aire transido, por su contenido de alta cultura y nobleza, que lo colocaban no lejos de Isidoro Errázuriz, Zorobabel Rodríguez y Enrique Mac Iver. En la sesión de la Cámara de Diputados del 19 de agosto de 1884, aludiendo a la cuestión religiosa y a la separación de la Iglesia del Estado, de que eran partidarios sus amigos liberales, pero a la cual, él ahora se oponía, pronunció una de sus piezas maestras: “Creo necesario establecer el equívoco valor que les concedo a todas estas declaraciones de épocas lejanas. No creo, señor, que la lealtad política permita convertirlas en armas de combate en contra de aquellos que las han formulado.

“No, señor.

“La política de ayer no puede ser la de hoy, como la de hoy no será la de mañana. La política tendrá siempre que adaptarse a las condiciones esencialmente variables de toda sociedad; tendrá que irse modificando y ensanchando a medida que esas condiciones se modifiquen y se ensanchen.

“El ideal que perseguimos es un ideal eternamente inaccesible, y en ese camino del progreso todo se modifica y todo cambia, y si un pueblo o un hombre llega a veces a creer que ha alcanzado la plena realización de sus ideales, está fatalmente condenado a sumergirse en esa inercia esterilizadora del oriente.

“En política es donde realmente las horas matan a las horas; es donde el pasado muere, se hunde y desaparece. En política no hay pasado. Todo es transacción y oportunidad, como

decía Gambetta en Francia; todo es transacción y transición, como decía Matta en esta sala.

“Y sobre todo, señor, sería una extravagancia vanidosa lo único que pudiera obligar a un hombre a permanecer inflexiblemente atado a la doctrina que una vez ha proclamado, si llegara a convencerse de que esa doctrina no favorecía los verdaderos intereses del país”.¹

Más adelante en el mismo discurso agrega: “Y a este propósito, permóname la Honorable Cámara que llame la atención hacia un punto oscuro y grave. En uno de los colegios de Santiago, al lado de las hijas de las familias más acaudaladas, se educan muchachas modestas y pobres. Allí se desarrollan sintiendo, en toda su aspereza, el duro contraste de la fortuna y la miseria; allí silenciosa e inevitablemente infiltra en sus espíritus la envidia con todas sus tristes mezquindades, el odio de las clases sociales con todos sus fermentos disolventes. Viven aparte en medio de esa atmósfera malsana, humillante, profundamente corruptora. Visten un traje especial y, señor, hasta en la iglesia hay un rincón aparte, hay uno de esos *ghetos* que tan hondamente impresionaban el espíritu del honorable diputado por Cauquenes, cuando los veía a través de un libro en algún rincón de Europa, y que, sin embargo, no han atraído nunca su atención, cuando veía a su lado un *gheto* verdadero, con todas sus miserias y todos sus vicios.

“Allí, señor, bajo el ala del convento y en esa atmósfera fatal, es donde el Estado de Chile educa a las que serán mañana las directoras intelectuales de una generación”.

El discurso termina con estas frases solemnes: “En política, la más grave de las faltas es poner la justicia de parte de los adversarios; es darles una fuerza que lleva necesariamente a la victoria, y no hay reacción mas peligrosa, más irresistible que la que viene en brazos de la justicia ultrajada.

¹ La Iglesia y el Estado. Discursos pronunciados en el Congreso por los señores José Manuel Balmaceda, Isidoro Errázuriz y Augusto Orrego Luco. Imprenta de la República, de J. Núñez. Octubre de 1884. Santiago de Chile. Págs. 200 y 201.

“Y la fórmula que el honorable Ministro ha presentado deja satisfechos todos los grandes intereses que este debate ha puesto en compromiso. La libertad de cultos en su forma más amplia y más fecunda, y que es el verdadero y el único interés liberal, queda satisfecho en esa fórmula. El interés religioso, serio, sano, puro, encuentra allí también todo lo que puede esperar de manos de una fórmula política.

“El único interés que esa fórmula no ampara, el único interés que contraría, es el interés clerical, y en contra suya nos tendremos siempre que levantar con energía si no queremos hacer una cobarde abdicación de los grandes intereses nacionales que venimos aquí a representar.

“A los hombres de oposición se les perdonan todos los extravíos. El vértigo de la pasión y de la lucha los explica y los absuelve todos. Pero, para los hombres de Gobierno, la pasión política no es una excusa, el vértigo no es una razón. El que puede sufrir vértigos no debe subir a las cumbres. El que no está seguro de gobernar sus propias pasiones, no debe empuñar el timón para dirigir las pasiones de un pueblo. La responsabilidad más amplia, más íntegra, gravita sobre su hombros, y creo, señor, que a la sombra del proyecto que ha traído el honorable Ministro de Justicia podemos afrontarla sin temor”.

En sus defensas de la instrucción pública, de los problemas internacionales de límites, de la política de la Cancillería chilena, que, según él sería de hecho idéntica a la brasileña, pues una debería evitar siempre la resurrección del virreinato de Lima y la otra, la del virreinato del Río de la Plata, vemos, acertado o equivocado en sus ideas, la misma altura moral del anterior discurso, que resume el temple con que actuaba este sencillo y humilde conductor de la República, el hombre que daba el mismo testimonio en lo público y en lo privado, que no percibía honorarios: “de los parientes porque son parientes, de los amigos porque son amigos, de los pobres porque son pobres”, que vivía de un magro sueldo de la Escuela de Medicina, entregado por entero a servir al país, en la medicina, el periodismo, la política, la historia, y la ciencia.

Desde su ingreso a la Escuela de Medicina fue de laboriosidad extrema; armonizaba estudios, actividades literarias, periodísticas y políticas, sin desmerecer en calidad en ninguna; su gloria es obra de la neuropsiquiatría. En 1871-72, siendo alumno, es ayudante de anatomía; en 1872 lucha contra la epidemia de viruela. De 1873 a 1879 es médico de la entonces Casa de Orates. En 1874 recibe el título, y se le entrega la cátedra de Anatomía; la mantiene hasta 1890. Desde enero de 1891 hasta la caída de Balmaceda permanece oculto. Pide al gobierno revolucionario se le nombre Director de la Escuela de Medicina a fin de cumplir su viejo deseo: fundar la Cátedra de Enfermedades Nerviosas, lo realiza y es su primer profesor.

De 1881 a 1900 desempeña el cargo de médico de la ciudad de Santiago; forma parte además del Consejo de Instrucción Pública y es también presidente de la Sociedad Médica de Santiago.

En 1892 actúa contra otra epidemia de viruela. Dos años más tarde inaugura el Primer Congreso Científico de Chile.

En 1905 se traslada con sus alumnos a Valparaíso a combatir un tercer brote de viruela. Actúan heroicamente. A su vuelta el Gobierno les rinde homenaje en el Teatro Municipal; un ingrato incidente —el no haberle dado las plateas a las familias de los alumnos— de lo cual no tenía culpa alguna Orrego, hizo que alumnos azuzados por médicos amargados, lo vejaran silbándolo desde las galerías. Con su dignidad habitual y al no ser escuchadas sus explicaciones, *el facultativo a quien los pobres de la ciudad entera llamaban el mago de la Cañadilla*, presentó la renuncia a la dirección de la Escuela y a la Cátedra de Enfermedades Nerviosas. Los arrepentimientos por aquel insólito e injusto suceso llegaron luego, pero Orrego que había renunciado al dinero desde su juventud, para dedicarse a la pura enseñanza, recibiendo a los estudiantes ya en la clase, ya en las salas de hospital, ya en su casa a la hora que fuese, estaba herido a fondo y no regresó. Así la Universidad de Chile había perdido a una figura irremplazable, y la Facultad de Medicina al más grande de sus maestros.

Era Orrego algo bajo, más bien delgado, de cabeza redonda, pelo obscuro, cara algo huesuda, frente grande, ojos ni enormes ni pequeños de color pardo, mirada penetrante, a ratos irónica o soñadora, labios delgados, voz baja; el conjunto trasuntaba bondad, serenidad, cierta mordacidad.

Vestía con elegancia, usaba polainas y se mandaba a hacer un sombrero que parecía algo así como un medio colero; era ésta su única "manía", ha dicho uno de sus hijos.

No escribía casi personalmente; dictaba paseándose. Cuando leía o reflexionaba le gustaba en cambio permanecer sentado. Participaba menos que lo habitual en su época, en las tertulias; sabía observar y escuchar, y de vez en cuando intervenía con palabras medidas, sutil ironía y ese fondo volteriano al cual aluden cuantos le conocieron. Ni la envidia ni el resentimiento, ni la ambición del poder o del dinero, lo corroyeron nunca, aun en los momentos amargos del olvido. En sus críticas más acerbas siempre hay la nota de generosidad o el dato psicológico que hace comprensible y perdonable el defecto del otro. Ayudaba a todos y agradecía hasta lo indecible la más insignificante delicadeza tributada a su persona. Conoció y fue amigo de los hombres ilustres de su tiempo y de su tierra. Charcot lo estimó especialmente. El gobierno francés escogió su trabajo sobre Charcot entre los tres seleccionados para la Corona Fúnebre en homenaje a aquel sabio. Algunos de sus estudios fueron publicados en la Iconografía de La Salpêtrière. Erb señala en 1904 la contribución de Orrego al conocimiento de la etiología luética de la tabes. Sus conciudadanos piensan en él para los cargos más altos de la República, y sin embargo nada lo envanece, nada hace por hacerse notar, y muere bajo el sello de la obscuridad. Hasta hoy la Facultad de Medicina guarda con excesivo celo ese sello ante un hombre que médicos ilustres del continente, han considerado el mayor clínico de Sudamérica.

No se nos tomará por exagerados, si contemplando con calma su obra, le aplicamos dentro de la medida del ámbito nacional, lo dicho por él sobre Charcot:

"Lo que caracteriza la grandeza de las obras de la naturaleza y del arte es que conservan sus cualidades desde cualquier punto de vista que se presenten delante de nosotros. Sólo es ver-

daderamente grande y bello lo que no se empequeñece cuando cambiamos nuestra situación al observarlo. Sólo es grande la personalidad que resiste a esa dura y exigente prueba.

“Son pocos los nombres de los investigadores y sabios contemporáneos franceses que escribiríamos al hacer la lista de los que pueden atravesar triunfantes esa prueba, y entre esos pocos nombres, que en su mayor parte han sido de médicos ilustres, tendríamos que escribir el de Charcot, al lado del de Cuvier, de Trousseau, de Velpeau, Dupuytren, Ricord y Claudio Bernard.

“Hay muchos otros que en un terreno limitado han podido brillar tal vez como ellos, pero al salir de ese terreno se oscurecen. Ha habido muchos cirujanos que en la sala de operaciones podían rivalizar en destreza con Velpeau; muchos médicos que al lado de un enfermo podían desplegar la misma sagacidad de observación que Trousseau; muchos experimentadores y hombres de ciencia que podían rivalizar con Cuvier y con Bernard; pero todos ellos sólo eran sabios, o sólo eran cirujanos, o sólo poseían esa parte mecánica del arte que reduce al artista a un operario.

“Cuando Cuvier escribe, su pluma se levanta a la altura de los grandes estilistas de su lengua; cuando Trousseau habla, ruedan sus frases amplias y sonoras con la misma majestad solemne con que se entienden las frases de Bossuet; cuando Ricord se defiende, escribe esas *Cartas sobre la Sífilis*, que en finura epigramática, en risueña ironía y en fuerza de lógica están al nivel de las famosas cartas de Pascal. Esos grandes sabios eran también grandes artistas, grandes caracteres, grandes en la idea y en la acción, grandes siempre en el terreno a que sus poderosas facultades se aplicaron.

“Charcot era hombre de esa raza”.¹

En verdad sólo un hombre de la clase de Orrego podía sacar a la psiquiatría desde el mundo disperso y romántico en que se debatía en la primera mitad del siglo pasado, desdeñada por la sociedad y los médicos y constituirla en una escuela que sin recursos se ubicaba de inmediato entre las pocas de América

¹ Augusto Orrego Luco: “Retratos”.

que tenían el raro don de engendrar ideas propias. Sin medir las respectivas alturas, la obra de Orrego es paralela a la de Bello, Domeyko, Gay y Philippi. Basta el hecho de que en pocos años, una psiquiatría incógnita se hizo habitable, acogedora, atrayente y benéfica; de rama olvidada de la medicina pasaba a convertirse en una de sus regiones príncipes. Carmona, Elguero, Bruner, Carlos Sazie, no lo lograron; quizás no habían desarrollado simultáneamente en el mismo grado el espíritu de observación, la capacidad de ordenar bien los datos concretos, la posibilidad de descubrirlos y generalizarlos con elegancia contagiosa, sin apartarse de la totalidad del hombre enfermo, que es la virtud del verdadero clínico y era el don natural de Orrego.

Orrego era en cierto modo un espejo del alma chilena, con sus intuiciones sorprendentes, su interés por múltiples actividades, su aire a ratos sentencioso y volteriano, su inconstancia, producto quizás en él de su falta de medios técnicos, de su pobreza, y del acre combate que se le hacía. A lo largo de estas páginas hemos visto ideas suyas parecidas a las de Weizsaecker o Bonhöffer; con perseverancia o suerte para reflexionar sus ideas hasta el fin, pudo ser el precursor directo de las teorías de aquellos científicos y hasta el iniciador de la psiquiatría de hoy.

Su aguda y socarrona espiritualidad la muestran tres breves contestaciones suyas en tres momentos distintos. La referencia de dos de ellas se las debo a mi amigo, el científico Joaquín Luco. Se discutía en la Facultad de Medicina la necesidad de fortalecer la enseñanza de la psiquiatría; Orrego decía a su contrincante: "Profesor, la psiquiatría es muy útil no sólo para el médico, lo es también para cualquier hombre. ¿No cree Ud. que en un cambio de ideas es conveniente saber si se discute con un tonto o un inteligente?"¹

Presentando ante sus alumnos a un enfermo de parálisis facial, comentaba: "Si la parálisis facial es doble, la situación es casi insostenible, porque los enfermos no pueden besar. Felizmente es rara y se presenta en los viejos; pero, ¡pobres viejos!..."

¹ Discutía con el profesor de Clínica Quirúrgica Dr. Lucas Sierra, cuyos conceptos sobre la psiquiatría eran algo despectivos.

Horas antes de entrar en agonía se le acercó un sacerdote amigo; como Orrego era incrédulo el sacerdote le pidió disculpas por la visita; Orrego presintiendo sus intenciones dijo una de sus frases más conocidas: "Mi razón no está muy lúcida, pero mi corazón está muy bien, y para acercarse a Dios basta con el corazón".

Había nacido en Valparaíso el 2 de mayo de 1848¹; su muerte, el 25 de agosto de 1933, que le encontró viejo y casi abandonado, provocó conmoción en la República entera y una especie de postrer sentimiento de gratitud.

Quizás si lo dicho a nombre de la Facultad de Medicina por Oscar Fontecilla, el sucesor del notable clínico Joaquín Luco en la Cátedra de Psiquiatría, resume el significado de aquel hombre en la historia del país:

"Sabía mejor que nadie que el vivir es siempre un resolverse por algo y que el eterno discurrir es una especie de falsificación de nuestra propia existencia. Pero sabía también, lo que por desgracia muchos ignoran, que nuestra propia verdad, por luminosa que nos parezca, es siempre sólo una parte de la verdad en total, es una verdad relativa y que esa otra parte complementaria que nos falta, bien pudieran poseerla nuestros contrincantes y adversarios...

"Recordaba con particular complacencia las palabras de Spencer, que pronunciara aquí hace veinte años haciendo el elogio del sabio Philippi: 'en el fondo de toda verdad hay siempre algún vestigio del error, y en todo error se esconde siempre algo de la verdad'...

"Y así llegó al ocaso de larga vida este varón ilustre, bañándose siempre en los torrentes espirituales de la época, en contacto solidario con la realidad ambiente y revestido de una autoridad suprema que nadie discutía, y que se ejercía por aceptación tácita y unánime, sobre la nación entera".

¹ Sus padres fueron Francisco Pérez de Orrego, descendiente de un hermano de Felipe II, Antonio Pérez; su madre era Mercedes Luco y León de la Barra. Se casó en 1874 con Martina Barros Borgoño, hermana de Luis y Manuel Barros Borgoño. Bendijo el matrimonio el canónigo Francisco de Paula Taforó, el sacerdote de confianza de los librepensadores de su tiempo.

TRABAJOS DE ORREGO LUCO

- 1865 "Lincoln". 5 de agosto al 28 de septiembre. Imprenta Chilena.
- 1866 "República y Theocracia". Publicado bajo el seudónimo de Aquiles Francouer. Imprenta Unión Americana.
- 1866 "El Farol". Diario publicado en colaboración con Rómulo Mandiola, Luis Montt y Fanor Velasco. Apareció el 2 de julio. Desde el N° 3 fue publicado en la Imprenta La Voz de Chile. Desaparece el 25 de agosto de 1866.
- 1867 "El Gabinete ante Chile y América". Publicado en Santiago, sin nombre del autor.
- 1867 "El Charivari". Periódico semanal fundado el 29 de junio en colaboración con Vicente Grez. Desaparece el 1° de enero de 1870, en el N° 126. Imprenta de la Unión Americana.
- 1872 "Venecia de Disraeli". Revista de Santiago. Tomo I. Pág. 70-152; 214 y siguientes.
- 1872 "Francisco Bilbao, a propósito de las publicaciones de don Zorobabel Rodríguez y don Eduardo de la Barra". Revista de Santiago, I: 730.
- 1872 "La juventud de Lord Byron". Revista de Santiago, I: 919; II: 789-921.
- 1873 "La educación de la mujer". Revista de Santiago, III: 402.
- 1873 "Bolivia bajo la administración del General Mariano Melgarejo". Revista de Santiago, III: 509.
- 1873 "Causas indirectas de la alucinación mental". Memoria de licenciatura. Revista Médica II, N° 9:441-490, marzo 1874; Tomo II, N° 12, Santiago, diciembre 1873. Diario "La República" del 30 de abril de 1874, N° 2521.
- 1875 "Los asilos de enajenados". Revista Chilena, I: 439.
- 1875 Informe sobre el artículo de costumbres titulado "Los Santos". Revista Chilena, III: 404.
- 1876 "Los enterrados vivos". Estudio de Medicina Legal. Revista Chilena, IV-V:617 y 98 resp. Valparaíso, Dic. 1875. Otra ed.: Imprenta de la República. Santiago, 1876 (42 págs.).
- 1876 "Sepultación de cadáveres". "El Mercurio" de Valparaíso del 6 de junio de 1876.
- 1877 "Galvanoterapia". Revista Chilena, VIII: 443.
- 1877 "Una teoría nueva sobre las funciones cerebrales". Revista Chilena, VIII: 259.
- 1877 "Informe sobre el Matadero de Santiago". Escrito en colaboración con Isaac Ugarte Gutiérrez y Francisco Navarrete. Boletín del Consejo de Higiene Pública. Santiago. (Pág. 82).

- 1878 "Un periodista de la Colonia". Revista Chilena, X:84. (Junio de 1873, fecha en que fue escrito).
- 1878 "Cambiazo". Revista Chilena, X: 274.
- 1878 "Reseña de la Revista Bibliográfica". Revista Chilena, XI:151. 1.º de mayo de 1878.
- 1878 "Poesías líricas por Víctor Torres de Arce". Revista Bibliográfica de la Revista Chilena, XI: 157.
- 1878 "Un breve comentario sobre el uso terapéutico del ácido salicílico por Walter Hogg". Revista Chilena, XI: 159.
- 1878 "El padre López". Estudio sobre la poesía colonial. Revista Chilena, XI: 274.
- 1878 "Don Simón Rodríguez". Revista Chilena, XII: 546.
- 1879 "El 20 de Abril". Revista Chilena, XIII: 74.
- 1879 "La literatura médica en Chile". Trabajo presentado a la Universidad de San Marcos de Lima al recibir el título de miembro honorario. Revista Chilena, XIII: 255.
- 1879 "Estudio sobre las circunvoluciones cerebrales y surcos del cerebro humano". Ed. Librería Central de Servat y Ca. Santiago 1879. Trabajo leído en 1877 en la Academia de Bellas Artes.
- 1879 "Notas sobre el cerebro de los animales". Revista Médica, marzo y abril: 263.
- 1879 "Un experimento en el cerebro humano". Revista Médica. Septiembre: 72.
- 1879 "Neurosis mímicas". Revista Médica, octubre: 105.
- 1879 "Un experimento en el cerebro humano". Revista Chilena, XIV: 530.
- 1879 "Notas sobre el diagnóstico de la sífilis hereditaria". Observaciones clínicas. Las alteraciones óseas. Revista Médica: 336. Otra edic.: Revista Chilena, XIV: 336.
- 1880 "La Resurrección del Latín". Incluye los tres artículos escritos bajo el seudónimo de Ruy Blas: La cuestión política. — La cuestión literaria. — La cuestión social. Revista Chilena, XVI: 80.
- 1880 "Observaciones sobre el cerebro de los criminales". Conferencia dada en abril de 1880 en la Academia de Bellas Letras. Revista Chilena, XVI: 488.
- 1880 "Instituto Nacional". Discurso pronunciado con motivo de la distribución de premios, verificada el 17 de septiembre de 1880. Anales de la Universidad de Chile. Vol. II: 382.
- 1881 "La Centinela Invisible". Artículo publicado en "El Nuevo Ferrocarril".
- 1881 "Un periodista militar". Artículo publicado en "El Nuevo Ferrocarril".
- 1881 "Amunátegui". Imprenta La Epoca. Santiago. (73 págs.).
- 1882 "Un caso de atetosis". Revista Médica. Mayo: 412.

- 1883 "Gambetta". Imprenta La Epoca. Santiago. (80 págs.).
- 1883 "Muerte aparente en el recién nacido". Revista Médica: 117.
- 1883 "Tratamiento de la sífilis". Revista Médica: 40.
- 1884 "Dr. don Guillermo C. Blest". Discurso pronunciado en el Cementerio Común. Revista Médica. Febrero: 253.
- 1884 "La Iglesia y el Estado". Con: José Manuel Balmaceda e Isidoro Errázuriz. Imprenta de La República. Santiago, Pág. IV y 327 pág.
- 1888 "Miguel Luis Amunátegui". Imprenta La Epoca. (78 págs.).
- 1889 "Bosquejo del desarrollo intelectual de Chile" (no fue publicado por haberse incendiado los originales en la imprenta).
- 1890 "El movimiento literario de 1842". Páginas de un libro próximo a aparecer. Revista de "El Progreso". IV: 101.
- 1891 "Estudio bibliográfico sobre la literatura médica en Chile desde la Aurora de Chile hasta los Anales de la Universidad de Chile". Anales de la Universidad de Chile.
- 1892 "La syringomielia". Memoria de prueba presentada en el concurso para proveer la clase de enfermedades nerviosas y del sistema nervioso. Boletín de Medicina. VI, N° 61, mayo. Imprenta Nacional.
- 1892 "Sobre una malformación especial del pecho (Tórax embudo). Contribución al estudio de los estigmas físicos de la degeneración". Boletín de Medicina. VI, N° 62, junio. Imprenta Nacional.
- 1892 "Necesidad de intervención prematura por laparotomía en las heridas penetrantes del abdomen. Observaciones". Boletín de Medicina. VI, N° 63, julio. Imprenta Nacional.
- 1892 "Clínica del Sistema Nervioso. Histeria traumática". Lección del 10 de junio. Boletín de Medicina, VI, N° 63: 131.
- 1892 "Clínica del Sistema Nervioso. Parálisis atrofica de causa articular". Boletín de Medicina, VI, N° 64: 177. Agosto.
- 1892 "Notas terapéuticas". Boletín de Medicina. Tomo VI, N° 64: 137. Agosto.
- 1892 "Clínica del Sistema Nervioso. Las inyecciones de espermina". Boletín de Medicina N° 65: 222; N° 66: 253. Septiembre.
- 1893 "Tratamiento de la epilepsia". Revista Médica, noviembre: 140.
- 1893 "Histerie traumatique". Apartado de la Nouvelle Iconographie de La Salpêtrière. París.
- 1895 "Discurso pronunciado por el Dr. Augusto Orrego Luco al tomar posesión del cargo de Presidente de la Sociedad Médica". Revista Médica. Enero, pág. 52.
- 1895 "El profesor Charcot". Revista Médica. Pág. 353.
- 1895 "Sobre la decadencia actual artística, literaria y científica". Congreso Científico General Chileno. Pág. XIII. Santiago.
- 1895 "Memoria anual del Presidente de la Sociedad Médica de Chile, correspondiente al período 1894-1895. Revista Médica, junio: 289.
- 1895 "Síndromes de Benedickt y Weber". Revista Médica: 61.

- 1895 "J. M. Charcot". Imprenta Barcelona. Santiago. (43 págs.).
- 1896 "Discurso del Dr. Augusto Orrego Luco, Presidente del Comité". Primer Centenario del descubrimiento de la vacuna. Revista Médica, mayo: 164. Discurso en el homenaje de la Sociedad Científica de Chile a Eduardo Jenner.
- 1897 "La cuestión social". Imprenta Barcelona. Santiago. (58 págs.).
- 1897 "Parálisis general espinal anterior". Revista Médica. Octubre: 80.
- 1898 "Memoria del Ministerio de Justicia e Instrucción Pública". Santiago. (23 págs.).
- 1900 "Un grupo de periodistas". Revista Nueva, abril, N° 1: 23.
- 1900 "Funciones de la glándula suprarrenal". "El Mercurio" de Santiago. 1° de julio.
- 1900 "Dionina". "El Mercurio" de Santiago. 26 de julio.
- 1900 "Quo Vadis?". Juicio clínico. "El Mercurio" de Valparaíso, 1° de junio.
- 1900 "Eduardo de la Barra". Revista Nueva, junio, N° 3: 177.
- 1900 "La enseñanza obligatoria en el Senado". "El Mercurio" de Valparaíso. 22 de junio.
- 1901 "La marcha de la histeria". Primer Congreso Médico Latinoamericano. Santiago, Tomo I: 434.
- 1901 "Elogio de don José Joaquín Aguirre". Revista de Santiago: 446.
- 1902 "Hemiplejía histérica y hemiplejía orgánica". Lecciones clínicas profesadas en la Escuela de Medicina. Revista Médica: 91.
- 1904 "Etiología y tratamiento de la tabes dorsal". Comunicación presentada al Congreso Latinoamericano de Buenos Aires. Apartado. Actas y trabajos del Congreso. Tomo III: 463. Otra ed.: Imprenta Barcelona. Santiago (146 págs.).
- 1905 "Informe médico-legal sobre Pablo Blot". Tribuna Médica: 373.
- 1906 "Paralysie faciel congénitale". Tribuna Médica: 652.
- 1907 "Afecciones de la cola de caballo y del segmento inferior de la médula". Tribuna Médica: 31.
- 1915 "Al margen de una jornada electoral". Imprenta Chile. (72 págs.).
- 1917 "Retratos. Amunátegui. Gambetta. Cánovas del Castillo. J. M. Charcot. D. Victorino Lastarria. D. Simón Rodríguez". Imprenta Universitaria. Edición de la Revista Chilena (291 págs.). Apartado: "Dn. Victorino Lastarria: impresiones y recuerdos". Revista Chilena. Año I, Tomo I, N° 1: 5.
- 1918 "Discurso leído por el Dr. Augusto Orrego Luco, en su recepción pública, el día 15 de septiembre de 1918". Imprenta Universitaria, 1918. Discurso en la Academia Chilena, correspondiente de la Real Academia Española. (43 págs.). Otra ed.: Revista Chilena, Año II, IV, N° XVII: 15.
- 1918 "La medida y la proporción de la prensa". Pacifico Magazine. Junio.

- 1919 "La question du Pacific. Lettre à M. le Directeur de La Nación de Buenos Aires". Traducida el mismo año al castellano por D. Emilio Vaisse. Imprenta Universitaria. Santiago. (63 págs.).
- 1919 "Conferencia sobre el Combate Naval de Iquique", dictada en la Escuela Naval, el 21 de mayo de 1919. Valparaíso. Imprenta de la Armada. (20 págs.) Otra ed.: Revista Chilena, Año III, Tomo IX, N° XXVII. 198. Noviembre.
- 1920 "El 18 de Septiembre de 1810". Revista Chilena. Tomos Septiembre y Octubre. (Tomo X, N° XXXV, Año IV: 5. Tomo XI, N° XXXVI, Año IV: 5).
- 1921 "Pedro Lira". Revista Chilena. Año V, Tomo XII, N° XLI: 100. Marzo.
- 1922 "Viruela y sífilis". Revista Médica. Marzo-Abril: 137.
- 1922 "Recuerdos de la Escuela de Medicina. Justa glorificación de un profesor eminente, el Dr. Ramón Elguero". Conferencia: Imprenta La Ilustración. Santiago. (30 págs.).
- 1922 "Recuerdos de la Escuela". 1ª ed. Imprenta Universitaria. Con ilustraciones (133 págs.). Santiago. 2da. ed.: Editorial del Pacífico (1953). (151 págs.).
- 1922 "La casa de Balzac". Revista Chilena. Año V, Tomo XIII, N° L: 449. Abril.
- 1922 "Doña Rosario Orrego de Uribe". Revista Chilena. Año VI, Tomo XV, N° LVIII: 255. Diciembre.
- 1922 "Interesante conferencia en la Biblioteca Pública de Valparaíso". Folleto. 4 de julio.
- 1922 "Por los campos de batalla". Valparaíso. Imprenta de la Armada. (161 págs.).
- 1924 "Discurso". Pronunciado en la velada del 2 de mayo de 1924, con motivo de su quincuagésimo aniversario profesional. Revista Médica. Agosto-Septiembre.
- 1924 "Notas de viaje". Imprenta Universitaria. (296 págs.).
- 1924 "Enseñaos los unos a los otros". Revista La Clínica. Pág. 1 y Anexo.
- 1928 "Recuerdos de Fournier". Santiago. (16 págs.).
- 1933 "Viajes literarios". Valparaíso.
- 1933 "Viajes literarios, por el Dr. Augusto Orrego Luco". Imprenta Aurora de Chile. Santiago. (263 págs.).
- 1935 "La Patria Vieja". Prensa de la Universidad de Chile. Santiago. (2 volúmenes).

CAPITULO CUARTO

CARMEN MARIN

O LA ENDEMONIADA
DE SANTIAGO

Compilación de todos los informes
rendidos ex profeso
al Ilustrísimo Sr. Arzobispo de Santiago
relativos a la rara enfermedad
que padece esta joven

Constantes en el propósito de hacer de nuestro establecimiento un vehículo para la comunicación de las luces de ambos mundos, y creyendo servir a los amantes de las ciencias y de la literatura chilena, hemos compilado en este librito todos los informes rendidos ex profeso al Ilustrísimo y Reverendísimo Sr. Arzobispo de esta República, con el objeto de dilucidar, de un modo científico, el caso raro, sin igual en Chile, observado en la joven Carmen Marín, a quien se la conoce tradicionalmente con el calificativo de *endemoniada*.

Hay un concurso de circunstancias singulares en la materia de esta publicación que es bien difícil hallar en otras y que la recomiendan como interesante a toda clase de personas, cualesquiera que sean su sexo, su país, su religión y sus opiniones. Ella ofrece bajo un aspecto la severa instrucción de la filosofía y de la historia, y bajo otro la amena diversión de la apasionada novela; ella nos representa en compendio la lucha trascendental de los sistemas que han dividido profundamente al mundo antiguo y moderno, dándonos a conocer en relieve, ora las preocupaciones que en todo tiempo han extraviado a los hombres, ora las preciosas verdades médicas y religiosas que han disipado progresivamente las tinieblas del pasado, que han engendrado el crepúsculo del presente y que están preñadas de la glorificación del porvenir.

En cuanto al mérito respectivo de los informes recopilados y al juicio definitivo que en vista de ellos debe pronunciarse acerca del interesante problema que encierran los misteriosos fenómenos de la ya célebre Carmen Marín, vamos a insertar a continuación una crítica rápida bien fundada que hemos obtenido de un facultativo muy competente, por lo que ella puede contribuir a ilustrar la discusión y a reconocer la verdad entre las diferentes opiniones que se han vertido.

CRÍTICA PRELIMINAR

Cualquiera que se instruya a fondo de todo lo que se ha escrito con motivo del caso raro verificado en la Marín, no podrá menos de convenir con nosotros en que ha llegado a ser esta cuestión como un pandemónium que ha removido todas las grandes cuestiones, así de filosofía y medicina como de teología; que ha puesto en escena el encarnizado antagonismo del espíritu viejo y del espíritu nuevo; que ha irritado los celos y las rivalidades de los correspondientes sectarios de opuestas creencias, y que, por fin de todo, deja satisfecha la expectativa popular, revelando al mundo la verdadera causa oculta de estas y otras maravillas de la Naturaleza.

Todo esto resulta indudablemente de los documentos o disertaciones facultativas de que se compone este librito; empero falta todavía un juicio superior definitivo que, justipreciando las razones producidas por unos y otros informantes, y aplicando los seguros principios del criterio de la verdad, confirme, sin réplica, la solución de este complicado problema.

Los informes solicitados y obtenidos en legal forma, para averiguar la verdad del caso, son nueve, cuyo número corresponde a otros tantos informantes. Todos estos sujetos profesan al parecer la religión Cristiana, Católica, Apostólica, Romana. Uno de ellos es sacerdote y los demás seglares y facultativos en ciencias médicas. Los señores Zisternas, Padín, Fuentecilla, Villarreal, Carmona y Barañaon son chilenos de nacimiento; el Dr. don Andrés Laiseca es originario de la República de Nueva Granada, el Dr. Mac Dermott lo es del reino de Irlanda, y el Dr. don Benito García Fernández, de la península de España.

En su calidad de testigos hay sólo dos cosas que les son

comunes a los nueve: una es haber presenciado los últimos ataques o accesos padecidos por la señorita Marín y descritos en los referidos informes; y la otra es no haber contradicción sustancial entre ellos sobre el curso, carácter y apariencias de los síntomas anormales que mencionan; salvo sin embargo los asertos improbados de los señores Zisternas y García Fernández, respectivamente a que la espiritada entendió algunas lenguas extranjeras, a que adivinó sucesos futuros, a que vio al través de las paredes y a que no se quejó de molestia o sensación dolorosa después de las crisis; pues que han sido objetados con fundamento, especialmente en el discurso del facultativo Carmona.

En cuanto a la cuestión capital de si haya sido un endemoniamiento o una enfermedad natural de la Marín, defienden abiertamente lo primero el presbítero Zisternas y el Dr. García Fernández; mas Carmona refuta en todos sentidos las opiniones de ambos, sosteniendo enérgicamente lo segundo, con las excelentes armas de la lógica y de la retórica, y con explicaciones satisfactorias de todos y de cada uno de los fenómenos, y siempre apoyado en la autoridad y en la razón, como todo filósofo y teólogo cristiano.

De los seis profesores restantes, los señores Laiseca, Mac Dermott y Fuentecilla coinciden en la opinión de Carmona, pero se circunscriben a expresar sintéticamente que la afección de la Marín es nerviosa o un histérico, mientras que los señores Villarreal, Padín y Barañaño se abstienen de dictaminar sobre el carácter y la naturaleza de este caso consultado, ya por falta de convicciones sobre él, ya porque a su parecer no es susceptible de explicación ni clasificación, según el estado actual de las ciencias naturales.

De manera, pues, que si se hubiese de formar el criterio de la verdad que se desea ateniéndose únicamente a un escrutinio numérico de los tales dictámenes, no resultaría mayoría absoluta a favor de ninguna de las dos opiniones antagonistas, pero sí mayoría respectiva en pro de la que niega la posesión diabólica y que reconoce nada más que una verdadera enfermedad natural, en razón de que hay cuatro sufragios por esto último, dos por el endemoniamiento, y tres que son como si no fuesen. Empero si se ha de juzgar por el mérito lógico intrínseco de las doctrinas y razones aducidas, entonces debe concederse la palma a las con-

clusiones del facultativo Carmona, tanto por la solidez con que las ha fundado, como porque están de acuerdo con los hechos y con los sanos principios de la filosofía y de nuestra religión, y sobre todo con el sentir común de la gente ilustrada.

La precedente exposición es como una tabla sinóptica del contenido de los nueve informes recopilados en este volumen. Ella ofrece al lector la ventaja de apreciar al primer golpe de vista, y en un cuadro muy reducido, el conjunto y los detalles de la tesis médico-teológica sobre Carmen Marín, poniéndole en aptitud de prejuzgar por sí mismo antes de penetrar en el fondo de la discusión contradictoria, si se han llenado o no los trámites correspondientes, si se ha cumplido o no con las reglas del buen criterio, atendida la naturaleza equívoca y extraordinaria del caso, su conexión con el derecho eclesiástico y su evidente complicación con los dogmas primordiales de las ciencias divinas y humanas. Tocante a nuestro juicio particular, decimos que ni aparece evidencia física ni moral de los hechos sobrenaturales que se atribuyen a la Marín, ni resultan comprobadas las señas canónicas designadas por el Ritual de la Iglesia, ni está tampoco en el Evangelio y sus intérpretes cual dogma de fe cristiana, sino tácitamente como enfermedad, la doctrina pagana del *Demonio posidente*. Réstanos aún comprender en esta crítica dos piezas literarias que posteriormente han publicado los doctores García Fernández y Bruner, inculcando en este mismo problema.

El primero de éstos nos da en su *Revista médica* la 4ª edición de su informe retocado y reformado, pero de tal modo que al ver nosotros la rectificación de ciertos hechos y de ciertos puntos de doctrina, en un sentido conforme a las objeciones que hizo el informante Carmona, nos hemos persuadido ya de que su persistencia en la opinión de los médicos supersticiosos de la Edad Media no pueden ser de buena fe. ¡Cuán cierto es este proverbio latino: *dificilis est exuere hominem!* Efectivamente el Dr. García, entre otras enmendaduras, viene retractándose de lo que había dicho con respecto a que después del exorcismo de la mañana del 1º de agosto no manifestó ningún dolor en la cabeza y la espalda la exorcizada. Más significativas de su arrepentimiento médico son sus mismas dudas y sus retoques en todo lo alusivo a los síntomas histeriformes, pues no parece sino que el apóstol del Dios del mal, así como del pandinamismo vital ho-

meopático, no quisiese creer en la realidad patológica de lo que ven sus ojos y describe su pluma, porque se le ha infundido que semejantes síntomas tienen su origen en el Demonio, así como todas las demás enfermedades en el espiritual dinamismo vital, y como todos los fenómenos naturales en el Ente metafísico, autor y causa primera de todas las cosas. De la doctrina del Dr. García al panteísmo idealista de algunos alemanes no hay a la verdad otra diferencia que el punto de vista médico.

Prescindiendo de esas mal disimuladas retractaciones, o mejor diremos contradicciones del Dr. García, en vano buscaríamos ningún argumento concluyente, ningún mérito científico en todo ese largo capítulo de su *Revista médica* consagrada a nuestra cuestión. Ni siquiera por el qué dirán se hace cargo del cúmulo de razones contundentes con que lo atacan sus antagonistas, contrayéndose miserablemente a emplear las armas vedadas de la recriminación y del ridículo, por medio de un chabacano dialogismo y de extravagantes apóstrofes e hipotiposis.¹

¹ Desde que salió a luz el informe de Carmona, el Dr. García y otros sectarios del Demonio han procurado prevenir los ánimos contra aquél, asegurando en ciertas cosas *que es un materialista, que calumnia y difama a la Marín, y que debía ser acusado por tales faltas*. También ha empleado el Dr. García varias sugerencias para obtener un desmentido de la profesora de obstetricia, a quien se refirió Carmona cuando reveló los antecedentes ignorados de la Marín. Mas el resultado que han obtenido tanto el Dr. García como el presbítero Zisternas no ha sido otro que un triste desengaño acerca del error en que ellos estaban, y de la verdad de los hechos mencionados por Carmona.

Ya que aquéllos no se han dignado hacer justicia a este informante, les echaremos en cara el haber ocultado hasta ahora hechos tan interesantes como son los siguientes: que saben y les consta, por habérselos dicho la matrona referida, y por el mismo joven que atentó contra la Marín, que es tan cierto el contenido de las revelaciones hechas por la sonámbula y recordados en el informe de Carmona, como que más de cien testigos lo han oído de boca de la Marín en esta capital y en Colina; y como que el tal joven ha suplicado en persona al presbítero Zisternas y a la señora doña María Barra que se empeñen, a fin de verificar cuanto antes su casamiento con dicha Marín, dando por razón el hallarse con remordimientos desde que ha leído lo que Carmona expone sobre el particular. ¿Se dirá todavía que ha calumniado Carmona? ¿Habrá quien dude ahora que éste ha hecho un verdadero servicio, no sólo a la causa de la verdad, que es la causa de la humanidad, sino también a la misma Marín?

Venciendo nuestra repugnancia, y sólo por la influencia que sin duda tendrá en el concepto público la arteria jesuítica del singular autor de la *Revista médica*, vamos a detenernos un poco en los maliciosos subterfugios de que se vale, para menoscabar el mérito del informe y del sujeto, a quien sin embargo le mira como su comprofesor y amigo.

Al paso que no se atreve a ventilar la parte teológica, que es tal vez el más sólido fundamento de las conclusiones de Carmona, y al mismo tiempo que confiesa no tener opinión propia, sino la que profese el redactor de la *Revista católica*, a quien llama en su auxilio, supone el señor García que la intención de su antagonista es negar no sólo que la Marín haya estado endemoniada, sino también *la posibilidad de la posesión* diabólica; y enseguida deduce, partiendo de esta infundada suposición, una serie de imputaciones heréticas, hasta calificarlo de ateo y de materialista.

Sólo el que defienda con cinismo lo que hay de más odioso y absurdo en las preocupaciones de antaño puede proceder de tal manera; sólo el que intenta impávido explotar la ignorancia y la credulidad, pretendiendo estar *en posesión de la verdad*, y chocando contra el sentido común, es capaz de asentar lo contrario de la evidencia y de acriminar con suposiciones y consecuencias a quien expresamente las conculca y las rechaza. ¡Materialista, ateo y hereje el informante Carmona! . . ., cuyas conclusiones tienen por bases las verdades teológicas, las nociones ortodoxas sobre Dios, el libre albedrío y la espiritualidad del alma humana, y las mayores autoridades en el orden religioso y filosófico! . . . ¿Quién que lea despreocupadamente el dictamen de Carmona no se indignará contra la malicia de su detractor, distinguiendo bien que aquél *no ha negado la posibilidad* de la posesión diabólica, Dios mediante, ni menos la autoridad de las letras sagradas, como supone arbitrariamente el Dr. García, sino que, por el contrario, se ha apoyado en el espíritu de esas mismas letras, en la doctrina de los Santos Padres, y en los misterios de la Redención y del bautismo, para sostener que no es de fe, en esta Era de Gracia, la posesión voluntaria, o la encarnación, sin milagro, del Demonio?

La esfera de la posibilidad, según los teólogos, ya se sabe que es infinita como Dios, que todo lo puede; y no obstante es

común sentir que aun el poder de Dios está limitado por sus mismos atributos y perfecciones; porque si bien todo lo puede por sus *facultades absolutas*, él mismo puede limitarse a sus *facultades necesarias*, ora por el carácter esencialmente irrevocable de sus pensamientos, ora por el ejercicio de su bondad y justicia, ora por conciliar la *individualidad, causalidad y libre albedrío de la criatura*, a quien no le habría sido digno el premiar o castigar si no lo hacía a su imagen y semejanza. Así, pues, una cosa es negar la posibilidad de la posesión diabólica, y otra muy distinta es poner en duda que sea un dogma de fe terminante la libertad del Demonio para poseer, encarnarse y tiranizar a los mortales después de la *Redención*.

Ni valdría objetar que la Iglesia lo cree ciegamente sin distinción alguna, desde que prescribió el remedio del exorcismo; pues que debe entenderse que lo cree en cuanto considera que nada es absolutamente imposible para Dios; es decir en cuanto cree en sus milagros; y tan cierto es esto que por eso prescribió en su Ritual un concurso de requisitos y de pruebas extraordinarias, igual en criterio a las que constituyen canónicamente la realidad de un milagro, para reputar como positiva la tal posesión u obsesión.

Aparte de esa vituperable calumnia, toda la refutación de la *Revista médica* número 2º, contradiciendo a Carmona, se reduce a estos cuatro reparos, no menos frívolos que faltos de verdad: 1º, que dicho Carmona ha informado demasiado, en comparación de lo poco que observó; 2º, que quien se ha equivocado es él cuando asienta que no se usó el cloroformo en la última noche; 3º, que no ha tenido tampoco razón Carmona para atribuirle el haber ofendido gravemente a los médicos de esta nación; y 4º, que para demostrarle a éste la superioridad de la homeopatía, no es necesario más que recordarle el caso ocurrido entre ambos con la enferma de la calle de la Compañía.

Esto a la verdad no merecía la pena ni de escribirse ni de contestarse en público; pero ya que se ha suscitado por el Dr. García, y que nos hemos propuesto patentizar sus sinrazones, lo criticaremos, aunque sea de paso.

Sobre lo primero bastará decir que la exposición de Carmona, que nadie ha desmentido directamente en público, convence por sí sola que observó, y bien, a la Marín y demás actores,

en las escenas, de más de tres horas cada una, del día y de la noche del 1º de agosto, y que fuera de eso se instruyó de antecedentes importantes que estaban ignorados con perjuicio de la verdad.

Querer tacharlo diciendo que *estuvo casi fuera de la observación*, aunque se halló presente, y sin motivar de algún modo semejante aserto, es escribir con el objeto de embaucar; es cometer el desatino de dar a entender que el único medio posible o legítimo de observación era allí el de las manos, aplicando sinapismos y *registrando* a la joven enferma, y que de nada podían servir a Carmona los mismos experimentos ajenos ni sus propios ojos corporales e intelectuales.

Sobre lo segundo respondemos que si es que positivamente hizo uso el Dr. García del cloroformo, sería de un modo ineficaz e inapercibido; porque, si lo hubiese aplicado en la forma especial acostumbrada para producir *la anestesia*, ni se habría dejado de notar por todos el aparato peculiar y su olor *sui generis* sofocante, ni se habría dejado de obtener algún buen o mal resultado.

Sobre lo 3º, en que niega el Dr. García haber ofendido a los médicos del país en lo más delicado de su reputación y conducta profesional, júzguese cuál de los dos tendrá más razón leyendo las siguientes invectivas que ha sembrado en su Traducción de Hahnemann.

En la página XVI: “me admira (dice) ver seguir a mis compañeros de Santiago la rutina de los siglos y adorar como ciencia a un montón de hechos hacinados, sin conexión alguna, y que una *yerbatera de instinto médico sabe apreciar* su significación, si es que la tiene”. ¡Qué tal!

Item. “El mercurio, bien como preparativo la noche anterior, bien como ayudante de la purga, se da con tanta generalidad y profusión que *yo no sé cómo no se mueren todos los enfermos*”. ¡Mejor! (Véase la pág. LXXXV).

Item. “El amor a la verdad, por la cual estoy dispuesto a sufrir alguna cosa y dar mi vida si es necesario, *hace que me separe de la orgullosa ignorancia de los alópatas*”. ¡Mejor que mejor! (Véase la pág. XX).

Como esos trozos, modelos bellos de cultura, de circunspección y de sociabilidad médica, bastan a nuestro propósito, pasa-

remos por alto aquello del *reto a sus profesores de Santiago y de Chile*, aquello de los males que *siempre ocasionan con los purgantes*, y aquello de *pronosticarles una derrota completa*, porque sólo él está en la posesión de la verdad. Felix (¡oh! doctor) *qui potuit rerum cognoscere causas!* . . .

Sobre lo 4º, relativo a la señora enferma de la Compañía, a quien sin venir al caso pone el homeópata en transparencia vergonzosa, diremos, en primer lugar, que si así son todas las apreciaciones científicas del Dr. García, y todos esos triunfos homeopáticos que decanta a cada paso en sus escritos, sólo pueden ser buenos para conquistar a los crédulos sin discernimiento competente, mas no a los lectores juiciosos, y menos a los médicos, que saben cuándo han de creer en tales milagros, y cuándo una cura determinada se halla en relación de causa y efecto con la medicación a que se trata de atribuir. Está visto que el Dr. García saca partido de la ignorancia vulgar (como que sólo al vulgo puede dirigirse con esas historias que se parecen a los cuentos supersticiosos del bendito Jaén), en que el entendimiento no percibe *razón* alguna, sino *número* de casos, pintados de tal manera que es preciso tener fe en la apasionada palabra del visionario en jefe de la homeopatía para aceptarlos como pruebas de lo que pretende probar; y aun así todo ello no ofrecería más que el sofisma del círculo vicioso.

Acuérdese bien el Dr. García, y si no pregúntelo a todos los que estuvieron cerca de la enferma que indica, que el médico Carmona sólo visitó a esa respetable señora cuando estaba más agravada, como tres días antes que se le administrasen *las agüitas de virtud*; que éste no estuvo jamás como médico de cabecera, sino como consultor auxiliar en algunas noches de peligro; que cuando se empeñaron con él para que se encargase exclusivamente de la medicación, por haber acertado con sus pocos remedios, se excusó pidiendo que se celebrase una junta facultativa; que en ella fue de opinión que se suspendiese el tratamiento anterior, y se dejase descansar a la paciente de los *medicamentos activos*, reduciéndose a los medios higiénicos y a una expectativa prudente, en razón de que ya era más temible la debilidad que la menorragia.

Acuérdese, sobre todo, de que en aquella mañana primera, que se informó él por dicho Carmona de lo que estaba pasando,

se adhirió expresamente al parecer de éste, conviniendo en que se guardase ese régimen, aunque emplease él la homeopatía.

Basta lo expuesto para que se conozca que el hecho recordado por el Dr. García, lejos de probar algo contra la alopatía, y contra el que llama antihomeópata, es *contra producentem*. ¿Quién tendrá por bien demostrado que la homeopatía fue el áncora de salvación de la enferma, y el Dr. García el hábil piloto, estando bien impuesto de esas y otras varias circunstancias? ¿Y sabiendo, por la experiencia de todos los días, que el reposo corporal, la dieta adecuada, la limonada con nieve y las inyecciones astringentes (con el muriato de fierro en solución muy concentrada) sostenidas por el señor protomédico Sazie y por Carmona, como lo confiesa en parte el Dr. García; sabiendo, repetimos, que terminan generalmente las hemorragias uterinas, en virtud de todos esos recursos terapéuticos reunidos, y aún de cualquiera de ellos?

Le retorceremos el argumento y la conciencia al Dr. García, refrescándole a nuestra vez su memoria y valiéndonos de una estadística más verídica e instructiva.

Recuerde el caso grave del señor don Manuel Echeverría y Larraín, a quien asistió quince días, hasta que se retiró espontáneamente, desahuciándolo, confesando que nada podía su homeopatía y que se apelase a otro médico alópata. ¿No es público y notorio que la alopatía lo salvó tan perfectamente, pocos días después, que nunca fue más robusto que desde entonces?

Recuerde al finado señor Lavanderos, a quien homeopatizó más de tres meses, con motivo de una metástasis de la gota hacia el estómago (idéntica a la del mencionado señor Echeverría), y cuyo único éxito fue que el mal progresó de día en día, dejándolo fuera de los recursos del arte de curar, y de obeso que era, en un estado de consunción tal como una momia. O no conoció el Dr. García la enfermedad, o no está en posesión de la verdad terapéutica con que se recomienda a sus creyentes, o por su espíritu sistemático no quiso aprovecharse del método alopático que sanó al señor Echeverría: el dilema es de fierro.

Recuerde igualmente aquella niña de la casa de la señora Pinilla, que asistió desde el primer día de un ataque al cerebro, y que la abandonó, a no volver más, dejándola en un estado soporoso y atáxico. Pues sepa que el alópata Carmona triunfó

otra vez de la homeopatía infinitesimal y de su apóstol en siete visitas que le hizo.

Recuerde, en fin, para no ser tan exclusivo y provocador, las preciosas víctimas recientes de la homeopatía, muriendo dos de ellas, en menos de una semana, de enfermedades agudas, que la alopatía cura con seguridad cuantas veces las combate.

Mas, ¿para qué nos cansamos pensando hacer volver por su honor y por la humanidad a un homeópata que tal vez cree labrarse mejor su fortuna y su reputación aparentando fanatismo, convicción, excentricidad en medicina, en religión y en política?

La última palabra con que concluiremos esta crítica dedicada al Dr. García, es asegurando que nosotros hemos intentado atacar únicamente su exclusivismo y su exageración homeopática; porque son el abuso y no el buen uso del principio *similia similibus curantur*, como asimismo de la doctrina del dinamismo vital y del método homeopático o sustituyente, principio, doctrina y método que hacen parte de nuestra medicina antigua y común y que todo alópata practica, empleando, según los casos, las mismas sustancias que los homeópatas, pero bajo formas más racionales, más justificables y más experimentadas. Valga esto también por toda respuesta al articulista de *El Ferrocarril J. Y. C. y C.*

Tiempo es ya de contraernos a la Monografía médico-psicológica del Dr. Bruner, que se está publicando en *El Ferrocarril* y que es la otra pieza literaria a que aludimos anteriormente.

A pesar del mérito literario y científico que respira dicha Monografía, no se ha asociado en este tomo con los demás informes, por justas y graves consideraciones a que da lugar. Expresaremos aquí las principales, por vía de satisfacción al público y como complemento de esta crítica razonada.

Examinando comparativamente lo que se ha publicado hasta hoy de esa disertación académica del Dr. Bruner, y el informe completo de Carmona, nos hemos convencido de que aquélla no es más que una paráfrasis lujosa de éste, en último análisis y en los puntos congruentes con la cuestión médico-legal de la consulta hecha a nombre del señor Arzobispo.

En efecto, todas las hipótesis microscópicas, anatómicas, fisiológicas, y hasta la filosofía de la historia del espíritu humano, sobre que diserta con facundia el Dr. Bruner, se reducen a puras

amplificaciones de los hechos, proposiciones y doctrinas que antes de él había establecido Carmona en su duplicado *juicio histórico y diagnóstico del caso*. Uno y otro están perfectamente acordes: 1º, en cuanto al criterio y descripción de los antecedentes, fenómenos y síntomas presentados en la Marín; 2º, en las causas predisponentes de los ataques de esta joven, como son la mala educación moral, la idiosincrasia uterina, el temperamento sanguíneo-nervioso fuertemente pronunciado, y los inconvenientes y consiguientes de las tendencias naturales contrariadas; 3º, en la eficaz influencia que debe haber ejercido, ya la escena primitiva, acaecida en la capilla del colegio de las Monjas francesas, ya la horrible pesadilla en que se le apareció el Diablo, ya una lesión del juicio o del encéfalo, hasta ocasionar la demonomanía que se manifiesta durante *ciertos accesos*; 4º, en fin, omitiendo otros pormenores, están unánimes entrambos sobre que la enfermedad de la referida Marín no es enteramente fingida, ni tampoco por causa sobrenatural, sino muy natural y de un carácter esencialmente nervioso.

Tales son exclusivamente los puntos de conformidad o analogía que notamos, y por cuyo motivo no hace mucha falta en la organización del proceso médico-legal la presencia del redactado por el Dr. Bruner. Aparte de lo dicho, es recusable en el presente juicio este oficioso informante, por no haber sido consultado como los otros; porque diserta de oídas, sin examinar por sí mismo a la Marín y sin siquiera conocerla de vista; y sobre todo porque incurre en graves errores médicos, psicológicos y religiosos, que nos hacemos un deber en pasar a refutarlos en sus partes más sustanciales.

Ante todo debemos advertir que precisamente en estas hipótesis erróneas (médicas, psicológicas y religiosas), en que tanto se ha extraviado de la cuestión y de la verdad el Dr. Bruner, es en donde se aparta y se diferencia esencialmente su *Monografía panteísta* del informe ortodoxo de Carmona. Este sujeto funda sus conclusiones no aceptando por bases sino lo que está rigurosamente demostrado; no atacando, sino rectificando el sentido de las creencias y de las Escrituras sagradas; no confiándose tampoco en su opinión individual, sino consultando, según San Agustín, lo que se llaman *grandes autoridades* y además la triple intuición de las *verdades necesarias*, de los sentidos y de la razón.

Aquél, con su genio propiamente alemán, construye su edificio en regiones oscuras e inescrutables, sin más cimiento que la imaginación,¹ pretendiendo sobreponerse a los dogmas y principios que respeta todo el mundo moral y científico, y reproduciendo teorías nebulosas e ilusorias mil veces condenadas. Daremos en seguida una prueba concreta y concluyente de nuestra aserción.

Decimos que ha cometido errores en medicina el Dr. Bruner, y he aquí un ejemplo. Localizando en el cerebro toda la enfermedad de la Marín; suponiendo como causa determinante específica el sueño y la lucha de seis años ha con el Diablo, e inventando como causa próxima eficiente *una inmovilización o afección cataléptico-reactiva, en muchos puntos dispersos del cerebro entero, que fijó aquel terror y aquel sueño consabidos*; completa su hipótesis con las siguientes proposiciones: "el sueño es aquí el punto culminante de todo lo demás. . . , el sueño es el punto de partida de la alienación mental. . . , la imagen del Diablo durante el primer sueño es un fenómeno específico que decide para el porvenir el verdadero carácter de sus paroxismos. . .".

Entienda quien pueda estas abstrusas explicaciones, que por lo que toca a nosotros, sólo vemos una preocupación sistemática con el sueño, la cual hizo olvidar (como al Dr. García Fernández la falta del *llanto* y de las *risas* histéricas) lo principal por lo accesorio, el gran cuadro histérico del conjunto, por la exageración de un epifenómeno eventual que puede ser fingido. El Dr. Bruner no ha sido en eso consecuente con esta juiciosa máxima suya: "que muchas veces una enfermedad crónica o aguda no es más que el punto protuberante *de la disposición mórbida, que nace de la organización entera, penetrando a su vez todos sus sistemas y procesos*".² Carmona la ha observado en teoría y práctica cuando, resumiendo su juicio diagnóstico, caracteriza la en-

¹ El Dr. Bruner se ha empeñado hasta la fecha en probar que la Marín veía por medio del sentido del olfato, con los ojos cerrados y al través de las paredes, siendo así que no hay prueba positiva de que aquélla hubiese visto en realidad. . .

² Esto nos trae a la memoria el caso histórico de un muchacho con un diente de oro, que apareció en Europa en el siglo pasado. Sin averiguar primero si el hecho era natural o fingido, disputaron largamente los filósofos sobre la causa del fenómeno; y al fin resultó ser postizo.

fermedad como una neurose esencial, crónica, cuya afección primitiva es el centro uterino, y cuyos síntomas consecutivos son los accesos y una evidente afección del encéfalo, etc. ¿Ni cómo referir toda la enfermedad (ni menos la forma o acceso llamado el Tonto, que es de principio a fin la imagen fiel del histérico-epiléptico) a la demonomanía, que sólo se manifiesta en el período del Nito-Nito; y eso mediante el influjo magnético del exorcismo, cuando la Marín se halla en ese estado vaporoso que sublima su imaginación hasta el grado del sonambulismo? ¿Ni cómo tampoco ha de ser compatible esa exaltación sublime de la actividad del cerebro y del espíritu con la hipótesis original de una catalepsia de los órganos cerebrales, sino más bien con la concentración de la sensibilidad o del principio vital en dichos órganos?

Los errores psicológicos y religiosos que dominan la obra del señor Bruner son muchos, pero éstos, que vamos a trasladar literalmente, los resumen todos.

1º “Que el principio moderno es el *realístico*, y que tal es también el Verbo encarnado de Dios lanzado en la historia”.

2º “Que la causa de la vida es la materia y su estructura”.

3º “Que las formas de la realización del *principio realístico son variadas, pero que todas son uno*. La unión de Dios con la humanidad, de la autoridad con la convicción, de la libertad del pensamiento con la libertad de acción, de la fe con la indagación, *la identidad de la materia con la fuerza, del organismo con la vida, del cuerpo con el alma*”.

4º “Que este principio de la *identidad de los diferentes* está difuso misteriosamente por todos los miembros del género humano, palpitantes en todos los pulsos de cada átomo, es el *interno daimonos* moderno, que *reside como un Dios embriagador* en el alma humanitaria”.

5º “Que la naturaleza, como unidad inseparable de materia y acción, es el tema fundamental de todas las fases del organismo humano”.

6º “Que de las llamas de las víctimas de las hogueras se levantó el pensamiento de la *unidad inseparable de ambos elementos* (es decir del alma y cuerpo)”.

7º “Que el microscopio arrojó los espíritus de sus últimos

atrincheramientos, y desde entonces el estudio de la organización humana fue a la par el estudio del hombre”.

8º “Que para él (el Dr. Bruner) no existe durante la vida ningún dualismo entre cerebro y espíritu, pues cada oscilación de una molécula se manifiesta como pensamiento, cada movimiento nutritivo es una sensación, y *toda la actividad de nuestra inteligencia es la vibración orgánica de la sustancia cerebral*. Pues sólo después de la muerte individual principia el absoluto dualismo; entonces la sustancia frénica se trasmuda en un *Yo ensimismado*, por la misma vía misteriosa por la cual *el pensamiento creador se había transformado en materia*”.

9º “Que como el cerebro se divide en cuatro secciones fundamentales (advertiremos que antes de esta invención del Dr. Bruner sólo se ha dividido el cerebro en tres secciones), así también no puede haber ni más ni menos que cuatro facultades intelectuales, cuatro esferas del alma, específicas cada una en sí, y distintas cada una de la otra”. (Aquí *anarquizó su unidad y su identidad* de los diferentes)”.

10º “Que cada facultad mental tiene su propio yo mismo, de modo que hay un yo sensitivo, un yo imaginativo, un yo inteligente (conciencia de sí mismo) y un yo sentimental. Cuyos yoes son la calidad y la energía inmanente de la materia, siendo producidos por el proceso histológico de ciertas formas microscópicas”.

11º “Que las energías detalladas de aquellos cuatro órganos cerebrales, y las determinaciones particulares de las respectivas facultades del alma, como son el yo mismo, el contenido objetivo multiforme, el olvido irrevocable, etc., tienen un sitio fisiológico en los elementos estructurales del cerebro: esto es, en la sustancia homogénea, en los cilindros, en los globos y en la permanente mortisolución de tales glóbulos; cuatro entidades o formas que, según sus indagaciones microscópicas, ha distinguido en la masa morfológica del cerebro”.

12º “Fundado en esas ingeniosas quimeras, concluye el Dr. Bruner: “que los *puntos exaltados de la totalidad cerebral, manifestándose como intelectualidad*, son justamente la resistencia valerosa de la joven contra el *miedo (inmovilización molecular)*, son su subjetividad exaltada, y su yo meditante, en medio de su afección terrífica, luchando contra éste su desfallecimiento;

en una palabra, todo aquello que he llamado (dice) la lucha de la Carmen contra la Carmen". ¡Qué tal! ¿No es esto un vertiginoso idealismo médico? ¿No es verdad que tenemos que optar aquí entre lo sublime y lo ridículo?

Tales son, en resumen, los principios, las doctrinas y las conclusiones de la *Monografía médico-psicológica* que sometemos al crisol de la crítica; con tanta más razón cuanto que su mismo autor, descubriendo sin rebozo sus tendencias alemanas a fundar escuela y hacer, en virtud de una palabra altisonante y desconocida, una revolución trascendental en las ciencias, ha declarado en dicha Monografía: "que no sólo intenta dilucidar el presente caso, sino que procura también estudiar una esfera de los sufrimientos humanos, y dar a su exposición un carácter de estabilidad científica".

Hemos empleado con escrupulosidad sus propias palabras, ya porque insertarlas equivale a refutarlas, ya para colocarnos frente a frente a combatir las, ya por dejarle la responsabilidad de su *exposición*.

¿La doctrina médico-psicológica del Dr. Bruner es una novedad, una inspiración suya que procura revelar al mundo? Nada menos que eso: es la antiquísima doctrina de los átomos o de las mónadas, hermanada con el moderno idealismo alemán.

Lo más inexpugnable y superior a nuestra crítica que hallamos en esa vasta *exposición* (que contiene pretensiones de *estabilidad científica*, como si fuese la última expresión de la filosofía divina y humana, la mayor concepción posible de la perfectabilidad del hombre, la única verdad absoluta, real, incondicional) es el insondable arcano, con que se ha sabido encastillar el *principio realístico* fundamental.

¿Qué significa, cuál la definición, hasta dónde se extiende tal principio realístico? Si tratamos de elevarnos hasta lo infinito, con arreglo a los corolarios inmensos que ha hecho de él el Dr. Bruner, lo identificamos entonces con Dios. Pero, por ventura, ¿Dios es la materia; o la materia, según la idea genérica y profunda de esta palabra, comprende y explica de idéntico modo a Dios que al metal u otra cosa grosera? Si admitimos esto caemos en los errores del panteísmo, negamos que el mundo ha sido creado en el tiempo, afirmamos implícitamente que todo lo criado no es sino una *emanación divina*, y otros absurdos equivalentes.

En efecto, el *principio realístico*, este principio que es el Verbo encarnado de Dios lanzado en la historia, este principio de la *identidad de los diferentes*, es para el Dr. Bruner, puesto que aquél todo lo identifica en sí, como la *idea inmanens* del panteísmo materialista de Spinoza, como el *Cosmos* de Pitágoras, como la *Gran mónada* o armonía prestabilita de Leibnitz, como el *Consensus unus* de Hipócrates, como el *Alfa y la Omega* del Apocalipsis, como el *yo divinizado* del panteísmo idealista: es la realización ecléctico-unitaria de todos esos principios o sistemas, no obstante sus mutuas diferencias y contradicciones esenciales; es, en fin, la dualidad absoluta y relativa, el cuerpo y el alma, el espíritu y la materia, el Jehová y el Demonio de los tiempos gentiles, el culto del *Dios trino y del interno daimonos modernos*, la subjetividad idéntica a la objetividad, y en una palabra todo aquello que él ha llamado la *lucha de la Carmen contra la Carmen*...

No hay que admirarse; todo eso encierra, sin adulteración alguna de nuestra parte, la aplicación materialístico-ideal, físico-metafísica y médico-psicológica trascendental (todo ello es idéntico) del *principio realístico*, que se lee en la Monografía del Dr. Bruner. *Todo esto puede ser tan bueno como malo, tan falso como verdadero: todo está en saber cuál es el verdadero principio realístico, cuál la causa idéntica a las causas diferentes, cuál la vía misteriosa* por donde se relaciona, identifica y concreta en una substancia o ley única, lo universal con lo particular, lo infinito con lo finito, la causa con el efecto, el alma espiritual con el cuerpo material, la verdad ensimismada del entendimiento de Dios incomprensible con la verdad subjetiva y objetiva del entendimiento ensimismado de un Bruner que pretende comprenderlo.

Todo esto necesitamos adivinar, nada menos, para juzgar definitivamente la intuición místico-realística del Dr. Bruner. Todo esto debió definir y explicar primeramente para demostrar la *realidad de su principio realístico* y para unir la fe con la convicción, relativamente a dilucidar, identificar y dar estabilidad científica a su principio y sus consecuencias.

Para evitar cuestiones y malas interpretaciones es preciso saber definir, era la máxima de Voltaire. *Para que una proposición bien establecida sea*, según Bacon, *una torre desde cuya altura el espíritu humano abrace una multitud de sucesos y cosas*

en una duración ilimitada, es preciso que concurran para construirla los sentidos y la razón. Que a los hechos que aquéllos manifiestan *acompañen las nociones racionales* que vienen a fecundarlos: son menester los rayos del Sol para que la mariposa ostente los colores variados de sus alas: en las tinieblas todo parece oscuro y homogéneo. . .

Estas reglas de método es lo que no hay en la obra que refutamos. Este defecto capital reduce a un abismo sin fondo al *principio realístico*, que procura imponer silencio a todas las convicciones de los sabios, a todos los dogmas de la filosofía y teología. La doctrina del Dr. Bruner, *que atribuye la vida a la materia y su estructura*; que, para penetrar hasta las *fuerzas activas* que animan al universo y al hombre, deja de consultar al entendimiento por creer que no hay más allá del microscopio; que no reconoce que *el entendimiento es distinto del sentido en sí y en su objeto, aunque no empiece sus operaciones sino excitado por el sentido*; semejante doctrina, decimos, explica cuando más, el triple *mecanismo* anatomo-fisiólogo-patológico de nuestras sensaciones internas y externas que nos pone en contacto material con el mundo multiforme de los géometras; pero no nos inicia de ninguna manera ni en las leyes del orden espiritual que nos eleva al conocimiento de las verdades-primarias; ni en el agente intermediario en que consiste esa energía inmanente del cerebro que preside a las sensaciones, ni en el cómo o por qué está en relación de causa y efecto el alma con el cuerpo, para que se pueda explicar recíprocamente la una por el otro.

El alemán tiene un odio invencible a la realidad: vive en el aire, decía Voltaire, o vive en el infierno, según Goethe.

Tratando sin duda de salvar el gran vacío de su sistema, nos previene el filósofo alemán que Laplace tampoco buscó a Dios, porque no lo necesitó en su concepto *para explicar el movimiento de los planetas*. Mas es evidente que no hay paridad legítima entre la *explicación del movimiento de los planetas*, para lo que basta la geometría y la experiencia, y la *explicación de una hipótesis de la identidad de los diferentes*, que une a Dios con la humanidad y al cuerpo con el alma, para la cual no bastarían la geometría y la experiencia, que sólo estudia una faz de los fenómenos: preciso sería además la ciencia del dinamismo y sobre todo de la razón, como que pueden darnos cuenta de los

principios generales y de la realidad de las nociones adquiridas por medio de los sentidos, pues que sirven de complemento a la observación y la experiencia.

D'Alembert dice en su *Estática*: "La observación y la experiencia nos dan luz acerca del hecho, mostrándonos que en el Universo, tal cual existe, es única la ley del equilibrio. Esta observación común, este fenómeno vulgar basta para servir de base a una teoría simple". "Lo mismo sucede a la dinámica, continúa Remusat (*Essais de philosophie*), y tan cierto es esto que los geómetras proponen como cuestión el determinar si las leyes del movimiento y del equilibrio son tales que no sea posible concebir otras diferentes, lo cual equivale a inquirir si la mecánica conduce al descubrimiento de verdades necesarias". Esta cuestión ha recibido una solución afirmativa, como puede verse en la *Enciclopedia*: todo lo cual prueba que el método experimental del sensualista Bacon no es el método exclusivo, y que la lógica, como ciencia de las leyes del raciocinio, sin necesidad de observaciones, posee la más completa certidumbre, por el método deductivo que abstrae y ve intelectualmente lo general en lo particular, y las verdades eternas que son el objeto del entendimiento. Prueba asimismo que la facultad de sentir es distinta y no idéntica a la facultad de raciocinar.

A propósito de esta cuestión de cuestiones sobre la identidad de los diferentes, que es el materialismo y sensualismo disfrazados con el eclecticismo, téngase presente cuanto ha dicho victoriosamente en su contra el ilustre Balmes, como también las siguientes conclusiones de los ortodoxos escolásticos: "El órgano de la sensibilidad es viviente: concurre a la sensación, pero este carácter vital-sensitivo no le viene de las calidades corpóreas, sino de la forma sensitiva que le anima".

"Aunque la sensación no dimana de las calidades corpóreas, se ejerce por órgano corpóreo: a diferencia de las operaciones intelectuales, que ni se efectúan por calidades corpóreas, ni por órgano corpóreo".

"La impresión o mudanza causada en el sentido no es puramente corpórea: tiene algo de espiritual (lo mismo dijo Bossuet), pues si bastase una mudanza corpórea cualquiera, todo lo corpóreo sentiría. Para la impresión orgánica sensible se requiere una mudanza espiritual, por la cual la intuición de la forma sen-

sible se haga en el órgano del sentido. Para cuya inteligencia se ha de advertir que hay dos clases de impresiones: una *natural*, por la cual se comunica a lo inmutado la forma de lo que inmuta, según un estado natural, como el calor de lo que calienta se transmite a la cosa calentada; otra *espiritual*, en la que la forma de lo que inmuta se comunica según un modo de ser espiritual, como el color a la pupila, que no por esto se hace colorada”.

“Por donde se ve (añade el sabio Balmes) que si bien los escolásticos hacían dimanar de los sentidos el conocimiento, y admitían el principio *nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu*; no obstante *distinguían entre el orden intelectual y el sensible*, con tanto cuidado que, para salvar la distancia, tuvieron que excogitar la *actividad* que llamaron *entendimiento agente*, por cuyo medio, que comparaban a la luz, adquirirían las especies el carácter de *inteligibilidad*; siendo notable que esta conversión de *sensible en inteligible* la hacían consistir en la *abstracción* que eliminaba las condiciones particulares: esto era lo que inmaterializaba las especies sensibles, a que llamaban *fantasmas*, y las hacían capaces de ser entendidas. Pero a más de esa fuerza transformadora de las especies sensibles hay una *actividad perceptiva* de las verdades universales y necesarias, a las cuales asiente el entendimiento tan pronto como se le ofrecen. Estas son las que se llaman *per se nota*, y también principios o axiomas”.

No paran aquí las objeciones de que es susceptible y que haremos a la *Monografía médico-psicológica* del Dr. Bruner; mas como éste ha protestado contra la acusación de ateísmo y de impiedad (que le ha hecho vaga y sintéticamente el Dr. García Fernández), y como ha dicho que su *concepción materialístico-ideal de la Naturaleza es bien compatible con los misterios de nuestra religión, con la existencia del Dios trino, con la encarnación del Verbo, y con la inmortalidad del alma individual*, no le imputaremos entonces de un modo concluyente las absurdas consecuencias que él rechaza, aunque dudamos mucho de tal compatibilidad. Así, toda nuestra crítica servirá entonces para obligarle a vindicarse, fijando sus ideas y el verdadero *sentido profundo* de su *principio realístico*; y mientras tanto refutaremos hipotéticamente la doctrina *literal*, suspendiendo nuestro juicio sobre las *intenciones* reservadas.

No habiéndose dejado comprender el Dr. Bruner, ha dado lugar entre tanto a conjeturar, o que anda inconsecuente con su concepción primitiva materialístico-ideal, o que su valor no es tan temerario como sus opiniones, o que carece de las nociones previas de las cosas divinas y humanas, que según Cicerón, Marco Aurelio y Bacon, comprende la filosofía, y que *supone una exposición como la suya*, o es cierto que no ha hecho más que coincidir en el eclecticismo erróneo de Cousin, igualmente panteísta y católico. Para éste y aquél el Ser absoluto es triple: Dios, Naturaleza, Humanidad, en cuya definición *confunden la causa con la sustancia*, pareciéndoles *idéntica la razón* de una cosa y su *causa*, y entendiendo *por razón la relación de lo continente a lo contenido*, que es el más grosero sofisma de Spinoza. Bruner identifica al sujeto con el objeto, como si el espíritu individual fuera *la razón* de sí mismo; identifica al entendimiento con la cosa entendida; identifica a la materia particulada orgánica con el espíritu imparticulado inorgánico; identifica *a la fuerza activa* de Leibnitz, *entellechia*, o *la actividad* de los alemanes, *Krafft*, con la *potencia* activa de los escolásticos, o *nisus*.

Para nosotros, finalmente, el *principio realístico* de nueva invención, tal como aparece aplicado en la cuestión de la *Endemoniada de Santiago*, y tomándolo en el sentido más profundo de la palabra, es una prueba singular de las aparentes revoluciones del espíritu filosófico alemán, como también de la identidad de los diferentes, y de que las formas de la realidad son variadas, *pero todas una misma*, pues no encontramos ninguna diferencia esencial entre la aplicación teórica y práctica que da la Monografía a semejante principio, y la que adjudicaron al suyo los famosos panteístas; por ejemplo, Spinoza a su *idea inmanens*; Kant a su *yo divinal*, o sea su *noumeno noumena*; Fichte a su *principio absoluto incondicional*; Schelling a la *identidad del sujeto con el objeto*; Hegel a la *unidad absoluta de la idea*, cuyo inmenso desarrollo (dicen idénticamente Hegel y Bruner) *al través del espacio y del tiempo, da por resultado la naturaleza, el espíritu, la historia, la religión, etc.* Apostaríamos a que Hegel es la *f fuente Castalia* de Bruner.

No llevaremos, por ahora, más adelante esta crítica, por creer bastante lo expuesto, y porque el informe del profesor Car-

mona es la mejor rectificación detallada de los errores médicos, psicológicos y ontológicos vertidos profesionalmente sobre el presente asunto. Pero epilógaremos nuestro sentir con esta sólida argumentación de un escritor: el cerebro es el órgano del pensamiento; pero los órganos ni sus fenómenos son signos idénticos a la ley o causa que los produce: si tales fuesen, entonces las *calidades* y las ideas serían *seres*, y el mundo físico idéntico a Dios. La *unidad*, *causalidad* y el *libre albedrío* son ilusorios, desde que admitimos la hipótesis frenológica de que la voluntad no es una fuerza o principio de acción, sino un mero resultado de las sensaciones y de la acción simultánea de las facultades superiores. Si fundados en esos antecedentes queremos explicar las ideas y las voliciones *por la actividad o energía inmanente del cerebro*, las consecuencias que deducimos son absurdas y contrarias al irrecusable testimonio de la fe y de la conciencia.

Si una idea, observa Ahrens, es fruto de un movimiento o de un circunvolución del cerebro, sería preciso creer que ese movimiento pudiera fijarse y ejercer acción la causa que lo ha producido; porque si un pensamiento o una volición cualquiera son efectos de la actividad de los *glóbulos* o *cilindros elementales del cerebro*, y, como de hecho sucede, nuestra voluntad puede determinarse a persistir en este acto o en tomar aquella dirección que mejor le cuadre, se sigue que fija y dirige el movimiento de que ella es un resultado. Si las ideas nacen de las diversas combinaciones que reciben las partículas del cerebro, en último análisis sería forzoso concluir que la vibración de algunos elementos químicos, que está ya comprendida en la ley o teoría descubierta, ha producido la causa de una teoría que la explica a ella misma. Infiérese de todo esto que la organización es incapaz de explicar bien los fenómenos intelectuales y morales, con excepción de ciertos afectos instintivos de la vida animal.

M. A. C.

Santiago, diciembre 12 de 1857.

RELACION

hecha al señor Arzobispo por el presbítero don José Raimundo Zisternas, sobre las observaciones verificadas en una joven que se dice espiritada, acompañada de los informes de varios facultativos que practicaron sus reconocimientos profesionales, expresando en ellos el juicio que se han formado sobre semejante fenómeno.

Illmo. y Rvdmo. Sr. Arzobispo:

Hace algún tiempo, Illmo. Señor, que oí referir no sé a quién, que se encontraba entre nosotros una mujer de que se decía espiritada, aduciendo el que esto narraba varias pruebas en confirmación de su aserto. Acostumbrado como el que más a atribuir a una imaginación exaltada o a cierta enfermedad esta clase de fenómenos, no tuve por entonces ni siquiera la curiosidad de averiguar la efectividad del hecho. Después de haber transcurrido considerable tiempo, oí por segunda vez hablar de este acontecimiento a respetables personas, que decían haber presenciado algunas de las cosas raras que referían; como no había cambiado de mi anterior persuasión, no me tomé tampoco el menor interés en averiguarlo, despreciando lo que se me contaba como efecto de ligereza y credulidad y llegando hasta burlarme de la poca crítica de ciertas personas que con tanta facilidad creían hechos de tal naturaleza: no porque no creyese posible la posesión del demonio en una criatura, por incomprendibles disposiciones de la Providencia, pues que para negar la posibilidad de lo que según el Evangelio es un hecho irrefragable, sería necesario abjurar de mis convicciones de católico y de sacerdote, sino porque estaba y estoy persuadido de que la mayoría de los casos que de esta especie se presentan no tienen la realidad que se pretende darles.

El lunes 27 del mes que acaba de expirar, hablando con el presbítero don Vitaliano Molina y el presbítero don Ramón Astorga sobre los rumores que circulaban a este respecto, y advirtiendo en ellos la misma curiosidad que también en mí se iba despertando, los invité para ir y presenciar por nosotros mismos

lo que tan repetidamente se nos contaba. Efectivamente, a las once del mismo día nos dirigimos al Hospicio, y después de haber saludado a nuestra llegada a las hermanas de caridad, invitados por ellas, nos encaminamos al cuarto de la enferma en compañía de las mismas hermanas; tan luego como llegamos allí, tomé un asiento a la cabecera de la enferma, que por primera vez conocía, y como no viese en ella ni siquiera las fuertes contorsiones que he notado en otras enfermas atacadas de histérico o del cerebro, después de pocas preguntas hechas a las hermanas de caridad, que nos acompañaban, le tomé el pulso y como tampoco advirtiese en él notable alteración, dije a las hermanas con bastante seriedad que aquella enfermedad era para mí conocida; que si ellas consentían, sabía un remedio eficaz para sanarla, y como me preguntasen cuál, les dije que una plancha bien caliente aplicada a la boca del estómago; inmediatamente fueron a traerla, pero también la enferma que hasta entonces no había hablado me contestó con una voz bastante entera las siguientes palabras: *a la Carmen quemarás pero no a mí*; tocando la plancha que se me había presentado para que viese si estaba en el estado que la quería, repliqué a la enferma: “¿Por qué me hablas en tercera persona? Yo no veo aquí más que una persona que es la que se dice enferma”. Me dio por segunda vez la misma respuesta anterior, acompañándola de cierta risa burlesca que jamás he visto igual y con tan violentos movimientos de ojos y de cabeza que no me permitía fijarme bien en su fisonomía. Repliqué no obstante, por segunda vez: “Si eres el diablo, como dicen, no tienes por qué apurarte, venga la plancha y haremos la prueba”.

Bien se deja conocer por lo expuesto que yo no creía en la dicha posesión, sino por el contrario, pensaba que la muchacha estaba fingiendo para engañarnos, como creía lo había hecho con los que nos habían precedido. Inútil sería advertir a S. S. que ni insistí en pedir la plancha, ni jamás pensé en aplicarla, si no fuera que entre las muchas y gratuitas acusaciones que posteriormente se me han hecho, ha sido una de ellas la crueldad ejercida con tan desgraciada paciente, sin que pueda encontrar en ninguno de mis ulteriores procedimientos ni el más leve fundamento en que pudiera estribar tan inmerecida imputación.

La enferma, intertanto, siguió agitándose de un modo vio-

lento y con síntomas y contorsiones raras, y para mí enteramente desconocidas, pronunciando algunas palabras bastante groseras, para excusarme de repetirlas aquí, no obstante el propósito que tengo de no omitir incidente alguno por insignificante que en sí parezca; y digo pronunciando algunas palabras, no porque advirtiese en ella algún movimiento en sus labios, como naturalmente debía suceder (cuya observación hice varias otras veces, obteniendo el mismo resultado), sino porque percibía clara y distintamente lo que decía.

Después de un rato de silencio, interrumpido sólo por los esfuerzos que las hermanas de caridad hacían para sosegar a la enferma, que furiosamente se daba contra el suelo y a quien yo y mis compañeros mirábamos de hito en hito, sin poder adivinar la causa que producía tan violenta como singular agitación, una de las hermanas dijo que con sólo rezando el Evangelio de San Juan, veríamos una persona enteramente distinta y completamente buena.

Inmediatamente el presbítero don Vitaliano Molina, rezó el Evangelio, dejándose en la misma situación en que se encontraba, es decir, sentado; produjo en la enferma mayor excitación que aquella en que se encontraba, distintas contorsiones; pero el anuncio de la buena hermana había salido sin efecto, el ataque no se concluyó; la hermana entonces un tanto avergonzada, así porque su anuncio había salido fallido, como por una ligera sonrisa que se me escapó, en la que suficientemente se revelaba la poca disposición que tenía a creer en la eficacia de tan inconducente remedio, dijo que había advertido en otras ocasiones que cuando no se había puesto de rodillas y con la mano sobre la cabeza, el Evangelio no había producido su efecto. Dije entonces al presbítero don Ramón Astorga lo repitiese con los requisitos pedidos, lo que al instante verificó. Un momento después de principiar, la enferma se agitó horriblemente, levantó el pecho de un modo extraordinario, formó un gran ruido con los líquidos que había en su estómago, y cuando el Evangelio iba en más de la mitad dobló el cuerpo, abrió cuanto pudo la boca, tomó un aspecto verdaderamente horripilante, los cabellos se erizaron, en una palabra, no parecía una criatura humana. No sé lo que pasó entonces por mis compañeros; yo por mi parte puedo asegurar que

la sangre se heló en mis venas y tuve que hacer un esfuerzo para presenciar la conclusión de tan nunca visto acontecimiento. En fin, al momento de pronunciar las palabras *et verbum caro factum est*, etc., el cuerpo de aquella muchacha se descoyuntó, la agitación calmó súbitamente, cambió instantáneamente la fisonomía, y dos minutos después de concluir el Evangelio, hemos hablado con otra persona al parecer distinta de la que hasta entonces habíamos visto, hemos hablado con una muchacha candorosa que nos satisfizo todas las preguntas, que en más de media hora le hemos hecho, sobre el estado de su salud y más particularmente sobre los antecedentes de su vida.

Ella no sabía explicar lo que acababa de sucederle, ella no había sentido dolor alguno en los fuertes golpes que durante el ataque se había dado, no conservaba el menor recuerdo de lo que había hablado, ni sabía absolutamente dar razón alguna de lo que le acontecía; estaba como quien vuelve a la vida después de la insensibilidad de la nada. Sin embargo, su razón estaba completamente sana, su inteligencia era despejada y su corazón parecía bueno: varias veces la vi sonrojarse por algunas preguntas que le hacíamos, con el objeto sólo de penetrar, si posible era, la causa de tan raro accidente. Nada, absolutamente nada pudimos sacar que siquiera nos hiciese sospechar en ella la menor malicia, o el más leve motivo para creer que lo que habíamos visto fuese una ficción.

Tampoco nos pareció fuese una enfermedad natural, porque no podíamos comprender cómo se concluyese ésta con sólo decirle el Evangelio. El efecto que éste había producido no era tampoco proveniente de una casualidad, pues, según el testimonio de las hermanas de caridad, cuantas veces se había recitado había producido idéntico resultado; no sabíamos por tanto qué resolver sobre este suceso; pensamos entonces ponerlo en conocimiento de S. S. Efectivamente, S. S. recuerda que nos dirigimos los tres a su despacho en ese mismo día y le contamos lo que habíamos visto. S. S. manifestó la opinión que abrigaba a este respecto, que era la misma, con corta diferencia, que la que nosotros teníamos antes de presenciar el suceso; pero en caso de enfermedad natural, no pudo dar explicación al efecto producido por el Evangelio, y por consiguiente convino en que la cosa era digna de

averiguarse. Yo le propuse nombrar una comisión de facultativos, y S. S., conviniendo en mi indicación, me comisionó para que a su nombre le suplicase la asistencia al Hospicio y el reconocimiento detenido de la enferma.

Estos son los antecedentes que precedieron a la averiguación del suceso, que me ha ocupado durante seis días consecutivos. Parece imposible que hubiese alguno tan suspicaz y prevenido que pudiera descubrir aquí el plan inicuo de tramar una farsa para engañar o sostener de buena fe que he sido arrastrado por imprudente credulidad y fanatismo.

Bien sé que en distintas circunstancias me bastaría haber dado a S. S. cuenta verbalmente del resultado de mi comisión, pero el público, que conoce imperfectamente lo ocurrido, no está al cabo de mis intenciones y de mi franco proceder a este respecto. He sido por otra parte torpemente calumniado por los periódicos, envolviendo en el mismo anatema a mis demás compañeros, suponiéndome miras ambiciosas que no han existido ni podido existir, ridiculeces que no he cometido; en una palabra, mil imposturas; por lo que aunque abuse de la paciencia de S. S. voy a exponerle franca y sinceramente y con toda la exactitud posible mis procedimientos ulteriores en el presente asunto.

Cuando salíamos del despacho en ese mismo día, encontramos a la puerta al administrador del Hospicio, el señor don José Agustín Tagle, acompañado del presbítero don Miguel Tagle, que pretendían hablar con S. S. para imponerle del mismo asunto. Venían del Hospicio, acababan de hacer la misma prueba que nosotros habíamos hecho tres horas antes: uno y otro repetían que la cosa era evidente, que no podía explicarse de otro modo. Les participamos lo que estaba convenido, y a fin de impartir las órdenes competentes, monté en su mismo carruaje y nos dirigimos por segunda vez al Hospicio; quedó allí acordado que se citase para el día siguiente al Dr. Sazie, Armstrong, Barrington y Monsieur Lubert, y nos retiramos comprometidos en volver al otro día para presenciar el examen de los facultativos. Cerca de la oración del mismo día, inquieto por no saber si se habría invitado a los médicos, como estaba convenido, me fui por tercera vez al Hospicio, y supe allí que no había sido posible dar con ninguno de ellos; como era ya de noche se acordó dejarlo para

el día siguiente. Mientras tanto las hermanas me contaron que durante mi ausencia le había repetido a la enferma el acceso, y que el padre superior de los lazaristas, que se encontraba presente, había practicado la misma diligencia que nosotros y obtenido el mismo resultado. En fin, la muchacha estaba buena y he conversado con ella en esa noche más de dos horas, haciéndole distintas preguntas, francas unas, capciosas otras, por ver qué podía descubrir en ellas; no obtuve otro resultado que confirmarme en el juicio que anteriormente había formado sobre su candor e inocencia.

Me retiré prometiendo volver al día siguiente entre once y doce, lo que verifiqué en compañía del presbítero don Eugenio Guzmán y el presbítero don Vitaliano Molina, encontrando a nuestra llegada la pieza llena de gente, que presenciaba el acto de recitarle el Evangelio, que lo hacía no sé qué sacerdote. Entre las personas que entonces se encontraban en la pieza, recuerdo haber visto al señor don Francisco Larraín y a su hermano don Guillermo, y dieciséis o veinte personas más; el señor Lazcano y otros habían llegado, pero ya tarde; estaba, no obstante, anunciado por la enferma durante el acceso que dos horas después le volvería el ataque.

Mientras todos esperaban, yo escribí una carta sucinta, dirigida a los facultativos, pero sin determinar a ninguno en particular, porque pareció imposible en tan perentorio término dar con los que anteriormente he dicho deseamos reunir; sin embargo, el conductor fue encargado verbalmente de buscar al Dr. Sazie, Armstrong, Barrington y Lubert, y sólo en el caso de no encontrarlos, entregar la carta a cualquier otro. La cita era para las dos de la tarde, invitándolos a nombre de S. S. para que acercándose al Hospicio examinasen la enfermedad de una muchacha que allí se encontraba, y diesen después su informe. Ni una sola palabra contenía la carta que pudiera dar motivo a ninguno de ellos para creer que se les llamaba a decidir si la enfermedad era natural o sobrenatural, como dice el Dr. Laiseca en el preámbulo de su informe, porque jamás he tenido la idea de creer competente a ningún facultativo para declarar las cosas sobrenaturales.

Dieron intertanto las dos de la tarde, y al punto fuimos notificados por una de las hermanas de caridad que a la enferma le

había vuelto el ataque; todos los concurrentes, que no bajarían de cuarenta personas, se apresuraron a entrar en la pieza. Recuerdo que en esa vez se encontraron los presbíteros don Eugenio Guzmán, don Vitaliano Molina, don Miguel Tagle, don Miguel Prado, don Zoilo Villalón, don Ramón Astorga y no sé quiénes otros; muchas personas formales, varios jóvenes y cuatro o cinco señoras, sin que pueda en esta ocasión, ni en ninguna otra, designar individualmente las personas que se encontraban presentes, porque jamás me fijé en ello, creyéndolo de poca importancia para el único objeto que me proponía, que era averiguar la verdad de aquel suceso.

Cada uno de los presentes quería hacer sus observaciones: uno le hacía preguntas en francés, otro en inglés, otro en latín; a ninguna de ellas respondió en la misma lengua que se le preguntaba, por más exigencias que se le hicieron, pero dio muchas respuestas en español, manifestando que entendía las preguntas que se le hacían. El presbítero don Miguel Tagle entonó el *Magnificat* en latín, y la enferma, siguiendo la entonación exacta de este cántico, pronunció algunas palabras en el mismo idioma, cambiando todas las sagradas por palabras obscenas, lo que hacía siempre que se le quería obligar a decir cosas sagradas.

Inmediatamente después una de las hermanas de caridad entonó un himno sagrado en francés; la enferma hizo lo mismo; siguió la entonación exacta del himno; la pronunciación era perfectamente francesa; pronunció algunas palabras en el mismo idioma, cambiando las palabras sagradas por palabras obscenas, sin desmentir en nada la cadencia o medida del verso, todo lo que verificaba al parecer arrastrada por cierta fuerza invisible a la que no podía resistir, sino por el contrario era obligada a obedecer con cierto aire de despecho y de rabia. Le cantaron entonces varios trozos en francés y en español de composiciones profanas, y lejos de manifestar el mismo disgusto, se reía y daba a entender suficientemente que recibía distintas impresiones. Uno de los concurrentes sacó un *lignum crucis* y se lo puso en la boca; no fue posible hacérselo sufrir; se lo puso en las manos, tampoco; hizo pruebas para engañarla, siempre obtuvo el mismo resultado: ella no veía, porque las pupilas durante el ataque siempre estaban perfectamente escondidas entre los párpados; no sé lo que sobre

esto digan los médicos; yo por mi parte no comprendo cómo pueda ver una persona en tales circunstancias; sólo sé que ella sabía todo lo que hacían, aunque fuese por detrás, como sucedió en esta vez y se repitió en muchas otras.

A uno que le preguntó qué señora había muerto dos días ha, le respondió: ¿A que tú no sabes dónde está? A otro que le preguntó si sabía hablar francés, le contestó: Y ¿tú sabes? Efectivamente no sabía; otras muchas preguntas se le hicieron bien inútiles y aun por broma, hasta que yo me opuse a ellas por creerlas del todo inconducentes al objeto que nos proponíamos. Uno de los sacerdotes se puso entonces a rezar algunos salmos y al momento principió con sus convulsiones y a darse contra el suelo; varias personas quisieron sujetarla, pero inútilmente, sólo obedecía a la voz de cualquier sacerdote; tres o cuatro de los que había presentes hicieron la misma prueba, obteniendo el mismo resultado de aquietarla con más o menos prontitud.

Mientras todo esto se hacía a presencia de los concurrentes, apareció el Dr. Laiseca, el que habiéndose colocado a la cabecera de la enferma, la pulsó, hizo dos o tres preguntas e inmediatamente dijo que la enfermedad era un ataque nervioso. Le dije entonces: Hemos visto, señor, en esta enferma, algunas cosas raras que no podemos comprender, y deseáramos que Ud. las presenciase para que pudiera conocer mejor la enfermedad que padece. Me contestó: No necesito. Le repliqué: Pero, señor, todos los presentes estamos interesados en que Ud. haga algunas pruebas, aplique algunos remedios, o finalmente dé algunas explicaciones sobre este suceso. Me contestó por segunda vez: No necesito hacer pruebas, las explicaciones las daré en mi informe. Impulsado entonces por el vivo deseo que tenía de salir de aquella ansiedad, sin que él conviniese, dije a uno de los sacerdotes que rezase algún salmo, y un instante después de haber principiado, la enferma comenzó a agitarse y darse contra el suelo, como tenía de costumbre hacerlo en tales casos; trataron de sujetarla, pero inútilmente; le mandé que se sosegase y al punto obedeció, lo que repetí inmediatamente por segunda y tercera vez con el mismo resultado. Como todos esperaban que él diese sobre esto alguna explicación, se vio forzado a hacerlo, y dijo que en estas enfermedades había cierto metal de voz que tenía sobre la

paciente grande influencia, y así que no era extraño lo que se veía. Al instante le dije: Pero, señor, el mismo efecto produce la voz de cualquier sacerdote, y Ud. lo va a ver; dirigiéndome al primero que encontré, le dije: Mándele en nombre de Dios que se sosiegue, y al punto que lo hizo fue obedecido con la misma prontitud. Sin decir una palabra el Dr. Laiseca tomó su sombrero y se retiró, sin que bastasen a detenerlo las fuertes exigencias que muchos le hacían para que presenciase el efecto producido por el Evangelio, asegurándole que con él se concluía el ataque, y tendría lugar de observar a la enferma en muy distinto estado; todo fue inútil para hacerlo que se detuviese. Lo verificado en presencia del Dr. Laiseca fue preciso hacerlo con suma ligereza, pues su visita duró por todo diez a quince minutos.

Cuando él se retiró llegaron el Dr. Ríos y el Dr. Mac Dermott; uno y otro fueron introducidos a la pieza y la enferma puesta a disposición de ellos. El Dr. Ríos dijo que la conocía, y así era efectivamente, puesto que la había curado por catorce meses en el hospital de San Borja; agregó que varias veces le había hecho concluir el ataque; le dije entonces que ninguna prueba más necesitaríamos si al presente, a la vista de todos, lo hacía desaparecer; pidió cloroformo, una de las hermanas de caridad respondió que había sólo éter; al instante pedí que se trajera cloroformo, pero mientras tanto el Dr. Ríos intentó aplicarle a las narices el éter, forcejeó como cinco minutos con ella, pero inútilmente, pues se había puesto de bruces y sus fuerzas no bastaron a darla vuelta. Intertanto llegó el cloroformo y al momento mandé a la enferma que se diera vuelta, lo que verificó sin dilación alguna; dije entonces al Dr. Ríos que podía aplicarle el cloroformo; contestó que no; pero, señor, ¿por qué rehúsa Ud. que nosotros sepamos el modo de concluir el ataque a esta muchacha? Me respondió que se excitaba demasiado con el cloroformo. Le repliqué: Aplíquele Ud., yo le protesto que no surte efecto alguno; persistió, no obstante, en su negativa. Yo viendo que todos mis esfuerzos eran inútiles para averiguar lo que hubiese de verdad en semejante caso, no sabía qué hacer; no podía por una parte explicarme lo que veía, por otra no alcanzaba a comprender por qué los hombres de la ciencia no podían o no querían explicar este fenómeno; parece que rehusaban examinarlo

seriamente por temor de encontrar allí alguna causa invisible cuya existencia no querían reconocer, por no verse en la necesidad de confesar la insuficiencia de sus conocimientos para dar una solución satisfactoria, y antes pretendían que se les creyese sólo en su palabra contra el evidente testimonio de los sentidos y de la razón para quien esto era un misterio. Algunos de los compañeros me aconsejaban entonces que no insistiera más, pues veían que nada se avanzaba en el descubrimiento de la verdad, que era nuestro único anhelo; no pude conformarme con este parecer e insistí en suplicar a los dos facultativos que presenciasen al menos el modo de concluir aquel ataque sin más remedio que rezarle el Evangelio de San Juan; tuvieron de bondad de prestarse a ello, y en su presencia y a vista de todos los demás concurrentes se le recitó el Evangelio, produciendo inmediatamente el mismo efecto de otras veces. Los invité a reconocer el nuevo estado de la enferma; lo rehusaron, y sin hablar palabra salieron de la pieza; en el corredor alcancé al Dr. Mac Dermott, y le dije: Señor, una vez que Ud. haya hecho las observaciones que quiera sobre este suceso, exijo un informe que exprese el juicio que sobre él se formare para presentarlo al señor Arzobispo. Me contestó: Déme Ud. tres o cuatro días de plazo, porque es primera vez en vida que yo veo un milagro. Le dije: Tiene Ud. el tiempo que quiera, y me retiré para hacerle la misma prevención al doctor Ríos, al que ya no encontré porque se había ido. No sé qué valor tengan las palabras dichas por el Dr. Mac Dermott en aquel momento; ignoro también el juicio que se hubiese formado el Dr. Ríos después de haber presenciado la conclusión del ataque, porque, como he dicho, no pude hablar con él y además se ha negado a evacuar su informe, sin embargo de habérselo exigido como a los demás facultativos; pero si fuese cierto, como algunos aseguran, que él ha creído ser una ficción, el rato empleado en su presencia no habría sido del todo perdido para el señor Ríos, pues en corto tiempo salió del equívoco, en que había estado catorce meses, creyendo que aquella era una verdadera enfermedad natural, y curándola como tal en el hospital de San Borja, sin haberse antes apercebido de la ficción. Por el contrario, para nosotros fue enteramente perdido, pues ninguna prueba se había

hecho, ninguna razón se había dado que pudiera desvirtuar las impresiones recibidas.

Eran las cuatro de la tarde cuando se recitó el Evangelio, y la enferma durante el acceso, respondiendo a una de las preguntas que le hice, había contestado que dos horas después le volvería el ataque; como semejante anuncio se hubiese cumplido varias veces con toda exactitud, creí también que al presente sucediera lo mismo y me fui entonces en persona en busca del doctor Sazie; no encontrándolo en su casa fui al hospital, hablé con él, le supliqué de parte de S. S. tuviese la bondad de asistir al Hospicio entre seis y ocho de la noche, para reconocer la enfermedad de una muchacha que allí se encontraba, y como me prometiese que lo haría, partí en busca del doctor Armstrong; no encontrándolo en su casa y no sabiendo en dónde encontrarlo, le dejé un exigente recado a nombre de S. S. para que tuviese la bondad de asistir al Hospicio a la misma hora; me volví entonces al lugar de la enferma para esperar la hora en que estaba anunciado el ataque. Efectivamente, a las dos horas cabales le principió y al momento la pieza se llenó de la gente que esperaba cerciorarse por sus propios ojos de lo que por otros se les había contado; no bajaría en esta ocasión de cuarenta a cincuenta el número de las personas presentes, todos hombres capaces de atestiguar el hecho, entre ellos ocho a nueve sacerdotes respetables. Como a las seis y media de la noche llegó el doctor Sazie y colocado a la cabecera de la enferma la pulsó e inmediatamente dijo que no tenía ninguna enfermedad, que aquello era una ficción; le dije entonces: Precisamente, señor, es lo que todos deseamos conocer, yo el primero pediría un ejemplar castigo con ella, una vez probada la realidad de lo que Ud. juzga, para cuyo fin puede hacer la prueba que guste; me contestó que no podía hacer allí prueba alguna, que él se la llevaría al hospital de locos, le pondría allí cadenas y la daría buena en quince días; como yo estaba casi cierto de darla buena en menos tiempo y sin este requisito, siendo lo que yo creía, le repliqué: Pero, señor, de ese modo Ud. sólo se desengañaría, hace seis años que esta muchacha está en poder de los médicos y por dos ocasiones distintas largo tiempo en los hospitales, sin que hasta el presente haya podido obtenerse algún resultado; puede Ud. hacer ahora las pruebas que

guste en presencia de todos, hasta hacerla confesar la ficción; como no admitiese la propuesta, le dije entonces: Háblele en cualquier lengua, yo le aseguro que le entiende y le da la contestación conveniente; pues no parece posible suponer que esta muchacha, que no sabe ni aun leer, pueda entender cualquier lengua conocida. Sin embargo, no quiso hacerlo; entonces le dije con cierto aire de despecho, lo confieso: Yo le protesto, señor, que esta muchacha no se está haciendo y en comprobación de mi aserto, exíjame la prueba que quiera yo se la haré.

Yo por mi parte no sabía qué hacer para descubrir el engaño, ya que nada quería exigir por la suya el señor Sazie; después de un instante de silencio supliqué a una de las hermanas de caridad cantase algún himno sagrado en francés, y al momento que lo hizo, la enferma siguió perfectamente la entonación, haciendo las mismas variaciones que he notado anteriormente. El señor Sazie dijo que esto no era raro en la especie de monomanía en que la enferma se encontraba. Uno de los concurrentes intentó ponerle en la boca un *lignum crucis* y al momento la muchacha se dio vuelta boca abajo; se me ocurrió entonces preguntar al doctor Sazie si le parecía prueba física, para manifestar que no era aquella una ficción, el que entre todos los que había presentes no pudiesen dar vuelta a la enferma, dejándola en la situación que antes tenía, no obstante la poca fuerza que en ella debía suponerse si se atendía a su débil constitución; como me respondiese que sí, dirigiéndome a los concurrentes les dije: Vengan los que quieran y denla vuelta; al instante sentí interiormente cierto temor que parece me advertía de mi imprudencia; yo no podía saber con certeza el resultado, porque era la primera vez que hacía tal prueba; pero la fuerza de la convicción me arrastraba a ello. Mientras dos jóvenes forcejeaban por darla vuelta, hice allá en mis adentros esta reflexión: Si la cosa es cierta como yo creo, y Dios quiere que se compruebe, no puedo salir burlado, de lo contrario lograré al menos salir de mi engaño, y con esta fe dije al momento: Son pocos, vengan más; vinieron tres más y entre los cinco por más esfuerzos que hicieron no pudieron darla vuelta; uno de los concurrentes gritó: Le quiebran los brazos. No importa, le contesté, lo que se quiere es darla vuelta. Cuando ellos se rindieron, diciendo que era imposible

verificarlo, pregunté al doctor Sazie qué juzgaba sobre este incidente para mí y para muchos concluyente. Me contestó: En estas excitaciones nerviosas se ha visto muchas veces quebrar los brazos y las piernas antes que doblarlas. El doctor Sazie había pasado sin advertirlo de su primera opinión, según la que juzgaba que aquello era una ficción, a otra muy distinta, cual era creer que había una fuerte excitación nerviosa y nada común. Quise no obstante seguirlo en este terreno, y le repliqué que si aquella muchacha estaba como él decía en tan fuerte excitación nerviosa que no habían bastado a darla vuelta las fuerzas de cinco hombres, ¿cómo era que a la voz de cualquier sacerdote esto se conseguía? Y sin esperar la respuesta, dije al presbítero don Zoilo Villalón que le mandase en nombre de Dios darse vuelta, y al momento que lo hizo, con sólo un pequeño esfuerzo, la enferma obedeció, poniéndose en la situación en que se quería. Sin esperar más el Dr. Sazie tomó su sombrero para marcharse, pero le fue necesario acceder a las repetidas instancias que muchos de los concurrentes le hacían para que viese el efecto producido por el Evangelio, el que me obligaron a recitarle en su presencia, a pesar que lo rehusaba, por esperar la venida del doctor Armstrong, que estaba, como he dicho, citado para aquella hora. El Evangelio produjo el efecto acostumbrado; pero el Dr. Sazie se retiró al parecer en su misma persuasión.

Antes de las ocho de la noche llegó el doctor Armstrong; le referí lo que acababa de suceder, manifestándole que bien contra mi voluntad había llegado a destiempo; quiso, sin embargo, reconocer el estado en que se encontraba la muchacha y empleó de quince a veinte minutos en examinarle detenidamente el pecho, el corazón, el pulmón, haciéndole bastantes preguntas para averiguar, si posible fuera, la causa de aquel incidente. Me suplicó, al retirarse, le avisase cuando estuviese con el ataque, porque quería reconocerla, y no le era posible aquella noche esperarse hasta la hora en que estaba anunciado le volviera, porque tenía para ello grave inconveniente. Le prometí que lo haría, y efectivamente lo hice dos días después, señalándole el sábado entre doce del día y tres de la tarde, y aunque recibió la cita no compareció; sin duda que sus ocupaciones se lo impedirían; pero

yo lo siento porque esperaba buen resultado de sus serias y juiciosas observaciones.

Dos horas cabales después del anterior ataque, es decir, como a las nueve y cuarto de la noche, fuimos avisados por una de las hermanas de caridad, qua ya le había principiado; nos dirigimos por última vez en esa noche al cuarto de la enferma, en donde permanecimos hasta más de la diez, haciendo diferentes pruebas de las que el ritual pone para estos casos. Se le habló en francés, en español, en latín, respondió manifestando que entendía las preguntas que se le dirigían, y haciéndonos conocer por sus respuestas el objeto que se proponía, el tiempo que había permanecido, el que le faltaba, cuándo volvería, etc., sin que hasta el presente haya salido falso ninguno de los anuncios que en las diferentes ocasiones nos ha hecho, obligándole a ello en nombre de Dios.

Después de otras muchas pruebas nos salimos todos de la pieza haciéndole creer que nos retirábamos y una de las hermanas entró a hablarle en este sentido, mas ella principió a burlarse del engaño que pretendíamos hacerle, hablando entonces con toda libertad con la hermana, como lo hacía siempre que no era un sacerdote quien le preguntaba, pues entonces sólo respondía algunas cosas y las más de las veces con mucha dificultad. Después de corto rato que estuvimos en la puerta, oyendo las respuestas que daba a las preguntas que la hermana le hacía, volvimos a entrar en la pieza convenidos ya en recitarle el Evangelio, pero de tal manera que ella de ningún modo se apercibiese que tal cosa hacíamos. Inmediatamente que se principió comenzó también ella a agitarse y hacer las mismas contorsiones acostumbradas, concluyendo como siempre el ataque a las palabras *et verbum caro*, etc.

Eran intertanto más de las diez de la noche y fue preciso retirarse, dando por concluidas nuestras observaciones con respecto a aquel ataque, pues para los tres días siguientes estaba anunciado otro de distinta especie, aunque de la misma naturaleza, que nosotros no habíamos presenciado aún, y de que sólo estábamos informados por las hermanas de caridad, que nos habían dicho que era una especie de tontera que le repetía con más frecuencia que el anterior, y en cuyo estado no hacía por sí misma

contorsiones violentas, ni se le había podido hacer hablar jamás una palabra; agregaban que durante todo el mes se habían estado sucediendo sin interrupción tres días uno y tres días otro, y siempre con los mismos síntomas; que los tres días en que hablaba, el ataque principiaba entre siete y ocho de la mañana y concluía a las once de la noche, si es que antes no se le recitaba el Evangelio; mientras que el ataque de los tres días siguientes duraba de un cuarto a media hora, cuando más, repitiéndose sí con mucha frecuencia.

El miércoles por la mañana entre once y doce del día estuve en el Hospicio para conocer por mí mismo la efectividad de lo que por las hermanas se nos había referido. Sin la menor diferencia todo era tal cual se nos había dicho. Después de varias otras observaciones, intenté hacerla hablar, lo que no pude conseguir por más esfuerzos que hice; supliqué entonces a una de las hermanas que entonase cualquier cántico sagrado; entonó un himno en francés, y la muchacha se puso a seguir inmediatamente la entonación con la cabeza y con los labios, pero sin articular palabra. Tomé el ritual y principié a rezar un salmo, y sin embargo, que en este ataque no se agitaba, según decían, por ningún motivo, se agitó, no obstante, por la lectura del salmo, hasta darse contra el suelo con la misma furia que en el ataque de los días precedentes; seguí remudando varios salmos; todos produjeron el mismo efecto de agitarla con más o menos violencia; pero cuando llegué a leerle el Evangelio de San Lucas, que también se encuentra en el ritual: *in illo tempore; erat Jesus eyiciens demonium, el illud erat mutum*, etc., se puso furiosa, salió de la cama y se golpeó horriblemente, pero con ninguno de los Evangelios concluyó el ataque, hasta que le recité el Evangelio de San Juan, por lo que no tuve ya duda de que era cierto que obedecía al mismo Evangelio, como ella lo había dicho en el ataque anterior.

Durante los tres días consecutivos me llevé haciendo distintas pruebas y siempre con el mismo resultado; en presencia de muchas personas, pues, la concurrencia se aumentaba día por día y no había momento alguno en que le diese el ataque que no hubiese tantos espectadores cuantos podía contener la pieza en que la enferma se encontraba y muchas veces más que los que

en ella cómodamente cabían. Como me parece demasiado referir aquí hora por hora todo lo que se hizo en estos tres días, creo que será suficiente apuntar a S. S. los incidentes más remarcables.

Uno de estos días se presentaron dos practicantes de la clase de medicina que deseaban hacer sus observaciones; como tenía un constante propósito de que los médicos observasen aquel fenómeno, por si acaso alguno descubría su verdadera causa, los dejé que la reconociesen, y después que ellos la pulsaron e hicieron algunos otros reconocimientos pertenecientes a su profesión, tomé el ritual y principié a rezar un salmo; al momento comenzó a darse fuertes golpes contra el suelo; llevados ellos de un sentimiento de compasión, quisieron sujetarla, mas yo se los impedí. Uno de ellos me dijo entonces: Pero, señor, esta muchacha se mata, según se da contra el suelo. Le respondí: Yo estoy cierto de que nada le sucede, y Uds. se desengañarán al fin por sí mismos. Efectivamente, los golpes que se daba contra el suelo y la pared eran más que suficientes para hacer pedazos la cabeza más dura que se haya conocido; después que por medio del Evangelio volvió en sí, les hice que reconociesen la cabeza a ver si notaban algún indicio de los golpes que se había dado. Absolutamente nada encontraron. Le pregunté a ella misma en presencia de todos qué era lo que le había sucedido. Me respondió que no sabía; ignoro el juicio que ellos se formaron, porque tampoco se los pregunté después.

En otro de estos mismos días se apareció el presbítero don Domingo Meneses con un libro que contenía el Evangelio de San Juan en griego, y después de varias otras pruebas, cuando llegó el caso de ponerle el Evangelio, se lo puso él mismo en griego, produciendo igual efecto que el que había producido en otros idiomas. Para que fuese más evidente la prueba lo interrumpió a las mismas palabras que se solía interrumpir cuando se ponía en latín o en español, y la enferma permaneció también en la misma situación, hasta que profirió las equivalentes palabras *et verbum caro, etc.* Parece, pues, que esta muchacha entendía también el griego.

Finalmente, el último de estos tres días estuvo presente el doctor García en uno de los ataques que le dio, el cual después

de haber hecho varias observaciones pertenecientes a su profesión, quiso ver los efectos producidos por la lectura de cosas sagradas, y durante las fuertes contorsiones que hacía mientras yo rezaba cualquier salmo de ritual, prosiguió haciendo sus reconocimientos profesionales; después intentó sosegarla, pero inútilmente, hasta que yo se lo mandé; lo que repetí tres o cuatro veces a instancias de él mismo. Presenció, por último, el efecto producido por el Evangelio, y tuvo en consecuencia lugar de examinarla más detenidamente después, comparando el estado anterior con el muy distinto en el que a la sazón se encontraba.

El doctor García, no obstante haber venido muy prevenido en contra de lo que se le había referido por otros, como sucedía a la generalidad de los concurrentes, se retiró ese día, al parecer, sin poderse dar cuenta de lo que había visto y prometió volver al día siguiente para seguir haciendo sus observaciones.

También yo me retiré a las nueve de la noche prometiendo volver al siguiente día, lo que verifiqué entre nueve y diez de la mañana encontrando a mi llegada a la muchacha con el ataque, que le había principiado precisamente entre siete y ocho de la mañana como ella lo tenía predicho tres días antes. Era éste el día que yo había fijado para emplear los exorcismos, según las prescripciones de la Iglesia, cuya comisión S. S. había tenido a bien confiarme, en caso que de las observaciones hechas resultase mérito para ello, y de la que hasta ese día no había hecho uso, por esperar si algún facultativo podía encontrarse que diese una explicación racional sobre aquel fenómeno, lo que a mi juicio, y al de la mayor parte de las personas que lo habían observado, ninguno había hecho hasta entonces.

Por lo expuesto hasta aquí S. S. conocerá que no he sido ligero para exponer al ridículo las ceremonias de la Iglesia, como algunos lo han creído, sin estar instruidos ni en los antecedentes del presente asunto, ni en los casos en que la Iglesia dispone que se use de ellas; semejante acusación, confieso a S. S. que ha penetrado mi corazón de un gran sentimiento no obstante creerla enteramente destituida aun del más leve fundamento, porque si pronto siempre a sufrir o despreciar los ataques dirigidos a mi persona, no puedo mirar con indiferencia los que se me hacen en mi carácter de sacerdote, y comprometiendo la

santidad y gravedad del ministerio sagrado de que jamás he abusado; mas si los hombres me han juzgado con ligereza, tengo la íntima persuasión que no soy de manera alguna culpable delante de Dios en el presente caso, y esto me basta.

Mientras tanto, el rumor de lo acontecido se había esparcido por todos los ángulos de la población; mi respuesta a todos los que me preguntaban sobre este acontecimiento era que lo viesen por sus propios ojos y creyesen lo que quisieren; nadie puede decir con razón que yo manifestase algún empeño en persuadir a otro mi creencia sobre este particular. Además, todos sabían que estaba anunciado por la misma enferma que para ese día le volvería el ataque, y por consiguiente, el deseo de ver lo que ninguno creía, si no se cercioraba por sus propios ojos, había reunido a las puertas del Hospicio un inmenso gentío; yo a nadie había invitado, si no es al doctor Armstrong y al doctor García, pero tampoco me oponía que todos, si posible era, presenciasen aquel suceso, porque nada quería se ocultase bajo el velo del misterio. Verdad es que yo había prevenido anticipadamente a los dueños de casa según me lo insinuó S. S. en la noche anterior, que el único modo de evitar los desórdenes que temía proviniesen de la mucha concurrencia, era colocar en distinta parte a la muchacha, porque S. S. no quería que por ninguna clase de consideración a su persona se perturbase el orden de la casa.

Mas ellos juzgaron que tomando la medida de colocar guardias en las puertas no habría que temer. Dejé por tanto a su cuidado el permitir o rehusar la entrada, pero nada fue respetado en esta ocasión por la inmensa concurrencia.

Sería molestar demasiado la atención de S. S. si hubiese de referir aquí todas las desagradables ocurrencias y contradicciones de ese día. Me basta asegurarle que ha sido uno de los menos tranquilos y más azarosos de mi vida; paso por consiguiente a anudar la relación del asunto que me ocupa.

Como a las once de ese día se me presentaron el doctor Fontecilla y el doctor Villarreal pidiéndome les dejara reconocer a la enferma. No obstante que tenía dispuesto que nadie la viese hasta la hora en que a presencia de todos debía hacer lo que he indicado arriba, consecuente siempre con el propósito de ja-

más ocultarla a los facultativos que quisiesen reconocerla, me dirigí con ellos al cuarto de la enferma, invitando al mismo tiempo para que presenciasen las observaciones a dos respetables sujetos que allí se encontraban, el señor Lazcano y el señor don Nicolás Larraín y Rojas; una vez introducidos en la pieza los facultativos, principiaron sus reconocimientos profesionales. El señor Villarreal me dijo entonces, con un aire de certidumbre: Señor, yo conozco mucho estas enfermedades, no creo que ella se escape a mis investigaciones. Le respondí: Precisamente, señor, lo que yo quiero es que la examinen hombres inteligentes en la materia. Después de diez o quince minutos de observaciones en el pulso, en el corazón, en el pulmón, oprimiéndole fuertemente el pecho y el vientre, y haciendo otras pruebas que omito, sin poder obtener ningún resultado, les pedí que observasen el efecto que producía en ella la lectura sagrada, y tomando el ritual me puse a leer un salmo y al instante principió con sus acostumbradas convulsiones y a darse contra el suelo. El señor Villarreal intentó sosegarla, pero inútilmente; le mandé que se sosegase y al punto obedeció; repetí tres o cuatro veces la misma operación produciendo siempre el mismo resultado. Entonces el señor Lazcano sacó un *lignum crucis* y pretendió ponérselo en la boca; hizo la repulsa que siempre hacía en estos casos; insistió tenazmente en ello y al momento se puso boca abajo. El doctor Fontecilla tomó el *lignum crucis* y se lo colocó en la cabeza; sacudió entonces la cabeza y lo tiró a un lado; creyendo que nada pudiese contener le puso la mano sola y se estuvo sosegada; colocó entonces la cruz sobre la mano que aún no había quitado de encima de la cabeza y al instante la sacudió, agregándole: Bribón, me quieres engañar. Le mandé entonces que se diera vuelta, lo que obedeció con la prontitud acostumbrada, y el señor Fontecilla, haciendo dos envoltorios de papel perfectamente iguales, colocando en uno de ellos la cruz y dejando el otro sin nada, principió a ponerle alternativamente uno y otro en la boca, haciendo todas las combinaciones posibles para engañarla; yo colocado al frente a una distancia regular, por los distintos movimientos que ella hacía podía con toda seguridad decirles cuando era la cruz y cuando no, la que le ponían, pues, cuando era el papel solo, ella se quedaba sosegada o se burlaba y cuando era el que

contenía la cruz, no lo sufría; esta prueba se repitió muchísimas veces y nunca me equivoqué atendiendo sólo a las distintas impresiones que en la enferma producía.

Como ella se colocase por segunda vez boca abajo, le dije al Dr. Villarreal que la diese vuelta; no obstante que él se jactaba que no podría resistirle, no fueron, sin embargo, suficientes sus fuerzas para darla vuelta, hasta que le ayudaron el Dr. Fontecilla y el señor Larraín, y entonces sólo pudieron darla vuelta manteniéndola un momento en aquella situación, mientras la tenían sujeta de los brazos, pues, tan luego como la soltaron, quedó en la misma actitud que antes tenía.

Les dije entonces que el único remedio que se había encontrado era recitarle el Evangelio de San Juan, y sacando un tomo de las obras de Cicerón, que llevaba en el bolsillo, dije: Voy a recitárselo, creyendo que ningún efecto produjese, como había sucedido otras veces cuando se había hecho una prueba análoga; mas en esta vez, aunque no produjo el efecto que producía el Evangelio, que era concluir el ataque, se excitó, sin embargo, con dicha lectura, sin que pueda darme otra razón de esta diferencia que la falsedad que cometí, pues no era el Evangelio el que yo pensaba ponerle.

Estando yo retirado, el señor Lazcano le habló en francés varias palabras, y no sólo manifestó en sus respuestas que entendía el idioma en que se le hablaba, sino que ellas ningún sentido tenían, sino era una tercera persona quien respondía, como regularmente acontecía en iguales circunstancias. Finalmente, el Dr. Villarreal, sacando un grueso alfiler, dijo: Voy a hacer una prueba aunque bárbara, y tomando un brazo de la muchacha, metió el alfiler hasta la cabeza, sin que ninguno de los presentes notase en ella la menor impresión, como si se hubiese metido en el brazo de un cadáver. El señor Villarreal, manifestándose sorprendido, dijo: La verdad que no comprendo lo que hay en esto. El señor Fontecilla agregó: La medicina no alcanza aquí, y entonces nos salimos todos de la pieza dejando a la muchacha en la misma situación.

Entraron enseguida las hermanas de caridad para vestirla y colocarla en una gran pieza que había desocupada, con el fin de satisfacer, si posible fuese, la curiosidad de todos; intentaron po-

ner al cuello una medalla, que siempre llevaba consigo cuando estaba buena; pero fueron inútiles todos los esfuerzos hechos para conseguirlo, pues cuando ya no podía excusarse de otro modo, trató de morderlas furiosamente, hasta que por fin desistieron de su tenaz empeño. Una vez colocada adentro, se abrió la pieza y momentos después estaba completamente llena de diferentes personas, todas decentes; principié entonces los exorcismos y al momento la muchacha comenzó a darse contra el suelo, saliendo de la cama y dirigiéndose a la puerta de la pieza; como todos quisiesen agruparse alrededor de ella, lo que era ciertamente un imposible, pues habría en la pieza muy cerca de mil personas, produjo esto un gran alboroto. Inútiles fueron las súplicas y aun las fuertes reconvenções para conseguir el efecto de sosegar aquel inmenso grupo de gentes; uno decía una cosa, otro, otra distinta y nadie sabía qué hacer. El señor Lazcano y otras personas me suplicaban pusiese término a aquel alboroto, recitándole de una vez el Evangelio; yo me resistía, porque por una parte pensaba que quizá aquel modo de proceder fuese peor, pues muchos podían creerse burlados, no presenciando por sí mismos todo lo que por otros se les había contado sobre las rarezas que se observaban en aquella persona, y especialmente los médicos a quienes había invitado para esa hora, y por otra, porque quería en esta vez usar de los exorcismos de la Iglesia, según prescribe el ritual, para lo que necesitaba más tiempo; intenté por tanto dejarla salir al patio, lo que tampoco fue posible verificar; entonces a mi pesar di la cosa por concluida, recitándole el Evangelio y dejándole un pequeño rato en aquella situación, antes de pronunciar las palabras *et verbum caro*, etc., con las que al momento volvió a su estado natural.

Sin embargo, que por todas las personas de la casa y por las demás conocedoras de lo que acontecía después de este acto se repetía que la muchacha estaba buena y nada tenían que observarle de singular en aquel estado, era imposible desocupar la pieza, porque todos querían verla; hasta que le hice que se cubriese la cara, para concluir así lo que de otra manera no se le divisaba término.

Esta acción tan justa y tan natural, para librar a una persona buena y en su sana razón de las importunas miradas de la

curiosidad, ha sido interpretada por la maledicencia de algunos como el medio de perpetuar la farsa, que neciamente se supone inventada precisamente por el que más ha hecho por descubrirla si la hubiese, invitando por una parte a los profesores de las ciencias naturales, y exigiéndoles hasta la cargosidad que hicieran todas las pruebas que quisiesen para descubrir la causa de aquel fenómeno, y por otra, deseando que todos los hombres, aún los más prevenidos, presenciasen las observaciones hechas para ver si alguno podía dar explicaciones satisfactorias.

¡Singular inventor de farsas que lejos de buscar a la gente crédula y sencilla a quien era fácil engañar, busca por el contrario solamente a los que podían descubrir el engaño e instamente porque lo descubran!

¡A qué aberraciones conduce el espíritu de prevención y la mala fe!

Toda esta operación duró apenas tres cuartos de hora, que se emplearon más bien en sosegar el tumulto que en hacer alguna prueba de importancia como las que se habían hecho y se hicieron después en ocasiones más tranquilas. Más tarde llegaron el doctor Barrington y el doctor García, pero por los motivos ya expuestos no pudieron observarla en su ataque y sólo estuvieron conversando con ella en el estado en que se encontraba; más, como la muchacha durante el acceso anterior hubiese predicho que el ataque le volvería entre siete y ocho de la noche, ellos se retiraron prometiendo volver a esa hora. Como a las seis del mismo día llegó el doctor Tocornal y se fue al cuarto de la enferma para examinarla. Como la encontrase completamente buena, volvió diciendo que ninguna enfermedad tenía, que aquello debía ser una ficción. Le respondí que ningún juicio acertado podría formar sin presenciar el ataque, siendo intertanto su opinión una mera conjetura, y sin insistir más sobre esto me fui al cuarto de la enferma para averiguar la verdad de ciertas cosas que se me habían dicho con respecto a los antecedentes de su vida. Mientras estaba en estas indagaciones se presentó allí el doctor Tocornal con el señor Lazcano, y el señor don Francisco Ignacio Ossa, creyendo el señor Tocornal, según me pareció, por ciertas indicaciones que hizo, que yo la magnetizaba para que le viniese el ataque. Sin embargo, estando todos presentes,

el acceso vino a las siete y media de la noche y al instante el doctor Tocornal principió con toda actividad a llenarla de sinapismos en las piernas, en la espalda, etc. Como ningún efecto produjesen, pidió éter y junto con los doctores García, Fontecilla, Barañaio y Carmona, que habían llegado a esa hora, le aplicaron el éter y después sal amoníaco, sin producir ni uno ni otro el menor efecto, no obstante, que según el testimonio de las hermanas de caridad, jamás se ha aplicado a ningún enfermo ni la décima parte de semejantes medicamentos sin producir adormecimiento, sobre lo que yo no puedo juzgar con acierto no siendo de mi resorte el entenderlo. Sólo puedo asegurar que la dejé cerca de una hora en poder de ellos, durante cuyo tiempo, además de lo dicho, le metieron nueve alfileres en distintas partes del cuerpo, sin que manifestase la menor impresión, si no es una especie de burla que les hizo cuando le metieron un alfiler en el espinazo. Observé también que le apretaban fuertemente las sienes, que según después he oído decir a ellos mismos, era imposible que aguantase si hubiese tenido sensibilidad alguna. En fin, sobre todas estas observaciones profesionales y su resultado, espero que los facultativos las expresarán en los informes que a todos ellos he pedido, pues yo no estoy obligado a conocer la oportunidad o eficacia de sus reconocimientos; me bastaba sólo para mi objeto dejarles libertad para que empleasen los medios que quisieran, protestándoles de mi parte que si con cualquier remedio natural le hacían concluir el ataque, se concluía también para mí la curiosidad de aquel accidente, y asegurándoles además, por la experiencia que tenía, que estaba en mi mano el concluirlo en el instante que ellos me lo exigiesen y esto sin ningún remedio natural. Después de todas las pruebas referidas, les dije que observasen el efecto que en ella producía la lectura sagrada, y tomando el ritual me puse a rezar el primer salmo que encontré; al instante la muchacha principió a agitarse y a golpearse, saltando furiosamente de la cama y dirigiéndose a la puerta del cuarto; quisieron sujetarla y yo me opuse a ello, hasta que salió fuera de la pieza, dándose allí contra las piedras con la misma violencia que contra las almohadas de su cama. El señor Tocornal se acercó entonces intimándome que interrumpiera el rezo, que él no podía permitir aquella crueldad. No cri-

tico la compasión manifestada en esta vez por el señor Tocornal; sin duda alguna a él no le habían parecido tanta crueldad los sinapismos y los nueve alfileres que a poco le habían metido, ni tampoco la ninguna impresión que ellos habían hecho en la paciente le habían convencido de su absoluta insensibilidad; pero yo que estaba cierto que ella nada sufría, y por otra parte que lo que hacía no era motivo para que nadie se golpease, resistí a la intimación del señor Tocornal diciéndole que ninguno tenía derecho para impedirme que yo rezase, que estaba además suficientemente autorizado para hacerlo en aquellas circunstancias, que si él quería, podía intentar sosegarla, ya que tanta compasión manifestaba, que yo no se lo impedía, y por último, que si el rezar un salmo era motivo para que aquella muchacha se diese contra el suelo, ¿por qué en todos los presentes no sucedía lo mismo? Como él rehusase hacerla sosegar, mandé a la muchacha que lo hiciese y al instante la tiré tranquila a su cama, preguntando tanto a él como a los demás facultativos que presentes se encontraban, si querían hacer algunos otros reconocimientos pertenecientes a la profesión. Como me contestasen que no, llamé entonces a una de las hermanas de caridad, para que entonase un himno sagrado, y al momento que lo hizo aconteció lo que he referido otras veces; cantó después un trozo de ópera en inglés y la muchacha se puso a reír y a celebrarla, como he dicho que siempre hacía con las composiciones profanas. Le mandé en fin repetidas veces, cuando estaba en lo más violento de sus convulsiones, que se sosegase, y al instante obedeció quedando enteramente tranquila.

Imposible me es referir aquí cosa por cosa todo lo que se hizo esa noche; sólo advertiré, para concluir, que ya tarde entraron en la pieza los presbíteros don Manuel Pérez y don Manuel Orrego; el primero tomó el ritual y leyó algunos salmos en latín y en español, produciendo en la enferma el efecto acostumbrado; leyó después en un tomo de las obras de Cicerón, cuya lectura no produjo excitación alguna. El presbítero don Manuel Orrego leyó el *Magnificat* y sólo al tiempo de acabar este cántico la enferma se excitó, rezó después el credo en español y no produjo excitación alguna, siendo ésta la primera vez que en todo el tiempo transcurrido, hubiese sufrido sin excitarse la reci-

tación de cosas sagradas. Uno y otro intentaron sosegarla durante sus convulsiones, a ninguno de los dos obedeció, lo que sólo había sucedido una vez más al presbítero don Vitaliano Molina. Le repetí el mandato y obedeció sin la menor dilación, siendo para mí muy explicable esta diferencia, supuesto que yo y no ellos estaba competentemente autorizado para este caso, teniendo además observado que según el grado de fe del que le mandaba así era la mayor o menor prontitud con que obedecía.

Eran cerca de las diez de la noche y ya fue preciso concluir aquella escena, tomé el ritual y le recité el Evangelio en presencia de todos los concurrentes; antes de proferir las palabras *et verbum caro*, etc., lo interrumpí todo el rato que el señor Ciccarelli necesitó para sacar el diseño, pues, se interesaba hacer su retrato en aquella actitud verdaderamente horrible, en la que más tarde podrán observarla los que no la hubiesen visto entonces; cuando había ya concluido su operación él mismo la paró y la puso a la vista de todos; proferí, finalmente, las últimas palabras y la muchacha quedó enteramente buena hasta el día de hoy.

Resumiendo ahora ligeramente las investigaciones hechas en estos seis días, resulta: que dicha joven nació en Valparaíso en junio de 1838; que sus padres murieron durante el tiempo de su lactancia y la dejaron encomendada al cuidado de una tía, quien la mandó criar al campo, recogiénola más tarde a su poder como a la edad de cinco para seis años; que después de un corto aprendizaje en una escuela de primeras letras, la colocó como a la edad de doce para trece años en el colegio de las monjas francesas, para que se educase; que al mes de estar allí, una noche que se encontraba en oración en presencia del Santísimo Sacramento, sin ningún antecedente moral o físico, sintió un gran susto que ella no sabe a qué atribuir; no quiso abandonar de pronto el lugar que ocupaba ni decir nada, por temor de que le privasen de aquella ocupación que le era agradable; cuando llegó la persona que debía reemplazarla, ella se retiró a su cama y a medianoche en sueños le pareció que estaba peleando con el diablo y se levantó de la cama para pelear con sus condiscípulas que habitaban el mismo dormitorio. Desde este instante principia la enfermedad que la atormenta cerca de seis años consecuti-

vos. Las monjas para quienes según su mismo informe la conducta observada por esta joven había sido ejemplar, durante el corto tiempo transcurrido, manifestaron un gran empeño por restituirle la salud; llamaron al doctor Alfredo, quien la curó por dos meses dentro del mismo colegio como un ataque cerebral o como un ramo de locura, aplicándole sangrías, gorros de nieve a la cabeza, baños de lluvia, etc.; perdidas las esperanzas de sanarla, las monjas la entregaron a su tía, en cuyo poder se prosiguió la curación sin obtener ningún resultado favorable. Pasó después a poder de su hermano, a quien persuadieron de que ella se fingía enferma, y éste en cierto momento en que su razón estaba turbada por el licor, mientras ella se encontraba con el ataque, la encerró en su cuarto dándole tantos golpes cuantos quizás habrían bastado para concluir con su vida si algunos vecinos compasivos no se hubiesen presentado allí arrancándola de sus manos; verdad es que ella no sintió lo que le sucedía y sólo lo supo por las mismas personas que después se lo dijeron, confirmándose en ello por las señales que en distintas partes del cuerpo le quedaron, las que conservó hasta mucho tiempo después. Su hermano no obstante, acaso desengañado por esta prueba, persistió en su curación, apelando a distintos facultativos, y aun dejándose persuadir por algunos supersticiosos, que le decían que aquello era daño, la entregó por dos distintas ocasiones en poder de médicos, que el vulgo llama *brujos* o *adivinos*, quienes, además de los medicamentos aplicados por los demás facultativos, le suministraron más que suficiente cantidad de brebajes para haber concluido con la salud más robusta que se haya conocido, si Dios no hubiera dispuesto otra cosa.

Su familia, en fin, cansada de sufrir con ella la colocó en el hospital de Valparaíso, en donde permaneció curándose más de un año, hasta que un día aburrida de sus padecimientos intentó quitarse la vida. Efectivamente, se encerró en su cuarto, tomó una sogá, se la apretó a la garganta, la amarró en un pilar del catre y se dejó ir de espaldas; un momento después no supo más de ella. Habrían pasado cinco o seis horas, cuando desce-rrajando la puerta de la pieza la encontraron en aquella situación, toda negra y con la lengua fuera; la hicieron volver con algunos medicamentos y reconviniéndola fuertemente por aque-

llo que para los hombres era sin duda alguna un gran crimen, siendo para Dios acaso disculpable; ella contestó mal a todos los que la reprendían. Digo que quizá era para Dios acto no vituperable, porque ella procedió por un motivo noble, creyendo sólo por un error del entendimiento que aquella acción le era lícita: fuertes exigencias se le hacían para que se entregase al vicio, tratándole de persuadir que era aquél el único remedio para su enfermedad; encontrándose ella por una parte fatigada y casi sin las fuerzas suficientes para sufrir sus males, y por otra furiosamente impulsada a quitarse la vida, recordó haber oído decir que era mejor morir que ofender a Dios, e interpretando mal esta verdad, creyó que privándose por sí misma de la existencia hacía bien, porque se libertaba de hacer lo que le aconsejaban, que evidentemente sabía era malo. No puedo pasar de aquí sin quejarme siquiera de la injusticia de los hombres; muchos por negar tenazmente lo que nadie les obliga a creer, y que ellos llaman preocupación, fanatismo, no han temido mancillar el honor de esta pobre y desgraciada muchacha, imputándole sin la más leve prueba una gran corrupción; pero yo que estoy por las investigaciones que he hecho íntimamente convencido de su absoluta inculpabilidad a este respecto, ¿por qué no he de protestar aquí contra semejante calumnia?

Lo cierto es que este acto le valió para con los administradores del Hospital, para con su familia y demás personas que lo supieron, su completo descrédito, hasta el punto que nadie quería hablar con ella, porque decían que estaba excomulgada; que se le hizo salir un día de la capilla; cuando se celebraba la misa últimamente fue expulsada del Hospital.

Después de haber andado por distintas partes, remudado varios poderes y sufrido crueles y prolongados padecimientos, que no tengo tiempo de apuntar aquí, pasó al hospital de San Borja de esta ciudad, en donde ha permanecido catorce meses, haciéndose toda clase de remedios sin obtener la más pequeña mejoría y sin que ningún médico haya podido una vez sola hacer concluir aquel ataque; que el más largo tiempo que la ha abandonado en estos seis años, ha sido tres meses que estuvo con la peste de viruela en el mismo Hospital.

Un solo remedio que no es natural, ni del resorte de la me-

dicina el aplicarlo, se había descubierto para concluir aquel ataque: estando en San Francisco del Monte en una pieza en donde a la sazón se encontraba un niño enfermo, a quien sus padres hicieron recitar un Evangelio, se advirtió que éste en lugar de producir efecto alguno en el muchacho, produjo en ella la conclusión de su ataque. Se le repitió después varias veces por vía de prueba el mismo Evangelio por distintos sacerdotes, y produjo siempre el mismo efecto.

Varias personas dicen haber presenciado cosas muy raras que esta muchacha hacía durante el acceso. Las mismas hermanas de caridad refieren varias pruebas que ellas hicieron durante el tiempo que permaneció en el Hospital, y que han continuado después en el Hospicio, a donde pasó abandonada ya de los médicos como incurable; como haberle, repetidas veces cuando estaba en el furor y pedía que beber, pasado un vaso de agua bendita sin podérselo hacer tomar; pasarle después otro con agua natural y al momento tomarla; ponerle a escondidas una gota de agua bendita en una cucharada de jarabe y rehusarla; pasarle en seguida una cucharada de jarabe solo y al instante tomarla; en otra ocasión quebrar el vaso en que le daban la bebida y tragarse los pedazos; en otra ponerle una brasa de fuego en la mano y después de tenerla largo rato encendida, apagarla tirándola hecha carbón, e infinitas otras que no entran en mi propósito referir aquí.

Finalmente, de las observaciones hechas o presenciadas por mí mismo en sólo estos seis días resulta:

1º Que esta muchacha sufre dos clases diferentes de ataques, sucediéndose cada uno de ellos de tres en tres días.

2º Que el primer ataque principia entre siete y ocho de la mañana y concluye infaliblemente a las once de la noche.

3º Que el segundo principia poco más o menos a la misma hora, pero dura un corto rato, repitiéndole sí muchas veces en el día.

4º Que durante el primero habla, come y ejecuta todas sus operaciones necesarias; pero no así en el segundo, en el que permanece en una especie de letargo sin decir ni hacer nada.

5º Que durante el primero sufre fuertes convulsiones al parecer nerviosas, pero de un carácter extraño y desconocido;

levanta extraordinariamente el pecho, hace sonar el estómago como quien agita violentamente un barril lleno de algún líquido, hincha el vientre de tal manera que no han podido dos hombres cargándose encima vencer su resistencia, ni las fuerzas de cinco han bastado para darla vuelta y nada de esto he observado en el segundo.

6º Que el primer ataque consiste en una especie de furor constante y habitual, durante el cual en todo lo que habla y en todo lo que hace parece ser impulsada por otra persona, que ejecuta en ella sus movimientos, sin tener ninguna parte la voluntad individual y su determinación.

7º Que siempre que habla lo hace en tercera persona y dice ser el demonio el que allí habita, confirmando al parecer este dicho en todas sus operaciones.

8º Que jamás en estas circunstancias se le ha podido hacer proferir una palabra sagrada, dando, por el contrario, a Dios y a los Santos los más groseros epítetos.

9º Que tampoco se le ha podido hacer sufrir en ninguna parte del cuerpo, ni aun debajo de la almohada, algún objeto sagrado por más que se ha hecho para engañarla.

10. Que no obstante que sus pupilas están perfectamente recogidas entre los párpados, ella no sólo ve lo que se hace en su presencia, sino también conoce lo que se ejecuta por detrás.

11. Que no teniendo sensibilidad alguna, como lo manifiestan los sinapismos, alfileres, y otras mil pruebas hechas con este objeto, ella todo lo oye, dando no sólo las más convenientes y significativas respuestas a las preguntas que se le han dirigido en francés, en inglés y en latín, sino que también ha respondido a preguntas intencionales; al menos yo puedo responder de la exactitud de dos que yo mismo le hice, haciéndome conocer por sus respuestas que había penetrado perfectamente mi pensamiento.

12. Que predice con toda exactitud el día y la hora en que el ataque le principia y el día y la hora en que concluye.

13. Que siendo una muchacha candorosa y honesta en su estado de sanidad, habla durante el ataque las más groseras obscenidades.

14. Que mientras se ríe manifestando regocijo cuando en

cualquier idioma se le canta alguna canción profana, se pone furiosa cuando se entona algún himno sagrado cuya entonación sigue sin embargo, cualquiera que ella sea, con cierto furor, cambiando, empero, con la mayor destreza las palabras sagradas por palabras obscenas.

15. Que al momento que en su presencia se ha rezado algún salmo o cántico sagrado, bien haya sido fuerte o despacio que ella no haya oído bien en cualquier idioma, se ha puesto furiosa, dándose contra el suelo, con tal violencia algunas veces, que sería naturalmente imposible, que la cabeza más dura que se haya conocido hubiese podido resistir un solo golpe sin hacerse pedazos, mientras que ella nada sentía, aunque se llevase horas o días enteros golpeándose, pues nunca cesaba de hacerlo mientras el rezo continuaba.

16. Que en estas circunstancias ningún seglar ha podido tranquilizarla un momento, por más esfuerzos que algunos han hecho, obedeciendo por el contrario al instante al mandato que cualquier sacerdote le hacía en nombre de Dios, con sólo tres excepciones en más de cien veces que esto se repitió.

17. Que mientras que cualquier lectura sagrada producía el efecto de enfurecerla, la lectura profana en lengua que ella no podía saber, como por ejemplo en latín, la dejaba impasible y tranquila, lo que sucedió muchas veces, con sólo la excepción que anteriormente he notado.

18. Que el mismo efecto producía la lectura sagrada en su segundo ataque, no obstante que, como he dicho, era éste de tal naturaleza que mientras estaba con él no se agitaba violentamente por ningún medio natural o artificial.

19. Que no durando éste nunca más de media hora, cuando se estaba rezando, no concluía por sí mismo, aunque se pasase de este término, llegando una vez a hacerlo durar hora y media y probablemente habría durado todo el día si no hubiese apelado al remedio conocido.

20. Que ningún remedio se ha encontrado en la medicina a propósito para sanarla, ni siquiera para calmar un instante la violencia de sus ataques.

21. Que por el contrario cuantas veces se le ha rezado el Evangelio de San Juan con los requisitos prescritos por el ritual,

fuerte que ella lo haya oído, o despacio, y sin que haya podido apercibirse de ello, en francés, en español, en latín, en griego, ha producido inmediatamente y siempre la conclusión de su ataque, habiéndose repetido en sólo estos seis días más de veinte veces, de ellas ocho o nueve por distintos sacerdotes y las demás veces por el que habla.

22. Que dos o tres veces que por vía de prueba leyó el Evangelio un seglar no produjo el mismo efecto, y finalmente, que tampoco produjo su efecto dos veces que se le recitó sobre sentado, y tres más en que se omitieron algunas palabras del Evangelio, hasta que se repitió bien, sin omitir palabra alguna, y en todo conforme con las prescripciones de la Iglesia.

Esta es, Ilustrísimo Señor, la relación fiel de hechos verificados a presencia de más de cuatrocientas a quinientas personas que en diferentes ocasiones han asistido en estos seis días al Hospicio, sin contar muchísimos otros que aunque han asistido también no han podido ser testigos, ya porque llegaban a destiempo o porque el mismo concurso se los impedía. Dejo al cuidado ajeno el explicar y conciliar estos hechos con una supuesta ficción, enfermedad o magnetismo. Yo por mi parte confieso que mi razón no tiene tanto alcance.

Acompaño a continuación los informes que he podido obtener de los facultativos que han reconocido a la referida enferma, por invitación que a nombre de S. S. les hice, al menos a algunos de ellos.

Con fecha 31 de julio dirigí la carta, cuya copia acompaño bajo el núm. 1, a los doctores Sazie, Ríos, Mac Dermott y Laiseca. Sólo el doctor Laiseca me contestó, la que acompaño bajo el núm. 2. Al día siguiente le mandé los seis pesos que me manda pedir en ella, y con el mismo portador me remitió el informe que acompaño bajo el núm. 3, mandando seguramente él mismo una copia a *El Ferrocarril*, porque es ésta la primera vez que el informe original sale de mi poder. De los otros tres facultativos sólo el doctor Mac Dermott remitió su informe que acompaño bajo el núm. 4.

En la semana siguiente dirigí la carta que acompaño bajo el núm. 5 a los doctores García, Fontecilla, Villarreal, Tocornal, Carmona y Baraña, que habían estado el sábado en el Hospicio

y practicado algunos reconocimientos. De éstos el doctor Fontecilla, el doctor Villarreal, el doctor Barañao y el doctor García han mandado sus informes, que acompaño bajo los números 6, 7, 8 y 9. Los señores Tocornal y Carmona se han negado a evacuar el suyo. Finalmente, presento bajo el número 10 el informe del doctor Padín, que aunque no estuvo en el Hospicio, tiene de la enferma un largo conocimiento, advirtiendo que todos éstos han dado sus informes graciosamente, sin exigir honorario alguno.

Dios guarde a S. S. Iltma. y Rvdma.

José Raimundo Zisternas.

Agosto 15 de 1857.

I N F O R M E S

de varios facultativos que practicaron sus reconocimientos, expresando en ellos el juicio que se han formado sobre semejante fenómeno.

DOCUMENTO NUMERO 1

SEÑOR DON

31 de julio de 1857.

Señor mío:

Espero que al pie de ésta, o por separado, como a Ud. le parezca, tendrá la bondad de emitir el juicio que se hubiere formado sobre la enfermedad, o como quiera llamarle, de la muchacha que visitó el martes de la presente semana en el Hospicio, por invitación que le hice de parte del señor Arzobispo.

Con el fin, pues, de presentar, en desempeño de mi comisión, el informe de Ud. como el de los demás facultativos que practicaron la misma visita, espero que hoy mismo se servirá hacerlo, siendo del todo inútil para el objeto que se necesita, si antes de las diez de la noche no puedo presentar al señor Arzobispo los informes pedidos.

Ud. tendrá la bondad de remitirlo al Hospicio junto con el recibo del honorario que exija por él.

Intertanto me repito de Ud. su atento, seguro servidor y capellán.

J. R. Zisternas.

NUMERO 2

Sr. PRESBITERO DON RAIMUNDO ZISTERNAS.

Julio 31 de 1857.

Señor:

En contestación a la atenta nota de Ud. que acabo de recibir, y por la cual el señor presbítero, para desempeñar cierta comisión, pide que le remita al Hospicio el informe sobre el concepto que como médico me haya podido formar yo, relativo a la enfermedad de la paciente que pasé a reconocer al Hospicio, por invitación que Ud. me hizo de parte del señor Arzobispo, digo: Que el día 3 del entrante, a las 4 de la mañana, podrá el señor presbítero mandar por el certificado que solicita, como también seis pesos por mi honorario, pues yo no tengo cómo mandar allá.

Tengo el honor de suscribirme del señor presbítero, muy atento servidor.

Dr. Andrés Laiseca.

NUMERO 3

El profesor de medicina y cirugía que suscribe, residente en esta capital, certifica en debida forma: que el día 28 del pasado, como a las tres de la tarde, me trasladé a la casa del Hospicio, para reconocer si la enfermedad de una joven allí reclusa era *natural o sobrenatural*, y en todo caso determinar cuál sería ésta, según lo expresaba la invitación, que recibí por escrito, firmada por el presbítero señor don José Raimundo Zisternas, por encargo de S. S. el Ilmo. señor Arzobispo, con el expresado objeto.

Luego que me presenté, fui introducido a una pieza enteramente llena de sacerdotes, de señoras y de varias otras gentes,

por entre las cuales con dificultad pude llegar hasta la enferma. Esta se hallaba tendida sobre una cama en el suelo, y presentando actualmente los síntomas siguientes: convulsión de todos los músculos de la cabeza, del tronco y de los miembros; hinchazón o sublevación y represión alternativas del cuello, del pecho y del vientre, pudiéndose oír en este último el ruido formado por los líquidos y por los gases contenidos en el tubo intestinal fuertemente sacudido por las convulsiones musculares; calor natural, aridez de la piel, sequedad de la boca, semblante descompuesto y expresando la angustia, ojos cerrados, conjuntivas y escleróticas fuertemente inyectadas, rotación convulsiva del globo del ojo, pupilas dilatadas e inmóviles, respiración más o menos difícil y algunas veces con estertor, movimientos del corazón tumultuosos y más o menos fuertes, afonía, pulso concentrado, lento e irregular.

La enferma es una joven como de 18 años de edad, de temperamento sanguíneo-nervioso y de idiosincrasia uterina. Estado soltera.

Ignoro el tiempo ha que padece de esta enfermedad y cuál haya sido la educación y el género de vida de la paciente. Sólo sé que estuvo por esta misma enfermedad algún tiempo en el hospital de San Borja de esta ciudad, en donde, sea por los remedios que se le hicieron, sea independientemente de ellos, pasó unos cuantos meses sin que le repitiera el accidente.

Nada tiene de sobrenatural esta enfermedad, nada de extraordinario sino la inmensa variedad de sus formas, la irregularidad de su marcha, sus diversos modos de determinación y la falta de rasgos constantes y característicos sobre el cadáver. A esto agregaré como una indicación humanitaria el ser esta enfermedad, como las otras enfermedades convulsivas, esencialmente contagiosa por imitación; y que por lo mismo están expuestas a contraerla todas las personas, sobre todo del sexo femenino, que por una necia curiosidad, o por cualquier otro motivo, concurren a presenciar el penoso estado convulsivo de estos enfermos.

Ha sido sin duda por todas estas circunstancias y por algunas otras que allá en tiempos remotos se daba el nombre de *endiabladas* o de *endemoniadas* a las personas que la padecían, nombre que hoy se ha reemplazado por el más modesto, aunque no más inteligible, de *espiritadas*.

Nada tiene tampoco de sobrehumano ni de extraordinario el que con éstos o con aquellos medios empleados puedan suspenderse todos o muchos de los principales síntomas instantáneamente y por un tiempo más o menos largo. La ciencia posee casos de curaciones radicales e instantáneas obtenidas por una fuerte impresión moral.

Esta enfermedad, que en medicina se llama histérico, es la que en mi concepto sufre la paciente en cuestión.

Para los efectos que convengan, firmo el presente, en Santiago, a 3 de agosto de 1857.

Dr. Andrés Laiseca

Miembro propietario de la Universidad y de
la Facultad de Medicina de Bogotá

NUMERO 4

Santiago, agosto 8 de 1857.

Sr. DON J. RAIMUNDO ZISTERNAS.

Muy señor mío:

En contestación de su apreciable del 31 del pasado, pidiendo un informe sobre el juicio que me he formado de la enfermedad de la muchacha que visité el martes 28 de julio en el Hospicio, digo que después de las explicaciones profesionales prestadas por el facultativo que asistió también el violento parasismo que yo mismo he presenciado, soy de opinión que debemos calificar el mal como un histérico sumamente agravado. Como mi visita era puramente de caridad no puedo admitir el honorario que Ud. ha tenido la bondad de ofrecerme.

Soy de Ud. su atento seguro servidor.

Juan Mac Dermott M. D.

Miembro del Colegio Real de Médicos, Londres

SEÑOR DON

Señor mío:

Espero que al pie de ésta o por separado, como a Ud. le parezca, tendrá la bondad de emitir el juicio que se hubiere formado sobre la enfermedad, o como quiera llamarla, de la muchacha que visitó en el Hospicio.

Con el fin, pues, de presentar al señor Arzobispo, en desempeño de mi comisión, el informe de Ud. como el de los demás facultativos que practicaron igual reconocimiento, espero que Ud. se servirá evacuarlo lo más pronto que le sea posible y remitirlo a mi casa o darme aviso para mandar por él a la suya, indicándome al mismo tiempo el honorario que exija por él para cubrirlo.

Soy de Ud. su atento y seguro servidor y capellán.

J. R. Zisternas.

NUMERO 6

El facultativo que suscribe certifica: que habiendo pasado al Hospicio a examinar una joven que se encontraba en ese establecimiento, cuyo nombre ignoro, y que se decía estar enferma, he notado lo siguiente:

Dicha joven de poco más o menos de 18 años de edad, de temperamento sanguíneo-nervioso, bien constituida; a las 10 del día, hora en que la vi, se notaban síntomas epilépticos, tales como convulsiones, rechinar de dientes, contorsiones involuntarias, etc. Empleando en ella un prolijo examen médico, observé cosas que me dejaban un vacío inexplicable. El sacerdote que la asistía me indicó si deseaba ver los efectos que producían en ella las oraciones de la Iglesia, a lo cual accedí, y entonces vi que

en el transcurso del rezo las convulsiones y síntomas enumerados se exasperaban al extremo de darse horribles golpes en el cráneo sin manifestar signos de sensibilidad, cuya excitación se calmaba una vez que se concluía de recitarlas y al mandato del sacerdote en el nombre de Dios. Es de notar que habiendo introducido furtivamente bajo la almohada un *lignum crucis*, inmediatamente lo arrojó, y al tenor de esto se observaron otras muchas cosas que sería largo enumerar y que no son síntomas propios de una epiléptica o cataléptica.

Deseando cerciorarme si podría todo esto ser una ficción, hice varios experimentos que me demostraron hasta la evidencia todo lo contrario.

Una vez que el sacerdote recitó el Evangelio de San Juan (con el cual dice ella que sana), sufrió las más espantosas conmociones nerviosas, y así que aquel iba concluyendo, presentó un aspecto que no es posible describir, y permaneció en este estado todo el espacio de tiempo que el sacerdote estuvo en silencio, hasta que, acabado que fue, cesó completamente el ataque, quedando la joven en su razón y sin lesión alguna. Iguales cosas se observaron en la noche y con el mismo resultado. De todo lo expuesto concluiré diciendo: que el campo de las enfermedades nerviosas es inmenso y que la presente no la he visto descrita en ningún autor; por consiguiente, necesitaría de nuevas observaciones para dar una opinión acertada.

P. Eleodoro Fontecilla.

NUMERO 7

SEÑOR DON RAIMUNDO ZISTERNAS.

Santiago, agosto 13 de 1857.

Muy señor mío:

Antes de manifestar a Ud. mi parecer sobre los raros accidentes observados en la niña de la casa de Hospicio, debo pre-

venirle que mi opinión no lleva en sí el prestigio como la de un médico titulado, porque todavía no lo soy; a más sólo he tenido ocasión de observar esos accidentes una vez, y el caso es enteramente sorprendente y raro para juzgarlo con franqueza; por el contrario, creo que cualquiera opinión debe ser reservada en este asunto, y mucho más la de un joven que recién principia. Por otra parte, según he oído decir, el pensar de médicos de nota, uno de ellos mi muy respetable maestro, es contrario a mi humilde concepto, lo que debe hacerme receloso en cuanto a la exactitud de mi juicio.

Sin embargo, como Ud. me pide mi opinión sobre el particular, debo declararle que, si la serie de fenómenos que con Ud. y otros muchos hemos observado en esa niña, se reproducen siempre en la misma forma, si aparecen y desaparecen siempre del mismo modo y con los mismos caracteres que una sola vez he presenciado, creo, señor, que dichos fenómenos reconocen una causa desconocida en la medicina, y no alcanzo a comprender cómo puedan ser clasificados en un cuadro de enfermedades, pues, no sé qué nombre dar a esos accidentes de tal naturaleza y carácter.

Con lo expuesto creo satisfecho el deseo de Ud., aunque, como ya he dicho, mi parecer valga muy poco.

Soy de Ud. atento servidor Q.B.S.M.

Joaquín Baraña.

NUMERO 8

SEÑOR DON RAIMUNDO ZISTERNAS.

Agosto 8 de 1857.

Muy señor mío:

Con motivo de no tener formada conciencia respecto de la enferma, hasta que no haya hecho nuevas observaciones, no podré dar a Ud. mi parecer.

Soy de Ud.

Zenón Villarreal.

El facultativo que suscribe expone que hace cerca de un año que vi a la joven Carmen Marín bajo el acceso de su mal y fuera de él, examinándola detenidamente y con prevenciones si se quiere en contra de la realidad de los fenómenos que en ella se observaran; pero a pesar de todo cuanto hice por descubrir ficción, obtuve sólo por resultado la realidad impasible de fingir de los siguientes fenómenos.

Invasión del acceso: ningún síntoma precursor, sonrisa agradable, vista algo fija, ojo brillante y ligeramente húmedo, lasitud de los miembros superiores e inferiores y contracción lateral y hacia atrás del tronco. A estos síntomas del primer período sucedieron infección de la cara, cuello y manos, circulación más acelerada y poco regular sin aumento en la llanura del pulso, movimientos laterales de la cabeza, mayor infección de la conjuntiva, estrabismo superior y algo lateral, fijeza de la córnea bajo el párpado superior, y contracciones como rotatorias de la esclerótica sin variar la dirección del círculo córneo, párpados fijos y entreabiertos, más depresión del párpado superior que del inferior. El cuello abultado, las carótidas pulsán con fuerza y están abultadas en su volumen, no hay isocronismo entre ellas y el latido de la radial, que es menos llena y vibrante.

En el tórax y abdomen un movimiento de vaivén produciendo un chasquido semejante al de un cuerpo que se choca con el agua. Examinando por la presión el vientre se siente ocupado por un cuerpo redondeado y duro que ocupa los dos tercios o más de otra cavidad, que se mueve independiente de las paredes abdominales, cuyos músculos pueden aislarse de dicho cuerpo; la presión fuerte y sostenida no le detiene en un punto, se escurre debajo de las manos y momentos hay en que desaparece superiormente en este caso, el tórax se dilata de una manera asombrosa y el movimiento de elevación y depresión sin alternativas y sin isocronismo con la respiración. Durante estos movimientos las secreciones no se relajan y la inteligencia se presta al raciocinio por varias que sean las preguntas a las que contesta con precisión en la mayor parte de los casos.

Después de varias aplicaciones terapéuticas energéticas y de

mil pruebas operadas por los circunstantes interesados como yo en descubrir la verdad o fingimiento de la paciente, hice llamar al presbítero don Francisco Echeverría, que quería conocerla, y deseoso de comprobar si era verdad que un Evangelio la volvía, dije a dicho señor: Nada he sacado con la medicina y cuanto se ha hecho por volverla, ponga Ud. su mano sobre ella y aplique un Evangelio que dicen que la vuelve a su estado normal. Hízolo así dicho señor, y en el acto todos los síntomas y signos se exageraron de tal modo, que daba horror mirar su fisonomía, hasta que concluido dicho Evangelio, cesó todo para quedar enteramente buena.

Mil consideraciones me sugirió un fenómeno semejante, que a nada se parecía de cuanto la ciencia médica describe como enfermedad y confieso que sin darle un falso nombre o suponer una hipótesis tal vez ridícula, no puede clasificarse el presente caso entre las afecciones conocidas o en las aberraciones de éstas.

Pero aparte de todo cuanto pueda presumir la ciencia, es preciso confesar desde luego que la oración de la Iglesia a que me he referido es eficaz remedio para el presente caso, si se considera una afección mórbida, cuyo tipo desconozco.

Es cuanto puedo exponer en obsequio de la verdad.

Santiago, agosto 7 de 1857.

V. A. Padin.

NUMERO 10

Don Benito García Fernández, doctor en medicina y cirugía por la Universidad de Madrid e incorporado a la de La Habana, licenciado por la de Chile; socio honorario, de número y corresponsal de la Academia de Esculapio; socio agregado, de número y corresponsal del Instituto Médico Español; ex secretario del mismo, etc., informa:

Antecedentes fisiológicos: Que doña Carmen Marín (vulgar-

mente la endemoniada), como de 20 años de edad, temperamento femenino más bien sanguíneo-nervioso que linfático, más bien robusta que débil; estatura regular; bien conformada; *buena dentadura* (jamás le han dolido las muelas, ni tiene una picada); buen apetito habitualmente; buena digestión; buena menstruación (jamás ha estado elevada (amenorrea), ni ha tenido dolores de ijada); pulmones sanos (los dos); corazón en estado normal y pulso como de ochenta latidos por minuto (en el intermedio de los ataques y en 11 días que la he observado después); tiene una cicatriz, en hoyito, en la parte superior de la frente (según dice la paciente, de resultas de una caída en época anterior al desarrollo de su razón); tiene en las partes laterales del cuello y detrás de las orejas cicatrices como las que dejan las picaduras de sanguijuelas; en la flexura de los brazos, en los dos, tiene pequeñas cicatrices como las que dejan las sangrías del brazo; en su cuerpo, particularmente en la cara, tiene cicatrices como las que dejan las viruelas; su aparato muscular, particularmente el de las extremidades superiores, y más aún el de los antebrazos y manos, está muy desarrollado (como sucede en las lavanderas o en las personas que habitualmente hacen mucha fuerza).

Examen frenológico del cráneo: Su cabeza está medianamente desarrollada; no hay región alguna que lo esté más que otra, si se exceptúa acaso la región temporal anterior (parte superior y media de las sienas), que la tiene como la que observamos en los buenos maquinistas, ingenieros, algunos artistas, etc., los órganos de los instintos (que nos son comunes con los animales) están medianamente desarrollados, como entre el grado 5º y 7º; los órganos intelectuales, lo mismo los de observación que los de reflexión, están también, sin exceptuar uno, entre los 5º y 8º grados; los órganos morales del mismo, entre los 5º y 8º (los frenólogos dividen el desarrollo de los órganos en 10 grados; el 1º corresponde al idiotismo, el 10 al máximo que se conoce). En particular, el órgano de la *amatividad* o inclinación al otro sexo está en el grado 6º; el de la *filogenitura* o amor a los hijos, en el 8º; la *benevolencia* (el órgano de hacer bien), la *idealidad*, la *maravillosidad* y la sublimidad en el 8º; la *esperanza* en el 7º; la *veneración* (el órgano religioso por excelencia) en el 6º; la *causalidad* en el 8º; la *apreciatividad* (órgano de la dignidad) lo tie-

ne más desarrollado que el de lapreciatividad (o vanidad); inferior al 5º grado no tiene ninguno. Es, pues, esta cabeza una de las mejor organizadas y armónicas que se nos presenta en la práctica. *El cuerpo de esta enferma está bien conservado, y no hay ajamiento ninguno en sus pechos ni en sus carnes.* *Reflexiones:* Si hubiéramos de juzgar a doña Carmen Marín por su organización, diríamos que sería una buena esposa, excelente madre de familia, bastante moral, muy filantrópica, muy aficionada a lo bello, buena religiosa, con bastante capacidad para observar las cosas y más para reflexionar. En cuanto al resto de su organización no parece que debiera sufrir ninguna enfermedad crónica de las que habitualmente padece nuestra especie. Completan este cuadro fisiológico cierta modestia y pudor que se revelan en su conversación al interrogarle sobre tantas cosas que he tenido que preguntarle.

Antecedentes de varias enfermedades tomadas de la misma paciente: Sufrió en su infancia de la tos convulsiva, la gripe (vulgarmente garrotazo) y últimamente las viruelas, de cuyas enfermedades no le ha quedado reliquia crónica ninguna. Dice haber tenido otros malecillos, como constipados y alguna pequeña indigestión. *Reflexiones:* Tampoco de aquí puede inferirse que doña Carmen Marín está dispuesta a sufrir ninguna enfermedad crónica. De modo que ni por la fisiología (salud) ni por la patología (estado de enfermedad) es probable (aunque sí posible) que tenga padecimiento crónico ninguno.

Antecedentes de la enfermedad en cuestión:

(Estos han sido tomados, algunos de la misma paciente y otros de las Hermanas de la Caridad, de la cuidadora, de varios sacerdotes, de caballeros y señoras que la han visto y de algunos profesores de medicina).

Doña Carmen Marín nació en Valparaíso, de familia pobre, pero no de última clase; no alcanzó a conocer a su madre, y su padre murió antes que ella naciera. Los primeros años los pasó en el campo, cerca de Quillota; después estuvo en Valparaíso, con una educación algo descuidada, pero no abandonada enteramente.

A los 11 ó 12 años la pusieron en el colegio de las monjas francesas de Valparaíso. Un día suplicó a la superiora que le

permitiese velar al *Santísimo* por la noche, alternando con las monjas. A fuerza de instancias se le concedió la gracia que pedía, advirtiéndole la superiora que si tenía miedo avisase a la monja que le correspondía en turno para que fuese. Llegaron las once de la noche, hora en que la Carmen debía ir a la iglesia por primera vez a deshoras de la noche. Encendió un farolito y con un poco de miedo bajó una escala, atravesó un patio y entró en la iglesia, donde se arrodilló al pie del *Sacramento*. En la travesía de su dormitorio a la capilla tuvo mucho miedo, y le pareció oír por allí cerca al perro del convento y otros ruidos extraños, figurándose que pasaban por delante de ella algunos bultos; pero ella procuró mirar bien con el farol y no vio nada, atribuyendo a puro miedo lo que al parecer oía y veía.

Estando ya hincada al pie del altar, y sola en la oración, oyó palabras como de hombres que estuviesen ebrios disputando al lado de afuera de la muralla de la iglesia, aunque algunas veces los sentía tan cerca que le parecía estaban al lado de adentro. Oyó también golpes y aullidos como de perros, gatos y otros animales hacia la sacristía, altares y otros puntos de la iglesia. Tuvo tanto miedo con todo esto que muchas veces le vino la tentación de abandonar al *Santísimo* y marcharse a su cuarto; pero resistió, haciendo un grande esfuerzo, temiendo que se enojaran las monjas y le retiraran la gracia que le habían concedido de hacer oración por la noche en presencia de S. D. M.

Al fin llegaron las 12 de la noche y vino la monja que la había de reemplazar en la oración, con lo cual se retiró a su dormitorio y se acostó en su cama.

Ella no sabe lo que pasó después; pero según oyó, andando el tiempo, se levantó de la cama y empezó a pelear con las niñas, golpeando a las que pillaba; ella me ha hecho esta relación, pero otra persona que ha dirigido su conciencia me ha contado lo siguiente: Se acostó en la cama y durante el sueño tuvo una pesadilla, en la cual le parecía que estaba luchando con el diablo a brazo partido. Con la agitación y susto que es consiguiente despertó, y después ya no sabe lo que pasó. (Aunque las dos versiones son verosímiles, la última me parece la cierta, porque noté en su relación que a la paciente le daba como vergüenza al recordar estos antecedentes de su vida).

La creyeron enferma y desde entonces, que hace cerca de seis años, se ha medicinado con pequeñas interrupciones, hasta hace pocos meses que salió del hospital. Los remedios han sido los siguientes: sangrías de los dos brazos y de los pies; infinidad de aplicaciones de sanguijuelas al cuello, detrás de las orejas y abajo; cáusticos a la nuca; nieve a la cabeza; vomitivos y purgantes, incluyendo el quimagogo; píldoras y bebidas, las innumerables, además de muchos remedios de médicas y adivinos, siendo todo inútil.

Salió de las monjas. (Los hechos siguientes no los sé cronológicamente o por el orden que han sucedido).

La vio una médica y dijo que la sanaba, se la llevó a su casa, a un cerro o quebrada, y en los ocho días que estuvo allí no le dio el mal, siendo éste el primer descanso que tenía después de algunos meses que le daba. El remedio que tomó fue piedra de altar molida en agua bendita. Creyéndola buena la médica, la mandó a su casa y en el camino le dio el mal.

En esta época empezó a pasar muchos trabajos, porque no teniendo padre ni madre, las personas que la tenían en su casa creyeron *que se hacía o fingía el mal*.

Una vez, un hermano suyo, creyendo que *se hacía*, la encerró en un cuarto, durante un ataque y la golpeó tanto que por muchos días le quedaron señales en la cara y cuerpo, y acaso la hubiese muerto si no hubiera entrado gente a quitársela de entre las manos.

En esta época también, muy triste según dice ella, porque la trataban como a un animal, la instaron para que se casase. Ella rehusó el matrimonio; pero las instancias se llevaron a un grado extremo al cual una madre no los lleva jamás... (Recuérdese que hemos dicho que su cuerpo está conservado).

La mandaron al hospital y como ella había oído en un sermón que era preferible la muerte a ofender a Dios, trató de quitarse la vida, ahorcándose en la primera ocasión; llegó ésta, se encerró en un cuarto, echando la llave por dentro; tomó una soga, se la puso al cuello y la amarró a un catre, de modo que el peso del cuerpo quedara pendiente de la cuerda. Hecho esto, ella perdió el conocimiento y cuando la encontraron en este estado tenía la lengua afuera, la cara negra, etc.

Volvió a la vida, y se continuó el tratamiento médico que se le había dispuesto; pero todo inútilmente.

Salió del hospital, enferma como siempre; vino a Santiago; vivió en la calle de las Ramadas y en Yungay; fue a San Francisco del Monte, a Valparaíso, nuevamente a Santiago, a San Borja, donde ha estado más de un año; a la casa central de las Hermanas de Caridad; vuelta al hospital y después al hospicio, donde la tenemos ahora.

En este tiempo ha pasado muchos trabajos la pobre, porque en todas partes se han aburrido con ella, unas veces porque creían *que se hacía* y otras porque la creían *endemoniada*. En todas partes le ha dado el ataque, en la iglesia de la Merced, en Santo Domingo, en la calle, en los caminos, en los viajes, etc., teniendo algunas temporaditas buenas, particularmente después que tuvo las viruelas, según dice ella.

Síntoma del ataque, tomado de varias personas. Ella, la paciente, sólo siente un zumbido al oído izquierdo, que enseguida le pasa al derecho; después no sabe nada; concluye el ataque y se encuentra buena y sana, sabiendo que ha tenido el mal por lo que le dicen, y no por lo que ella recuerda.

Le viene *como un mal*, que la bota al suelo, si la pilla en pie, que se parece a un *histérico*; pero sin llantos ni aflicción; que se parece a una *epilepsia o gota coral*, pero sin que todo sea convulsiones, ni arroje *jamás* espuma por la boca; también se parece a una *tontera o manía alegre*, recayendo las cosas que dice sobre asuntos religiosos, maldiciendo o hablando mal de las personas que se dedican al culto divino, como sucedería en una *monomanía diabólica*. A la simple vista, también se parece a los ataques nerviosos fingidos, que simulan ciertas personas de travesura cuando quieren conseguir alguna cosa que les tiene cuenta.

El ataque siempre empieza de repente y termina del mismo modo.

Tiene de duración desde algunos minutos hasta varias horas.

Generalmente le acomete de día con más frecuencia que de noche.

Tiene temporadas de estar muy atacada y otras que no lo está tanto.

La sensibilidad general, hable o no la paciente, oiga o no, está abolida enteramente.

Una persona le puso en la mano un carbón encendido, y lo restregó entre las manos hasta que se apagó sin dar muestra de sentirlo. Muchas personas la han pellizcado fuertemente y la han clavado con alfileres o agujas, sin que haya dado muestras de sensibilidad.

(Hay recuerdos de que en los primeros años se subió algunas veces a los árboles y se dejaba caer desde lo más alto sin que le sucediera nada).

(Se cuenta que en uno de los ataques le pasaron un vaso de agua, lo rompió con los dientes y se tragó vidrios y todo, sin que le sucediera nada. Esto creo que pasó en el hospital de San Borja).

(Se cuenta, y esto es casi inverosímil, que estando en un cuarto le dio un ataque, que salió corriendo para afuera y las personas que había en la habitación corrieron detrás de ella, y cuando creían agarrarla casi del vestido, se asombraron de verla, al abrir la puerta, sentada en lo alto de un cerro que había enfrente. Esto era en el campo).

Los hechos que van entre paréntesis los sé de un dicen nada más.

Le dan dos clases de ataques: en el uno está muda y sorda, no se ríe y parece tonta. Se le hincha mucho el cuello y se lleva con frecuencia la mano a la garganta como para arrancarse alguna cosa que la ahogase. Se tuerce mucho, llevando la cabeza tanto atrás que la junta con el espinazo, y al mismo tiempo dirige los pies en busca de la cabeza que sólo los separa poco más de una cuarta, medida esta distancia varias veces. Esta clase de ataques suelen ser cortos y repetidos. Durante el mes de julio, que ha estado atacada todo el mes, le daban bajo esta forma tres días sí, y tres no.

En la segunda forma de ataques, que podemos llamar habladores y alegres, le daban tres días seguidos, alternando con los ataques mudos. En los alegres, según las Hermanas de Caridad, estaba algunas veces graciosísima: pedía que comer y que beber, agua, vino, jamón, dulces, y de todo lo que hubiese. Si le traían, comía y bebía, generalmente, con voracidad. Solía

contestar a todo lo que le preguntaban, y si no, ella hablaba, siendo sus palabras favoritas *bribón, bribona, puto, puta, monigote, bribón, beata bribona*, etc. Si le hablaban de religión se enojaba y enfurecía; si le hablaban cosas mundanas, se alegraba (y esto constantemente). Si alguna vez le llevaban en el agua común agua bendita, sin que ella lo pudiese ver, por supuesto, se enfurecía y no la tomaba. Una vez hicieron la prueba de ponerle agua bendita en una bebida de tamarindos, que ella tomaba con gusto, y no la quiso tomar, diciendo: *beatas, bribonas*, etc. Cuando se aproximaba algún sacerdote, se enfurecía antes que ella pudiera verlo, diciendo: *monigote, bribón*.

En estos ataques, su fisonomía es burlesca y sarcástica, y según la feliz expresión de un inteligente que la ha visto bien, sólo el diablo podría reírse y burlarse como ella lo hace en semejante ocasión. Los ojos los tiene medio cerrados, y lo blanco de ellos vuelto hacia arriba. Suele estar sentada con la cabeza inclinada hacia adelante y moviéndola, lo cual sucede en los ratos pacíficos; otra está acostada, agitándose y golpeándose contra el suelo y las paredes, dándose cabezazos tales que llega a descascarar la pared, sin que a ella le suceda nada, ni sienta dolor alguno después que vuelve en sí. Siempre que habla lo hace en tercera persona, y cuando contesta lo verifica también, como si hubiera dentro de ella otra persona que hablara por su cuenta y riesgo. Su habla en estos ataques es balbuciente, un poco chillona y como de tiple, muy distinta de la que ella tiene en su estado natural. Como ella ha hablado tanto y se le han hecho tantas preguntas, en distintas ocasiones y por varias personas, voy a poner a continuación algunas de las principales, haciendo notar que como ella habla en tercera persona a esta tercera persona es a quien se le han dirigido las preguntas. Son como siguen:

¿A qué signo me obedeces? Al Evangelio de Juan (no de San Juan).

¿Y si yo te echo, te irás para siempre? No.

¿Cuándo volverás? Tal día, a tal hora. (El pronóstico sería exacto).

El martes de la última semana de julio pronosticó que el miércoles, jueves y viernes vendría su compañero, el "tonto";

que el sábado vendría él por todo el día, desde las siete de la mañana hasta las once de la noche para despedirse por año y medio. (El pronóstico se cumplió fielmente y se está cumpliendo todavía).

Estos ataques, lo mismo que los anteriores del mudo, se exacerban con los rezos sagrados; son indiferentes a las cosas profanas y a cualquier remedio que se les aplique, terminando *instantáneamente* con el Evangelio de San Juan, cualquiera que sea la época del ataque en que se le recite.

Pero el Evangelio surte efecto cuando lo dice un sacerdote o uno que haya recibido la orden de *exorcista*. Cuando se lo han dicho las Hermanas de la Caridad y no sé con certeza si otras personas extrañas, se ha reído a carcajadas.

Esta virtud del Evangelio vino a descubrirse por casualidad. Notaron las Hermanas que ella se enojaba cuando algún sacerdote se acercaba a su pieza o estaba dentro del Hospicio.

Un día que se encontraba allí don Macario Ossa, hijo de don Francisco Ignacio, que sólo tiene las órdenes menores, le suplicaron que le pusiera un Evangelio; el joven lo hizo, pero con mucho miedo. Ella se irritó, pero no se le paró el ataque. Preguntando por qué no se había ido, dijo: Porque no ha tenido fe, y sí mucho miedo. Se lo avisaron al joven, volvió a decir el Evangelio con más resolución y se puso buena en el acto.

Después se divulgó esto, fueron sacerdotes y fue tomando cuerpo el asunto. También se conserva la tradición de que los padres de la Merced y Santo Domingo la curaban con el Evangelio, cuando le daban los ataques en la iglesia hace años.

(Se refiere que en San Francisco del Monte estaba un día con el ataque en un cuarto, donde una madre tenía a dos hijitos muy enfermos, y en estas circunstancias pasó un sacerdote y fue llamado para que pusiese el Evangelio a los niños. Estos siguieron enfermos después de recitado aquél, pero la Carmen sanó en el acto, habiéndose antes agitado mucho).

Si a los ataques se les deja estar y no se dice el Evangelio de San Juan, pasan por sí solos; pero si se recita éste, cesan en el acto aun cuando se diga al principio del ataque.

Valor de estos hechos. ¿Son ciertos los hechos que me han referido? Si exceptúo los fenómenos que he puesto entre parén-

tesis, que sólo sé de oídas, los demás me los han contado las mismas personas que han presenciado los sucesos, escribiéndolos yo con las mismas palabras que los han dicho cuando he creído que esta circunstancia podría significar algo para formar idea clara del asunto. Estas personas tienen sanos sus sentidos para percibir lo que tienen delante de sus ojos y lo que oyen, y tienen la capacidad bastante para no formarse ilusiones. Además, los fenómenos que he referido no se han presentado una vez solamente, sino muchas, por años seguidos y en parajes distintos; no me los ha contado una sola persona, sino muchas, de edad y sexos distintos, y de categorías las más elevadas, entre ellas algunos incrédulos, y entre éstos un profesor de medicina. Tienen, pues, los testigos la circunstancia esencial de no haber sido engañados en la percepción de los hechos; pero ¿tienen la de no querer engañar, que es tan esencial como la primera? Yo, apreciador actual de estos hechos, que conozco a los testigos como personas sanas, de sentidos y de entendimiento, por ser personas de moralidad, honradas y veraces, *afirmo* que al referirme éstos *no han querido engañarme*. Mas en el extranjero y en la posteridad dirán que los testigos, aunque tenían las cualidades de no haberse engañado ni querer engañar, al fin, eran personas creyentes, como sacerdotes, beatas, etc., y por lo tanto interesados en que éstos se tuviesen por verdaderos, por lo cual, si todo esto conducía a formar un juicio contrario al modo general de ver las cosas, debería quedar en suspenso la razón hasta nuevas investigaciones. Veo la importancia de esta objeción, no para mí, que conozco a los testigos y que he sentido y leído en su fisonomía la expresión de la verdad, sino para los que han de juzgar a larga distancia o en el trascurso de los tiempos. Ya veremos que esta dificultad no es en realidad de importancia.

Ahora bien, si son ciertos estos hechos, *¿qué significan?* Cuestión es ésta difícil de resolver. Por una parte parece enfermedad, puesto que hay ataques medio convulsivos; mas por otra tienen muchos visos de ficción, por estar el diablo metido en el juego, contestando a las preguntas que le hacen las Hermanas de la Caridad y los sacerdotes y alborotarse con reliquias y rezos sagrados, y ceder al Evangelio de San Juan.

Como algunos de los hechos referidos salen del orden na-

tural de las cosas al menos de lo que comúnmente oímos y vemos, y como por otra parte yo era *en este asunto muy incrédulo, mirando con bastante prevención lo que se me contaba*, he querido armarme de la lógica más severa para no engañarme y por consiguiente para no engañar a nadie, no por lo que importa a los demás este negocio, sino por lo que me importa a mí.

Pero antes de discutir más este punto, bueno será referir lo que yo mismo he observado.

El viernes, 31 de julio, fui al Hospicio como a las doce del día, y vi a la enferma, *bien vista*; en el cuarto, que era pequeño, había dos camas y un colchón en el suelo. Una cama para la paciente, el colchón en el suelo para cuando le daban los ataques y la otra cama para la cuidadora. La enferma estaba sin el ataque, la examiné a mi satisfacción y le hice mil preguntas, lo mismo que a las Hermanas de Caridad y al presbítero que la asistía.

A juzgar por el orden con que se le habían repetido los ataques, creyeron todos que pronto se le repetirían, por lo cual me instaron para que me esperase un rato. Cansado de esperar en el cuarto, y no teniendo preguntas que hacerle, salí a ver el establecimiento. En esto llegaron unos amigos, y yo mismo los llamé al cuarto de la enferma con objeto de que la vieran, y entretener el tiempo a ver si llegaba el ataque por mí deseado, el cual no se hizo esperar mucho.

Al ratito de estar con la paciente, se llevó ésta la mano izquierda al ojo del mismo lado, como quien va a restregárselo cuando tiene sueño, y haciéndonos al mismo tiempo una seña la cuidadora, comprendí que ya empezaba el ataque y que deseaba que nos saliésemos para afuera por un momento. Yo, que mi objeto no era más que observar sin oponer obstáculo a que las cosas sucedieran naturalmente, salí para afuera, haciéndoles seña a mis compañeros, que me siguieron, quedando en el cuarto la cuidadora y la paciente nada más. Me hizo todo esto una impresión tal que ya no me quedó duda que todo era una pura ficción y farsa. Sin embargo, disimulé y volví a entrar un instante después a otra indicación de la cuidadora.

Al entrar estaba la Carmen con una pequeña convulsión *clónica* (de tira y afloja) de la caja del cuerpo y más de la cabeza; se hallaba medio acostada en el colchón inclinada al lado iz-

quierdo. La observé unos cuantos minutos en este estado, sin tocarle y hacerle nada, con bastante lástima por ver una ficción tan marcada. No obstante, me acerqué más y me fijé en su respiración, que era más frecuente *como de ciento por minuto*, diciendo ahora para mí: Si esto es fingido no puede durar mucho tiempo. Pasó un ratito y, como la respiración no calmase, ya me llamó la atención, dudando que aquello pudiera fingirse. Le tomé el pulso y lo encontré casi incontable, como a 140 por minuto (es de advertir que un poco antes del ataque lo tenía a 80). También esto me llamó la atención fuertemente; pero como la frecuencia de la respiración y la del pulso se dan la mano, todavía creía que fingiendo la primera, se aumentase el segundo como consecuencia necesaria. Examiné su semblante, el cual era muy distinto del natural que acabábamos de ver momentos antes: era un semblante estúpido, con gesticulaciones convulsivas como en ciertos ataques de *eclampsia* o alferecía. Los ojos estaban medio cerrados, faltando de una a dos líneas para juntar el borde libre de los párpados, los cuales tenían un estremecimiento convulsivo, como de abrir y cerrar, de doscientas y más vibraciones por minuto. Paré un rato mi atención y como seguía la convulsión de los párpados, la gesticulación convulsiva de la cara, la respiración frecuente y el pulso como lo he descrito antes, ya me parecía que esto no podía ser fingido. Al fin, le abrí los ojos con alguna dificultad y lo negro de ellos estaba vuelto hacia arriba y afuera del lado izquierdo y hacia arriba y adentro el del lado derecho. Mirando este fenómeno despacio, noté que la convulsión del globo del ojo no era *tónica* o *tetánica* sino *clónica*, pues, de cuando en cuando, los ojos giraban de una a otra parte, pudiendo notar en estos movimientos que la pupila era mucho más grande que lo natural e insensible a la luz. Entonces casi no me quedó ya duda de que aquello no era fingido; volví a mirar bien y observé de nuevo la respiración, el pulso, la fisonomía y los ojos, y no sabía qué pensar. Examinando de nuevo todas las partes de ella y mirando bien el conjunto, no pude resistir a la idea de que aquello era una enfermedad *histérico-nerviosa* u otra cualquiera, pero de las convulsivas, aunque un poco rara.

Como ya lo sabía, porque me lo habían dicho, que la en-

ferma hacía una porción de cosas con la lectura de asuntos sagrados, mandé llamar al presbítero don Raimundo Zisternas para que le leyese algo. Vino éste y, empezó a leer en un libro, que supe después era un ritual que tiene la Iglesia para los *exorcismos*. Conforme iba leyendo, la enferma se agitaba más y más dándose golpes en el suelo sin caridad ninguna, y agitándose tanto, que me parecía se iba a hacer pedazos. Mandé entonces suspender la lectura, volviendo a examinar la respiración, el pulso, la fisonomía y los ojos, cuyo estado se había empeorado mucho, sobre todo las convulsiones de la cara y de los ojos, que eran horriblemente espantosos. En esta situación el sacerdote le mandó en nombre de Dios que se sosegase y quedó tranquila como si estuviera muerta, respirando suavemente, pero continuando el pulso con la misma frecuencia.

En seguida nueva lectura sagrada y nueva agitación convulsiva, golpeante, saltona. Pasada la lectura seguía todavía golpeándose; pero mandada en nombre de Dios que se sosegase, quedó como muerta. Entonces, quedándome cierta duda de si aquello podía ser fingido, no porque pudiera fingirse lo que estaba viendo, sino porque yo no podía convenir en que se exaltase con ciertas lecturas, ni que obedeciese al nombre de Dios, me pareció que oía y que por esto se exaltaba; entonces, digo, le pillé su cabeza entre mis rodillas y se la apreté convulsivamente con todas mis fuerzas, poniendo el dedo pulgar detrás del lóbulo de la oreja, en el paraje más sensible que tenemos en el cuerpo, y donde apretando a los moribundos dan todavía señales de sensibilidad, a juzgar por cierto gesto de la cara. Los enfermos atacados al cerebro cuando ya hay derrame y son insensibles a todo, sienten todavía la presión fuerte detrás de las orejas, sobre todo, sabiéndose hacer, como yo sé, pues, tengo la costumbre de practicarlo desde que era estudiante. Le doy tanta importancia a este signo que lo creo muy superior al hierro y al fuego, y comparable sólo a lo que nos dicen de los tormentos de la Inquisición. *La enferma, pues, estaba insensible.*

Más lectura y más agitación, y nuevo sosiego en nombre de Dios. Se leyó un latín profano y fue insensible. Se leyó uno sagrado y saltó golpeándose. Le mandé yo mismo en nombre de

Dios que se sosegase y no me obedeció; le mandó lo mismo el sacerdote y quedó como muerta.

En este ataque no habló una palabra.

Cuando a mí me pareció se le puso el Evangelio de San Juan, y durante la lectura de éste se agitó mucho y se dio horribles golpes en el suelo, como si la cabeza fuera de madera; al acabarse la lectura quedó buena y sana instantáneamente. Su respiración se tranquilizó, el pulso bajó a noventa y tantas pulsaciones, las convulsiones cesaron, su semblante se puso natural sin indicar *cansancio ninguno*.

Le examiné la cabeza, buscando los chichones que yo creía encontrar, pero me admiró no hallar ninguno, ni la más pequeña señal. Le pregunté si le dolía algo, pero nada; le dije si le dolía detrás de la oreja, pero nada. Le apreté un poco en esta parte y vi que era sensible como todos. Le pregunté: ¿Qué ha tenido, Carmen? No sé. ¿Qué sintió hace un rato? Un ruido en el oído izquierdo. ¿Y después? Que éste pasó al cerebro. ¿Y después? Nada. ¿Le duele algo? Nada, la espalda un poco.

Eran ya las cuatro de la tarde y dejé el Hospicio en unión de mis amigos, un poco pensativo, porque tenía más significación para mí lo que acababa de ver, que para el señor presbítero Zisternas y para las Hermanas de la Caridad, pues, ni aquél, ni éstas tenían que hacer violencia a sus creencias, y yo tenía que hacerme mucha fuerza para abandonar la idea de que aquello no era ficción ni enfermedad; y si era enfermedad, ¿cómo cedía al Evangelio?

El día siguiente, sábado 1º de agosto, era, según había anunciado la enferma en el ataque locuaz del miércoles, el día grande por excelencia, pues estaría con el mal desde las siete de la mañana hasta las once de la noche; había anunciado más: que ese día sería el último hasta dentro de año y medio que volvería.

Con esta noticia fui el sábado al Hospicio, como a la una del día, pero me hallé con un gentío inmenso y no pude penetrar a donde estaba la enferma.

Allí supe que el ataque había empezado a las siete de la mañana, cumpliéndose el pronóstico de la enferma; supe también que se habían hecho muchas experiencias en ella, las cuales siguieron aún por un rato; pero en la apretura de tanta gente,

hubo un pequeño desorden, en vista de lo cual se le puso el Evangelio y quedó buena en el acto. Con esto se despejó un poco el campo y pudimos verla sin el ataque, sin que en el pulso, respiración, ni semblante se notara la menor señal de cansancio, como era natural se sintiese después de una agitación de seis horas.

Antes de pasarle el ataque había anunciado que le volvería entre siete y ocho de la noche, pero como la pregunta había sido condicional, se dudó si le volvería antes, y en esta duda me esperé hasta las cuatro de la tarde, en cuyo tiempo supe por distintas personas respetables, testigos de vista, que en las experiencias que se habían hecho en la mañana, se confirmaron todas las cosas que ya yo sabía de la paciente, acaecidas en días anteriores.

A las siete de la noche volví al Hospicio y como había temor de que entrase tanta gente como en el día, estaban cerradas las puertas y ya había perdido la esperanza de poder entrar cuando el señor don Fernando Lazcano, que conoció mi voz, tuvo la bondad de abrir la puerta entrando conmigo otros dos profesores de medicina, el señor Carmona y el señor Barañao, encontrando en el cuarto de la enferma a varias personas respetables, entre ellas el señor don Francisco Javier Tocornal ex protomédico, el profesor don Eleodoro Fontecilla y no sé si algún otro médico.

Cuando entramos ya estaba con el ataque, el cual le había empezado a las *siete y media en punto*; el señor Tocornal le estaba poniendo unos sinapismos; le ayudé en esta operación y le plantamos uno ancho y largo, bien cargado de mostaza, en toda la longitud del espinazo. Se le dieron a aspirar varias sustancias: éter, álcali volátil y cloroformo, que yo mismo apliqué. Su olfato fue poco sensible al éter, mucho al álcali volátil, poco al cloroformo. Juzgo que era sensible por lo siguiente: al aplicarle el pañuelo empapado en algunas de las sustancias dichas, retiraba la cara y agarraba con fuerza mi mano o el mismo pañuelo, para retirarlo de las narices, con tal maña y habilidad, que, a pesar de estar tres o cuatro en esta operación, sujetándole las manos y la cabeza, jamás pude hacerla oler, sin que ella lo impidiera en parte. Al mismo tiempo que se la forzaba a res-

pirar estas sustancias daba débiles chillidos, algo lastimosos. Pasadas estas experiencias, que en parte se hicieron estando ella sentada y principalmente en pie, la sentamos; se le dió a beber agua, que prefirió tomar en vaso a tomar en pocillo, con unas gotas de éter, según creo.

Si sólo juzgáramos por esta parte del ataque y de la observación, diría: que esto era una enfermedad nerviosa de poca importancia o más bien una ficción. Sin embargo, tenía al mismo tiempo una fisonomía burlesco-sarcástica, una hablilla chillona, los ojos medio azorados, una insensibilidad general completa, puesto que ni la presión fuerte detrás de la oreja, ni los alfilerazos que le llegaban hasta el hueso, practicado todo por mí, le hacían impresión ninguna, y sobre todo, *la pupila un poco dilatada e inmóvil, al aproximar la luz de la vela.*

Durante el tiempo que la enferma estuvo enteramente a disposición de los médicos, que fue como unos tres cuartos de hora, empleados en ponerle sinapismos, hacerle respirar las sustancias dichas, darle agua eterizada y observar el efecto de estas cosas, tenía la respiración un poco frecuente, no mucho, el pulso como de 90 a 100 por minuto, la fisonomía alegre, burlesca, la vista como si mirase y no viese, las pupilas un poco dilatadas e insensibles a la aproximación de la luz, convulsión ninguna o casi ninguna, más bien un temblor clónico (flexión y extensión) de la caja del cuerpo, del cual participaban algo las extremidades, más las superiores. El mayor tiempo de esta parte del ataque lo pasó la paciente sentada o medio acostada en el colchón que tenía en el suelo.

Viendo que el sinapismo de la espalda había puesto muy colorado el cutis, indiqué al Dr. Tocornal que se lo podríamos quitar, pues temía que ampollase y me daba lástima el pensar que, si se lo dejábamos por más tiempo, le podríamos dejar una llaga en toda la espalda para muchos días. Pero un gesto significativo de este caballero me indicó que se lo dejásemos, pues como todo era fingido (no fue ésta su expresión sino lo que yo comprendí de su gesto), no importaba que sufriera un poco.

Menciono esta circunstancia del sinapismo porque después nos olvidamos de él, en medio de las convulsiones que siguieron, sorprendiéndome sobremanera el que al pasar el ataque, cuando

fui a examinar la espalda encontré, en lugar de una ampolla extensa o por lo menos de una fuerte irritación cutánea, *sano y bueno el cutis sin rubicundez ninguna*, ni calor aumentado que indicase haber estado allí un sinapismo, pues, aun suponiendo lo más favorable, es decir que el sinapismo se rodara en medio de las convulsiones, era natural que quedase la rubicundez que yo había visto un rato antes de terminar el ataque.

El ataque, pues, era tranquilo.

En esta situación, unos querían que la dejásemos tranquila, entre ellos el doctor Tocornal, hasta que el ataque pasase por sí mismo; otros, que éramos los más y que ya la habíamos visto anteriormente, deseábamos que se sometiese al influjo religioso, y el último partido fue el que se adoptó.

Vino, pues, el señor presbítero don Raimundo Zisternas y leyó en su ritual en alta voz; la enferma, que estaba medio sentada, empezó a agitarse clónicamente (flexión y extensión); en uno de estos movimientos quedó en posición horizontal acostada; siguió agitándose, golpeándose, gesticulando y como gruñendo al mismo tiempo, y dando en el suelo con la cabeza empezó a arrastrarse, como el que avanza en el agua nadando de espaldas y de lado, como a pequeñas embestidas, avanzando en cada una de ellas, un poco al principio y después dos o tres pulgadas en cada una, pero sin hacer uso de las *piernas ni de los brazos para nada*, dando fuertes golpes en la cabeza, primero en el colchón, después en los ladrillos y en seguida en las piedras vivas, furiosa, con la fisonomía bultosa, descompuesta y convulsa. Conforme el sacerdote levantaba la voz, continuando su lectura, en ella iban aumentando los síntomas que acabo de bosquejar. Y como en esta situación nadie la tocaba, ella se fue saliendo del cuarto, casi por entre las piernas de todos, con la cabeza hacia adelante, y hubiera caído en una acequiecita que está a poca distancia de la puerta si no se hubiese parado la lectura, porque el doctor Tocornal dijo que aquello era una temeridad el excitarla tanto, pareciéndole sin duda que todo era fingido; a consecuencia de lo cual se cambiaron algunas palabras entre el sacerdote y el señor Tocornal.

Volvimos la enferma a su cama con algún trabajo, medio a

la rastra, y como siguiese agitándose, el señor Zisternas le mandó en nombre de Dios que se sosegase y quedó como muerta.

Nueva lectura sagrada y nueva agitación; nuevo mandato que se sosegase en nombre de Dios y calma en seguida, como muerta.

A la nueva lectura y nueva agitación, le mandé yo hasta cuarta vez que se sosegase en nombre de Dios, y no me obedeció; pero habiéndoselo mandado el señor Zisternas, quedó como muerta.

A simple vista parecía en mi credulidad que todo aquello era una solemne impostura, en la cual estaban de acuerdo la paciente y el señor Zisternas, pero los alfilerazos que yo le daba hasta el hueso, en el cual raspaba con la punta, restregando el alfiler en las carnes al sacarlo, la fuerte presión con el dedo detrás de las orejas, sin que ella diera muestras de sentirlo, indicaban que había una insensibilidad completa. La convulsión del globo de los ojos con un movimiento de rotación oblicua de derecha a izquierda y la inmovilidad de la pupila cuando podía observarse, eran pruebas concluyentes de que aquello no era fingimiento.

Se leyó de nuevo el ritual, agitándose como siempre; se leyó en Cicerón y le fue indiferente.

Se le cantaron versos religiosos en francés y versos profanos en el mismo idioma, agitándose con rabia en los primeros y alegrándose con los segundos, acompañando la entonación de un modo admirable, subiendo y bajando de tono, como si tuviera las notas a la vista, versificando con las palabras *bribón*, *bribona*, *monigote*, *bribón*, *beata*, etc.

En esta parte del ataque ella estaba sentada en el colchón con la cabeza inclinada hacia adelante, una fisonomía burlesco-sarcástica y una vocecita chillona, muy distante de la que le es natural.

Otros sacerdotes hicieron la misma prueba de leer casos sagrados y profanos en latín, por supuesto, siendo sensible con odio a las primeras e indiferente o alegre a los segundos, aunque no tanto como cuando lo hacía el señor Zisternas.

Se hizo allí la observación de que en un principio obedecía igualmente a todos los sacerdotes; pero desde que el Arzobispo

había comisionado al señor Zisternas, obedecía a éste con más facilidad que a los otros.

El señor presbítero Orrego recitó de memoria un latín profano y en seguida, sin variar de tono, continuó uno sagrado. Al primero fue sensible, agitándose, y al segundo indiferente.

Un sacerdote español, que entró a lo último, leyó en el ritual varias veces, en latín, y en castellano, y fue sensible; leyó en Cicerón, y fue indiferente.

El mismo sacerdote sacó un rosario y fue a ponerle la cruz en la boca y en el acto retiró la cara, como enojada, diciendo: *Bribón, bribona, monigote, bribón.*

Acto continuo sacó una llavecita, del mismo tamaño, poco más o menos que la cruz, y se la restregó por la boca, sin que diera muestras de incomodarle.

Repitió estas pruebas, variando, siendo sensible con rabia a la cruz e indiferente a la llave.

Entonces le agarré yo al sacerdote la llave y el rosario, sin hablarle nada, me acomodé ambas cosas en la mano derecha, de modo que sin quitarle la mano de debajo de la barba, pudiera a mi voluntad ponerle en la boca la cruz o la llave. Hice la prueba repetidas veces, variando la experiencia, y a la cruz fue sensible, pero a la llave indiferente, aunque de un modo menos notable que cuando lo hacía el sacerdote.

Cada uno hizo las pruebas que creyó convenientes sin que yo viese ninguna que no estuviera conforme con lo que acabo de referir.

Durante este tiempo le di muchos alfilerazos, como los que he referido antes, procurando hacerlo cuando me parecía, que si era fingido, debería estar con suma atención para oír cuando le leían cosas sagradas o profanas, a ver si en un descuido podía sorprender su sensibilidad, pero nada, jamás dio el menor indicio de sensibilidad.

Le apreté también detrás de las orejas, pero siempre insensible. Durante todo el ataque el pulso estuvo a 96 pulsaciones por término medio, sin que nunca bajase de 90 ni pasara de 100; la respiración un poco frecuente; la voz demudada, la fisonomía burlesca, los ojos convulsos, las pupilas un poco dilatadas e inmóviles, etc.

Se le cantó en inglés, sagrado y profano: fue sensible con furia a lo primero y sensible con alegría a lo segundo, siguiendo la entonación y versificando con sus palabras favoritas, bribón, etc.

El presbítero Zisternas le hizo algunas preguntas, muchas a instancias mías, por el tenor siguiente:

¿Tengo yo facultades para echarte? Sí.

¿A qué signo obedeces? Al Evangelio de Juan.

¿Por qué atormentas a la Carmen? Para probar su paciencia.

¿Cuándo volverás? Dentro de año y medio.

¿Volverás bajo la misma forma? *No se sabe.*

Es de advertir que ella contestó siempre como en tercera persona, que su palabra era medio balbuciente y que nunca contestó ni obedeció a la primera vez que se le preguntó sino a la tercera generalmente y aun a la cuarta, y jamás obedecía cuando se le mandaba en nombre de Dios.

Siendo ya las diez de la noche y estando todos más o menos satisfechos para poder formarse juicio, se resolvió decirle el Evangelio de San Juan. El Evangelio a que me refiero es el del capítulo 10, que empieza *in principio erat verbum*. Lo empezó, pues, en latín, el señor presbítero don Raimundo Zisternas y la enferma comenzó a agitarse, golpeándose, con convulsiones y gestos horribles, que parecía se iba a hacer pedazos; al llegar al versículo 9 y desde éste hasta el 13, se agitó y golpeó más y más y fue tomando una postura encorvada hacia atrás, la cabeza buscando el espinazo y los talones la cabeza, separando la cabeza de los talones unas diez o doce pulgadas. Los músculos del vientre contraídos hacia el espinazo o en su parte superior echaron hacia abajo los intestinos, donde se apelotonaron y daban saltos como si una gruesa vejiga se aplastara y se hinchara instantáneamente. El diafragma echó hacia arriba las entrañas del pecho, elevando éste e hinchando el cuello de un modo extraordinario. La cara se puso hinchada, amoratada y horrible; la boca, abierta de arriba abajo, que parecía que cabía en ella un plato; la lengua se arrolló contra la parte posterior del paladar; las narices se arremangaron, sus ventanillas se pusieron redondas, gruesas y amoratadas; lo negro de los ojos se escondió detrás de las órbitas; los brazos abiertos y echados hacia atrás; los dedos de las manos abiertos, crispados y como si tuvieran calambres; todo el cuerpo convulso,

crispado y calambroso; la respiración suspendida, formando el todo un conjunto tan horrible y espantoso, que Mr. Ciccarelli, que estaba presente, lo comparó al cuadro de Rafael del endemoniado.

En esta postura se suspendió la lectura del Evangelio y la enferma quedó estática, sin movimiento y sin respiración; la tuvimos en ello lo bastante para que Mr. Ciccarelli tomara un diseño (la enferma quedó recostada sobre el lado izquierdo del cuerpo, sin que nadie la tocara, en la postura violenta y horrible que acabo de describir). En seguida la levantamos un poco para que la pudieran ver las personas que llegaban al cuarto.

Se continuó el Evangelio y al empezar el versículo 14 "*el verbo fue hecho carne*", aflojó la convulsión, *quedando buena y sana en el acto de pronunciar las palabras "y habitó entre nosotros"*.

Inmediatamente de pasar el ataque su respiración estaba buena, su pulso regular, su semblante bueno, expresando la calma, la tranquilidad y la inocencia, sin más leve señal de agitación como suelen tener las personas que acaban de hacer un gran esfuerzo; al contrario, estaba tranquila como si acabara de salir de un sueño, el más dulce y sosegado que puede tenerse, sin que por esto expresase un estado posterior a sueño. Ella estaba buena, no como el que acaba de correr y se sienta a descansar, no como el que acaba de dormir y tiene cargada la vista, no como el que acaba de hacer una obra buena y su semblante respira la dulce satisfacción de la conciencia, no como el que ha cometido un crimen u otro acto malo y en su cara se trasluce la imagen del remordimiento, *no; estaba buena y sana como si nada hubiera tenido*. Figurémonos una joven de 20 años, buena y sana, de pudor y de vergüenza, que se ve rodeada de mucha gente, conociendo que es en ella en quien se fijan todas las miradas, que se sonroja un poco. . . Este, ni más ni menos, era el estado de la enferma al pasarle el ataque.

En este momento fue cuando, acordándome de los sinapismos, le reconocí la espalda, sorprendiéndome ver su cutis bueno y sano, sin la gran rubicundez que yo le había visto.

Le examiné las clavaduras de los alfileres, las cuales ninguna le dolía, ni estaban irritadas.

Le pregunté si le dolía detrás de las orejas y me dijo que no; yo mismo le toqué y vi que lo tenía delicado.

Le palpé la cabeza, sobre todo hacia la parte posterior, donde yo recordaba que se había dado fuertemente contra las piedras y nada tenía, chichón ni herida, ni tampoco sentía nada.

En esto se habrán fundado algunas personas para creer, como yo lo he oído, que no le queda señal ninguna en su cuerpo, aunque se le hagan las heridas que quieran. Yo puedo asegurar, por lo que corresponde a los alfilerazos que le di, que quedan señales de haber perforado el cutis, pero no quedan irritaciones. Lo que sí es cierto es que de los porrazos y golpes que ella se da no le queda señal ninguna, por grandes que sean.

Todos estos días la he visto, desde que paró el ataque, y se queja de dolores a los huesos como si estuviera constipada; también se queja de una incomodidad a la espalda, como si fuera un dolorcito reumático. De este dolor fue lo único que se quejó pasado el ataque, cuando se le preguntó qué sentía.

Como los hechos que me refirieron de la enferma están conformes, en lo *esencial*, con los que yo mismo he observado, les doy a todos un mismo valor, y para apreciar mejor la significación que tienen, los resumiré en varios grupos:

Primer grupo. Ataques convulsivos, histeriformes; insensibilidad general; pupila un poco dilatada e inmóvil; gran frecuencia en el pulso en unos, y poca en otros; respiración muy frecuente en unos, y regular en otros; ataques que empiezan y acaban repentinamente, con pérdida del conocimiento; ataques mudos unos, y habladores otros; entre las muchas clases de convulsión se presentan las de los globos de los ojos; los ataques fueron precedidos de un susto.

Segundo grupo. Comprensión de diferentes idiomas y predicción de sus ataques, señalando la hora cesante de empezar y terminar, sin que se haya equivocado una sola vez durante más de ciento que ha tenido en el Hospicio.

Tercer grupo. Exacerbación de éstos con la lectura de cosas sagradas y el contacto de reliquias, terminando éstos repentinamente con la lectura del Evangelio de San Juan, sin que una sola vez se haya desmentido esta notable circunstancia, lo mismo que se haya dicho al poco tiempo de empezar el ataque, que se

haya pasado un buen rato. El Evangelio se ha dicho en latín y *una sola vez en griego*, siempre con el mismo resultado.

Dicho el Evangelio por las Hermanas de Caridad, no ha producido efecto.

El primer grupo corresponde a la gran variedad de afecciones nervioso-histéricas; el *segundo* tiene relación con los fenómenos magnéticos, y el *tercero sale del orden natural o es una cosa fingida*.

Sin embargo, no sería lógico concluir que tiene una enfermedad histérica, un magnetismo y una cosa milagrosa o una impostura.

La razón natural indica que debe haber, como hay en efecto, un fondo de unidad en esta gran variedad de fenómenos que hemos observado. Aunque nosotros no podemos ver las causas sino inferirlas, porque éstas son invisibles, sin embargo, de los síntomas o fenómenos que se nos presentan a los sentidos, la razón deduce la causa promotora de todo lo que contemplamos. Aquí el fenómeno característico, esencial y culminante por excelencia es la sensibilidad a lo religioso y el desaparecer el ataque instantáneamente con la lectura del Evangelio de San Juan, hecha por un sacerdote. Y tan es éste culminante por excelencia que todos los demás desaparecen en presentándose esta circunstancia. De lo cual concluyo que todo esto es una farsa horrible o todo, *en lo esencial*, sale del orden natural de las cosas.

Con el objeto de no adelantar ningún juicio, examinaré primero la cuestión desde el punto de vista de fingimiento.

¿Es fingido el caso que estamos analizando? Si es fingido debe castigarse de un modo ejemplar a la impostora; si no es fingido y es enfermedad debe compadecerse a la paciente; y si no es lo uno ni lo otro debe mirarse el asunto con más seriedad de lo que se ha hecho hasta aquí. Por consiguiente, un caso que ha metido tanto ruido, que ha tenido en movimiento a toda la capital, y en el que han tomado parte, así en pro como en contra, personas muy respetables, merece que lo miremos con el mayor detenimiento y que no sentemos juicios sin que estemos bien convencidos de lo que afirmemos. Por lo que hace a mí, me importa poco que sea una cosa u otra; pero por lo que respecta al público,

quiero en cuanto me sea posible presentarle la verdad demostrada hasta la evidencia.

Por consiguiente, vuelvo a preguntar: ¿es fingido este caso?

Tomemos la cuestión desde su origen, que aquí es la Frenología. La Frenología es una ciencia tan verdadera y demostrada, en el estado actual de los conocimientos humanos, como lo es la Astronomía, la Botánica, la Química, etc.; por consiguiente, la luz que ella nos proporcione será tan cierta como la que nos proporcionaría cualesquiera de las ciencias referidas. ¿Y qué nos dice la Frenología? Nos dice que, para que una persona fingiese lo que hemos visto en doña Carmen Marín, debía tener desarrollados en el más alto grado la *secretividad* (facultad que inclina a hacer las cosas sin que nadie las entienda u órgano del disimulo), la *imitación* (facilidad para remedar), la *maravillosidad*, la *esperanza* y la *veneración*, para que el asunto fingido fuese el religioso, y la *aprobatividad*, para tener el placer de que todos se ocupasen de ella. Pues bien, ninguno de estos órganos está desarrollado más de medianamente, y aun la *aprobatividad* lo está menos que ninguno, y la *veneración* no está más que en el *sexto*.

Y tienen tanta importancia estas consideraciones a los ojos de la ciencia, que puede concluirse por sólo estos datos que es imposible una ficción tan refinada en una persona con semejante organización cerebral.

Pero, en fin, dejemos siquiera la posibilidad de una ficción y continuemos discurrendo por esta vía, sin abandonar jamás los interesantes datos que nos proporciona la observancia del caso.

Si la enferma *finge*, *finge* dos clases de ataques, uno mudo y otro hablador, y *finge* también dos fisonomías, una *estúpida* y otra *burlesco-sarcástica*. Y si el objeto de la enferma era fingir, con tal o cual fin, ¿a qué *fingir* dos ataques? Con uno bastaba y sobraba, si lo *fingía bien*. No es, pues, natural la *ficción*.

Si la enferma *finge*, *finge* la *afonía*, puesto que ni habla ni se queja en el ataque mudo, hágase con ella lo que se quiera; *finge* una *monomanía religiosa*, puesto que el asunto son las cosas de la religión, sus temas favoritos las beatas, monigotes, etc., y es sensible a las lecturas religiosas; *finge* el *histerismo*, puesto que tiene convulsiones clónicas de diferentes clases, incluyendo la de

los ojos; *finge* el *estrabismo*, puesto que tiene la vista (ésta es también una de las enfermedades que los autores de medicina legal consideran como fingible); *finge* el *éxtasis*, puesto que queda inmóvil en la postura violenta que toma cuando se dice el Evangelio de San Juan; *finge* el *pestaño*, puesto que abre y cierra los ojos como doscientas veces por minuto (ésta es también otra de las enfermedades fingibles, según los autores). Ahora bien, si de todo esto tiene la enferma, no se concibe que haya criatura humana que a un mismo tiempo finja todas estas cosas juntas; y la imposibilidad aumenta si agregamos la *insensibilidad general*, la *inmovilidad de la pupila*, la predicción de los ataques sin discrepar un minuto, la respiración frecuentísima por largo tiempo, la frecuencia del pulso (como 140 por minuto), y mil otras pequeñeces que no puede uno recordar. *No es, pues, fingida la enfermedad*, si la consideramos bajo el aspecto de sus síntomas.

Si a todo esto agregamos que los ataques empezó a *fingirlos* desde muy niña, que desde la primera vez los *fingió* más fuertes que lo son ahora, y que ni ahora y mucho menos entonces se ve el fin oculto que pudo inducirla a una ficción semejante, a no ser que fuera para merecer el desprecio de su familia, burla y amenazas de muchas personas, palos como le dio su hermano, un hospital por mansión habitual, con sangrías, sanguijuelas, cáusticos, vomitivos, purgantes y todas las drogas de una botica para regalarse, y esto por espacio de algunos años, viniendo a parar a un Hospicio para término de sus glorias. No se concibe, digo, la posibilidad siquiera de que esto sea fingido.

Resumiendo, diré que la fisiología del cerebro, la frenología, dice que es *imposible una ficción* como ésta en doña Carmen Marín; que la sintomatología de la enfermedad es *imposible* fingirla; y *que es imposible* haya existido un fin oculto en fingir por tantos años, en medio de tantas penalidades.

Luego doña Carmen Marín no debe castigarse, como quieren algunos, sino debe curarse, si su mal tiene remedio, siendo más bien digna de lástima que de otra cosa.

Según lo acabo de exponer, si no es fingido lo que hemos observado en doña Carmen Marín, es una enfermedad de las

que afligen con frecuencia a nuestros semejantes, y sólo nos resta en este caso averiguar cuál sea ésta.

¿Qué enfermedad es la que hemos observado en doña Carmen Marín?

Su enfermedad consiste en ataques que empiezan y terminan repentinamente, acompañados de pérdida del conocimiento y de convulsiones. Luego debe ser una epilepsia o gota coral, un histerismo, una convulsión nerviosa, una catalepsis, un éxtasis, una eclampsia, una intermitente cerebral, una enajenación mental o un corea en tercer grado.

¿Es epilepsia o gota coral?

Cuando los ataques epilépticos duran muchas horas y aun días enteros, cuando se repiten con frecuencia y se padecen muchos años seguidos, sucede lo siguiente: el epiléptico lanza un grito (no siempre); pierde repentinamente el conocimiento; todo su cuerpo entra en convulsión, apoderándose de él una rigidez casi tetánica; se estira y retuerce con una fuerza extraordinaria; el dedo pulgar se dobla sobre la palma de la mano; la boca se llena de espuma; hay insensibilidad completa a las pruebas más dolorosas; la pupila está inmóvil a la aproximación de la luz fuerte de una vela; los ojos están convulsos, la cara hinchada, abotagada, rubicunda, amoratada o negruzca, las venas del cuello distendidas, la cabeza más inclinada a un lado, la boca torcida, las mandíbulas apretadas, la respiración corta y difícil, el pulso frecuente y a veces irregular, casi siempre le rechinan los dientes y la lengua se lastima hasta salir sangre; a veces se rompen los dientes con el apretamiento de las carretillas. Este ataque suele durar de uno a cinco minutos, y raras veces más tiempo. Pasado él queda insensible el paciente y sin conocimiento, su respiración es lenta y todo su cuerpo es una calma completa; a los pocos instantes de esta calma, nueva convulsión, con torcedura de los miembros, venas hinchadas, etc.; dura como el primero, poco más o menos, viene la calma y en seguida nuevo ataque, hasta que a las 10, 30 ó 50 repeticiones cesa enteramente, quedando el enfermo en un sueño profundo, viéndose en su fisonomía la sorpresa y la vergüenza cuando vuelve en sí.

¿Son iguales estos ataques a los de doña Carmen Marín?
¡No!

¿Qué les falta? Lo siguiente: 1º, la sucesión de pequeños ataques convulsivos, con la calma intermedia; 2º, la retracción del dedo pulgar (este síntoma es constante en la verdadera epilepsia); 3º, la espuma en la boca (éste también es constante); 4º, la cara epiléptica (este síntoma es indescriptible y que sólo puedo compararlo al que ha visto epilépticos); 5º, el modo de terminar el ataque (el verdadero epiléptico crónico queda soporoso, atontado, etc.; nuestra enferma pasa del estado más alto del ataque a su razón completa, instantáneamente); 6º, las consecuencias epilépticas (los verdaderos epilépticos de muchos años, y ataques largos y repetidos, si son pobres y no están constantemente vigilados, tienen cicatrices en diferentes partes del cuerpo, más en el rostro y cabeza, por lesiones, quemaduras, etc., que recibieron en las diferentes ocasiones que les dio el ataque estando solos; suelen tener la lengua hecha pedazos y la dentadura lo mismo; *tienen siempre*, pasados muchos años se entiende, sus facultades intelectuales embotadas, y se les ve caminar poco a poco a la demencia, etc.; nuestra Carmen no tiene nada de esto).

Luego no es epilepsia lo que sufre doña Carmen Marín.

¿Es histerismo? A simple vista no es fácil contestar verídicamente esta pregunta, porque el *histérico* es muy común que empiece en la época de la pubertad, época en la que se enfermó nuestra Carmen Marín; el *histérico* empieza también repentinamente cuando se padece ya muchos años seguidos lo mismo que empieza el mal en nuestra enferma; el *histérico*, cuando asiento es el cerebro, va precedido de alguna incomodidad en la cabeza, y nuestra enferma siente un ruido o zumbido en el oído izquierdo; el *histérico*, cuando ya se padece algunos años, suele tener por sistema la pérdida del conocimiento; la insensibilidad general, como sucede en la Carmen; el *histérico* tiene convulsiones clónicas (flexión y extensión) como las de la Carmen; las histéricas saltan y se golpean como lo hace la Marín; los ataques *histéricos* son cortos o largos, como los que sufre la enferma del Hospicio, y los *ataques histéricos* suelen también terminar repentinamente, como acontece en doña Carmen. De modo que no es de extrañar se haya creído un *histérico* lo que padece la Carmen Marín. Pudo en la época de la

pubertad ser un *histérico* uterino y después de tantos años y tantos miles de ataques ser un *histérico* cerebral en la actualidad.

Si se tratara de un caso sencillo, sin antecedente ni complicación alguna, bastaría lo dicho para considerar esta enfermedad como una variedad de *afección histérica*, pero como tenemos aquí un caso raro bajo otros aspectos, penetremos más en el fondo del *histerismo* y de nuestra enferma, y ya que hemos señalado las semejanzas con el *histérico*, señalemos las diferencias, advirtiéndole que vamos a comparar un *histerismo de muchos años*, y no un primer ataque, pues de este modo será más fácil descubrir la verdad.

Diferencias: 1ª Si el *histerismo es uterino*, va precedido de incomodidades al vientre, como si una bola o globo oscilase en el vientre y subiese hasta la garganta; si es *cardíaco* (del corazón) antecede tristeza, aflicción y lloros abundantes; si es *cerebral*, precede la cefalalgia, agitaciones musculares de la cara, risa sardónica, etc., (en nuestra enferma sólo hay zumbido del oído izquierdo); 2ª *Frío glacial o calor vivo* (síntoma inconstante, pero en nuestra enferma nada existe); 3ª *Clavo histérico*, (este síntoma es común, y en nuestra enferma no existe); 4ª *Alternativas de palidez y color rosado en la cara* (síntoma muy frecuente, pero en la Carmen no existe); 5ª *Extremidades frías* (síntoma frecuente, pero en la Carmen jamás); 6ª *Latidos tumultuosos del corazón*, por lo cual se ponen paños de agua fría, de colonia, etc. (síntoma frecuente, pero en la Carmen, jamás); 7ª *Apretamiento de las quijadas* (síntoma no muy frecuente, pero que jamás existe en la Carmen); 8ª *Elevación y depresión de la faringe y quijada* (síntoma poco frecuente, pero que tampoco existe en la Carmen); 9ª *Cefalalgia insoportable* (síntoma no muy raro, pero jamás se ha visto en la Carmen); 10. *Sensaciones insoportables en la cabeza*, como detonaciones, martillazos, etc. (síntoma no frecuente, pero jamás se ha visto en la Carmen); 11. *La histérica todo lo oye, a nada responde, recordando después del ataque lo que ha pasado cerca de ella* (síntoma frecuente, pero al revés de lo que sucede en la Carmen. Esta habla y contesta, en una forma de ataques, pero nada recuerda); 12. *El ataque histérico termina con risas o con llantos* (síntoma frecuente, pero en la Carmen

jamás se ha visto); 13. *Después del ataque histérico, la cabeza queda adolorida, caliente y sensible al tacto* (síntoma frecuente, pero jamás visto en la Carmen); 14. *Después del ataque histérico, cansancio general* (síntoma frecuente, pero jamás observado en la Carmen).

Aún podrían señalarse más puntos de contacto y más diferencias entre el *histerismo* y la enfermedad de doña Carmen Marín, pero los expuestos bastan y sobran para afirmar que es muy dudoso sea un *histerismo* lo de la Carmen.

De esta duda vienen a sacarnos las observaciones siguientes:

1. El *histerismo* que aparece en las niñas, en la época de la pubertad, *casi siempre* es de origen *uterino*, y en la Carmen, si hay histérico, tiene su asiento primitivo en el cerebro. El *histerismo* de origen *uterino* o de origen *cardíaco* no tiene semejanza ninguna con la enfermedad de la Carmen: si en ella hubiese histérico sería de *origen cerebral*, lo cual no es natural, atendido a la edad en que le acometió por primera vez.

2. *Suponiendo histérico de origen y asiento cerebral*, es muy raro que desde el primer ataque haya ido acompañado de pérdida del conocimiento y de insensibilidad general.

3. *Suponiendo histérico cerebral* con pérdida del conocimiento desde el primer ataque, *es naturalmente imposible* que a la vuelta de seis años y de algunos millares de ataques, no haya producido la demencia como la produce la epilepsia, o al menos un principio de enajenación mental o la debilidad siquiera de las facultades intelectuales. Nuestra enferma está en el cabal y completo uso de su razón, como si jamás hubiese tenido un dolor de cabeza.

4. Nuestra Carmen tiene una faz *burlesco-sarcástica* que jamás tiene *el histerismo*.

5. También tiene en otros ataques una fisonomía *estúpida* que jamás tiene el *histerismo*.

Luego, sin entrar en otro orden de consideraciones, podemos afirmar que doña Carmen Marín no es *histérico* la enfermedad que tiene.

¿Es una convulsión nerviosa?

Esta es una enfermedad casi propia de los niños en su primera infancia, aunque no están exentas de ella las jóvenes cuando llegan a la época de la pubertad. Hay convulsiones con pérdida del conocimiento, como en la Carmen, pero ceden siempre a los remedios convenientes y repiten a lo sumo alguna que otra vez por un poco de tiempo, desapareciendo para no volver más. Por consiguiente no es una *convulsión nerviosa* lo que tiene la Carmen Marín.

¿Es una catalepsis?

Lo característico de la *catalepsis* es que el enfermo queda inmóvil en la postura que tenía cuando le empezó el ataque; si estaba sentado, en acción de escribir, así se queda; si estaba leyendo o rezando, conserva la postura, como si rezara o leyera. El enfermo adopta la postura que quiera dársele; si se le levanta un brazo o una pierna, se queda en esa posición. Los ojos están abiertos o medio cerrados, conforme los tenía cuando le pilló el ataque. Hay, además, pérdida del conocimiento y abolición de los sentidos. Suele haber en el curso del ataque estremecimientos convulsivos, generales o parciales, quedando el enfermo, en la nueva postura que ha tomado su cuerpo, con una rigidez flexible.

Sin entrar en más pormenores, por lo dicho, sólo que es lo más característico, podemos asegurar que lo de doña Carmen Marín no es *catalepsis*.

¿Es un éxtasis?

En el *éxtasis* el enfermo queda inmóvil y sin conocimiento, pero el paciente no conserva la nueva postura que se le da; generalmente no hay convulsiones, ni menos alterarse el semblante, ni darse golpes. Luego tampoco es un *éxtasis* lo que sufre doña Carmen Marín.

¿Es una eclampsia?

La *eclampsia* es una convulsión *histérico-epileptiforme* con pérdida del conocimiento, que padecen las mujeres en la época del parto y del sobreparto, y rara vez durante el embarazo. Luego tampoco es *eclampsia* lo que padece doña Carmen Marín.

¿Es una intermitente cerebral?

Hay intermitentes cerebrales, llamadas malignas, que em-

piezan y terminan repentinamente, con pérdida del conocimiento y convulsiones, como en la *epilepsia* y en la convulsión nerviosa, sin síntomas precursores de frío ni de otra clase, ni síntomas consecutivos, como sudor, etc. Pero esta enfermedad, frecuente en los países cálidos, o se cura en el primero o segundo ataque, o si no termina por la muerte, como yo lo he visto en el tercero o cuarto ataque. Luego tampoco es *intermitente cerebral* lo de Carmen Marín.

¿Es una enajenación mental?

Con objeto de abreviar este informe, pero sin que por ello perjudiquemos a la investigación de la verdad, excluirémos del análisis las enajenaciones y la impotencia de las facultades mentales, como el idiotismo, la imbecilidad, la demencia y la sordomudez.

También excluirémos la manía, que es la perversión de las facultades mentales sobre todos los objetos.

Y nos fijaremos, pues, en la *monomanía*.

En la *monomanía* hay extravío mental sobre un solo orden de ideas, como le sucede a la Carmen Marín, que su tema constante, cuando habla, son las beatas, los monigotes, bribones, etc. Pero en la *monomanía* no hay convulsiones y además el paciente razona con juicio sobre las demás cosas.

No es tampoco en las enajenaciones mentales donde está la enfermedad de doña Carmen Marín.

¿Es un corea?

Excluyamos el corea simple o pequeño, en el cual sólo hay movimientos desordenados del brazo, de una pierna, de un lado del cuerpo, o bien sólo consiste en gestos de la cara.

Fijémonos en el *gran corea*, el cual apenas se distingue de la *epilepsia* y de la *eclampsia*. Las convulsiones son tónico-clónicas, epileptiformes o tetánicas, pero hay muchos movimientos extravagantes, como bailes, saltos extraños, risas inmoderadas, arrastrarse por el suelo, no hay cansancio, la voz adquiere un timbre particular, imitando el ladrido de un perro o chillidos de diferentes animales. Este cuadro es más o menos semejante al que presenta la Carmen Marín, pero se diferencia en que el *gran corea* suele empezar por movimientos parciales del cuerpo,

no suele ir acompañado de pérdida de conocimiento, suele curarse en poco tiempo, y cuando dura muchos años bajo esta forma grave, le acompaña el idiotismo o cuando menos un trastorno o debilidad de las facultades mentales del enfermo, lo cual no sucede en la Carmen Marín. Luego no es el *gran corea* lo que sufre esta infeliz.

¿Es un sonambulismo?

El *sonambulismo* ataca por la noche, durante el primer sueño, por regla general; el enfermo camina y hace diferentes cosas como si estuviera despierto, pero no tiene convulsiones; ni los ataques le empiezan a la luz del día cuando está conversando con las personas que le rodean. Luego no es *sonambulismo* lo que tiene doña Carmen Marín.

¿Es una neurose convulsiva que empezó por imitación, y andando el tiempo se ha llegado a hacer una enfermedad verdadera?

En los siglos XIV y XV, por los años 1374 y 1418, apareció en Alemania y otros puntos de Europa una enfermedad convulsiva que en su mayor desarrollo empezaba con accesos epilépticos; los enfermos caían hacia atrás, privados de sentido, daban saltos y hacían mil contorsiones, llegando a un *éxtasis* religioso en el cual cantaban bailando e invocaban el nombre de San Juan; de aquí el nombre de *baile de San Juan*. La enfermedad empezó primero por los mendigos y vagabundos, extendiéndose después a todas las clases de la sociedad, sin distinción de sexos: los enfermos bailaban hasta echar espuma por la boca y caían al suelo rendidos de cansancio, con una hinchazón horrible del vientre; en esta postura daban grandes gemidos, a no ser que se les diera patadas en el vientre o fuertes golpes con los puños. Esta enfermedad, que por razón del baile se llamó *danzomanía*, les atacó a los más por imitación, llegando después a ser una enfermedad real. ¿Hay algo parecido en la Carmen Marín? Hay los ataques, las convulsiones, los saltos, la pérdida del conocimiento, etc., pero falta el fenómeno esencial, el baile de donde ha tomado el nombre de *danzomanía*.

¿Es alguna enfermedad convulsiva como las que refiere la historia que se han presentado en épocas de fanatismo o en algunas sectas religiosas?

En 1808 se presentó una enfermedad convulsiva bajo la forma de *gran corea*, con saltos, convulsiones, pérdida del conocimiento, etc., en una secta religiosa de los Estados de Tennessee y Kentucky, en la América del Norte.

Desde 1727 a 1732 se presentó una enfermedad convulsiva epileptiforme con éxtasis religiosos, predicciones proféticas en muchas personas de las que visitaban el sepulcro del jansenista Francisco Paris, en el cementerio de S. Medardo, arrabal de S. Marcelo. La enfermedad se hizo tan contagiosa que millares de personas fueron atacadas de él y los milagros eran muy numerosos. Las cosas llegaron a tal extremo que el rey comisionó al célebre cirujano Salvador Morand y otros miembros de la facultad para que examinasen los pretendidos milagros de S. Paris en el mismo sitio donde se efectuaban y extendiesen un informe sobre el asunto. La comisión informó que todo era una superchería y en consecuencia se prohibió al pueblo que se aproximara al sepulcro de Paris, concluyéndose al poco tiempo la pretendida enfermedad y los supuestos milagros. ¿Hay algo parecido en la Carmen Marín? No, ya hemos probado en otra parte que en la Carmen no hay superchería.

¿Es un magnetismo espontáneo?

El *magnetismo*, a pesar de los fenómenos portentosos que se refieren, no es todavía una ciencia, y sus fenómenos están poco más o menos a la misma altura en que se hallaban los de la electricidad cuando apareció Franklin en el siglo anterior. Falta todavía descubrir la ley a que están sujetos, pero no porque falte esta ley dejan de ser ciertos un gran número de los que nos cuentan o nosotros hemos visto. Algunos admiten un fluido sumamente sutil, repartido en todas las criaturas y acaso en todos los seres, así animados como inanimados, susceptible de acumularse en una persona bajo la influencia de la voluntad de otra, produciendo, en su mayor acumulación, un sueño *sui generis*, llamado sueño magnético, un embargamiento de las facultades mentales, una lucidez extraordinaria por medio de la cual se ve con los ojos cerrados y a través de cuerpos opacos se adivina el pensamiento de otras personas; se está viendo lo que pasa a muchas leguas de distancia, se comprenden todos los idiomas, etc., volviendo en sí cuando el magnetizador quiere,

sin que la persona magnetizada recuerde una palabra de lo que ha pasado. ¿Hay algo de esto en la Carmen Marín? No, porque falta el magnetizador, y si no ¿quién la magnetizó en las monjas cuando le empezaron los ataques? ¿Y quién la magnetizó en los caminos, en los hospitales y en todos los puntos donde ha estado? Luego magnetismo comunicado no existe en este caso. Pero, ¿lo hay espontáneo? ¿Se magnetiza la Carmen Marín a sí misma y se desmagnetiza cuando quiere? Veámoslo.

Los autores que hablan de *magnetismo espontáneo* dicen: que un orador antes de pronunciar y pronunciando un discurso; un abogado antes de hacer y haciendo una defensa; un escritor antes de componer y componiendo una obra, etc., se magnetizan a sí mismos. Pero admitiendo esta clase de *magnetismo*, en la cual no hay inconveniente, en nada se parece a lo que hemos visto en la Carmen Marín. Mas el *magnetismo espontáneo* se lleva a otro terreno. Se admiten sonámbulos que se han magnetizado a sí mismos hasta la lucidez con sólo su voluntad, pero notándose que su lucidez jamás es tanta como cuando son magnetizados por otros. En estos casos, los mismos autores afirman que es necesario que la voluntad quede expedita para despertarse a sí misma pasado el sueño magnético, porque si no se han visto casos de esforzarse en vano horas enteras para volver al estado natural y no poder abrir los ojos sin el auxilio de mano extraña o después de muchísimo tiempo.

Ahora bien, ¿hay algo parecido a esto en la Carmen Marín? De ninguna manera. Los magnetizados espontáneamente hasta la lucidez completa, como entender idiomas extraños, etc., necesitan quedar con la voluntad expedita y hacer esfuerzos por horas enteras para volver en sí. La Carmen vuelve en sí instantáneamente unas veces por sí misma y otras cuando se lo mandan con ciertas palabras. ¿En qué se parecen los fenómenos de la Carmen al *magnetismo espontáneo*? En nada. Además, si hubiera un *magnetismo espontáneo*, la Carmen sería embustera, y ya hemos probado en otra parte hasta la evidencia que en la Carmen no hay ficción.

No quiero dar por concluida esta materia sin hacerme cargo de una suposición que he oído hacer a personas algo incrédulas, por una parte, y por otra, muy aficionadas al magnetismo.

Dicen que existiendo un fluido magnético en todo el globo, y pudiéndose magnetizar a largas distancias, podría suceder que uno de esos grandes magnetizadores de Europa o de Norteamérica estuviera desde allá magnetizando a la Carmen y, viendo por medio del magnetismo lo que pasa alrededor de la Marín, terminara o suspendiera los ataques cuando se llegaba a las últimas palabras del Evangelio. Aun suponiendo que se demuestre la existencia del fluido magnético que llegue a producirse con ciertas máquinas como la electricidad, que se acumule como ésta en aparatos como la pila de Volta, que se transmite como las palabras por el telégrafo eléctrico, es inverosímil que a largas distancias pueda el hombre hacer producir a otra persona los fenómenos que presenta la Carmen Marín. Luego, en ésta no hay fenómenos magnéticos, ni espontáneos, ni comunicados, a cortas ni a largas distancias.

¿Habrá en la Carmen Marín una cosa mixta, como ser un poco de magnetismo y el resto de enfermedad?

Si prescindimos del conjunto y tenemos sólo en cuenta uno de sus ataques, el más sencillo, por ejemplo, el ataque mudo. Si suponemos que no se le hace remedio ninguno, que no está delante nadie más que el médico, el ataque empezara repentinamente y desapareciera de un modo instantáneo. Aun suponiendo este caso, el fenómeno es digno de observarse, bien sea fingido, bien sea natural. Porque si es fingido, es una ficción que hasta ahora no hay otra igual en los anales de la ciencia; y si es enfermedad natural, no puede clasificarse en ninguno de los cuadros que hasta ahora se han hecho de las enfermedades; sería necesario que formásemos un orden nuevo, en la clase de las neuroses del movimiento, porque no es histerismo, no es epilepsia, no es convulsión nerviosa, no es eclampsia, no es pequeño corea, ni ninguna de las enfermedades que hasta ahora se conocen. Yo ya sé que haciendo un poco de violencia podríamos clasificar este ataque, el sencillo y mudo, en el *gran corea*, añadiéndole un poquito al principio y al fin del ataque, como hacen los sistemáticos, es decir, suponer que la enfermedad era precedida de algunos síntomas y que después de pasar el ataque, el cual terminaría poco a poco, quedaban algunas dolencias.

cias. Si hiciéramos esto, no habría inconveniente en decir que era un *gran corea*. Pero en este caso faltaríamos a la verdad y engañaríamos al público. Mas, si consideramos el conjunto, desde el principio hasta el fin, la enfermedad de la Carmen Marín no puede compararse a ninguna de las que conoce la ciencia. Y esto sin salir del orden sintomatológico u orden médico, que si consideramos los fenómenos que se presentan con la lectura de cosas sagradas y la desaparición instantánea del ataque con el Evangelio de S. Juan, entonces mucho menos podremos clasificarla entre las enfermedades que se conocen.

De modo que tenemos aquí un género nuevo de neurose del movimiento, que resiste a todos los medios del arte y que se cura milagrosamente.

Esta conclusión me espanta y llegaría a dudar si yo mismo no hubiera visto bien con mis propios ojos.

Antes de analizar el último extremo de la cuestión, voy a ver si en la historia de la humanidad hay algo parecido a lo de la Carmen Marín, porque es difícil que en el orden humano se presenten hechos nuevos en el siglo en que vivimos, sin que se haya visto semejantes en el transcurso de tantas generaciones como van ya pasadas sobre la faz de la tierra.

Sócrates hablaba con frecuencia a sus discípulos de un espíritu o demonio que le servía de guía. Algunos han creído que Sócrates haría alusión a la fuerza de su inteligencia; pero la ciencia, en su estado actual, cree que si Sócrates no hubiera estado persuadido de que se comunicaba con un *genio superior*, distinto de su privilegiado entendimiento, habría abandonado esta idea en los 22 años que se la estuvo ridiculizando Aristófanes.

El Tasso afirmaba haber sido curado por la Virgen María y por Santa Escolástica, que se le habían aparecido en un acceso violento de fiebre que él tenía.

En la vida del Tasso, por Black, vol. 2º, pág. 240, se encuentra la anécdota siguiente, tomada de las memorias de Manso, marqués de Villa, amigo del poeta. En un acceso de delirio creía el Tasso que conversaba con ciertos espíritus. Un día el marqués se esforzaba en disuadirle de este error, y le dijo el Tasso: Puesto que yo no puedo persuadirte con palabras, de que

me comunico con un espíritu, yo lo haré aparecer en tu presencia. Al día siguiente, estando los dos amigos conversando cerca del fuego, se volvió el Tasso hacia la ventana y se paró a mirar fijamente, pareciendo tan absorto, que no respondía cuando el marqués le preguntaba. ¡Ved! ¡Ved!, dijo al fin, mi espíritu viene a conversar conmigo. El marqués miró con la mayor atención y no vio nada. El Tasso parecía conversar con un espíritu, preguntando unas veces y contestando otras. Pasado un rato, se volvió el Tasso a su amigo, y le dijo: De hoy en adelante no dudarás más. Dudaré más que nunca, respondió el marqués, porque yo no he visto nada. Acaso, dijo el Tasso, tú has visto y entendido más... El marqués suspendió la conversación temiendo molestar a su amigo.

He tomado estos dos casos, de dos celebridades históricas, pertenecientes a dos civilizaciones distintas, para indicar nada más la idea que quiero comparar, y no cito más de este género por no alargar demasiado este informe. Resulta de aquí que es un hecho histórico que se comprueba todos los días el que hay personas que se creen poseídas de espíritus o que se comunican con genios superiores que se les aparecen de cuando en cuando.

¿Hay algo semejante en la Carmen Marín?

La Carmen, en sus ataques, al menos en los ataques en que habla, hace y dice como si tuviera un espíritu en su interior, distinto de su principio pensante. El cual le hace entender idiomas que no sabe, adivinar los secretos ajenos y ver a través de cuerpos opacos.

Pero entre estos fenómenos de la Carmen y los que nos refiere la historia del Tasso y de Sócrates hay la diferencia que la Carmen nada recuerda pasados sus ataques, y además en Sócrates y el Tasso no iban acompañadas estas visiones o posesiones de enfermedad ninguna. Estos, en su entero juicio, y no el juicio de hombres ignorantes, sino de dos hombres de los más grandes que ha tenido la humanidad; éstos, repito, en su cabal razón lo veían o creían ver. Y la Carmen Marín nada recuerda. Luego, lo de la Carmen Marín no es un fenómeno visionario como otros que nos refiere la historia.

He dicho antes que la lógica más severa, basada en hechos

bien observados por mí y por otras muchas personas, me ha conducido a reconocer en doña Carmen Marín una *enfermedad nueva curada milagrosamente*. Pero antes de aceptar esta conclusión bastante extraña, analizaré la hipótesis siguiente:

¿Es endemoniada la Carmen Marín?

Antes de pasar más adelante advertiré que en el estado actual de la ciencia no hay doctrina sobre esta materia, y si alguna opinión tienen los hombres del arte sobre este asunto es *que no hay endemoniados* en la actualidad; no sólo que no los hay, sino que no los ha *habido jamás*, pues la mofa y el ridículo caen sobre los médicos que los admitieron en los siglos anteriores, llamados siglos de ignorancia y de fanatismo. Pero yo, que sólo busco la verdad, sigo libremente mi camino con permiso de la ciencia y de los hombres que la representan, pues más respeto me merece aquélla que éstos, por encumbrada que sea la posición en que se encuentren.

Para no marchar tan a ciegas en una cuestión de suyo tan difícil de resolver, sobre todo en la hipótesis de *endemoniamento*, he registrado algo la Historia General de la América, por don Anastasio Chinchillos, y en el tomo 1º, pág. 372 y siguientes, encuentro que varios médicos de los siglos XV y XVI admitieron estados morbosos producidos por el *demonio*.

Friedberg asegura que en la nueva Mancha (debe ser Alemania) fueron poseídos del *diablo* 150 individuos, y que esta enfermedad se hizo tan general que el Senado mandó hacer rogativas públicas en todas las iglesias para desterrar el espíritu maligno.

Jorge Pictorio escribió sobre el modo cómo hacían sus apariciones los *demonios*.

Tomás Erasto se esforzó en probar que los *endemoniados* habían renegado a Dios, etc.

Juan Matías Durastante admitía el poder de los *demonios*, y la eficacia de los exorcismos y demás ceremonias para curar las enfermedades que ellos producían.

Pablo Zachias, el célebre médico legista, admitía que los melancólicos atraían *espíritu maligno*, y que después de las ceremonias religiosas debía curárseles con remedios naturales.

Ambrosio Pasco atribuye ciertos extravíos de la imagina-

ción a los *demonios*; cree inexplicable el modo de obrar de los diablos; y por último refiere la historia de la enfermedad de una joven, la cual confiesa haber sido verdaderamente *demoniaca*.

Juan Lange fue también partidario de las enfermedades *diabólicas*, y de su curación por medallas y relicarios.

Felin Plater introdujo en su sistema patológico las enfermedades de los *endemoniados*, y refiere la historia de un *cataléptico*, al cual abandonó diciendo que no quería seguir la curación de un *endemoniado*.

Levind Lemnio creyó que los *demonios* se servían de los humores melancólicos para producir las enfermedades con que aparecían.

Juan Bodin, médico de Enrique III, rey de Francia, escribió una obra sobre *demonomanía* y fue partidario acérrimo de la influencia del *diablo*.

Más adelante, en el tomo 2º, de la misma historia general, pág. 153, hablando ya del estado de la medicina a principios del siglo XVIII, vemos también figurar a otros médicos entre los partidarios de la influencia del *demonio*.

Lange, médico francés, publicó en un folleto la historia de una muchacha que él creyó estaba *maleficiada*.

Elio Camesario creía en los *endemoniados*, de los cuales decía haber visto muchos.

Federico Hoffmann limitaba el poder del *diablo* a producir alteración de los espíritus vitales, cuyo síntoma principal son las convulsiones. Asignaba como caracteres de la enfermedad *diabólica* la súbita aparición de las convulsiones más violentas de un hombre perfectamente sano, el desarrollo de fuerzas superiores a las del común de los hombres, la facultad de hablar idiomas extraños, las visiones, los vaticinios, la profanación del nombre de Dios y, por último, proponía como señales infalibles la expulsión de cosas raras y monstruosas, como vomitar uñas, cabellos, vidrios, etc.

He citado las autoridades que preceden, entre las cuales se encuentran celebridades médicas como Pasco, Zachias y Hoffmann, no para apoyar la hipótesis de *endemoniamiento*, sino para que me sirva como de escudo a los ojos de los intolerantes cuando vean que todo un doctor del siglo XIX tenga valor de ad-

mitir, siquiera sea en hipótesis, el que la Carmen Marín sea *endemoniada*.

Yo podría citar la autoridad del Evangelio y la de la Iglesia, pero esto lo dejo para personas más competentes en la materia; y me limito a desempeñar el papel de médico, y como tal, admito la hipótesis de que la Carmen Marín sea *endemoniada*.

Los caracteres que los médicos citados asignan a la *enfermedad demoníaca* son los siguientes:

- 1º Eficacia de los exorcismos para la curación;
- 2º Eficacia de las medallas y relicarios en la curación de estos males;
- 3º Súbita aparición de convulsiones en personas perfectamente sanas;
- 4º Desarrollo de fuerzas superiores a las del común de los hombres;
- 5º Hablar idiomas extraños;
- 6º Visiones;
- 7º Vaticinios;
- 8º Profanación del nombre de Dios;
- 9º Expulsión de cosas monstruosas, como uñas, cabellos, vidrios, etc.

¿Tiene la Carmen Marín síntomas parecidos a los que acabo de enunciar?

Tiene los siguientes:

- 1º Eficacia instantánea del Evangelio de San Juan en su curación;
- 2º Sensibilidad a las cruces, reliquias de Santos, etc. (síntoma practicado por mí);
- 3º Súbita aparición y desaparición de los ataques;
- 4º Gran desarrollo de fuerzas;
- 5º Entiende idiomas extraños;
- 6º Ha dado muestras de ver sacerdotes antes que llegaran a su cuarto;
- 7º Pronostica, sin equivocarse un minuto, la hora de sus ataques;
- 8º Habla mal de Dios; llama a Jesucristo el bribón, a la Virgen la bribona, etc.

Sólo le falta el síntoma 9º que no hemos observado, y que según Hoffmann es infalible.

Ahora bien, ¿qué le falta a la Carmen Marín para ser *endemoniada*? Según los médicos que en los siglos anteriores se ocuparon de estas enfermedades, nada falta, en lo esencial.

Si admitimos la *enfermedad diabólica* como una de tantas de las que afligen a nuestra especie, y la admitimos con los mismos síntomas que la describieron los médicos de otros siglos, el cuadro de la Carmen Marín a ninguno se parece tanto como al de una *enfermedad demoníaca*.

De todo lo cual concluyo:

Primero. Que la enfermedad de doña Carmen Marín no es fingida. Esta proposición la considero evidente.

Segundo. Que la enfermedad de la Carmen Marín no es natural. Esta proposición también es evidente.

Tercero. Que la enfermedad de la Carmen Marín no puede atribuirse al magnetismo, bien sea comunicado, bien sea espontáneo. Esta conclusión también es evidente.

Cuarto. No es probable que lo de Carmen Marín sea una enfermedad nueva, sostenida y curada milagrosamente.

Quinto. *La Carmen Marín es endemoniada.*

Las dos primeras conclusiones las considero como la expresión de la ciencia médica en su estado actual.

La tercera, como expresión de lo que en la actualidad sabemos sobre magnetismo.

Y la cuarta y quinta, las emito bajo mi responsabilidad individual.

La quinta, que es la que resume lo sustancial del caso, no sé si a los ojos de la crítica imparcial será una proposición tan cierta como la es para mí; no sé si la verán como una conclusión lógica de los fenómenos observados. Pero si no le ven la misma significación que yo le encuentro, la culpa será mía, por no haber descrito bien todas las circunstancias de los ataques, no porque a éstos les haya faltado nada para manifestarnos con toda evidencia un caso de endemoniamiento.

Es una lástima haber perdido un mes de observación, que la pude estar viendo el mes de julio. Pues ya hasta el 1º de fe-

brero del año cincuenta y nueve no tendremos el gusto de verla con los ataques, si es que vivimos y el pronóstico sale cierto, aunque al despedirse el *demonio* dijo: *Que no se sabía bajo qué forma volvería.*

Benito García Fernández.

Santiago, 30 de agosto de 1857.

INFORME SOBRE

LA PRETENDIDA ENDEMONIADA

Manuel Antonio Carmona, natural de esta capital de Santiago, profesor de ciencias médicas y del Derecho, ex cirujano de primera clase del Ejército Restaurador del Perú, etc., en virtud de la consulta que le ha hecho el señor presbítero don José Raimundo Zisternas, comisionado al efecto por el I. y R. S. Arzobispo de esta diócesis, acerca del caso raro presentado en la persona de Carmen Marín, informa lo siguiente:

Es doctrina práctica de la medicina legal que, en los graves asuntos de esta clase, debe principiar el informante dando a conocer su carácter público y exponiendo con rectitud todos los hechos y circunstancias de que se compone la cuestión o concepto previo en todo tiempo y distancia del grado de fe que merezca el sujeto consultado, y lo segundo, porque así probará éste ante el criterio de los demás que sus conclusiones son consecuencias lógicas de antecedentes o principios legítimos.

Esto supuesto, paso a referir (lo cierto como cierto, y lo dudoso como dudoso) todos aquellos precedentes y consiguientes de la mujer de que se trata, dignos de ser mencionados en este lugar, y de que he podido instruirme, ya consultando con facultativos que la han asistido, ya interrogando y observando a la misma mujer, dentro y fuera de sus accesos sorprendentes, ya conversando con varias personas que la han conocido en Valparaíso y en esta capital de Santiago.

JUICIO HISTÓRICO DEL CASO

I

Carmen Marín, conocida en la actualidad con el sobrenombre de *espiritada* o *la endemoniada*, es una joven soltera que

por todas sus apariencias anda entre los 18 y 19 años de edad. Juzgando por el hábito o complexión exterior de su cuerpo, es bien conformada desde la cabeza hasta los pies; su estatura no obstante es algo mediana. La forma esférica de su cabeza, su ángulo facial casi recto, su cara ovalada, su tez de un blanco pálido, su cabello negro y liso, su frente recta y despejada, sus ojos pardos de tamaño regular, sus orejas, nariz, boca y barba que nada ofrecen de notable, si no es que sus perfiles y dimensiones se aproximan a las formas y proporciones simétricas del bello ideal de la Venus de Médicis, todo este conjunto de facciones ofrece, por una parte, el tipo de la raza española, y por otra, parece anunciar una finura o aptitud poco común de los instrumentos del sentido material y de la percepción mental.

La región posterior u occipital del cráneo, donde residen, según la ciencia frenológica, los órganos de las facultades afectivas y de la fuerza física, se nota correlativamente más desarrollada que la región anterior o frontal, asiento reconocido de las potencias intelectuales. Júntese a esto que el temperamento de la Marín es sanguíneo-nervioso, varonil y semiatlético, y cualquier inteligente podrá inferir a priori que el instinto ha de predominar más en ella que la razón, mientras que esta última no se sobreponga, en fuerza del cultivo físico moral de la educación y de la costumbre.

Aseguran unánimemente, tanto la Marín como algunas personas juiciosas que la conocen de cerca, que desde la infancia ha sido una pobre huérfana de padre y madre, sostenida exclusivamente por la caridad ajena. Que nació en el puerto de Valparaíso, pero que vivió algún tiempo en el campo, hasta que como a los doce o trece años entró de pupila agraciada y estuvo unos pocos meses en el colegio de las monjas francesas de dicho puerto. Que allí se verificó su primera erupción menstrual, cuya función no se ha alterado jamás, excepto durante la enfermedad de las viruelas, que padeció en el año próximo pasado de 1856. Que los padres de dicha Marín fueron pobres, aunque pertenecían a la clase decente. Que es pariente consanguíneo de cierta familia ilustre de esta capital de Santiago, cuya espiritualidad o excentricidad característica ha llegado en alguno de sus miembros hasta la locura, fenómeno singular que

bien podría servir para confirmar la opinión de algunos fisiólogos, sobre que de semejantes idiosincrasias a la manía no hay más que un paso.

Son hechos también fuera de duda: 1º, que hallándose la referida joven en un hospital de Valparaíso, desesperada o fanatizada un día por el temor de ofender a Dios, hizo cuanto pudo para morir ahorcada, y poco le faltó para conseguirlo, pues quedó estrangulada algunas horas, y se dudó de poder salvarla por el fatal estado en que la encontraron, y 2º, que el mal extraordinario que ha ocupado la atención pública lo está experimentando cerca de seis años, repitiéndose sus ataques, en los primeros tiempos, con intervalos distantes y desiguales, y en los últimos, con una regularidad o periodismo tan marcado que en tres días consecutivos le da bajo la forma más fuerte y rápida, poniéndose muda e insensible y arqueando tanto el cuerpo hacia atrás que llega a juntar los pies con la cabeza, y durante los tres días siguientes, con menos violencia, pero más prolongado y con una especie de delirio alegre y locuaz, cuya duración fija es desde por la mañana, entre las 7 y las 8, hasta las 11 de la noche.

Hablando la Marín como una sonámbula, ha puesto un nombre pintoresco a cada una de esas formas de su mal; a la primera llama el *Tonto*, dando a entender paladinamente que es un Diablo leso y mudo que la posee entonces; y la segunda, *Nito-Nito*, añadiendo que es un diablo *bonito* y que dice cuanto siente. Todo esto merece una consideración particular, y por lo mismo tendré que analizarlo, para explicar su significación verdadera, cuando trate de clasificar las causas y la naturaleza de este mal.

Siempre que se le pregunta en su estado normal de salud cómo principió su enfermedad, contesta sin discrepancia lo que sigue: que una noche, estando en el colegio de las monjas francesas de Valparaíso, y habiendo ido por su voluntad, con licencia de la prelada, como a las once, a velar al Santísimo en la Capilla, oyó o le pareció oír en aquel lugar ladridos de perro y una especie de algazara o voces de hombres ebrios de la parte de la muralla que correspondía a la calle. Que todo lo cual la trastornó y la sobrecogió de terror, de manera que se le descom-

puso sin duda la cabeza, pues de lo demás de aquella noche sólo se acuerda que sintió por primera vez en el oído izquierdo una cosa como golpe o zumbido... Este hecho por sí solo ya está probando la influencia misteriosa de la imaginación, y cuán funesta le ha sido a esta infeliz joven la candorosa creencia en el Diablo.

Debo advertir de paso que ese accidente en el oído izquierdo, que nunca acierta a definir bien la Marín, se ha repetido, según ella misma lo cuenta, cada vez que ha sido atacada. (sea del Tonto o del Nito-Nito); con más esta significativa circunstancia de hacer ella memoria y tener convicción de que en el momento que aquella especie de vértigo o zumbido o *clavo histérico*, le atraviesa la cabeza y pasa al oído derecho, ya queda como muerta, sin sentido, sin conciencia de sí misma y sin libre albedrío.

A más de lo que dejo expuesto, está bien averiguado no sólo por confesión de la Marín, sino también por el testimonio de varias personas respetables, entre ellas un facultativo en medicina que la conoció en Valparaíso, y una profesora de obstetricia que la hospedó gratuitamente en su casa, está bien averiguado, digo, que en la noche mencionada del extraño suceso en la capilla soñó la Marín que peleaba con el Diablo; que quedó por algunos meses como loca y afectada del cerebro, y que no habiéndose obtenido su curación en el colegio, salió de él, trasladándose primero a la casa de una tía, y después a la de un hermano, el cual la maltrató cruelmente a los principios creyendo que fingía su enfermedad.

Desde que salió Carmen Marín del colegio de las monjas hasta que fue colocada en el Hospicio de esta ciudad, han tenido lugar en su enfermedad y sus costumbres misterios y cosas de tal naturaleza y tan conexiones con la cuestión que se está ventilando, que no puedo prescindir de traerlos a consideración, por más que me preocupe el temor de levantar el velo de la vida privada. Todo es lícito, sin duda, ante el tribunal del mundo científico cuando se trata de salvar una gran verdad de interés humanitario, y cuando es inminente el peligro de que triunfe un error funesto y trascendental, fundado en falsos conceptos.

He aquí lo que es capaz de destruir esos falsos conceptos, informado por tres personas inteligentes y testigos presenciales intachables de la vida privada de la Marín, durante el espacio de tiempo que acabo de indicar.

Después que la sacaron del establecimiento de las monjas francesas de Valparaíso, se la vio vagar y familiarizarse con mujeres de mala fama, de esas que a fuerza de comunicarse íntimamente con los inmigrantes europeos entienden y hablan algunos idiomas. No se sabe si la Marín se asociaba con ellas por corrupción o por la desgracia de ser una menesterosa; pero lo que sí se sabe es que en el transcurso de poco tiempo llegó a tener hasta tres pretendientes apasionados.

Fuera de esto, hallándose cierta vez dicha joven bajo la influencia de esa especie de lucidez, o sea, sonambulismo, en que se la ha visto en el curso de los accesos, reveló de un modo cínico e involuntario, a presencia de varios circunstantes, cuyos nombres sólo expresaré confidencialmente en caso necesario: Que una mujer que administraba una fonda en Valparaíso, con quien vivía y se vino a esta capital, tenía un hijo, el cual le dio (a Carmen) muchas pruebas de cariño y compasión, de manera que ella deseó casarse con él. Que el tal amante la acariciaba y perseguía a todas horas; pero que ella se resistía a sus tentaciones, porque conocía que no pensaba en ser su esposo legítimo. Que en esas circunstancias sucedió una vez que, abusando de la ocasión de verla con el mal, la condujeron a un cuarto, y allí la dejaron encerrada bajo llave y a disposición de aquel amante...

En seguida de haber propalado todo eso añadió la sonámbula dos reflexiones admirables, a saber: primera, que el resultado de aquel hecho clandestino fue una mejoría de tres meses, mejoría que nunca ha tenido igual sino cuando se curó de las viruelas en el hospital de San Borja, y segunda, que los motivos porque no ha querido casarse dicho joven con ella eran su enfermedad y la pobreza de uno y otro. Cuando dijo esto último, le preguntó una señora que la escuchaba: ¿Y el mismo joven te dio tales excusas? A lo cual replicó la sonámbula: ¡oh!, no me lo ha expresado nunca, sino que yo le leo su pensamiento.

En otra ocasión, durante el mismo estado de lucidez o ena-

jenamiento, como si la dominase un impulso irresistible, semejante al de la *ninfomanía* o *fuego erótico*, cantó y bailó del modo más voluptuoso, y luego habló literalmente lo que sigue: “Carmen vive agradecida de María, porque está recibiendo de ella muchos favores; pero aunque no quiere Carmen ofender a María, tenga cuidado ésta, pues *Juan*, el marido de María, le está hablando del amor, y se ha de enredar con *Juan*, y más tarde con el hijo, porque Carmen no guarda lealtad a nadie... El otro día, cuando estaba sentada junto a la mesa, le señaló Pascual a Carmen un peso, ofreciéndoselo con disimulo, sin que lo notase nadie, y Carmen no lo tomó, aunque le gusta la plata, porque María estaba allí y podía descubrirla”.

Para apreciar en lo que vale este hecho, no menos positivo que curioso, debo advertir, en primer lugar, que la Marín habla de ella misma en tercera persona en todas sus situaciones anormales, como si padeciese un error extravagante de juicio, figurándose en tal estado excéntrico que no es suya la palabra, sino de otro ser o espíritu que tenga adentro, o como si los paroxismos la privasen del conocimiento de su yo individual y del imperio de su voluntad sobre cierta función del cerebro; y en segundo lugar que la tal María del anterior monólogo es una señora que lleva ese nombre y que por compasión socorrió en su casa, como cuatro meses, a Carmen Marín, antes que ésta se curase de las viruelas en San Borja.

Dicha señora María estuvo presente cuando aludiendo a ella, a su esposo e hijo se descubrió y se traicionó a sí misma la sonámbula; y como había visto en muchos casos que casi siempre acertaba con lo que predecía, reputando además que su palabra sería una expresión fiel de sus sentimientos, mientras se hallaba en aquel estado preternatural, no dudó, pues, de la verdad del aviso involuntario que le daba, y la despidió luego de su casa, como medida prudente, contra la ejecución del vaticinio. Después fue a parar la Marín al Hospicio, último asilo en que se refugian los mendigos incurables.

Hay, pues, cosas importantes que considerar en esta época de la vida de la Marín, y las cuales no habrán estado al alcance de los que hasta aquí han escrito ex profeso sobre este ruidoso asunto, puesto que no las han mencionado para nada, a pesar

de haber sido laudablemente prolijos y sagaces en la enumeración de los fenómenos y antecedentes de la materia.

Partiendo del principio de que me asiste una evidencia moral respecto de la exactitud de los hechos precedentes, y reservándome para hablar sobre ellos con más extensión en otro lugar oportuno, sólo me fijaré, por ahora, en dos observaciones que servirán como el recurso de una luz o de un hilo para penetrar en tan oscuro laberinto. Una es que resulta de lo expuesto, si no una certeza, a lo menos mucha probabilidad, de que la Marín entiende el latín, el francés y el inglés, siquiera un poco, siquiera las voces más vulgarizadas y análogas a nuestra lengua, por las circunstancias de haber nacido y vivido en el puerto de Valparaíso, de haber estado algún tiempo en prácticas religiosas con monjas francesas, y de haberse asociado con algunas mujeres mundanas de aquel puerto, entre las cuales, según es notorio, es como necesidad y al mismo tiempo una diversión el aprendizaje de los idiomas extranjeros.

La otra observación es que hallo una coincidencia singular y luminosa entre la anécdota de los amoríos de *Juan*, aquel esposo de María, con quien dijo la Marín delirante que se había de *enredar*, y la predilección maquinal, y aun la curación de esta joven por el Evangelio de un santo apóstol que se llamó también *Juan*, y cuyos versículos recuerdan además la aparición del Ángel y la encarnación del *Verbo*.

Tal coincidencia o asimilación será sin duda repugnante a la moral, mas no lo es al criterio médico, especialmente si se atiende a que *Juan* puede ser para la Marín una ilusión excitante, en medio de su delirio libidinoso, en que todo hace creer que habla sólo el sentido interno, o sea el instinto, con sinceridad y sin libertad moral. "Frecuentemente, dice Bosquillon, basta la memoria para excitar movimientos que se han experimentado ya"; y si eso sucede en el estado ordinario de vigilia, verbigracia, cuando una persona vomita viendo el vaso que contenía el vomitivo que ha tomado, con mucha más razón puede acontecer lo mismo en los ensueños, en el sonambulismo y en todas las condiciones anormales en que la imaginación se halla en el *summum* de exaltación.

El raciocinio experimental que precede me conduce natu-

ralmente a este otro no menos exacto: no cabe duda de que la memoria de un nombre, de un suceso terrible o agradable o de una sensación cualquiera, basta por sí sola para ocasionar movimientos instintivos o ya experimentados. Ahora bien, los fenómenos o los movimientos instintivos, del mismo modo que las convulsiones o espasmos esenciales, emanan (según lo han explicado con ejemplos concluyentes Trousseau y Pidoux, en su tratado de *Materia médica y terapéutica*) de unas mismas fuentes, que son los diferentes centros de acción de la vida orgánica: las convulsiones o espasmos esenciales son los medios más a propósito de que se vale la naturaleza humana para resolver y terminar ciertas afecciones o ataques nerviosos; luego es posible o que la imagen del Diablo que la amedrentó en la capilla o que la memoria de *Juan* apasionado sea como el punto de partida que suscite en el organismo de la Marín, combinándose con otras causas, actos y fenómenos idénticos a los indicados, hasta producir esa crisis saludable que restablece el orden, la unidad y el reposo del estado normal o fisiológico.

Pero aún no es tiempo de que me pronuncie decididamente sobre estas cuestiones, pues que nuestro caso tiene tantos aspectos como anomalías, y es preciso hacerse cargo de todos para explicarlos y resolverlos.

II

Antes de pasar adelante séame permitido protestar aquí solemnemente que, animado por la ardiente pasión que profeso a la verdad, de lo que creo haber dado bastantes pruebas notorias, he procurado con todas mis fuerzas ponerme a cubierto de cualquier engaño o preocupación, examinando bien todas las circunstancias del caso y consultando atenta e imparcialmente a los testigos y las diversas opiniones que se han vertido acerca esta materia.

Desde que me persuadí, por lo que se escribió en los periódicos y por lo que se propalaba generalmente en esta ciudad, de que el asunto relativo a la Marín era extraordinario y digno de la historia, cualesquiera que fuesen sus causas eficientes, mi primero y principal cuidado fue instruirme a fondo de cuanto

hubiese en él, así de verdadero como de falso, con el designio de escribir sobre ello para el público.

Habiéndose hecho un llamamiento a los médicos y anunciándose por la prensa que en la mañana del sábado 1º de agosto de este año, se iba a hacer en el Hospicio una manifestación pública, como prueba de todo lo que se corría respecto a la espiritada o endemoniada, comparecí en aquel establecimiento, en circunstancias que estaba casi lleno de gente de ambos sexos. Vi allí expresadas en todos los semblantes la duda y la curiosidad. Rodeaban inmediatamente a la tal espiritada varios sacerdotes, los facultativos Fuentecilla y Villarreal, y algunas monjas francesas, tituladas de la caridad, que tienen a su cargo la asistencia de los pobres del Hospicio. El presbítero don José Raimundo Zisternas presidía aquella escena, dirigiéndose en alta voz a la concurrencia, ya para que se guardase el orden debido, ya informándola de lo que estaba pasando en la joven Marín, ya ejerciendo con ésta su oficio de exorcizador, con arreglo al ritual romano.

No pude observar con mis ojos esa vez más que el acto en que pronunció el señor Zisternas el Evangelio de San Juan. Antes de ser recitado dicho Evangelio estaba la Marín tendida, sin movimiento, sobre una cama, colocada en el suelo de un salón; mas apenas principió el señor Zisternas, dirigiendo a ella las palabras y las miradas con un acento fervoroso parecido a la declamación, se agitó de pies a cabeza el cuerpo de la Marín. La agitación o temblor, comparable al pánico o al tetánico, pasó pronto y gradualmente a violentas contorsiones, hasta el extremo de hacerla azotar la cabeza contra los ladrillos, a medida que seguía hablando, cada vez con más energía, el exorcista. El cuerpo mudaba de lugar, moviéndose en postura supina y horizontal, y dando saltos como de media vara de altura, en todas direcciones. Cuando, agitada de esa manera, llegó el señor Zisternas a poco más de la mitad del Evangelio, quedó súbitamente la exorcizada en una especie de tétanos, idéntico por su forma al opistótonos; esto es, desfigurado el rostro horriblemente, suspendidas la voz y la respiración, y echado y contraído hacia atrás con violencia todo su cuerpo. Todo ese conjunto de síntomas hizo crisis, desapareciendo de un modo asombroso y resti-

tuyendo a la Marín al estado ordinario de salud, tan luego como dejó de articular el referido presbítero estas frases: *et verbum caro factum est, et habitavit nobis.*

Vuelta en sí la Marín, se sentó, se restregó los ojos y quedó como contristada. Acto continuo se la condujo por sus pies a un departamento del Hospicio en que están las celdas de las monjas o Hermanas de la Caridad; y por medio de centinelas militares se impidió la entrada a la multitud, quedando comunicada casi exclusivamente con dichas hermanas, los sacerdotes, el señor Ciccarelli, director de la Academia de pintura, y cuatro facultativos que estábamos allí deseando continuar nuestras observaciones.

Cada uno de nosotros se dirigió a la Marín, escudriñando con suspicacia y minuciosidad sus antecedentes, su aspecto general, sus facciones en particular, el estado de sus funciones, etc. Ella, sentada en una silla, tomó una actitud serena, humilde y como resignada, arrostrando impasible todas las miradas y contestando con sencillez y buen sentido, sin confundirse.

No formularé aquí todos las preguntas y respuestas que se verificaron entre la Marín y nosotros en aquella segunda escena, porque ya he dado cuenta del resultado de ella en lo que llevo dicho, especialmente cuando me he referido a su propio testimonio.

De todo lo que observé por entonces dos cosas me causaron mucha admiración: el efecto maravilloso del Evangelio de San Juan y la sanidad aparente de la Marín, desde el instante en que terminó el formidable paroxismo de que ya he hablado. Mas esto último no sólo me admiró, sino que empezó a convencerme de que aquel caso salía de los límites ordinarios y era superior al sentido común.

En efecto, todo ese cuadro de síntomas sin armonía patológica, compuesto de insensibilidad cutánea, sueño aparente o tifomanía, intensas convulsiones intestinales y de todos los músculos sujetos a la voluntad, y por fin, la crisis o resolución, a veces por el poder sólo de la naturaleza, a veces por la influencia de un exorcista caracterizado por su fe y la fuerza de su voluntad, sabía explicármelo fácilmente, sin apelar a causas sobrenaturales; todo ello, pensaba yo, podía ser, o un artificio para

engañar, o un histérico complicado con demonomanía, o con magnetización efectuada por casualidad, sin saberlo nadie, y únicamente por coincidencia simpática entre los caracteres del exorcizante y de la exorcizada. Empero, lo que a primera vista me pareció inconcebible, lo que me desarmó contra la sospecha de una farsa y me ha servido de guía en mis meditaciones, fue el rarísimo fenómeno que presentó aquella joven, y que se repitió en la noche, de haber estado horas enteras con afecciones gravísimas y convulsiones y golpes muy dañosos, y sin embargo no preexistir ninguna alteración sensible en su organización y quedar súbitamente, como por encanto, ilesa y como si nada hubiera sucedido en lo físico y moral...

Tal contraste debe considerarse, a la verdad, como una excepción de los principios doctrinales de la fisiología y de la patología; pero excepción tan natural y razonable, según creo ahora poder explicarla, como lo es de las leyes de la física el aumentarse, en lugar de disminuirse, la superficie del agua cuando se cristaliza por el frío glacial. Por lo demás, la experiencia diaria enseña a los médicos que después de las profundas conmociones de la economía animal, ocasionadas por las pasiones o por otras causas, resulta alguna lesión orgánica o funcional, como el colapsus, las congestiones del cerebro o de otras entrañas. A propósito de esto y del fenómeno del vértigo, con irritación de los ojos y los oídos, que siente la Marín en cada ataque, desde que se aterrorizó en la capilla del colegio de Valparaíso, recuerdo haber leído en la obra del célebre Cullen, donde enumera las causas de la epilepsia, el caso de un marino que fue atacado de esta enfermedad sin más motivo que el terror pánico que le infundió la vista de un escollo en que le pareció iba a estrellarse inevitablemente su buque. "Las repeticiones de cada accesión (dice) estaban precedidas de un dolor, de una hinchazón del ojo y de la frente, y de una inflamación de la conjuntiva, lo que prueba que había congestión en los vasos del cerebro".

En seguida de haber examinado a la Marín, discutimos en junta los facultativos Barrington, Fuentecilla y yo, y como no teníamos todavía nociones suficientes, ni menos convicciones respecto a la realidad o simulación de lo que se decía y de lo

que aparecía a la vista, sólo estuvimos unánimes en no aventurar ningún juicio decisivo, caracterizando el caso, ínterin no obtuviésemos todos los datos del problema. Antes de retirarnos llegaron los doctores García y Mac Dermott, quienes después de algunas indagaciones se adhirieron a nuestro mismo propósito.

Durante el estado de sonambulismo aparente de aquella mañana había dicho la Marín que su Demonio volvería entre las siete y ocho de la noche del mismo día, y no saldría hasta las once, anunciando además que la dejaría libre un año y medio. Con este motivo quedamos todos citados para la hora designada, con el doble objeto de comprobar si se cumplía o no la predicción y de poder ver más claro en la materia.

A las siete y cuarto de aquella noche volví al Hospicio, y encontré todas sus puertas cerradas y cubiertas de gente. Golpeé y llamé a voces, y nadie me respondió de la parte de adentro; lo mismo sucedió al doctor García, quien esperó afuera junto conmigo como media hora. Un sujeto que se acercó a nosotros en la calle nos informó que ya estaban adentro los doctores Tocornal y Fuentecilla, y que tal vez no nos abrirían las puertas por temor de que se repitiesen la tropelía y desorden que acababan de sufrir las monjas a causa de haber querido entrar toda la muchedumbre. Eran como las ocho, y ya nos íbamos a retirar, cuando el señor don Fernando Lazcano entreabrió con cautela la puerta para permitirnos entrar.

Me detengo en estos pormenores, a riesgo de incurrir en la nota de difuso, porque los creo necesarios para vindicar de la imputación de connivencia o concierto con la Marín a las personas que la rodeaban y que ejercían alguna autoridad en el Hospicio. El señor presbítero Zisternas ha sido el blanco de acres invectivas de esa especie, siendo así que llevó hasta el entusiasmo su empeño para que los médicos reconociésemos y juzgásemos aquel caso raro bajo todos sus aspectos. Si él nos interrumpió nuestro procedimiento profesional, chocando con el Dr. Tocornal, que se oponía con buena intención a sus experiencias de exorcista, eso sucedió, a mi juicio, porque el presbítero no era médico para saber y temer que las violentas y reiteradas convulsiones que ocasionaba a la Marín con la influencia magnética, por decirlo así, de sus palabras, eran capaces de hacerla

morir en el acto, o acarrearle alguna otra lesión consecutiva, tales como la apoplejía nerviosa, el letargo, derrames en el cerebro, etc.

III

Me contraeré ahora a escribir la escena de aquella noche.

Cuando entré acompañado de los profesores García y Baraña en la celda donde estaba Carmen Marín, la postura de esta joven era boca abajo, sobre un colchón, sostenido su cuerpo en el aire por sus pies y manos; vestía camisón y pañuelo de rebozo, y se quejaba y agitaba como un enfermo afligido por sensaciones fatigosas.

Oí decir a varias personas presentes que el ataque había principiado puntualmente a las siete y media de la noche, como ella lo había pronosticado.

Habiéndosele aplicado a la nariz el éter sulfúrico y el álcali volátil, sacudió la cabeza huyendo del olor; enderezóse sobre sus pies y movióse vagamente hasta ponerse de frente, barbotando, más bien que articulando, estas palabras: "no más..., no más...". Se le pusieron tres sinapismos fuertes, uno en las espaldas y dos en las pantorrillas, los cuales permanecieron más de media hora y apenas irritaron la piel. Sentóse, acomodóse la ropa, pidió agua con acento lastimero; se le presentó en un pocillo de loza, en que se habían echado muchas gotas de éter, y lo rehusó, indicando al mismo tiempo, con la mano y la mirada, que deseaba beberla en un vaso de cristal que se veía sobre la mesa; una de las hermanas de la caridad dijo en el acto que ese capricho lo había tenido en otros ataques. Se vació entonces a su vista el agua del pocillo en el vaso, y ella alargó sus dos manos para asirlo y lo agotó con ansia.

Con arreglo a la idea que me iba yo formando de la enfermedad, opiné, mas no se ejecutó, que convendría al momento ventosas en la nuca, o una sangría considerable, para precaver las convulsiones que debían esperarse, pasado aquel primer grado de una neurose, con síntomas evidentes de congestión encefálica, y para moderar el orgasmo y la turgencia de los vasos. La sangría habría servido también como un medio de observa-

ción, pues se vería si los efectos del exorcismo de la mañana se diferenciaban de los de la noche, en virtud de un remedio que modificaría la condición anterior del sistema.

Me acuerdo bien que no se hizo uso en forma del cloroformo, aunque se pidió y se puso un frasquito sobre la mesa, y por consiguiente se equivoca quien ha dicho lo contrario.

Dos horas, a lo más, estuvo la enferma a cargo nuestro, pero no se le suministraron otros remedios que los ya indicados, porque la mayoría de los facultativos presentes adoptó una medicación paliativa y expectante, ya para observar mejor cuál era el curso natural de los fenómenos, ya también porque éstos hasta allí nada tenían de alarmante. He aquí un resumen sucinto de la situación de la Marín durante esas dos horas, antes que el señor Zisternas la tomase bajo su dirección. Rostro encendido, con las facciones algo contraídas, expresando confusamente un estado de ofuscación dolorosa. Ojos inyectados de sangre y abiertos con trabajo, levantando las cejas y arrugando la frente y el entrecejo, como quien hace esfuerzos para despertarse en medio de una pesadilla angustiosa. La mirada fija y preocupada hacia la tierra, pestañeando muy ligero y sin cesar. Voz alterada, aguda y mal pronunciada. Lengua de aspecto normal. Libertad para ejecutar todos los movimientos locomotivos; pero libertad, al parecer, no deliberada, sino instintiva, como en el sonambulismo y tifomanía, en que hay sueño o modorra aparente, y sin embargo, se habla, se ve y se oye. Insensibilidad circunscrita al órgano especial del tacto, es decir, la piel. Sensibilidad, comprobada por varios experimentos, de los órganos de la visión, olfato, gusto y audición. Facilidad y deseos patentes de tragar el agua. Sensación dolorosa ocasionada por el olor del álcali volátil y del éter sulfúrico. Indicios igualmente materiales y racionales de plétora local, o distensión de los vasos sanguíneos del cuello y de la cabeza. Perturbación incipiente de las funciones orgánicas y mentales del sistema cerebro-espinal, con pérdida actual del sentido común. Estado espasmódico, va poroso, sin convulsión en los miembros ni en la cabeza. Hinchazón y ruido de líquidos hacia el estómago, de corta duración, sin diferenciarse de los que aparecen en el histérico y la epilepsia. En fin, pulso, respiración y calor general aumentados mo-

deradamente hasta el grado intermedio de lo natural y de la fiebre, que en medicina se llama *pirexia*.

Este cuadro que he bosquejado, sin apartarme de la realidad, del original, nada ofrece por cierto de maravilloso o desconocido; cualquier médico verá en él, haciendo abstracción de todo lo demás que he dicho y voy a decir, el segundo grado o estadio de una *pasión histérica*, bastante marcada, para no poder confundirla con ninguna otra especie de afección patológica, ni menos para llegar a considerarla sin nombre y fuera del dominio de la naturaleza y de las ciencias naturales. Nótese que todos esos fenómenos han aparecido espontáneamente, como si fuesen efectos exclusivos de una verdadera enfermedad y sin ser ocasionados por personas o causa alguna externa que se sepa. Nótese ahora, por la descripción siguiente, que en ese estado nervioso, o como se quiera calificar (y únicamente en ese estado, con exclusión de cualquier otro normal o anormal de la Marín), se han verificado fenómenos ya físicos, ya mentales, no espontáneamente, sino de un modo artificial y por simpatías recíprocas, en virtud de la influencia de cierta clase o carácter particular de personas y de cosas también de cierto orden moral.

A las nueve y media de la noche referida se apoderó el señor presbítero Zisternas de la enferma, dando a entender bien a las claras, de principio a fin, que su intención principal era patentizar y persuadir, en fuerza del éxito de sus asombrosas experiencias como exorcista, que Carmen Marín no padecía enfermedad natural, sino que estaba poseída del Demonio. No expresó esta creencia con franqueza afirmativa, pero la significó demasiado en todas sus acciones, y el hecho mismo de aplicarle el exorcismo es una prueba de mi aserción, puesto que sólo se debe emplear ese recurso espiritual, según disposiciones terminantes de la Iglesia Católica, cuando el diocesano, previos los informes competentes, haya reconocido ser indudable la *posesión* u *obsesión diabólica*.

Estaba sentada Carmen Marín, en la situación anormal que describí más arriba, cuando el señor Zisternas, puesto de pie, en frente y cerca de ella, principió su oficio de exorcista, previniendo a los espectadores que tenía que ceñirse en todo a las prescripciones del ritual romano.

Conviene tener presente que cuanto habló lo pronunció en alta voz, y que antes de que hiciesen los experimentos por él o por algún otro, prevenía lo que iba a resultar, diciendo, por ejemplo: "Lea usted (dirigiéndose al señor presbítero Pérez) algún pasaje de la obra de Cicerón, y se verá que no la agita, como la lectura del rezo o del Evangelio". "Cante usted, hermana (nombrando a una de las monjas), en francés, algún verso profano, y entonces se alegrará (la Marín)". De manera que si la enferma fuera dueña de sus acciones en tales momentos, y tratase de engañarnos a todos, incluso al exorcizador, quien sin duda obraba de muy buena fe; o si, lejos de eso, la suponemos en un estado semejante al magnético o al electrobiológico, en que el operador forma un mundo imaginario y gobierna a su arbitrio, aún sin saberlo y sólo por el imperio de su voluntad, la sensibilidad y los movimientos propios de la persona influenciada, no se necesitaría ya otra cosa para explicar los fenómenos que escudriñamos, que sacar en limpio cuál era el verdadero estado mental que relacionaba a la vez a la Marín con el exorcista. Tal cuestión la ventilaré después de exponer esta parte histórica, cuando funde mi juicio diagnóstico, en donde pienso demostrar, además, que es muy probable que una monomanía con terror pánico, un delirio en la imaginación de la Marín, sea la causa de todas las apariencias de endemoniamiento, con o sin dependencia de los predichos estados mentales.

He anticipado estas advertencias, porque los fenómenos que voy a referir deslumbran y confunden a cualquiera que no los observe profundamente con los ojos del entendimiento, bien fortificado éste con las reglas de la lógica y los descubrimientos de la ciencia. Por lo menos la prudencia, hija de la experiencia, aconseja, así al filósofo como al teólogo, no aceptar ni reputar como esencialmente divino o milagroso sino aquello que traspase las leyes de la naturaleza y que no pueda realizar el hombre, en su solo carácter de tal.

El señor Zisternas entabló primero un diálogo con la Marín, conforme al estilo peculiar de los exorcistas; esto es, dirigiéndose con la intención al Demonio posidente, y haciendo completa abstracción del individuo poseído. Dicho señor no sospechó ni un instante siquiera que acaso se las tenía con una

enferma de la imaginación, con una histericada en sumo grado, que había quedado herida y afectada intensamente en todo su sistema físico y moral, desde una noche que velando sola en una capilla, en circunstancias de hallarse en el período uterino, casi se murió de miedo y llegó a perder el juicio, figurándose que un aullido extraño del perro del colegio, y la vocería bacanal de hombres que pasaron por la calle, no significaban otra cosa que la presencia del Diablo, en busca de ella, dentro de aquel Santuario...

Y afirmo que el señor Zisternas no sospechó siquiera la influencia exclusiva de ese antecedente digno de gran consideración, por varias razones convincentes: 1ª, él no profesa las ciencias médicas, para conocer teórica y experimentalmente las influencias recíprocas de lo físico en lo moral y de lo que es capaz el *proteo* multiforme del histerismo; 2ª, él debió preocuparse sin duda del poder espiritual del exorcismo, ya por los efectos maravillosos que producía, ya porque no es fácil que comprendiese que, según los casos, puede ser tan medicación natural, como cualquiera otra, el exorcismo, magnetismo y toda influencia de cualquier género que haga eco en el organismo humano, el cual es por excelencia el microcosmo, el espejo vivo en que se refleja todo el Universo; 3ª, en fin, ¿ni cómo podía sospechar causa natural quien hasta ahora sostiene, con una fe ciega, que le honra como cristiano y como sacerdote, mas no como filósofo (porque el filósofo busca la verdad no sólo en los textos o autoridades, sino en el crisol de la razón humana) *, que la Marín es una verdadera energúmena, y que *tiene observado que según el grado de fe del que le mandaba* (al Demonio alude), *así era la mayor o menor prontitud con que obedecía?*

Esta influencia de la fe, en que convienen en sus respectivos informes el señor presbítero Zisternas y el Dr. García, cuando menciona este último la acción del exorcismo aplicado por el presbítero Ossa, es para mí como el fenómeno capital, el busilis de la dificultad. El hecho es cierto, y consta por pue-

* *Ad descendum: necesario dupliciter ducimur, Auctoritate, atque ratione. Tempore Auctoritate, re autem ratio potior est.* San Agustín.

bas positivas como las que ha exhibido el señor Zisternas, mediante su fe confesada, y también por pruebas negativas, como el haber sido nulo el resultado, aunque los medios fueron idénticos con relación al carácter sacerdotal y a la recitación del Evangelio de San Juan, cuando intervinieron los señores Orrego y Pérez, quienes acreditaron bien que no estaban preocupados de ninguna creencia o hipótesis, y que iban a observar con una laudable y circunspecta disposición de espíritu para ver y creer, como enseñan la misma Iglesia y el proverbio de Santo Tomás, refiriéndose a asuntos semejantes.

Repito, pues, que la influencia de la fe es el hecho mejor averiguado, y juntamente la mejor clave para penetrar el secreto de la verdad del caso, mas lo que falta todavía que dilucidar es si esa fe perfecta que constituye la potencia eficiente del exorcista lo relaciona e identifica con la exorcizada, ni más ni menos como el magnetizador con la magnetizada, o como dicen que hacía en Bruselas Mr. Philipps con sus electrobiologizados, o como la pila galvánica que convulsiona a los muertos, o como el padre y el loquero, cuya presencia sola o cuyas amenazas aterran y transforman de un modo no menos prodigioso al hijo o al loco más furioso y convulso. Si se me objetase que la paridad no es legítima, yo replicaré, desde luego, que mientras no se me explique en qué consiste la diferencia esencial, es más absurda y ridícula la hipótesis del Demonio; y debo atenerme a que unos y otros fenómenos se pueden explicar satisfactoriamente con arreglo a las leyes del magnetismo animal y a una doctrina de los más grandes médicos antiguos y modernos, a saber: que los centros nerviosos, que presiden a todas las funciones de la vida, son el origen común de las pasiones y actos instintivos, conservadores o reproductores, y de los espasmos esenciales del orden fisiológico y del patológico, como el *espasmo cínico* y como los paroxismos histéricos y epilépticos.

He aquí el diálogo y la escena del exorcismo en cuestión. El señor Zisternas hace las preguntas en castellano, y la Marín responde en tercera persona, pronunciando con sus labios, aunque con alguna dificultad de articulación y con marcada repugnancia para obedecer:

¿Tengo yo facultades para echarle? Sí.

¿A qué signo obedeces? Al Evangelio de Juan (Jamás dice San Juan).

¿Por qué atormentas a la Carmen? Para probar su paciencia.

¿Cuándo volverás? Dentro de un año y medio.

¿Volverás bajo la misma forma? No se sabe.

Estoy conteste en todo esto con el Dr. García, como igualmente en que nunca obedeció la Marín a la primera ni segunda vez que se le preguntó, sino generalmente a la tercera o cuarta, intimándole obediencia *con energía*, en nombre de Dios. Agregaré que a cada interlocutor recibió la Marín con palabras ofensivas y groseras, diciéndoles sin mirarlos, a uno, monigote, bribón; a otro, borracho; y a una monja, beata, etc.

Invitada por el señor Zisternas, entonó una de las monjas trozos de cánticos sagrados y de profanos, en francés y en inglés; y la Marín acompañó la entonación, expresando con el semblante enojo por los sagrados y alegría por los profanos, y llevando el compás con la voz, pero sin articular palabra, sino tan sólo una que otra de las ya indicadas, como para burlarse de la que cantaba.

Se le leyó un pasaje de Cicerón en latín, y nada dijo, ni hizo ademán alguno, sentada como entonces estaba.

Leyó el señor presbítero Pérez en el ritual romano; entonces se agitó convulsivamente de más en más, andando tendida boca arriba, sin apoyar los pies ni las manos, y tan sólo con un particular sacudimiento de todo el cuerpo. Las piernas entretanto mantuvieron una sola postura, como sucede en la catalepsis, medio extendidas y juntas, de tal modo que en esa ni en las otras veces que se repitió el mismo fenómeno, no se arregó mucho el vestido, cosa extraña en que nos fijamos casi todos y que parecía hecha con cuidado.

Aunque dejó de rezar el señor Pérez, ella continuaba agitando y estropeando su cuerpo hasta salir de la celda por una puerta. Como era ya bastante aquello para prueba, se intentó otra, el calmarla, ordenándole en nombre de Dios que se sosegase. Se ensayaron en esto el Dr. García y los señores presbíteros Pérez y Orrego, pero fue en vano, porque la convulsa no se aquietó, hasta que la tomó de un brazo el señor Zisternas, y

se lo mandó *con voluntad imperiosa* por dos o tres veces. Habíéndose manifestado dudosos y nada conformes los sacerdotes que no habían sido obedecidos, dijo entonces el señor Zisternas: "eso debe consistir en que yo no más estoy autorizado para este caso por el señor Arzobispo".

Por último, procedió el señor Zisternas al conjuro en forma, por ser ya las diez de la noche, y porque todos deseaban ver lo más interesante, como eran los efectos del Evangelio. Sucedió con su recitación lo mismo que he referido del exorcismo de por la mañana: convulsiones, gestos y contorsiones violentas; meteorismo en el vientre; hinchazón del estómago, pecho y cuello; opistótonos, echando la cabeza, tronco y pies hacia atrás, en forma de un arco; contracción espasmódica, tetánica de los dedos de las manos y de todas las facciones del rostro; ojos vueltos en blanco; boca y narices excesivamente abiertas; respiración detenida; pérdida aparente del conocimiento y de los sentidos, e inminente peligro de una apoplejía o de alguna otra lesión consecutiva. Todo esto es, sin faltarle nada, el cuadro del acceso rápido llamado el *Tonto*, en el cual nunca se ha aplicado el exorcismo.

Llegó a ese estado epileptiforme la Marín cuando pronunció el señor Zisternas las últimas palabras que preceden a esta frase: *et verbum caro factum est*, en el Evangelio del capítulo 1º. Suspendió la recitación entonces como tres minutos, con el triple objeto de que todos pudiesen contemplar aquel aspecto espantoso, de dar tiempo al señor Ciccarelli para que la retratase en bosquejo y de que se hiciese más notable la eficacia resolutive o conjurativa de la parte final del Evangelio que iba a expresar... y advertiré de paso que una sola persona bastó para enderezarla y levantarla. En efecto, al empezar el versículo 14º final, aflojó como lo asienta el Dr. García, el *espasmo-tónico* general, quedando buena y sana (juzgando sólo por las apariencias) en el acto de recitar el *habitavit nobis*.

Cuando principié a meditar, buscando cuál podía ser la razón de cada una de esas circunstancias creadas por la recitación del Evangelio, que, por admirables, han fijado la atención de todos, me pregunté a mí mismo: ¿surgen ellas del Evangelio, en el sentido sobrenatural en que lo ha aplicado el señor Zisternas?

¿Por qué entonces esta supuesta endemoniada tendría el privilegio exclusivo de no obedecer más que al de San Juan? ¿No influirá, como en tantos otros casos naturales, la imaginación de la Marín, los caracteres personales y las simpatías magnéticas entre el exorcista y la exorcizada?... ¿Por qué sucede invariablemente que sea una de las condiciones precisas, *sine qua non*, para que surta todo su efecto el exorcismo, que entre primero la paciente en vivas convulsiones y que al fin ocasionen éstas una reacción o crisis formidable, de aquellas resolutivas y curativas por sí mismas, como se ve diariamente en el histérico convulsivo, en la epilepsia y aun en los accesos de las pasiones morales y en aquellos que ella ha llamado Tonto?... ¿Será acaso porque el exorcismo, conmoviendo fuertemente el sistema, cure por el mismo mecanismo que suele emplear la fuerza medicatriz del principio vital? O por el contrario, ¿será más racional asentir (sin concebir el cómo ni el porqué, y sin haber siquiera todas las señas claras que exige el ritual romano) a la opinión de aquellos que no ven en todo ese aparato de síntomas ninguna influencia natural, y nada de parecido a las enfermedades ni tampoco a la salud, sino únicamente los fenómenos *sui géneris*, inescrutables, de la malignidad diabólica? En el contexto de este informe se hallará la solución de estas dudas.

IV

Tal es la historia filosófica del caso, prescindiendo de otros hechos imaginarios o exagerados que ha circulado la credulidad vulgar. Tales los antecedentes y síntomas de que he procurado asegurarme, para no ser desmentido y para no discurrir sobre falsos conceptos: he visto y palpado, por decirlo así, casi todos los fenómenos que he descrito; he comprobado, por ejemplo, la insensibilidad general de la piel, pellizcándola, introduciendo alfileres, viendo comprimir con fuerza al Dr. García detrás de las orejas, sin que la Marín diese la menor muestra de haber sentido mientras estuvo con los ataques.

Y digo en verdad que, a no ser por ese experimento decisivo acerca de la insensibilidad, todavía me inclinaría a creer que la Marín había fingido, si no el todo, por lo menos alguna parte

de su papel. Sabido es que no sólo es fácil acostumbrarse a la simulación de los síntomas característicos del histérico, sino que hay intervalos en que vuelve en sí la que lo padece en realidad, en cuyos intervalos ya se deja entender que se puede parodiar lo que se quiera, y aun se ha visto recaer en ellos involuntariamente en afecciones imitadas e imaginarias. Si se necesitan pruebas, ahí están los anales de la medicina y del mundo, llenos de ejemplos sorprendentes de falsificación de diferentes males y con especialidad de las enfermedades nerviosas. Personas ha habido que engañaron a las autoridades y a pueblos enteros, pasando por espiritadas y aparentando con increíble destreza casi todos los fenómenos, tanto físicos como espirituales, que se saben de la Marín: así consta de Marta Brossier y de las monjas de Loudun en Francia, como puede verse, latamente en el *Teatro crítico* del muy ilustre sacerdote Feijoo, tomo 8º, discurso 6º sobre los demoníacos. Otros llevaron la impostura y el poder de la imitación hasta el extremo de amontonar y convulsionar a su arbitrio las entrañas del bajo vientre, y de aguantar la prueba del fuego. Véanse los *Elementos de medicina práctica* del célebre Cullen, tomo 3º, capítulo 2º de la epilepsia.

Pero también es cierto que no es fácil disimular la emoción innata e involuntaria del dolor, ni he encontrado tampoco ejemplo alguno en la Historia (salvo lo que no sé con certeza del éxtasis religioso y del magnetismo espontáneo) de que una criatura humana haya adquirido la facultad de hacerse insensible de propósito y a toda prueba durante tantas horas continuas como las que se han experimentado en la Marín. Agréguese a esto que la sensibilidad de la piel es una propiedad o un atributo del ser racional, independiente de la voluntad, y que la insensibilidad del mismo órgano es un síntoma morbosos característico, cual ningún otro, de la epilepsia propiamente dicha, la apoplejía, el histérico-epileptiforme, histérico-cataléptico, histérico-estático, histérico-magnético, sonambulismo espontáneo, electrobiologismo, anestesia clorofórmica y magnetismo animal espontáneo o artificial, cuyos estados aparecen conjuntamente en esta enferma, en una serie graduada y sin apartarse de la unidad esencial, como los colores elementales en el *espectro solar*, resaltantes y fugaces como los visos de un tornasol, pero significando a los

ojos del patólogo teórico y práctico que no son entidades metafísicas *per se*, sino cualidades y destellos de un ser compuesto de espíritu y materia, sino, en último análisis, síntomas, accidentes, reflejos y grados producidos como otras tantas modificaciones de un complejo común, de un fondo común, de una causa común, de una raíz patológica común, reconocida por todos los autores que tratan del histerismo, desde Hipócrates y Demócrito hasta hoy día. *Sexcentarum oerumnarum innumerarumque calamitatum autorem esse uterum*, escribió aquel segundo filósofo al primero, y después de veinte siglos de experiencias el famoso Baglivio aconsejó a los médicos que siempre sospechasen, en toda enfermedad insólita de la mujer, el *fomes* o *proteo histérico*.

Esa insensibilidad, observada hasta la evidencia en la Marín, es pues la principal garantía contra el temor común de ser engañados, y sirve al mismo tiempo como un punto de apoyo natural para no caer desvanecidos en el abismo insondable de las causas imaginarias, supersticiosas, forjadas en las épocas fatales del paganismo y de la Edad Media.

V

El carácter cuestionable y complicado que tiene en la actualidad el presente asunto me obliga, a pesar mío, a incurrir en digresiones, para no dejar triunfantes ciertas sofisterías y preocupaciones que se han inculcado en el público, no sé si por espíritu sistemático o por algún bastardo interés. Mi plan de defensa a favor de la verdad debe ser tan extenso y divergente como lo son los puntos de ataque de donde parte el error: el error es un monstruo que se nutre en las tinieblas, pero que sucumbe oponiéndole la luz.

Se hace un cargo y un argumento Aquiles contra los médicos porque no han improvisado un dictamen convincente acerca de todos los fenómenos de que es objeto la Marín, y además porque no han sido tan felices en curarla temporalmente como el exorcista*. Si el caso no fuese abstruso como es, y si los

* ¿Por qué el Sr. Zisternas apuró tanto a los médicos, previniéndoles en sus cartas a ellos que serían inútiles sus informes si no los evacuaban antes de las diez de la noche del mismo día?

médicos hubiésemos podido observarlo en toda su extensión, haciendo ciertas experiencias profesionales, el cargo sería entonces fuerte y legítimo. Pero consta a los mismos que lo están haciendo que apenas hemos alcanzado a presenciar los últimos ataques y a ensayar unos pocos remedios paliativos. ¿Qué extraño puede ser, pues, que no se cure ni se diserte en el acto sobre una enfermedad que se reputa generalmente de extraordinaria? Siendo una afección constitucional e inveterada, como se ve, la cura radical sólo podría lograrse por medio de un método constante, que modificase y revocase definitivamente las condiciones morbosas del sistema; mas esto no es por cierto la obra de un día ni de dos, sino tal vez de años; ni basta, dice Hipócrates en su primer aforismo, que el médico llene su deber para remediar las dolencias, porque es preciso que concurren al mismo fin el enfermo, los que le acompañan y cuanto le rodea. ¿Se habrán reunido alguna vez todas esas circunstancias en una enferma desvalida, como lo es la Marín?

Por otra parte, es un hecho innegable que el Sr. Zisternas nos interrumpió, en la última noche referida, el tratamiento expectante que seguíamos con la enferma, diciéndonos con aire de preocupación y confianza en su poder espiritual, que le parecía estaríamos ya desengañados de que nuestra ciencia nada podía en aquel caso (¡como si el mundo entero, el *ars cum natura ad salutem conspirans* del texto sagrado, de que saca sus recursos la ciencia médica, se hubiese agotado con el éter, el álcali y los sinapismos, que nada más se había empleado!); y agregó que tampoco era bueno esperar hasta las once, porque se alteraba el régimen de aquel establecimiento y se molestaría a las hermanas de la caridad.

El que esto escribe le contestó que tratándose de averiguar una verdad de gravísima importancia, parecía más prudente el prescindir de consideraciones particulares, y que supuesto que estábamos allí los facultativos para dar cuenta al público y emitir nuestro juicio sobre si era natural o no la enfermedad de la Marín, se debía dejarnos proceder con libertad, hasta que el ataque terminase por su propia virtud, cuando no por los medios del arte. Esta objeción era tanto más razonable cuanto

que aquel ataque se miraba como el último; que en la mañana se había observado ya el efecto del exorcismo, y que convenía más conocer la acción de los medicamentos y el desarrollo peculiar de los fenómenos. Como replicase el Sr. Zisternas, con una especie de impaciencia, que no entendía lo que pretendíamos los médicos, nos resignamos desde aquel momento a hacer el papel de meros espectadores de las experiencias consabidas del exorcista, sacrificando nuestros proyectos profesionales por no parecer impertinentes.

Sirva esta digresión como una protesta contra esa sátira o sofisma en que apoyan su peregrina opinión los que vociferan que todos los médicos se han confesado ignorantes e impotentes para clasificar y curar los padecimientos de la Marín. Si los que así opinan respetasen siquiera las reglas de la recta lógica, suspenderían su juicio antes que tomar como pruebas de endemoniamiento a la faz del siglo de las luces, y como absoluta incapacidad de todos los médicos de esta capital, la filosófica duda de uno que otro, que ha preferido acaso el reservar su parecer por no provocar polémicas apasionadas, o por no tener oportunidad ni noticias suficientes para dictaminar con fundamento.

La ciega credulidad, unida a la ignorancia de los fenómenos naturales aún no conocidos, han engendrado, en todos tiempos y lugares, la deplorable superstición; por eso, cuanto más ocultos estuvieron los tesoros de las ciencias, tanto más se extendieron en el mundo las falsas ideas mitológicas y la influencia impía de los demonios; por eso en la infancia de los pueblos, así como de los individuos, a fuerza de atribuirse a causas sobrenaturales todo lo que no se comprendía, se ha creído en oráculos, en agoreros, en brujos, en duendes, en amuletos, en pactos diabólicos y en otros fantasmas quiméricos; por eso, para decirlo de una vez, allá en la remota Edad Media, cuando estaban pervertidas las ideas y el lenguaje por ilusorias tradiciones, y triunfante en todas partes la superstición, hubo hasta celebridades médicas (como las evocadas por el Dr. García) que, adoptando por analogía o por moda la etimología y las señales canónicas relativas a los demoníacos, han dado ocasión para confundir hasta ahora con estos vampiros a los que padecían enfermedades desconocidas, de un mismo orden patológico o

fenomenal, como la aterrante epilepsia, el indescriptible histerismo, la visionaria melancolía y el misterioso sonambulismo.

JUICIO DIAGNÓSTICO DEL CASO

VI

Puede decirse que hasta aquí no he hecho más que conmemorar, rectificar y criticar de un modo abstracto e histórico todos los fenómenos y circunstancias de algún valor, y todas las opiniones en pro y en contra que militan en el presente problema médico-teológico. Ahora voy a tratar de discernir las causas de que pueden ser efectos los fenómenos que tengo delante, asignando a éstos su verdadera significación y refutando las falsas hipótesis con que se ha pretendido explicarlos, a fin de que se conozca, en definitiva, si Carmen Marín ha estado padeciendo enfermedad natural, y en tal caso, cuál sea el órgano o el sistema orgánico enfermo, y cómo ha estado enfermo, o si ha habido en ella, como sostienen no pocas personas doctas, lo que se entiende por posesión, obsesión o influencia directa del Demonio personificado. Tal es el verdadero campo de esta discusión, y tal es todo lo que comprende en nuestra profesión, llamando en su auxilio todos los conocimientos humanos, la diagnosis o el diagnóstico de un caso dado.

Empero, como la idea sola de la personificación del Diablo, ese funestísimo autor del mal de los paganos y de los cristianos, ha venido a confundirlo todo, pervirtiendo las nociones más positivas, extraviando a entendimientos ilustrados y pretendiendo convertir en pura ilusión, como en los tiempos tenebrosos del pirronismo, hasta la evidencia física, sensible y material de las cosas . . . , ¿qué hacer? . . . , ¿sacrificar y ocultar mis convicciones, prostituyendo miserablemente mi deber profesional y la misión sublime de todo hombre en la tierra, porque hay preocupaciones y personas respetables de por medio que tal vez no me perdonarán que refute de frente sus errores eminentemente perjudiciales? . . . Pero si me callo, cuando debo hablar, seré un necio, un imbécil, indigno de mi rol. . . , servirá de argumento mi silencio, como ya está visto, para concluir que nin-

gún médico contradice los hechos hiperbólicos, ni reconoce que puedan ser naturales los ataques de la Marín... ¡No, por Dios!... ¡No! ¡Es preciso salvar la causa de la verdad! ¡Válgame, pues, la verdad! Y si no la sirvo bien, si no me elevase hasta su altura, ¡válgame además mi justa intención y mi buena fe! Respeto mucho a los antagonistas a mi opinión, pero respeto más la verdad y mi deber. La verdad es la que vence: la caridad es el triunfo de la verdad, según San Agustín. La verdad es el vínculo que une al cielo con la tierra.

Las tres proposiciones siguientes serán el argumento de lo restante de este discurso:

1ª Los que niegan a toda luz que haya sido *enfermedad natural* el mal de la Marín, afirmando al mismo tiempo que no es otra cosa que *enfermedad endemoniada*, o lo que es lo mismo *enfermedad* causada por la posesión del Demonio teológico, y *enfermedad* que de ninguna manera ofrece una causa o una alteración orgánica o vital, que esté al alcance de las ciencias humanas; de éstos, digo en verdad, que se implican en sus términos, que no tienen, o acaso afectan no tener idea, o se han olvidado de lo que se considera como *enfermedad natural*, sea cual fuere su origen o causa, y sean cuales fueren también la etimología, idiomas, dialectos, tradiciones, diccionarios, autores ex profeso, y abusos de nomenclatura y creencias religiosas y absurdas preocupaciones que se adopten.

2ª Asimismo digo en verdad, y con pena y pudor de contradecir en ello a sabios y amigos, que los que han declarado solemnemente que no hay en toda la medicina un nombre conocido, ni un cuadro semejante de fenómenos morbosos, ni una clasificación nosológica, ni siquiera una hipótesis plausible, por donde o con quien comparar, conocer y explicar nuestro caso, no han comprendido en toda su extensión, o más probablemente no se han esforzado a comprender, ni los signos y síntomas diagnósticos presentados en la Marín, ni las leyes del magnetismo, ni el poder de la imaginación cuando, por el delirio o por ciertos estados particulares, se eleva hasta el sublime de su perfectibilidad; ni de lo que es, ha sido y será capaz, no diré tan sólo la mente divina que está brillando en la criatura racional, sino la susceptibilidad, las simpatías orgánicas y funcionales,

el dinamismo galvánico, el excentricismo de un enfermo, varón o hembra, y especialmente ésta, cuando ha sido afectada largo tiempo hasta el último grado de ciertas vesanias o neuroses histéricas o esenciales; ni tampoco qué clase de fenómenos o signos diagnósticos deben eliminarse como accidentales, y qué atenderse como característicos y patognomónicos, aunque sean de menor importancia, para despejar la causa incógnita, clasificar, denominar e indicar el método curativo de una enfermedad.

No se me objete por esto que yo presuma el saberlo todo eso, pues aunque tampoco lo sepa, basta a mi propósito demostrar, con los autores clásicos en la mano, que no se ha procedido ni juzgado según todas esas nociones indispensables del arte, aplicables en un caso tan trascendental como éste.

3ª Por último, digo en verdad, y lo sostengo con los mismos libros sagrados, con sus intérpretes ortodoxos y con el criterio conteste de la filosofía, que los que dan los hechos que únicamente acepto aquí como verdaderos, por pruebas canónicas concluyentes, para que se crea en lo presente y lo futuro que una joven en Chile, llamada Carmen Marín, fue poseída del Demonio y curada milagrosamente en virtud del exorcismo ritual, no sólo no consultan ni respetan como deben el juicio de los verdaderos sabios ortodoxos y heterodoxos del mundo, ni el compromiso en que ponen la civilización de esta República, sino, lo que es más admirable, ni a la misma Iglesia Católica, Apostólica, Romana y sus sapientísimas y expresas prescripciones relativas a la verificación y autorización de casos semejantes.

Cuando las cosas llegan a tanto extremo, cuando se adulteran y se adornan a propósito los hechos, cuando se sacrifican todas las consideraciones y todas las ciencias por la etimología de una sola palabra vulgar, la que apenas sirve para recordar el error capital o genio maléfico que ha sacrificado a la inocencia de todos los siglos y aun al Hombre-Dios; cuando se versa la cuestión nada menos que sobre saber si es posible y si es de fe o no que un ser sobrenatural, enemigo del Dios Unico del bien, que es perfección de todas las perfecciones, a cuya imagen y semejanza fue criado el hombre, le resista, le profane, le usurpe a ese verdadero Dios sus atributos y parte de su esencia incorruptible, para encarnarse en el objeto predilecto de su creación universal,

atentando contra el santuario del libre albedrío, despojando a Dios y al hombre de sus funciones respectivas; y todo esto después de la Redención y del bautismo, que según la fe teológica destronaron para siempre la tiranía del tal Demonio; cuando, en fin, interviene todo esto, es preciso sin duda analizar de nuevo cuanto se sabe, para fijar las ideas, restablecer la fuerza de los principios y llegar siquiera a ser entendido; es preciso también elevarse hasta la Causa primera, puesto que es la fuente de la verdad y el origen perenne y sempiterno de todas las cosas.

Jamás conoceréis bien una cosa puramente humana, dijo el magnífico Marco Aurelio, si no conocéis sus relaciones con las cosas divinas; ni cosa alguna divina, si ignoráis los vínculos que las unen a las cosas humanas; y el príncipe de los filósofos tenía por máxima el juzgar la naturaleza por el fin o perfección a que tiende. Pero ¿a dónde iría a parar yo si pretendiese desempeñar aquí toda esa inmensa tarea, por demás peligrosa y superior a mis limitadas fuerzas? . . . Así es, pues, que me contentaré con haber percibido la verdadera senda de la inmortalidad y *con exponer los principios que se enlazan* más estrechamente con nuestra cuestión, aplicando con esmero el método analítico, que es lo contrario a la confusión: las cosas abstractas suelen extraviar al entendimiento, las cosas sensibles lo conducen mejor a la verdad.

Definiré, describiré, preguntaré, responderé, confrontaré y patentizaré, sin paralogizar con novedades ni antigüedades refractarias a las ciencias divinas y humanas, sino exponiendo, traduciendo a la letra y comentando concienzudamente los textos venerandos de la Iglesia y de los maestros de las ciencias médicas.

VII

El mundo médico ha estado dividido, pero unido en el fondo, con respecto a la definición de la enfermedad en general: unos la han definido según su esencia, es decir, según la idea que se formaron de su naturaleza íntima; otros no la definieron propiamente, sino que se limitaron a describir los fenómenos que reputaron comunes a todas las enfermedades. Los primeros discordaron entre sí en cuanto al principio o causa próxima que

produce los fenómenos morbosos: de éstos fueron Hipócrates, Sidenham y sus secuaces llamados *naturistas* o *humoristas*, quienes hacen consistir exclusivamente la enfermedad en una acrimonia de los humores del cuerpo; Platón, Alemeon de Crotona, Hahnemann, oráculo de los homeópatas, y toda la secta de los *vitalistas*, creen que es el desorden del dinamismo, o sea del principio vital, o de las fuerzas que por su concurso y armonía constituyen la salud; y entre los modernos, Brown, Broussais y sus respectivas escuelas, llamadas de los *solidistas* u *organicistas*, cuya idea madre de todas sus doctrinas en medicina es la irritación del *sólido vivo*. Los segundos, que son los empíricos y los *nosologistas*, como Pinel y Laennec, a cuya cabeza está el famoso Galeno, tuvieron juiciosamente por defectuosa, sin estabilidad y vaga, la definición de los primeros, fundada en la esencia o naturaleza íntima, que en pocos casos se puede conocer, y caracterizaron de un modo más sensible la enfermedad, diciendo con el gran patólogo Chomel: que es *una mutación notable, ya en la posición o estructura de las partes, ya en el ejercicio de una o de muchas funciones relativas a la salud habitual del individuo*.

Aparte de lo dicho, la secta moderna del racionalismo terapéutico, engendrada por el fisiologismo anatómico de Broussais, “supone el principio de que no existe enfermedad propiamente dicha, pues lo que se llama así sólo consiste en una alteración accidental, que no puede depender sino de una acción intempestiva de los modificadores externos de la economía humana. Si fuese cierto este sistema, la enfermedad, reducida a un desorden funcional, se debería explicar por la teoría de la función perturbada... Aunque la enfermedad es distinta de la salud, *no difiere de ella esencialmente*, y la patología es “más bien distinta que no independiente de la fisiología”. (Son palabras textuales de Trousseau y H. Pidoux, discurso de introducción en la obra antes citada.)

He bosquejado la filiación o historia de los sistemas médicos y de la idea abstracta, *enfermedad*, como concepción o expresión científica de los sabios, representativa de todos y cada uno de los estados anormales insalubres de la economía humana, para que se palpe hasta la evidencia que cualquiera que sea la

definición o sistema conocido que se adopte, aunque sea la inadecuada del fisiologismo, toda vez que se verifique *una mudanza notable, ya en la posición o estructura de las partes, ya en el ejercicio de una o de muchas funciones, relativas a la salud habitual del individuo*, hay en éste enfermedad, cualquiera que sea su causa primordial, porque hay un estado opuesto a la noción de la salud.

Aplicando esos principios incontrastables al cuadro tremebundo de los fenómenos físicos, morales e intelectuales, presentados por la Carmen Marín en el espacio de cerca de seis años, y pintado primorosamente por el Dr. García, como todo es público y notorio, pregunto ahora: ¿son compatibles con la salud tales fenómenos, tales desórdenes? No, no, y siempre no. ¿Serán señales claras, ciertas y evidentes de enfermedad? Sí, sí, y siempre sí. ¿Será posible, sin chocar con el criterio y el sentido común de los sabios, que haya un estado negativo de salud, y muy positivo de enfermedad, tal como ha pasado en la Marín, que sin embargo no deba ser comprendido en la idea genérica de enfermedad, porque no se conoce su esencia ni cómo actúa su causa íntima? No, no, y siempre no.

Dejo, pues, demostrado que los mencionados ataques de la Marín son signos diagnósticos de enfermedad, en la verdadera acepción de esta palabra, y por consiguiente ya queda probada mi primera proposición.

Por si acaso alguien me objetase que me he ocupado de una vana cuestión de palabras, digo, desde luego, que en este asunto la correlación y la significación de la palabra enfermedad con la cosa de que se trata no son indiferentes sino sustanciales y de rigurosa aplicación. No necesito añadir que quien dice enfermedad, calificando como tal un estado excepcional como el ya definido, o abrazado en la definición universal de aquélla, dice ipso facto, virtual e implícitamente estos sinónimos: *enfermedad natural, desorden de la naturaleza humana, fenómeno o estado morbozo de la economía animal, efecto natural forzoso de una causa natural forzosa*, sin que valga en contra el nombre particular, natural, figurado o tradicional que se haya adoptado, ni menos la etimología estructural o metafísica de ese nombre, aunque esté, como la palabra *endemoniada*,

transfigurada su primitiva corrupción, y bautizada y consagrada por el Texto por excelencia.

El texto del Evangelio, en cuanto a la estructura y construcción material y gramatical de sus letras y frases, es la expresión del hombre, el lenguaje judaico de aquella época; no es la *inspiración* misma, ni tampoco una forma externa o encarnación literaria del Dios infinitamente perfecto, como no lo es ni puede serlo la parte puramente mecánica de los textos de los escritores inspirados. Quien se atreva a sostener lo contrario, incurre evidentemente en el absurdo inaudito, más insensato que el *pan-teísmo*, de *unificar* el espíritu con la materia crasa, lo divino con lo humano, deificando en cuerpo y alma no sólo a los escritores del Evangelio, sino, lo que es más nefario, hasta los caracteres gráficos de que se componen las palabras del texto. ¡No sería el único escándalo en que la egoísta soberbia de la criatura haya intentado identificarse *en la tierra* con su Creador, reincidiendo en la violación del *precepto original*, por el error *original* de pretender ser como la Divinidad!

Ni es de fe, ni lo afirma ningún intérprete, ni *escritor inspirado por Dios*, que deba respetarse y someterse todo y sobre todo a las letras muertas de las *Sagradas Escrituras*. Bien al contrario, todos concuerdan, sin la menor discrepancia, que en tesis general es preciso discernir, distinguir e interpretar en ellas, al mismo tiempo, los varios y aun contradictorios sentidos natural, contemporáneo, tradicional, alegórico, metafórico, anagógico, que encierran en sí. S. Jerónimo (In Jeremías, cap. 28) trae como de propósito la sentencia: “de que los escritores canónicos, respecto de aquellas cosas en que el desengaño no era necesario ni conducente para la salud eterna, frecuentemente se conformaron, en el modo de hablar, a las opiniones que reinaban en los tiempos que escribieron, aunque éstas no fuesen conformes a la verdad”.* El sapientísimo y eruditísimo F.B.J. Feijoo, ilustre azote de todas las erróneas preocupaciones de su siglo, escudándose sutilmente (por temor a la Inquisición) con

* Multa in scripturis sanctis dicuntur juxta opinionem illius temporis, quod gesta referuntur, et non juxta quod rei veritas continebat...

Calmet, autor de las *Disertaciones bíblicas*, se expresa así: “No han faltado quienes dijese que los que se llaman *endemoniados* en el Evangelio, no lo eran realmente, sí sólo dolientes de varias enfermedades, pero los Evangelistas (¿y por qué no también sus traductores?) los llaman *endemoniados*, conformándose al modo común de hablar de aquel tiempo. Es el caso que *los judíos estaban en la errada persuasión de que muchas especies de enfermedades eran motivadas por el Demonio, y por esta errada persuasión se introdujo en su idioma la voz de endemoniados*, para expresar enfermos de tales enfermedades”.

A vista de todo lo expuesto, ¿será alguno tan obcecado y temerario que no confiese su mala inteligencia sobre este punto de partida de nuestra cuestión? ¿Preferirán los fieles cristianos, apóstoles del endemoniamiento, profesar y propagar la bárbara y abominable creencia de los idólatras paganos y de los judíos que crucificaron a Jesús, cuya divina misión fue salvarlos de las tinieblas en que vivían por su impía adoración al Demonio?

Pero aún hay más: entre los mismos gentiles hubo un genio eminente, Hipócrates, príncipe de los médicos, que defendió a despecho de la creencia universal de aquella época, en que florecía la mitología de los dioses materiales y de la materia creadora de los dioses, defendió, repito, no obstante de haber empleado él mismo la denominación común de *enfermedad endemoniada* o *sagrada*, con que se apellidaba a la epilepsia y otras neuroses que se confundían con ella, que dicha *enfermedad* nada tenía de sagrado más que las otras. Léanse sus propias palabras: *Morbus hic nihil habet alliis morbis divinis, aut sacratus, sed eamden ex una reliqui morbi oriuntur naturam sortitus est.* (De morbo sacro).

Esto dijo el grande Hipócrates más de 500 años antes de la Era cristiana, caracterizando y criticando un idéntico caso raro al de la Marín, el mismo que tanto entonces como ahora se ha llamado supersticiosamente enfermedad *endemoniada* o *sagrada*. ¡Y sin embargo hay médicos distinguidos en Chile que dicen en alta voz que la epilepsia histérica, o la histericia confirmada *homónima*, con epifenómenos de magnetismo accidental, clasificada y comprendida en el cuadro nosológico de las vesanias o neuroses de todos los autores clásicos; o lo que es igual, que

la *enfermedad* titulada *sagrada* en los tiempos fabulosos, *endemoniada* entre los judíos, *comicial* entre los agoreros romanos, *daño* o *embruajamiento* entre la gente rústica de las aldeas; que este hecho tan conspicuo y disputado en la historia; que esta frecuente enfermedad naturalmente *endémica* de la humanidad de todos los siglos y lugares; que este oprobio fatal del cristianismo; que este atentado del fanatismo contra la medicina y la humanidad; que este doble abuso sistemático, en fin, de la *palabra* y de la *enfermedad endemoniada*, diz que no es cosa natural, que no ha pasado ni pasará dentro del orden de la naturaleza! . . . ¡No es salud ni enfermedad! . . . ¡Y que es, sí, un desorden monstruoso de la salud, pero aborto del abismo infernal, sin igual ni parecido en la clasificación ni en los anales de las ciencias médicas! . . . ¡Y que es, sí, la ilusión real de la evidencia real, pero la visión nada de la *Nada!* ¡*Nada!*

Ob sanctas gentes, exclamaré, con Juvenal, *quibus hoec in hortis nascuntur Numina!*

Tiempo es ya de justificar la segunda proposición. Tócame aquí explicar cuál es definitivamente el carácter científico o patológico, cuáles las causas y cuál el nombre propio de la enfermedad de la Carmen Marín, *sujeta materia* de la consulta del señor presbítero Zisternas. Tal es también el objeto complejo del juicio diagnóstico, y tal la parte esencial de este informe.

VIII

En la primera parte de este discurso, en que explané circunstanciadamente mi juicio crítico-histórico, he desempeñado ya casi toda la parte metódica y clínica del caso. Allí está la conmemoración de los antecedentes de la Marín desde el punto de vista médico; allí describí y puse en escena los hechos, los ataques y cada uno de los fenómenos, empleando el análisis, la síntesis y el rigor del criterio con la debida exactitud e imparcialidad; allí, en fin, senté las bases fundamentales de mis conclusiones, apoyándome en fuertes observaciones y conjeturas, invocando los principios y la experiencia de los mejores autores, y refutando, sobre todo, con sus mismos asertos, la absurda y quimérica opinión de los que decantan como enfermedad nueva,

curada milagrosamente, la afección más antigua y más común que ellos mismos curan día a día con *agua pura* y con ejercicios, etc., y como posesión diabólica la que no está autenticada ni declarada canónicamente.

Sólo falta, pues, confirmar con la teoría y la práctica cuanto he opinado, a fin de convencer y estatuir de una vez y para siempre el verdadero criterio de esta enfermedad natural y de la estrafalaria opinión del Demonio posidente.

Para refutar todo lo que se ha dicho con tono dogmático, en sentido contrario a mis convicciones, por personas que gozan de gran crédito y más doctas que yo, no puedo menos de valerme a cada paso de la autoridad y doctrinas de los autores más respetables, para la resolución de las dudas y para echar por tierra las objeciones e hipótesis hechas o que pudieran hacer mis antagonistas. Así también multiplicaré, como es preciso en todos los casos de difícil prueba, las razones, las autoridades, los ejemplos y los documentos que requiere la fe matemática y que constituyen una evidencia moral.

Antes de explicar el carácter y naturaleza de la enfermedad complicada de la Marín, clasificaré y apreciaré, por vía de buen método, cada uno de los antecedentes, elementos morbosos y síntomas varios que forman su mejor definición descriptiva. Hasta aquí he empleado las voces técnicas, v. g. síntoma, signo, ataque, fenómeno, espasmo, etc., frecuentemente en un sentido lato y casi ambiguo, y rara vez en su estricta y científica acepción, procurando en ello con estudio no referirme a un solo orden de cosas sistemático, cuando debía cumplir el carácter esencialmente escéptico y expositivo del que da cuenta como historiador de hechos y palabras que son materias cuestionables. Mas por ahora es otra cosa, puesto que el todo es relativo a sus partes, y puesto que las significaciones esenciales respectivas de cada parte, elemento o síntoma de la enfermedad son las notas expresivas del *consensus unus* de la economía alterada.

Donde no hay mal no hay síntoma, enseña Chomel; *el síntoma sigue a la enfermedad como la sombra al cuerpo*, según Galeno; *no hay síntomas sin lesión orgánica* es la doctrina más común entre los médicos, siguiendo en ello a Broussais. ¿Qué dirán en vista de tal axioma, piedra angular de la medicina, los

que decantan síntomas espantosos y niegan a renglón seguido la enfermedad del cuerpo de la Marín? Este sólo principio habría sido bastante para concluir esta cuestión endemoniada.

Los *síntomas* no deben confundirse ni con los *fenómenos* ni con los *signos*. Los dos últimos no son más que actos o mutaciones que se verifican en el cuerpo *sano o enfermo*; en lugar que el *síntoma es siempre un efecto inherente al estado de enfermedad*, cuya percepción pertenece más a los sentidos que el signo, porque éste conduce al conocimiento de efectos más ocultos.

“Para definir bien una enfermedad es preciso reunir el mayor número posible de hechos o ataques singulares que sean relativos a ella y compararlos atentamente entre sí, *de modo que los fenómenos comunes a todos los ataques queden separados de los que sean simplemente accidentales; aquellos que se reconozcan en todos los hechos particulares*, o al menos en el mayor número de ellos, *formarán los puntos característicos de la enfermedad*, y su enumeración sucinta presentará la imagen de ésta o su definición. Estos puntos distintos no sólo se harán notables por su constante existencia, sino también por su intensidad, al par que los fenómenos *accidentales* podrán ser muy ligeros cuando la enfermedad sea muy grave, o viceversa”.

Copio aquí esta doctrina luminosa de Chomel, maestro de las escuelas modernas, para objetar con ella a los informantes *contrarios*, que ellos no han practicado, por lo visto, esa distinción y abstracción de los *epifenómenos o síntomas accesorios*, sino que han confundido a éstos con los característicos del histerismo, presentados en todos los ataques, cualquiera que haya sido su forma (Tonto o Nito-Nito). El Dr. García *sale de dudas* y concluye que *no es histérico la enfermedad que tiene la Marín*, pero sí *una enfermedad nueva, curada milagrosamente, sin entrar en otro orden de consideraciones...* ¡Quién lo creería de él!... ¡Atended! Sólo porque no observó (debió decir *no percibí bien, o sufro ahora obliption*) los *epifenómenos* más esencialmente *accesorios* y sin valor en el diagnóstico, no digo del *instable histérico*, sino de cualquiera otra enfermedad. Helos aquí: 1º *Risas o llantos* que no hubo, dice, *al terminar los ataques*. ¡Gran cosa faltó! Y sin embargo, la tal se sonrió y se mo-

fó a su modo, con gestos y palabras festivamente burlescas, durante las largas horas de sus accesiones; y sin embargo también dio alaridos, que son el grado sublime del llanto, en la serie de sus espasmos, *alaridos* broncos, estridentes y guturales, que se le olvidó pincelar al Dr. García, o que los pintó mal con la palabra *chillidos*, que figura, según el diccionario de su mismo país natal, un *sonido agudo de la voz*. Por lo que toca al llanto, sólo tengo que observar que es verdad no lloró la lágrima viva, como dicen, pero se afligió dentro y fuera de los ataques, pero se contristó y restregó los ojos, que es fenómeno más frecuente en las formas del histerismo.

2º *Que no le quedó adolorida ni caliente la cabeza*. Esto además de fútil es falso, y me lo perdonará el Dr. García por los méritos de la verdad; y si no, apelo a su memoria y a todos los que tuvieron oídos, cuando, después del ataque de la mañana, le preguntamos a la Marín si sentía algún dolor, a lo cual respondió que le dolía *un poco la cabeza* y un lado de las espaldas. Así es que por esta parte le restablezco siquiera al Dr. García su duda y su síntoma trascordado.

3º *Que no tuvo cansancio general después del ataque, siendo un síntoma frecuente del histérico*. Ante todo, pregunto al Dr. García, ¿en qué autor ha encontrado, aunque sea homeópata,¹ que haya dudado del histérico por la ausencia del cansancio? Por el contrario, todos convienen en estos puntos cardinales: que el histérico es más frecuente en las mujeres sanguíneas nerviosas (temperamento reconocido por el Dr. García y todos los que la hemos visto), de constitución *viril*; en que tales histéricas robustas, pletóricas, cuyo útero es como la hidra monstruo, como el único *natural demonio* que irradia sobre todo el sistema y muy particularmente *sobre el cerebro* sus quiméricas y vivísimas simpatías,² que tales histéricas, principal-

¹ Pues éste vive tanto del síntoma, que se lleva espionando, con el libro en la mano..., *curantur in libris, moriuntur in lectis*, si se presenta el más leve para cambiar al instante su juicio y su remedio microscópico.

² El doctor piensa al revés, esto es, que por estar el *aura* o su infierno en el cerebro, el útero ya no puede hacer su juego histérico.

mente cuando están contenidas¹ o apasionadas,² lejos de temer los ataques que todos han lamentado candorosamente en la Marín, los reciben con más placer que el que les causa el *espasmo cínico*, por la sencilla y naturalísima razón de que las conmociones nerviosas, los paroxismos críticos, la tensión tetánica universal, que es la imagen equívoca del energúmeno de Rafael y de Ciccarelli,³ las libra de las molestas y vaporosas sensaciones internas que sufren de continuo y que son como el Demonio contra su moralidad; sin contar aquí con la eyaculación onánica que no se puede contar... y que no está lejos de ser el ignoto significado del *Nito-Nito-Bonito*. ¡Nadie se asombre, pues casi siempre las cosas convienen a sus nombres!

Por lo demás, relativo a esto del *cansancio*, agregaré que a mi juicio pende también de que la Marín ha adquirido hábito de agitarse así, y el hábito es, como todos sabemos, otra naturaleza. Tengo además la convicción de que la sedación subsiguiente a los sacudimientos espásticos curativos, fisiológicos y patológicos, y disolventes de los vapores fulminantes de la inervación galvánica en toda histérica vigorosa (digo lo contrario con relación a la que es anémica y débil), debe restablecer aquel equilibrio funcional y orgánico en que consiste la salud. ¿Qué médico ignora que el silencio del sistema nervioso es la expresión genuina de la fuerza física en todo ser viviente? ¿Por qué otra razón encargamos sobre todo y con buen éxito a las histéricas, con especialidad a las que están exuberantes o llenas de vida, que hagan ejercicios corporales, que no sean célibes, que huyan de la vida sedentaria, etc., sino porque todos esos medios tienden a desahogar las vísceras y el sistema vascular, opilados de fluidos vitales, dejando más expeditos los movimientos íntimos

¹ Sinónimo de naturaleza contrariada.

² Esto me recuerda las revelaciones y bailes y cantos lúbricos de la sonámbula de esta historia y de otras que traeré a la escena.

³ Idénticos en todo y por todo a los verificados en la Marín, por la influencia terrífica de un exorcismo aplicado *con fe y energía*, suponiendo en su mente delirante, ipso facto, la presencia del Demonio, o por la ilusión voluptuosa factible de un tal *Juan* concomitante, o por una y otra, como efectos de la irritabilidad y susceptibilidad magnéticas de una enferma como la nuestra.

radicales de composición y descomposición, regularizando la función primordial piretogenésica, y dejando en su justa relación a los grandes vasos sanguíneos con sus extremidades capilares?

IX

No acabaría si me detuviese a comentar todos los paralogismos y contraprinicipios que contiene el informe del Dr. García, pero si a pesar mío me viese en el caso de hacerlo, conocerá entonces, aunque tarde, que sin embargo de todo lo expuesto me falta aún mucho por decir, sin que en ello me haya movido otra cosa que el esclarecimiento de la verdad, siendo la presente cuestión para mí una contienda exclusivamente científica. Si mis censuras pueden herir a alguien, cúlpese el que las haya provocado: era preciso vindicar a todo trance la medicina injuriada de Chile.

Con ese método singular de clasificar y de apreciar los síntomas que acabo de criticar, no parecerá ya tan extraño que no se haya conocido el cuadro diagnóstico del histérico poliforme de los autores, presentado en la persona de la Marín. Confundir, equiparar, sobreponer los *epifenómenos* o *síntomas* meramente *accesorios* a los principales y patognomónicos, y luego deducir que no resulta enfermedad natural, es oficio digno solamente de un homeópata, que ha dicho que es una mentira toda la alopátia de los Hipócrates, Galenos, Celsos, Bohoerhaves, Sidenhames, Wanswietems, Sauvages, Baglivios, Cúllenes, Solanos de Luque, Hoffmannes, Rasoris, Orfilas, Broussais, Pineles, Dupuytrenes, patriarcas de las ciencias y oráculos de los verdaderos médicos, y de entre nosotros, Sazie, Blest, Nataniel, Armstrong, Miquel, Padín, etc.

Contra principia neganda, no hubo más arbitrio que sacarle sangre a Pirron para que creyese que el sol alumbraba y que el mundo material no era el caos de la mentira y de la nada.

¡Lejos de mí el odio cruel y la vil lisonja! La verdad es mi pasión y mi martirio: ella, a quien llamó Bossuet el *alimento del alma*, debe hablar más alto que el error.

Aquí abandonaré la pluma, cansado de esta penosa tarea,

y oprimido por tristes reflexiones, pero me lo impide el compromiso contraído de probar hasta la evidencia todas mis aserciones, so pena de parecer temerario. Tengo perfecta convicción de haber fundado este informe en verdaderas razones y en irrecusables autoridades, pero desgraciadamente es tanto lo que se connaturalizan las preocupaciones seculares, tan fecundo el terreno de la ignorancia supersticiosa y tan esencialmente reproductivo el contagio del error, que reviviría éste, si no se aniquilasen hasta sus cenizas. Pesóle por ello al mismo Dios haber hecho al hombre (*Penituit me hominem fecisse!*); y después de haber sepultado con un cataclismo casi toda la humanidad, en castigo de sus nefandas abominaciones, y purificado la tierra con la misión divina de su hijo primogénito, iluminándola con sus eternas verdades (*et Verbum caro factum est, et habitavit nobis*), ni su moral sublime enseñada por él mismo y propagada universalmente por los apóstoles del cristianismo; ni la luz de la ciencia, que ha ido ensanchando cada vez los dominios del entendimiento humano, han bastado a extirpar el fatal error y sus funestos males.

Así, pues, trataré de perseguir al error hasta en su último asilo, quitando a la ciega superstición las débiles armas con que aún pudiera defenderse.

Felizmente vienen en apoyo de mis principios dos autoridades de primera nota, cuya sabiduría, prestigio y congruencia de ideas, con respecto a esta cuestión médico-teológica, satisfará las dudas aun de los espíritus más exigentes, explicando prolija y satisfactoriamente cada uno de los fenómenos del caso. Debo tributar aquí las gracias al Dr. Mendiburu, que tan oportunamente me ha proporcionado la primera obra, que voy a insertar en la parte correspondiente.

Para que mi deseo fuese mejor cumplido, dilucidan ambos autores los pocos puntos que me quedaban por analizar; confirman cuantas hipótesis y doctrinas dejo asentadas; mencionan casos tan a propósito del nuestro, que en fuerza de todo ello ya no podrá desconocer, ni el Dr. García ni nadie, que la enfermedad de la Marín es un histérico en tercer grado, es decir, el *último grado conocido*; ni continuar propalando que no hay cua-

dro, ni clasificación, ni nombre, ni memoria de un portento semejante, a no ser, como lo afirman, *una verdadera endemoniada*.

Las obras mencionadas son escritas por dos españoles ilustres, compatriotas del Dr. García, los cuales abandonan y condenan su causa, adhiriéndose enteramente a la mía. No se dirá, pues, que la prevención del nacionalismo se desliza entre las críticas de este informe.

Hartas pruebas de tolerancia tiene en mi silencio el Dr. García desde que se avanzó, en su traducción de Hahnemann y en su *Revista Médica*, a negarnos descortésmente a los médicos alópatas, sus compañeros y amigos, hasta la buena fe en el uso de los medicamentos de la materia médica común.

Sarcasmo del ciego pirronismo médico; absurdo de que no hay ejemplo en los anales de las aberraciones sistemáticas; doctrinas sin principios, sin conocimiento de causa ni de efecto; farmacia de los átomos; terapéutica de las ilusiones ontológicas; clínica de los paliativos y de la inerte expectación; especulación seductora con la fe y las preocupaciones varias del enfermo, para curar al acaso, a la manera del exorcismo y del magnetismo; confianza supersticiosa, muy funesta en la fuerza medicatriz de la naturaleza, que sólo cura por su propia virtud las enfermedades leves; triunfo encubierto de los medios higiénicos pertenecientes a la alopátia común, que se hace pasar como triunfo de la homeopatía; exageración hiperbólica y abuso injustificable, según los mismos homeopatas, del principio *similia similibus curantur*: tal es la homeopatía del Dr. García... Y tan cierto es esto, que en el caso de la Marín no le han servido ni su principio ni sus síntomas, para conocer que así la ha curado el exorcismo del estado vaporoso, fosforescente y libidinoso, después de convulsionarla a su antojo e influyendo magnéticamente sobre el dinamismo o inervación, como curan y hacen crisis y resuelven los espasmos, por el mismo mecanismo y según el principio *similia*, idénticas convulsiones, en los accesos histéricos, en la epilepsia y en el orgasmo venéreo.

Paso en seguida a copiar literalmente la doctrina luminosa del Sr. Dr. Baltasar de Vigueras, miembro del Colegio Real de Madrid, sacada de su interesante tratado sobre la *Fisiología y patología de la mujer*.

“Hasta Galeno nada se encuentra que diga relación con la naturaleza y carácter del histérico. Este autor fue, según mi juicio, el primero que concibió ideas exactas sobre su foco, esencia e índole; también el primero que sin describirla la distinguió con el nombre de *pasión histérica*,¹ comprendiendo en su misma significación todo el *torbellino de fenómenos, anomalías* o *variedades* que se observan en la multiforme marcha de sus paroxismos.

“Así es que la historia circunstanciada del histerismo no se encuentra en ninguno de los autores anteriores a *Areteo de Capadocia*. Este ilustre griego, pues, fue el único que las describió en aquellos remotos siglos, bajo el dictado de estrangulación del útero, reduciendo a un sólo punto de vista, y refiriendo a unas mismas causas y dentro la gran serie de aparatos y de encontrados fenómenos que se suceden en estas escenas. En una palabra, el cuadro que de ellas nos pinceló ha debido ser la escuela de todos los escritores que le siguieron, por estar hermo-seado con tanta variedad de matices, que no pueden menos de interesar, y sin embargo, apenas se ha hecho mención de él por los muchos que en los siglos posteriores han cultivado esta materia.

“Es, pues, de notar que en la época de este autor eran muy escasos los conocimientos anatómicos, por la poca importancia que se daba aún a este ramo de la ciencia médica. En razón de esto los más célebres profesores de su siglo consideraban la matriz según las ideas de *Platón*, es decir, como *un animal* que encerrado en otro le manda con toda soberanía y le comunica todas sus propiedades; o sea, como un ser especial, al que se atribuía su vida particular, su temperamento y sus maneras propias de existir con absoluta independencia de las leyes que ri-

¹ En mi concepto, siguiendo a las grandes celebridades médicas, consiste en que la *pasión histérica* no sólo se asemeja a las pasiones naturales en el estado de salud, sino que termina muchas veces como éstas y además tienen entre sí su causa próxima en el sistema nervioso. (C.).

gen todo el resto de la economía, y con libertad para moverse, vagar y girar espontáneamente en todas direcciones, según sus apetitos, inclinaciones, repugnancias, placeres o inquietudes.

“Esta manera de ver la matriz, si bien presenta un lunar harto monstruoso, que al primer golpe de vista degrada mucho las bellezas de su cuadro, examinada con crítico detenimiento las hace brillar más, pues con un lenguaje que puede decirse metafórico, presenta rasgado el velo que encubría la extraordinaria influencia de esta víscera sobre todas las operaciones de la vida física y moral de la mujer. Lo más admirable es que aunque *Areteo* hizo marchar sus ideas sobre este fantástico principio, nada se resiente de él lo puramente histórico de su descripción, pues la pintura exacta de los hechos es siempre independiente de la ilusión de las teorías. He aquí un sucinto bosquejo de lo más interesante.

“En la región hipogástrica, dice, existe el útero, víscera singular, cuyas propiedades tienen mucha analogía con las de un animal particular, pues se mueve a su voluntad en todos sentidos y direcciones, se remonta hasta el cartílago sifoides, y se precipita sobre los vacíos e hipocondrios, ya a derecha, ya a izquierda, si bien que su más decidida inclinación es hacia la vulva. En una palabra, es un ser errante que se recrea con los olores agradables y se aproxima al punto de su emanación, al paso que se contrista con los fétidos y huye de su foco. Se parece en todo a un animal encerrado en otro.¹ Si marcha, pues, hacia las partes superiores, ocasiona *unas veces convulsiones epilépticas*, y otras una absoluta afonía, pesadez de la cabeza, somnolencia invencible, suspensión de todos los sentidos y también la asfixia”.² Si se encamina hacia hígado, diafragma, pulmones o corazón, produce un sentimiento de estrangulación, dificultad de respirar y desfallecimiento, desmayos o síncope. Si se dirige hacia el bajo vientre, las pacientes se quejan de una languidez congojosa, no pueden sostenerse sobre sus rodillas, les sobrevie-

¹ En esto verán los que caracterizan a la Marín de *endemoniada*, que el verdadero Demonio del caso es el útero. (C.).

² Estos síntomas se presentan como patognomónicos en la Marín. (C.).

nen dolores gravativos y vertiginosos de cabeza,¹ y además son acometidas de una sensación muy molesta en los lados de las narices, la que cuando desaparece es ordinariamente reemplazada de un dolor punzante en el estómago. A este cambio se suceden nuevos fenómenos. La cavidad, pues, hipogástrica se presenta vacía y plana, como anunciando que todos los órganos de su dependencia han sido arrastrados a las regiones precordiales; el pulso al mismo tiempo late con intermitencia o irregularidad y a veces se eclipsa del todo; las sensaciones se embotan o se apagan; la voz desfallece y la respiración es anhelosa, en seguida oscura, y a veces tan insensible que no es posible decidir si existe.

“En tal situación, si se empieza a percibir un ruido sordo en el bajo vientre y las partes naturales se humedecen, la respiración empieza también a hacerse sensible.² Sin embargo, esto no es bastante para creer disipado el peligro. Mientras el útero, pues, no vuelva a ocupar su centro, el paroxismo no termina. Si esto no se verifica, sobreviene ejecutivamente la muerte, sin que de los aparatos se haya podido deducir un peligro tan inminente, respecto a que en medio de este estado, las pacientes conservan el color animado de la piel, de tal manera que aun mucho después de haber expirado se advierte su rostro mucho más rubicundo que en el estado natural, sus ojos con su misma brillantez y sus párpados como en el sueño.³

¹ Este síntoma patognomónico del vértigo es constante en los ataques de la Marín, desde que se le subió la sangre a la cabeza en la capilla, en fuerza de las contracciones espasmódicas del miedo al Diablo; contracciones que arrebatan la sangre con violencia a los grandes vasos, y de allí a la cabeza. Por eso el terror es una causa ocasional de la epilepsia o gota coral. Cullen opina que cuando se verifica un derrame o congestión en algún punto del cerebro hay reacción en los sanos, y de aquí las convulsiones. (C.).

² Otro síntoma de los ponderados por el Dr. García, que se presenta en cada ataque y que es el más característico del histérico convulsivo. (C.).

³ Por aquí y lo demás que sigue verá el Sr. Zisternas que tenía razón el Dr. Tocornal cuando se opuso al abuso, no al uso, de sus experiencias, hasta tenerla suspensa en el *summum* del tétano, aunque minutos, en circunstancias de haberse graduado la convulsión hasta lo que se llama apoplejía *histérica*, que es el opistótonos de que he hablado. (C.).

“Estos paroxismos son promovidos por las *congestiones* y también por las hemorragias *considerables* de esta víscera. Los que emanan de la primera causa son temibles alguna vez, pero los que son ocasionados por la segunda, infunden siempre recelos de que las que los sufren expiren a la violencia de alguno de ellos con los mismos temblores o de la misma manera que un animal degollado.”

“En todo caso, importa no perder de vista que el útero por su especial calidad existe en continuo movimiento, que es muy sensible a todas las emanaciones agradables e ingratas, y que con la misma facilidad con que se inquieta y excentraliza por éstas, se inquieta y vuelve a su centro con aquéllas. Se parece, pues, a las ramillas de un árbol, que se mueven en todos sentidos al más leve impulso de un ligero ambiente”.¹

“Tal es el resumen de la fecundísima descripción que de estos padecimientos de la mujer historió Areteo, hace acaso diecisiete siglos. En todo su contexto se ve claramente que este ilustre autor no sólo fue feliz en haber acertado a sacar esta hidra del caos, sino también en haber distinguido toda su proteiformidad. No se le ocultó, pues, que todos los órganos y funciones de su economía existen en bastante manera subordinados a las imperiosas simpatías del útero, tanto en el estado fisiológico como en el patológico. De consiguiente, también debió sentir que las sensaciones de esta víscera, su vigor, la expresión de sus apetitos y el grado de energía de su vitalidad son propiedades que ni se elevan en todas las mujeres a una misma altura, ni están lo más a menudo en razón directa, o sea en perfecta correspondencia, con las de la constitución general de cada una.

¹ Esta metáfora se traduce en el lenguaje más adelantado del día, que emplean los autores, diciendo que el útero por sus universales irradiaciones o simpatías, etc., se ramifica con las vísceras; y de ahí el espasmo ruidoso de los intestinos, el que si es muy fuerte, produce el ataque del diablo Tonto; y si es moderado o vaporoso, el del Nito-Nito, en el cual si habla es porque el aura o irradiación no ha llegado a producir la constricción de la garganta, o lo que es lo mismo la angina histórica. Véase, pues, ese cuadro del histérico que no han conocido porque lo impidieron los signos accidentales de la risa, llantos, etc. (C.).

“Se trata de una afección cuyo *carácter patognomónico* no está circunscrito a una *marcha uniforme*, o sea a una constante serie y sucesión de aparatos, por cuya razón no es de extrañar que casi todos los que han dedicado sus meditaciones a este padecer, le hayan dividido en diferentes afecciones, distinguiendo cada una con un nombre especial relativo al síntoma más dominante. Así que para mayor claridad voy a presentarle bajo sus principales variedades y opuestos aspectos, fijando al mismo tiempo en cuanto es posible sus líneas de demarcación o puntos de contacto con otras afecciones, que por su aparente semejanza pueden extraviar las ideas”.¹

“Para esto conviene observar que el cuadro de esta afección ofrece a los fisiólogos y patólogos un conjunto monstruoso e inconcebible de rasgos hacinados y contradictorios, y de pinceladas a veces tan oscuras como horrosas. Jamás, pues, la naturaleza física y moral de la mujer, por exasperada que se la quiera suponer, *se remonta a tantos y tan extraños caprichos, ni es agitada y combatida con tanta variedad de juguetes, como en esta borrasca de la matriz*. En su marcha se presenta bien a menudo una escena, cuyas decoraciones, actores y lenguaje varían a cada momento y cuyos fenómenos suceden rápidamente unos a otros, lo que ha dado lugar a que el pueblo y aun algunos profesores hayan atribuido muchas veces a maleficios o instigaciones de Satanás unos efectos puramente patológicos²

“Como quiera que sea, el histerismo en sus primeras invasiones no se anuncia comúnmente con un carácter tan complicado ni borrascoso. Sus signos precursores o más bien sus síntomas patognomónicos son lo más a menudo los bostezos, el lagrimeo involuntario, el *zumbido o tintineo de los oídos*, la ansiedad, las náuseas, las eructaciones, la congoja o aflicción del

¹ ¡Qué tal, Dr. García! Este error, esta falta de conocimiento del carácter vario del histérico, le ha hecho a Ud. decir, en esa revista comparativa de las enfermedades nerviosas, que lo de la Marín tenía algo de parecido a cada punto de comparación o *cuadro suyo*, pero que sin embargo ¡ni se parecía por completo a ninguno de ellos, ni era nada más que el Demonio! . . . (C.).

² Esto es lo mismo que está pasando entre nosotros. Esto se lo dice al Dr. García su mismo paisano, el que está disertando. (C.)

estómago, los rugidos o borborismos del vientre, la rotación incierta o el molesto encarcelamiento de un globo, y en fin, los bochornos y sudores de cabeza alternados por lo común de horripilaciones, o sea sensaciones de calor y frío.¹

“Al mismo tiempo las orinas son más claras que el agua, su estímulo frecuente, la respiración comprimida, el pulso pequeño, lento, contraído, irregular y a veces intermitente. Además se percibe en la región de la matriz un temblor oscuro, o un estremecimiento confuso, que marca claramente el estado de inquietud en que existe esta víscera. A veces todo el paroxismo se limita a sólo estos aparatos, y después de una más o menos graduada y prolongada duración, por suspiros profundos y luctuosos, y por eructos que se impelen con impetuosidad. En seguida las pacientes recuperan su natural humor y al poco rato vuelven lo más a menudo a sus entretenimientos ordinarios.

“Pero cuando por el demasiado predominio de los agentes excitantes, o por la frecuente reproducción de los paroxismos, se ha exaltado mucho la irritabilidad de los órganos determinantes, la borrasca es más procelosa. No hay, pues, clase alguna de desorden espasmódico ni de excitamiento que no haga por lo común su papel; ni ataxia dinámica que no salga a la escena, desde la languidez más congojosa hasta la absoluta abolición de todos los movimientos espontáneos, y desde el estupor y síncope hasta el éxtasis aparente del centro vital, o sea hasta la más incierta asfixia.²

“Las funciones de la imaginación se interesan también con frecuencia en estas conmociones. Se las ve, pues, remontarse unas veces hasta una energía y brillantez admirable, mientras que otras se abaten hasta la más negra melancolía. Así es que las risas y la algazara, las ocurrencias más festivas, graciosas y picantes; las canciones más indecentes, los caprichos, ilusiones y delirios más singulares; los sollozos y lloros más inconsolables,

¹ Con este cuadro no comparó el Dr. García lo de la Marín, y por eso no valorizó, como síntoma ni como nada, el *zumbido*, el *tintineo*, el *clavo histérico* en el oído izquierdo... (C.).

² ¿Cómo se ha dicho, después de esto que está escrito, que no habla en la medicina clasificación ni cosa semejante? (C.).

todas son escenas que pueden presentarse en un mismo paroxismo.¹

“En las jóvenes de constitución muy irritable son bastante frecuentes estos extraños juguetes físicos y morales. Empieza, pues, en ellas el histérico por algunos de los síntomas más comunes; pero muy pronto se hace notable la inquietud y convulsibilidad de la matriz, igualmente que el exceso de su contracción, de tal manera que no sólo se percibe constantemente al tacto su estremecimiento e incesante bambaneo, sino también una tal rigidez, dureza y escabrosidad que no deja duda alguna de la alta erección de que es susceptible su fuerza muscular. A esto es raro dejen de seguirse algunos o muchos de los vaivenes que son consiguientes a la soberanía de sus relaciones simpáticas. Así es que si sus irradiaciones se encaminan al abdomen, ya se concentra o amontona en un todo el canal intestinal, formando un pelotón doloroso, angustioso y bien circunscrito; ya producen borborismos muy sonoros e incómodos, que parten por lo común del vacío izquierdo, y se les ve girar por todas las cavidades, figurando una como bola más o menos corpulenta y encrespada; ya, en fin, promueven el desprendimiento y rarefacción de un gas que ocasiona violentas distensiones, ardor y meteorismo en toda la región epigástrica, o sea en la cavidad del estómago, permaneciendo entre tanto todo el hipogastro en una subinetracción o contracción tan graduada, que los esfínteres del ano y vejiga se estrechan hasta el extremo de imposibilitarse para todo esfuerzo externo e interno.²

En esta situación, en que todo representa bien al vivo la violenta contracción de las fibras musculares y longitudinales del tramo intestinal, y la perversión de sus oscilaciones peristálticas, las pacientes apenas pueden respirar, por la extraordinaria

¹ En vista de esto, ya los epifenómenos que ofrece el delirio de la Marín no deben excluir el concepto que arroja el cuadro principal del histérico.

² Compárense con esta descripción de los síntomas abdominales los idénticos de la Marín y quedarán explicados y reconocida la afección nerviosa a que pertenecen. (C.).

compresión que estrecha el juego de su diafragma, y en su razón se ven precisadas a ejecutar muchos ademanes en diferentes sentidos para vencer o disminuir el engarrotamiento y dolor angustioso que las atormenta, todo alrededor del cuerpo hacia las costillas falsas, de lo que aún resisten después del paroxismo. Sucede también que sin graduarse hasta este extremo la contracción espasmódica intestinal, se encamina el globo al estómago, le comprime y concentra, lo excita a molestas náuseas y promueve dolores cardiálgicos quemantes.

“Pero cuando las irradiaciones de la matriz se remontan a los músculos de la laringe, faringe y lengua, las pacientes son afligidas de una sensación de estrangulación que las hace creer es llegado su último momento. Se ponen, pues, balbucientes, hacen muchos esfuerzos para hacerse entender, y bien a menudo quedan afónicas y aun disfágicas. Es muy raro que en seguida no pierdan súbitamente el sentido, y que dejen de sobrevenirles convulsiones muy singulares. Sucede muy comúnmente en estos casos que mientras el juego de un brazo existe involuntariamente agitado de mil maneras, el del otro permanece inmóvil, y a veces sensible, frío y pálido, por manera que se le creería paralítico si la ilusión de este aparato no desapareciese a vista de la libertad de los movimientos que ejecutan al menor pensar. También se observa que las convulsiones abandonan unos miembros para ocupar en seguida los opuestos, es decir, que a la apariencia paralítica se sustituyen alternativamente las contorsiones espasmódicas, y a éstas aquélla.

“En los individuos susceptibles de estas maneras histéricas, la graduación de los aparatos suele dar a sus paroxismos un nuevo y más imponente aspecto. Es, pues, bastante común verlas golpearse el costado con el brazo libre, y hacer ademanes como de intentar rasgarle, igualmente que el pecho y garganta. Sus miradas y acciones representan también al vivo la furia que las arrebatan. Así es que hacen los mayores esfuerzos para destruir todo lo que está a su alcance, y para morder a los que las contienen; dan gritos agudos y espantosos, sus miembros son agitados con violentas e inciertas direcciones, y a veces con crueles y repetidos calambres; en fin, caen como sincopizadas, con el

pulso y la respiración apenas perceptibles, y por lo común con abolición de sentido y movimiento.¹

“A pocos momentos se sientan con impetuosidad y, o vuelven a sus furias, o se cambia la escena, riéndose a carcajadas, y gritando con la más festiva algazara, o *cantan y bailan*, aunque estén indecentes, o también lloran y se afligen muy tristemente, sin que haya otra razón para la alternativa con que se suceden estas tristes pasiones, que la súbita modificación de las simpatías de la matriz, o sea la varia dirección y maneras de sus irradiaciones.²

“En seguida caen en el mismo estupor aparentando el sueño más tranquilo, y después de un breve rato se suele reproducir la misma escena. Cuando se aproxima la terminación de estos repetidos paroxismos, empiezan a dar indicios de estar en su acuerdo; pero a veces con ademanes que anuncian la absoluta abolición de la vista, del oído y del habla, cuyo estado las aterroriza tan implacablemente que parecen espiritadas, y sólo las consuela el agarrar y mantener apretada alguna mano conocida, que besan mil veces en manifestación de su alegría. A este nuevo aparato se sigue por lo común un desmayo que suele ser el iris o anuncio de la cesación de la borrasca.³ Cuando todo se ha ya serenado, se quejan de molimiento o quebranto, y también de un resto de compresión dolorosa alrededor del tronco y costillas; pero lo más admirable es que algunas refieren circunstanciadamente casi todo lo ocurrido durante sus paroxismos; lo que por lo menos debe ser una lección para manejarlas con

¹ Este es el retrato del *Tonto*, hermano de madre del Nito-Nito. Véase que asienta el autor que ésta es una de las *formas*, no precisamente el todo exclusivo de la otra forma ya pintada.

² La Marín canta y baila, según he referido, durante sus accesiones. (C.).

³ Véase pues que la enfermedad termina en ocasiones con un desmayo que es igual a la crisis, sedación o calma producida por el terror al exorcismo, o, en otras palabras, porque la exuberancia de inervación, producida durante el ataque, se agota hasta cierto punto por el exceso de acción del aparato muscular. (C.).

toda reserva y no proferir expresiones que puedan contristarlas.¹

“A veces estas irradiaciones uterinas se circunscriben únicamente a un pequeño punto de las sienes, frente o parte posterior de la cabeza, ocasionando un dolor muy agudo, ya lancinante o ya compresivo; y si bien este síntoma, *al que se ha dado el nombre de clavo histérico*, es por lo común de poca consideración, sucede no obstante alguna vez que el fruncimiento del punto afecto se gradúa tan cruelmente que taladra la cabeza, agarrota el cráneo, produce hemicranias o cefalalgias dislacerantes, y las infelices que la sufren pierden por lo común el conocimiento, se ponen furiosas, se les desfigura el rostro, arrojan miradas rabiosas, inciertas y amenazadoras, y para colmo de su padecer son alternativamente atacadas del emprostótonos y del opistótonos, quedándose en seguida sin sentido ni movimiento, si se exceptúan algunos súbitos estremecimientos o temblores espasmódicos, que de rato en rato se excitan en algunos miembros.²

“Pero si se remontan a las fibras musculares del corazón, la escena es más patética. Ya, pues, las excitan convulsivamente, y las obligan a sacudimientos y palpitaciones que estremecen todos los sistemas; ya la contraen por intervalos más o menos iguales, ocasionando las intermitencias y ritmos irregulares que se notan en todo el tramo arterioso; ya las espasmodizan en todos sentidos.

¹ Esto temí yo que sucediese en la noche consabida, por la ninguna cautela del conjurador. Mas para otra vez no dudo que tendrá la *reserva* que encarga el autor, porque ya he dicho que no me asiste la menor duda de que el Sr. Zisternas obra de muy buena fe y que toda la falta ha estado en el Demonio que le preocupó. (C.).

² Tal me parece que sucede, ni más ni menos, en los accesos de la Marín, especialmente cuando ha sido atacada bajo la forma más rápida y violenta, el Tonto. Sobre todo aquí se halla la explicación del *clavo histérico* y sus consecuencias, y esto es lo que denominan los patólogos síntoma de síntomas, porque el clavo es una verdadera neuralgia del nervio auditivo, efecto inmediato del terror y mediato de los ovarios o sistema uterino. (C.).

“Tal es la serie de los aparatos que forman lo más a menudo el carácter del histerismo en todas sus graduaciones, tipos y contradictorios aspectos. Una descripción en que se pretendiese reunir el pormenor de sus numerosas modificaciones y singularidades sería tan vana como impertinente. Todas parten, pues, de un mismo hogar y se *derivan menos* de la calidad de las causas que las promueven que de la susceptibilidad de los individuos sobre que obran. Su historia igualmente está *menos ligada* a lo que es posible observar en una sola histérica que a la variedad de sus fenómenos en muchas y *aun en una* misma en sus diferentes paroxismos. Así es que yo he tratado algunas que en la repetición de sus ataques me han dado materia para más extensos pormenores que los que he descrito; pero señaladamente asistí con la mayor intimidad a una doncella, de cuyo bosquejo historial no creo deber dispensarme, por los singulárrimos fenómenos que por espacio de cuatro meses se sucedieron, tanto en su físico como en su moral.

“Aún no contaba, pues, diecisiete años de edad, cuando se *prendó ciegamente de un joven* que no era ya libre en corresponderla. *Dotada de una constitución tan fina como sana y de un carácter tan dulce como sensible*, ni estuvo en su albedrío el resistir a las primeras impresiones de esta pasión, que siempre son las más tiránicas, *ni le era dado borrar de su memoria el objeto*¹ que, sin desdeñarla, no podía halagar sus esperanzas. Por el contrario, su amor se remontaba a tanto más finos quilates cuanto eran mayores las dificultades de coronarle.

“Con tal contraste de ideas fue atacada de vapores histéricos, que en sus primeras invasiones únicamente se caracterizaban con bochornos, vahídos, náuseas, eructaciones, borborismos y alguna ligera enajenación; pero no tardaron en graduarse con toda singularidad, fijándose sus paroxismos con tan regula-

¹ ¿Este objeto no sería Juan en nuestra sonámbula? Aunque a la verdad el *nombre* o el *objeto* no hace tan al caso del suceso como el *sujeto* representado por el *nombre*. . . (C.).

rizado período que constantemente empezaban a las seis de la tarde y terminaban entre dos y tres de la madrugada.¹

“Las escenas que representaba apenas se parecían unas a otras. En cada noche, pues, salían a relucir nuevas decoraciones y nuevos papeles, con episodios, o sea juguetes, tanto físicos como morales, a veces tan extraordinarios que por superiores al sentido común embrollaban la imaginación, no sólo de sus interesados, sino también la de varios eclesiásticos que la creían energúmena y la exorcizaban como tal, en la ilusión de que todo lo que veían y oían era sobrenatural y sugerido por Satanás, a pesar de mis vanos esfuerzos para persuadirles la conformidad de tales fenómenos con la naturaleza del sexo.

“Como quiera que sea, parecía que en todo se había trastornado el orden físico y moral de las afecciones naturales de esta amable joven. Educada, pues, con todo esmero, sus inclinaciones eran timoratas, y su carácter tan festivo y sencillo como ruboroso; pero mientras duraban sus paroxismos, se desmentían estas bellas calidades.² Jamás se había ensayado en poetizar, y sin embargo *motu proprio* componía y cantaba versos obscenos, que manifestaban bien claramente el predominio de la inexorable pasión que remontaba tan prodigiosamente su energía cerebral. Al mismo tiempo bailaba con el más impúdico desembarazo, aunque estuviese en camisa, hablando sin cesar con indecible algazara y *mezclando con frecuencia los equívocos* más picantes y las acciones más indecentes, en anuncio del *fuego erótico que la devoraba*.³

¹ Otro síntoma del histérico que no comparó en su *revista* el doctor García. A propósito de esa regularidad y horas fijas de los ataques, debo decir que en el conocimiento experimental de esas horas fijas, se ha querido basar por el Dr. y otros la adivinación de la Marín, bien que yo tengo una buena teoría para explicar la adivinación de los magnetizados. No la fundo ahora, porque discurriría sobre hecho no bien probado. (C.).

² Este es otro punto de analogía admirable entre este caso y el de la Marín.

³ ¿Puede darse un modelo más parecido a su copia? Temiendo que se crea que yo acomodo este cuadro a mi idea, vuelvo a referirme a la citada obra del Sr. Viguera. Ese *fuego erótico* de la Marín es el sentido oculto de la palabra *Nito*, según el diccionario español, porque da a entender una cosa que se lleva oculta; y el epíteto *Bonito* y la repetición de *Nito* dicen eso mismo.

“En medio de estos festivos delirios se observaban algunas veces destellos de reflexión, que explicaban claramente el singular contraste con que se chocaban las profundas huellas de su buena moral con las sugerencias de su físico. Era, pues, muy común el interrumpirse en los momentos más bulliciosos y divertidos de sus escenas, con llantos y expresiones de pesar y remordimientos que dejaban ver la pureza de su alma; pero estos episodios eran poco durables: volvía luego a sus festivos y siempre obscenos transportes, en manifestación de que la fuerza de las necesidades del instinto rompe lo más a menudo el freno de las más rectas inclinaciones.

“Sin embargo, en uno de estos contrastes la preocupó con tal vehemencia el temor de la muerte, que creyó hallarse en su triste trance. *Tanta es la fuerza de la ilusión en las histéricas, que sólo a ellas es dado el ofrecer semejante espectáculo.*¹ Me voy a morir, dijo, echándose boca arriba; estoy dando las boqueadas: ya me he muerto. En el mismo instante extendió todos sus miembros, y quedó casi asfíctica. A pocos minutos se sentó arrebatadamente en la cama, representando en su rostro, en sus miradas precipitadas y en sus ademanes afligidos, la desolación, terror y espanto de que estaba poseída, y en sus desordenadas y mal articuladas palabras, la confusión y triste desventura que embrollaba su razón.² Se prosternaba, pues, como si viese delante de sí al supremo objeto de sus clamores; cruzaba los brazos, los levantaba, quería dirigirle sus súplicas y nada acertaba a concluir. Tan alucinada estaba, que no fue posible distraerla

¹ Se ve, pues, por este hecho, que rivaliza en lo curioso y entretenido con lo de la Marín, que había modelos *naturales* más a la mano de un español como el Dr. García, que los relegados al panteón del olvido y del desprecio, como los tales de la Edad Media. (C.).

² Otro ítem más, que por analogía da a conocer el estado mental, o mejor diré, el *sentido magnético* de la Marín, cuando se le trasmitió la influencia, igualmente magnética (¿y por qué no?), de la impresión, mandato y *apretón de mano* de un agente tan a propósito (*ad hoc* y *ad rem*) como el Sr. Zisternas con fe, fuerza moral y ascendiente espiritual, como se trasmite el fluido galvánico por los nervios a los músculos, que son los instrumentos mecánicos de las convulsiones y de sus consecuencias fisiológicas y patológicas. He aquí la verdadera teoría y práctica del exorcismo, del energúmeno de Rafael y de esta cuestión. (C.).

un momento, ni separar su vista del primer punto que fijó su dirección. Por fortuna esta patética pantomima fue breve; apenas duró un cuarto de hora. Se quedó de repente en un estado de casi absoluta insensibilidad, y a poco rato volvió en su acuerdo, quejándose de mucho quebranto.

“A estos singularísimos desórdenes del órgano del pensamiento se sucedían a menudo algunos juguetes físicos nada menos extraordinarios. Estando, pues, una noche hablando disparates, versificando, cantando, bailando y palmoteando con la mayor algazara, se plantó súbitamente derecha, con el cuello erguido, las miradas furiosas, los brazos pegados a los costados, las manos rectas, todos los miembros tiesos, e inmóvil como una estatua, sin quejarse ni contestar nada. Se la bambaleaba, y volvía a su posición recta; si se trataba de sublevarla, se conseguía con poco impulso, aunque sin doblar ningún miembro; pero si se hacía empeño de echarla en su cama, se resistía con tal violencia que era preciso ceder.

“Este fenómeno era sustituido varias veces de otro no menos singular. De repente, pues, cedía esta tétánica rectitud y empezaba a sentarse en el suelo y a levantarse sin cesar con una admirable celeridad; pero con la notable particularidad que la acción de sentarse parecía efecto de un esfuerzo, mientras que la de levantarse imitaba perfectamente el rechazo o bote de una pelota. En esta tan rara clase de *movilidad espasmódica* recuperaba por lo común sus sentidos, pero no podía tragar ni hablar, y sólo barbotando manifestaba sin cesar sus ansiedades, aflicciones y cansancio, rogando con sus miradas angustiosas y con ademanes de la más compasiva desolación que se la auxiliase o se la matase. Este cruel estado cedía por lo común a las ligaduras de muslos y piernas; pero alguna vez se burlaba de ellas, y la perseguía despiadadamente hasta apurar sus fuerzas y hacerla caer de repente en síncope. Este era su desenlace ordinario, aunque su carácter y duración no eran siempre de la misma entidad. A veces se parecía exactamente al sueño más tranquilo, y desaparecía al cabo de media a una hora, pidiendo a toda prisa le diesen de comer, y en efecto devoraba como desalentada y haciendo gestos cuanto se le ponía; pero otras, sobre la *insensibilidad* que le era común, se eclipsaban en tal extremo el pulso y la respiración, que hacían dudosa su existencia, man-

teniendo esa incertidumbre por muchas horas, a pesar de todas las maniobras que se ensayaban para despertar su profundo estupor; hasta que por fin un leve y repetido temblor de piernas y brazos disipaban toda la perplejidad y nos anunciaban la próxima solución del paroxismo, o por lo menos el cambio de su marcha.¹

“Estas singulares escenas eran precedidas algunas veces y seguidas también de unas convulsiones horrorosas, que agitaban todos los miembros con tal variedad de aspectos y contorsiones, que emulaban la más graduada epilepsia. Así es que hubo profesores que deslumbrados por la ilusión de estos aparatos, la creyeron atacada esencialmente de esta afección: pero todo era apariencia, todo era histérico, y los resultados no tardaron en desmentir esta infundada opinión.²

“¡He aquí lo más singular! Para que todo fuese extraordinario e inconcebible en esta preciosa doncella, se vio el desenlace de sus padecimientos al impulso de una nueva pasión. Se llenó, pues, o la llenaron de escrúpulos, por la libre expresión del lenguaje de su naturaleza durante los paroxismos; y no sin sorpresa se la observó entregada de repente a la meditación, pidiendo encarecidamente a sus interesados le permitiesen hacerse religiosa. Como en todo era vehemente, no cesó en sus instancias hasta que consintieron en ello. Esta fue la época en que desaparecieron del todo sus borrascosos padecimientos, y en que su físico y moral se elevaron a una brillantez extraordinaria. A poco tiempo tomó el hábito en el convento de la Imagen de Alcalá de Henares, en el que, según supe algunos años después, continuaba con buena salud y sin haber sufrido reincidencias.

(Esta curación ha sido de un modo natural y más radical que la de la Marín).

¹ Ahí están, pues, las dos formas, los dos modelos copiados por un mismo agente (el Demonio del útero) del *Tonto y del Nito*. ¡Y se dice que no existe nombre, ni cuadro, ni explicación posible del caso! (C.).

² ¿Y así, con estas lecciones y ejemplos, se renovará esta cuestión después del año y medio? ¿Y después también de nueve años, que ha prefijado para su cura radical, indicando que su remedio ha de ser el mismo que la mejoró tres meses la primera vez? Y sin embargo de lo que dice Viguera y la ciencia, ¿no se mirará todavía como accidental y no principal el grado epiléptico del histérico? (C.).

“Las causas que se han acusado como predisponentes y determinantes de este proteo han sido tan caprichosas como lo es él mismo. Ya se ha, pues, fijado la vista sobre la debilidad del tramo gástrico e intestinal, y sobre las inundaciones pituitosas que le son consiguientes; ya sobre el fácil desorden e inversión de la sensibilidad de estos órganos y de sus funciones peristálticas; ya sobre la obstrucción o congestiones de la vena porta; ya sobre la ataxia, confusión e irregularidad de los espíritus animales; ya sobre esta misma afección de los vitales; ya sobre la descomposición o acrimonia de unos y otros; ya sobre las obstrucciones viscerales de la cavidad del vientre; ya sobre la viscosidad del jugo nérvico, ya sobre el exceso de sensibilidad de este sistema; ya sobre la intemperie cálida de la matriz; ya sobre su especial plétora; y ya, en fin, sobre sus excrecencias y tubérculos; pero todas estas causas, lejos de poder ser consideradas como agentes del histerismo, jamás tienen con él más que una relación secundaria o puramente simpática, y así es que se las ve bien a menudo nacer, crecer y exasperarse sin desarrollar por sí solas síntoma alguno de los más esenciales al carácter de esta afección.

“La exacta observación de los hechos es la que decide de estas mis aserciones, y también la única que puede ilustrar la reflexión, tanto sobre la naturaleza y legítimo centro de los agentes del histerismo, como sobre el encadenamiento de sus vastísimas relaciones. Se ve, pues, que esta afección no ataca a las niñas hasta que el desarrollo de la vitalidad sexual empieza a hablarles el lenguaje de la naturaleza, o sea anunciarles que es ya llegada la época de satisfacer a su destino. También se ve que no comprende a las ancianas, si se exceptúa algunas que nutren en su aparato sexual una acrimonia excitante, capaz de elevarlas a un vano simulacro del placer, atizado al mismo tiempo por la imaginación, o cuyos sistemas viscerales han adquirido por hábito un exceso de irritabilidad que debe referirse al hipocondriacismo. Se ve igualmente que es poco común o muy pasajero en las que no sufren privaciones, o sea, en las que obedecen oportunamente a los estímulos venéreos, sean o no casadas; que es muy raro en las de la vida licenciosa; y que únicamente *las doncellas, sobre todo las enamoradas, y las viudas jóvenes, nos*

representan a menudo las singulares y proteiformes escenas que han sido en todos tiempos la admiración de los más ilustres profesores (y de ello tenemos ejemplo entre nosotros). Se ve de la misma manera que entre éstas, las de constitución muy *fina y de imaginación feliz* son las que ofrecen estos asombrosos espectáculos, muy raros por lo común y aun casi contradictorios en las que viven bajo las influencias de una moral apagada.

“De estos hechos preliminares es posible concluir que el centro radical, o sea el foco de la irritabilidad en que se irradia el histerismo, no puede ser otro que los mismos ovarios, porque estos prodigiosos órganos son la base del templo de la perpetuidad, y sin su influencia la víscera materna no sería más que un campo yermo, y también porque, según los grados de su vitalidad, se exalta, templada o marchita la acción de este aparato de órganos, igualmente que el de toda la economía.

“Quiere decir que estos pequeños cuerpecillos, así como todos los demás órganos que reciben de ellos la vida sexual, adquieren en el momento que se elevan a su perfecto desarrollo una admirable fuerza de oscilación, una sensibilidad específica, una irritabilidad espontánea y una plenitud de acción que no pudiendo todas las veces contenerse en el estrecho ámbito de su esfera, excitan esfuerzos extraordinarios para su desahogo, a los que necesariamente se siguen conmociones más o menos divergentes, extensas, rápidas y violentas, en razón de la susceptibilidad de los individuos y también del orgasmo que promueve la imperiosa necesidad de esta secreción germinal.

“Los mismos fenómenos que presiden la marcha de los paroxismos, y la manera especial de su terminación, son un testimonio irrefragable de la exaltación local específica que irradia todos los desórdenes. La *matriz*, pues, sufre en esta afección unos bambaleos, *erecciones y estremecimientos* muy notables, y aún unas sensaciones placenteras muy análogas a las que se excitan en la *consumación del estro venéreo*; y así como en éste una oportuna eyaculación germinal hace cesar la erección y excitamiento de esta víscera, así en sus conmociones histéricas, un desahogo semejante es un cierto presagio de la cesación de la borrasca. *Estos dos fenómenos*, aunque el uno sea fisiológico y el otro patológico, tienen entre sí tanta conformidad, que si

la duración del primero es en razón de la mayor o menor facilidad de la explosión que todo lo aquieta, la prolongación y violencia del segundo están de la misma manera en razón de un semejante resultado.

“La observación de todos los tiempos es la égida de esta teoría. Sauvages cita, pues, el testimonio de una mujer, cuyos paroxismos terminaban pronto con la *títulación clitorina*. Un profesor lugdunense curaba de la misma manera a las catalépticas. Galeno habla de una doncella que se libertó de la extraordinaria violencia de un ataque, con la intromisión de un pesario que aceleró el término de sus excitaciones voluptuosas. También refiere el hecho de una viuda muy perseguida de conmociones histéricas, que se calmaban siempre con la evacuación copiosa de un humor denso, atraído con títulaciones a su vulva y vagina. Pero aún es más convincente el ejemplo que cita de otra, cuyos violentos paroxismos cesaban al momento en que se verificaba un sacudimiento espontáneo germinal, siendo mucho más notable que en medio de sus conmociones borrascosas sentía un placer más fino que el *de la más completa venus*.

“Fernelio asegura también, de propia experiencia, que todos los desórdenes espasmódicos del histerismo no se calman hasta que rebosa la humedad en las partes naturales.

“En razón de estos hechos parece demostrado hasta la evidencia que la plétora germinal de los ovarios y el incesante agujijoneo que promueven por la imperiosa necesidad de su desahogo, son la causa primitiva y radical del histerismo, con especialidad en las doncellas y viudas jóvenes, y también en algunas casadas que disfrutaban de los placeres mucho menos de lo que necesitan, o que no los disfrutaban completamente sedativos, sea por la notable desproporción en la edad, o también por la extremada diferencia de constitución; es decir, cuando la rapidez de los estímulos del hombre apenas da lugar a que se inicie la marcha de los de la mujer.

“Es posible también que un exceso de salacidad espontánea, igualmente que una acrimonia de especial índole, desenvuelta en los ovarios por el defecto de secreción de sus líquidos, o sea, por la degeneración de sus gérmenes, según con Platón sentía toda la antigüedad, promueven en todo el aparato sexual un

prurito o cosquilleo venéreo capaz de remontar su excitación hasta despertar toda la ferocidad de esta hidra.

“La plétora de todos los sistemas vasculares de este aparato de órganos es también uno de los agentes capaces de excitar las mismas conmociones, por la sobre irritación que se desarrolla en este estado, en razón del exceso de fruncimiento oscilatorio que le es consiguiente. *A estas causas, pues, deben atribuirse sin duda los paroxismos histéricos habituales* (y también los accidentales de la Marín) y los que acometen a mujeres robustas, aunque no escaseen de la venus, y también los bochornos y vapores que sufren otras en la época de sus menstruos, lo mismo que los que afligen a algunas parturientas, paridas y menorrágicas.

“La acrimonia de los líquidos contribuye igualmente mucho para producir y perpetuar esta afección, tanto en las mujeres que por la aridez de su constitución existen en un estado contradictorio a ambas plétoras, como en la que debe haberse eclipsado la facultad germinal de sus ovarios. No es, pues, fácil concebir de otra manera la irritabilidad histérica que mantiene constantemente en una vida valetudinaria a algunas mujeres endebles, lo mismo que la que persigue a algunas ancianas. Mr. Chambon cita un ejemplo bien notable de la influencia de estas causas, en una sexagenaria que alternativamente era acometida de conmociones muy violentas de la región de la matriz, de ataques asmáticos, de oftalmías y de diarreas, en razón de la diferente marcha de las irradiaciones de estos agentes.

“Las afecciones de la imaginación, o sea, las influencias del órgano del pensamiento, contribuyen también extraordinariamente a hacer efectivas con toda rapidez las causas de que he hablado, lo mismo que a despertarlas prematuramente cuando no están aún bien desarrollados sus centros, o cuando dormitan sin inquietud en medio de su perfecto incremento. Así es que las lecturas amorosas, los espectáculos indecentes, las conversaciones licenciosas y las escenas en que la pasión del amor se pinta con toda la ilusión de sus encantos, son otras tantas causas predisponentes del histerismo en todas las mujeres sujetas a la continencia, con especialidad en aquellas cuya irritabilidad sexual es susceptible de vivas impresiones.

“De la misma manera la melancolía del amor, las desconfianzas e incertidumbres sobre la posesión de un objeto amado, las sorpresas alegres o tristes, el terror, la aflicción, irradiando sus simpatías rápidamente a los órganos del placer y conmoviéndolos con más o menos intención según su afectibilidad, pueden concurrir en los ataques de la Marín.

“Ultimamente en las mujeres cuya irritabilidad nerviosa se ha exasperado o hecho habitual por la frecuencia de los paroxismos, *las más ligeras causas morales o físicas*, los reproducen.

“En razón de todo lo expuesto es posible concluir que el histerismo es siempre puramente idiopático o privativo de los ovarios, o de todo el sistema uterino. Si no preexiste, pues, esta fácil susceptibilidad, es nula la influencia de todas las cosas. Así se observa que el desarrollo y las graduaciones de esta afección son muy frecuentes entre las jóvenes que pasan su vida en medio del lujo y la afeminación, mientras que son muy raras entre las aldeanas trabajadoras, y entre todas las de vida activa, a pesar de que los signos de la mayor energía germinal rebosan por lo común en todo su exterior con los más bellos caracteres”.

XI

Antes de terminar las pruebas que ofrecí rendir hasta la evidencia acerca de mi segunda proposición, responderé a todas las dudas o preguntas que hace el doctor García, en su revista, de algunas formas de neuroses. ¿Sucede algo de parecido en la Marín a lo que refiere y explica de su enferma D. Baltazar Viguera? ¿No se conoce ahora que la verdadera causa próxima no es ni puede ser el Demonio, sino con toda probabilidad la irritabilidad primitiva idiopática de los ovarios, que dejo superabundantemente probada? Cuando una serie determinada de fenómenos (enseña el maestro Chomel) ha coincidido constantemente con una lesión siempre semejante de las mismas partes, *es natural* deducir esta consecuencia: que siempre que se reproduzcan aquéllos, las mismas partes serán afectadas de igual manera. Y yo agregaré que, puesto que la cuestión se ha de resolver por conjeturas, *la más natural* y con mayor número de

probabilidades es la mejor. Grimaud enseña también, contra los homeópatas, y contra los que como ellos sólo conocen las enfermedades por sus nombres propios y su carácter específico: que *los médicos no debemos nombrar y caracterizar cada enfermedad individual, sino hacer de ellas grandes clasificaciones o divisiones que se refieran a las diferencias esenciales de los métodos curativos, que no deben confundirse con los remedios (y mucho menos si éstos son infinitesimales), como hacen los ignorantes.*

JUICIO MÉDICO - TEOLÓGICO DEL CASO

XII

Para poner fin, por ahora, a este informe y demostrar con igual evidencia mi tercera y última proposición, concerniente a que de ninguna manera resultan cumplidas las condiciones o señales canónicas para pronunciar *ex cátedra* el endemoniamiento y milagrosa curación de la Carmen Marín; habiendo apelado sobre este punto el Dr. García Fernández a la competencia de los teólogos (aunque el médico-legal debe ser enciclopédico) para que sentencien esta causa trascendental, yo me adhiero y defiero a su informal e inoficioso recurso, a fin de que tampoco diga que en esta sagrada región del Derecho le ataco con ventaja. Concédole más todavía: prescindo de cuanto dejo expuesto y acotado con el juicio de grandes autoridades y me someto al fallo definitivo de él mismo, o si no de cualquier comparte suyo, apóstol por supuesto de este endemoniamiento, bien entendido que debe pronunciar su sentencia revocatoria o confirmatoria de su misma conclusión que refuto, con perfecta abnegación personal, con verdad sabida y buena fe guardada; considerando atenta y previamente esta alegación, valorando y pesando en la balanza de Astrea las pruebas de todo género rendidas, así en pro como en contra; aplicando con la impasibilidad de la Iglesia el mismo Ritual romano vigente; y consultando, en caso necesario, al ilustre comentador español, en quien brillan a la par la profunda sabiduría y la severa imparcialidad.

Confiado en que por su propio interés y gloria debe aceptar mi propuesta, y persuadido, por su incompetencia confesada de que es probable no esté bien instruido ni del ritual ni de la obra enciclopédica del grande comentador a que aludo, voy, pues, a compulsar fielmente, en seguida, lo más sustancial y aplicable a nuestra alta cuestión de orden católico, apostólico, romano, que se registra en el *Teatro crítico universal*, tomo 8º, discurso 6º, de los demoníacos.

XIII

“No se debe admitir por verdadero energúmeno sino a quien diere claras señas de serlo. ¿Y qué llamo señas claras? No otras que las que el Ritual romano propone como tales: *Hablar idioma ignoto con muchas palabras, o entender al que le habla;*¹ *manifestar cosas ocultas y distantes;*² *mostrar*

¹ La Marín no ha hablado ni una sola palabra en idioma ignoto, como el griego, hebreo, etc.; ni siquiera el francés que debe haber aprendido en Valparaíso; ni tampoco el castellano *culto*. Dicen el Dr. García y el conjurador Zisternas que entendió *algo* el griego o el hebreo, porque la vieron a la vez hacer algún gesto vago significativo; mas esto no basta, como lo defiende el comentador. Por lo que hace a los indicios pantomímicos de haber entendido el inglés, latín y francés, ya he dicho y fundado que la Marín debe estar acostumbrada a esos idiomas y a tales experiencias; fuera de que el Sr. Zisternas prevenía lo que ella iba a hacer. (C.).

² En cuanto a este punto cardinal de manifestar cosas ocultas y distantes, no lo niego ni confieso, porque sé lo que he de creer y confesar con buen juicio, máxime en cosas que parecen increíbles; pero debo añadir lo siguiente: 1º Que no veo pruebas legítimas (como v. g. la que constituye canónicamente el milagro de algún santo) por donde resulte evidencia física y moral, como es preciso, de que haya *acertado* la tal adivina con sus revelaciones o manifestaciones; 2º Si por adivinación o prueba bastante se quiere tener gratuitamente el haber dicho y verificádose la repetición del ataque entre siete y ocho de la noche del 1º de agosto, yo respondo a eso que ni satisface a la letra y espíritu del Ritual, ni es cosa sobrenatural predecir una enferma o sonámbula lo que sabía despierta por la experiencia larga de su mal, como lo es, sin duda, que los ataques guardaban cierto orden o tipo intermitente, más o menos regular, viniendo bajo la forma Tonto (forma más aguda y rápida) tales días y horas, y bajo la Nito-Nito (menos violenta y más larga y vaporosa forma), otros tales y cuales, desde la mañana hasta las once de la no-

fuerzas superiores a las naturales, y otras cosas de este género.³

“Parece que me pongo en la razón. ¿Qué más pueden pedirme? ¿Que crea que una mujercilla es endemoniada porque hace cuatro gestos desusados, porque grita en la iglesia al ele-

che, y ¿quién sabe ni quién asegura nada si tenían lugar o no, de cuando en cuando, otras alternativas?; 3º Finalmente, suponiendo que resulten indicios de adivinación (a mí no me faltan tampoco) durante el sueño o sonambulismo aparente de la Marín, ni mil indicios hacen pruebas verdaderas concluyentes, ni merecía la calificación de fenómeno sobrenatural una cumplida adivinanza, mientras no se evidenciase primero que no tenía *sentido, aptitud ni influencia* magnéticos en aquel acto. Tan indispensable parece tal requisito, que de otro modo no sólo se tendría que considerar con más razón como adivino y verdadero endemoniado al magnetizador Hume y todos los magnetizadores, que dicen y hacen cosas más portentosas que la Marín, sino que se incurriría en la condenación impuesta por las *sagradas letras* a los que creen en el arte supersticioso de la *oniromancia*, patrocinada por Aristóteles en su libro de *Pressempthione per somnum*.

Después de todo, si en efecto ha visto aquélla a través de las paredes, si es positivo ha sido quemada, pinchada con alfileres y golpeada con el suelo sin suceder la ordinaria irritación, dolor o aparato inflamatorio, todo eso es porque su estado de enfermedad, tal como lo he explicado, es como una segunda naturaleza que tiene sus fenómenos extraordinarios que se pueden explicar naturalmente. Por ejemplo, la parálisis de la sensibilidad de la piel, además de ser común a varios estados particulares en que la sustancia medular del cerebro está alterada, según Cullen y otros autores, hace que el espíritu se concentre, que la imaginación tenga un vuelo más libre y que el sistema nervioso triunfe y gobierne y tire a su modo a los otros sistemas orgánicos.

Por otra parte, los golpes, heridas y quemaduras no ocasionan sus estragos ordinarios, sino mucho menos, porque según la ley patológica *ubi stimulus ibi fluxus*, es natural que así suceda, pues faltando el dolor o estímulo falta de consiguiente *aflujo*, cuyo acúmulo o cuya presencia inoportuna viene a ser como la causa próxima de la *fluxión* o hinchazón. Y es tan fisiológica esta explicación, que creo que si la *sensibilidad latente o insensible de la vida vegetativa* se hubiese extinguido como la de *relación*, entonces no quedaría vestigio alguno (como queda en el caso nuestro) de la clavadura, porque estaría muerta localmente la parte atravesada. Los médicos prácticos aplican emolientes o calmantes donde hay una inflamación, según dicha ley, cuando conviene precaver el *aflujo* y sus complicaciones. (C.).

³ Mucho se han ponderado entre otras exageraciones las fuerzas de la Marín, asegurando que en ocasiones no han podido con ella seis hombres; pero la menor tacha que debo objetar sobre ello es la de no cons-

var la Sagrada Hostia? ¿Porque responde *aquomodo vocaris?* ¿Por que entiende la voz *descende?* ¿Porque levanta las manos al decirle: *Leva manus*, y así responde o corresponde a otras tres o cuatro preguntas o cláusulas latinas, vulgarizadas entre los exorcistas? ¿Porque articula uno u otro latinajo chabacano y eso apenas sin algún solecismo?¹ Eso, a lo que yo entiendo, es lo mismo que pedirme que sea un pobre mentecato. ¿Qué fatuidad mayor que asentir a la asistencia, o influjo de un espíritu, superior en inteligencia y actividad a todo hombre, infiriéndola precisamente de acciones o palabras de que es capaz la mujer más ruda? Los mismos exorcistas, como he visto varias veces, son por lo común los autores de ésta y otras patrañas. Unos

tar sino por el dicho de partes interesadas. El Ritual indica *fuerzas superiores* a las *naturales*, con el triple y justo sentido que en sí tienen; esto es, *fuerzas*, en cuanto este vocablo significa directamente (véase el Diccionario) vigor, capacidad para *hacer, mover* o *levantar* una cosa que haga resistencia; *superiores*, para denotar que ninguna criatura humana pueda hacer lo mismo, con arte o sin ella, y *naturales*, interpretando con este adjetivo el espíritu teológico de todo el contexto de la frase y de todas las reglas; con el objeto de que se subentienda este principio general de toda jurisprudencia: que, cuando una disposición es condicional, no verificándose la condición, supone *ipso jure* una disposición contraria. Así es como estableció el Ritual, tanto en ese punto como en los demás, un criterio de verdad digno de la lógica infalible de los príncipes de nuestra Iglesia.

Examinemos ahora si se han obtenido hechos o experiencias de la Marín que llenen las condiciones de esa tan sabia como respetable prescripción, y esto será prescindiendo de que, por haber demostrado ya que faltan los dos primeros requisitos, no ha lugar en tal caso a considerarla poseída realmente del Demonio. Ante todo haré presente que los antagonistas a mi opinión no sólo hablan de fuerzas en un sentido contrario al verdadero del Ritual y del Diccionario, sino que no veo información legal de lo que han asentado inútilmente, con respecto a que alguna vez estuvo tan pesado el cuerpo que no fueron suficientes dos o más para levantarla. Por mi parte tengo dicho, y nadie me lo desmentirá, que en el ataque último mencionado fue *levantada* por uno o dos nada más. Por lo demás de esta regla tercera, no constando actos espontáneos o automáticos en que haya hecho, movido o levantado cosa ninguna, ni tampoco sucedió alguna otra sobre lo natural, es inútil seguir esta discusión. (C.).

¹ La Marín ni siquiera estas cosas fáciles, que indica el comentador, ha hecho, ni tampoco se le ha dirigido ninguna pregunta en latín. (C.).

cleriguillos¹ que no tienen otra cosa de que hacer vanidad sino de la gracia de conjuradores, son los que ordinariamente imponen al público diciendo que a ésta o a aquélla, a quien exorcizan, oyen hablar mil veces latín muy elegante, y aun griego, y hebreo si los apuran; y que mil veces, llamándolas con el exorcismo en voz sumisa desde su aposento, y estando ellas muy distantes, la fuerza de su imperio las atrajo sin dilación a su presencia. Resueltamente lo digo: si se ha de creer a todos los exorcistas, inútilmente me canso. ¿Mas por qué no se ha de creer? Porque frecuentemente se hallan mal fundadas sus testificaciones. Aun prescindiendo de esta experiencia, basta ser testigo en causa propia. Casi todos los que se aplican con alguna particularidad a conjurar se interesan de algún modo en persuadir que son verdaderos energúmenos aquellos a quienes exorcizan. Con esto representan al público utilísima su ocupación, hacen más respetable, y acaso también más lucrativo el ministerio. En caso que no intervenga el incentivo de la codicia, subsiste el de la vanidad. No pocos sacerdotes, desnudos de todos aquellos buenos dotes que concilian el afecto y la veneración, se hacen espectables y respetables a los pueblos con la opinión de buenos conjuradores. ¿Qué han de hacer éstos sino contar diabluras exquisitas de conjurados o conjuradores? Y es bien notar aquí que rarísima vez se ve (yo nunca lo vi) que algún sujeto, regular ni secular, de aquellos que son venerados en los pueblos por su virtud y doctrina se apliquen habitualmente al ejercicio de exorcizar. ¿De qué depende esto? ¿No es una obra piadosísima y santísima libertar al prójimo del pesado yugo de un espíritu maligno? ¿Quién lo duda? ¿No ejercerán con más acierto este sagrado ministerio unos hombres que juntan a una conocida virtud una sobresaliente doctrina, que unos presbíteros idiotas, cuya librería se compone únicamente de Larraga y de dos o tres libros de exorcismos? Es constante. Pues,

¹ Estas otras invectivas del autor que copio contra los exorcistas, claro es que son hechas con abstracción de persona determinada. Yo la acepto en ese mismo sentido, porque ya he dicho que tengo convicción de la dignidad sacerdotal y buena fe del Sr. Zisternas, e igualmente de los otros exorcistas que han funcionado en este caso. (C.).

¿cómo aquéllos abandonan a éstos la ocupación de exorcistas? Discurra el lector la causa y la hallará más fácilmente haciendo reflexión sobre lo que ahora voy a referir.

“Por lo que mira a hablar con el título de posesión la lengua latina, y otras no estudiadas, se representaron el siglo antepasado dos famosas comedias en el gran teatro de la Francia.

“La primera tuvo por autora y por asunto a una muchacha llamada Marta Brossier, hija de un tejedor de Romorantin. Esta, o debiéndolo todo a su habilidad, o teniendo parte en ello la instrucción de su padre, empezó a hacer con alguna destreza el papel de poseída, en que lo principal eran varias contorsiones extrañas del cuerpo, capaces de persuadir al vulgo que no podían venir de causa natural. Pareciéndole al padre que la ficción de la hija le podía ser más útil que la asistencia al telar, se determinó a salir a varios lugares con ella; y a los primeros pasos se vio congregarse en gruesas tropas, la gente a mirar y admirar el prodigio. Pero habiendo pasado a Angers, y después a Orleans, en uno y otro lugar fue descubierta la impostura con el medio de leerle versos de Virgilio, como que era un exorcismo eficacísimo: aplicarle no sé qué cachivache, como que era un fragmento de la Sagrada Cruz, rociarla con agua común, significándole que era bendita, y darle a beber la bendita, como que era agua común, en cuyos lazos cayó miserablemente la pobre Marta, haciendo mil contorsiones y dando horrendos gritos al leerle los versos de Virgilio, al aplicarle aquellas cosas que nada tenían de sagradas, y bebiendo con gran serenidad el agua bendita. Sobre este desengaño la arrojaron de aquellos lugares con severas conminaciones para que volviese a su patria y desistiese del embuste. Mas no por eso cayeron de ánimo su padre y ella; antes resolvieron probar fortuna en mayor teatro. Dieron, pues, consigo en París, donde en tanta multitud de eclesiásticos fue fácil hallar algunos poco advertidos que creyeron demoníaca a Marta. Extendióse por toda la ciudad el rumor, y tuvo la fingida posesión, como suele suceder, todo el vulgo de su parte. Habiendo hecho el caso tanto ruido, contempló el Obispo de París, Enrico de Gondí, ser de su obligación apurar la verdad. Cometi6 el examen a cinco médicos, los más famosos de aquella gran ciudad, los cuales unánime y positivamente res-

pondieron que en Marta nada había diabólico, sino mucho de fraude y algo de dolencia. Es de advertir que antes del examen de los médicos era voz corriente en toda la ciudad que esta mujercilla entendía y hablaba las lenguas latina y griega, y aún la hebrea, caldea y árabe. Pero los médicos hallaron, y depusieron, que apenas entendía la lengua patria. No por esto el vulgo se desengañó, continuando tal cual exorcista en fomentar el error del vulgo. Sucedió en esto una cosa graciosa. Estando conjurándola uno de los más empeñados en persuadir que era verdadera posesión, se hallaba presente uno de los cinco médicos, llamado Marescot. Ella volteaba los ojos, sacaba la lengua, temblaba con todos sus miembros, repetía sus estudiadas convulsiones, y al llegar a aquellas palabras: *Et homo factus est*, con saltos muy desordenados se transportó del altar a la puerta de la iglesia.¹ Entonces el exorcista, como si dentro de aquella mujer clarísimamente viese enfurecido todo el infierno, dijo insultando confiadamente a los que no creían la patraña: Veamos si se atreven a meterse con ella ahora, y arriesgan su vida en el empeño los que dicen que aquí no hay diablo alguno. No bien lo hubo dicho, cuando el médico Marescot, aceptando el desafío, se lanzó a la pobre Marta, y apretándole fuertemente la garganta, le mandó se aquietase. Fuele preciso a la miserable obedecer. Pero recurrió luego al ordinario efugio de que entonces la había dejado el espíritu maligno. Confirmábalo el exorcista; y Marescot, con irónico gracejo, consentía en ello; pero añadía que él había echado al espíritu maligno, no el exorcista. En otra ocasión tres de los cinco médicos del examen la hicieron aquietar en el mayor fuego de sus diabluras, sin más exorcismo que las fuerzas de sus puños. Debe advertirse (porque nada disimulemos) que al otro día del examen de los médicos dos de ellos empezaron a titubear, y aun uno parece llegó a consentir en la posesión; el otro sólo decía que se debía hacer más exacta inquisición.

Suprimo, por ser muy sabido, el caso que pasa a referir

¹ Nótese que es bien singular la semejanza de este caso con el nuestro, sobre todo en cuanto a las convulsiones de Marta y de la Marín al llegar al *homo factus est*. (C.).

este autor del gran Condé, el cual descubrió a uno que se fingía endemoniado, haciéndole creer que su reloj, que ocultó con un pañuelo, era una reliquia efficacísima contra el Demonio, etc.

“Porque la experimentada ignorancia de las lenguas latina y griega, era uno de los más fuertes argumentos de la suposición, como quiera se reparó después esta brecha, respondiendo Marta a ciertas preguntillas que le hizo un exorcista en griego, y a otras que le hizo en inglés un eclesiástico de aquella nación. Esto para el vulgo era una prueba concluyente; mas a los hombres de alguna reflexión no hizo fuerza alguna; porque siendo los mismos exorcistas los que hacían las preguntas, ¿qué cosa más fácil que imponerla antes en lo que había de responder? Pongo por ejemplo a la primera pregunta esto, a la segunda aquello, a la tercera esto otro. El que preguntó en griego y el que en inglés tenían cierta estrecha alianza con los exorcistas, que nadie ignoraba. Veníase a los ojos el reparo de que sólo entendiésemos idiomas peregrinos, después que los exorcistas se vieron apretados con el argumento de la ignorancia de ellos. ¿Por qué no antes? Si cuando se hizo esta favorable experiencia no había entre los asistentes quien entendiésemos el griego, ni el inglés, sino los mismos que exorcizaban, podrían con seguridad atestiguar que respondía el caso cualesquiera voces que articulásemos.

“Entre estos debates llegó la cosa a tal estrépito, que se consideró digna de la atención del Parlamento, de cuyo orden se entregó a dos ministros de justicia, que la tuvieron en custodia cuarenta días, y en este tiempo la examinaron otros muchos médicos doctos, los cuales unánimemente declararon que no había en Marta cosa alguna superior a sus fuerzas o capacidad natural. La resulta fue mandar el Parlamento al padre de ella la retirase a su lugar, ordenándole bajo pena corporal no la dejase salir jamás. Con esta providencia estaba ya enteramente calmado el disturbio, cuando se suscitó nueva revolución por otro lado. Entre los engañados por Marta Brossier había un abate imprudente y temerario a quien se puso en la cabeza llevar el negocio a Roma. En efecto, condujo a Marta con su padre a aquella capital del orbe cristiano, y algo dio en que entender en ella antes de descubrir la impostura. Mas al fin se descubrió,

y la comedia se convirtió en tragedia, porque el abate corrido murió de pesadumbre, y Marta y su padre, abandonados y escarnecidos de todo el mundo, pararon en los hospitales.

“La segunda comedia del mismo género que hubo en Francia hizo tanto y aun más ruido que la pasada, y fue representada por algunas monjas de un convento de Loudun. Los exorcistas destinados a la sanación de aquellas religiosas fueron escogidos y enviados de la Corte por el cardenal Richelieu, de quien presumieron algunos estaba algo empeñado en persuadir al mundo que la posesión de las religiosas era verdadera, para que el crimen del maleficio recayese sobre Urbano Grandier, cura y canónigo de Loudun, contra quien el cardenal estaba muy irritado. De dichos exorcistas salió la voz de que las monjas hablaban latín, y aun otros idiomas extrañísimos. Por lo que mira al latín, el poco que se las oyó estaba lleno de solecismos. Pongo por ejemplo: conjurando a la superiora, la mandó el exorcista que adorase la Sagrada Hostia con estas voces: *Adora Deum tuum*; a que ella correspondió con éstas, *Adorote*. Pero porque, según las circunstancias, el pronombre *te* más parecía relativo al mismo exorcista que a Dios Sacramentado, le preguntó: *Quem adoras?* Y ella respondió: *Jesus Christus*. Aunque esta mala gramática se vertió a vista y conocimiento de mucha gente, no quitó que los exorcistas y enemigos de Grandier llevasen adelante su empeño; y no contentos con que las monjas hablaran latín, publicaron que habían respondido en el peregrino idioma de los Topinambas, gente de la América Meridional. Así, sin embargo de todos los artificios de los coligados contra Grandier, y no obstante la sentencia fulminada y ejecutada en este pobre eclesiástico, algunos autores franceses quedaron en la persuasión de que la posesión de las monjas de Loudun sólo había sido aparente; bien que no podía proferirse este dictamen, según leí en algún autor, sin gran riesgo, mientras vivió el cardenal.

“Poco ha se añadieron a mi librería, en once tomos, las *Causas Célebres*, escritas por Gayot de Putaval, abogado del Parlamento de París. En el segundo tomo trata este discreto autor difusamente de la causa de Urbano Grandier y famosa posesión de las Monjas de Loudun, sin poner, ni dejar ya la menor duda en que aquella posesión fue fingida, como también

la magia de Grandier; todo fraguado por los enemigos de aquel pobre eclesiástico, y fomentado por la política diabólica de varios sujetos que autorizaron la calumnia por conciliarse la gracia de un ministro alto, furiosamente dominado de una pasión vengativa.

“Los dos casos propuestos muestran tanto la cautela con que se debe proceder en esta materia, como la importancia de examinar las cosas con atentísima reflexión. No se debe descansar sobre la testificación de los vulgares exorcistas, por las razones que hemos propuesto arriba. Sería conveniente, y aun preciso, que los señores Obispos entrasen la mano en esto, como hicieron los de Angers y Orleans con la famosa Marta Brossier. Así, luego que en algún pueblo apareciese algún energúmeno, será conveniente dar parte al prelado, y éste señalar luego personas aptas para el examen.

“Pero fuera de los energúmenos aparentes por ficción, que son con grande exceso los más, hay otros que sin intervenir embuste alguno, lo son meramente por ignorancia o por error. El error tiene unas veces su origen en el médico, otras en el exorcista, otras en los que son meros espectadores; y en cualquiera parte que nazca, es muy común comunicarse al mismo paciente.”

XIV

Resumiendo todo lo expuesto en este informe, y considerando a esta consulta bajo el doble punto de vista médico-teológico, mis conclusiones teóricas y prácticas son las siguientes:

1ª Conclusión teológica. El sentido de la palabra *endemoniados* de las Escrituras Sagradas es interpretable, se puede exponer, así como algunas otras del mismo texto. Esta conclusión se apoya igualmente en la autoridad y en la razón, y con especialidad en San Jerónimo, Calmet y el común sentir de los teólogos ortodoxos.

2ª Idem. Debe preferirse la razón a la autoridad, siempre que sea interpretable o controvertible el texto o asunto de que se trate; y con más libertad en ciencias naturales, siendo lícito apartarse del sentir o doctrina de los Santos Doctores. Esto es

conforme con las sentencias de San Agustín, San Jerónimo, Santo Tomás y el Maestro de las sentencias. El primero dice en el libro 2º de *Ordine*, cap. 9: *Ad descendum necesario dupliciter ducimur, Auctoritate, atque Ratione. Tempore auctoritate, re autem ratio potior est*: El 2º, en la epístola 62 a Teófilo, refiriéndose a los Doctores de la iglesia, asienta: *istos in quibusdam ut homines aberrare*. El 3º aprueba respecto de toda autoridad humana esta máxima: *locus ab auctoritate est infirmissimus . . . ut quantalibet sanctitate, doctrina que proepolleant, non ideo verum putem quod ipsi ita senserunt, vel scripserunt*. El 4º establece esta regla: *La autoridad de los santos, que muchos, que pocos, en orden a la materia de ciencias naturales, sólo persuade a proporción del valor de la razón en que se fundan*. (El ilustrísimo Melchor Cano en su famosa obra de *Locis Theologicis*, lib. 7, cap. 1.)

3ª Idem. La palabra *endemoniados* o *energúmenos* no fue adoptada en las Escrituras Sagradas en el sentido que la emplearon los gentiles y los judíos de aquellos tiempos, que creían generalmente que ciertas enfermedades, como la de la Carmen Marín, provenían exclusivamente del Demonio, sino tan solamente como expresión figurada de enfermedades naturales, conformándose con el estilo vulgar. El asunto de esta conclusión queda superabundantemente probado en el contexto del presente informe, *dupliciter* con autoridades divinas y humanas y el criterio de la razón.

4ª Idem. De ninguna manera aparecen comprobadas, en la forma debida, las señas o requisitos que prescribe *sine qua non* el Ritual romano, para tener por poseída, o de otra manera influenciada por el Demonio, a la referida Carmen Marín.

5ª Conclusión médico-legal. Tal es la sensibilidad que los órganos de la matriz imprimen en todos los estambres del sólido vivo que se despiertan convulsiones con mucha facilidad y a veces por sólo la vista o sonido de bagatelas incapaces de afectar a otros individuos, cuya sensibilidad o susceptibilidad puede llegar a su máximum, complicando las potencias morales e intelectuales, bajo formas imprevistas y extraordinarias. Por lo cual es racional concebir que en tales circunstancias el cerebro y la matriz viven en continua simpatía, y que las causas del histerismo pueden

multiplicarse tanto como las sensaciones físicas y morales que no son de costumbre. Esta conclusión se deduce lógicamente de los principios teóricos y prácticos que he aducido, y tiene en su favor, además de los autores que sobre ello he citado, a todos los médicos del mundo, y en particular al docto español Viguera.

6ª Idem. El histerismo confirmado es siempre puramente primitivo, idiopático o privativo del aparato uterino, y muy particularmente de los ovarios; y su violencia y proteiformidad está vinculada a la mayor o menor afectibilidad de estos centros igualmente que del resto de la constitución. Este juicio es del recién mencionado autor, y está conteste con la razón fisiológica y el común sentir de los sabios, comprendiendo a Hipócrates, Demócrito y Areteo.

7º Idem. El histérico se conoce por un rugido del vientre; las enfermas sienten como un globo o bola que rueda en el vientre y sube al estómago y al gaznate, en donde produce un ahogamiento; hay convulsiones; las potencias intelectuales varían y mudan involuntariamente; cae la enferma en un estado de estupor, insensibilidad y sueño aparente; acomete a las mujeres de buen aspecto, sanguíneas y libres de cualquiera otra enfermedad. (Cullen, T. 3, cap. 13). Este retrato morboso de la Marín es exacto; no necesita de comentarios.

8ª Idem. Hoy día todo el mundo sabio reconoce como una verdad práctica, testificada por comisiones especiales de la Academia de Medicina de París, y experimentada diariamente, la existencia del magnetismo animal, considerándolo como la influencia recíproca que se opera entre dos individuos bajo las leyes y circunstancias siguientes: 1ª Ha de haber una armonía de relaciones producida ya por la voluntad o la imaginación, ya por la imitación o el concurso de la sensibilidad física. 2ª Esas influencias se verifican cuando el agente o magnetizador es *sensible, tiene mucho celo, ascendiente sobre la persona, una voluntad ardiente, gran convicción de su poder y confianza en el resultado*, cuyas cualidades militan de un modo muy pronunciado en el Sr. presbítero Zisternas. 3ª Los medios en virtud de los cuales se trasmite el fluido magnético y se ponen en juego tales influencias, son: los rozamientos, y aun miradas, palabras o simples gestos, hechos a la distancia conveniente a ciertas

personas delicadas y nerviosas, jóvenes, y sobre todo que padecen *neuroses* o el histérico; circunstancias todas que se reúnen en el caso de la Marín. 4ª En el estado de exaltación magnética la persona influenciada no emplea sino con esfuerzo y con poca aptitud los *órganos* exteriores de los sentidos, y sin embargo percibe con una perspicacia singularmente sutil, y por un conducto misterioso, objetos colocados fuera del alcance de los *órganos* de los sentidos. 5ª El sentido, o sea la vitalidad magnética, parece consistir en una exaltación de las facultades intelectuales, en que las simpatías y la susceptibilidad magnéticas hacia la persona que obra sobre ellas son profundas, creciendo proporcionalmente a su frecuencia, y en que los fenómenos singulares obtenidos se extienden y se pronuncian más en la misma proporción. (Véase esto en la *Enciclopedia moderna*, artículo "Magnetismo animal").

9ª Idem. Este mundo está limitado para el ser racional por la aptitud o idiosincrasia de los *órganos*; porque sólo son apropiados a la materia de que está hecho nuestro cuerpo rudimentario; cuyo cuerpo es comparable respecto a la vida ulterior a las condiciones de la oruga y de la mariposa. Pero en el estado magnético, particularmente en el grado del sonambulismo, la criatura humana se acerca a la vida ulterior, así como se asemeja a la muerte; pues cuando uno está magnetizado se desindividualiza hasta cierto punto; dejan de funcionar los sentidos de la vida de relación o rudimentaria, y se perciben las cosas exteriores directamente, aun a través de los cuerpos opacos, por el agente espiritual que es hábil para comprender cuanto hay en este mundo.

Esta es una hipótesis solamente, pero está conforme no sólo con los progresos y los principios de las ciencias actuales, sino también con nuestras creencias religiosas, relativas a la unión del alma con el cuerpo.

10ª Idem. Si las enfermedades se presentasen siempre y en todos sus períodos bajo unas mismas formas idénticas, y si los fenómenos que ellas determinan no estuviesen sujetos a *unas modificaciones y variedades infinitas*, dependientes de una multitud de causas desconocidas, y de simpatías accidentales que el *órgano* afectado puede tener con otros más o menos lejanos.

el diagnóstico no estaría envuelto en tanta oscuridad (como dice Martinet, jefe de clínica médica en el Hotel Dieu de París), y los síntomas locales, esto es, los que son la consecuencia del trastorno de la función cometida al órgano uterino enfermo bastarían para resolver el problema que nos ocupa en este momento. Pero no sucede así: muchas veces el útero o los ovarios, órgano principal de cierta función, está profundamente alterado, y esta función no experimenta más que un pequeño desarreglo; otras veces, al contrario, esta función está en un desorden considerable, y la enfermedad existe en otro órgano, que parece no hallarse unido con ella sino muy indirectamente.

11^a Idem. Cuando hay una cefalalgia más o menos fuerte, una mudanza notable en el estado de las facultades intelectuales, un trastorno evidente de la sensibilidad y de la movilidad, sin ningún signo de gastroenteritis aguda, y si estos fenómenos persisten durante más o menos tiempo, o no aparecen sino instantáneamente, en estos casos puede decirse que el encéfalo está malo. (Martinet, *Compendio de clínica médica*). La Marín, según las descripciones de su enfermedad que se han hecho por todos, se halla comprendida en este caso: tiene, pues, malo o enfermo su cerebro.

12^a Idem. Si los trastornos de la sensibilidad y movilidad consisten en una parálisis (parálisis de la sensibilidad por algunas horas ha tenido la Marín) con semirrigidez muscular, en *accesos convulsivos* momentáneos; si ha sido precedida de cefalalgia y otros síntomas cerebrales; en este caso el cerebro está inflamado o en un simple estado de irritación, que depende de que algún cuerpo extraño como la sangre, la serosidad, etc., se hallan en contacto anormal con él. (Martinet, *ibi*, y Cullen, *Medicina práctica*). Siendo claro que la Marín ofrece los mismos fenómenos, debe también por este aforismo diagnóstico estar o haber estado entonces afectada del encéfalo en la forma aquí indicada.

13^a Idem. Cuando la parálisis de la sensibilidad o del movimiento va hasta los miembros torácicos, y los músculos que concurren a la respiración, entonces está alterada la sustancia medular de la columna vertebral en su porción cervical. Pero si, al contrario, la parálisis va hasta los miembros abdominales y la cavidad del vientre, la alteración de la médula

en este caso existe en la porción lumbar. (Martinet, ibi.) Es así, pues, que la enferma de que se trata participa de ambos grupos de fenómenos, luego participa asimismo de las alteraciones correspondientes de la sustancia medular de la espina en la porción cervical y en la lumbar.

14^a Idem. En virtud de las conclusiones que preceden, infiero y reconozco con íntima y profunda convicción que la verdadera causa próxima de todos los fenómenos y ataques *observados y aceptados por mí* en la joven Carmen Marín, es una alteración primitiva, crónica *sui generis* de los ovarios, y complicada con una lesión consecutiva de todos los centros nerviosos, y más claramente del eje o aparato cerebro-espinal; enfermedad evidentemente natural que tanto los maestros de la medicina, como el *Diccionario de las ciencias médicas*, clasifican como perteneciente al orden de las neuroses, y cuyo nombre propio es el de HISTÉRICO CONFIRMADO, CONVULSIVO Y EN TERCER GRADO.

15^a Idem. En cuanto a los efectos observados en la aplicación del exorcismo por el señor presbítero Zisternas, *son epifenómenos de un carácter facticio, accesorios* a la enfermedad principal ya expresada, cuya causa determinante específica es, o la magnetización animal o la influencia de lo moral en lo físico, en la hipótesis de que acaso se imagine la Marín una escena semejante a la que tuvo en la soledad de la capilla y en el sueño aquel con el Diablo.

16^a Y última conclusión médico-teológica. *Dicha Carmen Marín no es poseída ni tampoco desposeída de tal Demonio.* Todo lo que hay de portentoso en ella *es una rara manifestación de su alma*, de esta alma que, según la fe y la razón, es una porción divina encarnada en toda criatura humana.

Manuel Antonio Carmona

Santiago, setiembre 28 de 1857.

CAPITULO QUINTO

LA ENDEMONIADA
DE SANTIAGO

O EL
DEMONIO EN LA NATURALEZA
Y LA
NATURALEZA DEL DEMONIO

UNA MONOGRAFIA MEDICO - PSICOLOGICA

Escrita por el Doctor

J. JUAN BRUNER

Socio Corresponsal

de la Sociedad Médico-Quirúrgica de Berlín
y miembro de la Universidad de Chile

Un trabajo como el presente, si se propone tan sólo convencer a los demás, es inútil y superfluo. Inútil, porque los que creen en la posesión del diablo no se dejarán convencer por ninguna razón natural, puesto que un fenómeno supranaturalístico se puede combatir solamente por razones supranaturalísticas; es éste un campo de batalla que debemos dejar a los teólogos y espiritualistas. Superfluo, porque los incrédulos considerarán todo el trabajo como un gasto árido de fuerzas, para derribar una cosa ya nula de antemano, y efectivamente una empresa puramente negativa de este género la podemos dejar también con gusto a aquellos varones del siglo XVII que escribían con tanto heroísmo contra la existencia del maleficio.

Conociendo esto, he procurado dar a mi exposición un carácter de estabilidad científica, y tomando el caso presente por punto de partida y base empírica, he tratado de reducir la demonomanía a sus leyes antropopatológicas. Creo que de este modo los crédulos encontrarán una realidad mucho más sólida de la que creen, y los incrédulos, por su parte, se convencerán de que en esta adquirida realidad hay un elemento ideal que liga nuestra organización con una esfera superior.

Mis opiniones críticas que he vertido aquí y acullá contra

las supersticiones religiosas que forman el fondo de las ideas del pueblo y han dado alimento y subsistencia a la peregrina interpretación del fenómeno que ha sido emitida por hombres respetables, estas opiniones mías no serán consideradas como ataques contra la religión por ninguno de mis lectores que tienen un juicio recto y un corazón verdaderamente religioso. Todos estamos convencidos de que, mientras las supersticiones son los escombros descompuestos de las evoluciones pasadas, la verdadera religión cristiana es inatacable e imperecedera en su esencia, siendo el punto culminante del espíritu humanitario y el lazo interior que liga la humanidad con su porvenir inmortal y la eternidad de Dios.

CAPITULO PRIMERO

EL PASADO Y EL PRESENTE

Cuando preguntaron a Laplace si había encontrado a Dios en las esferas celestes del espacio, contestó que, como no lo necesitaba para explicar los movimientos de los planetas, no lo había buscado.

No sé si son exactas la pregunta y la respuesta, pero cualquiera que haya sido la versión de las palabras, su sentido es la fiel expresión del espíritu que las ciencias naturales han adquirido desde el tiempo de Bacon de Verulam, después de la espiritualización fantástica de la Edad Media.

Acostumbrado el tiempo moderno a ver la idea divina encarnada y explayada en los procesos de la naturaleza, tiene bastante que hacer con las maravillas cotidianas y eternas que se efectúan en la evolución tranquila de las cosas, para ocuparse todavía con aquellos milagros que vienen de arriba y perturban las leyes naturales.

En la conciencia, que el tiempo se ha conquistado, de que las fuerzas de la naturaleza son inmanentes a la naturaleza misma y que la causa de la vida es la materia y su estructura, se tornó el Júpiter tronador en electricidad, el cielo del Dios cristiano en un espacio planetario, la intervención divina en espontaneidad humana y la inspiración del pensamiento en una exaltación cerebral.

Los dioses del Olimpo han huido despavoridos por el ruido de la frotación de los cuerpos celestes y los ángeles del cristianismo se han refugiado en la solitaria intuición de las almas religiosas.

Pero muchos elementos de los tiempos remotos han continuado indestructibles hasta nuestros días, probablemente porque cada siglo en sí repite en pequeño la evolución general de la humanidad entera.

Así como el Jehová de los hebreos reaparece en el *Fatum* de los griegos y romanos y la mitología helénica se refleja en el antropologismo del Dios encarnado de la cristiandad, así también en nuestro siglo surgen manifestaciones y acontecimientos del espíritu humano que sin embargo de su anacronismo se combinan con las tendencias materializadoras de la actualidad. ¿Quién no se acuerda de las mesas giratorias, por las cuales hablan las almas de los difuntos como *illo tempore* el espíritu de Samuel, evocado por la magia sacerdotal del pontífice hebreo?

Uno de aquellos elementos que, nacido en los tiempos primitivos de la humanidad, ha atravesado todos los siglos y todas las religiones, sosteniéndose imperturbable en la imaginación de los pueblos, es la creencia en demonios. ¿Qué es lo que la ha mantenido hasta ahora? ¿Residirá en ella acaso una verdad escondida o consiste esta verdad tan sólo en la disposición psicológica del espíritu humano?

La concepción del gran acontecimiento histórico en el cristianismo primitivo, alimentada con las intuiciones judaico-orientales y plástico-romanas de la disuelta antigüedad, ha materializado poco a poco las ideas a medida que espiritualizaba los hechos. Por otra parte los restos de la destrozada mitología de los pueblos indogermánicos de Europa, encontrando puntos de contacto con los elementos intrusos de su nueva religión, tomaron un *tinte cristiano* para tener más derecho de pesar sobre las inteligencias bajo la forma de duendes, ánimas, espíritus malos y otras pesadillas de este género.

Las ciencias naturales de aquellos tiempos de profunda resignación religiosa y de profunda degeneración de costumbres a la par, componiéndose de tradiciones manuscritas y de nociones populares, reflejaban del modo más fiel las intuiciones reinantes.

En la medicina, cuyo objeto es el hombre, esa unión palpitante de naturaleza y de religión, esa red maravillosa de materia y espíritu donde no se puede distinguir bien lo que pertenece a uno o a otro, en la medicina, digo, debe haberse entronado aquel *espiritualismo material* con más determinación que en cualquiera otra esfera de la actividad humana. Los encantamientos y la cabalística, los exorcismos y la nigromancia, la astrología y la alquimia, y todos aquellos destellos de la gran dirección fantástico-espiritual, se recogían poco a poco en el seno de la medicina para fructificarla con hechos, hieroglifos y sistemas que han dejado sus rastros hasta en la ciencia actual. El arqueo de Paracelso y Vanhelmont, los espíritus vitales y nerviosos, la atmósfera sensitiva, el alma en la glándula pineal de Cartesius, el Yo del vapor cerebro-ventricular de Soemmering, etc., son otras tantas ánimas que, bien que hayan desaparecido en su forma primitiva, andan penando todavía hasta ahora a través del dinamismo homeopático y de los vapores magnéticos de nuestro siglo, para llorar sagradas lágrimas en el templo profanado de la profana medicina.

La reformación alemana, crítica y descomponedora en todos los detalles de la vida intelectual y social, después de haber quemado, lo mismo que la Iglesia Católica, una innumerable porción de brujos y endemoniados, preparó el campo para la indagación libre de las cosas de la naturaleza, y el torbellino nocturno de las ánimas y duendes se rarificaba poco a poco ante la aurora de la razón.

Todo el espacio de los 300 años que han transcurrido desde la renovación social hasta nuestros días es sólo un fragmento de la historia de la grande lucha de la Edad Media con el principio moderno, una lucha que no ha concluido y que atendiendo a la diferencia cuantitativa que existe entre 1500 y 300 años, tiene que continuar por muchos siglos todavía. Este principio moderno, en el cual nos encontramos ahora y que tenemos la misión de efectuar en la religión y en la ciencia, en las artes y en la vida, es el principio *realístico* en el sentido más profundo de la palabra, es el Verbo encarnado de Dios lanzado en la historia. Las *formas* de su realización son muchas y variadas, pero todas son uno: la unión de Dios con la humani-

dad, de la autoridad con la convicción, de la libertad del pensamiento con la libertad de acción, de la fe con la indagación; la identidad de la materia con la fuerza, del organismo con la vida, del cuerpo con el alma. Este *principio de la identidad de los diferentes* que está difuso misteriosamente por todos los miembros del género humano, palpitando en todos los pulsos de cada átomo, es el *interno daimon moderno* que reside como un Dios embriagador en el alma humanitaria, llenándola con esa *divina manía* de seguir adelante y adelante hasta cumplir con sus destinos.

Muchos errores y extravagancias se han desarrollado de esta dirección moderna, tanto en la religión como en la vida; pero éstos son transitorios y perecederos, son los fragmentos del mármol que saltan bajo el cincel del artista, mientras que el pensamiento, que yace escondido en la profundidad del tronco, desprende sus miembros en eterna hermosura.

La Medicina, siendo parte del gran movimiento actual, tiene también la parte que le toca. La naturaleza como unidad inseparable de materia y acción es el tema fundamental de todas las fases de la organización humana. Las filantrópicas hogueras, que en el nombre de Dios quemaron a los brujos y duendes, han destruido también, sin saber y sin quererlo, el *dualismo antropológico* en el nombre de la humanidad, por una de aquellas magníficas ironías en que abunda tanto la grandiosa dialéctica de la historia. De las llamas de las víctimas, destruidas en cuerpo y alma por motivo de la encarnación del demonio, se levantó el presentimiento de la unidad inseparable de ambos elementos, y el estudio de la organización humana fue a la par el estudio del hombre.

El *noli me tangere* del cadáver cedió al *gnothi seauton* de la vida, y el microscopio arrojó los espíritus de los últimos atrincheramientos. La *fuerza* misteriosa de la digestión se tornó en una elaboración material en el interior de las glándulas del tubo alimenticio, desprendiéndose en forma de pepsina y transportando sobre los alimentos su propia naturaleza "química". La sensibilidad es la energía y calidad inseparable de la misma sustancia nerviosa, y la energía de los movimientos musculares es la contracción de las fibras microscópicas.

Las enfermedades están perdiendo cada día más su carácter ontológico, y su reducción inexorable a alteraciones microanatómicas ha conmovido en sus fundamentos la antigua diferencia de afecciones orgánicas y desórdenes funcionales.

Así aquel daimon moderno se insinúa día por día en todas las esferas de la ciencia médica, destruyendo, regenerando y organizándolas en un sistema multiforme de movimientos internos de sustancia, mezcla, forma y estructura.

Es cierto que esta tendencia identificadora, sumergiéndose más y más hondamente en la materia, ha llegado a desconocer la diferencia de la materia en sí, confundiendo la sustancia orgánica con los elementos químicos y reduciendo todas las acciones de la naturaleza a una ley abstracta que no existe; y aun pudiera parecer que el siglo XIX esté en peligro de negar la vida a los vivos, puesto que las afinidades químicas y yuxtaposiciones mecánicas lo pueden todo.

Pero ese *comunismo naturo-histórico* no es más que la expresión de la conciencia que el espíritu escudriñador tiene *de haber penetrado hasta en la última esencia de la materialidad donde ya no puede ser más que justamente materia en general*. Esa nivelación abstracta de todas las diferencias retrocederá en el curso del tiempo, a medida que la indagación sumergida en la materia se deje llevar por el movimiento gradual de la materia misma, un movimiento que no es otra cosa que su transustanciación evolutiva en elementos concretos, orgánicos y organizados, en cristales, plantas, animales y hombres.

Esa confusión de las diferencias de la materia en una abstracción material no es un acontecimiento aislado que se verifique tan sólo en el reino de la naturaleza; también en la tendencia político-social del siglo XIX ha existido y existe todavía aquella identificación de las diferencias bajo una forma adecuada: es la reducción de todas las variedades multiformes de posesión, de trabajo, de derechos y de poder de la sociedad humana a la abstracción de *hombre*, de *personalidad*, es decir, al comunismo social; y así como la significación de la *persona* se torna en *ninguno* por la profunda dialéctica de la palabra "personne" de ese mismo pueblo, donde dicho movimiento tomó su iniciativa histórica, así también toda esa reducción es el aniquila-

miento completo de las organizaciones sociales, a semejanza de lo que acabamos de ver en las ciencias naturales.

Si quisiésemos entrar en los demás movimientos de la humanidad actual, pudiéramos demostrar cómo todos, llevados por el gran principio identificador, lo tornan actualmente en su abstracción negativa.

Pero esta abstracción es pasajera y perecedera, es el principio moderno en su *principio*; su influencia descomponedora y disolutiva que ejerce sobre lo existente no es esencialmente otra cosa que su tendencia de destruir los elementos viejos *preexistentes*, y ésta durará hasta que dicho principio no desarrolle *elementos nuevos* de su propio interior. Estos elementos nuevos se desarrollarán y se están desarrollando aún con fuerza incontenible bajo la negatividad desapareciente del tiempo actual. El principio moderno de la humanidad es el grandioso vitelo del futuro gigante que, engendrado por la Reforma y alimentado por los jugos maternos de la disuelta Edad Media, está creciendo hasta ahora con rápida lentitud, y mientras que en nuestro siglo desarrolla sus juveniles pulsaciones, guarda los miembros del porvenir sumergidos todavía en la fluidez general de su sustancia dormitante.

CAPITULO SEGUNDO

EL SIGLO XV DE EUROPA EN EL SIGLO XIX DE SANTIAGO

Mientras la medicina en Santiago se mecía en el orgullo de los conocimientos del siglo XIX atreviéndose a declarar por afecciones cerebrales hasta las aberraciones de la mente, como que el Dr. Lafargue (a quien Dios perdone) solía hablar de una atrofia cerebral con reabsorción mental, la Divina Providencia, para castigar este materialismo, quiso que apareciese en esta ciudad un acontecimiento *sobrenatural* que, verificándose precisamente en la *materia* orgánica, confundió la profana inteligencia de los médicos y contribuyó a que se cumpliesen las palabras proféticas del señor presbítero Zisternas, que dice "que jamás ha tenido la idea de creer competente a ningún facultativo para declarar las cosas sobrenaturales".

El acontecimiento es el siguiente:

Una joven de 18 años tiene ataques que no se pueden caracterizar. Cae súbitamente con convulsiones, se tuerce, se golpea, se despedaza sin lastimarse, pierde su conocimiento y desarrolla fuerzas extraordinarias; o no cae al suelo, sino que se queda sentada o recostada sin el menor vestigio de sensibilidad, habla cosas obscenas, profiriendo las palabras: *monigote*, *bribón*, *beata bribona*, *puta*, etc., hasta dicen que habla mal de Dios, llamando a Jesucristo bribón, y a la Virgen, bribona; ve a los sacerdotes antes que lleguen a su cuarto, hasta sabe lo

que hacen detrás de ella; habla de sí en tercera persona como si fuese un Yo extraño que habla en ella; es muy sensible a cruces y reliquias de santos, las que le aumentan las convulsiones; se exaspera horriblemente cuando le leen cosas sagradas o exorcismos en latín y se tranquiliza cuando se lo manda precisamente un sacerdote en el nombre de Dios; acompaña los himnos religiosos en latín o francés pronunciándolos bien, pero cambiando de cuando en cuando las palabras latinas o francesas en obscenas; manifiesta alegría cuando le leen cosas mundanas aunque sea en latín, distinguiéndolo del sagrado que la impresionada desagradablemente; contesta de un modo muy vago e interpretable de mil maneras, lo que le preguntan en francés; por consiguiente entiende idiomas extraños aunque no los sabe en sus intervalos lúcidos, sin embargo, de haberse educado en las monjas francesas; pronostica sin equivocarse en un minuto el día y la hora del próximo ataque. Vuelve en sí cuando un sacerdote le pone el evangelio de San Juan y ella aún lo indica para este fin, pero durante la lectura se exaspera en contorsiones horribles, las que se aflojan luego que llegan las palabras: "Y el Verbo fue hecho carne y habitó entre nosotros".

Muchos sacerdotes ya la habían exorcizado años atrás, pero los que no la habían visto la ven y no creen; mas la verdad no puede sucumbir; al fin se convencen que hay en eso una cosa extraordinaria. Los médicos la examinan o más bien no la examinan, sospechan ficción, lo toman por histérico, y no quieren creer en brujos. Uno se va disgustado, otro no se deja convencer, el tercero declara "que es primera vez en vida que ve un milagro" y el cuarto confiesa que "la medicina no alcanza". La cosa toma bultos, no hay duda, hay algo de misterioso, el público se exalta, hasta las beatas comienzan a creer. Al fin viene el Dr. García Fernández, examina a la joven, la ve, *bien vista*, y se convence de que su enfermedad no *es natural*, que no es fingida, que no es magnetismo, que es un milagro; busca en los autores de los siglos XV y XVI, y armado con ese escudo de papel que ha tornado a tantos hombres en sabios, exclama bajo su responsabilidad de "doctor del siglo XIX" que "la Carmen Marín es endemoniada". Et Verbum caro factum est et habitavit in nobis!

La Divina Providencia se ha salido con la suya, y Santiago ha encontrado *en la ciencia* la expresión inteligente de sus convicciones instintivas, y así como cada siglo debe tener a su hombre, así también el siglo actual naturo-histórico de este centro sudamericano se refleja en un representante, que tiene los ojos en la Edad Media, la fe en el siglo XV, la cabeza en los vapores del dinamismo y los pies en el siglo XIX.

Pero la impresión exaltada de este nuevo milagro pasará como han pasado muchos otros en nuestra ciudad, donde cada monumento es testigo de los pasos del Verbo divino que se está encarnando entre nosotros. Pues la historia sagrada de Santiago cuenta muchos casos extraordinarios. El que no los ha visto, que los oiga:

En un día ventoso voló la imagen de un Santo por los aires y cayó precisamente en un punto donde quiso que le levantaran una iglesia, y la iglesia de la Estampa se levantó.

Una gotera moja la pared, dibujando una caprichosa figura en que la imaginación artístico-religiosa vislumbra elementos de un rostro, y ayudado un poco con la fe y otro poco con el dedo, aparece ser nada menos que el de nuestra señora de la Gotera.

No sé que mano teófila pone un tacho con agua caliente por debajo de las polleras de una Santa, según dicen las malas lenguas, y la Santa comienza a sudar, y “¡oh maravilla!, los hijos de Esculapio se ponen los anteojos, y las beatas declaran que no se había visto hasta ahora sudar a una Santa.

Abren un hoyo en el panteón y encuentran el cadáver de Fr. Andrés intacto como las momias del Perú, y entonces no más principian a conocer que Fr. Andrés era un Santo; como si sus virtudes en vida necesitasen este testimonio de la tumba.

Se enferma una criatura de un empacho de pasas, le sobrevienen sopor y convulsiones y la homeopatía hace milagros, curando un ataque cerebral; y si es cierto que la esencia del milagro consiste en que se verifique éste *en contra* de las leyes naturales, debemos confesar que la homeopatía acaba de celebrar su más glorioso milagro sanando una hemorragia *a despecho* del tapón, que la materialística alopátia había aplicado de antemano.

Estas maravillas y mil otras han pasado y pasarán; y como el asunto del endemoniamiento va entrando también en la serie tranquila del Catálogo histórico de los demás milagros de Santiago, no es fuera de tiempo que la mente indagadora se aproveche de este intervalo tranquilo para examinar lo que hay de real en los hechos y cuál es la verdadera causa interior de la adquirida realidad.

Una seriedad dolorosa se apodera de nosotros cuando consideramos que el espíritu humano, al perseguir una verdad, no sólo mezcla en ella los errores consecuentes que provienen de él mismo, sino aun recoge en su marcha cuantos elementos extraños y casuales encuentre fuera del camino, introduciendo de este modo la incoherencia en el error. Si el error fuera consecuente, se pudiera descubrir y destruirlo conociendo su punto central de donde se irradia, pero su amalgamación con la incoherencia da por resultado una maleza tenaz, en la cual cada nudo tiene una vida independiente, renovándose por nuevos brotes contra todo ataque. Es la naturaleza fatal de la reflexión abstracta cuando se refuerza con el empirismo, de que sus verdades son falsas y sus errores contienen una verdad, y en eso justamente consiste la verdadera desesperación de la Crítica. Donde no hay evolución consecuente, ¿cómo puede la crítica descubrir las inconsecuencias? Donde no hay coherencia, ¿cómo puede disolver? La única crítica que queda consiste en edificar.

El respetable presbítero Zisternas nos ha abierto en su informe todo su corazón lleno de amor a la verdad y manifestado toda la energía de que es capaz la inteligencia de un lego en la materia, haciendo cuanto podía por descubrir lo que buscaba. El ha buscado la verdad y la verdad ha huido de él; este verbo divino que se ha encarnado en la organización humana y vive en medio de nosotros, él lo ha desconocido. Pero ¿cómo se puede exigir eso de un sacerdote cuya misión científica es la de buscar el verbo donde reina en sí, en eterna contemplación de sí mismo y superior al naturalismo de la organización humana, cuando los mismos apóstoles de la naturaleza, por medio de la cabalística del talmud esculapiano, han torcido el verbo encarnado de Dios, destruyendo la turgencia *espontánea* de la arquitectura vital y colocando sobre sus hermosas ruinas la imagen de un ídolo forastero?

La parte consecuente del error que se continúa como un hilo colorado a través de aquel desorden de casualidades y de observaciones mal observadas, mal circunscritas y peor interpretadas, es más accesible a la inteligencia crítica, pues ella parte de un punto fijo, atacable por su crasa materialización, aunque vaporoso y nulo por su espiritualidad extrahumana, el demonio.

No se nos diga que los informantes se hayan acercado al objeto con toda la incredulidad posible; aun la misma incredulidad es una especie de superstición. Preocupados en *contra* de la ciencia demonial del caso presente, envolvían tácitamente en sí la preocupación en favor de la *posibilidad* del endemoniamiento *en general*, que la historia bíblica y el hábito autoriza o tolera.

La incredulidad marcha dominando mientras los fenómenos se dejan explicar por buenas o malas razones, es un empirismo como cualquier otro; pero una vez sorprendidos por un fenómeno, que es superior a la razón cotidiana de nuestra coquetería de incredulidad, dejamos caer de las manos la floja cadena de nuestro raciocinio que no alcanza, y haciendo un *salto mortale* nos colocamos sobre el mismo punto de vista que la incredulidad había rechazado al principio. ¡*Nos hemos convencido!*, exclaman los modernos San Pablo, con el orgullo de la verídica humildad; nos arrepentimos, hemos sido incrédulos; el rayo de Jehová ha alcanzado a nuestras cabezas. ¡Y ahora creemos!

En lugar de convencernos de que nuestro raciocinio necesita más y más eslabones para alcanzar a descender a la profundidad del objeto por vía coherentemente evolutiva, soltamos acobardados la cadena y nos dejamos caer en los abismos del demonio.

De ahí todo se desarrolla por sí solo. Las torceduras son del diablo, las manifestaciones incoherentes de bribón, monigote, etc., son del diablo; la invulnerabilidad del cuerpo de la muchacha contra los golpes que se da no puede ser sino producida por el mismo diablo; el hablar en tercera persona es del diablo, luego el evangelio es para el diablo, y la cesación del ataque es la salida del diablo. ¿Cómo no ha de haber salido el diablo, cuando lo vemos patentemente por el tamaño de la boca que la

muchacha abrió en la última crisis, cuando en esta boca (según la pintoresca y exacta expresión del doctor García) “podía caer un plato”? Si consideramos que el diámetro longitudinal de una cara humana, incluyendo la mandíbula inferior, es de 3 a 4 pulgadas, mientras que el diámetro de un plato contiene 9 pulgadas, debemos confesar que, para que la boca pueda abrirse en tales dimensiones, es infaliblemente necesaria la intervención del mismo diablo.

Esta teoría preformada acerca de los ataques de la joven es también el interno *daimon* en los informantes que domina y dirige las observaciones consecutivas. Los hechos y su ilación se acomodan involuntariamente en el sentido de la teoría, en despecho de toda pureza de intención y de todo amor a la verdad. ¿No se toma el *amor* de la verdad *satisfecho* muchas veces por la verdad misma? ¿Y acaso es engaño cuando uno participa su propia ilusión a otros? Es tan imposible que el hombre observe y refiera un hecho sin mezclar en él su inteligencia, su presencia perceptiva, como es imposible que el animal conciba la significación de las cosas. Así como nuestros sentidos nacen embriológicamente del cerebro y reciben durante toda la vida la inervación de éste, así también nuestras observaciones sensuales se dejan inundar involuntariamente por la inteligencia, recibiendo de ella su orden, su limitación y su entrelazamiento, como que las verdaderas observaciones siempre han sido hechas por las verdaderas inteligencias.

¿Cuál es la verdadera inteligencia de las observaciones patólogo-diabólicas que han referido al público el señor don Benito García Fernández, doctor en medicina y miembro de muchas sociedades científicas del siglo XIX (La Endemoniada, en el *País*, 1857, números 31, 32, 33 y 34) y el señor don José Raimundo Zisternas, presbítero en esta capital (La Endemoniada, en el *Conservador*, números 29, 30, y 33)?

La contestación de esta pregunta ocupará las páginas que siguen, contribuyendo tal vez a dilucidar algunos hechos oscuros que tanto imponen a los que tienen sobre su cráneo la protuberancia de la maravillosidad.

Muchas veces una enfermedad crónica o aguda no es más que el punto protuberante de la disposición mórbida, que nace de la organización entera, penetrando a su vez todos sus sistemas y procesos. Pero la índole orgánica, que se nutre y edifica del mundo externo desde la primera evolución, tiene su historia, y así la historia particular del individuo es al mismo tiempo la historia de sus enfermedades. Los antecedentes y la etiología de una enfermedad son el pasado y el mundo, para expresarme en el sentido del pietismo cristiano; son el pecado original y la tentación, la enfermedad es el castigo y la muerte la expiación.

La Carmen Marín, nacida de familia pobre en Valparaíso, abandonada a sí misma y a la pobreza desde sus primeros años por la muerte prematura de sus padres, fue recogida de edad de 11 años en el colegio de las monjas francesas de aquel puerto.

En la tierna edad de doce años la encontramos sola en la iglesia fría y silenciosa, hincada ante el altar y orando hasta medianoche. ¿Qué es lo que la ha impulsado a buscar el altar a esa hora? ¿Qué pasaba entonces en la mente de la joven? La circunstancia de haber conseguido sólo a fuerza de súplicas este permiso de la superiora indica que su alma juvenil ya era nutrida de ideas, imágenes y sentimientos, si no de religión, por lo menos de culto. El conocimiento vago del pecado, de la

confesión, del Señor, del diablo, del mal, del perdón, de la contrición, etc., en fin, de todos esos elementos dados y estereotípicos a semejanza de monedas selladas, que recibimos porque corren sin fijarnos en su valor interno, debe haber sido ya muy familiar a su juvenil imaginación, como a todas las niñas de esta edad que están educadas en este sistema austero y abstruso, donde el culto y el ascetismo es el vehículo de todo. Esa disposición religiosa debe haber sido muy exaltada en ella, cuando pudo vencer el miedo que produce la idea de la soledad nocturna; y si reducimos esa disposición religiosa a su expresión fisiológica, vislumbramos una excesiva exaltación ínclita de la vida cerebral, repleta de ideas, imágenes y sentimientos de religión mal asimilada. Pero el miedo, esa sensación de nuestro propio aniquilamiento en frente del tamaño imponente y negativo del mundo externo, se apoderó de la joven a medida que se internaba en la iglesia; y la influencia de aquel afecto en el cerebro es un *proceso orgánico* de la sustancia, una particular alteración materialístico-vital, cuyo reflejo subjetivo es la sensación de mi Yo desapareciente. Pues si la energía más concentrada de mi cerebro se manifiesta como función en la forma ideal de Yo, es claro que el miedo, inmovilizando esta energía, apaga la claridad de este "yo" en mí, y la sensación de este proceso interior se presenta como aniquilamiento de la conciencia de mí mismo en frente del mundo externo que me produce ese afecto. Así el miedo es la misma inmovilidad del proceso cerebral. Y este estado orgánico es el miedo. Apagado por un momento el yo de mi vida cerebral, todo el contenido intelectual que sigue oscilando en mi cerebro no lo refiero más a mí mismo, pues el yo mismo ya no existe como poder, y llego a considerar todo lo percibido como extraño de mí, como fuera de mí mismo. El hombre acosado por un gran miedo, perdiendo su Yo, aparece fuera de sí, y toma por consiguiente las imágenes proyectadas de su retina y los sonidos internos de su acústico por objetos reales y existentes en el mundo externo.

Las percepciones sensuales de la joven cuando atravesaba la iglesia, bien que hayan podido tener en parte su origen en objetos reales que impresionaban incompletamente sus sentidos, fueron sin embargo modificadas por el terror, es decir, las imá-

genes reales mal percibidas se tiñeron y entrecruzaron con las producciones subjetivas de los sentidos y demás órganos cerebrales. Los aullidos de perros, gatos y otros animales, las palabras de hombres ebrios, los golpes que creía oír fuera de la iglesia, si eran *reales*, podían exaltar su imaginación y sus sentidos y combinarse con las sensaciones *subjetivas* produciendo *alucinaciones*, como que efectivamente le parecía ver bultos, que *se disipaban* al fijarse en ellos con el auxilio del farolito que llevaba consigo. Si aquellos fenómenos no tenían nada de real, entonces deben haber sido producidos *enteramente* por la acción subjetiva de los sentidos y de los demás órganos cerebrales, en que debemos suponer una exaltación anormal, una exaltación que parece no armonizar con el estado catalépticamente aterrorizado del yo, pero que sin embargo es muy natural, como veremos a su tiempo; pues el yo, que en el estado normal contiene y domina la variedad del contenido, la suelta, por decirlo así, abandonándola a su propia oscilación, a su propio libertinaje, cuando está inmovilizado. Es difícil decir porque en la disposición religiosa de la joven no se proyectaba precisamente el *contenido religioso*, en forma de imágenes de diablo, de tentación, de cruces, etc., puesto que su intelectualidad estaba repleta con esas cosas. Por otra parte, puede ser que sus alucinaciones hayan tenido de veras un carácter religioso, que la joven no recuerda o no quiere comunicar, y la vaguedad de sus comunicaciones no es capaz de desvanecer esta sospecha, que parece confirmarse por el contenido del sueño que tuvo esta misma noche.

Pues la joven, después de haber soportado al pie del altar *una lucha horrible entre el miedo de quedarse y la vergüenza de huir*, dejó la iglesia a las doce de la noche y se acostó.

El sueño es la continuación confusa de la vigilia, y la joven soñó esta misma noche *que estaba luchando con el diablo a brazo partido*.

Al otro día no supo nada más de sí, perseguía a sus compañeras de estudio y les pegaba; había perdido el juicio.

En esta corta historia está envuelta una patología entera de alienación mental, cuyo último estadio nos abre la comprensión de los antecedentes. Quién sabe si en esta misma his-

toria, en este mismo sueño no reside la naturaleza demonial de esos paroxismos futuros, que han de dar tanto que admirar al público, tanto que meditar a los médicos y tanto que rezar a los sacerdotes. El examen del objeto lo decidirá.

La pérdida del juicio se ha desarrollado del sueño, el sueño por su parte era el resumen de todo lo acaecido en la iglesia, y lo último se componía de la causa vehemente del terror y de la predisposición religiosa, la cual es el punto de partida de la alienación mental.

El sueño es aquí el punto culminante de todo lo demás, y en él es también la primera vez que se presentó el diablo en toda su acción determinada, como luchando con la mente de la joven para arrebatarla. Para la indagación crítica es de infinita importancia el encontrar al diablo desde su primera entrada decidida en el alma de la joven, a fin de indagar su origen, su naturaleza y su significación. Pues sea lo que fuere el diablo para nosotros, es indudable que para ella ha tenido y tiene una *esencia existente*.

¿Qué significa pues este sueño de la lucha con el diablo?

Dejando la discusión sobre la existencia extrahumana del diablo a la teología de la Edad Media, tenemos que averiguar aquí qué lugar y referencia tiene la imagen del demonio luchador en el interior de aquel sueño. De dónde ha llegado, cómo se ha alojado y qué quiere decir su lucha.

Habíamos dicho anteriormente que en la niña se debe suponer una perfecta familiaridad con las ideas de infierno, pecado, fe, diablo, tentación, Dios, Santos, etc. Esos son los elementos primordiales adquiridos por la educación, con que en nuestra primera juventud solemos componer y expresar nuestras intuiciones religiosas. Cualquier paso malo encuentra en el alma, versada en aquella nomenclatura, su expresión en la palabra e idea de "pecado"; cualquier motivo que debilita o aniquila nuestra fe o tienta a nuestra alma a que cometa una cosa que tenemos por pecado, lo atribuimos a las tentaciones directas del diablo. De este modo tenemos en nuestra mente beata todo lo malo personificado en la idealidad material de: "diablo". Como todo lo malo, que amenaza a nuestra alma religiosa, nos produce miedo, es posible que el sentimiento del miedo se *com-*

bine con la idea o la imagen del diablo, y que ambos puedan evocarse mutuamente en el interior de nuestra subjetividad.

Esas intuiciones tan generales en la Edad Media se repiten hoy día tan sólo en pocas personas cuyas creencias religiosas han tomado esta dirección particular, sea por fe y convicción, como en sacerdotes y beatas, sea por aprendizaje, como en las niñas de las monjas francesas.

Es posible que el miedo, que la joven ha tenido en la iglesia, haya despertado en su sueño la imagen del diablo, que le era corriente; pero si esta coincidencia sea necesaria y basada en alguna afinidad psicológica, eso es otra cosa. Este mismo miedo en cualquier otro individuo, si llega a *reproducirse en imagen* durante el sueño, se presentará bajo cualquier otra forma, y no precisamente bajo la del diablo, será un abismo profundo en que el soñador se sentirá caer, será un animal feroz que quiere despedazarlo, etc.

Por otra parte, también las sensaciones materiales de nuestro cuerpo son capaces de producir imágenes correspondientes en nuestra imaginación durante el sueño. Cuántas veces no soñamos que algún monstruo vivo nos tiene apretados, mirándonos con aire diabólicamente amenazador, y al despertar nos apercibimos que el peso de nuestras propias manos nos había oprimido el pecho. ¿Qué sucedió aquí? La opresión mecánica del pecho se trasplantaba por medio de los nervios sensitivos sobre el cerebro, donde, percibida por una parte como sensación, se comunicaba también al mismo tiempo a un cierto órgano cerebral, despertando en él la imagen de un monstruo que está oprimiendo.

Pero en nuestra joven la imagen del diablo durante su primer sueño es un fenómeno específico que decide para el porvenir el verdadero carácter de sus paroxismos; y como esta imagen y no otra fue despertada en ella por lo acaecido en la iglesia, y como no tenía otro efecto pronunciado que el miedo, debemos indagar si acaso se puede encontrar alguna conexión interna, *psicológica*, entre la imagen del diablo y el sentimiento del miedo.

CAPITULO CUARTO

LA VIDA CEREBRAL SEPARADA DEL DIABLO

Como esta memoria no sólo intenta dilucidar el presente caso, sino procura también estudiar una esfera de los sufrimientos humanos que bajo diferentes formas se repiten todos los días en el gran mundo social y en las grandes casas de locos, nos vemos obligados a internarnos lo más hondo posible en la vida psicológica de ese complejo taciturno de jeroglíficos pensantes que llaman cerebro. Protestamos, desde luego, contra todo aquel materialismo vulgar que, considerando el alma por una secreción del cerebro a semejanza de la orina enfrente de los riñones, deduce de la muerte del órgano la cesación de la vida psíquica. Para nosotros el alma no es una secreción, sino la energía y calidad inmanente del cerebro, así como la visión es la manifestación subjetiva de los nervios ópticos, o el magnetismo la fuerza íncrita del imán. Para nosotros no existe durante la vida aquel dualismo entre cerebro y espíritu; cada oscilación de una molécula se manifiesta como pensamiento, cada movimiento nutritivo es una sensación, y toda la actividad de nuestra inteligencia es la vibración orgánica de la sustancia cerebral. Sólo después de la muerte individual principia el absoluto dualismo: entonces la sustancia frénica se transmuda en un Yo ensimismado, por la misma vía misteriosa —para nosotros— por la cual el pensamiento creador se había transformado en materia.

El cerebro es un sistema de órganos específicos en sí, sin duda no en el sentido huesudo de los frenólogos, sino en el sentido de su evolución morfológica. A las tres divisiones fundamentales conocidas ya desde Meckel y circunscritas por Carus, he añadido yo una cuarta división, que he establecido por primera vez en el año 1854 y publicado en una memoria (*La Morfología del cerebro y de sus secciones, reducidas a sus tipos fundamentales como símbolos de su función*). "Anales de la Universidad de Chile", noviembre 1856¹, en la cual traté de fijar la forma geométrica de cada órgano como base específica de su calidad intelectual. Desde Flourens se sabe que los hemisferios grandes son los órganos de la inteligencia, y el cerebelo el sitio de la coordinación de los movimientos. Más tarde Carus estableció por vía inductiva que la vida sensitiva y afectiva reside en el mesencéfalo y el cerebelo es el órgano de la voluntad. Eso es todo lo que se sabe acerca de la función del sistema cerebral; un conocimiento que por cierto no es capaz de aclararnos el caso que estamos tratando.

Sin entrar aquí en la crítica de aquellas doctrinas, anticiparé el resultado de mis propias indagaciones, depositadas en un trabajo que publicaré a su tiempo. Concentraré todo lo que necesitamos para nuestro fin actual en los siguientes aforismos:

a) Como el cerebro se divide en cuatro secciones fundamentales, así también no puede haber más ni menos que cuatro facultades intelectuales, cuatro esferas del alma específica cada una en sí y distinta cada una de la otra.

1. El órgano protencefálico es el órgano de la *Sensación*. Dolor, etc.

2. El mesencéfalo es el órgano de la *Imaginación*. Imágenes.

3. Los hemisferios son el órgano de la *conciencia de sí mismo* (*Bewusstseyn, consciousness, no conciencia en el sentido religioso*). Ideas.

4. El cerebelo es el órgano de la *sentimentalidad* (*thy-*

¹ Por desgracia se han introducido en esta memoria muchos errores de imprenta que desfiguran el sentido.

mos, affectus, Gemueth); de toda la vida interna afectiva del alma: odio, miedo, amor, etc.

b) La calidad común a todas esas facultades es la *subjetividad*, y la reflexión de esta subjetividad en sí misma es el *Yo*. Así cada facultad mental tiene su propio yo mismo, de modo que hay un yo sensitivo, un yo imaginativo, un yo inteligente (conciencia de sí mismo) y un yo sentimental. Dicha reflexión de la subjetividad en un yo no es una mera idea que se forma en el puro reino azul de nuestro pensar, ni tampoco un puro dinamismo funcional que viene de llapa a nuestro cerebro, sino que ese yo es la calidad y la energía inmanente de la materia, siendo producido por el proceso histológico de ciertas formas microscópicas, que he caracterizado en mi trabajo manuscrito, de modo que el yo mismo es la función de cada una de esas formas. Pero como esas formas son millares en cada órgano cerebral, y siendo la función de cada una la misma, es claro que su acción combinada no producirá en cada órgano más que un *Yo único* sumamente claro por esa misma combinación, a semejanza de la concentración de millares de rayos luminosos en un foco.

De la misma manera los cuatro Yo fundamentales, que, como acabamos de ver, están formados cada uno por la combinación de la energía de los puntos singulares de su respectivo órgano, se reúnen en la sensación del individuo en un *solo y único Yo, en la personalidad*, a semejanza de cuatro llamas reunidas compactamente que se confunden en una única claridad cuadruplicada.

c) Cada uno de estos cuatro órganos tiene sus prolongaciones directas para fuera, a fin de recibir el mundo externo para elaborarlo y trasmudarlo en su propia esencia; las llamamos nervios de sensación. El sentido de los hemisferios es el olfato, el del mesencéfalo la visión, el del cerebelo el oído, y las prolongaciones del protencéfalo son los nervios sensitivos cuyo punto culminante es el tacto.

d) Cada facultad mental percibe del objeto, que tiene que elaborar, tan sólo ese costado que corresponde a la calidad psicológica de la misma facultad mental. Si el objeto es una flor, por ejemplo, la imaginación percibe su desarrollo metamórfico, es decir, su *forma genética* (pues la forma inmediata la

percibe la visión), o para expresarme de un modo más abstracto, la imaginación percibe la totalidad general evolutiva de todas las flores de la especie. La inteligencia abstrae la idea, la relación ideal de la flor con la planta entera, su significación para la especie, etc., en fin, la esencia y el destino interno de su existencia. La sentimentalidad, no percibiendo en la flor un alma, un sentimiento, que ésta no tiene, se lo atribuye: sufrimientos, penas, placer, amor y humildad, cuántas cosas no han sido atribuidas por los poetas y las almas sensibles a la rosa, al clavel, al lirio, a la violeta. La sentimentalidad es este eterno Pigmalión del género humano que abraza a su propia estatua hasta que le infunde su propio calor y su propia vida.

e) Las energías psicológicas de los cuatro órganos cerebrales se encuentran en una perpetua armonía mutua, en cuanto su independencia relativa lo permite, en cuya consecuencia la determinación interna en una facultad despierta en las demás una determinación correspondiente pero adecuada a la calidad del órgano donde se produce. Si los hemisferios piensan la *idea* de lo infinito, en el mesencéfalo se repite esta misma acción en forma de *imagen* de lo infinito, figurándose involuntariamente el espacio ilimitado, mientras que la sentimentalidad se siente abismada en el alma solitaria de lo infinito. Las ideas de patria, libertad, muerte, suicidio, provocan una semejante correspondencia de las energías mentales, como todo el mundo puede convencerse por sí mismo.

f) Dicha correspondencia funcional está acompañada o más bien producida por una correspondiente acción materialística de los elementos microscópicos de los órganos cerebrales. Función y materialismo se verifican aquí inmediatamente juntos e inseparablemente unidos, en uno y el mismo momento, a semejanza de la unidad y sincronismo que existe entre la manifestación eléctrica y el alambre molecularmente activo. De este modo la propagación funcional de un órgano cerebral a los demás se verifica por medio de la incesante y continua movilidad molecular de la sustancia cerebral en ciertas direcciones, que es difícil determinar por ahora.

g) Las impresiones recibidas del mundo externo, imprimiendo al respectivo elemento cerebral un movimiento mole-

cular idéntico, duran tanto tiempo cuanto dura este último. El olvido de una impresión, en caso que no ha desaparecido absolutamente, no proviene de la cesación del movimiento molecular del respectivo elemento, sino más bien es producido por la vida exaltada de los *demás elementos* del cerebro, que se superponen y lo repercuten del campo subjetivo. Pues luego que se aquietan, reaparece con fuerza la acción repercutida del elemento aislado y produce lo que llaman el recuerdo espontáneo. En el sueño surgen tales reminiscencias de impresiones olvidadas, muchas veces con una claridad asombrosa. El verdadero olvido, el olvido absoluto e irrecordable, es un proceso enteramente distinto y particular: él depende de la completa mortefacción y disolución fisiológica de los respectivos elementos cerebrales, que trasmutados en escorias se arrojan fuera del organismo junto con la orina. La vejiga urinaria es el moderno Lete, donde el mortal inmerge sin cesar todos sus pensamientos, penas y placeres en eterno olvido. El recuerdo será aquí la renovación original de la impresión por medio del objeto; es decir, una *nueva* percepción de la misma cosa.

h) Así como el Yo mismo es el producto ideal de la energía de ciertas moléculas cerebrales anatómicamente circunscritas, así también la demás subjetividad, el heteron interno del Yo, reside en otros elementos adecuados, elementos que llenándose con las impresiones concretas del mundo externo, constituyen el mundo ideal multiforme enfrente del Yo mismo. *El Yo mismo, contemplando el contenido, lo refiere a sí mismo y al mismo tiempo se separa de él como Yo independiente, sin confundirse con la interna objetividad contemplada.* Donde falta la actividad de este mi Yo, me confundo con la idea del objeto que pienso, no me retiro en mí como sujeto pensante, es decir, me pongo fuera de mí, me enajeno, me vuelvo loco.

i) Las alienaciones mentales pueden ser muchas, su clasificación fundamental debe basarse, en lo futuro, en la división cuádruple del sistema frenopsicológico que hemos establecido. Puede haber una enfermedad aislada de la imaginación en medio de la robustez de las demás facultades; tampoco es imposible una alienación de la inteligencia al lado de una imaginación sana y aun ardiente, y la perversión mórbida de la sentimentalidad

a despecho del juicio y del buen raciocinio es un fenómeno nada raro en algunos grandes criminales. Pero comúnmente, cuando la vida cerebral es muy movable y juvenil, se propaga la alienación mental de un órgano sobre los demás, por medio de aquella comunicabilidad molecular que hemos mencionado arriba; y esta circunstancia es muy importante para desintrincar una multitud de fenómenos confusos que hacen tan difícil el estudio de las enfermedades freno-cerebrales.

j) Como la vida intelectual, imaginativa, sensitiva y sentimental es imposible sin la correspondiente mezcla, nutrición, forma y movimiento molecular de los elementos microscópicos del cerebro, las enfermedades mentales tienen necesariamente por base una alteración adecuada materialística de aquellos elementos, una alteración tan sutil, tan microscópica, tan daguerrotípica, por decirlo así, que nuestra inteligencia tan sólo puede presentirla, el microscopio apenas vislumbrarla y que el cuchillo anatómico jamás alcanza a distinguir. El tiempo futuro tiene aquí infinitamente mucho que observar, mucho que anatomizar y mucho que meditar, a fin de librarse de ese caballo de batalla que se llama alteración dinámica o desorden funcional.

La sustancia morfológica de los órganos cerebrales es una masa nérvico-celulosa; ella es la matriz de donde se forman los elementos histológicos, es decir, la estructura fina del cerebro.

Las *energías detalladas* de aquellos cuatro órganos, las determinaciones particulares de las respectivas facultades del alma, como: el Yo mismo, el contenido objetivo multiforme, el olvido irrecordable, etc., tienen su sitio fisiológico en los elementos estructurales.

Estos últimos se dejan reducir, según mis indagaciones microscópicas, a cuatro formas, de las cuales cada una tiene una distinta función detallada; a) la sustancia homogénea produce de sí la subjetividad vaga abstracta; b) los cilindros cerebrales son el sitio del interno heteron, de la objetividad multiforme; c) los globos cerebrales, denominados por Valentín "belegungskugeln", son la verdadera fuente materialístico-vital del Yo mismo, de aquel Yo mismo que es de una importancia tan absoluta para la sanidad intelectual del individuo; d) la permanente mortisolución fisiológica de los globos se manifiesta como función en la forma del "olvido irrecordable".

La profunda conexión que existe entre el respectivo elemento histológico y su precisa función se nos revelará tal vez de un modo satisfactorio cuando publiquemos el trabajo especial, de donde extractamos los presentes aforismos.

Por ahora nos interesa saber tan sólo que aquellos cuatro elementos histológicos se encuentran en cada uno de los cuatro órganos cerebrales, siendo sus respectivas energías penetradas por la función dominadora de las formas morfológicas. Así el Yo-mismo, que es la energía de los globos cerebrales en general, es *pensante* en los globos de los hemisferios, *imaginante* en los globos del mesencéfalo, *afectivo* en los globos del cerebelo, y *sintiente* en los globos del protencéfalo. La misma relación tiene lugar en los cilindros y demás elementos estructurales del sistema encefálico.

Estos aforismos se aclararán en el curso de la memoria, cuando demos su aplicación práctica al caso que estamos tratando. La demonomanía no se deja explicar así no más, como de un tiro de pistola, o a semejanza del salto de Minerva saliendo armada de la cabeza de Júpiter. Componiéndose el presente caso de una multitud de fenómenos fisiólogo-psicológicos que nunca han sido explicados en los libros de un modo satisfactorio, he creído necesario estudiarlos a fondo, para no tener que decir "con el sudor de mi rostro, lo que no sabemos".

Con esas ideas generales acerca de la energía mental de los órganos encefálicos podemos volver a nuestro objeto.

El miedo, que antes habíamos caracterizado de un modo general como la sensación de mi yo desapareciente, toma por lo expuesto una determinación más circunscrita y más estrecha. Como el miedo, *como tal*, no es ni una idea, ni una imagen, ni tampoco una sensación (como de horripilación, de frío, etc.), sino un *afecto*, es claro que su sitio será el órgano sentimental, es decir, el cerebelo; o para expresarnos más antropológicamente, el miedo y su mayor intensidad, el terror, será la manifestación de una correspondiente determinación molecular de la estructura cerebélica. Yo el horrorizado y mi cerebelo alterado son una y la misma cosa; ni lo primero depende de lo último, ni esto de lo primero; ambas alteraciones se verifican en el mismo instante juntas y unidas, porque son una. Mi yo sentimental es mi cerebelo sintiéndose como tal Yo; si mi cerebelo parece determinar y producir este Yo, y si mi Yo parece un producto secundario que espera el permiso del cerebelo, es eso nada más que una abstracción artificial de la teoría, pues el cerebelo produciendo el Yo no es otra cosa que el Yo produciéndose a sí mismo, pues ambos son inseparables en vida.

1. El terror, pues, que hemos dicho que obra sobre el ce-

rebelo y que obra de un modo inmovilizador, es efectivamente la *misma inmovilización de todo el proceso anamórfico del cerebelo*, es una especie de estado cataléptico, de suspensión momentánea, más o menos duradera de todos los movimientos vitales de la estructura, cuya manifestación funcional es justamente el terror; así como el estado opuesto, la excitación vegetativa, se manifestará como alegría, valor o lo que se quiera.

La misma causa que sobre la sentimentalidad cerebética produjo el terror —la nocturna soledad de la Iglesia— obraba también sobre la imaginación, sea por el influjo directo de la visión sobre el mesencéfalo, sea por la oscilación comunicativa entre el cerebelo y el órgano mesencefálico (véase cap. 4 f.), pero muy probablemente por ambas vías. El resultado es un estado semejante en el mesencéfalo, es decir, una suspensión más o menos duradera de los movimientos materialístico-psicológicos de la estructura, la cual se debe precisamente subjetivar en correspondientes imágenes, en imágenes que se presenten como causa productora de aquel terror, en imágenes *terribles*, tanto por el *afecto* del miedo que se combina con ellas, como también por los contornos y locomociones de las figuras que tienen una fisonomía horriblemente inmóvil, una mirada fija asustadora, etc. Si la joven tuviese alguna enemiga mortal, la combinaría tal vez en este momento con lo acaecido, y la llevaría en sí durante el sueño y durante toda su locura, como su monstruo perseguidor. Pero la idea del diablo le era familiar, como causa de todo mal, de toda tentación, de todo terror; por eso aquella imagen terrible tomaba en ella insensiblemente los contornos del diablo. Si los bultos que veía en la iglesia ya eran metamorfoseados en demonios, eso es de poca importancia cuando esa transfiguración podía iniciarse durante el sueño.

La misma suerte ha sufrido su inteligencia. El terror de mi sentimentalidad, combinado con imágenes terribles, puede reflejarse en mi inteligencia, si no es bastante firme y clara para mantenerse en pura y tranquila observación. Es decir, si mis hemisferios no son enérgicos, se dejan invadir por la afección inmovilizadora de los demás órganos cerebrales, y caen en esa misma suspensión cataléptica, llegando a creer que todo lo que pasa es real, pues el yo pensante inmovilizado y apagado un

tanto siente su juicio y conciencia idénticos con todo el contenido mórbido y llega a tener la certidumbre de que toda su individualidad está sucumbiendo, o entregada al demonio, como se puede suponer eso en el caso de nuestra joven.

2. Pero nuestra joven no se dejaba así no más vencer por el miedo, ella resistía, quiso huir de la iglesia, pero otras consideraciones la detuvieron, y con grande esfuerzo se quedó hasta la hora fijada. Estas consideraciones eran el temor de "que las monjas se enojaran y le retiraran la gracia que le habían concedido de hacer oración por la noche en presencia de su Divina Majestad".

Vemos aquí un elemento puramente religioso como motivo de su resistencia, y si lo reducimos al yo de donde ha salido, debemos decir que la subjetividad religiosa de la joven luchaba contra el temor y sus consecuencias que la acosaban. Es ésa la lucha de la Carmen contra la Carmen que se emprendió en su alma, una lucha repartida entre dos elementos, ambos pertenecientes a la misma unidad, el Yo enemistosamente duplicado en medio de su unidad ideal. Pues el Yo que se sentía desfallecer por el miedo era el mismo Yo preexistente y religioso de la joven que se rehacía contra la inmovilización terrífica proveniente de afuera, y no llegaba a apagarse enteramente, puesto que se *distinguía* bien, como yo Carmen, del contenido terrífico, en el acto de fijarse en los bultos por medio del farolito, para convencerse si eran reales o producidos por el miedo; y aun la claridad de su yo alcanzó a apercibirse de las consecuencias de su huida, en referencia a las monjas "que le retirarían la gracia de orar por la noche". Todo eso manifiesta que la subjetividad de la joven buscaba libertarse de su afección horrorífica con la misma energía con la cual fue sumergida en dicha afección.

Si nos fijamos en el momento materialístico de esa resistencia intelectual, debemos decir que los elementos estructurales del cerebro, afectados por la acción inmovilizadora del miedo, se oponían molecularmente a este influjo, es decir, la anamorfosis vital del cerebro se esforzaba en continuar su marcha y movimiento normal *contra* la inmovilización cataléptica que la inundaba. Este acto orgánico suele llamarse *reacción*, una pa-

labra muy confusa en la medicina, que dice más de lo que verdaderamente es, y que sin embargo es mucho más de lo que expresa.

La reacción no es un acto *nuevo e intencional* que tenga un fin preexistente de *expeler* la causa mórbida; ella es más bien el mismo proceso orgánico (nutritivo-molecular, morfológico e histológico) viejo, de antes y de siempre, que se continúa a través de la destrucción mórbida, solamente exaltado y desviado por el impedimento que se le presenta en su camino, a semejanza del curso de un río al que se le han puesto diques y piedras para estorbarlo.

Así como la obliteración de una grande arteria o vena produce una acumulación reactiva de corrientes circulatorias detrás del impedimento, una acumulación que comenzando por exasperar concluye con paralizar las paredes vasculares, así también se efectúa el proceso reactivo semejante *en los cilindros y globos cerebrales*, pero de un modo microscópico, nutritivo, histológico-vital.

El movimiento molecular, histológico-nutritivo en toda la longitud de un cilindro cerebral se verifica en *las mismas direcciones geométricas* en las cuales dicho cilindro se había *desarrollado embriológicamente*; es una corriente nutritiva continua en la longitud y en todas las dimensiones del cilindro, donde un punto molecular se continúa en el otro, el otro en el tercero hasta lo infinito, sin que nada interrumpa esta *fluidéz oscilatoria* del cilindro aparentemente sólido y quieto.

El movimiento nutritivo-vital de la sustancia de los globos se debe efectuar, por su parte, en el sentido geométrico de la formación evolutiva de dichos globos, pues la vida nutritiva de un elemento organizado no es otra cosa que la repetición incesante de su génesis primitiva embriológica.

Si, pues, el terror inmoviliza una gran cantidad de puntos en los cilindros y globos cerebrales, a todos los puntos no puede paralizar sin que el individuo caiga instantáneamente muerto del terror; si, pues, digo, muchos puntos se inmovilizan en medio del proceso general, toda la movilidad nutritiva sufre un impedimento por esos diques moleculares: los lugares sanos, no

pudiendo comunicar su movimiento nutritivo a los puntos rígidos, y no pudiendo descargarse de su sustancia, son forzados *a retener en sí toda esa turgecencia materialístico-vital que los repleta sobremanera* y en proporciones tanto más crecientes cuanto más puntos siguen arrojándose en la catalepsis terrífica. De este modo el proceso histólogo-nutritivo normal de los puntos intactos se pone sumamente exaltado, *y si es cierto que el terror puede dar valor al individuo, sucede eso por medio de esta interna reacción que se forma en el interior orgánico de nuestra alma.*

Esos puntos *exaltados* de la totalidad cerebral, manifestándose como intelectualidad, son justamente la *resistencia* valerosa de la joven contra el miedo (inmovilización molecular), son su subjetividad exaltada y su Yo meditante en medio de su afcción terrífica luchando contra este su desfallecimiento; en una palabra, todo aquello que he llamado la lucha de la Carmen contra la Carmen.

La limitación de un efecto en puntos aislados interrumpidos por puntos, intactos, sobre una superficie microscópica de un elemento organizado, parece ser un fenómeno común aunque poco conocido todavía. Yo he descubierto un efecto interesante del ácido arsenicoso sobre las vesículas de la sangre del sapo, que ilustra muy bien el presente caso. El ácido arsenicoso obra, según mis experimentos microscópicos, de un modo inmovilizador (o hematostático, como yo lo he llamado) sobre las membranas de las vesículas de la sangre. En gran cantidad las pone tan rígidas, consistentes y momificadas, que pierden enteramente su fuerza respiratoria y no se dejan más distender e hinchar por el agua.

Pero si, a causa de pequeñas cantidades del arsénico, la momificación no es completa, entonces se paralizan tan sólo algunos puntos aislados sobre la superficie de la membrana, mientras los demás quedan sanos, manifestándose dicho efecto, molecular e interrumpido, por la desigual hinchazón que sufren tales vesículas intoxicadas si se les añade un poco de agua. Pues este líquido relaja solamente los puntos intactos, mientras los lugarcitos intoxicados quedan en su inmovilidad rígida, por cuyo motivo toda la vejiguilla toma el aspecto cespado de una frutilla

en que las prominencias representan los puntos sanos que se han dejado hinchar por el agua, permaneciendo los lugares momificados en forma de hundimientos. Véase mi disertación latina: *De effectu acidorum mineralium in sanguinem experimentorum et observationum microscopicarum pars prima*, publicada en Jena en el año de 1854; página 27 el experimento III.

3. Con esa conmoción psíquico-cerebral la joven se retiró a su cuarto y se acostó a dormir. El motivo externo del miedo ha desaparecido, el miedo mismo y la lucha contra él, junto con los fantasmas, se habrán aquietado también o retrocedido completamente en calidad de manifestaciones proyectadas en subjetividad; la joven habrá olvidado todo lo que pasó por ella cuando se retiró de la iglesia, y el olvido era el resultado natural de otra serie de ideas y consideraciones que habrán surgido en el alma de la joven, repercutiendo o encubriendo las impresiones pasadas (Cap. 4-g). Todas estas impresiones se habrán retirado del campo subjetivo, *pero la oscilación nutritivo-histológica del cerebro, determinada por aquellas conmociones, debe haberse continuado hasta en el sueño* (Cap. 4 g), y allí —cuando retrocedió todo el mundo externo y todas las distracciones de los sentidos y de la percepción— podía dicha oscilación material llegar sin impedimento *a la intuición de sí misma*, surgiendo en calidad de imágenes, ideas y sentimientos con contornos tan decididos y vivos, como se destaca una imagen roja y ardiente de un fondo oscuro y homogéneo.

De este modo la lucha de la joven con el miedo y sus productos que se habían emprendido en su alma durante la permanencia en la iglesia, continuándose en forma freno-materialística, se reprodujo durante el sueño como lucha de la Carmen con cualquier monstruo, con cualquier imagen horrorosa, que ella por la disposición de su mente interpretaba ser el diablo.

Esa era, a mi juicio, la verdadera naturaleza del sueño, una lucha de los elementos cerebrales entre sí, donde las moléculas inmovilizadas se personificaban en *monstruo*, y las moléculas sanas y exaltadas aparecían como subjetividad de la Carmen. La continuación inundadora de la catalepsis se manifestaba como invasión atacadora del diablo, y la exaltación de los elementos sanos contra aquella continuación cataléptica era la lucha briosa

de la joven contra el ataque del monstruo. Todos los órganos cerebrales contribuyeron a la formación del diablo: el mesencéfalo produjo la imagen con sus contornos monstruosos; los hemisferios los interpretaron como pertenecientes al diablo, y el cerebelo revistió al diablo con la afectividad diabólica, mientras que los puntos exaltados de esos tres órganos cerebrales eran la subjetividad de la Carmen misma, que, llena de contemplación, certidumbre y terror en frente de la producción monstruosa, se rehacía en vanos esfuerzos para vencerla.

EL TRIUNFO DEL DIABLO
Y SUS ATAQUES PERIÓDICOS

Si hemos demostrado aquí que el diablo, con quien luchaba la joven durante el sueño, no era más que la proyección subjetiva de los elementos mórbidos del cerebro, y que este demonio de la naturaleza freno-patológica era la verdadera naturaleza del demonio, podemos decir sin exageración alegórica, en vista del estado consecutivo de la joven, que de veras el demonio ha triunfado sobre la mente de esta niña de 12 años de edad, invadiendo su Yo con su calidad diabólica. Aunque no hay datos positivos acerca del contenido del enajenamiento mental que se apoderó de la joven al otro día de su sueño, vislumbramos sin embargo de su comportamiento consecutiva que ella se sentía, creía e imaginaba poseída por un poder demonial, que la acosaba de cuando en cuando impeliéndola a perseguir y pellizcar a sus compañeras del colegio.

Lo que hay de mucha importancia es que después de poco tiempo principiaban a darle ataques epiléptico-diabólicos, en cuyos intervalos volvía a su razón desde aquella indefinida ausencia mental que había precedido a la primera invasión de los paroxismos.

Mientras tanto, salió del Colegio de las monjas, llevando una vida llena de pobreza, de amargas y maltratos; hasta fue

forzada a un casamiento contra su gusto, un casamiento que no se verificó, sino más bien parece haber concluido con una *violación*. Este suceso puede haber influido profundamente en su alma medio perturbada y medio repleta de austeridad religiosa, y es posible aun que este mismo motivo haya producido en ella la resolución y el ensayo malogrado de ahorcarse, al recordar un sermón que había oído otra vez en que se consideraba la muerte preferible a ofender a Dios. Si nuestra joven hubiera sido perfectamente sana de su cerebro, habría buscado tal vez otro modo de expiar un acontecimiento que quizás involuntariamente había experimentado. Si la intención de ahorcarse no tenía por motivo aquella violación, ni ninguna causa razonable, entonces tenemos doble razón de sospechar un enajenamiento mental bien decidido.

Sea lo que fuere, la desgraciada joven pasaba sufriendo ataques y curaciones sin fin hasta la edad de 18 años que tiene actualmente. En todas partes pronunciaba la buena gente su sentencia patólogo-teológica sobre la joven, la consideraban por una Endemoniada, revistiendo con un velo religioso un mal orgánico mental. La joven, nutrida en las mismas teorías del pueblo, principiaba en su lucidez a creer tal vez en la realidad de su relación con el demonio que la suele visitar en sus ataques; y lo que en sus intervalos sanos podía llenarla de vergüenza, daba tal vez durante el paroxismo margen a un número de fenómenos extraños que, combinándose con el elemento demonomaníaco a despecho de su extrañeza e incoherencia con el ataque, aumentaban lo maravilloso del caso y confundían las inteligencias, que no acostumbradas a la crítica e indagación, buscan el milagro en las neblinas. La circunstancia de que la joven se había restablecido una vez de su ataque al oír un evangelio que un sacerdote puso a un niño enfermo en el cuarto vecino, imprimió el último sello a la teoría demonológica, y el exorcismo sistematizado se hizo cargo del espíritu maligno.

Pero el exorcismo no podía tanto, cuanto alcanzó a hacer una incidencia casual. Pues la joven se había enfermado de las viruelas, y mucho tiempo después de esta enfermedad los paroxismos demoniales la habían dejado casi completamente. Es probable que el diablo, que conoce a fondo la historia de los su-

frimientos humanos, sabiendo que la viruela ha venido de los árabes, no quiso mezclarse en cosas de paganos.

Mas, luego que pudo oler que todos los vestigios de la viruela habían desaparecido del cuerpo de la escogida joven, se metió de nuevo en ella, probablemente porque Dios había dispuesto —según el espíritu de un informante— que se revelase a la cristiandad el poder antidemonial del evangelio, particularmente cuando lo pone un sacerdote ordenado *ad hoc*.

Hemos visto que en el sueño de la joven el diablo tiene una significación meramente freno-cerebral, manifestándose tan sólo a la subjetividad de la interesada y pasando desapercibido para otro a semejanza de una visión óptica que se desprende de la interna alteración de la sustancia visual. Mas en el paroxismo aparecen fenómenos tan extraordinarios por su objetividad y tan objetivos en su extraordinariedad, manifestaciones tan nuevas, tan activas y tan distintas de la naturaleza contemplativa del sueño, que el ignorar esos hechos fuera una cobardía indigna de la ciencia, que el tomarlos por ficción fuera liviandad y que el ridiculizarlos fuera cobardía, liviandad e ignorancia a la par.

La naturaleza del paroxismo y de todos los fenómenos periféricos será el objeto de nuestras indagaciones; el poder ignoto que reside en el fondo de ese acontecimiento que los médicos atribuyen al sistema nervioso, bautizándolo con histérico, monomanía, etc., sin determinar precisamente lo que se quiere, este poder que, recordando por sus manifestaciones los endemoniamientos del Nuevo Testamento, ha sido considerado por los sacerdotes directamente por un ente maligno, este poder tomaremos bajo nuestro examen. Veremos en el curso de esta memoria si es posible reducir esta causa ignota a la naturaleza inmanente de la misma organización humana, o si al fin y al cabo tendremos, como el doctor Fausto, que ocurrir al diablo para que nos dé cuenta y explicación.

Me atenderé a las descripciones minuciosas de los señores Zisternas y García, por ser instructivas y conocidas al público, y me limitaré tan sólo a agrupar los hechos desde el punto de vista fisiológico, a fin de poder darles el lugar y el valor que ocupan en la unidad total del paroxismo.

Saliendo del punto de vista cualquier, sea fisiológico, sea diabólico, siempre es preciso tomar el cerebro por el verdadero foco de las manifestaciones mórbidas o inspiradas o como quiera que se las llame. Pues siendo éste el órgano del alma, es natural que el diablo, para producir estas alteraciones periódicas del alma, se debe haber metido en el cerebro. Pues si es cierto que el diablo en el interior de la muchacha habla, oye, ve, adivina y se sacude por su propia cuenta, no será tan bisoño de desconocer que para hablar se necesita aire atmosférico que pase por la laringe y se articule por la boca, que el oír necesita un aparato acústico con un saco nervioso-auditivo, y que para sacudirse se necesitan músculos, huesos y nervios, y si no queremos cometer la barbaridad de considerar al diablo revestido de antemano con órganos propios, además de sus cuernos y cola, debemos suponer que tenga la astucia suficiente para valerse de nuestras propias armas, una vez introducido en nuestro cuerpo. ¿Pues cómo no será más ducho el diablo que el frágil hombre, el que para vencer y domar la naturaleza la acomete con las fuerzas de ella misma? El diablo, pues, en el interior de la muchacha, piensa y vaticina por el cerebro de ella, ve por los ojos de ella, se exaspera por los afectos de ella, se sacude por los miembros de ella y huye delante el evangelio de San Juan por la determinación del alma de la misma muchacha. De este modo es el cerebro de la pobre joven el sitio del endemoniamento, y si añadimos los órganos de la sensación y la médula espinal, tenemos más o menos todo lo que necesitamos para principiar.

Los médicos idealistas que junto con los teólogos creen el alma humana separada del cerebro por un abismo insondable, y unida con él por no sé qué otro misterio, encogerán los hombros con el desdén de un Apolo de Belvedere cuando vean cómo en el curso de estas indagaciones nos esforzamos por encontrar a todo trance en la masa cerebral, en esa materia gruesa, palpable y profana, el alma divina del hombre, con sus inspiraciones y vaticinios, con sus ideas y afectos. Nosotros por nuestra parte, considerando la índole orgánica del cerebro como la materialización naturalística del espíritu humano, como que también el mismo Dios no desdeñó encarnarse en organización humana, podemos concebir perfectamente bien cómo la función de tal ce-

rebro, la que no es más que la manifestación subjetiva de aquella índole, se presente en formas ideales. Pues si la nutrición interior de la retina puede producir contornos y colores, si la vibración del saco acústico puede crear armonías y melodías que arrebatan el alma, ¿por qué la turgencia materialística de la sustancia y estructura del cerebro no ha de ser capaz de producir imágenes y vaticinios, infiernos e inspiraciones, ángeles y demonios?

Los médicos idealistas que junto con los realistas creen el alma humana separada del cerebro por un sistema inabordable y que en el por no se que uno mismo, encuentran las pruebas con el hecho de un Ángel de Bel este cuando ven como en el caso de estas indagaciones por experimentos por encontrar a todo punto en la masa cerebral en sus sistemas gruesos papales y profanos el alma divina del hombre con sus inspiraciones y vaticinios, con sus ideas y éxtasis. ¿Cómo por materia pura, considerando la índole orgánica del cerebro como la materia de todo neurólogo del espíritu humano como que también el mismo Dios se destacó en su organización humana, por cómo concebible perfectamente bien como la función de tal co-

LOS ELEMENTOS,
ANTECEDENTES Y CONSTITUYENTES
DEL PAROXISMO

La vaga confusión mental que después del sueño continuaba indeterminadamente en el alma de la joven desapareció poco a poco para ceder su lugar a los paroxismos periódicos.

¿Cómo se pudo verificar eso? ¿Cuál era el procedimiento interior que en la organización de la mente produjo ese cambio patológico?

a) El terror de la soledad nocturna en la capilla produjo en la joven una inmovilización cataléptica en muchos puntos dispersos del cerebro *entero*, los cuales provocaron una reacción en los que habían quedado intactos, manifestándose como resistencia valerosa de la joven contra aquel terror (véanse los capítulos anteriores). Esa inmovilización cataléptica, con su respectiva reacción, debe haberse efectuado en la *totalidad* del cerebro, pues es imposible suponer que una influencia tan general haya podido atacar ciertos lugares circunscritos en los órganos encefálicos, cuya estructura es continua y cuya actividad es comunicativa.

b) Durante la dormición de la joven todos los elementos catalépticos y reactivos, es decir, la estructura cerebral entera, deben haberse aquietado y cesado de funcionar, pues consistiendo la dormición, como lo veremos luego, en la perfecta inactivi-

dad de toda la histología cerebral, es claro que la joven no hubiera podido dormirse jamás en esa condición.

c) Pero en medio de la dormición surgió el sueño de la lucha antidiabólica, es decir, *algunos grupos* de la histología durmiente *despertaron* principiando a funcionar en medio de la dormición de los demás y reproduciendo su correspondiente afeción cataléptico-reactiva en forma de lucha con el diablo (véase capítulo 5). En ese sueño despertaron tan sólo algunos grupos en cada órgano cerebral, pues si toda la histología hubiese entrado en acción durante el dormir, la joven habría despertado en el momento en el acto de soñar. Estos grupos deben haber sido por consiguiente más exaltados que los demás, o de antemano o en seguida; lo cierto es que ellos han tomado sobre sí, durante el sueño, la localización de aquel estado cataléptico-reactivo. De este modo se inició aquí la *fijación de la futura enfermedad*, haciéndose los grupos soñadores el foco de la idea fija (la que estudiaremos en su lugar).

d) Al otro día del sueño la joven cayó en una especie de confusión mental continua que duró por un tiempo indeterminado (por algunos meses); ella les pegaba a sus compañeras y se comportaba de un modo que creemos no equivocarnos si decimos que la demonomanía comenzó a manifestarse en el mismo día. La posesión del diablo, o más bien la *transformación de la lucha reactiva de los grupos soñadores en una verdadera confusión del yo con la intuición demonomaniaca*, debe haberse verificado ya durante el sueño en los mismos elementos estructurales que eran el punto de localización del estado cataléptico-reactivo y el sitio materialístico-vital del sueño.

Los grupos endemoniados despiertos y activos en el alma de la joven se manifestaban justamente como confusión demoniaca, donde el yo-Carmen confundido con la idea del demonio se comportaba como tal demonio. El demás cerebro, que no había soñado y que en la dormición se había restablecido tal vez de su conmoción terrífica, debe haber despertado también al otro día, porque si no la joven hubiera seguido soñando su endemoniamiento sin despertar.

e) El demás cerebro, pues, que no era tan afectado como los focos centrales, debe haber conservado algo de su energía

mental para que la joven pudiese juzgar vagamente sobre su confusión diabólica y dudar de cuando en cuando acerca de la realidad de su ilusión. Pero como la energía mental de los elementos relativamente restablecidos no era bastante vigorosa para *reconocer* la ilusión mórbida de los focos endemoniados y desecharla de un modo decidido como una nulidad subjetiva, como una pura "idea"; o con otras palabras, como la joven no tenía el juicio y el reconocimiento suficientes para convencerse en su interior de la falsedad de su posesión demonial y comportarse cuerdamente, debemos suponer que aquel demás cerebro relativamente sano, aunque *libre de la perversión demonopática*, se encontraba durante mucho tiempo después del sueño en un estado de *supresión funcional*, resultante de la impresión terrífica recibida en la capilla, una supresión donde la catalepsis era bastante débil para no producir exaltaciones reactivas, pero no bastante fuerte para suspender toda acción inteligente.

f) Esa vaga supresión mental se restableció poco a poco y todo el cerebro entró de nuevo en su sana función psicológica, mientras que los grupos que durante su proceso soñador se pervirtieron haciéndose focos endemoniados *quedaron enfermos en el fondo del alma*, y solamente repercutidos y encubiertos por la preponderancia funcional de las provincias sanas del cerebro restablecido. Si el cerebro *entero* hubiese seguido enfermo, la alienación mental de la joven sería continua y sin interrupción, y no se determinaría jamás en paroxismos periódicos. Los intervalos sanos consisten justamente en aquella preponderancia funcional de las masas sanas del encéfalo, cuyas manifestaciones, siendo vigorosas, se sobreponen a la vida demonial de los grupos enfermos, repercutiendo y encubriéndola, sin dejarla llegar a la presencia intuitiva del individuo.

g) Esos focos pervertidos del cerebro, si llegan de cuando en cuando a prorrumpir en manifestaciones exaltadas, destacándose del fondo de la demás actividad cerebral con toda la fuerza de su calidad sensitiva, imaginativa, inteligente y sentimental; y si en el mismo momento la demás actividad cerebral se suprime y pierde el juicio acerca del valor de aquellas manifestaciones demonopáticas, entonces se forma un verdadero ataque, un verdadero paroxismo demonial.

Vemos así que el paroxismo se parece mucho al sueño que la joven ha tenido: los focos demonopáticamente pervertidos despiertan a costa del demás cerebro que se suprime y duerme, exactamente como sucedió en el sueño; la única diferencia es que la lucha del diablo en el sueño aparece en el paroxismo trasmutada en una verdadera posesión, la que estudiaremos en su correspondiente capítulo junto con la "idea fija".

Pero el paroxismo no sólo se parece al sueño, sino también contiene en sí el momento de la dormición, y esto es lo que le da aquel carácter casi vaticinante y caóticamente lúcido.

Para comprender la relación del paroxismo con el sueño y la dormición, es necesario que indagemos qué es lo que pasa en el cerebro durante el acto de dormir y soñar en general.

La dormición fisiológica es la recaída periódica del organismo en el estado embrional *primitivo*, para regenerarse durante toda la vida por la misma vía por la cual se había generado.

El cerebro, que es el verdadero centro de la dormición como de la vigilia, se compone, en su período embriológico primitivo, de la *sola sustancia néveo-celular*, de las celdillas primitivas nerviosas que cual piedras constituyen todo el edificio arquitectónico del cerebro. Elementos *estructurales*, como cilindros, globos, etc., no existen todavía. Estos se forman más tarde y funcionan en el adulto como verdaderos y principales órganos de la mente, mientras aquella sustancia néveo-celular embriológica, que se conserva y regenera por toda la vida del adulto, se mantiene como el caos oscuro del alma, que sin funcionar de un modo claro, es la madre progenitora de los elementos estructurales. Pero en el embrión, esa sustancia néveo-celular es la única activa del cerebro, alimentándose, creciendo, recibiendo las impresiones de los demás sistemas en forma de intuiciones vagas, caóticas e inexplicables, e influyendo *retrover-sim* sobre ellos de un modo instintivo.

Si, pues, el cerebro recae durante la dormición en ese estado embrional primitivo, *su sustancia néveo-celular comienza a desenvolver toda su actividad ínclita, intuitiva e inervadora*, que era la única que existía en su tiempo embrional, mientras los elementos estructurales, que en este período no existían, cesan de vivir funcionalmente *como si no existiesen en realidad*.

Todo el libre comercio entre ellos y el mundo externo se suspende, todo el interno movimiento psicológico del contenido preexistente en los cilindros se aquieta, y esos millares de brillantes cerebrales (globos) que desprenden de sí el Yo-mismo, se embotan, se ofuscan y apagan. La vida nocturna del alma se desata con toda su interioridad abstracta, sin tiempo, sin espacio, encubriendo en su abismo las fuerzas amarradas de los elementos histológicos.

Esta preponderancia vital de la sustancia primitiva néveo-celular del cerebro sobre los elementos estructurales que cesan de funcionar, es en mi concepto la verdadera esencia fisiológica de la *dormición*. Yo comprendo por dormición lo que otras lenguas llaman: hypnos, somnus, sommeil, sleep, schlaf, y la distingo del *sueño*: oneiros, somniun, songe, dream, traum, pues el idioma castellano no separa debidamente estos dos conceptos.

La manifestación *psicológica* de la sustancia néveo-celular del cerebro, en la dormición, es, como se ha visto, un estado intuitivo *indecible*, una negación de todas las percepciones claras, de todo tiempo, de todo espacio, de todo conocimiento; es una interioridad oscura, abismadora y nocturnamente suave, que se *goza* pero que no se comprende, y que se olvida al despertar. A lo menos eso sucede a todos los que *duermen sin soñar*.

En el embrión y el adulto todos los procesos de la organización, todo el pensamiento creador objetivo que reside inmediatamente realizado en la sustancia orgánica, todo el tipo ideal del desarrollo y del crecimiento, se refleja en aquella sustancia cerebral en forma de abstracta subjetividad, y ésta es justamente la psicología de dicha sustancia.

En el adulto esta masa abstracta del cerebro puede sufrir exaltaciones como los elementos estructurales, y el resultado puede ser una *trasparencia interna aunque vaga del alma*, un no sé qué de lúcido y liviano, como lo manifiestan los clairvoyants y sonámbulos, etc.

Si durante la dormición se exaltan algunos grupos de *elementos estructurales* (todos no pueden exaltarse sin que el individuo despierte) o si esos elementos no pueden aquietarse por motivo de las fuertes impresiones que habían recibido del mundo externo y de su propio interior, entonces se desvelan en me-

dio de la dormición y entran en su actividad psicológica, proyectando su contenido en el campo subjetivo del alma, o, con otras palabras, llegan a la intuición de sí mismos (compárese el capítulo 4 g) y funcionan desvelados durante la quietud de los demás, manifestándose como sensaciones, imágenes, ideas y sentimientos que cual relámpagos cruzan el abismo nocturno de la vida embrional neurocelulosa del alma, en calidad de *sueños*. El sueño (oneiros, somnium, songe, traum, dream) es así la *vigilia* más o menos exaltada de muchos o pocos grupos de elementos estructurales que se aíslan y destacan funcionalmente de la demás histología, la cual sigue descansada en medio de la prepotencia vital de la sustancia embriólogo-morfológica (masa névreo-celular).

Pero muchas veces, en casos mórbidos del sistema cerebral, sucede lo contrario. Durante la *vigilia* del individuo, en medio de sus ocupaciones, se exalta la sustancia embrional del cerebro, *como si fuese en la dormición*, y el individuo se duerme. Si la exaltación interna llega a su punto culminante, se hace la dormición lúcida, pues dicho sustancia se subjetiva en un grado exaltado como transparencia interna aunque vaga e incierta. Si en medio de esta turgencia sonambulística de la sustancia los elementos estructurales, lejos de cesar en su actividad como debieran hacerlo en la dormición, se exaltan también, *percibiendo*, además de su contenido objetivo y del mundo externo, *las manifestaciones psicológicas de aquella sustancia exaltada*, entonces se cruzan las dos funciones, la dormición lúcida y la *vigilia*, entre sí, y producen la verdadera lucidez sonámbula. Si se conservan activos tan sólo los grupos de elementos estructurales *que están afectados de alguna enfermedad*, por ejemplo, de la demonomanía, mientras que los sanos caen en la inactividad durmiente, entonces aparece sobre el fondo exaltadamente lúcido de la sustancia el mencionado paroxismo con su carácter demonial.

Si recorremos todo lo que hemos dicho acerca de los antecedentes y del origen del paroxismo, encontramos en él un sistema compacto de alteraciones fundamentales y entrevemos con facilidad la inmensa riqueza de fenómenos sintomáticos que de ellas se desprenderían. Pero de aquellas alteraciones fundamen-

tales del paroxismo la mayor parte pertenece a la historia antecedente. En verdad, si el sueño era el punto culminante del conmovimiento cerebro-mental iniciado por el terror, y la confusa supresión consecutiva la continuación crónica del afecto terrífico y del sueño, no creemos equivocarnos si caracterizamos el paroxismo como el último resultado patológico de todos los antecedentes, y como la concentración temporal y local de los procesos sucedidos, conteniendo en sí el elemento religioso, el terror, la dormición, el sueño, la lucha demonial y la supresión demente, todo reunido y dominado por un nuevo momento patológico, por la perversión diabólica del yo mismo, la que justamente da al ataque su carácter específico.

La preponderancia de algún elemento sobre los demás es capaz de modificar el aspecto del paroxismo, y efectivamente le dan a nuestra joven dos clases de ataques; digo dos, porque las demás modificaciones son tan finas y tan subjetivas que difícilmente se pueden transparentar a través del paroxismo.

El uno es el ataque mudo, en que no habla ni oye, y parece tonta. Ella misma llama a este ataque el "Tonto", dando a entender paladinamente, como se expresa el señor Carmona, * que es un diablo leso y mudo que la posee entonces. Aquí prevalece la supresión cerebral. Los focos pervertidos no han *despertado* con todo su vigor para que el yo diabólico surja en actividad, y las provincias sanas por su parte *no se duermen* bastante para que la joven pierda su yo sano en obsequio del yo pervertido; ellas quedan más bien en un estado de coma vigil, *por expresarme así*, y en eso consiste lo tonto del ataque. El diablo es aquí tonto, porque el yo-endemoniado, los globos demonopáticamente pervertidos en los focos enfermos, yacen bajo la presión hipnótica, y el yo sano de las demás provincias no es bastante despierto para reconocer la ilusión y desecharla. Esta clase de ataque sería muy parecido al estado confuso que la joven tuvo por mucho tiempo después de aquel sueño, si no se combinase con ella una serie de convulsiones y contorsiones que en primera instancia provienen de la médula espinal. Pues la

* Informe sobre la pretendida endemoniada, *Mercurio*, 1857, núm. 9.068.

joven, durante este ataque, se golpea, se tuerce y toda la columna vertebral se dobla tanto para atrás que casi se juntan los pies con la cabeza, formando todo el cuerpo un anillo medio cerrado. Es éste un verdadero opistótono. Si estas contorsiones, bien que efectuadas por medio de la médula espinal y oblongada, tienen alguna conexión fisiológica con el cerebro mismo, eso lo veremos en el curso de este trabajo.

La segunda clase de ataques es el "Nitonito", que la joven pinta como un diablo bonito que dice lo que siente; sin duda que es el mismo diablo, pero más despierto, más franco y más apetitoso. La joven es entonces locuaz, obscena, burlesca, filóloga, herética, se despedaza cuando le hablan de cosas sagradas, etc. Aquí las provincias pervertidas se destacan del fondo general con toda su energía psicológica del diablo, se exaltan sobremanera; las masas intactas del cerebro se sumergen en su tranquilidad nocturna cesando de funcionar, y a medida que sucede eso despierta la vida caóticamente intuitiva de la sustancia embrional del encéfalo entero, y el yo-demonio, refiriendo todas las manifestaciones psicológicas a sí mismo, domina el ser de la joven como el dios Apolo alojado en el interior de la Pitonisa.

Como los nervios sensibles y los sentidos son las prolongaciones directas de la masa cerebral (Capit. 4 c), siendo ellos la verdadera otra mitad del cerebro arrojada a la superficie del cuerpo, y como también la médula raquídiana es la suposición embriológica del encéfalo, es natural que todos estos elementos nerviosos extracerebrales se afecten de un modo más o menos manifiesto por el padecimiento central de los órganos encefálicos. También los movimientos voluntarios y excitomotores toman una parte muy esencial en la afección de aquel centro, y aun las exacerbaciones de órganos extraños, reflejándose en el cerebro, retumban en el fondo del paroxismo. La combinación de todos esos fenómenos, que en medio de su aparente desorden son dirigidos por el daimon interno de la vida cerebral perversa, da al ataque una fisonomía particular de diabolismo, erotismo, histerismo, lucidez y ficción.

Antes de internarnos en los detalles de aquella vida encefalodemoníaca, examinaremos uno por uno los fenómenos *extracerebrales*, reduciéndolos a su fuente fisiológica y a su mutua conexión.

Seguiremos, en lo que toca al sistema nervioso, el mismo orden que embriológicamente observan los órganos cerebrales (véase mi memoria citada sobre la morfología del cerebro en los

Anales de la Universidad), principiando por los nervios de la sensibilidad cutánea.

Un grupo de fenómenos demuestra de un modo irrevocable que la sensibilidad dolorífica de la superficie cutánea del cuerpo de la joven está embotada o completamente abolida durante el paroxismo. Los pellizcos, los profundos y robustos alfilerazos que le han dado, la brasa encendida que le han puesto en la mano, sin que la joven haya dado muestras de sentir dolor, aunque parecía conocer lo que hacían con ella, los golpes horribles que en sus accesos frenéticos se daba contra la pared y el suelo, todo eso atestigua la completa anestesia no sólo de la superficie cutánea, sino también de la sustancia muscular.

Esta pérdida de la sensibilidad es un incidente nada raro en muchas enfermedades del sistema nervioso, aunque su causa próxima sea distinta. En la paroplejía, en las afecciones hemostáticas y soporosas, en la cloroformización y otros envenenamientos, la insensibilidad es un síntoma patognómico. Hace pocos años que Gendrin atrajo la atención de los médicos sobre la anestesia que acompaña las afecciones histéricas, y Szokalsky ha confirmado esta observación. El Dr. Szokalsky encontró la insensibilidad en 17 casos de histérico, entre los cuales 5 casos presentaron el embotamiento sobre toda la extensión de la piel. Donde la anestesia era parcial, se mostraba con preferencia sobre la superficie dorsal de los pies y manos. Este mismo observador refiere también casos de insensibilidad de la vagina y del tubo laríngeo traquial (véase Romberg, *Lehrbuch der Nervenkrankheiten*, 1853, tomo I, pág. 322). Yelloly ha descrito una anestesia de los nervios sensitivos en los músculos, donde se podía introducir una aguja de catarata en la pulpa del pulgar hasta el mismo hueso, sin que el enfermo sintiese el menor vestigio de dolor. En la anestesia producida por la intoxicación intensa con secale cornuto la insensibilidad llega a un grado que los pacientes meten sus manos en la llama y agarran brasas encendidas sin manifestar ninguna sensación dolorosa (Romberg).

Para que la sensación se verifique de un modo normal se necesitan tres condiciones, o más bien tres constituyentes anatómicos que deben hallarse en una no interrumpida conexión: la superficie periférica, el radio conductor y el centro sintiente.

Las redes periféricas del nervio sensitivo *reciben* la impresión, el nervio la *conduce* al cerebro a través de la médula espinal, y el cerebro por fin la elabora en una verdadera sensación. Donde falta uno de esos tres momentos deja de efectuarse también el acto sensitivo, y así la anestesia toma su origen patológico en la lesión de uno de aquellos constituyentes o de todos, a semejanza de la amaurosis que puede provenir de un estado mórbido ya del tálamo, ya del óptico, ya, en fin, de su expansión periférica en el bulbo (retina).

La anestesia periférica suele producirse por desorganizaciones de la misma parte local o por ruptura mecánica de la continuidad de las redes nerviosas, en lesiones traumáticas u operaciones quirúrgicas, etc. Su extensión suele ser pequeña y circunscrita.

La anestesia radial, producida por la lesión desorganizadora u opresión mecánica (tumores, etc.), del curso del nervio sensitivo, sea fuera, sea en el interior de la médula espinal, es mucho más extensa, ocupando toda aquella provincia músculo-cutánea que está provista de las ramificaciones del respectivo tronco. La anestesia consiste aquí en la interrumpida conducción de la impresión sensitiva.

La insensibilidad de los miembros parapléticos, producida por una lesión traumática o experimental de la médula raquidiana, consiste tan sólo en la falta de la conducción; los cordones posteriores de la médula (Bell, Magendie, Mueller) son los conductores sensibles de las impresiones externas y no pertenecen estrictamente a la médula espinal, siendo más bien las prolongaciones del cerebro sensitivo, de aquella sección que yo he llamado protencéfalo. Es falta de precisión cuando se habla de una anestesia espinal (Romberg), debiéndose hablar de una anestesia de las *prolongaciones sensitivas del cerebro* a través de la médula raquidiana.

La anestesia central que tiene su origen en el cerebro mismo se suele extender por toda la superficie cutánea y ser acompañada, aunque no siempre, de parálisis del lado opuesto al sitio de la enfermedad. Ella puede ser continua, como en las hemorragias y ablandecimientos del cerebro; intermitente, como en los ataques epilépticos, en los casos de histerismo arriba mencionados; pasa-

jera, como en la insensibilidad producida por fuertes conmociones morales (Heim), o en fin incompleta, como en algunos sordomudos y dementes que muchas veces verifican las más crueles mutilaciones en sí mismos sin dar señas de dolor (Romberg).

La insensibilidad del cuerpo de nuestra Endemoniada no presenta nada de extraordinario ni por su extensión ni por su periodicidad. Las leyes fisiológicas que residen en el sistema nervioso de todos son las mismas que sufren su alteración mórbida en la joven, aunque esta alteración mórbida sea modificada por un estado mental *sui géneris*.

La intermitencia de la anestesia en la joven indica su conexión con la naturaleza interna del ataque, y su extensa propagación sobre la superficie cutánea del cuerpo demuestra que su verdadera causa no reside en las redes periféricas de la piel, ni en los troncos nerviosos, sino más bien en el centro de las sensaciones, en el cerebro.

Este centro sensitivo del cerebro es el protencéfalo; en él todas las impresiones toman la calidad específica de una sensación; así como en la retina, por ejemplo, el golpe, la electricidad, el galvanismo, la hiperemia, etc., producen siempre un y el mismo efecto: chispas, formas y colores.

El que no quiera convenir conmigo acerca del órgano protencefálico que yo he establecido, siempre no dejará de admitir que en el interior del cerebro debe haber una función sensitiva distinta de las demás facultades mentales, puesto que estas últimas pueden persistir en medio de la abolición más o menos extensa y completa de la sensibilidad, y viceversa. Yo he visto algunos casos en que la sensibilidad más exaltada era la única función que se destacaba en medio de la ausencia más o menos completa de las demás facultades intelectuales y morales. Era en individuos cloroformizados por insuficiente inhalación: sentían del modo más atroz los dolores de la operación, manifestándolos por quejas, gritos y movimientos vehementes; se esquivaban del cuchillo y rechazaban a los médicos, sin tener conocimiento de todo esto y sin acordarse de nada después de vueltos en sí.

Otras veces la insensibilidad no parece depender directamente tanto de un estado paralítico del órgano sensitivo como más

bien de la exaltación extraordinaria de las demás facultades del alma. La melancolía o la profunda y abstrusa meditación, las fuertes pasiones y conmociones morales, la fuerza de la voluntad sostenida por un entusiasmo heroico y religioso, como en los mártires, o también por la ficción, como sucede en algunos casos raros de histerismo; en una palabra, la intensa atención de la inteligencia en objetos de profundo interés para el individuo puede causar una *aparente insensibilidad*. Pues la *sensación* dolorosa no alcanza a llegar entonces a la *percepción* clara, conservándose desapercibida en el fondo del alma repleta de ideas, imágenes y sentimientos de infinitamente más fuerza que el dolor.

Aun en animales durante la copulación se observa una completa insensibilidad, por ejemplo, en los sapos, a los cuales se puede martirizar del modo más atroz, cortándoles la cabeza y mutilándolos de mil maneras, sin que manifiesten el menor vestigio de sensación dolorosa.

En ambos casos, sea por falta de sensación, sea por falta de percepción intelectual, el dolor no existe para el individuo.

La pérdida de la sensibilidad dolorífica en nuestra endemoniada puede pues tener su causa, o en la exaltación del demás cerebro, o en la paralización del órgano protencefálico.

En la exposición de otros muchos fenómenos sensitivos que más tarde se nos presentarán, llegaremos a la convicción de que el sitio de aquella insensibilidad de la joven es el protencefalo, y que su verdadera causa no es sólo una simple parálisis, sino el mismo estado demonopáticamente pervertido de este órgano.

Dejando pues esta materia para cuando hayamos absuelto el estudio de los síntomas, nos dirigiremos a un fenómeno que parece tener una íntima conexión con la suspensión de las sensaciones dolorosas, y éste es la invulnerabilidad.

El cuerpo de la joven no presentaba ninguna alteración visible sobre las partes que durante el ataque habían recibido los golpes y los alfilerazos; ninguna peladura de la epidermis, ninguna extravasación (sugilación) o tumescencia en el tejido de la piel, ningún fenómeno inflamatorio alrededor de las picaduras producidas por los alfileres. Parece que todo el proceso nutritivo, todo movimiento vital en la sustancia cutánea haya cesado con la

suspensión de la sensibilidad, y que toda la circulación de la sangre se haya retirado en los troncos mayores, dejando vacíos y contraídos los vasos periféricos de dicho órgano.

La influencia del sistema nervioso sobre los procesos nutritivo y secretorio como también sobre las paredes de los vasos en las respectivas partes, parece suficientemente confirmada por un gran número de hechos patológicos y experimentales, aunque no esté explicada todavía de un modo satisfactorio.

Esta misma fuerza nerviosa que provoca y suprime la turgencia de las partes eréctiles, que produce horripilaciones en la piel, como en el susto y en el estadio frígido de las fiebres, puede, siendo paralizada (en el cólera-morbus, por ejemplo), suspender tanto la vida nutritiva y vascular del órgano cutáneo que los sinapismos y cáusticos más enérgicos sean incapaces de producir el menor enrojecimiento de su superficie.

La anestesia que tiene su causa en alguna lesión desorganizada de los conductores sensibles, parece influir sobre las partes respectivas de un modo desorganizador. Eso se verifica en las lesiones y enfermedades de la médula espinal. Las partes insensibles se gangrenan dando lugar a la formación del *decúbitus*. Es verdad que aquí no sólo influye la pérdida de la sensibilidad, sino también la afección de todos los nervios, tanto excito-reflectores (Marshall Hall) como encefálicos y simpáticos (motores y tróficos) que se encuentran en el tejido de la médula raquidiana.

La sección experimental del ganglión Gasseri en los animales (Magendie, Valentin) o la enfermedad espontánea de ese ganglión en el hombre (Serres, Abercrombie, Fenger), produce sobre la córnea y la conjuntiva procesos desorganizadores: dichas partes se congestionan, se inflaman y se destruyen al fin y al cabo por profundas exulceraciones. El ganglión contiene muchos elementos tróficos.

La misma influencia nutritivo-circulatoria sobre los órganos tiene la sección o enfermedad de algún tronco sensitivo; y aquí también, como en todos casos, no se sabe a punto fijo a qué atribuir el cambio mórbido de la parte insensible, si a las hebras sensitivas, o a las tróficas o en fin a las incidentes del cordón nervioso.

Si la alteración nutritivo-circulatoria de la piel insensible, en nuestra endemoniada, no depende únicamente de la anestesia, entonces dependerá de todos los demás nervios, tanto cerebrospinales como tróficos que reciben su inacción de los órganos cerebrales, afectados durante el paroxismo.

Suspendida la nutrición en la piel, y contraídas y depletadas completamente las redes vasculares del tejido, faltan los materiales indispensables para la formación de extravasados y tumores contra las lesiones mecánicas, *dando lugar a la aparente invulnerabilidad.*

LA VISIÓN CON LOS OJOS CERRADOS
Y LA EXALTACIÓN ÓPTICA

Una cuestión de mucha importancia para esclarecer una multitud de fenómenos misteriosos es si la visión de la endemoniada conserva durante el ataque su función normal a despecho de los párpados cerrados, o si esa pretendida visión es más bien debida a una trasplatación de la fuerza visual sobre otros puntos del cuerpo, como sucede, según la doctrina de los magnetizadores, en la lucidez magnética y en el sonambulismo, o en fin si la función visual está reemplazada por algunos de los otros sentidos, o si se quiere, por un "*sentido general*" que es la base orgánico-psicológica de todos los demás sentidos concretos, a creer lo que opinan muchos psicólogos modernos (Hegel, Michelet, Rosenkrantz, Erdmann). Pues la endemoniada "conocía cuando un sacerdote entró al cuarto inmediato, antes que haya podido verlo por vía natural y aún sabía lo que se hacía por detrás de ella".

Los ojos de la joven, dice el Dr. García, estaban vueltos para arriba y giraban de cuando en cuando de un lado al otro, las pupilas un poco dilatadas e insensibles a la luz, los ojos medio cerrados, faltando de una a dos líneas para juntar el borde libre de los párpados, los cuales tenían un *estremecimiento convulsivo como de abrir y cerrar, de 200 y más vibraciones por minuto*. Pero comúnmente el bulbo estaba vuelto hacia arriba,

de modo que la pupila se encontraba escondida bajo el párpado superior.

Aquí nos encontramos en un mar de posibilidades, todas basadas profundamente en la índole vital de la sustancia orgánica y particularmente del sistema nervioso, y sólo nuestra indolencia científica, para ahorrarnos el pesado trabajo que exige una persecución tranquila y coherente de los misterios de la sustancia cerebral, nos hace creer en brujos y malos milagros.

Si tomamos la posibilidad más inmediata, más racionalística, más sencilla, podemos decir que aquel abrir y cerrar convulsivo de los ojos, *a pesar de la insensibilidad de la pupila*, puede perfectamente bien permitir que la endemoniada sea capaz de distinguir los objetos que se presenten delante de su vista. Yo he observado personas, desmayadas a consecuencia de un golpe, etc., que con los ojos abiertos e inmóviles y la pupila insensible a la luz, parecían no ver absolutamente nada, y que sin embargo, como declaraban después de vueltas en sí, veían todo lo que se hacía delante de ellos, pero sin poder moverse ni hablar. Parece pues que un cierto grado de inmovilidad de la pupila no estorba absolutamente la concentración de los rayos en imágenes sobre la retina y mucho menos la energía visual que esta última necesita para reproducir las imágenes y ver los objetos. Sólo la *claridad* del objeto, la que depende de las condiciones físicas de la refracción, puede ser turbada por la difusión de los contornos, como todo el mundo puede experimentarlo en sí mismo, introduciéndose un poco de disolución de belladona en un ojo. Aun suponiendo aquí que la dilatación de las pupilas era producida por el debilitado reflejo excitomotorio de la retina sobre los nervios motores del iris por medio de la médula oblongada (Mayo, Marshall Hall), y que por consiguiente la retina también debe haberse encontrado en un estado subparalítico junto con los ópticos hasta la sustancia de los mismos tálamos, no debe haber sido tan grande la paralización de la retina *como para no ver*, puesto que las pupilas no estaban dilatadas en un grado correspondiente, y la fuerza visual, por más debilitada que haya sido durante el ataque, era siempre suficiente para distinguir el *lignum crucis* que le querían meter en la boca, o una imagen que le acercaban, o a un sacerdote que se le presentaba.

Pero no siempre la dilatación de las pupilas está combinada con una paralización de las retinas; puede aquélla ser producida también por una *sobreexcitación* nerviosa (no inflamatoria) de los ópticos y de los aparatos centrales (tálamus, etc.), a semejanza del estado que produce la belladona. Es más probable que esta sobreexcitación visual haya tenido lugar en nuestra endemoniada, y aun en un grado nada común.

Pues más a menudo la joven tenía las pupilas escondidas entre los párpados, y aquella explicación vulgar, que acabamos de dar, no tiene ningún valor en el caso actual.

¿Es posible aquí que se vea con los ojos cerrados, a través de los párpados? Antes de contestar esta pregunta tenemos que anticipar las siguientes consideraciones:

Para ver los objetos se necesitan dos elementos: la transparencia normal del aparato dióptrico del ojo (córnea, humor acuoso, lente cristalina y cuerpo vítreo) para que los rayos luminosos de los objetos puedan pasar libremente hasta la membrana visual (retina); y la energía sensitiva de esta membrana, para que pueda percibir y reproducir de un modo subjetivo la imagen luminosa del objeto externo.

Estas dos condiciones son inseparables en el acto de la visión, por eso se auxilian mutuamente.

Si por ejemplo la energía de la retina y del óptico es muy debilitada, una abundancia dióptrica, es decir, una fuerte iluminación de los objetos combinada con una transparencia clara del aparato lucifringente, excitando vigorosamente aquella retina debilitada, es capaz de producir una imagen bastante intensa, para que la membrana visual pueda sentirla y reproducirla en calidad de objeto. Aquí la *debilidad de las retinas* está en cierto modo reemplazada por la *fuerza de la luz*.

Si, viceversa, el aparato dióptrico ha perdido algo de su transparencia, y los rayos luminosos de los objetos, además de penetrarlo incompletamente son débiles en sí, las retinas, si su energía nerviosa es muy intensa y turgescente, pueden todavía sentir *vivamente* las *débiles* imágenes como si fuesen claras, y reemplazar de este modo con la sensación visual la falta del elemento físico.

Si perseguimos las consecuencias de esa contemplación, lle-

gamos a un resultado muy interesante, el que se confirma por la experiencia cotidiana; el resultado se puede formular en las siguientes palabras: *La membrana visual, incluso el óptico, si se encuentra en un estado de suprema excitación materialístico-vital, es capaz de percibir y reproducir las imágenes más débiles que se dibujen sobre ella*, es decir, la mínima cantidad de luz es capaz de hacer visibles los objetos a las retinas, si su energía nerviosa está llevada al punto culminante de su actividad funcional.

Esas membranas visuales, infinitamente más sensibles que las planchas fotográficas, pueden distinguir, bajo ciertas condiciones, todo lo que en circunstancias comunes pasa desapercibido para todo el mundo.

¿Quién no conoce que los presos, cuyos ojos han adquirido una exquisita sensibilidad en el ambiente oscuro de su celda, llegan con el tiempo a distinguir los objetos y ocuparse con sus quehaceres y aún escribir en su calabozo nocturno, donde al principio no podían percibir su propias manos?

Los animales rapaces que viven en sus cavernas oscuras distinguen, con el auxilio del pequeño tapeto coroideo, a sus víctimas y enemigos entre las profundidades de la noche.

Los escarabeos tienen en sus ojos compuestos una sensibilidad visual tan fina, que, durante mi travesía por el Atlántico, me acuerdo haberme llevado horas enteras de las noches oscuras, despierto en mi camarote, persiguiendo con mi oído las idas y venidas de las cucarachas que buscaban su alimento entre mis libros, donde no penetraba ni un rayo de luz de la débil lamparita que apenas alumbraba la sala.

Estos hechos prueban que, en la oscuridad producida por la ausencia del sol o de otra luz artificial, los objetos irradian de su propia sustancia su luz inmanente, por medio de la cual dibujan sus imágenes sutilísimas sobre las membranas visuales.

La irradiación objetiva, que justamente es el fundamento de la visión, se confirma por observaciones directas.

Los experimentos de Moser de Koenigsberg son, en este respecto, sumamente instructivos. Si después de *haber excluido toda luz* solar o artificial (en cuartos oscuros, durante la noche) se acerca una plancha metálica bien pulida a un objeto

cualquiera, sin que ambos se toquen, se dibuja sobre la plancha una invisible imagen de este objeto; dicha imagen se hace perfectamente visible cuando se introduce la plancha en vapores mercuriales, los que tienen una exquisita propensión a precipitarse sobre los delicados delineamientos de la invisible imagen. Variando este experimento se llega a un resultado, y es que todas las superficies pulidas son capaces de estampar en sí las imágenes invisibles, y que no sólo los vapores del mercurio sino también la *humedad atmosférica*, el rocío, el gas hidrógeno, etc., producen la manifestación clara de aquellas latentes imágenes.

Ese mutuo dibujarse de los objetos por medio de la intrínseca irradiación es un fenómeno general y espontáneo en la naturaleza, aunque no suficientemente estudiado. El relojero Breguet se presentó, hace poco, a la Academia de Ciencias, en París, con la interesante observación de que su apellido se diseñaba en el interior de sus relojes; y en otras partes se han visto casos semejantes en que la superficie interna de la tapa de fuera de los relojes tenía estampado en sí el grabado de la tapa interior. El profesor Ranch y el barón de Humboldt en Berlín han percibido el dibujo manifiesto de figuras rafaélicas sobre un vidrio que estaba cubriendo la respectiva estampa por espacio de catorce años, pero sin haberse encontrado en contacto inmediato con dicha lámina. (Véase Ludwig Moser, *Ueber das Licht*, Koenigsberg, 1843).

Esa luz invisible, nocturna e intrínseca de la materia se halla para con nosotros en una relación semejante a la que con nosotros tiene el calor insensible y las finas corrientes de electricidad: mientras que para nuestra sensación no manifiestan absolutamente nada, aparecen evidentes para el termómetro y el electroscopio. Estas fuerzas existen y obran sin cesar alrededor de nosotros; pero los nervios sensitivos de nuestro cuerpo no son capaces de *percibirlos*, por motivo de la índole tosca de nuestra sensibilidad normal, como también de la sutileza extraordinaria de las acciones electrotérmicas.

Pero si por el retroceso mórbido de la vida intelectual o por ciertas afecciones de los nervios sensitivos (reumatismo, gota, histerismo, cicatrices, etc.), la sensibilidad se hace muy exal-

tada y sutil, entonces el individuo llega a percibir el cambio termoelectrónico de su rededor mucho antes de que se manifieste a los mismos instrumentos; y el presentimiento que algunos animales, como las arañas, los gatos, etc., tienen de una lejana tempestad, depende de esa exquisita sutileza de su sistema nervioso en sentir los movimientos telúricos ya en su principio iniciativo.

Aquella luz invisible de los objetos *poco o nada iluminados* por los rayos del sol, etc., entra, pues, de todos modos hasta las membranas visuales de nuestros ojos, dibujando en ellas las respectivas imágenes, a semejanza de la electricidad insensible que siempre *afecta* los nervios sensitivos, aunque no siempre para ser sentida. Pero los ojos, en el estado normal de su salud, no alcanzan a ver aquellas invisibles imágenes, las que dibujándose en ellos de un modo muy sutil y delicado, se pierden desapercibidas en la vida subjetiva de la sustancia visual, y sólo una sensibilidad exquisita, como en los animales rapaces, o mórbidamente exaltada, como en los presos, etc., es capaz de percibir las en calidad de verdaderos objetos, como lo hemos visto anteriormente.

Si, pues, en medio de la *oscuridad general* (durante la noche, en cuartos oscuros, calabozos, etc.), los débiles rayos luminosos de los objetos son capaces de producir imágenes sobre las superficies pulidas como también sobre las membranas visuales, cuando entran en los ojos *abiertos*, ¿es posible que en medio de la *claridad general* (en el día claro, a la luz del sol, etc.), los fuertes rayos luminosos de los objetos alumbrados *atravesen la oscuridad* de los párpados que cubren la pupila y sean percibidos por los ojos cerrados?

Esta pregunta, reducida a su expresión más sencilla, no quiere decir estrictamente otra cosa que: si es posible que los rayos luminosos penetren los cuerpos medio opacos o por lo menos no enteramente transparentes. Si esto sucede en realidad, la luz, que al pasar tales cuerpos se debilitaría precisamente por la absorción, llegará al otro lado a ser por lo menos tan débil como la luz de los calabozos y será siempre capaz de dibujar sobre la retina una débil imagen de los respectivos objetos.

Esta pregunta no ha merecido hasta ahora la atención de los físicos de profesión, probablemente porque su importancia

está escondida detrás de una multitud de dificultades que no se han acometido para vencerlas. De esa oscuridad se pudiera aprovechar la doctrina mística del magnetismo animal para explicar los fenómenos de la visión a través de las paredes, etc., sin estudiar hasta qué punto puede llegar la penetración de la luz. Pero como esta materia tiene para nosotros la importancia nada menos que de un exorcismo del demonio de la ignorante credulidad, procuraremos recordar algunos hechos en los cuales el tiempo futuro encontrará tal vez una ley.

La transmisión de luz homogénea (solar o de bujía) por los cuerpos medio opacos, como porcelana, papel, etc., se verifica también en el tejido orgánico. Los dedos humanos, por ejemplo, que abrigan en su interior un hueso más o menos sólido y son revestidos de tendones, sustancia celular y piel, son en apariencia enteramente opacos. Pero sin embargo, si son bastante finos, vemos, al tenerlos bien juntos cerca de la luz de una bujía, que su opacidad se convierte en una homogeneidad rosada en los bordes tupidamente unidos y sobre las articulaciones. Más convincente es la transmisión de la luz al través de un hidrocefalo o de un hidrocele; aquí la luz penetra en la sustancia orgánica, baña completamente su interior y aun sale por el lado opuesto introduciéndose en los ojos del observador.

Pero lo verdaderamente instructivo para nuestro caso es una serie aunque pequeña de hechos que prueban la transmisión de la *luz concreta* a través de sustancias medio opacas.

El agua, que en pequeñas cantidades es perfectamente transparente, se hace medio opaca por la sobreposición de muchas capas, como sucede en el mar, en los ríos y aun en lagunas. Si la superficie del agua se hiela, la opacidad de las capas inferiores se aumenta por la exclusión más o menos completa de la luz solar. Y sin embargo hay algunos hechos muy notables que demuestran que el agua opaca y aun turbia y barrosa deja pasar completamente hasta la superficie no la luz homogénea del sol, sino los rayos lucíficos que irradian del fondo oscuro y de los objetos que se encuentran ahí.

Nickolson (en los anales de Gilbert de 1815) ha observado en la capa de hielo, que cubría un cenagal profundo, el *dibujo* perfecto de un cadáver humano que se hallaba en el fondo.

El doctor Chichester en Irlanda ha visto reflejados en la superficie helada de pantanos los contornos de troncos de árboles que estaban profundamente debajo. Meinicke refiere un caso del mismo género, en que muros caídos debajo del espejo del agua aparecieron distintamente dibujados en el hielo de la superficie (Carus Symbolik der menschlichen Gestalt, 1853, pág. 151).

Vemos aquí que *la imagen óptica se desprende de los cuerpos sumergidos en la oscuridad cenagosa; que camina atravesando un medio opaco y turbio; y que se implanta en una superficie separada de aquellos cuerpos que han irradiado esta imagen.*

Estas observaciones nos imprimen la convicción de que bajo condiciones desconocidas la luz es bien capaz de penetrar cuerpos opacos, y de que llegará un tiempo en que se descubrirán los medios de distinguirlos, como también de hacer visible aquella migración nocturnamente escondida de la luz, así como el barómetro nos descubre las oscilaciones de la atmósfera o el microscopio nos revela los misterios infinitos de lo infinitamente pequeño.

Si, pues, es cierto que la luz, tanto homogénea (solar, de bujía, etc.), como individualizada (emanada de los cuerpos visibles), pasa a través de los medios turbios o incompletamente opacos, no nos parece imposible que atravesase la capa delgada y medio trasparente de los párpados humanos y continúe su camino hasta dibujarse sobre las membranas visuales en forma de vislumbre vago o de cualquier otra impresión insignificante; como que efectivamente todo el mundo puede, en el estado normal, ver con los ojos cerrados la luz homogénea, es decir, distinguir la luz de la oscuridad.

Mas la endemoniada no sólo distingue la luz en general, sino que ve aun los contornos de los objetos, o más bien percibe la luz individualizada, por cuyo medio los cuerpos visibles impresionan las membranas visuales. Pues, “no obstante que sus pupilas están perfectamente recogidas entre los párpados, ella ve todo lo que se hace en su presencia”, rechazando el lignum crucis o cualquier reliquia u objeto sagrado que le acerquen, “por más que se ha hecho para engañarla”. Esto no puede verificarse de otro modo que por medio de la irradiación luminosa

de los mismos objetos circundantes, la que en calidad de luz individualizada entra en los ojos a través de los párpados, llevando a la percepción de la poseída los contornos, los colores y la mutua relación externa de aquellos objetos.

La mencionada irradiación luminosa de los cuerpos circundantes, si es cierto que atraviesa los párpados, tiene que estamparse precisamente sobre las membranas visuales (retinas): sin esta condición los objetos no pueden ser vistos, ni aun como *vislumbre vago* o luz homogénea. Por consiguiente los rayos luminosos tienen que pasar por la córnea, la lente y el cuerpo cristalino, después de haber atravesado el espesor del párpado, el que sirve a los rayos luminosos no de impedimentos, sino más bien de medio debilitante, más o menos como lo vimos con el medio turbio cenagoso de los pantanos.

Los rayos luminosos, por más debilitados que se hallasen por dicho paso, tienen precisamente, si no están del todo anulados, que entregarse a la fuerza refringente del aparato óptico, y obedecer a las leyes del cruzamiento, cuyo resultado final es la imagen óptica del objeto.

Esta imagen sobre la retina se forma por consiguiente *infalliblemente siempre*, aun en todos los casos cotidianos en que *el sujeto jamás llega a distinguirla*, sea por motivo de la infinita debilidad de los contornos que tiene dicha imagen, en consecuencia de la debilitación que ha sufrido la luz al pasar los párpados; sea por motivo de la tosca sensibilidad fisiológica de que las retinas gozan, cuando no se encuentran en un estado de mórbida hiperestesia.

Pero si nos figuramos un estado en que la sensibilidad visual de los ópticos y sus ensanchamientos membranosos (retinas) sea más exaltada que en los presos y animales rapaces, más fina que las sensaciones de las arañas y gatos, y más detallada que la impresionabilidad de las planchas en medio de la absoluta falta de la luz solar o artificial: entonces los ojos llegarán a percibir de un modo claro y detallado todas las delineaciones, todos los contornos y colores de aquella invisible imagen óptica que esté impresa en su sustancia membranosa, "haciéndola visible", como el vapor mercurial separa del fondo de la plancha

los contornos de la impresión latente, que la irradiación invisible había producido.

Un semejante estado de interna exaltación visual no es imposible; aun existe de hecho en la lucidez magnética. Una serie de fenómenos irrechazables, por más que contra ellos se levante la estéril incredulidad del racionalismo, demuestra con una evidencia empírica y experimental la existencia de tal estado de exaltación óptica. Sin duda que los mismos partidarios del magnetismo no han sacado de los hechos ese resultado sencillo y preciso que es la única consecuencia de las respectivas observaciones, pues han confundido los fenómenos de la visión con los de la sensibilidad cutánea y de la exaltación imaginativa, reduciendo todo a la inaudita abstracción material de "un fluido magnético", y desacreditando de este modo toda su doctrina y aun sus mismas observaciones. El leer con los ojos vendados, en la suprema lucidez (que es muy rara), se verifica por medio de la penetración de la luz y de la exaltación de los ópticos a la par, aunque, como veremos después, el elemento táctil sirve de poderoso auxilio.

A fondo de todas las consideraciones, antecedentes y tomando por verdaderos los hechos que se refieren respecto de nuestra endemoniada, nos creemos científicamente justificados, si establecemos que *los nervios ópticos y sus ensanchamientos membranosos en los ojos de la Carmen se encuentran durante el paroxismo en un estado de tan exaltada sensibilidad, que son capaces de percibir las invisibles imágenes que los objetos arrojan a través de los párpados*, es decir, que la endemoniada es capaz de ver con los ojos cerrados, exactamente como los sonámbulos y clairvoyants caminan, leen y escriben en medio de su lucidez magnética.

Si mi explicación es acertada, podemos considerar por roto ese misterio supranaturalístico del fenómeno en cuestión, y el diablo tendrá que entregar su alma al poder de la naturaleza.

LA EXALTACIÓN OLFATORIA
Y LAS VISIONES DE LOS INFORMANTES

Pero la endemoniada, dicen, también veía a través de la pared y aun sabía todo lo que se hacía por detrás de ella.

¿Cómo lo saben eso los informantes?

El señor presbítero Zisternas se limita a decir que *él sabe* que ha sucedido tal cosa; y el Dr. García dice de un modo sentencioso, que la Carmen "ha dado muestras de ver sacerdotes antes que llegasen a su cuarto".

Pero el uno no nos dice de dónde lo sabe y el otro no nos presenta las muestras que ella ha dado.

Sin embargo, les perdonamos por un momento a esos señores la demostración. Hay pruebas que uno no puede formular, que uno tan sólo siente de un modo vago, sin poder darse una cuenta clara. Si yo hablo con un individuo, puedo *sentir* en él que me aprecia, que me quiere engañar, que me adula, que me admira, etc., no por sus palabras, sino por la modulación de su voz, por su mirada, por el movimiento de sus labios, por su talante; le adivino sus intenciones, presiento sus pensamientos, todo por ese juego misterioso y simbólico de su fisonomía.

Esta expresión fisionómica, este algo, inexplicable y significativo para mi sensación intelectual, que puede muchas veces también equivocarme, habrá sido tal vez lo que sentían los in-

formantes para tenerse por convencidos de que la endemoniada distinguía los sacerdotes a través de la pared, y veía con el trasero, etc.

Yo supongo que este algo no los haya equivocado, supongo que la joven sabía cuando un sacerdote entró al cuarto inmediato, que conocía todo lo que pasaba a sus espaldas y que hacía cosas mucho más estupendas.

Pero siendo estos hechos, como quiero suponerlos, verdaderos, ¿envuelven ellos acaso precisamente una causa demoníaca?, ¿no habrá algún medio natural, fisiológico, que pueda explicarlos?

Concebir cómo una persona pueda ver a través de una pared es al fin fácil si nos hacemos la violencia de admitir que los rayos de luz son capaces de penetrar hasta por las paredes, que de veras no son párpados, aunque sea en mínima cantidad, y que la sensibilidad visual de la enferma sea tan infinitamente exaltada y sutil que perciba aquella mínima emanación luminosa en forma de imagen, pues aquí por lo menos los rayos luminosos pueden entrar derechamente en la pupila. Pero exigir que se crea en la posibilidad de que se *puede* ver detrás, donde el objeto está enteramente *fuera de la dirección visual*, eso es una de aquellas enormes pretensiones que sólo puede tener la ignorancia más rebelde de las leyes físico-vitales, y no se nos imponga aquí con que en la lucidez magnética suceda cosa semejante: que los clairvoyants vean con el estómago, con el occipicio o con cualquier otra parte del cuerpo. Pues ¿quién es el que puede demostrar que lo que se verifica ahí entre el punto cutáneo y el objeto sea expresamente *visión*? Esta sensación específica es tan imposible que exista sin las dos condiciones anatómicas de que hemos hablado anteriormente, que aun en los animales más inferiores se encuentra un óptico y un órgano parecido a una córnea y cuerpo cristalino; y si los pólipos, que no tienen nada de todo eso, buscan la luz, no es porque la ven, sino para sentir sus efectos caloríferos, así como las plantas se dirigen hacia el sol.

Y sin embargo, de todo eso no necesitamos del diablo para comprender la realidad de aquellos dos hechos. Solamente se de-

be tomarlos por su lado más sencillo, sin envolvernos de intento en mistificaciones que nos alejan de la verdad.

Si, pues, es *imposible el ver* los objetos por detrás de sí o a través de las paredes, y la endemoniada ha *dado muestras de conocer*, no obstante de eso, *la presencia de ellos* sin verlos delante de sí, *entonces los ha percibido sin ver*, entonces la enferma ha percibido los objetos no por medio de la visión; por consiguiente los habrá percibido por cualquier otro medio, por cualquier otro órgano, por cualquier otra sensación. Esta sencilla deducción es tan inexorablemente necesaria como eficaz para hacernos accesible el oscuro hecho que estamos tratando.

Si un ciego, sea por nacimiento o adquisición, distingue los colores por medio del tacto, o conoce si una moneda es de plata o de cobre por medio del olfato, ¿diremos acaso que él ve con los dedos o con la nariz? La etiología de esa distinción que hace el ciego nos aclara la verdadera naturaleza de su pretendida visión. El ciego toma un pedazo de género, le dicen que es colorado, él se fija con el tacto en la estructura mecánica, en las infinitas asperidades de este género colorado, y esta impresión, estudiada, sutilizada y bien fijada en su imaginación, el ciego la combina con la palabra “colorado”, y dice siempre que encuentra con el tacto la misma impresión táctil, que el respectivo objeto es colorado. Así sigue experimentando sucesivamente todos los colores y los conoce y distingue sin haberlos visto, es decir conoce tan sólo el *costado mecánico* del color y no su apariencia física lucífica. Lo mismo sucede con el olfato y todo sentido cuando tiene que funcionar preponderantemente en ausencia de los demás. Eso es tan conocido, claro y fácil de comprender, que precisamente por su fácil comprensibilidad lo mentamos aquí, a fin de que nos sirva de punto de partida.

“La endemoniada ha *dado muestras de ver sacerdotes* antes que entrasen a su cuarto”. ¡Qué atado de mala observación, de poca crítica, de deducciones arbitrarias y de conclusiones intencionales no está envuelto en estas pocas palabras!

¿*Qué muestras?* ¿Acaso la enferma manifestaba por palabras que un sacerdote está entrando? ¿Acaso se le conoció, por lo menos, alguna inquietud ansiosa, una alegría, o cualquier afecto pronunciado, que se revelara en sus facciones, *coincidiendo*

do siempre, y precisamente siempre con la entrada de un sacerdote? Tantas personas entraban y salían, que es muy arriesgado considerar aun las manifestaciones más terminantes por verdaderas pruebas. Algo habrá habido, pero los informantes, al querer determinarlo más de lo que debían le quitaron la poca verdadera realidad que tiene y lo trasmudaron en un engaño involuntario.

Pero no es eso todo: ¡la endemoniada ha dado muestras de ver! ¿Cómo han podido esos señores sacar en limpio esta observación? ¿Hicieron algunos experimentos *ad hoc*? ¿Preguntaban por lo menos a la joven, y la joven les contestaba que efectivamente veía a un sacerdote entrando al cuarto inmediato? ¿Acaso la endemoniada expresaba alguna cosa precisa sobre el particular: que el sacerdote tiene tal cuerpo y tamaño, que tiene tal cara, nariz de tal forma, sotana de tal color, etc., “como lo hacen los sonámbulos”?

Pues para que la joven haya de veras visto objetos a través de la pared, debe dar muestras de haber *percibido en ellos las formas y los colores*; porque sólo estos dos elementos son el verdadero objeto de la percepción visual. Para dar muestras que ha percibido de veras estos elementos visibles, debe expresarlo por medio de la palabra; cualquiera otra manifestación es vaga y ambigua.

Pero todo el diccionario de palabras que la enferma emitía durante el paroxismo se componía de algunas contestaciones muy generales e interpretables de mil maneras, como también de las palabras favoritas “bribón monigote, beata bribona”, etc., que ella repetía sin cesar a semejanza de “cada loco con su tema”; y se necesita, en verdad, de una considerable dosis de talento inductivo y adivinador de parte de los informantes para sacar de semejantes expresiones la *prueba* de que la Carmen veía a través de la pared.

Mas ella no sólo daba muestras de ver, sino de ver *sacerdotes y precisamente sacerdotes*, ¿por qué no a la demás gente que entraba? ¿Cuál es la prueba de esta especificación? “Cuando se aproximaba algún sacerdote se enfurecía (la endemoniada) antes que pudiera verlo, diciendo: monigote bribón”. He aquí el hecho jefe en que se funda la prueba. El doctor García,

“el apreciador actual de este hecho”, que escribiendo para “el extranjero y para la posteridad” tiene el presentimiento de que no le creerá nadie de los “que han de juzgar a larga distancia o en el transcurso de los tiempos”, el doctor García debiera haber salvado su reputación de observador para la posteridad demostrando por medio de su experimento preciso el mencionado hecho que con tanta hidalguía avanza, y en lugar de “afirmar” que los testigos que presenciaron aquel hecho “no han querido engañarlo” debiera habernos demostrado ante todo que él no se ha engañado a sí mismo.

Pues aunque el hecho puede ser *en sí* real y verdadero, no lo está para el espíritu indagador, no está *demostrado como tal*. En medio de tanto gentío y de tanto desorden que había alrededor de la endemoniada, era difícil hacer una verdadera observación y mucho menos un experimento. La joven se enfurecía por mil motivos, por el *lignum crucis*, por las reliquias, etc., con que la acosaban sin cesar, y si durante eso entraba por casualidad algún sacerdote, es imposible averiguar si esta coincidencia era de veras una conexión como de causa y efecto, o un puro sincronismo.

Si un muchacho, acostumbrado a comer picarones siempre cuando llueve, saca la consecuencia de que ha de llover precisamente cuando hacen en casa picarones, manifiesta por lo menos un raciocinio que no carece de coherencia en medio de su trasposición. Pero en aquel pretendido hecho la coincidencia externa no puede ser demostrada ni aun como constante, a semejanza de la experiencia del muchacho, por motivo de las dificultades arriba indicadas.

Aun cuando se hubiesen hecho experimentos precisos y expresos, aislando la enferma y retirándole todo lo que pudiera irritarla, e introduciendo un sacerdote a un cuarto separado (sin que ella viese y supiese), *después de haberla dejado en la mayor quietud posible*, aun entonces todavía su enfurecimiento no demostraría de una manera estricta que es efecto de la presencia escondida del sacerdote, puesto que la joven se enfurece constantemente, murmurando muy a menudo: monigote bribón, etc., *sin motivo externo ninguno*, en fuerza de una idea fija demonomaníaca que la tiene preocupada y dominada durante el pa-

roxismo, impeliéndola de vez en cuando a prorrumpir en manifestaciones correspondientes.

Pero echemos un velo sobre la mala o ninguna experimentación de los informantes, demos por real y verdadero el hecho en cuestión, y habiéndonos convencido de que éste no podía verificarse por medio de la fuerza visual, reduzcámoslo a su generalidad más posible, estableciendo que *la endemoniada, durante su paroxismo, percibe la presencia de sujetos que se encuentran fuera de la posibilidad óptica.*

La percepción de objetos materiales, que existen empíricamente fuera de la subjetividad, puede efectuarse tan sólo por medio de algún órgano sensual. La intuición interna, *el alma*, la cual según la doctrina magnética y mística adivina los sucesos exteriores del mundo circundante, no es capaz de percibir sino lo que en última instancia *sucede en su propio interior*, y para que perciba las cosas externas es preciso que éstas se hayan reflejado en aquella interioridad del alma, impresionando la sustancia cerebral por medio de los sentidos.

Como la visión está excluida; como, por otra parte, el gusto y el tacto perciben solamente lo inmediato y lo cercano; y el oído, aunque de gran alcance, es incapaz de distinguir lo específico de los sonidos donde no existen, no nos queda otro sentido que pueda entrar en acción en el caso presente que el *olfato*. Así el único recurso fisiológico que tenemos es el de sospechar que *la endemoniada ha conocido desde lejos la llegada de un sacerdote y de cualquier otra persona por medio del olfato.*

Esta conclusión, que parece tan horriblemente prosaica y que herirá sin duda el *olfato* devoto del dinámico doctor García, * además de envolver en sí la extraña hipótesis de que los sacerdotes huelan a cosas distintas que los demás, esta conclu-

* El Dr. García, en su *Revista Médica*, de Santiago, núm. II, sin haber comprendido debidamente mi monografía y sin tener la paciencia de callarse hasta que vea el desenlace, ha sacado de mi trabajo las consecuencias más absurdas e insípidas, atribuyéndome cosas que jamás he pensado y que además no tienen conexión alguna con el trabajo presente. Evadiendo la cuestión médica, la única que tuve a la vista al escribir esta monografía, el caballero *Rafael Bendito García* se ha lanzado en un campo religioso en calidad de padre predicador, tratando, con una astucia farisea mal encubierta, de dar a entender al público que soy un ateo,

sión, digo, contiene sin embargo en sí un mar de profundo naturalismo.

Los nervios olfatorios, los únicos que originan directamente de los hemisferios grandes, de los órganos de la conciencia de sí mismo, se encuentran en una relación inversa con estos últimos. Cuanto menos desarrollados y activos son estos órganos pensantes, tanto más desenvuelta, fina y penetrativa aparece la acción del olfato en la serie de los animales. Esta energía olfatoria llega a ser de una delicadeza y de un alcance tan grandes, que los insectos (como moscas, abejas, hormigas, etc.), las aves rapaces y los mamíferos carnívoros huelen sus víctimas vivas y muertas desde distancias fabulosamente enormes, dejándose llevar por su emanación odorífera, la que en sí y para nosotros aparece débil e insignificante. El perro, persiguiendo los rastros de un hombre o de una perdiz por ejemplo, camina por la misma dirección serpenteada y caprichosa que había tomado el fugitivo, y los movimientos olfateadores que hace en su persecución indican que el *olor de los rastros* es su guía. Las palomas perciben por el olfato cuando sus huevos han sido manoseados o aun ligeramente tocados por la mano del hombre; y el olor, imperceptible para nosotros, que quedó pegado sobre la cáscara, es suficientemente intenso a la paloma para que abandone el huevo. En los animales, cuyo instinto se detalla de una manera más minuciosa por el contacto del hombre, vemos esta minuciosidad distintiva introducirse también en la región del olfato. El perro no sólo distingue, por el olor de los vestidos, a su amo en medio de un torbellino de gente, donde no puede verle el rostro, sino introducido en una casa extraña huele la presencia de su amo a través del espacio de los cuartos que lo separan.

un hereje, un materialista, un corruptor de la juventud y otras simplezas de este género. El señor García, sin embargo, de su encumbramiento bíblico, no se ha elevado todavía a un punto de vista filosófico, para divisar que mi concepción materialístico-ideal de la naturaleza es bien compatible con los misterios de nuestra religión, con la existencia del Dios trino, con la encarnación del Verbo y con la inmortalidad del alma individual. Solamente es necesario estudiar mucho y meditar más antes de querer comprender esas cosas; y comprenderlas muy a fondo antes de escribir en contra. Es éste un trabajo intelectual que no se reemplaza con fraigerundiadas y declamaciones.

La misma relación se manifiesta en el reino humano.

En los pueblos salvajes, en que la energía intelectual está repercutida por motivos antropológicos; en los habitantes de tierras llanas e ilimitadas, los que tienen que ejercer su olfato, por falta de puntos discretos que la uniformidad topográfica no presenta para la vista; en hombres de campo, en ciegos, etc., se observa a menudo un desarrollo extraordinario de la actividad olfatoria.

Los indígenas de Norteamérica, etc., distinguen por el olfato si vienen enemigos o amigos, de una lontananza que la vista no puede abarcar. El vaquero argentino atraviesa distancias enormes dando precisamente con el punto a que se dirige, en medio de un desierto donde no se encuentra el menor rastro de dirección; tal vez dejándose llevar por ciertos olores vegetales que vienen con el aire de los respectivos lugares. Los ciegos, cuya falta de visión los hace ejercitar los demás órganos sensoriales, juzgan sobre las distancias por el olor. Yo mismo he conocido a un muchacho ciego que conocía las personas de la vecindad distinguiéndolas perfectamente cuando entraban, aunque ellas de intento no hacían el menor ruido, con el fin de convencerse si era real esta capacidad distintiva del muchacho. El conocimiento de los pasos se combina tal vez aquí con la acción del olfato. Cloquet menciona una joven americana sordomuda y ciega que tenía un olfato sumamente fino y se servía de él para distinguir los objetos. Aun en personas sanas se encuentra muchas veces la acción olfatoria tan exquisita, que se afectan de un modo extraordinario por los olores que para otros son indiferentes. Así cuentan del duque de Epernon y de la actriz Contat, que llegaban a desmayarse por el olor de una liebre. La *mirada* estupenda de los rastreadores argentinos tiene tal vez un gran *auxilio* en la extraordinaria agudeza de su olfato, sin que ellos mismos tengan un conocimiento claro de esta capacidad sensorial que poseen.

Estos hechos fisiológicos manifiestan el gran *alcance* del olfato para los objetos lejanos, como también la *finura* exquisita de dicho sentido para distinguir una cosa de otra. Ellos además envuelven en sí tácitamente dos momentos importantes que pertenecen a la objetividad de la función olfatoria. Primero, que la emanación odorífera de los objetos vivos o muertos se irradia, a semejanza de la luz y del sonido, a distancias indeterminadas,

puesto que llega de inmensas lejanías hasta la región de los animales rapaces y del hombre salvaje. Segundo, que cada objeto tiene su olor individual, específico y distinto del de los demás, así como cada individuo es una especie en sí, puesto que el perro conoce por los vestidos a su amo, el salvaje distingue al amigo y enemigo por lo específico de la raza, y los animales rapaces perciben la emanación de su víctima en medio de tantos olores que se cruzan en el aire sin confundirse.

Los olores específicos de los objetos suelen ser algunas veces tan desarrollados que cualquier olfato puede distinguirlos con mucha facilidad si se fija intencionalmente en ellos. Los cuerpos anorgánicos, como los metales, metaloides y ácidos; las carnes comestibles de los animales, como la de gallina, pavo, ganso, vaca, cordero, etc.; la emanación cutánea de las razas, nacionalidades, individuos y sexos, etc. Pero donde el olor llega a su manifestación más intensa es en las enfermedades, de las que cada una desarrolla algo de específico para el olfato. Así los enfermos de hidrocéfalo agudo huelen a traspiración de ratones, los ictéricos a almizcle, los tiñosos a orines de gato, los escrofulosos a cerveza en descomposición ácida, los herpéticos a harina humedecida y putrefacta; el olor de los sifilíticos es dulzón, el de los reumáticos y artríticos es agrio, el de los sarnosos es fangoso, etc. (Véase Stark, *Pathologie*, 1838, tomo II, página 1126).

La volatilización incesante de la materia orgánica que se desprende de la sangre y de los pulmones, del estómago y de los demás órganos internos y externos, es una verdadera irradiación centrífuga de toda la índole individual de un organismo humano, *el cual se proyecta así a lejanas distancias en forma aérea, nebulosa y despedazada*. En el estado normal es esta incesante volatilización tan tranquila, tan regular y tan fina, que desaparece comúnmente sin vestigio en la atmósfera general asimilándose con ella, sin llegar muchas veces a la percepción de un olfato, mucho menos por cuanto éste rara vez se encuentra con el correspondiente vigor y alcance en el estado normal del hombre civilizado, cuya intención intelectual está dirigida sin cesar a otras cosas y a otras propiedades del mundo circundante.

Pero cuando los nervios olfatorios se encuentran en un estado de exaltación funcional, a semejanza del olfato de los ani-

males rapaces o del hombre inculto, y cuando se combina con esto una supresión de la interna actividad *inteligente* de los hemisferios, y la restante vida intelectual queda limitada a sostenerse por las percepciones que le vengan de su órgano de sensación, entonces la volatilización odorífera de los objetos cercanos y distantes no sólo puede ser percibida por el olfato de un modo muy intenso, sino también elaborada y elevada por los hemisferios a un conocimiento claro de su verdadero origen e individualidad, particularmente si estos últimos dirigen su intención perceptiva sobre esas sus prolongaciones olfatorias con tanta más fuerza cuanto más limitada es su *libre función intelectual*.

En la endemoniada la inteligencia libre, que reside en las masas sanas de los hemisferios, está suprimida junto con la dormición mórbida de estas masas, y los elementos intelectuales que quedan funcionando están afectados por la perversión demonomaníaca, cuya perversión se manifiesta aun de un modo exagerado, constituyendo justamente aquel carácter violento e irruptivo del ataque (véase el cap. 7). Los nervios olfatorios, como sabemos, no son otra cosa que las mismas masas hemisféricas continuadas para afuera, hacia el mundo circundante volatilizándose. Si, pues, dejando la intervención del diablo a la perspicacia teólogo-médica del Dr. García, admitimos que la exaltación paroxística de los elementos pervertidos de los hemisferios se continúa en los nervios olfatorios, podemos comprender sin violencia cómo el olfato de la joven, durante el ataque, puede impresionarse vivamente por las volatilizaciones orgánicas de las personas que se encuentren en la pieza inmediata, haciéndolas llegar en la respectiva masa cerebral a la percepción inteligente y al conocimiento del origen de donde han emanado.

Es así natural que la endemoniada perciba por medio del olfato *a toda la gente sin excepción* que entre a la pieza inmediata; y si distingue a los sacerdotes entre las demás personas, no es porque no perciba a las últimas también, sino que *distingue a los sacerdotes*, así como el perro a su amo, como el animal rapaz a su víctima, como el corcel en el desierto olfatea temblando de terror la remota presencia del león, cuyas penetrantes exhalaciones llegan por las brisas del ambiente.

Para que estas comparaciones no sean mal comprendidas y su aparente paradoja se justifique ante el rigor de la verdad,

voy a analizar la relación que hay entre esa joven enferma y los sacerdotes.

Hemos visto anteriormente (véase capítulo 3), que el alma de la joven, desde la edad de 10 años, ha sido nutrida con los elementos mal digeridos de la religión, del culto y de sus objetos y representantes: diablo y pecado, cruces y reliquias, monjas y sacerdotes, etc. Todo eso llenaba permanentemente la imaginación, la inteligencia y los sentimientos de la joven, y se *fijaba* poco a poco en fuerza de esa misma permanencia, dominando el cerebro hasta hacerse más tarde el contenido de la enfermedad actual. Que el alma de la Carmen, durante el paroxismo, está completamente dominada por ese contenido, lo vemos por sus palabras y su comportamiento.

Desde que se enfermó los sacerdotes acudían en su auxilio con ese interés religioso y esas manifestaciones consoladoras y paternales que les son comunes, tanto por disposición interna como por hábito. El corazón (la totalidad mental) de la joven, religioso de antemano y preparado a recibir esos consuelos como cosa buena y mandada por la Iglesia, se ligaba a los individuos de esta misión como cualquier enfermo se liga por un no sé qué sentimiento al médico que lo consuela y cura. Poco a poco la joven transportaba su inclinación instintiva sobre la corporación entera que lleva las insignias de la misión sacerdotal, desarrollándose en su alma un *rapport* antropológico, una atracción magnética, o, para no mistificar la materia, una especie de preocupación favorable hacia el gremio religioso, la que en la mujer toma con tanta facilidad un carácter *específicamente mujeril*, frente a la fuerza varonil del hombre.

Cualquiera amistad, no digo amor, puede tomar un carácter noblemente material en el individuo cuando su sistema nervioso cae en la languidez mórbidamente sentimental durante un largo padecimiento o una convalecencia. Esa efusión involuntaria, ese llorar sobre el pecho de un amigo sin saber por qué, ese sentir toda un alma en el apretón de una mano, esa unión inmediata del alma con el cuerpo, si no es magnetismo, es por lo menos la sensación dulcemente dolorosa de la mutua dependencia y la necesidad vaga de totalizarse, *en todas sus gradaciones*.

Dicha referencia antropológica hacia los sacerdotes *se continúa* pues en los ataques de la joven y aun parece exaltarse du-

rante ellos, tomando una calidad tanto más orgánica y nerviosa cuanto más en el paroxismo se apaga *la libre actividad inteligente*. La predilección habitual y casi magnética de la joven, continuándose como reminiscencia en medio de su alienación demonomaniaca, se destaca del fondo de su subjetividad enferma, *haciéndola fijarse con preferencia en los sacerdotes entre todo el gentío que percibe por el olfato a través de las piezas*.

Pero no es eso todo. Si por una parte la percepción de un sacerdote se combina en su alma con un sentimiento de simpatía, originada de sus *reminiscencias sanas* que surgen de la sustancia nérvico-celular del cerebro entero, como también de aquellos elementos estructurales (cilindriformes) de las provincias enfermas que no están específicamente pervertidas (véase el capítulo 7), por otra parte la índole específica de su *yo pervertido*, la demonomanía antisacerdotal, la tiene horrorizada al percibir esos mismos sacerdotes que ella como *Carmen* aprecia y quiere; y esta antipatía mórbida en lucha con la reminiscencia sana la hace fijarse doblemente en los objetos de su extraño afecto dualístico, haciéndola padecer con doble razón.

De esta manera concebimos cómo aquella predilección primitiva puede armonizar con los insultos que la joven profiere contra todo lo que es sacerdotal y sagrado. Esa discrepancia en sus afectos es el estado natural del ataque; el interior de su alma está llena de contradicciones mórbidas, y la mayor de todas es que a pesar de su repugnancia hacia todo lo religioso, se deja tranquilizar tan sólo por un elemento religioso, y precisamente recibido de las manos de un sacerdote.

La esencia de la enfermedad de la joven es la discrepancia, es la fracturación de su mente en dos personalidades; y el análisis minucioso que en su lugar daremos de esa *duplicidad psicológica*, aun indicada ya de paso en las páginas antecedentes, nos conciliará científicamente, como lo espero, con aquellas al parecer extrañas discordancias.

Pero esos motivos internos no son los únicos que hacen que la endemoniada distinga los sacerdotes de un modo excepcional; también hay otra causa, orgánica y objetiva, que parece contribuir poderosamente a dicha distinción, y una rápida ojeada sobre algunos puntos respectivos de la fisiología pondrá de manifiesto nuestra idea.

Entre las exhalaciones de los seres organizados, la más importante y activa es la que se desprende de la esfera reproductora y de sus materias prolíficas. La esfera sexual es la última sustancia morfológica en el desarrollo embrional, como también la última en iniciar sus funciones específicas durante la vida extrauterina del individuo. Por eso también es ella la última concentración de todas las esferas anteriores, y su turgencia materialístico-vital es tan intensa, que llega a producir nuevos individuos.

Así la volatilización odorífica, que según vimos se desprende de todo el organismo en general, aparece en los elementos de la sexualidad de los seres vivos de un modo más intenso, más característico y más individualizado que en cualquier otro sistema u órgano.

Ya en el reino vegetal comienza esta diferencia. Mientras el cuerpo individual de la planta manifiesta un olor herbáceo indiferente, los verdaderos olores específicos se desarrollan junto con la florescencia, revelando su conexión orgánica con la función sexual y reproductora de la planta.

No es sólo la exhalación penetrante y casi espermática del contenido fecundizador del *polen* la que manifiesta los sucesos específicos que están verificándose en el interior de la planta, sino también la *corola*, es decir, el órgano encubridor de la sexualidad, despide de sí sus aromas característicos, propagando en distancias lejanas el fenómeno de la vida silenciosamente erótica del individuo vegetal. Aun las esencias etéreas, los bálsamos y las resinas que se forman en el cuerpo de la *planta entera*, a pesar de no encontrarse en ninguna conexión anatómica con la flor misma, son a mi ver los productos inmediatos de aquel trabajo sexual que está difuso por toda la organización del individuo y que solamente en la florescencia llega a su cumplimiento prolífico.

En el reino animal los olores específicos están unidos de la misma manera a la esfera reproductora. Además de la materia espermática que está escondida en el interior de sus respectivos órganos, los folículos mucosos y las otras glándulas secretorias de la piel (menos las sudoríferas) son los propagadores de la exhalación sexual que sin cesar se desprende de la superficie del cuerpo. *Pues el órgano cutáneo es, según mis indagaciones em-*

briológicas, *el apéndice periférico del sistema genital, y sus secreciones oleoso-sebáceas (smegma) se encuentran en una relación íntima con los procesos sexuales.* El jugo lechoso en las glándulas cutáneas de la *salamandra terrestre*, el fluido amarillento ponzoñoso en los folículos mucosos con que está sembrada la piel del sapo (bufo), cuyo fluido, en el bufo fuscus, huele de un modo tan penetrante que hace saltar las lágrimas (Oken Zoologie, Amphibien, pág. 482); la secreción almizcleña de las glándulas cutáneas en las culebras, y de la glándula inframaxilar en los cocodrilos; la sustancia oleosa de los receptáculos glandulosos en la piel de las aves, sirviendo para el engrasamiento de las plumas; el fluido penetrante que secretan los dos grandes folículos cutáneos del castor zibethicus; la sustancia olorosa y medicinal del castóreo en el castor fiber; la humedad de la bolsa cutánea del didelphys, donde la *prole* nacida se *conserva* hasta su madurez; las olorosas secreciones de las glándulas secretorias del muzgaño (sorex); el fluido grasoso de las glándulas de la cabeza en el elefante, fluido *que se secreta en gran abundancia durante la brama*; el almizcle de la bolsa cutánea del moschus moschiferus; en fin, todas esas secreciones sebaceobalsámicas de la cubierta cutánea son los productos colaterales de la vida sexual, y a semejanza de las esencias etéreas, bálsamos y resinas de las plantas, penetran con su olor la organización entera del animal y se evaporan sin cesar de la superficie, mezclándose con las demás exhalaciones orgánicas y formando junto con éstas alrededor del cuerpo una circunferencia aérea de indeterminable alcance, para llevar a distancias lejanas los vestigios descompuestos de la especificidad sexual y particular del individuo.

En el hombre, que es la concentración ideal de todos los reinos de la naturaleza, la vida materialística de los órganos genitales y accesorios (piel, pelo, cabello, etc.) se eleva a la idealidad de amor, de contacto humano (¿magnético?), de sentimientos filantrópicos y de belleza.

La fuerza engendradora de las sustancias prolíficas, que en las plantas y animales se manifiesta en esa indeterminada multiplicidad de la prole, se limita en el hombre a la cantidad *normal* de un solo fruto en cada concepción; y la abundancia y variedad de las secreciones balsámicas y sebáceas de aquellos rei-

nos retrocede considerablemente en él, poniéndose en armonía con la *mesura ideal* de la organización entera. Pues la *espiritualidad de la materia* prepondera aquí sobre la masa.

Pero todo eso no excluye el que se efectúen en el cuerpo humano secreciones cutáneo-sexuales bastante odoríficas para afectar el órgano olfatorio y dar testimonio de la particularidad específica de la vida reproductora. El smegma cutáneo, que en el feto humano forma la indiferente *vernix caseosa*, adquiere en el adulto, *particularmente después del desarrollo decidido de la pubertad*, un olor específico y aun variado según las localidades del cuerpo, llegando muchas veces a una intensidad tal que recuerda las secreciones balsámicas y penetrantes de los reinos anteriores. Cuanto mayor el orgasmo de la vida sexual y cuanto menos agotada esta sacra fuente de la perpetuación humana, tanto más vigorosa parece desarrollarse la actividad secretoria de los folículos cutáneos en ambos sexos, en virtud de aquella conexión íntima que existe entre el sistema reproductor y la piel.

Aun es posible que los materiales de las *sustancias prolíficas* mismas, si no se invierten en el cumplimiento de su destino, se reabsorban sin cesar en la masa circulatoria y de ahí penetren la organización entera del individuo, reforzando de este modo la evaporación general y específica que se desprende permanentemente del cuerpo humano.

Este reforzamiento de las emanaciones odoríficas será por consiguiente común y natural en individualidades *que por su resignación religiosa se han excluido del movimiento reproductor de la sociedad. Penetradas sin cesar dichas individualidades por las materias prolíficas, excesivamente vigorosas y exuberantes en consecuencia de la misma retención, se dan a conocer al olfato de un modo más intenso y agudo que los individuos cuya vida reproductora no se encuentra en aquel estado de restricción.*

De este modo la endemoniada, a fondo de su disposición psicológica arriba expuesta, podía muy bien distinguir por medio de su olfato exaltado a los sacerdotes y monjas en medio del inmenso gentío que entraba a la pieza adyacente, sin que la función visual ni mucho menos el diablo extrahumano haya tenido la menor parte en este procedimiento.

CAPITULO DECIMOPRIMERO

LA EXALTACIÓN AUDITIVA, LA VISIÓN POR DETRÁS Y LA INSENSIBILIDAD SENSITIVA

Si, pues, la pretendida visión al través de las paredes se nos ha disuelto en un acto de puro olfato, ¿es posible que la endemoniada haya sabido lo que se hacía por detrás de ella también por la mediación de este mismo sentido; o será otro el que entre aquí en acción?

El único órgano sensual que no hemos tocado hasta ahora es el oído; y es de importancia el examinarlo para ver qué lugar ocupa en la fenomenología del paroxismo.

El doctor García ha hecho para este fin un experimento muy ingenioso y concluyente, experimento que, aunque demuestra una cosa enteramente distinta de la que quiere demostrar, patentiza por lo menos la gran sabiduría que su autor tiene de la fisiología del sistema nervioso: en confundir la sensibilidad con la función auditiva.

Pasmado el doctor por las cosas que estaba viendo y oyendo, quiso convencerse si de veras había motivo para tan estupendo pasmo, cuando la muchacha se agitaba por la lectura sagrada y se sosegaba hasta quedarse "como muerta" luego que el señor presbítero Zisternas se lo mandaba en el nombre de Dios. Pasmado el doctor, digo, se resolvió a hacer el siguiente experimento e inmortalizarlo en las siguientes palabras:

“Entonces, quedándome cierta duda de si aquello podía ser fingido, no porque pudiera fingirse lo que estaba viendo, sino porque yo no podía convenir en que se exaltase con ciertas lecturas ni que obedeciese al nombre de Dios, me pareció *que oía y que por esto se exaltaba*; entonces, digo, le pillé su cabeza entre mis rodillas y se la apreté convulsivamente con todas mis fuerzas, poniendo el dedo pulgar *detrás del lóbulo de la oreja*, en el paraje más sensible que tenemos en el cuerpo y donde apretando a los moribundos dan todavía señales de sensibilidad, a juzgar por cierto gesto de la cara. Los enfermos atacados al cerebro, cuando ya hay derrame y son insensibles a todo, sienten todavía la presión fuerte detrás de las orejas, sobre todo sabiéndolo hacer como yo sé, pues tengo la costumbre de practicarlo desde que era estudiante. Le doy tanta importancia a este signo, que lo creo muy superior al hierro y al fuego y comparable sólo a lo que nos dicen de los tormentos de la Inquisición. *¡La enferma, pues, estaba insensible!*”.

¡Misericordia de Dios! ¡Qué sanchopanzada de raciocinio!

¡El doctor quiso convencerse si la enferma *oía* y llegó al admirable resultado de que era *insensible*! ¿Y no sabe el señor García que la audición es otra cosa que la sensibilidad? ¿Que la primera reside en el nervio acústico y sus ramificaciones en el laberinto, en el interior del hueso petroso, mientras que la sensibilidad reside en los nervios sensitivos? ¿No sabe el señor García que apretando detrás del lóbulo de la oreja, en la región del *processus mastoideus* y sus alrededores, se oprimen las ramificaciones del *nervus auricularis magnus*, que proviene del plexo cervical y que siendo por consiguiente compuesto de elementos motores y sensibles, no tiene nada que hacer con la cuestión de la función auditiva? Si le hubiesen apretado al estudiante en el examen médico, así como el doctor dice haber apretado a la muchacha, no habría cometido nuestro autor esta barbaridad experimental, sino que hubiera sencillamente tapado los oídos de la joven y hubiera obrado en el sentido de lo que se había propuesto indagar.

Quedándonos así en ayunas acerca del resultado preciso de dicho experimento, nos dirigiremos a los hechos inmediatos, y éstos nos demuestran de un modo irrecusable que la Carmen

Marín no sólo oía durante el paroxismo, sino que oía perfectamente bien. Aun el mismo señor Zisternas, a quien de ninguna manera se le puede reprochar falta de honradez y fidelidad en la narración, dice expresamente que la joven, “no teniendo sensibilidad alguna, todo lo oye, dando no sólo las más convenientes y significativas respuestas a las preguntas que se le han dirigido en francés, en inglés y en latín, sino que también ha respondido a preguntas intencionales, etc.”.

En efecto. El contestar las preguntas que se le hacía en español, el acompañar bien o mal las entonaciones que se cantaban, el distinguir la lectura profana de la sagrada y comportarse según ello, el obedecer a las palabras del sacerdote pronunciadas en el nombre de Dios, el contestar al presbítero Zisternas: “a la Carmen quemarás, pero no a mí”, cuando dicho señor la amenazó con una plancha caliente, etc., todo eso es sobrada prueba para nosotros de que la joven conserva íntegro su oído durante el paroxismo.

Esta conclusión tan trivialmente sencilla como importante para la comprensión de muchos fenómenos en apariencia misteriosos, la apunto aquí de intento con más énfasis de la que merece, porque la intención del experimento referido envuelve en sí la idea confusa de que la Carmen no oye. La consecuencia precisa debe ser entonces que no siendo ella la que oye, lo será el diablo, mucho más por cuanto las contestaciones salen de la boca de la joven *como si no fuesen pronunciadas y articuladas por ella misma*, según pretenden haber observado y sacado en limpio los mismos informantes de esta estupenda y miraculosa historia.

Si, pues, el oído se conserva íntegro y aun agudo durante el paroxismo, ¿es posible que la pretendida visión por detrás se efectúe por medio de este sentido?

La audición no puede percibir de los objetos más que su vibración interna *sonífera*, y es preciso que dichos objetos se encuentren, para este fin, en un movimiento que cause por lo menos algún ruido, aunque imperceptible para un oído común. Como esto tiene sus dificultades, nos vemos obligados a recurrir a otra explicación que sea fundamental, aunque no excluya la posibilidad de la intervención auditiva.

La percepción de objetos que se encuentran detrás del individuo, si están en contacto con su cuerpo, puede tan sólo verificarse *por la mediación de la cubierta cutánea*, y es idéntica a la pretendida visión con el estómago, los dedos, la frente, etc., que los mesmeristas, por falta de estrictez en las deducciones, han trasmudado involuntariamente en una patraña.

Lo sumo a que puede llegar dicha percepción cutánea es a experimentar la *presencia abstracta* de los objetos. Es decir, lo que se puede percibir del objeto por medio de la piel es que *hay algo* por detrás o cerca de mí, sin poder determinar precisamente *qué es* lo que hay. Pues este último es un procedimiento consecutivo que se verifica no en el punto cutáneo, sino en el interior de mi *sensorium commune*, es decir, de mi inteligencia e imaginación.

La percepción de la presencia abstracta de los objetos no puede ser otra cosa que la *sensación*, la que como sensibilidad reside en los nervios sensitivos del cuerpo entero y de la superficie cutánea, particularmente también en la sección sintiente de la masa cerebral, en el protocéfalo, de donde se irradian aquellos nervios. (Véase capítulo 8).

Por consiguiente se debe deducir que la endemoniada *sentía la presencia* de las cosas, tanto en quietud como en movimiento, por la mediación de las redes nervio-sensitivas de la espalda, del occipicio y de otras partes de su órgano cutáneo.

La presencia abstracta de los cuerpos no es su forma y color, ni su vibración interna sonífera, ni tampoco su volatilización odorífica, pues todas éstas son las propiedades *concretas*, las que se manifiestan a los tres sentidos fundamentales de que hemos hablado anteriormente.

La presencia abstracta expresa que el objeto *está* y que *él es* lo que está, y nada más. Esta *existencia* o *ser general* del objeto no es otra cosa que su abstracta *materialidad*. Así la sensación no percibe del objeto sino su materialidad en general.

Pero la materialidad se determina en *propiedades abstractas*, según las relaciones de la materia; en referencia al centro terrestre es ella *atracción*; en referencia a sí misma es ella *cohesión*, *resistencia* y *dimensión*; en referencia al centro planetario o, si se quiere, al fuego central terrestre, se manifiesta la materialidad

dad en forma de *expansión calorífica* o *contracción frigorífera*; en fin, las relaciones mutuas poláricas de la materia en sí son la *electricidad*.

Sin entrar en los pormenores de las mencionadas calidades, vemos cómo los nervios sensitivos del cuerpo humano perciben aquella abstracta materialidad en forma de dichas determinaciones, sintiendo la atracción como *pesadez* o *liviandad*, la resistencia y cohesión como *dureza*, *agudez* o *blandura*, la expansión como *calor* y las internas relaciones poláricas como *electricidad*, etc.

De este modo, la superficie de la piel, de los labios, etc., siente los objetos que se ponen en contacto con ella, por medio de aquellas acciones generales que constituyen la propiedad sensible de dichos objetos, así como yo siento sobre mi espalda una mano ajena, es decir, su calor, su electricidad, su magnetismo animal y su resistencia, determinadas en las dimensiones de una superficie tal, de cinco dedos, etc.; y por la experiencia que tengo de semejantes impresiones, llego a formarme en mi *sensorium commune* la certidumbre y la imagen de la correspondiente realidad causal.

A fondo de estas consideraciones físicas y fisiológicas desaparece lo estupendo y miraculoso de algunos hechos que el señor Zisternas ha apuntado en su informe. Voy a copiar lo que dice este caballero:

“El señor Lazcano sacó un *lignum crucis* y pretendió ponerse en la boca (y la joven) hizo la repulsa que siempre hacía en estos casos; insistió (el señor Lazcano) tenazmente en ello, y al momento se puso (es decir la joven) boca abajo. El doctor Fontecilla tomó el *lignum crucis* y se lo colocó en la cabeza, sacudió entonces (no el doctor Fontecilla sino la joven) la cabeza y lo tiró (el *lignum crucis*) a un lado; creyendo que nada pudiese contener, le puso la mano sola y se estuvo sosegada; colocó entonces la cruz sobre la mano, que aún no había quitado de encima de la cabeza, y al instante la sacudió (según entiendo, quiere decir que la joven sacudió la cabeza y no la cruz), agregándole: Bribón, me quieres engañar. Le mandó entonces que se diera vuelta, lo que obedeció con la prontitud acostumbrada, y el señor Fontecilla, haciendo dos envoltorios de papel

perfectamente iguales, colocando en uno de ellos la cruz y dejando el otro sin nada, principió a ponerle alternativamente uno y otro en la boca, haciendo todas las combinaciones posibles para engañarla. Yo colocado al frente a una distancia regular, por los distintos movimientos que ella hacía, podía con toda seguridad decirles cuándo era la cruz y cuándo no la que le ponían; pues cuando era el papel solo, ella se quedaba sosegada o se burlaba, y cuando era el que contenía la cruz, no lo sufría. Esta prueba se repitió muchísimas veces y nunca me equivoqué atendiendo sólo a las distintas impresiones que en la enferma producía (dicha prueba)”.

No hay necesidad de decir aquí que la joven sentía la cruz y la diferencia del peso de los dos envoltorios tanto por el contacto inmediato como al través de la mano ajena, distinguiéndolas por medio de la sensibilidad de sus labios y de su piel craneal; y si nos acordamos de lo que hemos dicho acerca de su visión al través de los párpados, tenemos lo necesario para convencernos cuán natural era todo aquel procedimiento.

Pero no siempre las cosas se ponían en contacto inmediato con su piel; muchas veces se encontraban separadas de su espalda por un espacio atmosférico, pues “la joven sabía lo que se hacía detrás de ella”. Nos resta pues averiguar si es posible *sentir los objetos de lejos*, o más bien si pueden los nervios sensitivos percibir alguna irradiación de los objetos separados y sentirla como si fuese el objeto mismo.

Las irradiaciones *sensibles* de la materia son, como hemos visto, la calorífica y la electrogalvánica, a las cuales se puede añadir también la zoomagnética.

El peso, la resistencia y la cohesión necesitan, para manifestarse, del contacto inmediato con la superficie sensitiva.

Si uno tiene un cuerpo caliente o helado en una cierta distancia de la superficie cutánea de mi espalda, sin que yo sepa de antemano qué cuerpo es, yo percibiré en mi piel una sensación de calor o de frío, y en mi sensorium protencefálico se formará la seguridad de que tras de mí hay *algo* que la produce.

Aunque no *siento* que este algo es una brasa o un fierro caliente, un pedazo de hierro o una llave, etc., porque me falta el *contacto* para percibir la forma y las dimensiones de la resisten-

cia de estos objetos, puedo sin embargo, en virtud del trabajo de mi inteligencia e imaginación combinado con la experiencia de semejantes impresiones habidas, llegar paulatinamente a deducir lo que es este algo. Si la deducción se verifica de un modo tan rápido que los antecedentes que la componen no llegan a mi conocimiento claro, entonces toma el aspecto de una verdadera *adivinación*, constituyendo la “mirada interna lúcida” de que tanto se suele hablar sin comprenderla debidamente.

Si el experimentador mueve el respectivo cuerpo detrás de mi espalda circunscribiendo líneas bastante grandes para que mi piel pueda distinguir una correspondiente migración de las impresiones sensitivas, mi sensorium deducirá que ese *algo objetivo se está moviendo*, y que está sucediendo algo tras de mí.

Aquí obran los cuerpos de lejos por medio de su emanación calorífica; es también posible que obren por medio de su intrínseca electricidad. Otro agente de comunicación física con los nervios sensitivos, en distancia, no conozco, ni en los cuerpos anorgánicos ni en lo vivos, a no ser que se quiera atribuir al magnetismo animal una irradiación sui géneris, una “vis in distans” de la materia vital.

Pero los cuerpos no siempre son tan calientes o helados, tan eléctricos o magnetizantes como los acabamos de considerar; comúnmente su calor y electricidad se distinguen de una manera casi imperceptible de las del ambiente atmosférico, y el sentir estas finas diferencias supone una *sensibilidad nerviosa nada común*.

En algunos animales la sensibilidad suele ser tan exquisita que sienten los cambios telúricos en su principio, cuando nuestros instrumentos más finos no alcanzan todavía a distinguirlos (véase cap. 9, pág. 375). Se dice entonces que dichos animales *pre-sienten* aquellos cambios, es decir que los sienten *antes* que aparezcan. Pero eso no es más que la sensación de la *presencia lejana y débil* del objeto. Los murciélagos, a quienes Spallanzani había extirpado los ojos, evitaban en su vuelo con la mayor precisión todos los obstáculos que de intento se les ponían en el camino. Eso se verifica en virtud no de un “sexto sentido”, sino sencillamente de la misma energía sensitiva de los nervios cutáneos. Ellos concentran *orgánico-instintivamente* su función es-

401
BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE

pecífica, acrecentándola por la inervación exaltada del protencéfalo cuando el individuo se siente *en peligro* a causa de la pérdida de la visión o de cualquier otro sentido u órgano que le servía de guía en su relación con el mundo externo.

Los ciegos, ejercitados en consecuencia de su larga enfermedad, perciben una pared o un hoyo mucho antes de acercárseles, no sólo por el olfato, es decir, por el olor de la cal, de la tierra fresca, etc., sino también porque el aire, más o menos libre o encerrado del espacio intermedio entre el objeto y la piel (de la cara), produce una impresión particular sobre la superficie sensitiva de las partes desnudas y aun cubiertas. También la diferente temperatura y tal vez la irradiación eléctrica del distante objeto, etc., se combinan con aquella impresión aérea aumentando la sensación cutánea del individuo. Pues esta última se pone tan delicada como una antigua cicatriz, cuyo dolor se renueva a cada movimiento teluro-atmosférico, o como la piel de un reumático que siente los cambios higroscópicos más imperceptibles del ambiente.

Una gran parte de los fenómenos que pertenecen a la "influencia mágica de la naturaleza" sobre los animales y el hombre es producida por la exaltada sensación en distancia, que ha sido denominada *sensación rbdomántica*. Así hay hombres que sienten si hay un manantial subterráneo debajo de sus plantas, otros tienen una sensibilidad específica para vetas de metal, de sales o de carbón, como el italiano Campetti; y en la Suiza semejantes personas fueron aun empleadas con éxito en el descubrimiento de minas. La percepción de esas sustancias subterráneas se manifiesta en el respectivo individuo por un peso inexplicable en las piernas, sudor frío, etc., verificándose, a mi ver, por medio de la sensibilidad mórbidamente particular de los nervios sensitivos de todo el cuerpo y del protencéfalo. Zschokke habla de una joven de 25 años de edad que sentía sobre su lengua un hielo húmedo como de agua fría cuando pasaba sobre depósitos de quijo, de hierro o de azufre, como si fuese una emanación electrogalvánica la que impresionaba las redes sensibles de la lengua. Minas de hulla le producían una sensación desagradable de calor, llegando hasta al desmayo y espasmo. La marga le causaba una especie de escocimiento en el interior del vientre, el

yeso una contracción convulsiva de la garganta, el plomo un peso en los intestinos, y el arsénico le provocaba una sensación de golpes en la cabeza. (Véase Michelet, *Psychologie*, pág. 187). Esta sensibilidad particular y exaltada para las cosas en distancia es tal vez el motivo por qué algunas histéricas sienten una impresión dolorosa por la irradiación termo-electro-magnética de la mano del médico, *mucho antes de recibir el contacto*. Todo el mecanismo del *acto magnetizador* se deja tal vez reducir a una irradiación orgánica (es decir: zoomagnética, además de la electrotérmica) que de la mano ajena se transporta al través del pequeño inter-espacio sobre la piel del individuo pasivo. Durante la magnetización de lejos el paciente llega a *sentir en la parte* influenciada una especie de hielo o picazón, etc., y se puede decir que los nervios sensitivos de la parte reciben la irradiación de la mano sintiéndola en forma subjetiva de hielo o de cualquier otro modo.

Aun el estado normal del sistema nervioso no excluye enteramente una cierta finura de la sensibilidad cutánea para cosas un poco distantes.

Yo puedo *sentir* a una persona que esté tras de mí sin que yo lo *sepa*, aunque no se mueva y respire: por una sensación vaga que tengo, como si el espacio a mis espaldas no fuese tan ancho como antes, como si hubiese sufrido alguna limitación. La distinta temperatura y la electricidad, combinadas con la emanación magnética de la persona, son aquí los agentes de esa percepción sensitiva. Es posible también que la vibración del aire del espacio intermedio, provocado por la presencia mecánica de la persona detrás de mí, se comunique a mi piel aun cubierta y excite más su sensibilidad ya activada. Tal vez al mismo tiempo la atmósfera de vapores orgánicos que circunda al individuo llega a mi olfato despertándolo, quizás también el ruido suave de los vestidos y las mudas vibraciones de la vida orgánica alcanzan vagamente mi oído; y así la excitación simultánea de esos dos sentidos puede reforzar de una manera considerable aquella vaga sensación de las pequeñas distancias, mucho más cuando los objetos se encuentran en un estado de movimiento.

Si con semejante sensibilidad cutánea se combina una exaltación funcional del olfato y del oído, parecida a la que hemos

demostrado en nuestra endemoniada, nos es muy fácil concebir cómo la Carmen Marín podía conocer, aunque sea de un modo vago, lo que pasaba a sus espaldas; particularmente si las cosas que se hacían detrás de ellas eran muy sencillas, reduciéndose a movimientos tan insignificantes que ni el señor Zisternas ni el doctor García se han tomado el trabajo de mencionar los pormenores.

Pero hemos visto en el capítulo 8 de esta monografía que la superficie cutánea del cuerpo de la joven era *completamente insensible* a los golpes que se daba, como también a las lesiones más o menos profundas que por vía experimental se le producía. Es decir, la joven no manifestaba *ningún dolor* por aquellas impresiones violentas que la *resistencia activa* de los objetos causaba en su cuerpo.

Este estado de los nervios sensitivos, o más bien del centro protencefálico, he llamado yo de intento sensibilidad *dolorífica* para distinguirla desde luego de otras especies de sensaciones, y particularmente con el fin de indagar ahora si es posible que en medio de la pérdida de la sensación de *dolor* se conserve íntegra la sensibilidad de las *propiedades* objetivas de los cuerpos que se ponen en contacto con la superficie del organismo.

Si excitó mi piel por medio de alguna cosa, principiando por un tocamiento tan suave que el objeto apenas roce con la superficie cutánea, y aumentando gradualmente ese contacto hasta trasmudarlo en la más vehemente fricción, entonces experimento en la parte respectiva dos series simultáneas de sensaciones, de las cuales una se refiere al objeto excitador y la otra a mí mismo. Por la excitación suave siento vagamente *el objeto como ajeno y separado* de mi subjetividad sensitiva, y al mismo tiempo siento *mi propia sensación* en forma de titilación cosquillosa. Durante la fricción o presión vehemente esta mi propia sensación toma la intensidad de un verdadero *dolor*, mientras que al través del mismo dolor siento también la calidad del objeto, su resistencia activa en los detalles de sus dimensiones geométricas, como también su temperatura y electricidad si sobresalen. Pero en la apariencia *se combina el momento subjetivo doloroso con la sensación de las propiedades del objeto*, confundándose lo puntiagudo, lo obtuso, lo caliente, etc., de la cosa ex-

terna con la índole interna del dolor. La sensación dolorosa asume así la calidad extraña de punzante, de sordo, de ardiente, etc., como por otra parte dichas propiedades objetivas se hacen para mí dolorosas por su intensidad.

Este procedimiento dualístico de la sustancia sensitiva en que la fisiología no parece haberse fijado hasta ahora, demuestra que el *dolor* con sus modificaciones, como también su contraposición, el *placer*, son genéticamente *distintos* de las sensaciones objetivas. Yo presumo, lo que aun trataré de manifestar luego, que la producción de ellos se verifica por otro grupo de elementos protencéfalo-nerviosos, por elementos histológicamente diferentes de aquellos en que reside la energía *objeto-sensitiva*. Es cierto que sintiendo yo las propiedades de los *objetos* siento mi *propia* piel y mi propia sustancia nerviosa en la determinación de esas mismas propiedades, pues la materia caliente, punzante, etc., produce una expansión, una ruptura molecular transitoria de la misma sustancia sensitiva, y esta última siente esta su propia expansión o ruptura en forma de calor o de punzada, refiriéndolas al objeto que las está produciendo. Es también cierto que la sensación *dolorosa*, por su parte, no es más que la sensación exaltada que el nervio tiene del objeto mismo en forma de interioridad subjetiva. Pero en el primer caso la sustancia sensitiva *se siente en forma de objeto*, refiriendo todo el contenido que está recibiendo del objeto al objeto mismo, y tan sólo al objeto. Al contrario, en el segundo caso la sustancia nerviosa *siente el objeto en forma de interno yo sensitivo* y refiere el efecto intruso del objeto tan sólo a sí misma. Esta diferencia de dichas dos direcciones materialístico-vitales, que se verifican simultáneamente en el fenómeno compacto de la sensación, no puede ser producida por un y el mismo elemento nervioso, sino debe residir en una diferencia materialístico-vital de los elementos.

Ya en el estado normal la superficie sensitiva puede *distinguir* claramente la locomoción raspadora o barrenante y las demás calidades del instrumento, de la simultánea sensación del dolor que de dicho mecanismo se refleja. Mas en el estado mórbido esta separación normal puede llegar a un verdadero rompimiento funcional, por decirlo así, donde uno de los elementos

de aquel dualismo sensitivo se paraliza y el otro se conserva no solamente íntegro, sino aun exaltado. Y esta circunstancia es tanto más interesante por cuanto ha sido desconocida hasta ahora del todo, a pesar de una multitud de hechos que la patología y la cirugía sin cesar nos presentan.

En la anestesia saturnina, por ejemplo, los enfermos sienten la resistencia mecánica, pero el reflejo algógeno (dolorífero) que tal mecanismo suele producir en otros individuos es muchas veces para ellos enteramente nulo. Así el doctor Beau ha observado que semejantes enfermos sienten el contacto de la aguja introducida en su piel sin que experimenten la menor sensación dolorosa. También Puchelt refiere casos en que la completa insensibilidad para el dolor se combinaba con la más clara percepción táctil; y mi venerable maestro, el profesor Romberg, de Berlín, cita, en su patología del sistema nervioso, un caso de la clínica de Dieffenbach en que el paciente eterizado sentía toda la operación quirúrgica que este célebre cirujano hacía en él, pero sin experimentar el más leve asomo de sensación dolorosa. Dicho enfermo, que no perdió el conocimiento por la inhalación del éter, fue preguntado por el doctor Romberg, que se hallaba presente, si le dolía mientras el profesor Dieffenbach le estaba extirpando un pólipo de la nariz. El operado contestó que no experimentaba dolor ninguno, pero que sentía de un modo claro aunque suave todos los movimientos que el instrumento hacía en el interior de su nariz. Parece que la incompleta intoxicación con el éter, además de sus otros efectos, paraliza el elemento algógeno (dolorífero) del protencéfalo, sin invadir los demás constituyentes del proceso sensitivo.

El mismo Romberg cita un enfermo de Ollivier, que había perdido la facultad sensitiva en todo el lado derecho de su cuerpo, y que a despecho de todo esto podía determinar perfectamente el *peso* de los cuerpos por medio de la misma mano derecha. Y nosotros mismos hemos visto en nuestra endemoniada cómo, a pesar de su completa insensibilidad cutáneo-muscular, distinguía por el peso un envoltorio del otro que el señor Fontecilla le ponía en la boca y sobre la cabeza.

En algunos de los casos observados por el doctor Szokalsky (véase el capítulo 8) la sensación de las impresiones térmi-

cas se manifestaba íntegra en medio de la más o menos completa insensibilidad para el dolor y aun para las lesiones mecánicas. Aquí no sólo vemos la independenciam que la sensibilidad *dolorífera* tiene de la percepción de la *temperatura* externa, sino que aun la misma sensación del *mecanismo*, es decir, de la resistencia y cohesión de los cuerpos, puede aislarse enteramente de las impresiones térmicas, manifestándose así cuán diferente es la naturaleza materialístico-vital de cada uno de esos tres momentos del proceso sensitivo. Pues aun sucede algunas veces que un individuo después de haber perdido la sensibilidad para la temperatura de los cuerpos, conserva intacta la de las impresiones mecánicas. Marcet conocía a un médico que afectado de una anestesia cutánea del lado derecho, sentía sin embargo claramente con los dedos el pulso de los pacientes, su fuerza y frecuencia; pero que cuando quería examinar la temperatura de la piel, tenía siempre que recurrir a su mano izquierda.

¿Cuáles son pues aquellos diferentes elementos protofrénicos que producen de sí esas diferentes sensaciones, circunscribiéndolas anatómicamente de un modo bastante marcado para que puedan aislarse y aun excluirse en ciertos estados mórbidos?

Ya sabemos por las hojas-antecedentes que la morfología del encéfalo se compone de una infinita cantidad de celdillas microscópicas que constituyen la sustancia neuro-celulosa del órgano del alma (véase capítulo 4). Hemos también indicado la parte materialístico-vital que dicha sustancia toma en el acto de la dormición, del sonambulismo y de la lucidez, así como yo lo he concebido en virtud de mi intuición fundamental que me he formado acerca de la biología del cerebro (véase capítulo 7, págs. 358-359 y 360).

Además de esa sustancia morfológica hemos encontrado elementos que pertenecen a la estructura concreta, como son los cilindros, globos, etc. (véase capítulo 4, pág. 341), cuyos elementos, teniendo una forma distinta, deben de tener precisamente distintas funciones.

En el protencéfalo como parte del cerebro se encuentran estos mismos elementos, pero sus funciones son específicamente *sensitivas*, así como los mismos elementos son pensantes en

los hemisferios, imaginativos en el mesencéfalo y sentimentales (afectivos) en el cerebelo.

Es así natural que el proceso sintiente en el protencéfalo se reparta entre todos esos elementos, de los cuales cada uno se encarga de una distinta función de la totalidad sensitiva. Sin entrar aquí en los pormenores de esta materia, tan sólo apuntaremos lo necesario para los fines actuales.

En el dolor (y placer) el sujeto siente esencialmente su *propio estado* frente de la objetividad sentida, es decir, *se siente tan sólo a sí mismo* a través de la sensación que tiene de las propiedades inmanentes de los respectivos objetos; por consiguiente la producción orgánica del dolor debe verificarse en aquellos elementos del órgano sensitivo que representan el *yo mismo* de la sensación y éstos son precisamente los globos protencefálicos (véase capítulo 4, h, etc.). La pérdida de la sensibilidad *algógena* depende pues, en última instancia, de un estado paralítico de los globos, o también de una *perversión cualitativa* de ellos, y esta última parece ser la más probable en nuestra endemoniada. Como además dichos globos sensitivos no se encuentran en la estructura de los *nervios* sensibles y sus *redes periféricas*, sino en el mismo protencéfalo, debemos deducir que la causa de la insensibilidad del dolor reside esencialmente en dicho centro. Los globos protencefálicos en nuestra endemoniada no deben suponerse paralizados, sino más bien ofuscados por el embargamiento demonial, el que ha invadido los demás órganos cerebrales. (Capítulo 4, h; capítulo 6, pág. 350; capítulo 7, d, pág. 353, el fin). Podemos así admitir que la falta de dolor en la joven, durante su ataque, es producida por la distracción de su yo sintiente que se encuentra sumergido en la perversión demonomaníaca, es decir, *en la ocupación intensa de sentirse demonio*.

Los elementos cilindriformes (las fibrillas primitivas) en general perciben la objetividad multiforme, reproduciéndola en calidad de objeto externo, ajeno. Siendo ellos esencialmente sensitivos en el protencéfalo, *sienten* de los objetos que los impresionan sus propiedades inmanentes objetivas, las que componen la esencia y existencia de dichos objetos, como son su expansión calorífica, su polarización eléctrica, su peso, su coherencia, sus

dimensiones, etc. Esta clase de percepciones sensitivas es esencialmente distinta y separada de la sensación de dolor o placer, así como los cilindros son distintos y separados de los elementos globosos. Como los cilindros se continúan sin interrupción en los nervios y redes periféricas de la piel, las sensaciones objetivas se verifican desde luego sobre dicha periferia, mientras que el dolor, por los motivos expuestos, llega a sentirse primeramente en el centro sensitivo, para ser proyectado después al mismo lugar periférico de donde ha venido la impresión dolorosa.

Me atrevo a esperar que la ciencia aceptará mi explicación de esos fenómenos cuando llegue a ocuparse seriamente de reducir las manifestaciones misteriosas de nuestra alma a la actividad funcional de los elementos microscópicos del cerebro.

De todos los antecedentes que acaban de presentarse resulta que la ausencia más o menos completa de la sensibilidad dolorífera no *excluye de ninguna manera* el que la sensación de las propiedades objetivas de las cosas se verifique en nuestra endemoniada no sólo en los límites normales, sino tal vez aun con una finura verdaderamente lúcida.

Así la joven, durante su paroxismo, sentía sobre su piel las impresiones electro-termo-magnéticas de las cosas distantes con la misma finura y exaltación con que percibía el peso y la forma de los objetos que se le aplicaban en la piel misma. La resultante percepción sensitiva del *algo causal*, en el interior del sensorium protencefálico, despertaba luego en los demás órganos de su alma (en virtud de la comunicabilidad biólogo-molecular entre los órganos del cerebro (capítulo 4, d, e, f) correspondientes determinaciones psicológicas, aunque vagas y oscuras todavía, surgiendo en los hemisferios la *conciencia* de que hay algo que está produciendo la sensación, en el mesencéfalo la *presentación* imaginativa de ese algo causal, y en el cerebelo el *afecto* simpático o repulsivo hacia la causa de la sensibilidad puesta en acción.

Estas determinaciones oscuras tienen la tendencia inmanente de hacerse claras y exactas, así como nuestra imaginación suele reemplazar los elementos de una imagen incompleta que estamos recibiendo de un objeto lejano y poco iluminado, totalizándola por medio de la experiencia recordativa de semejantes impresiones habidas.

Como el alma de la joven, durante su paroxismo demonial, no es una tabula rasa destituida de experiencias anteriores, sino está más bien llena de multitud de recuerdos, como lo vimos en parte, tratando sobre su relación con los sacerdotes (véase capítulo 10, págs. 389-90-91), es natural que aquellas determinaciones consecutivas en el recinto de las provincias demonopáticas de los hemisferios, del mesencéfalo y del cerebelo estén aguzadas y guiadas por los recuerdos inmanentes de semejantes impresiones que la joven había experimentado en su vida de un modo más completo que durante el ataque, es decir por medio de la *simultánea acción de todos sus órganos sensoriales y psíquicos*. Alumbradas de este modo aquellas determinaciones, se hacen capaces de reproducir interiormente los demás elementos del objeto que no habían entrado en la percepción sensitiva, es decir, de adivinar con más o menos acierto y rapidez la verdadera idea e imagen de aquel algo causal, totalizando lo truncado de aquellas impresiones sensitivas.

La facultad de los sonámbulos lúcidos, de leer por medio de su tacto inmediato las letras de un libro, etc., o de conocer una llave, un botón o cualquier objeto distante por medio de los nervios sensitivos de su piel, se verifica exactamente por el mismo procedimiento frénico (cerebro-psíquico) que acabamos de exponer: por la rápida adivinación totalizadora que en este caso *reemplaza* la falta de la intervención visual, pero que no es absolutamente verdadera visión.

CAPITULO DECIMOSEGUNDO

LA GUSTACIÓN, EL AGUA BENDITA Y EL ZOOMAGNETISMO

Si en los capítulos anteriores nos encontramos con fenómenos que por su naturaleza mórbidamente exaltada rayan en sonambulismo y lucidez, brindándonos, en lugar de milagros vulgares, maravillas más grandes aunque más naturalísticas, nos vemos aquí, a nuestro pesar, llevados de lleno a la esfera misteriosa del magnetismo animal, y rompemos más decididamente con la intuición teológica con que los informantes han revestido el caso en cuestión.

Pero esta ruptura es aparente. El elemento antropomagnético no excluye la significación religiosa de la cosa, y mientras el sujeto divinamente inspirado obra de un modo ideal por medio de los símbolos de la palabra, es posible que su contacto orgánico con sus semejantes y con las cosas, en el culto, sea acompañado de emanaciones magnético-vitales muy vigorosas. ¿Acaso es menos milagroso el efecto antihemorrágico que el tocamiento del vestido del Dios-hombre ejerció en la mujer enferma, por ser producido por la emanación divinamente corpórea de esa "fuente de inexhausta vida"? ¿Acaso es menos sagrada la virtud del agua bendita, si además de su operación sobre la fe, derrama en el agraciado las irradiaciones del fluido magnético con que el sistema nervioso de un sacerdote la ha penetrado?

“En los ataques alegres la joven pedía algunas veces que comer y que beber, agua, vino, jamón, dulces y de todo lo que hubiese. Si le traían, comía o bebía, generalmente con voracidad”. Pero conservaba en medio de eso una sensibilidad tan exquisita hacia todo lo que tenía conexión con la índole demonial de su enfermedad, que “si alguna vez le llevaban en el agua común agua bendita, *sin que ella lo pudiese ver* por supuesto, se enfurecía y no la tomaba. Una vez hicieron la prueba de ponerle agua bendita en una bebida de tamarindo, que ella tomaba con gusto, y no la quiso tomar, diciendo *beatas bribonas*, etc., a las hermanas de caridad que se la daban”. (García).

“Las mismas hermanas de caridad refieren varias pruebas que ellas hicieron durante el tiempo que permaneció en el hospital y que han continuado después en el hospicio adonde pasó abandonada ya de los médicos como incurable, como haberle, repetidas veces, cuando estaba en el furor y pedía que beber, pasado un vaso de agua bendita sin podérselo hacer tomar; pasarle después otro con agua natural y al momento tomarla; ponerle a *escondidas* una gota de agua bendita en una cucharada de jarabe y rehusarla; pasarle enseguida una cucharada de jarabe solo y al instante tomarlo (Zisternas).

Estos hechos, tan misteriosos como extraordinarios, no contienen en sí más milagro del que se encuentra ab aeterno en el mismo orden de la naturaleza, ni son más misteriosos que cualquier fenómeno natural por más manifiesto que se nos presente. La repugnancia que la mente indagadora tiene en explicar procedimientos residentes en la esfera de la *idea naturada*, por medio de la intervención de un poder supranaturalístico, no consiste en la falta de fe de que *antes y fuera* de la naturaleza reine la idea absoluta en eterna contemplación creadora y reabsorbidora del universo, sino tiene su origen más bien en la imperturbable convicción de que la fuerza divina, en cuanto está encarnada en la naturaleza, *obra como naturaleza* efectuándose en calidad de ley inmanente cuyo *íntimo ser* es justamente la materialidad. El buscar para cada fenómeno una causa supranaturalística separada es principiar artificialmente cada vez de nuevo por la creación primitiva y arrancar las cosas de su flujo lógico y no interrumpido que tienen ab aeterno de la idea divina. Dios

obra en grande y en todo, pero los movimientos detallados y mucho más las minuciosidades de la creación continúan su inexhausta vida por *ese* momento divino que de El se inmerge sin cesar en la naturaleza, *transustanciándose* en ella.

El influjo *inmediato* del agua bendita, como *agua*, sobre el *cuerpo* es material, y distinguiéndose éste del efecto del agua común, para la sensación de la endemoniada, manifiesta que el agua bendita es *materialmente distinta* del agua natural, y que ha sufrido por el acto de la bendición un cambio interior, aunque no sea más que molecular o dinámico o como quiera que se lo llame, a semejanza del agua electrizada, calentada o enfriada, que sin haber sufrido alguna alteración química, es sin embargo alterada en su mecanismo, intensidad y efecto.

Para el alma religiosa, que sabe de antemano que esta cantidad de agua ha sido elevada por el acto de la bendición a la idealidad de un símbolo, y que tiene la fe en la legitimidad de dicha bendición, el agua bendita obra de veras en calidad de un elemento ideal y purificador, y su efecto material desaparece como cosa secundaria. Pero cuando el agua bendita produce un efecto particular en un individuo que no *sabe* de antemano ni tiene la facultad mental clara para saber que esta agua ha sido bendecida, cuando *produce un efecto corpóreo* manifestándose a los nervios sensitivos de los labios y lengua y tal vez al olfato, como sucede en nuestra endemoniada, cuyas sensaciones son bastante finas para percibir dicho efecto, entonces debemos sospechar que las manipulaciones y exhalaciones del sacerdote en el acto de bendecir han dejado rastros más o menos duraderos en el agua, rastros que ligados al agua deben haber alterado su constitución dinámica, de cualquier modo.

Esta *influencia inmediata orgánica* del hombre sobre sus semejantes como sobre las cosas inanimadas, sea determinada por la concentración profana o el recogimiento religioso de la voluntad, debe tener su causa precisamente en alguna irradiación vital de la sustancia nerviosa, puesto que los órganos nerviosos son el sitio progenitor de la concentración, del recogimiento y de la voluntad.

Esta irradiación vital del organismo humano, la que influye en otros organismos y en cosas inanimadas, es el *magne-*

tismo animal, es esa fuerza mágica del hombre que yo quisiera llamar la *magia antropológica*.

Para mostrar cómo *el hombre puede magnetizar el agua*, me valdré de la autoridad de un observador honrado, estricto y cauto, del señor Deleuze, cuyo testimonio es tanto más importante por cuanto el charlatanismo, apoderándose de la doctrina zoomagnética, ha destruido la poca fe que los hombres sensatos pudieran tener en la verdad indisputable de dicha doctrina.

“El magnetizador puede comunicar su fluido a muchos objetos, estos objetos se hacen conductores de su acción o verdaderos instrumentos de su transmisión, produciendo efectos magnéticos sobre las personas con quienes el magnetizador se halla en comunicación. Estos auxiliares son el agua, la ropa de lana o de algodón, planchas de cristal, etc.”.

“El agua magnetizada es uno de los agentes más poderosos y saludables que se pueda emplear. Los enfermos deben beberla durante o después de sus comidas, cuando la comunicación entre ellos y el magnetizador está establecida. Ella lleva el fluido magnético directamente al estómago y de ahí a todos los órganos, etc.”.

“Para magnetizar agua se toma el vaso que la contiene y se hacen con las dos manos alternativamente pasos repetidos desde arriba del vaso hacia su fondo. Se introduce el fluido magnético en la abertura de la vasija presentándole los dedos repetidas veces lo más cerca posible. Aun se puede magnetizar soplando sobre el agua o moviéndola con el dedo pulgar; o también teniendo el asiento con una mano y arrojando con la otra el fluido sobre el vaso”.

“Se puede magnetizar un jarro de agua en dos o tres minutos, un vaso de agua, en un minuto. Es superfluo repetir aquí que los procedimientos indicados para magnetizar agua son absolutamente inútiles y sin efecto si no se verifican con atención y con una voluntad determinada”.

“He visto efectos tan maravillosos del agua magnetizada, que temía haberme engañado y no me di por enteramente convencido hasta que hice un mil de experimentos”.

“Los pacientes perciben muchas veces un gusto particular en el agua magnetizada distinguiéndola generalmente del agua natural. Yo creía aun ver que el gusto experimentado por el pa-

ciente indicaba la clase de remedios que dicho enfermo necesitaba para su curación. Si por ejemplo encontró el agua amarga bebiéndola sin embargo con placer, daba motivo para hacer presumir que cosas amargas le serían saludables, aunque no he hecho bastantes observaciones para confirmarlo como hecho”.

“No se sabe todavía cuánto tiempo el agua magnetizada conserva su virtud, pero es cierto que la conserva por muchos días, y multitud de hechos demuestran aun que no la pierde por algunas semanas”.

“Parecíame que el agua magnetizada no ejerce ninguna influencia en personas que nunca habían sido magnetizadas. Pero muchas observaciones que se me han comunicado, poco tiempo ha, me han convencido de que mi suposición era falsa, y que semejante agua suele obrar algunas veces de un modo muy eficaz aun en individuos que jamás han sido magnetizados. Puedo citar, entre otros ejemplos, un caso de una mujer que padecía mucho tiempo de dispepsia y que se curó pronto por este medio”.

Véase la respectiva obra: *Practical instruction in animal magnetism*, by J.P.F. Deleuze. Translated from the french by Thomas C. Hartshorn, New York and Philadelphia, 1843, pág. 56 y ss.

La particularidad *material* del agua bendita, siendo distinta de la naturaleza ideal y simbólica con que el culto religioso reviste la materia, se deja pues sin violencia reducir a una alteración magnética de dicho fluido. Esta alteración se produce por las manipulaciones del sacerdote, *sin que él mismo lo sepa*, y esencialmente en consecuencia de la concentración religiosa de su mente y del determinamiento exaltado de su voluntad, durante el acto de bendecir el agua. La intensa actividad de la masa cerebral y del sistema nervioso entero, cuya manifestación psicológica es justamente aquella voluntad religiosa, obra sobre el agua de un modo magnético, es decir, desconocido, a semejanza de la acción atractiva del imán sobre el fierro lejano o de la botella electrizante de Leyden sobre los cuerpos distantes. Y el sacerdote es en este sentido un verdadero *mag*o, que transportando sobre el elemento acuoso su inspiración divina, derrama en él su propia fuerza nerviosa, su emanación vital, “su fluido magnético”.

Cual sonámbula distingue la endemoniada el agua magnéticamente bendita. Esta produce sobre la *exquisita sensibilidad* nerviosa de sus labios, y la exaltada *gustación* de su lengua una impresión particular, sea amarga, sea nauseabunda, pero de todo modo distinta de la que le causa el agua natural. Por el acto reflexivo de su mente *conoce* que aquella agua no es el agua común que ella suele tomar para apagar su sed, y la rechaza, sencillamente porque no le gusta, porque tiene repugnancia al sabor particular que el agua magnetizada tiene para su gusto, de la misma manera como un paciente magnetizado percibe un sabor amargo en semejante agua y la rechaza si no le agrada.

Es también posible que la joven rechace el agua no sólo por sentir en ella un gusto desagradablemente extraño y conocer que esa agua no es natural, sino también porque *sabe de antemano que es agua bendita*: lo sabe de antemano, pues los experimentos no se hacían desde el principio con la suficiente cautela para que ella no los haya vislumbrado una sola vez siquiera. Y una vez que el *conocimiento* de tal agua *bendita* se haya combinado en su sensorium con la *gustación* del sabor *magnéticamente* particular de tal agua, es muy fácil que ella reconozca dicha agua *siempre* que le sienta un sabor magnético, aunque no sepa en el caso actual que habían bendecido la presente agua. Reconocida la causa de aquel sabor extraño, es natural que rechace de sí el agua bendita magnetizada, como rechaza las reliquias, las cruces, las palabras bíblicas y todas las demás cosas sagradas, en virtud de aquella antipatía mórbidamente antirreligiosa y satánica que, como veremos más tarde, es la esencia guiadora de su perversión mental.

El experimento que hubiera podido aclarar esta materia habría sido el de darle agua magnetizada por un lego, por cualquier magnetizador y no por un sacerdote ordenado. Pero aunque no rechazase tal agua profana, no fuera todavía demostrada en este caso la eficacia específica de la bendición como tal, si no deduciéramos sencillamente de eso que la repugnancia mórbida hacia el agua *magnetizada* se despierta por el presentimiento de que el agua está magnetizada por medio de la *bendición*.

Si echamos una mirada retrospectiva sobre todo lo que hemos dicho acerca de la exaltación sensitiva y sensual que nues-

tra joven presenta durante su paroxismo, vemos una sorprendente semejanza con las correspondientes manifestaciones del sonambulismo lúcido, espontáneo como artificial.

La insensibilidad para las impresiones doloríferas, la visión al través de los párpados, el leer con los dedos, o más bien el distinguir por medio del *tacto* las imperceptibles *protuberancias* de las letras escritas o impresas, el conocer la presencia de personas sin verlas, etc., todos esos fenómenos se repiten de un modo más o menos constante, más o menos completo, en la verdadera no fingida lucidez.

No satisfecho con la explicación que de esos fenómenos han dado los autores, reduciéndolos, ya a un sentido general nuevo, ya a una trasplatación de los sentidos, explicaciones tan inconsistentes en teoría como absurdas para la observación empírica, he tratado de restituir aquellas acciones exaltadas a sus focos *inmanentes*, a sus mismos órganos morfológicos adonde pertenecen, y he mostrado al mismo tiempo la posibilidad física que tienen los objetos de la naturaleza de entregarse a los sentidos cuando éstos son bastante finos para percibirlos.

Destituido de la suficiente experiencia propia en esa esfera misteriosa e interesante que llamamos lucidez, voy a exponer algunos de los hechos más exactos y fidedignos que varones tan respetables como sabios han referido. Esos hechos patentizarán más que todo raciocinio la gran semejanza que existe entre los fenómenos del sonambulismo lúcido y las manifestaciones sensitivo-sensuales de nuestra endemoniada.

Tocante a la insensibilidad para el dolor citaremos el testimonio de J. Cloquet, que es una gran autoridad en la ciencia además de su excelente carácter moral y de su rectitud caballerosa. Este mismo Cloquet la confirma con respecto al caso de madame Plantin, a quien amputó un pecho mientras se encontraba sumergida en el sueño magnético. Aunque él haya visto algunos pacientes que durante la más dolorosa operación no proferían una palabra, ni exhalaban una queja siquiera, ha notado sin embargo que éstos por su talante, sus movimientos, sus gestos, sus labios comprimidos, sus puños cerrados, por la inspiración suspendida, la rigidez del sistema muscular o cualquiera otra expresión, indicaban los esfuerzos intensos de su voluntad.

para repercutir las manifestaciones del dolor y por eso mismo dando un testimonio elocuente de sus angustias tremendas y de su firmeza mental. Pero en madame Plantin no se descubría ninguna de esas manifestaciones; al contrario, se mantenía ella en perfecta calma, en perfecta indiferencia hacia la operación; aun durante la sección de los nervios y su contusión intencional se comportaba la enferma como si no tuviese nada que hacer con lo que pasaba por ella. Y todo esto sucedió en una persona cuyo sistema nervioso era sumamente impresionable. Después de vuelta en sí no se acordó de nada. Véase la obra inglesa: *Human magnetism; its claims to dispassionate inquiry being an attempt to show the utility of its application for the relief of human suffering*, by W. Newnham, New York, 1845, pág. 124.

Un caso fidedigno, en que casi todos los sentidos entran en exaltada acción, es el de la hija del doctor Pigeaire de Montpellier. Los fenómenos presentados por esta joven, durante su lucidez magnética, han sido descritos por su mismo padre y por Lordat. La niña tiene once años, es delicada y se halla en convalecencia de una enfermedad anterior. El siguiente extracto es sacado de la descripción del doctor Pigeaire.

“Ya hemos visto que la niñita, en su estado sonámbulo, ha descrito ciertos objetos encerrados en cajas de rapé, y anunciaba la llegada de personas antes que entrasen a su pieza, diciendo aun quienes eran; y que leía con los ojos vendados de manera que la luz no podía entrar en dichos órganos.

“El profesor Lallemand, un antiguo amigo, deseaba ver a mi hija en su estado magnético, y especialmente para convenirse de su facultad de leer sin el auxilio de su visión ordinaria. Una tarde fuimos a su casa, donde encontramos a su padre, a su mujer y a su hija doña Elisa Lallemand. Como el profesor fuese detenido fuera de su casa, quisimos volvernos, pero la señorita Elisa suplicó a madame Pigeaire que hiciese dormir a su pequeña sonámbula a fin de que leyese con los ojos vendados. Doña Elisa misma vendó los ojos a la niña, la cual, después de haber sido arrojada en el sueño magnético, leyó una página entera de uno de los libros de la biblioteca del profesor, con una facilidad mucho más grande de la que tiene en su estado natural. Como la niña declarase que no se sentía fatigada, la señorita Lallemand

sacó de su escritorio una carta. Apenas la tomó en la mano y antes de que pudiese mirarla ella misma, cuando la pequeña sonámbula exclamó: Esta carta es de Ernesto (un sobrino del profesor). La señorita Elisa fue herida como por un rayo. La niña leyó entonces la carta con la misma facilidad como había leído en el libro. Trajeron un retrato de familia, y la niña, después de haber *aplicado sus dedos* al vidrio, pasándolos rápidamente por toda su superficie, describió uno por uno a todos los personajes que componían ese retrato, *los que nunca había visto anteriormente*.

“El señor Lallemand vino al día siguiente a mi casa y vio a la pequeña inválida que estaba afectada de una irritación cerebral, probablemente a consecuencia de la excitación demasiado grande y prolongada de la tarde anterior.

“Habiendo sido magnetizada por su madre un día, en presencia del profesor Lallemand, de Mr. de Saint Crieq y dos o tres médicos más y muchos estudiantes, en uno de los aposentos del hospital, la niña leía con los ojos herméticamente vendados en un libro que uno de los incrédulos le presentó.

“Otro espectador tomó dos retratos que entregó a la niña uno por uno. Después de haber pasado sus dedos por el vidrio del primero, dijo: “Este es un hombre viejo, no *muy* viejo, pero de una edad considerable, yo no lo conozco”. Este era el retrato del profesor Broussonet. Del segundo dijo: “A éste conozco, es Mr. Lallemand”.

“Mr. Kuhnholz, librero de la facultad de medicina en Montpellier, que se ocupaba de indagaciones magnéticas con celo y conocimiento, deseaba ver a mi hija en su sueño lúcido. Le cubrimos los ojos primeramente con algodón y encima de éste le pusimos la venda. Kuhnholz, que había traído consigo un libro, se lo presentó y ella después de algunos momentos de hesitación, *ayudándose con los dedos*, principió a leer con facilidad. El doctor Pongoski, que se halló presente en esta sesión, bajó un retrato de Mr. Trélat; la niña, después de haber aplicado sus dedos al vidrio, leyó con rapidez la sentencia impresa al pie de dicho retrato”.

Es preciso notar aquí que los ojos de las personas magnetizadas están siempre en un estado de movimiento oscilatorio co-

mo persiguiendo los objetos que quieren percibir y esta oscilación incesante, oprimida por el algodón y vendaje, hacía sufrir mucho a la pequeña sonámbula.

“En la sesión siguiente sustituimos a la venda una máscara, después de haber tapado los ojos con terciopelo negro cuatro veces doblado. Aunque la máscara parecía hacer en esta criatura una impresión desagradable, la que manifestaba por repetidas súplicas de que esperásemos hasta que se hubiese acostumbrado al nuevo aparato, leía sin embargo con *precisión* en un libro que el señor Kuhnholz había traído. Después de lo cual el Dr. Pongoski sacó otro libro, preguntando a la pequeña joven si podría leer en él sin abrirlo. Eso era pedir una cosa más extraordinaria todavía después de haber hecho la niña cosas ya bastante extraordinarias. La criatura, refregando con sus dedos la cubierta del libro, dijo: *No puedo leer, sólo percibo que está en verso*. Levantada la cubierta y quedando la hoja blanca sobre el título, la joven pasó los dedos por la hoja y leyó: *Fables de Lafontaine*. Mientras la dejamos descansar, alguien tocó la campanilla de la puerta; fui a abrirla y ella dijo que era Mr. Eustache el que venía. Fuimos tanto más sorprendidos por otra noticia cuanto que uno de los amigos presentes había dicho que Mr. Eustache se había ido al campo y no vendría a la sesión. Era efectivamente el mismo caballero”.

Semejantes experimentos fueron repetidos, con algunas modificaciones, en presencia de los señores Lordat y D'Amador, profesores en la facultad de medicina de Montpellier, demostrando, como dice el informante, la clairvoyance (debería decir el exquisito tacto) por medio de los dedos. Sobre esta última sesión ha dado el profesor Lordat un interesante informe (23 de diciembre de 1837) que reproducimos aquí en pocas palabras:

“Después de haberle cubierto los ojos de un modo verdaderamente hermético, fue magnetizada la joven, como siempre, por su propia madre. Treinta y cinco minutos pasaron hasta que se encontró capaz de satisfacer a los experimentadores. Tomó el libro que le presentaron y no pudo leer la primera línea: “*Biographie*”, impresa con letras ornamentales y oscurecida por innumerables florones, pero leyó: “*des médecins français*”, tardando considerablemente y como *deletreando* para sí; sólo la pri-

mera letra de cada palabra tocaba con el dedo, lo demás leyó sin tocar. Después siguió leyendo: "*vivans*" y lo demás, con bastante fluidez, pero llegando a las palabras: "*officiers de santé*", escritas con letra cursiva, se detuvo diciendo: "*voilà une écriture couchée*", pero luego las pronunció perfectamente, después de haberse ayudado con los dedos. Leyó también al través de un vidrio que se puso sobre la página. Otras veces no podía leer, diciendo que la tinta era demasiado pálida.

"El 3 de octubre, dice el profesor Lordat, fui a pagar una visita de agradecimiento a la pequeña sonámbula. Pregunté a su madre si la joven necesitaba de *luz* para leer, a lo cual me contestó afirmativamente que bien, que era capaz de leer con el auxilio de un grado de iluminación que para otras personas era insuficiente, pero que ese grado de luz le era indispensable. (Véase cap. 9).

"Pregunté también si la señorita podía leer al través de un cuerpo opaco, interpuesto *entre sus ojos y manos*; y madame Pigaire contestó que *no*. Pregunté si podría leer poniendo sus manos detrás de sus espaldas, y también la contestación a esta pregunta fue negativa". (Véase cap. 9, pág. 379).

Consúltese la obra citada de Newnham págs. 170 y 182, de donde he extractado los datos referidos.

CAPITULO DECIMOTERCERO

LAS CONVULSIONES Y EL DESARROLLO DE FUERZAS EXTRAORDINARIAS

No sólo las prolongaciones sensitivas y sensuales del encéfalo se encuentran en un estado de intensidad lúcida durante el paroxismo, sino también las prolongaciones motoras y la médula raquidiana toman parte en aquella mórbida exaltación funcional que es el momento *cuantitativo de la perversión demonomaniaca*.

Si consideramos la médula raquidiana, o más bien sus elementos excitomotores, por una verdadera y directa continuación anatómica de la masa cerebral, como lo hace la mayor parte de los fisiólogos, nos es fácil comprender cómo la excitación mórbida de esta última puede continuarse directamente en aquel eje excitomotor, determinándolo a que se manifieste —de un modo exaltado también— en el sentido de su inmanente naturaleza motora. Pero los hechos experimentales y aun las observaciones patológicas se dejan interpretar de un modo opuesto, manifestando más bien que existe una relación antagonística entre aquellos dos centros nerviosos, y el gran desarrollo de convulsiones tetánicas y clónicas en sapos decapitados parece demostrar que el cerebro, lejos de trasplantar su acción sobre la médula, más bien repercute y domina la libre actividad de la última y viceversa. Una exacta y cautelosa examinación microanatómica de la estructura de la médula espinal patentizará aun que la

verdadera parte raquidiana excitomotora (fibras transversales) no tiene ninguna conexión directa con el cerebro, sino que su conexión con este último se verifica por medio de las fibras longitudinales que desde la masa encefálica hasta la cauda equina atraviesan el largo del eje medular.

En vista del mencionado antagonismo debemos recordar que una inmensa parte de las masas cerebrales se encuentra, en nuestra endemoniada durante su paroxismo, en un estado de supresión hipnótica (véase el cap. 7).

De este modo el cerebro, habiendo perdido en consecuencia de su inacción una gran parte de su dominio restrictivo sobre la médula espinal, da lugar a que esta última se desate con todo su libertinaje reflectomotor, produciendo movimientos convulsivos, a semejanza de los temblores del sapo decapitado o envenenado con tabaco.

Por otra parte continúa sobre la médula espinal el resto de influencia dominadora que queda en las masas cerebrales despiertas y activas. Esta influencia es la *voluntad*, la cual trasplantándose sobre las fibras *longitudinales* de la masa raquidiana produce movimientos voluntarios. Pero como las masas despiertas en nuestra endemoniada son *demonopáticamente pervertidas y exaltadas* (véase cap. 7), es claro que su voluntad, si llega a manifestarse, se manifestará en los movimientos de un *modo mórbido, exagerado*, correspondiente a la dirección interna de su alma perturbada, y en lugar de restringir el libertinaje convulsivo, lo *exagerará de intento*, produciendo una complicación satánica de contorsiones involuntarias, voluntarias y fingidas a la par.

Este complejo de movimientos es artificial y violentado en la enferma, y se presenta tan sólo cuando la incomodan e irritan por medio de las oficiosidades teólogo-médicas, despertando en su alma alterada esas reacciones defensivas contra los intrusos, esas iras maniáticas que, originadas de la voluntad diabólicamente antisacerdotal, se aumentan en proporción directa de las oficiosidades sagradas con que la acosan.

Dejada así sola, la joven no presenta en su ataque más que un semblante estúpido o burlón con gesticulaciones convulsivas de la cara, acompañado de temblorcillos clónicos en los músculos del tronco y de las extremidades, que de cuando en cuando

se hacen tetánicos. Estas manifestaciones provienen exclusivamente de la médula espinal, siendo excitomotoras y separadas de la voluntad; y son en este respecto del todo idénticas a las oscilaciones musculares que he observado en sapos decapitados o envenenados por una infusión de tabaco. Semejantes fenómenos reflectomotores se observan a menudo en niños enfermos del cerebro, cuando este órgano principia a perder su influencia restrictiva, que en el estado normal ejerce en la médula raquidiana.

Separadas así por la crítica aquellas dos acciones motoras, y reducida cada una a su foco correspondiente, se nos hace fácil desintrincar aquella confusión de fenómenos que por su apariencia satánica impusieron tanto al público como ofuscaron la mente indagadora del doctor García.

Durante el ataque locuaz (nito-nito) la joven “sufre fuertes convulsiones al parecer nerviosas, pero de un carácter extraño y desconocido; levanta extraordinariamente el pecho, hace sonar el estómago como quien agita violentamente un barril lleno de algún líquido, hincha el vientre de tal manera que no han podido dos hombres cargándose encima vencer su resistencia, ni las fuerzas de cinco han bastado para darla vuelta, y nada de esto he observado en el segundo”, es decir en el ataque tonto o mudo. (Zisternas). Sin duda que todas esas contorsiones no se presentan cuando la dejan tranquila.

El doctor Padín hace en su informe una descripción interesante, en la cual se deja ver que aun el órgano uterino entra en acción mórbida durante las convulsiones y contorsiones de la enferma.

“En el tórax y abdomen un movimiento de vaivén produciendo un chasquido semejante al de un cuerpo que se choca con el agua. Examinando por la presión el vientre, se siente ocupado por un *cuerpo redondeado y duro* que ocupa los dos tercios o más de la cavidad que se mueve independiente de las paredes abdominales cuyos músculos pueden aislarse de dicho cuerpo; la presión fuerte y sostenida no le detiene en un punto, se escurre debajo de las manos y momentos hay en que desaparece”. Si no es el diablo el que se mueve en el vientre de la muchacha, será el útero junto con un conglomerado convulso de los intestinos, que se

mueven por los espasmos violentos, involuntariamente voluntarios, del diafragma y de los músculos abdominales.

Aunque los informantes consideren esos movimientos convulsivos por extraños, desconocidos y aún demoniales, los dejaríamos no obstante fuera de nuestro examen si de ellos no dependiese otro fenómeno que en juicio de los partidarios del espiritualismo diabólico no puede absolutamente ser producido sino por un poder superior, un poder que según ellos se encuentra *fuera* del recinto de las posibilidades de la vida orgánica y de la cohesión física en general. Este fenómeno es la resistencia de los miembros, o más bien de los músculos, a todos los esfuerzos que tienden a sacarlos del estado en que se encuentren.

El señor Zisternas refiere lo siguiente: “Uno de los concurrentes intentó ponerle (a la muchacha paroxismada) en la boca un *lignum crucis* y al momento la muchacha se dio vuelta boca abajo. Se me ocurrió entonces preguntarle al doctor Sazie si le parecía prueba física, para manifestar que no era aquélla una ficción, el que entre todos los que había presentes no pudiesen dar vueltas a la enferma dejándola en la situación que antes tenía, no obstante la poca fuerza que en ella debía suponerse si se atendía a su débil constitución. Como me respondiese que sí, dirigiéndome a los concurrentes les dije: Vengan los que quieran y denla vuelta. Al instante sentí interiormente cierto temor, que parece me advertía de mi imprudencia. Yo no podía saber con certeza el resultado porque era la primera vez que hacía tal prueba, pero la fuerza de la convicción me arrastraba a ello (!). Mientras dos jóvenes forcejeaban por darla vuelta, hice allá en mis adentros esta reflexión: si la cosa es cierta como yo creo y Dios quiere que se compruebe (que la muchacha esté endemoniada) no puedo salir burlado; de lo contrario lograré al menos salir de mi engaño, y con esta fe (!) dije al momento: Son pocos, vengan más. Vinieron tres más y entre los cinco por más esfuerzos que hicieron no pudieron darla vuelta. Uno de los concurrentes gritó: Le quiebran los brazos. No importa, le contesté, lo que se quiere es darla vuelta. Cuando ellos se rindieron diciendo que era imposible verificarlo, le pregunté al doctor Sazie qué juzgaba sobre este incidente, para mí y para muchos concluyente. Me contestó: En estas excitaciones nerviosas se ha visto muchas veces

quebrar los brazos y las piernas antes que doblarlas. Le repliqué que si aquella muchacha estaba, como él decía, en tan fuerte excitación nerviosa que no habían bastado a darla vuelta las fuerzas de cinco hombres, ¿cómo era que a la voz de cualquier sacerdote esto se conseguía? y sin esperar respuesta dije al presbítero don Zoilo Villalón que le mandase en nombre de Dios darse vuelta, y al momento que lo hizo, con sólo un pequeño esfuerzo la enferma obedeció poniéndose en la situación en que se quería”.

Este fenómeno se compone a mi juicio de cuatro elementos que provienen de distintos centros orgánicos: la ticsura *convulsiva* de los músculos, auxiliada por la *voluntad* locamente tenaz de la enferma, la *insensibilidad* de dichos miembros y la *percepción* del mandato del sacerdote. De estos cuatro elementos conocemos hasta ahora la insensibilidad y la rigidez convulsiva; los demás ensayaremos a explicar en el curso de esta memoria.

Tocante a la rigidez muscular creemos no habernos equivocado cuando la atribuimos hace poco a una exaltada inervación tetanífera de la médula espinal. Los fenómenos descritos por el doctor García, como son las convulsiones clónicas de los músculos de los ojos, de la cara, de la cabeza y del tronco, como también el opistótono más o menos completo, indican con demasía esa excitación del eje medular.

La debilidad general no impide de manera alguna un desarrollo de grandes fuerzas en la parte convulsa; parece que la médula espinal se determina en una dirección parcial donde concentra todo su vigor inervativo. Es increíble lo vigorosas y pujantes que suelen ser las contracciones del útero y de los músculos abdominales en parturientas cuya excesiva debilitación nerviosa hiciera dudar de la posibilidad de parir; y aun la vigorosa presión que el partero siente por la mano de la desesperada mujer indica que también la voluntad es capaz de aumentar las fuerzas musculares más allá de la aparente posibilidad constitucional. Lo mismo sucede en las convulsiones mórbidas. Para sujetar a un epiléptico se necesitan tal vez cuatro o cinco veces más fuerza de la que puede inmovilizar al mismo individuo en su estado sano, y me parece muy fundado lo que contestó el doctor Sazie: “Que en casos semejantes se ha visto quebrar los brazos y piernas antes de doblarlas”.

Atendiendo pues a todo eso, es muy posible que los miembros resistan a todo conato de inflexión, a no ser que se doblen por ruptura de los músculos y fractura de los huesos, *cosa que indudablemente hubiera sucedido en el presente caso si los esfuerzos se hubiesen llevado al extremo*. Si los hombres se rindieron diciendo que era *imposible* darla vuelta, fue solamente porque era imposible darla vuelta *sin quebrarle* los huesos, y la misma sensación táctil que tuvieron del peligro en que entraba la cohesión de los miembros acometidos los hizo cesar instintivamente de su empresa. Ellos sentían bajo sus manos el peligro de la continuidad anatómica, sentían “que le estaban quebrando los brazos” y confundían esta su sensación con la idea de lo “imposible”.

Cuán exagerada era esa pretendida imposibilidad lo vemos claramente en otro experimento que, según el mismo informe del señor Zisternas, hicieron otras personas. El hecho es, con las mismas palabras del autor, el siguiente: “como ella se colocase segunda vez boca abajo, le dije al doctor Villarreal que la diese vuelta; no obstante que él se jactaba que no podría resistirle, no fueron sin embargo suficientes sus fuerzas para darla vuelta, hasta que le ayudaron el doctor Fontecilla y el señor Larraín, y (¡fíjese bien el lector!) *entonces sólo pudieron darla vuelta* manteniéndola un momento en aquella situación mientras la tenían sujeta de los brazos, pues tan luego como la soltaron quedó en la misma actitud que antes tenía”.

Pero una objeción se nos presenta, y es que esta rigidez convulsiva, bien que producida directamente por la médula espinal, se sostenía por la *voluntad* de la enferma, puesto que para evitar el lignum crucis se puso espontáneamente boca abajo, como también se dio vuelta, aunque con un pequeño esfuerzo, por el mandato del sacerdote. De este modo la rigidez, no siendo enteramente producida por el tétano involuntario, debiera ceder a los esfuerzos en cuanto dependía de la voluntad, pues ¿por qué no ha de ceder la voluntad al mecanismo de los cinco hombres cuando cede a la palabra de un sacerdote?

La contestación del porqué obedece exclusivamente al sacerdote la ensayaremos después; por ahora sólo nos importa saber por qué no se dobla la voluntad al esfuerzo *mecánico*.

Para que una cosa obre sobre mi voluntad es preciso que entre en mi percepción, sea por mis sentidos como palabra o señal, sea por mis nervios sensitivos; este último camino es sin duda poco agradable pero bastante usado para determinar nuestra voluntad: un empuje o un golpe que uno recibe pasa por los nervios sensitivos al cerebro y allá despierta la conciencia de su significación, como el caballo por ejemplo, que siente el chicotazo y que percibiendo lo que significa, determina su voluntad de acelerar su paso.

En nuestra endemoniada el camino por donde obra el esfuerzo mecánico sobre su voluntad es la superficie sensitiva de su cuerpo. Pero esta superficie es insensible para el dolor, como lo habíamos visto; luego la presión mecánica no llega a su conocimiento y voluntad de un modo debidamente intenso. Como lo único que pudiera doblar su voluntad —el dolor de la presión— no existe para ella, por consiguiente no *siente tampoco la necesidad dolorosa, urgente*, de obedecer, aunque sienta, vea y oiga lo que están haciendo con ella.

De este modo desaparece todo lo milagroso del fenómeno: la excesiva excitabilidad de la médula espinal recibe por la menor inervación del cerebro un estímulo tan intenso y momentáneo, que prorrumpe en contracciones musculares; o más bien las *posturas voluntarias* de la enferma, inervadas por la exaltada médula espinal, se ponen luego *convulsivas y rígidas*, y unidas con la insensibilidad resisten a los esfuerzos mecánicos. Así la rigidez de los miembros, la voluntad de no moverlos y la insensibilidad de todo dolor son los tres poderes demoniales de este fenómeno.

Pero luego que la voluntad se siente dominada por el sacerdote, obra disolviendo sobre aquella tensión raquidiana e imprime al cuerpo la postura deseada.

CAPITULO DECIMOCUARTO

EL CONOCIMIENTO DEL AFUERA, LA VOLUNTAD Y LAS CONTORSIONES CONVULSO-VOLUNTARIAS

Si acabamos de ver cómo la médula espinal está abandonada a su autocracia propia *reflecto-motora* tan sólo en consecuencia de la *abolida* acción de la mayor parte de la totalidad cerebral (capítulo 13; cap. 10, pág. 389 y pág. 359), nos hemos convencido, por otra parte, de que la exaltación lúcida de los sentidos no era más que la *exaltación* continuada de los mismos órganos cerebrales, así como aquellos son esencialmente las prolongaciones morfológicas de estos últimos. La aparente contradicción que está envuelta en dicha relación se resuelve inmediatamente por aquella especie de antagonismo que existe entre las provincias sanas y los focos satánicamente pervertidos del cerebro durante el ataque.

Pues mientras la mayor parte del cerebro, la parte sana, cesa de funcionar y pierde de este modo su influencia restrictiva que tenía sobre la médula raquidiana, las manifestaciones de los focos endemoniados estallan con toda su impetuosidad paroxística, propagando su exaltación sobre los sentidos y dominando por su impetuosidad morbosa la médula espinal, no de un modo regulador y restrictivo, sino para introducir en ella un elemento loco y satánicamente trastornador.

La exaltación de los focos enfermos, los únicos que entran en acción durante el ataque, es siempre un *aumento* de las fun-

BIBLIOTECA NACIONAL
CHILENA
429

ciones del alma, aunque este aumento está en un alma pervertida. Todo el ser psíquico que la joven revela en ese estado se verifica tan sólo por medio de los *focos enfermos*, de un modo pervertido, sí, pero siempre exaltado. *Hay aumento de cantidad y de intensidad, aunque la calidad de esas acciones es mórbida, demonomaniaca.* Una minoración de las manifestaciones del alma sería idiotismo, sería mulidad.

La enferma contesta a las preguntas que le hacen no de un modo muy llano, sino aun muchas veces con una especie de burla; manifiesta por palabras que quieren engañarla cuando alguna persona le pone a escondidas sobre la cabeza un *lignum crucis*, etc., una vez se burló de una persona que le preguntó si entendía el francés, diciéndole: “¿y tú, sabes?”. De esas cosas y de toda la historia, que hemos enlazado en las indagaciones antecedentes, se sigue lo que acabamos de deducir en este capítulo, es decir, que la enferma durante su paroxismo percibe en su interior, por medio de su *imaginación e inteligencia* endemoniadas, todo lo que pasa a su alrededor, que tiene conocimiento de afuera.

No es esto sólo. La enferma tiene sus simpatías y antipatías por personas y cosas. Aborrece las reliquias, cruces e imágenes, manifestándose indiferente a las cosas profanas; parece tener algunas veces gusto, otras veces repugnancia hacia los sacerdotes, deteniendo su atención en ellos cuando están todavía por entrar a su pieza, etc. Vemos aquí que la joven durante su paroxismo, además de manifestar *afectos*, tiene la fuerza del detallamiento, que *distingue* una cosa de otra, o más bien una percepción de otra, es decir, que tiene *juicio*, aunque este juicio tenga un punto de partida falso, loco, demonomaniaco.

De modo que todas las facultades psíquicas, que en los cuerdos se verifican por el cerebro entero y de un modo normal, se efectúan en la endemoniada por medio de los focos pervertidos y exaltados, de un modo exaltado también; más o menos a semejanza de las partes excitadas pero funcionantes en medio de los pulmones tuberculosos cuya respiración se hace más intensa (pueril) por la inactividad de las demás.

Las moléculas endemoniadas y despiertas en la masa de los cuatro órganos cerebrales están bastante exaltadas para que las percepciones sensitivas y sensuales puedan trasmudarse en el in-

terior de ellas en imágenes, ideas, afectos y sensaciones, es decir, para que la joven tenga el pleno conocimiento de todo lo que está pasando fuera de ella.

La manifestación externa de los sucesos interiores del alma es la voluntad: y la endemoniada manifestaba, por las reacciones que oponía a las personas y cosas, que durante su paroxismo tenía una *voluntad* muy determinada, haciéndola valer por medio de movimientos que daban mucho hacer a los experimentadores.

Al aplicarle un pañuelo empapado en alguna de las sustancias olorosas (éter, álcali volátil, cloroformo) retiraba la cara y agarraba con fuerza la mano del doctor García, o el mismo pañuelo, para retirarlo de las narices, "con tal maña y habilidad, que a pesar de estar tres o cuatro (personas) en esta operación, sujetándole las manos y la cabeza, jamás se pudo hacerla oler sin que ella se opusiera en parte". Se ponía de bruces cuando la incomodaban con el lignum crucis, salía furiosa de la cama cuando el señor Zisternas le leía los exorcismos, se sosegaba cuando un sacerdote se lo mandaba en nombre de Dios, etc.

La circunstancia de que los animales, privados artificialmente de sus hemisferios, conservan, aunque aturdidos, la facultad de ejecutar movimientos voluntarios si se les deja intacta la médula oblongata (Flourens), ha determinado a Mueller a pronunciar que el sitio de la voluntad reside en esta última sección encefálica. (*Physiologie*, 1844, tomo I, pág. 720).

Pero yo he demostrado de un modo genéticamente embriológico y experimental en mi Memoria citada sobre la morfología del cerebro, que la médula oblongada, lejos de pertenecer al encéfalo verdadero, es más bien la última extremidad superior de la médula espinal. Por este motivo, *la médula oblongada* no puede ser de ninguna manera el sitio de la voluntad, de esa *espontaneidad del alma* que sólo puede elaborarse en el mismo órgano del alma, que es el cerebro.

Por otra parte las experiencias de Rolando, Flourens, Magendie, Schoeps y Hertwig acerca de la facultad coordinadora de los movimientos que tiene el cerebelo, son capaces de hacer conjeturar que el principio de las manifestaciones voluntarias reside más bien en este órgano del encéfalo, en virtud de la *esencia*

motora de la voluntad, y aun el doctor Carus, de Dresde, en todas sus obras en que trata de la fisiología morfológica del sistema nervioso, considera el cerebelo por el verdadero y único órgano de la voluntad.

Como el cerebelo es, según mi concepción, el órgano de la sentimentalidad, cuyos fenómenos detallados son los afectos, las pasiones y los deseos; y como los deseos parecen tan íntimamente ligados con la voluntad, que todos los psicólogos modernos tratan de esta última bajo la rúbrica de la apetición (*Begehrungsvermoegen* de la psicología alemana, *les facultés affectives* de los franceses, *appetitive faculty*, de los ingleses), pudiera creerse que también nosotros colocásemos el principio orgánico de la voluntad en el mismo cerebelo.

Pero el estudio detenido de esta facultad psicológica y de las funciones del cerebro en general me ha sugerido otras ideas.

La voluntad desde el deseo de satisfacer las necesidades corpóreas hasta la tendencia de alcanzar la suprema dicha, y desde la producción de sus más leves movimientos mímicos hasta la intensidad ideal de producir la palabra, *traduce hacia fuera* todo lo que el alma humana contiene en su interior: sensaciones, imágenes, pensamientos y afectos. Por esta su universalidad psicológica la voluntad no puede ser la expresión de un solo órgano cerebral, como de la médula oblongada o del cerebelo, sino debe emanar de la energía de todos los órganos encefálicos juntos. El protencéfalo con su subjetividad sensitiva, el órgano de la imaginación, la función intelectual de los hemisferios y la vida sentimental y afectiva del cerebelo, todos esos momentos de la totalidad psicológica tienen su inmanente voluntad propia, cada uno la suya. Pero estas voluntades, a semejanza de los cuatro *Yo* fundamentales, están sin cesar y eternamente unidas en una acción compacta, en la determinación concentrada del: yo quiero,

Así la voluntad no es una función particular como la sensación, la imaginación, la conciencia de sí mismo y la sentimentalidad, sino más bien la tendencia exteriorizadora de cada una de estas facultades y de todas juntas, y por consiguiente no tiene ningún órgano separado por sitio o instrumento de su manifestación. Todas nuestras sensaciones, fantasías, pensamientos y afectos están perpetuamente acompañados de determinaciones

voluntarias que se desprenden de los mismos órganos, así como la polaridad ártica se engendra en el mismo imán que desarrolla de sí la polaridad meridional. La misma molécula cerebral que siente, imagina, piensa, se afecta, *es la que quiere*, prorrumpiendo en tendencias, ya de continuar llenándose con objetos o de rechazarlos de sí, ya de exteriorizar su contenido para fuera, transportándolo sobre el mundo circundante como *acción*.

Esa tendencia exteriorizadora de la totalidad psicológica de *objetivarse en el mundo externo*, expresada de un modo cuantitativo, es la tensión extrema de los internos turgores materialístico-vitales de la morfología e histología de los órganos encefálicos.

De este modo los movimientos voluntarios que la endemoniada hacía contra las impresiones concebidas no eran el producto de una nueva fuerza cerebral, sino eran más bien la exaltación culminante de su interior en separar de sí las percepciones desagradables y en expresar su repugnancia por medio de la mímica.

De aquí se desprende un grupo de fenómenos de infinita importancia con que ya nos hemos encontrado de paso en el curso de estas indagaciones, pero cuya explicación científica pertenece al presente capítulo. Son los fenómenos que yo llamaré *contorsiones convulso-voluntarias*.

Si en el estado normal los procesos psíquicos del cerebro son tranquilos y armoniosos, sus descargos voluntarios serán también correspondientemente tranquilos y arreglados. Pero si, en este mismo estado de sanidad mental, la marcha armoniosa de nuestras acciones intelectuales llega a desarreglarse de una manera exasperada o suprimidora en forma de dolor, ira, desesperación, miedo, terror, etc., es natural que las manifestaciones voluntarias se afecten en la misma dirección e impriman a la estática de los movimientos la misma fisonomía de exaltación o estupefacción desarregladas. Estas manifestaciones voluntarias no son más que la continuación hacia afuera de lo que pasa en mi interior, y son de este modo el simbolizamiento impremeditado de mis afectos, pensamientos, fantasías, sensaciones. Por su rápida e impensada formación pudiera parecer que dichos movimientos fuesen involuntarios, es decir producidos por el refle-

jo excitomotor de la médula espinal, pero ellos se distinguen esencialmente de los movimientos excitomotores en que mientras estos últimos son simples convulsiones que agarran músculos aislados, los primeros al contrario afectan grupos enteros combinados para un cierto *fin* general. Si uno se agarra de los cabellos por desesperación, no se puede decir que es una convulsión involuntaria de la médula espinal, sino que este acto voluntario *parece* involuntario solamente porque la exaltada voluntad es tan rápida como el afecto o la idea que la produjo. Esta idea o afecto por su misma rapidez no llega a hacer esa su voluntad objeto de su meditación tranquila, es decir, el sujeto sintiendo y haciendo con exaltada rapidez, no medita en ese momento *sobre* lo que hace, no contempla su voluntad, no reflexiona.

De esto se sigue: que los movimientos rápidamente voluntarios no sólo no son involuntarios, sino que son la expresión de la voluntad más exaltada, más intensa, más inflamada; que se asemejan por esta su rapidez a las convulsiones excitomotoras, pero que se distinguen de la ficción teatral por el fundamento subjetivo, por el afecto real que los produce, mientras que el actor medita rápidamente *sobre* lo que hace por imitación.

El individuo acosado por un intenso dolor rechina con los dientes, crisca los puños, pateo, se arroja al suelo, rompe sus vestidos, se golpea, se despedaza, etc. El hombre que en una gran desgracia busca salvación de arriba, levanta las manos al cielo, sus ojos suben bajo el párpado superior, y todo el talante de su cuerpo entra en movimientos adecuados. En la desesperación se tuercen los brazos, se inflan las narices, y la estática de los movimientos del cuerpo toma una fisonomía como si el individuo buscara un abismo en que arrojarse.

Todos estos movimientos parecen involuntarios, aunque en personas nerviosas pueden de veras tornarse en convulsivos si la *médula espinal se exalta también* y difunde su inervación tetanífera *sobre los mismos músculos que ya están influenciados por la desesperada voluntad.*

Si en la sanidad mental puede subir la manifestación voluntaria a una intensidad tan desarreglada, ¿cómo no puede suceder eso con doble razón en enajenados, cuya inteligencia es más dependiente de los estímulos externos y cuya voluntad no está dominada por la premeditación?

Cada loco tiene su tema en las monomanías, es una idea fija que puede ser agradable o desagradable para el paciente. Uno se cree rey, y hablándosele en este sentido, se verá cómo toda el alma del desgraciado se dilata de placer y orgullo. Otro se cree reo condenado a muerte, y si alguien se lo recuerda, lo arrojará momentáneamente en la más profunda desesperación.

Tenía trabajando en mi huerta en Coquimbo a un hombre medio loco y medio tonto, pero de buena índole y bastante entendido en esas pequeñeces agrícolas en que se ocupaba. En el pueblo lo llamaban "Cachafloja". No sé qué idea desagradable combinaba el pobre con este apodo, pero le hería tanto, que siempre que se quería arrojarlo en los mayores accesos de furor y desesperación, no se tenía más que pronunciársele. Si ese hombre fuese menos loco, se hubiera hecho al fin y al cabo indiferente a aquel insulto, o por lo menos no lo manifestaría, dominando su exaltada voluntad por medio de la meditación, lo mismo que un cuerdo desesperado puede sujetar la estática de sus movimientos si alcanza a reflexionar en los mil motivos sociales o morales que imponen decoro. Pero al tonto le falta esa reminiscencia resignativa y siempre el insulto le toma de nuevo, irritándolo como al principio, pues este insulto es para él el recuerdo de su idea fija que lo tiene dominado, aunque la puede olvidar de cuando en cuando. Así como un animal siempre se rehace en la misma forma contra un insulto, como el perro siempre muerde, la mula siempre patea, el toro siempre se enfurece por el color rojo, y la fricción siempre produce electricidad, así también un cierto motivo que esté en conexión desagradable con el punto patológico de la mente enferma la afecta y exaspera inevitablemente siempre, dando lugar a manifestaciones exasperadas de la voluntad que no está contenida por ninguna reflexión. El alma de un monomaniaco es como una muela picada y afectada reumáticamente, que sin responder a la acción de muchas causas externas, se deja arrojar en el dolor más intenso precisamente por un trago de agua fría.

En nuestra endemoniada sucede más o menos lo mismo. Sin meternos todavía en averiguaciones acerca de la causa interior de sus antipatías, nos es por ahora suficiente el *hecho* de que todos los objetos que tienen conexión con la religión y el cul-

to afectan sobremanera su alma enajenada durante el paroxismo. Esos objetos religiosos son las cruces y reliquias por una parte, y por otra la lectura de salmos, evangelios y otras cosas sagradas.

Hemos demostrado que la endemoniada ve a través de los párpados, que oye de un modo inequívoco, que tiene conciencia y concibe lo que le hablan; por consiguiente están en ella todos los caminos abiertos para que las cruces y la lectura sagrada lleguen a su entendimiento y lo afecten. En el acto de arrojar de sí las cruces o escapularios que le ponen, de ponerse de bruces para librarse de estos experimentos, se manifiesta su voluntad del modo más decidido en toda su antipatía. Si, pues, le leen cosas sagradas y ella se despedaza y golpea durante la lectura, tranquilizándose luego que se suspenden, para comenzar con las mismas contorsiones cuando el sacerdote continúa, es indudablemente claro que ella no quiere que se las lean, que ella se siente horrorizada por las palabras, y como no puede rechazar las palabras con las manos como lo hiciera con las cruces, rechaza de sí las impresiones horrorosas por medio de aquellas contorsiones lo mismo que "Cachafloja" o cualquier muchacho mal criado si no le dan gusto, o cual un loco que se despedaza impelido por alguna idea interior que lo horroriza, o en fin a semejanza de una mojjigata que por medio de contorsiones y gestos rechaza de sí los malos pensamientos que el mundo le sugiere.

Mucho más evidente se manifiesta la *voluntad* de sus movimientos en la locomoción. Cuando el señor Zisternas le leía una vez el evangelio de San Lucas, salió furiosa de la cama y se golpeó horriblemente; otra vez las Hermanas de Caridad al vestirla "intentaron ponerle al cuello una medalla que siempre llevaba consigo cuando estaba buena, pero fueron inútiles todos los esfuerzos hechos para conseguirlo, pues cuando ya no podía excusarse de otro modo, trató de morderlas furiosamente, hasta que por fin desistieron de su tenaz empeño". Otra vez irritada por los exorcismos que el señor Zisternas verificó en presencia de un inmenso gentío, la joven salió de la cama dirigiéndose a la puerta de la pieza, y una vez que dicho sacerdote impidió que la sujetasen, huyó hasta afuera del cuarto, "dándose golpes con-

tra las piedras (del patio) con la misma violencia que contra las almohadas de su cama”.

Si las contorsiones pudiesen hacer dudar todavía de su verdadera naturaleza, los movimientos locomotores que acabamos de mencionar convencen sin contradicción de que la voluntad locamente exasperada es el móvil esencial de este fenómeno.

Declaro, pues, que la endemoniada se despedazaba y golpeaba no por la excitación involuntaria de la médula espinal, sino por su voluntad espontánea, impulsada por un inexplicable horror que le producían aquellas oficiosidades sacerdotales; *espontáneamente*, como una madre desesperada se arroja al suelo por el acerbo dolor de la pérdida de su hijo. Pero no se entienda que la exasperación sea fingida; es tan inconteniblemente verdadera como nuestra ira contra una cruel ofensa.

Esta voluntad exaltada, que hemos reducido a su base orgánica, no es otra cosa que la función de las exaltadas masas cerebrales. Estas últimas, ya por la enfermedad, ya por la repetición de los experimentos, se encuentran en un estado de tanta excitabilidad que por el menor motivo desagradable prorrumpen en sus manifestaciones acostumbradas, así como la médula espinal de un individuo intoxicado por estricnina, cuyo cuerpo está perfectamente tranquilo mientras no lo tocan, se descarga inmediatamente en convulsiones espantosas luego que la superficie cutánea recibe el menor soplo, el menor incitamiento.

Pero las contorsiones voluntarias, bien que provenientes del cerebro, se refuerzan por la inervación de la médula espinal, y toman de este modo un carácter casi tetánico o cataléptico. Es decir, los grupos musculares arrojados en cierta postura por la exasperada voluntad reciben al mismo tiempo la influencia tetanifera de la médula espinal (véase Cap. 13), obrando esta última por medio de sus nervios motores (excidentes) sobre los mismos músculos, y haciéndolos tetánicamente rígidos. Este es el motivo porque la enferma queda muchas veces inmovilizada en esta violenta posición después que el sacerdote suspende su lectura diabólicamente antidiabólica, y aun una vez esta rigidez estática duró tanto que el señor Ciccarelli tuvo tiempo de retratarla.

Para no dejar a la desgraciada joven suspensa en medio de

esta violenta postura, añadiremos aquí anticipadamente que así como las palabras horrorizadoras pudieron exasperar su voluntad tan mórbidamente excitable, así también son capaces de tranquilizarla las palabras consoladoras y enérgicamente imponentes del sacerdote que las pronunciara.

¿Pero cómo podía la muchacha exasperarse por las palabras sagradas, quedando indiferente a las profanas, cuando las lecturas y los cantos, con que los sacerdotes experimentaban, eran en francés, inglés y latín, y hasta en griego, idiomas que ella no entiende en su intervalos lúcidos?

Si nos valemos de “las incomprensibles disposiciones de la Providencia” podemos contentarnos humildemente con la autoridad del señor presbítero Zisternas, que para el diablo no sólo es posible el hablar latín, sino aún entender el griego, cosa demostrada hasta la evidencia por el experimento del presbítero Meneses. Y si se hubiesen continuado los experimentos por el mismo método, no nos quedaría ninguna duda de que la muchacha también entendía el turco y el hebreo. ¡Pues cuántas cosas no son posibles! Si Jehová para castigar la soberbia de los babilonienses les ha confundido sus idiomas, y si el Espíritu Santo ha multiplicado las lenguas de los apóstoles en la festividad de los Pentecostés, ¿qué imposibilidad hay que el diablo multiplique la capacidad lingüística de una joven cristiana y que la fe confunda el débil juicio de un experimentador?

Esta posibilidad se torna casi en certeza por “la lógica más severa” del doctor García, “basada en hechos bien observados” no sólo por muchas otras personas, sino aun por el mismo doc-

tor, el cual “buscando sólo la verdad, siguió *libremente su camino* con permiso de la ciencia y de los hombres que la representan”, para caer al fin y al cabo en la Historia general de Chinchilla y sacar de ella con toda su lógica severa y libertad de indagación el sólido resultado de que las endemoniadas de veras *hablan idiomas extraños*.

En vista de las observaciones y raciocinios de un facultativo que estudió el caso con toda la “incredulidad posible”, nos vemos obligados a confirmar la opinión teológica del señor presbítero, de que efectivamente no puede ser otro que el diablo mismo el que dentro de la muchacha hace este papel de filólogo; y con esta conquista seguiremos adelante.

El diablo nos permitirá que lo examinemos un momento, no porque tengamos la menor duda de que él no sepa hablar todas las lenguas de la sociedad humana, ni tampoco porque nos creamos capaces de entender como él todos los idiomas y mucho menos el hebreo que ha escrito el Dr. García, sino porque nos atrevemos a suponer que el diablo, que a cada uno habla en su idioma, no será tan estudiante de tentar a una pobre muchacha por medio de lenguas que ella no entiende.

Además —y eso lo sabe el diablo mejor que los diabólogos, y aun lo hemos indicado en el Cap. 6 de esta memoria— alojado una vez en el cerebro de un poseído toma toda la calidad del mismo cerebro, se amalgama tanto con la materia, estructura y acción de este órgano, que *no queda entre ambos diferencia ninguna*. Eso lo han sabido ya los profundos teólogos, exorcistas y verdugos de la Inquisición tan perfectamente bien, que llamaban a dicho amalgamamiento: *incubus*, en cuya consecuencia tenían el profundo tino de *quemar los mismos cuerpos* de los malhadados, para destruir *al diablo* que se había encarnado, en lugar de perder el tiempo con los paliativos del exorcismo. ¿Quién no se acuerda del meditabundo Grandier, de la heroica virgen de Orleans y muy particularmente del noble hereje Giordano Bruno?

Si, pues, es cierto que el diablo es uno e idéntico con el cerebro de la endemoniada, ¿será atrevida profanación de nuestra parte si en lugar del diablo, a quien cedemos a la Teología, examinemos el mismo cerebro?, ¿o será este mi procedimiento una

especie de escamotería homeopática que confunde la hidrargirosis con la sífilis, el paracelsismo con el brownianismo y la expectación con la curación, todo para mayor gloria del *similia similibus*?

Sea lo que fuere, tenemos la cuestión reducida a su fundamento fisiólogo-antropológico, y encontrándonos fuera de la ontología demonial, podemos preguntarnos sin rodeos si es posible desde nuestro punto de vista que un individuo en cierto estado de exaltación intelectual entienda idiomas extraños que antes nunca había aprendido.

Esta pregunta, tan fácil de contestar negativamente por el sentido común, es muy difícil para la inteligencia crítica, pues envuelve en sí la cuestión acerca *del origen primitivo de los idiomas en el espíritu humano*.

Si consideramos la organización humana como la concentración ideal del universo entero, y el cerebro como el punto culminante que se torna en conciencia, es natural que este órgano lleva en sí *potentia* toda la idealidad del mundo en forma subjetiva. El cerebro es entonces un globo de cristal lleno de transparencia intelectual enfrente del mundo externo, un cristal cuyo interno movimiento vibratorio es una *segunda creación del universo*. En esta concepción sublime podemos decir que la *idea del universo* es innata en el hombre; pero con esta restricción, de que la innatidad se refiere solamente a las *ideas*, es decir a las leyes y a los contornos generales del mundo, pero no a las cosas empíricas, pues el cerebro humano no está compuesto de las cosas particulares del macrocosmos, sino que es la concentración de sus leyes, y como las leyes son las *posibilidades generadoras* de las cosas, la mente humana es la posibilidad de conocerla; y así como las leyes objetivas se realizan en *cosas* a fuerza de un trabajo creador, así también la inteligencia realiza su posibilidad de conocer las cosas a fuerza del trabajo de la *experiencia*. Un hombre puede producir a priori la idea de la calidad en general, pero no puede pensar el verde, el amarillo, antes de haberlo experimentado por la vista, etc.

Figurémonos ahora la inteligencia de un ingenio, de un Aristóteles o Kepler que nunca hayan aprendido nada, cuyo cerebro sea la concentración más completa del universo entero, pe-

ro que nunca haya recibido las impresiones de la experiencia; figurémonos otra cosa imposible, figurémonos que este ingenio, en lugar de embrutecer por falta de educación, se mantenga inexhausto y vigoroso en esta su disposición innata; figurémonos ahora que una tal inteligencia vacía se encuentra por un momento en el estado de su mayor exaltación. Es natural entonces que en el interior despierte y se destaque toda la profundidad y universalidad dormitante del cerebro con una transparencia infinita y divina, y que el individuo sumergido en esa su intuición perciba las eternas leyes y el eterno proceso creador del universo entero, puesto que este último está encarnado virtualmente en su cerebro. Pero como a esta mente ingeniosa le falta la experiencia y el aprendizaje de los objetos *particulares* de la naturaleza, queda su intuición abstracta, fantástica y loca. Abstracta, porque no existe para ella el mundo material donde deba realizarse; fantástica, porque las imágenes interiores, siendo *generales*, no tienen el detallamiento preciso que corresponde a los objetos particulares de la naturaleza; y loca, porque la correspondencia naturalístico-real entre inteligencia y mundo está dislocada.

Así como la organización humana es el último producto del macrocosmos, así el *idioma* es la producción del espíritu humano. El habla es la objetivación más pura, más autóctona de la humanidad, pues no se compone de ningún elemento que no sea humano; las artes contienen en sí materiales extraños, mármoles, colores, cuerdas, etc.; pero la palabra es el principio, el material, el instrumento y el fin en uno. Esta idealidad materialística, desprendida de la estatua humana, es el *segundo universo* en que vivimos, gozamos y morimos.

El idioma en general es por consiguiente *preformado* en la inteligencia, así como la inteligencia es *postformada* en la naturaleza; y es al mismo tiempo idéntico a la naturaleza, en cuanto esta última es la base del espíritu, el que se exterioriza en habla, el que se traduce en voces.

La posibilidad de la producción del habla en general reside en la tendencia inmanente de aquella interioridad abstracta del alma a salir fuera de sí, a objetivarse, y la voz humana es la última y verdadera expresión de la subjetividad. Expresando por

la voz las cosas del mundo circundante, el espíritu humano no hace más que expresarse a sí mismo, que manifestar sus propias relaciones con el mundo, no hace más que *per-sonar* su interior impresionado por los objetos.

En este sentido el *habla primitiva* de todos los pueblos es la misma, pues el espíritu humano *en general* es esencialmente idéntico en todos; y los idiomas actuales, por más diferentes que se hayan hecho en virtud del desarrollo particular de cada raza, tronco y nación, se dejan reducir no sólo a ciertos grupos originarios sino a un *único tipo primitivo*.

Si este tipo primitivo ha existido como idioma rudimentario e infantil en los tiempos antihistóricos, o si por su pobreza no pudo sostenerse por mucho tiempo en calidad de habla común, desarrollándose desde luego en idioma separado, esto es aquí de poco interés, además de estar envuelto en impenetrables neblinas. Lo cierto es que esta *habla elemental no ha desaparecido hasta ahora, sino que es la base común y primordial de todos los idiomas existentes, conservándose en ellos en calidad de elementos simples*, cuyas composiciones infinitamente variadas constituyen las variedades de los *idiomas*.

Este es el lado químico-mecánico de las lenguas, si me es permitido expresarme así en virtud de la analogía que establecí entre el macrocosmos y el mundo hablado, pues hay también en ellas un costado orgánico, que es su estructura gramatical, etc.

Parece extraño que para dilucidar una cuestión que el lector ya da por resuelta en su interior según el partido a que pertenezca, nos remontemos hasta Adán y Eva, pudiendo agarrar frescamente la materia por un lado más agarrable y más inmediato a nuestros fines. Es cierto, de veras, que pudiéramos hacernos la cosa más fácil y más caballeresca a la par, decidiendo de una vez en favor del partido que nos parezca más razonable; diciendo v. g. *que es imposible que la inteligencia*, por más exaltada e inspirada que sea, produzca *de sí* una cosa que *no está adentro*, que hable o entienda idiomas que no ha aprendido; o si nos parece más justo lo contrario: que siendo todos los idiomas producto de la inteligencia humana, no es absolutamente imposible que la *subjetividad llevada al punto culminante de su interna transparencia* (en el endemoniamiento, Hoff-

mann; en el sonambulismo lúcido, etc.), pueda *crear por sí misma* o entender todas las lenguas.

Por más imbécil o extravagante que parezca a un partido la pretensión del otro, no está por eso justificada o combatida ninguna de las dos; y por este motivo he creído necesario tomar la materia desde su principio, para ver sin preocupación qué resultado se desprenderá de las consecuencias inmanentes de dicho principio no sólo en obsequio del caso actual, sino de todos los casos posibles de endemoniamiento y sonambulismo.

Los elementos químicos que forman el fundamento común de todos los idiomas del género humano son las *vocales* y *consonantes* que se encuentran fijadas en los alfabetos, en forma de letras. Yo las llamaré las *voces elementales* del habla, o simplemente las *voces*.

Las infinitas modulaciones que cada voz abriga en sí, como habla viva de los pueblos, no se pueden expresar en el alfabeto, fijándose en él tan sólo la voz abstracta y general que es la base de dichas modulaciones. La voz *a*, por ejemplo, tiene en los diferentes idiomas modificaciones tan finas y numerosas, que sería imposible fijarlas en el alfabeto.

De todos modos es el alfabeto la reducción de los idiomas a sus elementos primitivos y comunes.

Si las voces han tenido en los tiempos primordiales una existencia particular y elemental, habrá sido ésta a semejanza de la relación genética que tienen entre sí los simples químicos, los cuales antes de combinarse en ácidos, bases, sales y rocas existían libre en el espacio terráqueo. Si se admite que los simples *telúricos* nunca han existido aislados, combinándose sin demora en sus productos actuales a fuerza de su mutua afinidad, tiene no obstante cada elemento una naturaleza y significación específicamente distintas de las de otro. Si por su parte los elementos primitivos del *habla* se combinaban incontenibles en palabras enteras por el empuje de las impresiones variadas y simultáneas que el hombre quería expresar, no deja sin embargo de tener cada elemento su valor específico, su génesis particular, su significación precisa; y la reducción del idioma a un alfabeto es una conquista científica que tiene el mismo intenso valor que

la de la química, que ha descompuesto el mundo terráqueo en sus simples constituyentes.

1. Esas voces primitivas, que son el alma jeroglíficamente misteriosa de todos los idiomas, *proviene inmediata y directamente de la subjetividad humana*, son ellas las realizaciones puras e intrínsecas de la intuición interna, con la cual se encuentran en perfecta concordancia. No hay ninguna valla entre la voz y la subjetividad, la voz *es* lo que es la intuición, la voz *significa* lo que quiere el alma intuitiva. Sin ser un mero signo, como una bandera, una cocarda, una cruz, una iluminación, etc., es la voz más bien la *misma* subjetividad proyectada hacia fuera y exteriorizada, así como la intuición es la voz interna. Esta unidad primitiva *queda*, en medio de su *separación* en subjetividad y voz, en hablante y hablado, con una intimidad mucho más intensa y transparente de lo que sucede entre el estatuario y la estatua, entre el músico y sus melodías. Pues la voz es *la otra mitad* del pensamiento, pero de modo que *cada* mitad las contiene ambas en uno. Si la voz (a, b, m, etc.), desprendida de la boca humana y vagando en el aire por sí sola pudiese pensarse a sí misma, sería ella precisamente el *mismo* pensamiento que la produjo, así como la intuición primitiva siempre se intuye en forma de una voz. No se debe entender por *forma* de la voz su delineamiento externo como está escrito: a, b, c, pues el alfabeto escrito o impreso es un sistema de señas externas, de jeroglíficos medio convencionales y medio salidos de la confluencia de circunstancias, no teniendo conexión directa con la intuición. Lo que yo entiendo por forma de la voz es el sonido resultante de la posición estatuaría de los órganos bucales determinada por la intuición que en ellos se trasplanta, sonido que se percibe silenciosamente en el interior de la subjetividad.

No podemos entrar aquí en los pormenores genéticos de las voces; esta materia tan profundamente interesante tanto para el fisiólogo como para el filólogo está envuelta todavía en el mayor misterio. La causa de este misterio es probablemente la *significación doble* que tiene la voz por los dos elementos que entran en su formación, penetrándose en ella el espíritu con la materia y verificando una verdadera encarnación del logos, donde los fisiólogos no pueden penetrar sin conocimientos filológicos.

cos, ni los filólogos sin profundos estudios de la organización humana. Yo expongo aquí tan sólo lo que mis propias meditaciones me han sugerido. Una exposición más detallada es sumamente difícil.

Bástenos saber aquí que cada vocal o consonante, siendo la producción espontánea y el exteriorizamiento propio de una correspondiente intuición primitiva, *tiene para la subjetividad la misma significación particular y específica en todos los idiomas de la humanidad, por más distintos que sean entre sí.* Si la voz *a*, por ejemplo, es la expresión de la subjetividad abstracta indeterminada enfrente del objeto que produce dicha impresión negativa sobre la subjetividad, entonces esta significación primordial de la voz *a* quedará la misma en todas las lenguas, y *así todos los elementos primitivos son comunes y, si se quiere, comprensibles de la misma manera a todas las razas, troncos, naciones y dialectos.*

2. Pero la significación inmanente de las voces *ha perdido su transparencia* para la subjetividad productora, en el curso de los tiempos, pues en la misma proporción en que el trabajo lingüístico alcanzaba sus intenciones, se concluía también la producción original de las voces posibles y se enfriaba la exaltación intuitiva de la humanidad.

Esta exaltación primitiva, en que deben haberse encontrado los primeros hombres por siglos enteros para producir sus impresiones del mundo externo en forma de habla, es muy distinta de la inspiración concreta y sabida del filósofo, poeta o artista, en la humanidad desarrollada. Aquí la inspiración es el exaltamiento de las facultades determinadas del espíritu enfrente de un mundo perfectamente determinado también. La inteligencia, la imaginación, la sentimentalidad, las sensaciones y las percepciones sensuales se destacan aquí en su respectiva especificidad y limitación, aunque se entrelacen y penetren mutuamente.

Pero en la humanidad primitiva todas esas facultades no se han separado todavía en acciones diferentes, sino yacen más bien sumergidas y unidas en la subjetividad general, en la *intuición*; lo mismo que los órganos del adulto en el tiempo primitivo embrional se encontraban confluidos en la sustancia homogénea vitelina.

El mundo externo tampoco existía para aquella subjetividad infantil del género humano como un sistema de formas comprendidas, sino como un afuera vago, cuyas determinaciones naturales en objetos, como cielo, árboles, animales, ríos, piedras, etc., se manifestaban para los sentidos y para las necesidades inmediatas, pero no para la inteligencia. Lo que la subjetividad entonces concebía de esos objetos eran tan sólo las *impresiones internas abstractas* que se despertaban en el cerebro a consecuencia de las impresiones de afuera. Así la subjetividad era una con el mundo externo, siendo ambos todavía abstractos e indeterminados.

Esta unión inmediata de la subjetividad primitiva con el mundo circundante, o lo que es lo mismo, de las intuiciones con sus respectivas voces, debe haber sido en aquellos tiempos tan exaltada y transparente, como ahora por ejemplo sucede en el sonambulismo lúcido, donde la más pequeña vibración del mundo circundante retumba en el cerebro sonámbulo y se repite involuntariamente en la subjetividad en forma de correspondientes intuiciones.

En este sentido se puede decir sin exageración que la humanidad primitiva lingüiformadora se encontraba por muchos siglos en este estado de lucidez sonámbula, de la cual despertaba lentamente a medida que por medio del habla determinaba y fijaba sus experiencias y por medio de éstas llegaba a la conciencia de su Yo y de su Nosotros. Y en este sentido se puede decir también que el sonambulismo lúcido actual es una verdadera recaída mórbida del individuo en aquel estado primogénito de la humanidad, en el cual, expresándonos fisiológicamente, las funciones estructurales del cerebro y de sus secciones concretas están dominadas por la suprema exaltación de la sustancia morfológica (véase Cap. 7, págs. 357 al 362).

3. El idioma pierde su primitiva intimidad con el espíritu que lo produjo no sólo a consecuencia del ofuscamiento gradual de aquella relación transparente que existía entre intuición y voz, sino también por otras circunstancias. La voz expresa, como hemos visto, tan sólo la impresión interna que el espíritu recibe del objeto dado, y esta impresión es producida por *el lado prominente* de la cosa que en el momento de la percep-

ción sorprende al espíritu o en que el espíritu por su *particularidad individual* se detiene más que en cualquier otro lado.

De este modo un y el mismo objeto puede producir en diferentes razas una impresión enteramente distinta, y cada raza concibe del mismo objeto un otro costado. En virtud de esa individualidad de las concepciones, las razas, aunque expresan con las voces elementales las mismas intuiciones internas, no las refieren a los mismos objetos, sino cada una simboliza por medio de la misma intuición una cosa distinta; y la comunidad *primitiva de las voces rudimentarias del género humano entero se torna desde luego en profundas diferencias*, aunque el momento subjetivo de dichas voces queda en todas las razas el mismo. Este aparente extrañamiento me parece ser el *principio* de los troncos lingüísticos.

Si un individuo conservase en su interior la más exaltada transparencia entre la voz y la intuición correspondiente en el circuito de su propio idioma, no adivinaría no obstante la significación objetiva de esta misma voz en otro idioma, donde esta última expresa un objeto enteramente distinto del que esta misma voz expresa en su propio idioma.

4. Aun dentro del mismo idioma se trasmudan a menudo las *voces primitivas en otras*, en el curso de los tiempos, no en virtud de un procedimiento interior y lógicamente necesario, sino en virtud de circunstancias externas, como son la imitación, la comodidad de la pronunciación, la tendencia de darle a su idioma sonoridad y belleza, etc.

En medio de esta enajenación de las voces primitivas se forman las *palabras*, que son los elementos compuestos secundarios. Pero también las *palabras formadas* del idioma cesan completamente de corresponder a la intuición original del espíritu, pues la composición de las voces en palabras, en el desarrollo del idioma, es en gran parte el resultado de mil casualidades externas que no partiendo directamente de la subjetividad intuitiva no tienen nada que hacer con la intuición primitiva lingüiformadora; esas casualidades para el idioma son la topografía del país, el clima, la cultura, las ocupaciones, el contacto con otras tribus, etc.

A consecuencia de esas metamorfosis extrínsecas el idioma

se hace poco a poco *extraño al mismo pueblo que lo habla*, y objeto del aprendizaje como cualquiera otra cosa exterior; mucho más por cuanto la *producción original de las voces* y la *intimidad* lúcida entre voz e intuición se han apagado y concluido, según habíamos visto anteriormente.

Un individuo que sabiendo todavía pocas palabras de su propio idioma se separa de su nación, no es capaz de desarrollar las demás de su pura espontaneidad interna, pues este desarrollo no se verifica en el puro interior de las intuiciones, sino que ha sido el producto de las relaciones mutuas entre el espíritu nacional lingüiformador y las circunstancias una vez dadas.

Mientras el fundamento *natal* del idioma es así la interioridad intuitiva del alma, siendo cada voz la verdadera *expresión* de una correspondiente dirección interior de la subjetividad enfrente del mundo externo, el idioma *desarrollado* es al contrario el resultado paulatino de procedimientos históricos que suceden *fuera* de la subjetividad lingüiformadora, en el reino del *espíritu concreto* y del mundo externo y casual.

Si, pues, nos figuramos un individuo que se encuentre en el estado de su mayor exaltación posible y su más brillante lucidez, como sucede aun rara vez en el sonambulismo, entonces un tal individuo podrá en virtud de su exaltada intuición llegar tal vez a la intimidad lúcida primitiva vociformadora *sintiendo o percibiendo inmediatamente la significación inmanente de las voces elementales*; pero jamás podrá entender las *palabras* que no ha aprendido de antemano, en *cuanto estas palabras contienen en sí elementos extrínsecos*, jamás entenderá lo que no había salido de la libre subjetividad autóctona. Aun más, si dicho individuo quiere penetrar la significación de la palabra por las *voces* de que se compone, confunde las extrínsecas con las primitivas atribuyéndole una significación que no tiene.

Con un idioma extraño es esta adivinación mucho más imposible. Suponiendo que el individuo lúcido sea capaz de adivinar por intuición el sentido inmanente y primitivo de *todas las voces que componen la palabra extranjera*, entonces reside justamente en esto la causa de no entender *el sentido total de la palabra entera*. Pues la palabra se compone de una o más voces verdaderamente inmanentes, de otras metamorfoseadas que no

tienen significación intuitiva ninguna y en fin de algunas otras enteramente casuales que no son más que añadiduras mecánicas.

La intuición lúcida, que no *conoce* ni la particularidad de la voz inmanente de la palabra extranjera (3), ni tampoco el momento extrínseco del desarrollo de la palabra, y que no es capaz de intuirlo de adentro por ser este momento el producto de circunstancias empíricamente externas; la intuición lúcida, digo, percibiendo tan sólo el sentido *inmanente* de *todas* las voces elementales de la palabra, es decir percibiendo más de lo que debe, trasmuda la palabra en un conglomerado de puntos brillantes, que por su fosforescencia deslumbran y confunden. La causa del por qué se verifica el embrollo en los elementos metamorfoseados y añadidos de la palabra es clara por sí, y ya la hemos visto. Pero también la intuición más transparente del sentido de las *voces radicales intrínsecas* de la palabra extranjera se torna desde luego en la más crasa ininteligibilidad (3). Pues como la voz radical, aunque su *sentido subjetivo* es el mismo en todos los idiomas, expresa en cada idioma un *costado diferente* del objeto, la intuición lúcida sentirá tan sólo el sentido subjetivo y común al alma en general, pero de ninguna manera vislumbrará el costado objetivo del objeto y mucho menos adivinará los detalles concretos del objeto, los que siempre o a menudo están expresados por elementos extrínsecos.

De este modo vemos que las *personas lúcidas* no pueden comprender de un desconocido idioma extranjero nada más que sus elementos más primitivos, más rudimentarios, más abstractos, es decir *nada* más que lo que es abstractamente común al *habla general*, a la humanidad entera; y *esta íntima comprensión lúcida de las voces, por más exaltada y sublime que sea, es justamente el impedimento esencial para la comprensión del idioma extraño.*

He aquí, en mi concepto, el verdadero modo de resolver aquella misteriosa cuestión que infructuosamente ha ocupado tanto la mente de los magnetizadores y psicólogos. En virtud de lo expuesto debemos deducir que el pretendido conocimiento de idiomas extraños, que se atribuye a los sonámbulos, clairvoyants y endemoniados, se deja más bien reducir a la *reminiscencia* exaltada de esos idiomas, aprendidos alguna vez y olvidados, como también consiste en que la mente lúcida *adivina la intención*

del parlante, percibe el sentido de esta intención interna *en su acto* de exteriorizarse en habla, pero sin entender la palabra misma. Esta adivinación no se verifica por algún nuevo "agente espiritual que sea hábil para comprender cuanto hay en este mundo", sino sencillamente por la suprema exaltación funcional de los mismos órganos sensoriales y cerebrales, en cuya virtud la fisonomía del parlante, las inflexiones de la palabra, la cadencia de la voz, etc., en fin todos los símbolos mímicos de la interna intención del que está hablando, se perciben por el sonámbulo del modo más sutil y se elaboran en sus órganos cerebrales de un modo correspondiente, reduciéndose en el interior psíquico a su verdadera significación intencionada que los produjo.

Si, pues, hemos demostrado la fatal imposibilidad de que la endemoniada entienda por adivinación estática idiomas extraños que no ha aprendido, debemos dirigir nuestra mente a otras consideraciones que puedan explicarnos aquel fenómeno, puesto que con negarlo redondamente no hacemos más que suponer *volens nolens* que hay en ello un poder superior que no podemos comprender.

Fijándonos detenidamente en las circunstancias que envuelven este misterio sin misterio, se puede distinguir lo siguiente:

1. El idioma latino se parece sumamente al castellano.
2. El latín sagrado se distingue luego del profano por la gran abundancia de palabras trilladas, como *sanctus*, *verbum*, *Deus*, *virgen*, *peccatum*, *demonium*, *angelus*, etc., todas muy comprensibles para el individuo más inculto que haya oído misa en su vida.
3. La costumbre de la muchacha de oír siempre estas lecturas del ritual la tiene habituada al timbre de esas palabras, que concibe perfectamente bien sin entenderlas del todo, como que se puede decir sin exageración que todas las beatas comprenden algo de latín.
4. Aun suponiendo que a pesar de todo eso no entendía absolutamente ninguna palabra, era posible que adivinase la intención del sacerdote, en virtud del poder antropológico que ejercía sobre ella, como también por el tono simbólico del habla, a semejanza del perro que adivina el tono iracundo, imperativo, lisonjeador, etc., de la voz del amo, tan sólo por las in-

flexiones y cadencias particulares de la pronunciación, sin entender verdaderamente el sentido preciso de las palabras.

5. El canto religioso se distingue bastante del mundano por el carácter específico de la melodía y armonía para necesitar todavía de la palabra a fin de percibirse de esta diferencia.

6. Que la endemoniada no siempre entendía el latín, como quieren hacernos creer los informantes, lo vemos en que una vez se exasperó por la lectura de Cicerón según el mismo presbítero Zisternas. El motivo de esta exasperación reside en la influencia de este sacerdote sobre la muchacha, como también en la costumbre que ella tiene de oírle siempre las lecturas exacerbantes, como que efectivamente oyó cuando el señor Zisternas, antes de sacar el Cicerón de su bolsillo, dijo a los circunstantes que “el único remedio que se había encontrado era recitarle el Evangelio de San Juan: voy a recitárselo”. Por esas palabras la endemoniada se dejó engañar, enfureciéndose por la lectura de Cicerón que creía ser el Evangelio. Esta circunstancia nos induce a otra consideración y es:

7. El método bárbaramente bisoño con que los caballeros hacían sus experimentos, manifestando por movimientos fisiológicos y aun por la voz alta y baja en *presencia de la enferma*, todo lo que iban a hacer con ella; y ella, como hemos demostrado, veía, oía, olía y entendía maravillosamente bien durante el ataque. El griego y todas las demás jerigonzas lingüísticas se explican así por sí solo, y si añadimos que también el francés es parecido al latín y que la muchacha educada en las monjas francesas debe haber retenido por lo menos de un modo vago muchas palabras, que se despertaban vivamente por la reminiscencia durante la exaltación lúcida de su subjetividad en el ataque, tenemos rasgado el denso manto de beata con que el engaño involuntariamente-voluntario y la falta de crítica han llegado a envolver una materia en sí tan clara.

CAPITULO DECIMOSEXTO

LOS MOMENTOS INTRUSOS DE LA SEXUALIDAD Y LA INSPIRACIÓN HISTÉRICA DEL SEÑOR CARMONA

La fenomenología proteiforme del histerismo ha dado lugar a la superficialidad médica a reducir todo el complejo de los síntomas observados en la Carmen Marín a un ataque puramente histérico, aunque se pudiera con la misma razón reducirla a cualquiera otra afección nerviosa, como es la epilepsia, la corea, el sonambulismo, etc., puesto que todas estas afecciones tienen muchos puntos coincidentes con los síntomas del ataque de nuestra endemoniada.

El Dr. García, con el fin de hacer valer su posesión diabólica, ha dilucidado este objeto con una perspicacia digna de mejor suerte, y nosotros no nos detendríamos en esta materia si el señor Carmona en su "Informe sobre la pretendida endemoniada" no hubiese calentado de nuevo este fiambre diagnóstico, declarando con letras gigantescas toda la esencia del ataque directamente por un "histérico confirmado convulsivo y en tercer grado" con un énfasis como si este diagnóstico nuevo no hubiese sido pronunciado antes de él y con más circunspección y reserva por los respetables facultativos MacDermott y Laiseca.

La confusa oscuridad que reina hasta ahora en el mundo científico acerca del origen y esencia del histerismo ha servido al señor Carmona de antorcha guiadora para su aserción; y corriendo a caza de las coincidencias en parte insignificantes y en

parte accidentales de los mil síntomas del histerismo y del caso actual, síntomas que siempre se encuentran cuando se buscan, da a entender dicho informante que toda la evolución e involución del paroxismo de la Carmen es una turgecencia ovario-uterina que pasa por todas las fases de un acto sexual hasta su último cumplimiento eyaculatorio y restablecimiento equilibrador.

Si consideramos la esfera *sexual* por el origen y sitio de la afección histérica, así como dicho informante lo hace siguiendo a las autoridades de Hipócrates, Demócrito, Areteo, Vigueras y otros sabios que él no menciona (Platon, Fernel, Sennert), debemos confesar que en el paroxismo demonomaniaco de la Carmen se pueden encontrar de veras algunos elementos históricos, puesto que en la mujer el sistema sexual es tan preponderante que su orgasmo erótico no sólo se entromete en casi todas las enfermedades nerviosas, sanguíneas y digestivas, sino que aun se refleja en la vida sana de la mujer, inundando toda su alma con aquel esmalte mujeril y amoroso que es tan característico e interesante en este sexo.

De este modo se puede decir que todas las mujeres tienen algo de histerismo en sus enfermedades cuando su sistema cerebro-espinal se pone mórbidamente excitable para reflejar en sí en forma de sensaciones, imágenes, afectos y movimientos *los procesos internos de la vida sexual*. Pero estos reflejos no tienen directamente nada que hacer con la enfermedad fundamental, como por otra parte son distintos de un histerismo ovario-uterino franco, espontáneo y autócrata.

Si consideramos por otra parte el histerismo como una afección primitiva del *cerebro* (Lepois, Georget, Tate, Brachet, Dubois d'Amiens), nos queda la inmensa pregunta que contestar: cuál es la diferencia que existe entre esta afección cerebral específicamente histérica y las otras semejantes afecciones del sistema encefálico, una pregunta, que no habiendo sido contestada hasta ahora de un modo exacto, no nos da el derecho de confundir la demonomanía con el histerismo.

La división de los autores con respecto a la teoría del histerismo no parece consistir en la pura discrepancia de las concepciones, sino, siendo basada en hechos bien observados, por

ambos partidos, parece dicha división depender más bien de que bajo la misma forma fugitiva de histerismo hay una multitud de enfermedades nerviosas cuya fenomenología exterior es idéntica en medio de la interna diferencia del foco y proceso patológico. Una afección crónica del sistema sexual puede producir un grupo paroxístico de fenómenos sensitivos, excitomotores y psíquicos más o menos semejantes a los que en la mujer suelen provocarse por una irritación idiopática de la médula espinal o del mismo cerebro, y la confusión de los fenómenos superficialmente parecidos de una y otra enfermedad es tanto más fácil por cuanto éstos son tan poco circunscritos y marcados en sí, tan vagos, fugaces e inconstantes. Lo que en sí no es constante y marcado, ¿cómo distinguirlo de otro igualmente indeterminado?

Reinan aun errores semejantes en muchas otras enfermedades. ¡Cuántas afecciones distintas no se confunden bajo la denominación de estitiquez, de diarrea o de tisis pulmonar!

Una subparalización de la médula espinal, una estrechez esquirrosa, hipertrófica o exudativa de los intestinos, una afección del hígado, una hipertrofia de la próstata, etc., pueden manifestarse en la forma igual de estitiquez. La tuberculosis intestinal, la exulceración, el catarro mucoso del tubo alimenticio y mil otros procesos mórbidos suelen aparecer todos con diarrea.

Y sin embargo nadie se contentará con el diagnóstico abstracto de diarrea, aunque la bautice con biliosa, exulcerativa, tuberculosa, catarral, etc. Pues el adjetivo es aquí el verdadero sustantivo, la sustancia patológica de la cual se desprende la accidencia diarreica.

Exactamente lo mismo sucede, a mi ver, con el histerismo, el cual es un complejo de síntomas periféricos que pueden depender de afecciones centrales enteramente distintas. Las denominaciones de histérico ninfománico, epileptiforme, tetaniforme, hidrofóbico, etc., según la forma de sus manifestaciones, demuestra la misma inversión diagnóstica que acabamos de ver en la diarrea; aunque no niego que es posible que el verdadero histerismo esencial (sexual) pueda asumir las formas variadas de todas las afecciones nerviosas juntas, en virtud de la universalidad excitomotora del eje raquidiano.

Los autores citan aun casos de histérico en que los fenó-

menos proteiformes de convulsiones están acompañados con la idea fija de una posesión demonial (Wunderlich, *Pathologie und Therapie*, 1854, tom. 3, pág. 379). Pero esta forma, o debe ser considerada por una *complicación* del histerismo (sexual) verdadero con vesania fugitiva, o no es histerismo de ningún modo, sino una afección periódica particular del encéfalo, una verdadera demonomanía, cuyas irradiaciones excéntricas excitomotoras, sensitivas y voluntarias no son más que síntomas semejantes, pero de ninguna manera idénticos a los del mal histérico, puesto que el foco mórbido es distinto. De la misma manera, por ejemplo, las deyecciones producidas por el colera-morbus son esencialmente distintas de las diarreicas simples, a pesar de la semejanza que muchas veces se encuentra entre ambas.

Pues no son los síntomas como tales los que determinan la verdadera naturaleza de la enfermedad, sino el centro de donde irradian. Los patólogos de nuestro tiempo, que en lugar de hacer discursos declamatorios a la manera de Carmona, se ocupan honradamente con indagaciones microanatómicas, experimentos y ensayos químicos, sienten profundamente lo que hace falta a la doctrina de las enfermedades, y estoy seguro que arrojarán con el tiempo la palabra histerismo, que a fuerza de decir demasiado no dice nada, confundiendo muchas enfermedades distintas en una.

Pero nosotros nos atendremos aquí a la significación lingüística de esta palabra y consideraremos por histerismo tan sólo ese grupo de fenómenos nerviosos (y si se quiere también sanguíneos y digestivos) que de veras se irradian del *útero y demás sistema sexual*, y encontrándonos así en el mismo campo en que con tanto brío teólogo-jurídico-retórico está cabalgando el señor Carmona, examinaremos qué consecuencias se deben sacar de aquella ponderada excitación sexual de la joven para su demonomanía. Sin duda que nosotros creemos en el hecho que el señor Carmona nos cuenta, pues este caballero habrá observado y mirado de hito en hito todo aquel asombroso proceso sexual que se estaba verificando entre las pudendas de la joven durante el ataque, aunque se le había ocurrido al señor García tachar a dicho caballero por haberse mantenido en una distancia demasiado respetable de la joven ninfomaníaca.

Las consecuencias que el informante Carmona saca son *fi-siológicamente* ninguna. Es decir que no sólo no está desarrollada aquí la fenomenología psicológica como *consecuencia inmanente*, fisiológica, materialístico-vital, cosa que él no puede hacer en el estado actual de la ciencia, sino que ni aún revela de un modo concreto la necesidad de los movimientos convulsivos, cosa que no se puede perdonar a ningún médico, en vista de la descubierta función excitomotora de la médula espinal.

Destituido de todos los conocimientos acerca del gran oficio reflector de ese eje raquidiano, y abandonado por la ciencia acerca del modo como el sistema sexual obra sobre el cerebro, se presenta este caballero en su informe sin los medios necesarios —cuya falta ni aun siente— para reunir de un modo verdaderamente orgánico el foco histérico con la fenomenología mórbida del sistema cerebro-espinal; y todo su discurso —si le quitamos las citas de cuatro médicos que no están a la altura de nuestro tiempo, y de Cicerón, Marco Aurelio y algunos padres de la Iglesia— no es más que una expectoración de cualquier lego en la materia.

De aquí proviene la incoherencia *interna* de toda la exposición. Utero y ovarios, cerebro, médula espinal, sensibilidad o insensibilidad, potencias morales e intelectuales, sueño aparente, bola histérica, convulsiones, magnetismo, cabeza descompuesta, neurosis esencial y afectibilidad ovario-uterina, todos estos conceptos yacen aislados e inertes como las consonantes de una palabra hebrea a la cual le faltan los puntos; y todos estos conceptos inertes están movidos y ligados por reflexiones extrínsecas, a semejanza de los pedazos de carne de un ajiaco chileno que se hallan unidos entre sí tan sólo por medio del caldo en que nadan.

Probablemente el señor Carmona protestará aquí con sus “grandes autoridades” en la mano que no lo han hecho mejor que él; le dejaremos este consuelo del *jurare in verba magistri*, si me es permitido echar aquí un latinajo, ya que él ha largado tantos en su informe.

Después de haber asentado que el histérico confirmado, convulsivo y en tercer grado de la Carmen Marín, como de todo el sexo femenino, “es siempre puramente primitivo idiopático o privativo del aparato uterino y muy particularmente de los ova-

rios”, saca del compendio de Clínica médica de Martinet las siguientes sentencias que le sirven al señor Carmona de caldo para su ajiaco:

“Cuando hay una cefalalgia más o menos fuerte, una mudanza notable en el estado de las facultades intelectuales, un trastorno evidente de la sensibilidad y de la movilidad, sin ningún signo de gastroenteritis aguda, y si estos fenómenos persisten durante más o menos tiempo, o no aparecen sino instantáneamente, en esos casos puede decirse que el encéfalo está malo”.

Por consiguiente dice el señor Carmona: “La Marín, según las descripciones de su enfermedad que se han hecho por todos, se halla comprendida en este caso; ¡tiene, pues, malo o enfermo su cerebro!”.

Pero siendo el aparato sexual el foco de la enfermedad, ¿de qué modo y por qué caminos fisiológicos llega dicho aparato a producir esa maleza no caracterizada del cerebro? Si el señor Carmona hubiese partido de aquel foco mórbido en lugar de partir del libro, para sacar la consecuencia pobremente lega de que la Carmen tenía la cabeza mala, se habría tal vez hecho él mismo la correspondiente pregunta y habría transformado su retórica en indagación médica, averiguando en qué consistía *lo malo* de la cabeza.

“Si los trastornos de la sensibilidad y movilidad, continúa el señor Carmona-Martinet, consisten en una parálisis (parálisis de la sensibilidad por algunas horas ha tenido la Marín) con semirrigidez muscular, en *accesos convulsivos* momentáneos; si ha sido precedida de cefalalgia y otros síntomas cerebrales, en este caso el cerebro está inflamado o en un simple estado de irritación, que depende de que algún cuerpo extraño, como la sangre, la serosidad, etc., se hallan en contacto anormal con él. Siendo claro que la Marín ofrece los mismos fenómenos (¿los mismos?; en la noche todos los gatos son pardos), debe también por este aforismo diagnóstico estar o haber estado entonces afectada del encéfalo en la *forma aquí indicada*”.

“Cuando la parálisis de la sensibilidad —sigue vaticinando el señor Carmona con las palabras de Martinet— o del movimiento va hasta los miembros torácicos y los músculos que con-

curren a la respiración, entonces está alterada la sustancia medular de la columna vertebral en su porción cervical. Pero si, al contrario, la parálisis va hasta los miembros abdominales y la cavidad del vientre, la alteración de la médula en este caso existe en la porción lumbar". Martinet.

Pero ¿qué tiene que hacer esto con la endemoniada? ¿Qué tiene que hacer el. . . con la tómpora? Oigamos lo que contesta el señor Carmona.

"Es así, pues, que la enferma de que se trata participa de ambos grupos de fenómenos, *luego* participa asimismo (!) de las alteraciones correspondientes de la sustancia medular de la espina en la porción cervical y en la lumbar"!!!! ¿Todo esto en el histerismo?

La ignorancia es demasiado seria para ser ridícula: el señor Carmona atribuye todos los *movimientos convulsivos* de los miembros y músculos torácico-abdominales que se manifiestan en la enferma, a una *alteración paralítica* de la médula espinal. A eso conduce la falta de conocimientos fisiólogo-patológicos cuando quiere esconderse detrás de la autoridad ajena. Dios le perdone.

Triste es la suerte que sufrieron los autores que han escrito sobre la endemoniada de Santiago. El señor Zisternas fue inoportunamente el mártir de la maledicencia del público, el doctor García se hizo ridículo por sus tarifas antihomeopáticas, ¡y el señor Carmona llegó a dar a la luz pública una segunda edición de su informe!

CAPITULO DECIMOSEPTIMO

EL HISTERISMO DE LA ENDEMONIADA Y EL DIABLO ENAMORADO

Lo que en cierto modo nos concilia con el informe en cuestión, son algunas observaciones muy perspicaces que cual relámpagos iluminan momentáneamente el abismo confuso del trabajo entero. Estas observaciones, que se refieren a las reminiscencias que durante el ataque tiene la joven de unas relaciones amorosas con un tal Pascual y un tal Juan, habrán tal vez inducido al señor Carmona a caracterizar todo el caso por un ataque histérico. Aunque es posible que una exaltación paroxística del sistema sexual en la joven despierte en su cerebro escenas y personajes que tienen conexión con dicho exaltamiento, es también probable el caso inverso, es decir, que las reminiscencias amorosas, que en medio de la fermentación paroxística de su alma enajenada se desprenden cual chispas fosforescentes de la leña putrefacta, produzcan una excitación secundaria del sistema sexual, induciendo a la joven a ejercer algunos movimientos libidinosos. A mi modo de ver suceden ambos casos juntos, auxiliándose y reforzándose mutuamente.

Pero partamos por un momento del punto de partida exclusivo que tomó el señor Carmona, supongamos que el ataque comienza por una exaltación local del sistema reproductor, y veamos cuáles son las consecuencias inevitables que de dicha "neurosis sexual" se desprenden para con el cerebro; y ya que el in-

formante nos abandona donde hay necesidad de un desarrollo consecuente, indagaremos por nuestra propia cuenta si un exaltamiento sexual es capaz de producir de un modo constante *intrínseco y fatal*, una enajenación particular del alma: la de *creerse poseída del demonio*, o en caso de no poder explicarse por este modo tal perversión específica, si el origen y la esencia de la demonomanía se deben buscar en otra parte.

Como el cerebro es la reunión central de todos los nervios de la organización entera, tanto cerebrospinales como simpáticos, es natural que también la vida específica del sistema reproductor se refleje sin cesar en aquel órgano por medio de los nervios que reúnen ambos focos, estampándose en el alma de un modo adecuado a la naturaleza inmanente del cerebro. Como la calidad vital del cerebro es la de manifestarse como sensaciones, imágenes, conciencia y afectos, es claro que las impresiones sexuales se trasmuden en el alma en correspondientes determinaciones psicológicas, cuyo centro es el amor (afecto) con todos sus elementos colaterales. Así la vida sexual se refleja permanentemente en el cerebro en forma de amor.

Si los órganos sexuales se encuentran en un estado permanente de suprema y no satisfecha exaltación, se hacen capaces de agarrar la vida cerebral entera, revistiendo y tiñendo el contenido preexistente del alma con la índole *apetitiva de la pasión autócrata*, y al fin y al cabo aun repercutiendo totalmente todo contenido que no sea erótico: entonces se despiertan en la masa encefálica sensaciones libidinosas, imágenes obscenas y afectos fogosos, que no siendo contenidos por la reflexión de los hemisferios, sumergidos también en la afección inundante de la pasión erótica, se desatan en el interior del alma con toda su bestial originalidad y prorrumpen tempestuosamente en correspondientes movimientos mímicos, resoluciones pujantes y palabras significativas.

Suponiendo un tal estado ninfomaniaco en nuestra endemoniada, una hipótesis que no está fundada en ningún hecho decididamente convincente, podemos admitir que dicha disposición libidinosa de su alma durante el ataque, siendo en pugna con todo lo que en su reminiscencia vale por austero, casto y sagrado, haga que la joven aborrezca y rechace los sacerdotes, las mon-

jas, las cruces, las reliquias, los evangelios y los cantos sagrados. Si admitimos esto, debemos deducir precisamente que durante dicho ataque libidinoso *la sustancia y estructura del cerebro han sufrido una correspondiente alteración materialístico-vital, aunque sea pasajera y momentánea*, puesto que las manifestaciones de nuestra alma no pueden verificarse absolutamente jamás sin la correspondiente acción molecular de los elementos microscópicos del cerebro (véase Cap. 4, etc.). De este modo nos vemos en última instancia llevados otra vez al *cerebro*, que es el centro donde se efectúan aquellas manifestaciones del erotismo mórbidamente exaltado. Este es un resultado enteramente contrario a la pretensión de que el foco de acción central resida en el útero y los ovarios.

Pero aquella repugnancia característica de la joven hacia todo lo sagrado no se encuentra jamás en la mayor parte de las afecciones histéricas donde la exaltación ovario-uterina es incomparablemente más pronunciada que la de la Carmen Marín, cuya excitación ninfománica aparece de veras muy insignificante; y el querer poner las manifestaciones antisacras del presente caso en *conexión necesaria* con la ninfomanía histérica es una violencia manifiesta que ni aun el mismo señor Carmona habría cometido si hubiese tenido la feliz disposición mental de ser metódico y coherente.

La excitación sexual es vaga e indeterminada y jamás puede despertar en la vida psíquica una serie siempre igual de determinaciones específicas, como son las del caso actual. *Estas deben pues provenir de una causa más precisa, más concreta, más fija, delante de la cual los vagos reflejos sexuales aparecen subordinados aunque capaces de complicar y exaltarlas.*

Esta causa específica de las manifestaciones antisacras es, a mi ver, esencialmente la demonomanía, que es la afección central del centro nervioso del cuerpo.

Pero la demonomanía, según el señor Carmona, no es ni siquiera un síntoma secundario de la enfermedad histérica, sino más bien un fenómeno enteramente extrínseco e intruso. El dice: "en cuanto a los efectos observados en la aplicación del exorcismo por el señor presbítero Zisternas, *son epifenómenos de un carácter facticio, accesorios* a la enfermedad principal ya expresa-

da (es decir, la alteración primitiva crónica de los ovarios), cuya causa determinante específica es o la magnetización animal o la influencia de lo moral en lo físico, en la hipótesis de que acaso se imagine la Marín una escena semejante a la que tuvo en la soledad de la capilla y en el sueño aquel con el diablo”.

Los “efectos observados”, manifestándose por fenómenos demonomaníacos, son evidentemente las manifestaciones exacerbadas “del moral” *enfermo* de la joven, es decir de su alma demonopáticamente pervertida. Suponiendo que son provocados por la pretendida influencia magnética del sacerdote, no son *producidos*, es decir *creados* por ésta. Para serlo es preciso que el sacerdote transporte magnéticamente *su propia convicción de que la Carmen está endemoniada*, sobre el moral (cerebro) de la misma Carmen, a semejanza del efecto electrobiológico, y que la domine tanto por este su poder que también *ella llegue de veras a creerse poseída por el diablo*. Pero la joven manifestaba en sus ataques anteriores, mucho antes de que haya conocido al señor Zisternas, de un modo evidente, su enajenamiento demonial; esta circunstancia, como también el origen y la historia entera de los antecedentes, el terror diabólico en la capilla, la lucha con el diablo en el sueño, y la consecutiva confusión mental concentrándose al fin en ataques discretos (Caps. 5, 6 y 7), demuestran de un modo genético que la perversión demonial de su psique, lejos de depender de la magnetización y otras causas externas, tiene su esencia más bien en un proceso intrínseco de su alma misma, en el movimiento patogenético de su vida cerebral.

El mismo pretendido efecto que tiene la magnetización en la joven ejerce también “la influencia de lo moral en lo físico”. El sacerdote, por su ascendiente moral que tiene en las simpatías de la Carmen, a pesar de la repugnancia antisacerdotal del Yo pervertido de esta misma Carmen (Cap. 10, pág. 391), puede despertar en su psique las manifestaciones de su interno proceso demonial y repercutirlas aun, pero de ninguna manera infundirlas como cosas nuevas.

La hipótesis en fin “de que la Carmen Marín acaso se imagine, durante el ataque, una escena semejante a la que tuvo en la soledad de la capilla y en el sueño aquel con el diablo” debemos rechazarla en virtud de lo que hemos expuesto (Caps. 6 y

7), y de lo que todavía desarrollaremos más tarde acerca de la profunda diferencia que hay entre los *antecedentes* del ataque (como es el terror, el sueño, la lucha y la confusión mental) y la naturaleza específicamente nueva de la *verdadera posesión* en el ataque mismo.

Hemos visto que la perversión demonial no puede producirse por la influencia magnética o moral del sacerdote. Si, pues, queremos hacernos la violencia de creer que aquélla no ha tenido su origen ni tampoco en el terror y en el sueño, nos queda el último refugio de admitir que dicha perversión es un reflejo puramente uterino, un histerismo demonomaníaco. El verdadero demonio será entonces aquí el útero con los ovarios, que transportan "su alteración primitiva, crónica y sui géneris" sobre el cerebro de la joven, produciendo en ella la ilusión de sentirse poseída por el demonio.

Pero ¿qué conexión psicológica hay entre aquella alteración sexual y la ilusión demonomaníaca? La vaga exaltación orgástica del sistema reproductor puede reflejarse en el *sensorium commune* tan sólo en la forma vaga de aquella manía erótica que hemos ya caracterizado, es decir, transportando en el cerebro su propia determinación sexual, cuya determinación toma en el cerebro la índole *psíquica* ideal del mismo cerebro. Todas las sensaciones, imágenes, ideas y afecciones que se despiertan a consecuencia de aquella exaltación cerebral producida por el orgasmo sexual, son vagas y tendientes hacia el único fin reproductor, el de satisfacer y tranquilizar aquel orgasmo devorador. *Otro contenido concreto y específico no existe en ellas.* Pero si existe, como en el caso presente el contenido ilusorio de un diablo, entonces no puede tener su *origen* en la vaga y abstracta exaltación sexual, sino debe haber venido de *otra parte* o debe estar *preexistente* desde antes en el interior del alma, despertándose *ahora tan sólo a consecuencia* de aquella exaltación general del cerebro producida si se quiere por la ninfomanía.

Si, pues, durante el pretendido fuego erótico (que es muy moderado en nuestra endemoniada) surge al mismo tiempo la "ilusión" de su diablo posidente, no puede ser esta ilusión otra cosa que una *idea anterior ya fijada de antemano y de distinto origen.* Dicha ilusión puede *combinarse* con la exaltación eróti-

ca, y el resultado es que el diablo ilusorio (el Yo endiabado de la Carmen) asume la *índole amorosa* de un pretendiente, apareciéndosele a la Carmen (al No-yo de la Carmen) como un diablo bonito y provocador.

En fuerza de todo lo que antecede debemos rechazar la idea de que las manifestaciones psíquicas de nuestra endemoniada tengan su origen en las partes sexuales y mucho menos en la influencia magnética o moral del sacerdote, debemos rechazar en general las pretensiones diagnósticas de las que caracterizan el paroxismo de la joven por un ataque pura y lisamente histérico (Mac Dermott, Laiseca, Carmona), y debemos reconocer al mismo tiempo que, así como en el estado normal y mórbido del cerebro todos los procesos vitales de la organización entera y del sistema sexual se reflejan y reproducen clara o vagamente en la masa frénica de aquel centro omnipercipiente, así también, en nuestra endemoniada, los casuales turgores eróticos de la sexualidad relampaguean en el interior confuso de su psique pervertida, arrojando su personalidad dualística en una mutua relación amorosa.

En medio de esta exaltación erótica de su cerebro demonopáticamente pervertido es natural que surjan reminiscencias de cosas y personas que en tiempos pasados tenían alguna conexión con sus inclinaciones amorosas. Y algunos hechos que el señor Carmona ha averiguado en este respecto son muy interesantes.

“Hallándose cierta vez dicha joven bajo la influencia de esa especie de lucidez, o sea sonambulismo, en que se la ha visto en el curso de los accesos, reveló de un modo cínico o involuntario, en presencia de varios circunstantes cuyos nombres sólo expresaré confidencialmente en caso necesario, que una mujer que administraba una fonda en Valparaíso, con quien vivía y se vino a la capital, tenía un hijo, el cual le dio (a Carmen) muchas pruebas de cariño y compasión, de manera que ella deseó casarse con él. Que el tal amante la acariciaba y perseguía a todas horas; pero que ella se resistía a sus tentaciones, porque conocía que no pensaba en ser su esposo legítimo. Que en esas circunstancias sucedió una vez que abusando de la ocasión de verla con el mal, la condujeron a un cuarto, y allí la dejaron encerrada bajo llave y a disposición de aquel amante... Que el resulta-

do de este hecho clandestino fue una mejoría de tres meses, mejoría que nunca ha tenido igual, sino cuando se curó de las viruelas en el Hospital de San Borja”.

En otro ataque habló de sí en tercera persona literalmente lo que sigue: “Carmen vive agradecida de María (señora en cuya casa vivía Carmen) porque está recibiendo de ella muchos favores, pero aunque no quiere Carmen ofender a María, tenga cuidado ésta, pues *Juan*, el marido de María, le está hablando del amor y se ha de enredar con *Juan* y más tarde con el hijo (Pascual), porque Carmen no guarda lealtad a nadie... El otro día, cuando estaba sentado junto a la mesa, le señaló Pascual a Carmen un peso, ofreciéndoselo con disimulo, sin que lo notase nadie, y Carmen no lo tomó, aunque le gusta la plata, porque María estaba allí y podía descubrirla”.

En sus últimos ataques no hacía ninguna narración de este género y es probable que la imagen de Juan se ha confundido con su Yo demonomaniaco identificándose con el diablo posidente de su alma en una misma y única persona que es el Yo diabólico, el que habla de la Carmen como de una tercera.

En el abismo confuso de un alma enajenada hay tanto desorden, tantas discordancias, tantas combinaciones extrañas y tantas casualidades oscuras que es imposible querer siempre encontrar armonía, orden y claridad.

CAPITULO DECIMOCTAVO

LA FRACTURACIÓN DE LA PERSONALIDAD Y EL CAMBIO DEL YO-MISMO

Hemos absuelto la parte periférica de nuestra tarea, cuya dificultad crecía en la misma proporción en que la maravillosidad supersticiosa aceptaba los hechos acomodándolos para sus fines, mientras que por el otro lado la hueca incredulidad con las apariencias de la sabiduría lo negaba todo. Hemos visto cómo ante el soplo irresistible de la ciencia se rompían uno por uno todos los hilos de aquella añeja telaraña de la Edad Media que el polvo de la ignorancia engrosaba y robustecía con falsa robustez. Hemos vislumbrado en el curso de nuestras indagaciones críticas cómo todos aquellos fenómenos no comprendidos eran las irradiaciones sintomáticas de un punto central que no es el útero, sino la psique pervertida. Y ahora nos queda la interesante tarea de penetrar en este centro, de indagar la modalidad de esta perversión y de reducir todo aquel grupo de los fenómenos expuestos a su unidad patológica y al mismo tiempo a su verdadera *significación humana*.

Nos encontramos en el centro de la indagación. Como el viajero que camina sobre los elevados Andes ve desaparecer las neblinas a medida que las atraviesa, así también se aclara la mirada científica cuando tenemos el valor de acercarnos inexorablemente a nuestro objeto, al través de todo aquello que lo envuelve, oscurece y aleja.

La alteración mental, la que forma el fondo del paroxismo de nuestra endemoniada, no es un fenómeno nuevo en la patología cerebral. En los archivos de las enfermedades del espíritu se encuentra infinidad de casos en que predomina la ilusión de un cambio de la personalidad. Un enfermo se cree trasmutado en una mujer, otro en un animal, otro cree que su alma no es suya sino de un tercero extraño (melancholia metamorphosis), otros se creen poseídos por el diablo (demonomanía). En todos esos casos el paciente se comporta en el sentido de esta su ilusión, coquetea como una mujer, ruge como un animal, ladra como un perro, deja hablar de sí demonios, muchas veces la personalidad extraña alterna su papel con la propia personalidad normal. Combínase con esto una sensación penosa que el enfermo tiene de aquella intrusa ocupación, quejándose amargamente de ella como de una crueldad que se ha cometido con él, busca a rechazar el interno heteron, rehaciéndose contra el intruso en las más violentas exaltaciones. (Wunderlich, *Pathologie und Therapie*, 1854, tomo 3, "Vesanie", pág. 242).

Los casos de demonomanía son tan parecidos a los paroxismos de nuestra endemoniada que habríamos podido ahorrarnos el presente trabajo si los autores nos hubiesen legado la verdadera explicación patológica de aquéllos. Pues el decir que la demonomanía consiste en que el enfermo *se cree poseído* por el diablo, el formular esta ocupación extraña como una *ilusión*, como una *idea fija* en medio del proceso intelectual del individuo, combinada, si se quiere, con ablandecimiento de la sustancia cortical, equimosis en la pia mater y en las demás partes del cerebro; el definir el objeto de este modo, no es más que dar los contornos abstractos de una definición que no llega a explicar *el proceso interior del cerebro enfermo en unión inmediata y necesaria con sus manifestaciones psicopatológicas*.

Consecuentes con nuestro principio de la idealización espontánea de la sustancia cerebral, ensayaremos a desarrollar la esencia patólogo-psicológica del caso presente en el mismo sentido en que habíamos interpretado "la lucha con el diablo en el sueño" (Cap. 5), con la intención de reducir la patología mental a su fundamento orgánico, o por lo menos, de indicar cómo

en lo futuro se deben, a mi ver, estudiar los fenómenos mórbidos de la mente en cuanto pertenecen a la medicina.

Si circunscribimos los fenómenos psíquicos internos del paroxismo de nuestra endemoniada Carmen Marín, llegamos a los siguientes hechos fundamentales:

a) La Carmen habla de sí en tercera persona, es decir, *su Yo como Carmen* está anulado. La contemplación interna de su personalidad aparece desalojada de su Yo-mismo (Cap. 4); sin apagarse queda ella afuera del Yo, en el campo de la subjetividad objeto-perceptiva en general (Cap. 4, h) en calidad de un *heteron*, no distinguiéndose en nada de todo el demás contenido objetivo que se encuentra en la sustancia intelectual de su encéfalo (Cap. 18, d). Esta interna intuición de su individualidad-Carmen, no siendo reflejada en su Yo-mismo, se manifiesta como No-Yo Carmen, es decir, es la percepción de sí como de una persona extraña que está en una relación *externa* con el Yo. Este momento es la verdadera *enajenación* de su alma, donde ella se ha puesto ajena en frente de sí misma. El Yo-mismo, por su parte, sufre la siguiente alteración.

b) La Carmen habla del demonio en *primera persona*, siendo interiormente tan identificada con la intuición demoníaca, que se comporta, habla y gesticula en este sentido. Es decir, su *Yo* mismo, desprendido de la contemplación clara de su individualidad, está ocupado y pervertido por el demonio; o más bien, la idea, la imagen y el sentimiento de la personalidad diabólica han inundado y penetrado todo su ser mental, todo el *Yo* verdadero de la Carmen que está perdido para la Carmen misma. Este momento es el monomaniaco, la *perversión* cualitativa del Yo-mismo, su metamorfosis desorganizadora en frente de la individualidad-Carmen.

c) De esto se sigue que la Carmen no tiene visiones o alucinaciones del demonio como de una *persona externa* que la persiguiera o maltratara, que se le apareciera de cuando en cuando para tentar o amenazarla. Pues la identidad patológica del Yo con el demonio excluye completamente una semejante proyección subjetiva. Si llegase el caso de una tal proyección, la visión proyectada no sería el Yo-demonio, sino la *imagen* de la

Carmen misma o de cualquiera otra persona en frente del Yo endemoniado, una verdadera heteroscopia.

d) Puede ser también que la joven paroxismada tenga de veras la alucinación de un hombre querido que se destaca de su reminiscencia exaltada durante el ataque. La Carmen manifiesta en su paroxismo una tendencia irresistible a cambiar las palabras que oye en expresiones obscenas, de proferir voces (como puta, bribón) y de hacer movimientos que tienen en parte una conexión evidente con exaltaciones eróticas. Parece pues que durante el ataque surgen en la subjetividad de la poseída reminiscencias amorosas de la vida pasada (Caps. 6, 17), o reflejos de una actual turgecencia erótica del sistema sexual. Si esos recuerdos involuntarios y reflejos uterinos han sido puestos por la enferma en una ligazón íntima y consecuente con la monomanía demoníaca, o si aparecen tan sólo intrusamente como elementos exógenos y aislados, eso se decide fácilmente si recordamos por ahora que en la mayor parte de las alienaciones mentales del sexo femenino el momento ninfománico hace casi siempre un papel importante en el rapto maniático. Lo cierto es que dicho elemento erótico no es la verdadera esencia del ataque, aunque contribuya a determinar su periodicidad y su crisis.

Vemos aquí una verdadera fracturación interna de la totalidad mental, donde los elementos separados, conteniendo cada uno de ellos un distinto contenido, se encuentran entre sí en una conexión más o menos estrecha. De estos elementos el Yo mismo es además mórbidamente pervertido, mientras que la subjetividad general (el interno No-Yo) aparece llena de la individualidad-Carmen y de otro contenido más o menos característico para la fisionomía patológica del paroxismo (elementos eróticos y otras reminiscencias de la vida pasada).

Esos acontecimientos psicológicos de la mente paroxismada toman su verdadero valor médico si acertamos a reducirlos a su fondo verdadero, a la actividad patólogo-vital de la estructura encefálica. Sin esta reducción los procedimientos ideales del alma humana flotan en el aire azul del abstracto espiritualismo como entes ontológicos de una otra vida, como los prototipos de Platón o el daimonion de Sócrates, sin llenar jamás ese abismo de preguntas: de cómo el hombre terreno llega a tener es-

píritu, de cómo su alma se enajena o aniquila por afecciones del cerebro o por un golpe mecánico sobre el cráneo, etc.

En el capítulo cuarto de esta memoria he trazado de un modo aforístico mi teoría acerca de las funciones psicológicas del cerebro, he manifestado que, mientras la subjetividad objetiva de la mente reside en *una* parte de la estructura, el punto culminante de esa subjetividad, el verdadero Yo-mismo, es la función de ciertos elementos microscópicos circunscritos en sí y distintos de la demás estructura cerebral. Sin entrar aquí en demostraciones que daré a su tiempo en un trabajo especial, repetiré lo que había indicado ya en el curso de esta monografía. Los elementos histológicos de la subjetividad perceptiva donde se imprime todo el contenido objetivo con sus detallamientos y contornos reales son los cilindros microscópicos, mientras que los globos nerviosos (que son enteramente distintos de las cel-dillas simples morfológicas de la sustancia cerebral) son el *sitio*, para expresarme así, de la permanente producción del Yo mismo, el que refleja en sí aquel contenido detallado, *refiriéndolo a sí mismo* y separándose de él al mismo tiempo como Yo contemplante.

La fracturación de la personalidad en el interior de la psique resulta ser de este modo un procedimiento materialístico-vital del cerebro mismo, y libertada de su ontologismo psicológico entra sin violencia en el dominio de la ciencia natural del hombre.

Encontrándonos así en ese suelo patrio de la indagación, nos invade necesariamente la pregunta de vital importancia, y es: ¿qué género de alteración patológica deben haber sufrido los elementos microscópicos del cerebro para que produzcan en el individuo la intuición de aquel rompimiento mental? ¿Qué es lo que sucede en el interior microscópico de la estructura durante el enajenamiento de mi personalidad y la perversión metamórfica de mi Yo-mismo?

Esta cuestión, imposible de satisfacer por vía experimental, se deja tal vez acometer por vía inductiva, partiendo del procedimiento normal que se verifica en la vida del cerebro durante el acto de contemplar el sujeto su personalidad individual.

CAPITULO DECIMONOVENO

LA INDIVIDUALIDAD DEL INDIVIDUO REFLEJADA EN LA VIDA PSICOLÓGICA DEL CEREBRO

Toda mi existencia corpórea y sus afecciones naturales se reflejan permanentemente en mi cerebro, o en el sensorium commune, como dicen los fisiólogos, por medio de los nervios sensitivos, etc., derramados en toda la organización y de los sentidos. Impresa la individualidad de mi cuerpo en la sustancia frénica a fuerza de ver mis propios contornos y movimientos, de oír mi propia voz y de sentir sin cesar mis propias necesidades, se reproduce en el protencéfalo como sensación, en el mesencéfalo como figura, en los hemisferios como certidumbre y conciencia y por fin en el cerebelo como sentimiento íntimo de esta mi individualidad.

Esta mi individualidad corpórea, que en el cerebro se refleja con todas sus necesidades de hambre, de sed, de sueño, de dolor, etc., aparece al mismo tiempo *elaborada y elevada por la energía idealizadora de la sustancia cerebral*: la sexualidad se idealiza en amor, la digestión se generaliza en egoísmo, y así todo lo demás se trasmuda de un modo adecuado. De esta manera llego yo a ser una persona en el interior subjetivo de mi actividad frenopsicológica, cuya intuición personal de mí mismo me acompaña en todas partes, asomándose en mí a través de todo lo que pienso, siento y hago, y es el verdadero fondo de las acciones detalladas de mi espíritu.

Pero siendo cada órgano cerebral un complejo de elementos histológicos diferentes, de cilindros, globos, sustancia homogénea, etc., se refleja mi personalidad individual en cada sistema histológico de un modo distinto, aunque estos modos distintos se reúnen inmediatamente en una *intuición única* a semejanza de los diferentes sonidos que confluyen en una armonía musical.

Si la sustancia homogénea del cerebro reproduce la personalidad individual de un modo vago y oscuro, y el sistema cilíndrico la percibe en toda su anchura, variedad y detallamiento, contemplándola como un contenido objetivo, es decir, como si mi personalidad fuese un objeto de mi contemplación como cualquier otro objeto: los globos cerebrales, por su parte, en virtud de su índole centrípeta-incéntrica, se subjetivan funcionalmente en una correspondiente introversión intelectual en sí mismos, es decir, se manifiestan en calidad de un Yo-mismo (cap. 4, b, h.); así esos globos cerebrales serán también los puntos luminosos del ensimismamiento de toda la demás actividad psicológica del cerebro, los que reunidos en un único foco subjetivo del gran Yo-mismo contemplan aquel contenido *como su propio*.

De este modo mi Yo unificado de todos los globos en todos los órganos cerebrales (cap. 4, b, h.) se pone en frente de mi percibida individualidad, refiriéndome yo a ella como a mi propia inmanencia, y al mismo tiempo se distingue de la variable y mutable individualidad, *quedando Yo como una unicidad contemplante sobre este mi contenido*.

Ese procedimiento psicológico, que a pesar de su aparente oscuridad se verifica sin cesar en la mente humana a fondo de la vitalidad molecular de los cilindros y globos de nuestro sistema cerebral, es la condición absoluta de la cordura intelectual, de la sanidad del espíritu en frente de nuestro propio individualismo. En dicho procedimiento normal ya existe aquella *fracturación* entre mi Yo-mismo y mi individualidad contemplada, en el acto de distinguirme como sujeto interior de ella como de una interna objetividad; pero esa fracturación se destruye permanentemente por la misma *referencia contemplativa* en que se encuentra el Yo con este su contenido, es decir, Yo quedo siempre unificado con mi individualidad, como persona. Yo siento, sé y per-

cibo mi existencia orgánica como mi más íntima mismidad, y sé al mismo tiempo que soy Yo.

Pero si en el estado mórbido de mi mente llega a ofuscarse mi Yo, si todo el sistema de los globos cerebrales o una inmensa parte llega a suspender su acción vital, o si llegan éstos a paralizarse para siempre (en la fatuidad, etc.) por la completa destrucción de su proceso nutritivo y anamórfico, entonces aquella íntima y profunda certidumbre de mi propiedad individual desaparece para mí, y faltando aquel lazo interior que liga mi contenido individualístico con mi Yo mismo, aparece mi personalidad como si fuese extraña. En este estado de mi enajenamiento puedo todavía tener hambre y sed, pasiones y angustias, arrebatos de alegría y desesperación, es decir, todas las necesidades y afectos de mi individualidad objetiva, reflejada en mi interior cerebral, pueden todavía dibujarse claramente en la sustancia detalladora de los cilindros y percibirse de un modo enérgico aun como *existentes*, pero Yo mismo no alcanzo más a contemplarme en frente de todo aquello como el dueño, no llego a la reflexión de si son íntimamente *mías* aquellas necesidades; yo como y bebo por cuenta de una persona ajena, y hago todo como si yo fuese otro.

Si, pues, en el estado sano mi individualidad es el objeto impercedero de mí *mismo* y mi Yo la permanente reflexión sobre sí, en frente de esta mi existencia individual que es mi interno objeto, en la enajenación, producida por la pérdida de mi Yo, mantengo, es verdad, la misma relación con el mundo externo y social como en el estado cuerdo, veo, percibo y sé las cosas, *pero no las refiero más a mí mismo*, pues he perdido la idea de que yo soy de veras yo mismo: Juan, Carmen, etc.

Este estado de oscurecimiento de la personalidad no es tal vez raro en las graves fiebres nerviosas, en que el paciente se cree una otra persona y busca a toda fuerza echar a esta pretendida persona fuera de la cama, concluyendo, por supuesto, por echarse a sí mismo. Tal vez depende de esta paralización intermitente del Yo durante esas fiebres el que los enfermos, que en sus paroxismos *conversan muy juiciosamente* con los circunstantes, no se acuerdan de lo que habían hablado luego que han *vuelto en sí* (es decir, en su Yo-mismo).

• Si el enajenado habla de sí en primera persona, por ejemplo:

quiero comer, denme agua, suéltame, etc., es tan sólo por el hábito del idioma mismo que habla mecánicamente sin tomar parte reflexiva en lo que dice.

La circunstancia de que en los cadáveres de locos se encuentra preponderantemente *alterada la sustancia cortical del cerebro*, coincide de un modo muy notable con mi teoría encéfalo-frénica, puesto que *la sustancia cenicienta de los órganos cerebrales son el sitio principal de los elementos globosos*. Sin duda que hay locuras en que la afección anatómica se concentra en la parte blanca del cerebro, en el sistema cilíndrico, etc., que no nos toca tratarlas en esta memoria, por no pertenecer a nuestro objeto.

Atendiendo a la compacta unión en que normalmente se encuentra el Yo con el contenido, penetrándolo sin cesar en todo tiempo y en todas las fases de la vida, nos pudiera parecer muy extraño e increíble que hubiese circunstancias en que se verificase tan peregrina ruptura mental si no existiesen fenómenos semejantes en otras esferas de la organización humana. Es notorio lo absolutamente unida que anda la visión de los contornos geométricos de los objetos con la de los colores; el objeto se pinta en la retina de una manera tan adecuada a la realidad, que parece que la misma molécula nerviosa que percibe el delineamiento es la que reproduce también el color correspondiente de dicho contorno, penetrándose ambas percepciones de un modo inseparable por la actividad unificada de los distintos elementos histológicos de la membrana visual. Y a pesar de eso hay casos mórbidos de las retinas en que la energía productiva de los colores aparece enteramente abolida en medio de la más completa percepción de las líneas geométricas; y Lamé conoció dos personas que veían muy bien, pero que no tenían ninguna idea de los colores: percibían los objetos con sus formas naturales, pero siempre con color ya blanco o negro, ya claro u oscuro. Cosa semejante hemos visto en los nervios sensitivos o más bien en el protencéfalo de nuestra endemoniada (cap. 11) y en los casos histéricos del Dr. Szokalski, donde la abolida sensibilidad mecánica se conciliaba perfectamente con la más exquisita sensación de las impresiones térmicas, y aun he ensayado a dar la explicación de este interesante fenómeno.

LA REPRODUCCIÓN DE LA OBJETIVIDAD
EN LA HISTOLOGÍA DEL CEREBRO

A semejanza de nuestra existencia individual, es también el mundo externo, social y religioso, con todas sus producciones materiales e ideales, el objeto constante de nuestras percepciones y de nuestra asimilación intelectual. La objetividad no sólo pasa por los órganos cerebrales en general, es decir, por la sustancia néveo-celulosa, sino en cada elemento histológico encuentra su correspondiente elaboración (cap. 4, d, h; cap. 18) y el conjunto armonioso de todas esas fases intelectuales y su coincidencia con las fases adecuadas del mundo percibido constituyen justamente la hermosa sanidad de la vida psíquica del individuo. Pero si por excesiva sobrecarga de los materiales objetivos o mala elección de ellos o en fin por alguna interna disposición mórbida se perturba la armonía y sucesión rítmica del proceso freno-intelectual, la inteligencia llega a ponerse en falsas relaciones con su contenido objetivo; y la resultante dirección estrambótica de la mente, que se mueve todavía entre los límites de la cordura, puede tornarse en verdadera enfermedad mental, luego que en esa misma corriente mórbida de la asimilación intelectual se arroja también la objetividad individualística (cap. 18), introduciéndose dicha individualidad personal del sujeto como centro ego-ístico en aquella falsa referencia.

Esa mera *dislocación* objeto-subjetiva de la mente puede exis-

tir sin el menor oscurecimiento del Yo-mismo, y sin ninguna alteración cualitativa de los demás elementos frénicos (cerebro-intelectuales); puede aun ella combinarse con la exaltación más poética e inspirada de la imaginación y de la inteligencia, dando al individuo las apariencias de la más hermosa cordura. Las almas magníficas de la virgen de Orleans, de Cardanus, del Tasso, de Hoelderlin y Lenau, etc., han sucumbido tal vez a esta indigestión intelectual; y los tiempos de las grandiosas y violentas transiciones político-sociales, en que cada uno se cree con la misión de cargar sobre sus hombros la historia humanitaria entera, han engendrado más locos de esa especie de lo que se cree.

Ese proceso mórbido del alma, tan profundamente ideal como fatalísticamente material de la organización humana en frente de ese mundo preexistente y progresivo y tan difícil de elaborar para el individuo, es también el que se suele verificar normalmente en el período proceloso de la pubescencia, donde el profundo desgarramiento del alma enfrente de la sociedad prorrumpe en el joven en exageraciones poéticas o en vicios, y en la virgen se manifiesta como dulce sufrimiento y resignación. No es el reflejo sexual solo el verdadero fondo de esa disposición psicológica de la juventud. El desarrollo del sistema reproductor es sin duda un momento poderoso, pero uno de muchos; también el cerebro, la respiración, la musculatura y todos los demás órganos llegan en esta edad *a romper con su pasado*. La esencia es aquí la *totalidad antropológica*, la sustancia orgánica entera del hombre, que torna en una nueva dirección orgánico-espiritual, donde los sistemas y órganos particulares no son más que los momentos constituyentes y fijos de aquella general fluidez evolutiva, de aquella corriente cristalizadora que todo lo penetra, inunda y eleva.

Como la idea orgánica y su proceso evolutivo en todos los sistemas (circulación, digestión, reproducción, locomoción, etc.) se reflejan en el cerebro, el que todo lo reproduce en formas ideales de conciencia, imaginación, afectos y sensaciones (cap. 4) y como la relación inteligente del hombre con el mundo natural y social se verifica esencialmente por medio de la vida frénica, es claro que también en este período transitorio de la vida el cerebro se constituye en verdadero foco de acción, el cual, *además de ha-*

cer valer en el mundo circundante las inquietudes y oscilaciones de su propio desarrollo, tiene también que reflejar en sí las tempestades evolutivas de los demás sistemas de la organización.

Puesta así en frente de un mundo social estable preexistente y avanzado por leyes inmutables e imponentes, no es capaz de orientarse en él la inteligencia juvenil que está todavía sumergida en el cambio vacilante de sí propia. Como el fondo del desarrollo interior de la psique adolescente es una creación permanente de nuevas fórmulas *para* el individuo, que él suele tomar de veras por creaciones nuevas y del todo originales, además de ser combinadas con la sensación de la libre espontaneidad que acompaña a todo desarrollo, la subjetividad juvenil no coincide con el mundo circundante; lo inmutable de las cosas es para el cambio evolutivo de la mente un mero estancamiento que necesita ser sacudido, lo preexistente parece una cosa añeja e insípida enfrente de su originalidad, las rígidas e imponentes instituciones son una barrera y traba insoportable, una inaudita tiranía bajo la cual se marchita toda espontaneidad libre; y el mundo entero con sus detalles de política, religión, justicia, amor, etc., le parece un solemne engaño.

Así nace el rompimiento teórico entre la inteligencia y el mundo, y este desgarramiento del alma juvenil en sí, en capacidades débiles y mal dirigidas, puede hacerse el *punto de partida* de una alienación mental.

Dicha alienación es tanto más fácil que se desarrolle por cuanto aquella falsa originalidad juvenil, a través de su dolor pasivo suele introducirse muy luego activamente en el mundo objetivo, concibiéndolo a su modo ficticio y llegando aun a enlazar su *propia individualidad* en el tejido fantástico de sus creaciones, para acometer pretendidas reformas.

Aquel desgarramiento del alma, aquel *dolor social*, que, con más o menos claridad y modificaciones, se desprende del período de la pubertad, es un fenómeno tan inmanente a esta transición como el *dolor sensitivo* que acompaña la salida de los primeros dientes en el párvulo; y todas las grandes transiciones evolutivas del individuo y aun de la humanidad en general reflejan en la subjetividad aquella dolorosa no-coincidencia del mundo preexistente con la novedad subjetiva.

Pero en la mayor parte de los individuos la fuerza avanzada de la evolución salva este momento transitorio, que el adolescente aun vence de seguida por el trabajo subjetivo de la educación y de la experiencia, poniéndose paulatinamente en equilibrio con la objetividad y conciliándose con el mundo y consigo mismo.

LA PROYECCIÓN DEL CONTENIDO PSÍQUICO
Y LAS ALUCINACIONES

En la mayor parte de las exaltaciones mórbidas del encéfalo despierta una parte del contenido de las percepciones y elaboraciones pasadas que ha estado dormitante hasta aquí (véase capítulo 4, g) y da lugar a *reminiscencias* que, por su inesperada aparición y su exacta coincidencia con las experiencias sumamente remotas del enfermo, llenan de asombro a los circunstantes, haciéndolos tal vez creer en un agente espiritual enteramente nuevo y distinto del alma humana.

Si estas reminiscencias se hacen tan intensas que se transportan en los sentidos y producen en ellos correspondientes ilusiones sensoriales, entonces se llaman *alucinaciones*.

La alucinación se verifica por un camino opuesto al que toma el mundo externo para traducirse en contenido intelectual. Si durante la asimilación mental la objetividad tiene que recibirse por los órganos sensoriales (visión, olfato, oído), y centrípeto-sensitivos (tacto, gusto) y de ahí pasar a elaborarse en los órganos cerebrales (protencéfalo, mesencéfalo, hemisféricos y cerebelo), tornándose en ellos en sensaciones, figuras, ideas y afectos, sucede en la alucinación enteramente lo inverso. Pues aquí el contenido objetivo, preexistente en los centros de antemano, se trasplanta sobre los sentidos y nervios sensitivos, *retrocambiándose* las sen-

saciones internas en percepciones periféricas, las figuras fantásticas en imágenes ópticas, las ideas en olores y los afectos en sonidos.

Este *cambio regresivo del proyectado contenido interior* es, en mi concepto, la verdadera esencia de la alucinación.

Siendo un procedimiento puramente interno, se presenta la alucinación, si nos fijamos atentamente, como una verdadera *repetición biológica* del proceso evolutivo embrional del cerebro mismo.

Hemos dicho anteriormente que el olfato es el sentido de los hemisferios, la visión el del mesencéfalo, el oído el del cerebelo y los nervios sensitivos los emisarios del protencéfalo (cap. 4, etc.) Dichos sentidos, pues, son los brotes consecutivos de los respectivos centros cerebrales, son sus prolongaciones secundarias, no sólo en el espacio sino también en el tiempo. Los órganos encefálicos son los primitivos y de ellos nacen los sentidos posteriormente.

El nervio olfatorio aparece en el embrión como una pequeña protuberancia sobre la superficie inferior de cada hemisferio, una protuberancia que no es otra cosa que un brote de la sustancia hemisférica misma. Estos dos brotes se prolongan poco a poco hasta que, introduciéndose en la masa craneal, se entregan a las demás metamorfosis cuyo último resultado es la nariz.

Los nervios ópticos se forman del mismo modo como dos prolongaciones cilíndricas que brotando de la sustancia de los tálamos se continúan introduciéndose en la masa rudimentaria del cráneo, para ensancharse aquí en retinas y circundarse con los tejidos extrínsecos para la formación de los bulbos.

Los nervios acústicos nacen de la sustancia escondida inferior cerebélica que después se desarrolla en forma de puente de Varolio (véase mi memoria arriba citada; capítulo: "El órgano opistofrénico").

Este procedimiento *centrífugo* de la morfología de los órganos encefálicos, para proyectar de su interior los nervios sensuales *no cesa* con la conclusión morfológica de los sentidos, sino más bien sigue efectuándose después *histológicamente*. Y es de esencial importancia fisiológica el que dicha dirección centrífuga se continúe aún durante toda la vida del cerebro en calidad de

regeneración molecular, desde los centros cerebrales por la vía de los radios (nervio óptico, acústico, olfatorio) hasta la periferia (retina, laberinto, redes schneiderianas); regeneración molecular, que es la incesante tendencia materialística organizadora, que es el movimiento nutritivo-oscilatorio de adentro para afuera. Si, pues, este procedimiento se traduce en función, es natural que la actividad funcional se mueva en esta misma corriente; pero como los órganos centrales, al dirigir su oscilación nutritiva hacia los sentidos, se *trasmudan gradualmente en sustancia sensual*, es claro que también las funciones ideales de dichos centros, oscilando hacia fuera, se cambian paso a paso en *energías sensuales*, es decir que la imaginación-mesencéfalo se traduce en imágenes ópticas, que la sentimentalidad-cerebelo se trasmuda insensiblemente en armonías y melodías acústicas, y que la energía idealizadora de los hemisferios se torna en el olfato en una sensación específica de la nulidad material del mundo externo, cuya nulidad sensualmente percibida se presenta en calidad de volatilización odorífera.

En el estado normal, donde la incesante percepción del mundo externo domina por su movimiento opuesto centrípeto la primitiva dirección centrífuga, es muy raro que el contenido intelectual preexistente se arroje en el retrocambio sensual. Algunos individuos de un vigor productivo extraordinario (Goethe) o de una originalidad salvaje (Cardanus) pueden producir voluntariamente en sus ojos la imagen del objeto que se figuran. También yo tengo la misma virtud de *ver* en mi campo visual un objeto que intensamente me *figuro*.

En la alucinación se encuentran así todos los órganos cerebrales, incluso los sentidos, en una exaltación subjetiva tan intensa, que su contenido preexistente despierta y se destaca con una vivacidad preponderante sobre las percepciones simultáneas de la realidad. Esta última aparece repercutida por la plenitud y viveza de las figuras e imágenes subjetivas, de los sentimientos y sonidos acústicos, de las ideas y olores ilusorios, etc., que se proyectan hacia fuera al campo subjetivo del individuo. Pues la sustancia neuro-cerebral, llena de percepciones internas y ocupada en reproducirlas, no tiene ni espacio ni tiempo para percibir claramente los objetos reales con sus relaciones; y si llega a perci-

birlos, los suele enlazar en el tejido visionario. Un hombre afectado por alguna alucinación, *ve* los fantasmas, *oye* sus palabras y aun conversa con ellos, *huele* las cosas ilusorias y percibe su sabor, como el místico visionario alemán Suso recibió de los ángeles un canastito con frutillas. Todos los visionarios comen y beben durante su alucinación, lo que indica que todas las funciones cerebrales y sensuales entran aquí en exaltada actividad.

En los tiempos primitivos del cristianismo, en que la grandeza y profundidad de la religión de Cristo llenaba con virginal exaltación el alma de los pueblos, eran muy comunes las apariciones del contenido cristiano en forma de imágenes, sonidos y certidumbre, e indicaban con razón la santidad del individuo. Pues suponían una ocupación intensa y exclusiva con la religión, una fe ardiente y un amor infinito hacia la Virgen, el Dios-hombre y los ángeles. La aparición de la Virgen, de un ángel, del mismo Jesús a la subjetividad fervorosa del individuo, sin tener una realidad crasamente material, es un acontecimiento verdadero, es toda el alma religiosa con su fe, amor y contenido sacro que se enfrenta al sujeto en forma de objetividad proyectada. Es la verdadera Virgen, el verdadero Jesús que aparece ante la intuición del individuo, pero esta verdadera objetividad no aparece directamente de fuera, sino viene del interior, *después de haber pasado* por una antecedente asimilación intelectual, sentimental e imaginativa del sujeto, y se destaca del fondo del alma religiosa poniéndose enfrente del individuo como una verdad realizada. Por eso también la aparición se presenta modificada según las intuiciones individuales del sujeto. A uno se le aparece la Virgen con vestido blanco, a otro con una cruz en la mano, al tercero con el niño Dios en los brazos, etc.

Si este proceso subjetivo está acompañado por un semejante acontecimiento materialísticamente objetivo, si durante la interna aparición de la Virgen, la Virgen en cuerpo y alma de veras baja del cielo para presentarse al individuo, eso es una cuestión teológica que no pertenece a la doctrina del naturalismo humano, aunque del mismo punto de vista teológico aun hay peligro de caer en anacronismos pues, por ejemplo, cuando la Virgen con el niño Dios se le aparece a un individuo, ya este niño Dios era grande tiempo ha, etc.

El individuo que no tiene la educación suficiente para saber que estas creaciones son producidas por el círculo subjetivo de la elaboración intelectual, que los objetos objetivos deben haber pasado primeramente por la asimilación frénica para reproducirse y arrojarse en los sentidos, este individuo cree, por supuesto, en la realidad *material* y objetiva de sus alucinaciones. Es decir, sus órganos de la conciencia y certidumbre (hemisferios), de la imaginación y de la sentimentalidad, los que son los productores exaltados de aquellas visiones, han sido destituidas de *su sensación acerca del proceso genético de sus producciones*, sea por la fuerza de las producciones mismas, la fe intencional en ellas y el fervor del alma en general (como en los Santos e Iluminados), sea por falta de educación o por aislamiento social (en las islas de la costa septentrional de Inglaterra, *second sight*), sea en fin en virtud de un verdadero enajenamiento del Yo-mismo, cosa que sucede en los locos.

En el tiempo moderno, en que la dirección exclusivamente místico-religiosa ha retrocedido ante la educación socialístico-industrial, las alucinaciones religiosas son muy raras, aunque no faltan enteramente; en los países protestantes que en punto de misticismo religioso compiten con los católicos, se encuentran ejemplares exquisitos de semejantes visionarios. El célebre sacerdote protestante Oberlin, en Steinthal, cerca de Estrasburgo, llegó a dibujar un verdadero mapa geográfico del cielo que ha copiado de sus visiones, y que solía mostrar a sus feligreses enseñándoles el lugar preciso donde existía tal o tal difunto de la comunidad. El visionario inglés Tomas Bromley también ha hecho una descripción geográfica del otro mundo que veía en sus alucinaciones. Sin duda que todo era compuesto de elementos percibidos y experimentados de antemano, de reminiscencias despiertas. El místico sueco Swedenborg; la visionaria de Prevorst cuya vida fantástico-religioso-sonambulística fue descrita por su médico, el poeta Justinus Kerner; la muchacha de Orleans, etc., son otros tantos ejemplares de la alucinación. La señorita Concorde, que Schubert cita en su *Simbólica del sueño*, veía en sus visiones un viejo castillo con muchos altos, poblado de espíritus que estaban separados ahí como en una casa de corrección y se ocupaban de mil quehaceres; visiblemente la reproducción diabólicamente

mistificada de una casa de corrección que esta señorita habría visto antes (véase Rosenkrantz, *Psychologie* 1843, pág. 130 y ss.)

Congestiones hemorroidales son capaces de producir aquel estado particular de exaltación cerebral, indispensable para las alucinaciones, despertando el contenido dormitante y arrojándolo en los órganos sensoriales. Célebres son las visiones del conocido escritor y librero berlinense Nicolai, del siglo pasado. En el último año de su vida padecía de almorranas contra las que se solía poner sanguijuelas al ano. Una vez que dejó esta operación, tuvo algunas alucinaciones, viendo por su ventana su propio entierro en la calle. Un día después de haber sufrido una fuerte conmoción moral se le apareció de repente la figura de un muerto y más tarde otras personas desconocidas, las que volvían en los días consecutivos; después de algunas semanas las visiones principiaban a conversar, de modo que la alucinación acústica siguió luego en pos de las ilusiones de la visión. Con ponerse sanguijuelas al ano comenzaron las visiones a palidecer, desapareciendo gradualmente y quedando por muchos días fragmentos de algunas figuras en el campo visual. Según la interpretación del profesor Mueller esta circunstancia le sirvió a Nicolai de ser introducido en la tragedia del Fausto, pues Goethe, creyéndose ofendido por Nicolai, se vengó de él representándolo en el Blocksbergo de *Proctofantasta*, lo que significa: un individuo que tiene su imaginación en el intestino recto.

Yo presumo que el doctor García Fernández padecía igualmente de estancamientos hemorroidales en los intestinos, cuando tuvo su célebre alucinación de que tanto se hablaba en los periódicos de aquel tiempo. El señor don Andrés Gorbea, profesor de matemáticas de esta Universidad, se le apareció, algún tiempo después de muerto, a su paisano García, con quien tuvo un largo y familiar diálogo, cuyo contenido, por más curioso que haya sido, no puedo recordar en este momento; tal vez se trataba de la otra vida, o del modo como se puede conciliar, en este valle de lágrimas, el espíritu puro y el dinamismo vital "con el cuerpo *inerte* que de la tierra salió y a la tierra ha de volver". La solución de un difunto sería interesante.

También el señor Carmona, profesor de ciencias médicas y

de ambos derechos, e informante consultado y licenciado por el presbítero Zisternas, parece sufrir ataques de alucinaciones, tanto más parecidas a raciocinios normales cuanto más se revisten de citas de cuantas *grandes autoridades* vengan o no vengan al caso. Pues si la alucinación consiste en confundir su propio contenido interior con las percepciones externas, las que se afectan y desfiguran por la exuberancia indigesta de dicho contenido, entonces parece justificado este diagnóstico en vista de lo que delira dicho caballero en su pretendida crítica que hace de los primeros capítulos de la presente monografía publicados en *El Ferrocarril* de Santiago.

Tocante a mi modo de explicar el sueño y el paroxismo de la Carmen, dice el señor Carmona que he cometido varios errores en medicina, y el ejemplo que da es muy gracioso, por cuanto él mismo confiesa que no lo entiende. He aquí el ejemplo: “Localizando (el doctor Bruner) en el cerebro toda la enfermedad, suponiendo como causa terminante específica el sueño y la lucha de seis años ha con el diablo, e inventando como causa próxima eficiente (jamás me he valido de estas jerigonzas escolásticas de la escuela) una inmovilización o afección cataléptico-reactiva en muchos puntos dispersos del cerebro entero, que fijó aquel terror y aquel sueño consabidos, completa su hipótesis con las siguientes proposiciones: el sueño es aquí el punto culminante de todo lo demás —el sueño es el punto de partida de la alienación mental—, la imagen del diablo durante el primer sueño es un fenómeno específico que decide para el porvenir el verdadero carácter de sus paroxismos. ¡Entienda quien pueda estas abstrusas explicaciones!”.

Sin embargo de no haberlas entendido o justamente por esto mismo, el señor Carmona sacó sus consecuencias y me las atribuye a mí. Es preciso advertir aquí que el señor Carmona en toda su jerigonza, que él mismo llama “crítica preliminar de un competente facultativo”, habla de sí en tercera persona, lo mismo que la endemoniada, lo que me hace sospechar que además de sus alucinaciones ha perdido su Yo-mismo. El dice pues así: “Carmona la ha observado en teoría y práctica” (¿qué significa esto?) —y por eso todo lo que dice, bien sabido lo tiene— y concluye con esta pregunta: “¿Cómo ha de ser compatible esa exaltación sublime de la actividad del cerebro y del espíritu con

la hipótesis original (de Bruner) de una catalepsia de los órganos cerebrales?”.

¿Dónde he dicho que durante el ataque hay un estado de catalepsia, cuando el estado cataléptico-reactivo se refiere tan sólo al sueño, y el sueño no es más que el punto de partida hacia la demonomanía y sus ataques, pero nunca el ataque mismo?

El tropel de los fantasmas interiores escolástico-médico-jurídicos no le han permitido ver al señor Carmona, que después de haber yo caracterizado “la lucha con el diablo en el sueño de la Carmen” por una reacción *activa* contra la inmovilización terrífica en el tejido cerebral (véase capítulo 5), establezco en seguida una diferencia esencial entre la naturaleza de este sueño y la esencia psico-patológica del verdadero ataque, como se puede ver en el capítulo 7 d: “La posesión del diablo o más bien la transformación de la lucha reactiva de los grupos soñadores en *una verdadera confusión* del Yo con la intuición demonomaniaca debe haberse verificado ya durante el sueño, etc.”. En el mismo capítulo digo: “En verdad, si el sueño era el punto culminante del conmovimiento cerebro-mental iniciado por el terror, y la confusa supresión consecutiva la continuación crónica del afecto terrífico y del sueño, no creemos equivocarnos si caracterizamos el *paroxismo* como el último resultado patológico de todos los antecedentes, conteniendo en sí el elemento religioso, el terror, la dormición, la lucha demonial y la supresión demente, todo reunido y dominado por un *nuevo momento patológico, por la perversión diabólica del Yo-mismo, la que justamente da al ataque su carácter específico*”.

Las demás alucinaciones del señor Carmona, particularmente en lo que él llama “filosofía”, serían muy interesantes para un naturalista, pero es una ingrata tarea para un crítico refutarlas. La mejor crítica es siempre el comparar atentamente aquella “crítica preliminar del competente facultativo” con la misma obra criticada.

Ya que tratamos aquí de las alucinaciones, voy a citar una que tuve yo mismo en Valparaíso hace poco tiempo: su contenido era tan extraño y admirable para mí, que no he podido olvidarlo hasta hoy día.

Eran las dos de la mañana; estaba escribiendo sobre el enajenamiento demonial del Yo. Mi mente reflejaba en sí caleidoscópicamente aquellos confusos cuadros interiores que se movían en la cabeza de la endemoniada, allá en la capital de los milagros, que a imitación de la escala de Jacob, liga directamente la tierra con el cielo por medio de un correo para la Virgen María. Mi mano corría febrilmente sobre el papel para alcanzar las evoluciones rápidas de mi mente, y mis propias letras se destacaban del fondo blanco mirándome misteriosamente como los jeroglíficos viejos de las catacumbas egipcíacas.

De repente se abre la puerta con estrépito y en el umbral aparece una figura pequeña de tipo oriental, envuelta en una inmensa neblina, a semejanza del choco de Fausto metamorfoseándose en Mefistófeles. A medida que quería fijarme en esta extraña figura que me parecía desconocidamente conocida, se disolvía delante de mi vista pasmada; y a medida que iba disolviéndose, crecían sus contornos de un modo fabuloso, como crece la fuerza de los medicamentos homeopáticos en el interior del mortero. La pequeña cabeza se agrandaba y los brazos se alargaban fantásticamente. ¡Y ve ahí! En la mano izquierda divisé un libro y en la mano derecha una bolsa. No pude distinguir bien qué bolsa era, porque mi confusión me robó el discernimiento. Tan sólo alcancé a ver cómo el fantasma tomó un aire provocativo y de la neblina salieron las palabras anonadoras: “¡tú conoces al espíritu que *tú* concibes, pero no a mí!” No tuve tiempo de conocer que estas palabras eran una alucinación producida por la reminiscencia involuntaria de lo que había yo leído en el Fausto, pues luego el estupor se apoderó de mi mente y apagó las velas, me quedé a oscuras, el fantasma delante mí y yo delante del fantasma. Mas, poco a poco, a medida que en pos de las velas se apagaba mi libre entendimiento, principié a sentir que mi mirada interna se hacía transparente, clara, cristalina, como el alma del gran Evangelista cuando concibió su apocalipsis, o como el raciocinio del doctor García cuando escribía sus cinco proposiciones evidentes sobre la existencia del diablo en el cuerpo de la endemoniada.

Como por atracción magnética se introdujo mi mirada en el interior del libro, y el libro se puso transparente delante mi

mirada: era el Organon de Hahnemann con la medicina de Hering, precedidos de un extenso prólogo del doctor García, todo en un tomo. Así como uno cuando cae, siempre tiene la desgracia de topar con el miembro que más le duele, así cayó mi vista sobre los siguientes aforismos apocalípticos del Prólogo:

“Lo que llama el vulgo *histérico nervioso*, manifestándose por convulsiones, sollozos y llantos, no tiene su asiento en los *nervios*, como se cree generalmente, sino *¡más allá!*, en la fuerza vital”.

“La enfermedad del hígado manifestándose por hinchazón, inapetencia, boca amarga, cargazón de bilis y de otras inmundicias, no tiene su asiento primitivo en el hígado, como se cree generalmente, sino *¡más allá!*, en la fuerza vital”.

“Una hipertrofia o aneurisma del corazón, manifestándose por mil síntomas, no tiene su asiento en el *corazón*, como se cree generalmente, sino *¡más allá!*, en la fuerza vital”.

“El lobanillo, que parece la enfermedad más esencialmente local que se conoce, tiene su asiento, no entre cuero y carne, como se cree generalmente, sino *¡más allá!*, en la fuerza vital”.

La fuerza vital no está en el hígado, no está en el corazón, ni en los nervios, ni en los pulmones, ni aun entre cuero y carne, sino *¡más allá!*, y más allá y siempre más allá! El zaratán, las mismas verrugas no están donde están, sino están donde no están!

No pude leer más, las letras parecían alejarse más allá también, llevándose consigo mi imaginación. Vagando lejos del hígado y de todos los miembros de la organización, cabalgaba mi espíritu en busca de aquel *¡más allá!* para encontrar al fin la desterrada fuerza vital. ¡Vanos esfuerzos! Rendido por los fuegos fatuos de la inalcanzable, que siempre huía más y más lejos a medida que me le acercaba, me inflamé de santa ira, y acordándome por de pronto de las palabras que Telémaco había dirigido a Calipso tiempos atrás, exclamé a la figura nebulosa que con desdén miraba los grandes apuros de mi pequeño dolor:

“¡Oh, vos, quienquiera que seáis, mortal o divinidad, vate o moro, homeópata o mago, dadme las alas aquilinas de vuestro pensamiento para volar a aquellas regiones ignotas donde en

inaccesible majestad reina esa fuerza vital del frágil e inerte polvo que llamamos organización! O si no me es dado el elevarme en alas prestadas hacia vuestro más allá, enseñádmelo por revelación, así como Dios, dicen los adeptos, ha revelado al rabí Hahnemann el gran Organon del ideal terreno. Mirad, estoy ahora en la dormición lúcida, y ¡Dios inspira a los suyos durante el sueño! ¡Reveladme los arcanos del más allá! Años y años ando buscando el principio vital, y cuando a fuerza del sudor de la antigüedad pagana y de los diecinueve siglos cristianos he llegado a creer encontrar la vida en la vida misma, el principio vital en la materiatura organizada, vos, con este libro apocalíptico en la mano, arrancáis mi alma de la *tranquilidad del objeto* para arrojarla en aquel vacuo del más allá que llamáis fuerza vital; y sin darme siquiera una partícula de esta fuerza vital para poder seguir. Decidme, pues, ¿dónde está la vida de la organización? ¿dónde está el más allá?”.

Quise hablar más, porque lo patético se parece tanto al comer y rascar, y hubiera tal vez sobrepujado al mismo señor Carmona, y quién sabe adónde —para expresarme con las palabras de este escritor— y quién sabe, digo, adónde hubiera ido a parar yo si hubiese pretendido desempeñar aquí toda esa inmensa tarea, por demás peligrosa y superior a mis limitadas fuerzas... Quise, pues, hablar más, pero lo que sucedió ante mis ojos me selló los labios.

La vaporosa figura volvía a sus contornos primitivos, la enorme cabeza provocadora se achicaba hasta al tamaño de una cabeza de alfiler, la neblina circundante tomaba visible-invisiblemente el color y la forma de una sotana, y el Organon de Hahnemann se metamorfoseaba ante mi mirada en la *Revista Médica* de Santiago. Entonces era cuando la bolsa, que escondida en la mano del fantasma se había mantenido hasta ahora en su tamaño natural mientras yo hablaba, comenzó luego a crecer en proporciones cuadradas, alcanzando hasta la cabeza de la figura. Melodías y armonías argentinas se desprendieron del movimiento interior que hacía la bolsa creciente, y formando un mar fluctuante alrededor de mí me inundaron en sus olas. Pero más feliz que el buzo del inmortal Schiller no divisaba monstruos que espantaran mi mente: a través de mi inundación, en el espacio

inmenso se cristalizaban las melodías armoniosas en letras gigantescas que relumbrando de oro y plata decían lo siguiente:

“Mortal temerario, ¡cómo te atreves a buscar lo que jamás encontrarás! El principio vital está arriba. Alá es Alá y Mahoma Samuel es su profeta; el hombre es un montón de barro, a quien Dios sopló la vida desde el principio de la creación, y que se deja mover por el soplo prometeo del que mejor en esta vida sabe soplar. Alá es Alá y Samuel es su profeta... El principio vital es inescrutable para el vulgo, pero el *fin* vital de esta vida reside en mis símbolos flamígeros que estás leyendo. El prometeo Samuel Mahoma ha arrancado del cielo una partícula del *principio* reuniéndolo con el *fin*, y ha creado el nuevo dinamismo, que tritura la materialidad de la existencia humana, trasmudando la máquina inerte de la organización en la sublime dínamis para el fin de sus bienaventurados adeptos...”.

Anonadado caí ante esta descubierta verdad, como el joven discípulo ante el descorrido velo en el templo de Saide. Mucho tiempo habré permanecido en este estado de ser y no ser, pues cuando volví en mí había desaparecido todo, las velas se habían concluido enteramente, yo me encontré sentado todavía ante mi mesa con la pluma en la mano. La pálida luna que en ese momento salió detrás de las nubes me miraba al través de la ventana con dulce compasión, como en aquellos tiempos felices Diana al soñador Endimion. Yo habré soñado, sin dormir...

El temor de mis visiones me ahuyentó de mi cuarto, salí; vagaba por las calles para refrescar mi ardorosa frente en la brisa nocturna de Valparaíso; la silenciosa ciudad yacía ante mí como una irresoluble proposición algebraica, y el canto lúgubre del sereno que de vez en cuando interrumpía el ruido monótono del mar me recordó que caminaba entre vivientes...

Al otro día quise ponerme sanguijuelas al ano, pero se las puse a mis enfermos.

CAPITULO VIGESIMOSEGUNDO

LA IDEA FIJA COMBINADA CON LA ALUCINACIÓN Y ALIENACIÓN

Si en medio del contenido objetivo que reside en mi energía cerebral (véase capítulo 20) se separa un grupo de cosas fijándose con una intensidad preponderante sobre todo el demás contenido, entonces lo llamamos una idea fija. "Idea" es aquí una expresión mal aplicada, puesto que, entendiéndose por idea una manifestación de la inteligencia, envuelve tácitamente en sí la hipótesis de que las ideas fijas tengan su sitio material tan sólo en los hemisferios.

Empero dicha idea fija puede consistir en una *imagen fija* (mesencéfalo), como de un monstruo que me persigue sin cesar; en un *sentimiento* fijo, como de un odio tenaz inmotivado, de un amor desgraciado e invencible hacia una cierta persona (cerebelo), o en fin en una *sensación fija*, como la de sentir sus piernas de vidrio, etc.

Sin duda que la fijación mórbida de cualquier determinación en uno de los órganos cerebrales no queda aislada, sino más bien se despierta en todos los demás una correspondiente determinación, en virtud de aquella comunicabilidad biológica que existe entre ellos (véase Cap. 4, e). De este modo la idea fija puede tomar su *primer origen*, ya en la inteligencia de los hemisferios, ya en la imaginación del mesencéfalo, ya en la esfera afectiva, ya en las sensaciones. Pero luego se *cuadruplica*, invadien-

do los demás órganos encefálicos, si es que ha de trasmudarse en verdadera locura.

Un individuo que siente su pierna de vidrio, por ejemplo, tiene al principio tan sólo una *sensación fija*; es decir, un cierto grupo de la masa protencefálica (¿cilindro?), donde se inmergen los nervios sensitivos de la pierna, se desorganiza de un modo particular, sea espontáneamente, sea a consecuencia de la inervación que la pierna enferma arroja en aquel grupo central. El foco desorganizado adquiere así la calidad de sentir en sí de un modo subjetivo lo que antes y siempre solía sentir por las impresiones que le producía el vidrio: el frío, la fragilidad, la resistencia, la politura, etc., en fin, todas las propiedades características al vidrio, exactamente lo mismo que un nervio olfatorio desorganizado percibe de un modo ilusorio o más bien subjetivo un olor fétido. Proyectando el foco sin cesar sus sensaciones sobre los nervios sensitivos que parten de él para la pierna, *la siente vidriosa*.

Pero el individuo cuyas demás facultades están sanas, *no cree todavía que su pierna sea de veras de vidrio*; él juzga su sensación y la considera como mórbida.

Para que esta sensación se trasmude en certidumbre y convicción, etc., de que la pierna es verdaderamente de vidrio, es decir, para que esa morbosidad sensitiva se torne en una idea fija y loca es preciso que los demás órganos sufran por simpatía materialístico-vital una semejante desorganización microscópica en sus correspondientes focos, *en estos focos, que por medio de nervios se encuentran en conexión con las piernas*.

Lo mismo debe suceder cuando la idea fija parte del mesencéfalo. A fuerza de ocuparse intensa y sostenidamente con la idea del diablo, de héroe, de rey, etc., a consecuencia de mil circunstancias que pertenecen a la etiología de las enfermedades mentales, se fija en el individuo la interna *figura* del diablo, etc., en la sustancia histológica (en los cilindros) del mesencéfalo con una tenacidad infinitamente más grande de la con que suelen arraigarse en la retina las *imágenes* de los objetos microscópicos con que uno se ha ocupado detenidamente por muchas horas no interrumpidas. Esa fijación de la figura, producida por el *acto de figurarse*, es decir, por la actividad materialístico-vital

de la sustancia nerviosa mesofrénica, no es otra cosa que la misma actividad material *fijada* y establecida de un modo molecular nutritivo en esta su determinación de una figura diabólica. Se parece ella al cambio material que sufre la retina por la impresión lucífera de los objetos externos, pero con la diferencia de que aquí el cambio molecular es pasajero, desapareciendo pronto, mientras que en la fijación de la figura imaginativa la alteración material de los respectivos elementos nerviosos del mesencéfalo es tan estatuaría e inmóvil que se puede considerarla por una verdadera trasposición molecular, por una verdadera transustanciación orgánica.

Esta profunda alteración material, habiendo sido producida *precisamente* por el acto continuo y exagerado de figurarse *el diablo*, y siendo ella así la forma realmente corpórea de este acto, no puede manifestarse de otro modo, como *función*, sino tan sólo reproduciendo la misma figura del diablo, de la misma manera como el nervio acústico impresionado por largo tiempo sin interrupción por una y la misma melodía, la oirá siempre y en todas partes sin poder deshacerse de ella. El individuo está por consiguiente acompañado, perseguido y acosado por aquella interna representación diabólica, aunque ella no es más que el espíritu emergente de su propia sustancia cerebral. Si esta última llega a exaltarse por alguna irritación nerviosa, congestiva, inflamatoria, etc., entonces transporta su exaltación hasta sobre sus prolongaciones ópticas, a semejanza de la proyección excéntrica del protencéfalo, y la representación interna (la figura) del diablo *se trasmuda en una verdadera imagen*. Esta alucinación (véase capítulo 21) combinada con la idea fija en el recinto mesofreno-óptico no es rara en los locos.

Pero esto solo no es todavía *locura* en el sentido común de la palabra (Cap. 4, i). Pues el individuo puede todavía juzgar y sentir que aquel fantasma no es real; es decir, sus hemisferios, su cerebelo y su protencéfalo no han tomado parte en la afeción originaria del órgano de la imaginación. El peligro consiste aquí en que luego se suele transportar aquella morbosidad diabólica del mesencéfalo sobre todos los demás órganos cerebrales y aun sobre los sentidos, en cuya consecuencia el individuo siente y tiene la completa convicción de que el fantasma que se

le presenta es el mismo diablo en cuerpo y alma, lo vé, lo oye, y sufre las más horrosas angustias de su persecución.

Otras veces parte la idea fija del cerebelo. La vaga sentimentalidad amorosa exaltada por el turgor ninfománico del sistema sexual, puede contraerse en un *sentimiento fijo* de amor, que domina y repercute todos los demás afectos. Comúnmente existe ya en el alma la imagen de una persona querida, combiándose con aquel intenso sentimiento de amor. Si también la inteligencia y la sensación están arrastradas en esta determinación única y fija, y si además los órganos cerebrales exaltados transportan su exaltación específicamente erótica sobre los sentidos, entonces la paciente se encuentra profundamente sumergida en la certidumbre de la realidad de su amorosa ilusión.

La misma cuadruplicación psicológica se verifica cuando la idea fija comienza en los hemisferios.

En todos esos casos de la *idea fija con alucinación*, el objeto ilusorio aparece al paciente todavía como una cosa separada de su propio Yo. El individuo *no se cree demonio*, sino se cree *perseguido* por el demonio, el que es para él un sujeto *forastero* (fuera del enfermo) e independiente con sus propias intenciones, ideas, planes y amenazas. Pues aquí, según mi modo de ver, están enfermos tan sólo los cilindros y tal vez otros elementos más del tejido cerebral, pero particularmente los cilindros, los que son el laboratorio del *heteron*, del contenido objetivo, o si se quiere expresarlo de un modo más preciso aunque aparentemente más oscuro, de la *subjetividad objetiva*. Los globos cerebrales, estos puntos radiantes del Yo-mismo, están aquí todavía intactos, puesto que el individuo *se distingue* todavía *del objeto ilusorio* como una personalidad clara enfrente de este último; el individuo sabe perfectamente bien que él es otro que su fantasma, aunque considera a dicho fantasma por una persona real.

Pero si en estas circunstancias llega a ofuscarse el Yo-mismo, si los globos cerebrales sufren una suspensión o paralización en su actividad materialístico-psicológica, entonces el individuo pierde su mismidad personal enfrente de su ilusión, se hace verdaderamente *enajenado*; y decimos de él con profunda razón que *está fuera de sí*. (Véase capítulo 19).

En este caso el individuo ya no es capaz de distinguirse de

su idea fija y de sus alucinaciones, ya no sabe claramente que él es verdaderamente *él mismo* el que está perseguido por aquel fantasma ilusorio, aunque converse con éste, le amenace, le suplique y huya ante sus persecuciones.

Aquí todavía el individuo es un sujeto en sí, enfrente de su fantasma que siempre le parece como un ente extraño, por más ofuscada que esté la claridad del Yo-mismo. El paciente, por más confuso que esté, *no se cree todavía ser el fantasma mismo*. Para que esto suceda, es preciso que su Yo mismo se afecte de la misma manera, que lo más íntimo de su ser específico se trasmude en la calidad de la idea fija; o, para expresarme fisiológicamente, es preciso que la sustancia de los globos no sólo *refleje en sí la alteración fija de los cilindros* a semejanza de un espejo, sino que *sufra materialmente la misma alteración nutritivo-molecular* que se había arraigado en los cilindros.

Este cambio materialístico-vital de los globos se verifica en fuerza de un reflejo largo y sostenido de los cilindros sobre estos últimos, cuyo preciso resultado es la trasmutación de dicho reflejo puramente funcional en un verdadero cambio de la sustancia nerviosa.

Si aplicamos todo lo expuesto, en los capítulos anteriores y en el presente, a nuestra endemoniada, vemos que también ella está acosada por una idea fija, pero que esta idea aparece tan unida con el Yo-mismo, que debemos suponer una verdadera perversión nutritiva de los globos nerviosos en los focos enfermos.

Esto nos hace volver al origen, esencia y manifestación de aquella idea fija del Yo-demonio, el cual es el alfa y ómega de la demonomanía, el punto culminante de todos los síntomas esenciales del ataque de nuestra joven Carmen Marín.

LA PERVERSIÓN DEL YO-MISMO
Y EL DIABLO POSIDENTE

El centro patológico que domina, dirige y en parte produce las manifestaciones morbosas desarrolladas en el curso de la presente monografía, es sin duda alguna la particular mutación del Yo-mismo de la joven, mutación que según mi teoría fundamental no puede ser producida sino por un *cambio cualitativo materialístico-vital* de la sustancia nerviosa de los *globos cerebrales* en los *focos enfermos* del protencéfalo, mesencéfalo, hemisferios y cerebelo (véase Cap. 7).

Pues la enferma por sus palabras y su comportación manifiesta una identidad tan íntima con el demonio, que se puede decir que ella no sólo siente, se imagina y se sabe demonio, sino que aun en sus mismos afectos, teñidos en la calidad demonial, confunde su íntimo sentimiento de su propia persona con la personalidad del demonio.

El demonio posidente es así su propio Yo-mismo entero como unidad de su yo sensitivo, imaginativo, pensante y sentimental, cuyo Yo unificado en los focos enfermos se manifiesta en el interior ideal de la joven en la calidad de Yo-demonio.

Esa desorganización mórbida microscópicamente fina, que yo supongo existe en la sustancia de los globos, es difícil de caracterizar en el estado actual de la ciencia. Pero los cambios mi-

croanatómicos que se encuentran en los elementos de otros órganos enfermos y en los cilindros nerviosos del mismo cerebro justifican la posibilidad de una semejante mutación en los globos de este órgano. Se ha descubierto poco ha que en la hipertrofia del corazón las fibrillas musculares se engrosan considerablemente; y en muchas enfermedades del encéfalo se ha visto una degeneración adiposa de los cilindros cerebrales, etc. Yo mismo he encontrado los cilindros nerviosos en un foco indurado del cerebro humano en un estado de verdadera hipertrofia. El cerebro en cuestión era de un boticario alemán de Valparaíso, de 34 años de edad, que tres años antes de su muerte padecía de ataques epilépticos, los que siempre eran precedidos de un movimiento rotatorio alrededor de su eje. No me acuerdo de la dirección de este movimiento. La muerte que durante el último ataque fue causada por una asfixia casual acaeció aquí en Santiago y me dio oportunidad de examinar el cerebro. No hubo ningún derrame en los ventrículos laterales, ni focos apoplécticos ni aun considerable hiperemia en las venas grandes del cerebro. Tan sólo en la parte anterior-externa del lóbulo anterior del hemisferio derecho se encontró un foco de dos pulgadas de largo, una de ancho y media de profundidad, de consistencia bastante grande para resistir al cuchillo, y de color amarillento. Una parte de este foco fue examinada bajo el microscopio. Los cilindros hipertrofiados que alternaban con algunos sanos eran casi dos veces más gruesas que estos últimos. Los pormenores los publicaré tal vez en otra ocasión. El individuo en los intervalos sanos no manifestaba ninguna perturbación mental, evidentemente por motivo de que el demás cerebro funcionaba bien y repercutía así por su función sana las manifestaciones mórbidas del foco enfermo, hasta que este último prorrumpía paroxístmicamente dominando a su vez lo demás.

1. El endemoniamiento del Yo-mismo se ha desarrollado *del* sueño (Caps. 5, 6, 7), pero no es idéntico al sueño. En aquella lucha de la joven con el diablo los puntos inmovilizados por el terror se subjetivaban en la sensación, figura, idea y afecto de diablo, presentándose al alma de la joven en calidad de diablo invasor, mientras que los puntos todavía intactos, irritados

por esta invasión mórbida, funcionaban enfrente de la ilusión diabólica como subjetividad-Carmen luchando contra el fantasma.

Las moléculas intactas y las moléculas inmovilizadas no se deben considerar repartidas separadamente entre los elementos histológicos, sino cada elemento las contiene ambas en su sustancia. Esparcidas y luchantes entre sí en cada globo, en cada cilindro, en cada átomo homogéneo de los respectivos focos de los órganos cerebrales (Caps. 5, 7), representan ellas justamente la lucha demonial. Sin esta mutua contigüidad de moléculas sanas y enfermas es imposible que se verifique aquel entremetimiento perturbador de una en otra, aquel desorden nutritivo y anamórfico que es la base orgánica de dicha lucha.

El *triunfo* del diablo en esta lucha subjetiva no consiste en que la inmovilización cataléptica se haya propagado sobre los puntos reactivamente sanos, inmovilizando a todos los elementos nerviosos de los respectivos focos.

Pues esta simple y completa inmovilización general, si es que puede existir tan exclusiva, no sería todavía capaz de producir el verdadero cambio demonomaníaco del Yo-mismo: los globos, suspendidos, lo mismo que los cilindros, etc., en su vitalidad nutritiva por la acción del terror, pueden tan sólo manifestarse en calidad de un ofuscamiento del Yo-mismo enfrente de la ilusión diabólica, un ofuscamiento que es incompatible con la certidumbre intensa de la posesión.

El último resultado de la acción mutua entre inmovilización y reacción es más bien una verdadera depravación desorganizadora del proceso nutritivo de los respectivos elementos cerebrales. La una perturba la otra; la catalepsis no puede seguir su marcha sin ser interrumpida a cada paso por el entremetimiento violentado del proceso reactivo, y la reacción no alcanza nunca a contener la invasión cataléptica sin ser a cada paso desviada y paralizada por el avance de la inmovilización. Si uno de esos elementos del proceso mórbido hubiese vencido, no se habría formado jamás la demonomanía. Pues cuando la reacción vence, toda la nutrición vuelve a su estado normal y la enfermedad psíquica se ahoga en su germen. Cuando, al contrario, la suspensión nutritiva se extiende sin impedimento de parte de la

reacción sana, todo el foco respectivo se paraliza al fin y al cabo, y las manifestaciones funcionales aparecen puramente negativas.

El proceso de aquel entremetimiento nutritivo de moléculas catalépticas en reactivas y viceversa, es justamente lo que yo llamo aquí depravación desorganizadora, la cual, verificándose en la sustancia nerviosa que compone los cilindros y globos, no sólo causa que el contenido ideal *multiforme* del alma se desfigure y degeneren en combinaciones absurdas, sino también produce la misma degeneración cualitativa del *Yo-mismo*.

Como la degeneración nutritiva ha sido producida por la idea específica del diablo, que como sensación, figura, certidumbre y afecto se había elaborado en el interior de la nutrición de los respectivos focos, es natural que *aquella degeneración quede para siempre acompañada de la misma impresión original de la idea diabólica, la cual, siendo la expresión psicológico-funcional de dicho proceso desorganizador, asume la misma calidad perversa de los focos enfermos, y en lugar de desaparecer del campo ideal del alma, se desfigura y pervierte, tomando, si se quiere, formas tanto más espantosa y absurdas cuanto más avanzada sea la desorganización, a semejanza de los sueños horrorosamente inexplicables de un opiófago, cuyo cerebro ha sido lacerado y destrozado en su tranquila nutrición.*

No es por consiguiente la desorganización *como tal* la que produce la idea fija del demonio, sino la desorganización nutritiva *por cuanto ha sido determinada y fijada por la idea permanente e intensa del demonio*. Esta misma desorganización nutritiva provocaría manifestaciones psicológicas distintas en otra persona que, viviendo en otras circunstancias y ocupándose con otros objetos, tuviera otro contenido ideal en su cerebro. Porque el contenido empírico es más o menos indiferente a la actividad fundamental de la sustancia encefálica, cuya actividad, influenciada por los objetos externos, se determina siempre a sí misma, sí, pero en la dirección particular y precisa de dichos objetos. Si fuera posible que la endemoniada desde ahora se ocupase larga e intensamente de un objeto distinto, objeto que fuese capaz de conmover profundamente todo su ser y de distraer su idea inherente demonial, y si al mismo tiempo siguiese efectuándose en

su cerebro la misma perversión nutritiva, entonces los mismos focos enfermos, que hasta ahora han estado funcionando en calidad de psicología demonomaniaca, tomarían sobre sí aquella nueva idea fija y presentarían una nueva forma de locura, aunque la desorganización quedase tal vez la misma, como que hay monomaniacos que en el curso de su enfermedad mudan de idea fija.

Pero por otra parte es también posible que cada forma psico-patológica tenga por fundamento orgánico una distinta perversión nutritiva, así como cada objeto provoca en la sustancia cerebral una *determinación precisa y correspondiente a dicho objeto*.

De todos modos, los antecedentes, en cuanto constituyen el inmanente principio patogenético de la enfermedad mental, son la verdadera esencia, forma y contenido de dicha enfermedad (véase Cap. 3).

Un individuo que a pesar de la gran intensidad de sus pasiones sexuales nunca se ha puesto en conexión con una mujer y por consiguiente tampoco nunca ha alcanzado a llegar a la verdadera *sensación* práctica de su *varonilidad* enfrente del otro sexo, y que cae necesariamente en el vicio de la *masturbación* que siempre trae consigo el que su imaginación y las demás facultades de su alma *se sumergen en la intuición* más violenta de las *calidades y sensaciones sexuales de la mujer*, intuición tanto más lujuriosa y tenaz cuanto menos se enfría por el contacto regulado con el otro sexo, un tal individuo, si llega a ponerse *impotente y loco* a consecuencia de aquella violación enervadora de su sexualidad y de su vida cerebral, cosa bastante común en la historia de las enfermedades mentales, un tal individuo, digo, presentará una forma particular de alienación, cuyo centro dominante será *la ilusión de creerse mujer*. La atrofiada sensación de la varonilidad destruida completamente por la masturbación e impotencia, la inmersión permanente, tenaz e intensa de la imaginación y demás facultades mentales en las sensaciones de la naturaleza del sexo femenino, etc., todos estos elementos combinados, fijándose orgánicamente en la sustancia omní-recipiente del cerebro producen al fin y al cabo aquella extraña

identificación, aquella íntima metamorfosis depravada del Yo-mismo, la de creerse el individuo transformado en mujer.

2. La depravación daimonógena del cerebro de nuestra endemoniada no puede tener su sitio en *toda* la sustancia cerebral, pues en este caso la joven nunca tendría intervalos sanos, sino su enajenamiento sería permanente, como sucede en las locuras continuas. Su paroxismo sería una continua y no interrumpida alienación.

Si suponemos que *todo* el cerebro está afectado de la perversión demonial, debemos admitir que durante los intervalos sanos la enfermedad desaparece enteramente para reaparecer en cada ataque de nuevo, o que no desaparece de veras, sino que queda latente y repercutida por otro contenido mental que con predominio se desprende del mismo tejido cerebral en el cual yace dormitando la idea perversa del Yo-demonio.

En el primer caso es difícil de concebir una *renovación* o más bien *creación periódica* de la misma enfermedad en cada ataque. Pues cualquiera que sea la causa, debe ser muy específica y precisa para producir periódicamente la *misma serie* de fenómenos que constituyen el paroxismo demonomaníaco. Esta causa específica y precisa no puede ser otra que la misma *predisposición demonial* en la sustancia encefálica.

Como la predisposición mórbida es la enfermedad *posible o latente*, nos vemos llevados a suponer el segundo caso, es decir, que en los intervalos sanos existe de veras el mal, pero que se encuentra en un estado de inactividad, como por ejemplo durante la dormición la histología encefálica cesa de funcionar sin dejar por eso de vivir. Residiendo, pues, la disposición dinámica del mal en todos los puntos del cerebro entero, es decir, en los mismos puntos que funcionan en los intervalos sanos proyectando su contenido cuerdo, es difícil de concebir por qué junto con el contenido sano no se destaque también el demonomaníaco, *puesto que los mismos puntos cerebrales contienen a los dos*. Si el contenido sano se hace valer de un modo bastante intenso para poder repercutir o cubrir las manifestaciones mórbidas, debe precisamente este mismo predominio despertar el contenido enfermo, pues consistiendo la intensidad funcional en una exaltación del tejido encefálico, es natural que este últi-

mo proyectando su contenido sano proyecte también su contenido demonial, puesto que, según la hipótesis, ambos residen juntos en todos los puntos del cerebro entero. De este modo resulta ser inconcebible la posibilidad de una intermitencia absoluta entre intervalo *perfectamente* sano y paroxismo absolutamente loco. En verdad explica la presente hipótesis tan sólo la exacerbación y la remitencia de una enfermedad, pero de ninguna manera el intervalo y el paroxismo.

Hemos llegado por vía genética a la convicción de que la demonial perversión vegetativa no puede ser propagada en el cerebro entero, sino que se limita tan sólo a lugares circunscritos, tal vez esparcidos en toda la masa de cada órgano cerebral, lugares que he llamado los focos demonopáticos. (Véase cap. 7). Esta parcialidad de la afección encefálica en medio de la salud general del demás cerebro es justamente la condición indispensable del *paroxismo*. La desorganización nutritiva que se había desarrollado, seis años ha, de la lucha de la Carmen con el diablo durante el sueño, ha quedado hasta ahora estatuaría e imperturbable en el fondo de su alma, sirviendo de base a aquellos ataques que periódicamente están acosando a la joven en el espacio de los seis años de sufrimientos; y esta tenacidad de la depravación (cerebro-psicológica) es un fenómeno muy común no sólo en las afecciones mentales, sino aun en todas las enfermedades crónicas de la organización entera.

La sustancia enferma se distingue justamente de la sana en que esta última se mortifica, disuelve y arroja sin cesar del recinto vivo para renovarse siempre de nuevo, mientras que la sustancia enferma, cualquiera que sea su naturaleza patológica (cáncer, tuberculosis, cicatriz, callo, tumor, etc.), suele permanecer en el cuerpo por muchos años o durante toda la vida del individuo, sin disolverse y expelerse, y sin reemplazarse por una renovación sana; o si el foco mórbido llega de veras a resolverse no se renueva fácilmente por una sustancia sana y normal, sino por medio de la cicatriz. Desarrollar esta materia obligaría a escribir una patología entera, y nosotros nos limitaremos aquí a decir que si en el caso actual *la perversión mórbida de los focos cerebrales se hubiese disuelto y renovado por sustancia sana, nuestra endemoniada no habría continuado sufriendo sus ataques* y no

habría dado margen a tantos informes, a tantas críticas y anti-críticas, a tantas declamaciones teológicas, retóricas, menos verdaderamente médicas.

Pero ¿cómo se verifica el ataque?

En los intervalos cuerdos las masas sanas del cerebro se mantienen en toda su energía fisiológica y funcionan de un modo tan vigoroso y arreglado que predominan sobre los focos pervertidos repercutiendo sus manifestaciones mórbidas, las cuales por su parte se deben suponer tan pálidas y silenciosas que desaparecen desapercibidas para la subjetividad sana en el mar fluctuante de los procesos mentales fisiológicos. Así es también que la Carmen Marín en sus períodos sanos se manifiesta juiciosa, moderada y enteramente ajena de su ilusión demonial que presenta durante sus ataques.

En el ataque aparece la *ilusión* con toda su intensidad, es decir, *los focos mórbidos* despiertan de su inacción y se exaltan sobremanera, a semejanza de cualquiera desorganización que periódicamente se irrita prorrumpiendo en mil manifestaciones dolorosas. Pero en dicha ilusión paroxística la joven pierde todo su *juicio* sano acerca de la verdadera significación de lo que sucede en ella, es decir, *las provincias sanas* de su cerebro entran en un estado de *supresión funcional*, a semejanza de la inactividad durante la dormición fisiológica (véase cap. 7). Así la fenomenología del *verdadero ataque* de la joven consiste en el *despertamiento* exaltado de los focos *enfermos* unido con la *supresión funcional* de las masas *sanas*. Una mera irritación periódica de los focos pervertidos sin la correspondiente supresión de las provincias sanas daría por resultado un entrelazamiento de lo loco con lo cuerdo, y la endemoniada conservaría su juicio enfrente de su Yo demonio, dudaría de la verdad de su ilusión y *expresaría* a los circunstantes su duda, su sorpresa y su espanto que le produce esta extraña ilusión de su mente, aunque sin poder librarse completamente de su sabida falsedad; y aun parece que algunos de sus paroxismos tienen de veras este carácter.

Por otra parte una mera supresión de las provincias sanas sin la respectiva exaltación de los focos enfermos produciría un estado de estupidez periódica, una especie de *coma vigil*, sumamente pobre de manifestaciones psíquicas, cuyo estado en efecto se presenta en la *forma tonta* de sus ataques (cap. 7).

La intermitencia de las enfermedades mentales es tan común como la de las neuralgias, de la fiebre intermitente, de la epilepsia, del histerismo y de cualquier dolor de muelas. Ella está basada en la periodicidad fisiológica del proceso vital del organismo entero y de sus sistemas y órganos particulares. La vigilia y la dormición, la espiración e inspiración, la contracción y expansión, la sístole y diástole, la digestión y defecación, la reproducción y menstruación, etc., todas esas periodicidades están en la íntima naturaleza de la vida orgánica, manifestándose en las enfermedades de un modo violentado, desarreglado y perturbado.

Un caso muy interesante de manía intermitente cita Broussais (de la irritación y de la locura, traducido por Hurtado de Mendoza, Madrid 1828, pág. 188). “Hace treinta años que una señora padece anualmente accesos de locura que le duran tres o cuatro meses; a veces han tardado más de dieciséis en volver a aparecer. Ella siente con anticipación la repetición del acceso y se va a una casa de sanidad, en donde la encierran durante él: por la noche se le representan las escenas más trágicas de la revolución, de que fue testigo; ve a los verdugos; se cree regada, como en otro tiempo, con la sangre de las víctimas; y se enfurece, se desconsuela, y grita con todas sus fuerzas. Mas apenas amanece, su delirio cambia de naturaleza: es alegre y *muchas veces indecente y aun grosera*. Al anochecer vuelven a representársele las escenas de horror, y así sucesivamente durante el acceso. Siempre dice *las mismas cosas, profiere las mismas injurias*, apostrofa a los que la asisten en los mismos términos; en fin, *todo es igual desde hace mucho tiempo en esta manía periódica*. Apenas se ha pasado el acceso, cuando esta señora, recordando su razón, se vuelve a su casa sin haber perdido la memoria de lo que ha dicho, y *goza de la razón más cabal hasta la recaída próxima*. Durante los preludios de su último acceso de 1827 supo la noticia de la muerte de su marido, de quien vivía apartada hacía mucho tiempo; el acceso se detuvo por entonces, pero volvió dos meses después, y fue como siempre”.

Si la *disposición periódica* de la demonomanía está fundada en el flujo y reflujo hasta ahora desconocido de la vida interna del cerebro, las *erupciones reales* y particulares de los ataques pueden despertarse por mil motivos externos y casuales. Un susto,

una mala menstruación, una impresión penosa sobre el ánimo, una indigestión, etc., todas esas incidencias pueden perturbar, cada una a su modo, la acción normal de los procesos cerebro-psicológicos y dar margen a un ataque.

A juzgar por los hechos arriba expuestos, parece que existe un verdadero antagonismo funcional entre los focos cerebrales enfermos y las provincias sanas del cerebro; y por *tipo fundamental* de este antagonismo puede ser considerada la incesante oposición materialístico-vital que reina entre la histología y morfología del cerebro en la vigilia y la dormición (véase cap. 7, pág. 358). De este modo una difícil digestión, que en muchos suele producir un adormecimiento del cerebro, ofuscando la función normal de las provincias sanas del encéfalo, en nuestra endemoniada es capaz de despertar indirectamente la vida salvaje de los focos enfermos y desencadenar de esta manera al diablo dormitante. Por otra parte una menstruación dolorosa o una turgencia sexual pueden arrojar el cerebro sano en el máximum de su exaltamiento, el cual llega al fin y al cabo a invadir aun los focos enfermos. Estos últimos, ya irritados de antemano por su índole desorganizada, se excitan más de lo que son capaces las provincias sanas, y de este modo toman un predominio sobre éstas, suprimiéndolas antagonísticamente en su acción normal y dando lugar así al estallido de un paroxismo. Y así sucede con cualquiera otra causa, pues el diablo encadenado en la sustancia pervertida, estando a cada momento a punto de soltarse, no necesita más que de un pequeño auxilio para realizarlo.

3. Las únicas partes cerebrales que entran en acción durante el ataque son así los focos pervertidos, residentes en los cuatro órganos encefálicos que conocemos; sus elementos activos no son solamente los histológicos, que son los reproductores de la psique concreta y detallada, sino también las celdillas morfológicas como representantes de la dormición y portadoras del alma abstractamente intuitiva y de la lucidez sonámbula, según mi teoría encéfalo-psicológica (véase cap. 7, págs. 358-9).

El Yo-demonio residente en los globos es la verdadera personalidad dominadora que contempla el contenido vago y multiforme de la sustancia homogénea y de los cilindros como suyo. El contenido se compone: a) de la individualidad diabólica ini-

ciada en el sueño patogenético, la cual, siendo una y la misma con el Yo-demonio de los globos, coincide y se confunde con él en el único demonio contemplante y contemplado; b) de la individualidad-Carmen, que tiene sus reminiscencias amorosas y sus simpatías religiosas aun, pero que, con todo esto desprovista de su Yo-mismo, está contemplada por el Yo-demonio como una persona extraña; c) de la individualidad-Juan o Pascual, o sea de quien quiera que haya quedado fijo en su reminiscencia, excitada por su sexualidad y excitándola a su vez. Las impresiones de las individualidades Carmen y Juan deben presentarse a la contemplación del Yo-demonio desfiguradas y monstruosas por la nutrición diabólicamente pervertida de los cilindros en que se dibujan.

El Yo-demonio, siendo el verdadero Yo-mismo aunque enfermo y extraviado para el alma de la joven, es el maligno genio posidente que todo lo refiere a sí mismo, dominándolo todo: a la Carmen, a Juan y a los demás personajes que percibe durante el ataque, sintiendo, pensando, irritándose en lugar de ellos.

La pasión amorosa que por el tal Juan se despierta en el cerebro de la joven (sustancia homogénea y cilindros) es en última instancia también la pasión del mismo Yo-diablo (globos), y el diablo llega a ser de este modo el verdadero enamorado en Juan, pues el Yo-mismo; donde los afectos, etc., se ensimisman sintiéndose de un modo íntimamente *ego*-ístico, está trasmutado en la personalidad diabólica, la cual toma *sobre* sí los movimientos eróticos de la joven, sus penas y placeres, sus iras y sus tristezas, sus reminiscencias y sus simpatías religiosas, etc., entrelazándolas con *sus* antipatías hacia todo lo sagrado.

Esta *confusión* salvaje, absurda, ridícula y mecánica del originario *dualismo personal* es justamente la consecuencia inevitable de la perversión metamórfica del Yo.

La antipatía del yo-demonio hacia todo lo que tiene conexión con la religión y el culto es una calidad inmanente de la perversión demonial del yo; y en este respecto la demonomanía no presenta nada de particular sobre las demás manías metamórficas. Un loco que se figura ser emperador hace su papel de un modo tan fiel, manifiesta las simpatías, antipatías y otras singularidades del emperador que pretende ser con un aplomo tan grande, que se conoce que ha estudiado y meditado mucho sobre

su papel en el período de los antecedentes y de la incubación. La idea de emperador que había de ser más tarde el contenido de su locura ha quedado fija en su mente con todas sus calidades concretas de un emperador; y el enfermo, figurándose ser este mismo emperador, es impelido irresistiblemente a comportarse de una manera adecuada, así como el individuo cuerdo nunca puede dejar de imitarse a sí mismo.

La idea que la joven desde su primera juventud ha adquirido del diablo: de que es enemigo de Dios, de los santos y de los sacerdotes, de que aborrece todo lo que pertenece a la religión, de que se espanta por las palabras divinas del evangelio, las que lo llenan de angustia, de que huye ante el exorcismo so pena de perecer, etc., esta idea acerca de la naturaleza subjetiva del diablo se había impreso profundamente en el alma de la joven, para aparecerle después en el sueño como persona extraña. Esta persona extraña se ha contraído más tarde con todas sus calidades personales en una verdadera personalidad-Yo, invadiendo el Yo-mismo de su alma, es decir, la idea fija demonial con dichas calidades personales desorganizó los focos mórbidos y se concentró en los globos.

De este modo la joven siente, delira, piensa, se afecta, percibe y se comporta tan sólo *en calidad de demonio*, en cuanto todo esto se verifica en el recinto de su íntima personalidad, en cuanto en todo esto toma parte su yo-persona; mientras que estas mismas operaciones, en cuanto suceden en el campo objeto-percipiente de su alma, contrapuesto a su íntima mismidad, corren a cuenta de la *individualidad Carmen* destituida de su yo.

Pues el yo-demonio es aquí (correspondiente a las energías específicas de los globos de cada órgano cerebral) sensitivo, imaginativo, pensante y sentimental, todo concentrado en un único yo-demonial, en una compacta personalidad diabólica. A consecuencia de eso todas las sensaciones, fantasías, pensamientos y afectos están fracturados y repartidos entre yo-demonio e individualidad-Carmen, de suerte que el costado íntimamente subjetivo de dichas facultades lo percibe el demonio pero no la Carmen.

Esta última, por su parte, percibe tan sólo el lado objetivo como suyo, mientras el yo-demonio refiere también *este* costado

a sí mismo, en el acto de contemplar enfrente de sí la individualidad-Carmen como su víctima poseída.

Muchos hechos de los que hemos expuesto en los capítulos anteriores nos sirven de ejemplos, o más bien son las consecuencias precisas de aquella *duplicidad* psicológica que acabamos de desarrollar, encontrando en ella su última explicación.

La *joven siente* de un modo exquisito el peso, el sabor, la temperatura y las demás propiedades *objetivas* de las cosas (véase caps. 11, 12), pero no siente ni huella de *dolor* (cap. 8). Este último, siendo una calidad puramente *subjetiva* de la sustancia nerviosa (protencéfalo) y residiendo por lo tanto en los globos protofrénicos (cap. 11, págs. 404-8-9), puede ser percibido tan sólo por el *yo-demonio*. Es decir, la endemoniada siente el dolor de un modo diabólicamente degenerado en virtud de la depravación nutritiva de la sustancia de los globos, *cuya sensación dolorosa se ha depravado justamente y cambiado tanto que ha cesado de ser verdadero dolor*. Esta es la causa específica del fenómeno en cuestión.

La *joven* alimenta en su imaginación (mesencéfalo) y conciencia (hemisferios) las *reminiscencias* agradables de los sacerdotes, guardándoles en su esfera afectiva (cerebelo) *simpatías* y gratitud por sus servicios sacerdotales, pues ella se acuerda durante el ataque de muchas cosas que le sucedían en los intervalos sanos de su vida pasada. Pero el *yo-demonio*, es decir, la íntima personalidad pervertida de la *joven*, en virtud de su calidad anti-sacra, aborrece a estos mismos sacerdotes y lo que con ellos tiene conexión (véase cap. 10, págs. 390-91), manifestando su odio y horror por medio de injurias y de contorsiones voluntarias que luego se hacen también convulsivas (véase caps. 13, 14). Combínase con aquella irritación paroxística de los elementos histológicos de los focos pervertidos un exaltamiento lúcido de la masa nérvico-celulosa de estos mismos focos y aun tal vez de la sustancia morfológica de las sanas provincias dormitantes del cerebro, y esta complicación, que da al ataque un tinte sonambulístico (véase cap. 8), la estudiaremos en el capítulo que sigue, indagando su naturaleza orgánica y su relación interior con las afecciones cerebrales en general.

El empuje de los acontecimientos fisiólogo-patológicos nos ha llevado al campo misterioso del magnetismo animal (cap. 12); en la suprema finura de los sentidos y de la sensibilidad, como también en el efecto materialístico del agua bendita, hemos vislumbrado la intervención de la misma fuerza que los que quieren ahorrarse el trabajo de la meditación llaman magnetismo animal.

¿Pero qué es el magnetismo?

Si dos personas, abstraídas intencionalmente de toda distracción del mundo circundante, se ponen en contacto por medio de ciertas manipulaciones o tocamientos, una de ellas, comúnmente la más débil y pasiva, siente en sí un *efecto* suave de calor o frío propagándose por la superficie de su cuerpo. Por consiguiente debe haber en el individuo activo alguna fuerza intrínseca e inherente, distinta de las fuerzas extrahumanas, como son el poder celeste, la electricidad, el magnetismo mineral, etc. También el individuo influenciado pasivo debe tener del mismo modo esa fuerza en sí, aunque en grado inferior. Pues sin esta calidad "magnética" jamás podrá ser influenciado por la de otro, así como el ojo sin luz inmanente no es capaz de ver la del sol y de los objetos, o como el espíritu humano sin la disposición

macrocósmica en su interior (véase cap. 15, pág. 441, etc.) no puede concebir jamás las leyes del universo.

Así nos elevamos a un resultado general, y es que la fuerza magnética, que puede manifestarse en forma de una irradiación activa, es una propiedad de la misma organización humana, una propiedad tan inmanente al cuerpo, como la luz lo es al sol.

1. El individuo influenciado pierde paulatinamente sus facultades singulares: su comercio empírico con el mundo circundante se ofusca, su voluntad espontánea desaparece, sus sentidos se embotan, sus contracciones musculares se aflojan, su sensibilidad se apaga, y todos los procesos vegetativos, circulatorios y sexuales se tranquilizan; el individuo entero, como la totalidad individual de todos sus procesos vitales, se rinde, se olvida, se adormece.

Este ofuscamiento y abolición de todas las funciones determinadas, verificándose también en el centro de la espontaneidad individual, en el cerebro, puede tan sólo referirse a aquellos elementos cerebrales cuyas funciones son determinadas y circunscritas. Estos son los elementos histológicos (véanse los capítulos anteriores).

Por consiguiente los elementos estructurales del cerebro, en el adormecimiento magnético, suspenden sus funciones inmanentes y se tranquilizan.

2. Si el efecto magnético continúa y se aumenta, el individuo en medio de la desaparición de sus funciones mentales determinadas no pierde su sensación vaga de su existencia en general; al contrario, ella se exalta y sublima. El individuo siente en sí una tranquilidad, un gozo interior, una dulce embriaguez, un bienestar.

Vemos así que el adormecimiento de los procesos concretos de su psique no sólo depende de la abolición pasajera de lo determinado, sino que también se despierta en él la vida indeterminada y vaga del alma, entronándose sobre las funciones perceptivas del mundo externo y del contenido concreto de la psique.

Esta sensación vaga del alma, la que podemos llamar directamente *alma*, distinguiéndola del espíritu concreto que es su desarrollo detallado, esta alma primitiva abstracta y fundamental

del espíritu no puede residir sino en aquella sustancia del cerebro que por su origen embrional es primitiva, que por su estructura es idéntica y abstracta y que por su destino morfológico es el fundamento para el desarrollo de la estructura concreta. Esta sustancia es la nérvico-celulosa (véanse los capítulos anteriores).

Por consiguiente los elementos morfológicos del cerebro, en el adormecimiento magnético, despiertan con toda su actividad inmanente manifestando su vaga lucidez psicológica.

3. Pero poco a poco, cuando la emanación activa del magnetizador es vigorosa y sostenida y la disposición pasiva del magnetizado es exquisita, el contenido concreto del alma y las fuerzas perceptivas de los sentidos surgen de su adormecimiento artificial y llegan a una intensidad y claridad tan sublimada, que el individuo penetra y adivina lo que sucede a su alrededor y percibe por medio de sus sentidos lo que queda escondido por la percepción común.

Así la estructura histológica del cerebro, que al principio entró en el adormecimiento magnético retrocediendo ante la exaltación dominadora de la sustancia nérvico-celulosa, adquiere una intensidad vitalística igual a la de esta última y ambas se entrelazan, confunden y reúnen para formar lo que llaman *sonambulismo lúcido*.

Esta *exaltación suprema materialístico-vital de la morfología e histología de la totalidad encefálica* y de todo el sistema nervioso tal vez, unida con una correspondiente disposición de las demás esferas de la organización humana, es, a mi modo de ver, *la esencia fundamental del sonambulismo*.

Si el sonambulismo lúcido por la vigilia de la sustancia morfológica se parece a la *dormición* y por el despertamiento de los elementos histológicos se asemeja al *ensueño* (véase cap. 7), se distingue por otra parte esencialmente de la dormición y del ensueño en que la vigilia morfológica es aquí *llevada al punto culminante de su exaltación* y el despertamiento histológico, lejos de ser parcial como en el ensueño, *se propaga por todos los elementos del cerebro entero*. A consecuencia de esto se puede definir el sonambulismo lúcido como la vigilia más completa, general y exaltada en medio de la dormición más intensa y profunda.

De este modo el zoomagnetismo resulta ser un acontecimiento fisiológico que pertenece a los procesos de la organización humana, como el sueño y la dormición, representando la unidad confusa de ambos, y que por consiguiente no es un fenómeno aislado y sui géneris, sino más bien una manifestación general que puede surgir en todas las enfermedades del sistema encéfalo-raquidiano-esplánico de *un modo espontáneo*, como sucede muchas veces en personas delicadas, en el histerismo, en la epilepsia y en todos los casos de demonomanías, como también en los ataques de nuestra endemoniada.

4. En la dormición magnética el individuo recae en el estado de su embriologismo primitivo en donde la única existencia psicólogo-orgánica era la de la morfología en general.

Digestión, circulación, animalización y sexualidad, en el período ovular del futuro hombre, no son más que cuatro sustancias abstractas (o esferas morfológicas) componiéndose de celdillas idénticas, cuyas funciones en cada una de dichas sustancias son tan indeterminadas como las sustancias mismas. El acto del organismo de distinguirse del mundo externo, que empieza con el desarrollo concreto de la estructura histológica, no existe todavía aquí, siendo el organismo morfológico embrional la unidad inmediata con el macrocosmos al que contiene en sí virtualmente. La sustancia primitiva del cerebro, que es aquí la única representación materialístico-vital de la *subjetividad* futura, es la verdadera *alma reflectora* en cuyo espejo se estampa el proceso homogéneo de la organización ovular virtualmente una con el macrocosmos; y esta unión indistinta de la vida orgánica con la del universo llega en la sustancia-alma del cerebro a la *sensación inmediata*.

En la dormición lúcida, pues, donde la sustancia primitiva del cerebro, etc., despierta elevándose al punto culminante de su actividad animada (véase también el cap. 15), el individuo llega a la intuición más trasparente de su unidad con el universo; él vive en el interior de éste, así como siente vibrar la vida del macrocosmos en su propio interior; ambos son vagos, claros, abstractos y homogéneos en sí, ninguna diferencia existe pues entre los dos, y el individuo sumergido en la intuición abismadora de

sí-mismo-universo no es capaz de distinguirse a sí mismo como sujeto enfrente del universo como objetividad externa.

Esta unión trasparente entre el alma lúcida y el mundo externo se verifica durante la lucidez por dos vías. La una consiste en que la sustancia-alma del cerebro, siendo la unidad virtual de sí misma con el macrocosmos y proyectándose idealmente durante su exaltación magnética, proyecta de sí el universo en forma de una totalidad general y de una intuición general de esta misma totalidad. La segunda vía consiste en que este mismo mundo objetivo se introduce *de fuera* en el interior del alma proyectadora por medio de sus fuerzas totales y abstractas, como son el magnetismo telúrico, la electricidad, el calor, etc. Estas fuerzas o acciones generales penetran sin cesar el organismo humano entero, pero en el sonámbulo obran ellas de un modo tan exquisito sobre su sustancia encéfalo-morfológica que se tornan luego en una verdadera intuición macrocósmica, la cual, coincidiendo con la intuición preexistente subjetiva, la refuerza y realiza. De este modo el sonámbulo lúcido, durante su dormición se siente uno e idéntico con el mundo externo intuyéndolo en su interior de un modo trasparente pero homogéneo.

5. Pero en medio de esta lucidez vaga e indeterminada el sonámbulo no percibe todavía ninguna cosa particular; sumergido en el océano de su abstracta intuición percibe tan sólo sus grandes acciones pulsantes sin encontrar nada que limite y circunscriba aquella confusa inmensidad. Sólo por la dirección de la voluntad distinguidora, determinadora y limitadora del magnetizador, el sonámbulo es capaz de salir de su vaga homogeneidad y de fijarse ciertos objetos y percepciones determinadas y precisas.

Estas percepciones *precisas* deben existir ya de antemano en el interior del sonámbulo, o por lo menos debe haber para su entrada un terreno adecuado. En efecto despierta al mismo tiempo, como lo hemos visto, toda la estructura concreta del cerebro entero y de sus prolongaciones sensoriales y sensitivas de un modo sumamente fino e intenso (véanse los capítulos anteriores).

Dicha exaltación concreta de la *estructura* de los órganos cerebrales y sensoriales, de la cual aun el hombre más ingenioso tiene la rara felicidad de disfrutar de un modo no interrumpido,

dicha exaltación mental, digo, llevaría al sonámbulo a las más altas regiones de la adivinación de la suprema verdad, si no fuese perturbada por la exageración lúcida de la abstracta alma-sustancia del cerebro, exageración lúcida que metiéndose a cada paso en los detalles tranquilos del trabajo imaginativo e intelectual, los disuelve y borra. Por este motivo sucede casi siempre que ni la lucidez abstracta se mantiene clara, por el entremetimiento perturbador de las funciones concretas exaltadas; ni estas últimas se mantienen precisas, por la influencia borradora y disolvedora de la actividad lúcida. Y por este mismo motivo los sonámbulos lúcidos se equivocan muchas veces en sus vaticinios y predicciones.

En el cerebro de nuestra endemoniada existe este elemento de sonambulismo lúcido en un grado bastante visible, manifestándose por la pre-sensación que tiene de su próximo ataque. La joven ha anunciado en sus repetidos ataques el día y la hora del que había de venir, y siempre sin equivocarse.

Por medio de la exquisita sensibilidad y percepción de la estructura histológica de sus focos endemoniados exaltadamente despiertos, como también en virtud de la lucidez trasparente de la sustancia morfológica de los mismos focos y tal vez de las provincias sanas dormitantes, la joven puede muy bien *sentir las vagas oscilaciones de un ataque venidero* antes que venga realmente, y por la *fuerza* de dichas oscilaciones calcular y deducir, *sin saberlo*, el tiempo preciso en que estas últimas han de llegar al colmo de un verdadero ataque; más o menos a semejanza de un ojo artísticamente fino, que por los grados cuantitativos de luz, sombra y colores de un dibujo, distingue lo cercano de lo lejano en todas sus gradaciones, trasmudando idealmente la perspectiva plana en un espacio profundo.

CAPITULO VIGESIMOQUINTO

EL SACERDOTE-MAGO, EL EXORCISMO Y EL DIABLO CON LA COLA ENTRE LAS PIERNAS

Si la joven queda abandonada a sí sola, *despierta* al fin y al cabo de su ataque por sí propia, después de un tiempo indeterminado de media hora hasta hora y media.

Este despertamiento espontáneo es un acto interior de la misma periodicidad de la vida nerviosa, un flujo y reflujo de la energía nutritivo-vital, teniendo por tipo fundamental la dormición fisiológica y su despertamiento normal, y asemejándose a la resolución de los paroxismos epilépticos, histéricos, catalépticos, neurálgicos, etc.

El restablecimiento periódico de los paroxismos en general, teniendo su causa en la fluctuación regular de la energía nerviosa fisiológica, no puede depender de la momentánea *abolición* de la enfermedad radical, puesto que los ataques vuelven repitiéndose periódicamente, mientras que el fundamento de ellos, como muchas veces se manifiesta en el cadáver, suele ser una desorganización profunda, cuya existencia inmóvil se distingue de la naturaleza fugitiva e inconstante del ataque.

El mismo procedimiento patólogo-fisiológico que se verifica en el cerebro, cuando la joven cae espontáneamente en el ataque, este mismo procedimiento se efectúa de un modo inverso, cuando despierta y se restablece (véase capítulo 23).

La joven despierta de su paroxismo, quiere decir que las

provincias sanas del cerebro, adormecidas y aletargadas bajo la influencia dominadora de los focos enfermos, adquieren poco a poco su energía anterior, a consecuencia de su mismo descanso hipnótico, exactamente como sucede con la dormición normal y su despertamiento consecutivo. A medida que se verifica esto, los focos enfermos, sobretrabajados por su exaltación que sufrían durante el paroxismo, se rinden y agotan, como cualquier músculo u órgano que ha trabajado con demasía. En medio de este doble procedimiento que se refiere esencialmente a la estructura, se verifica también otro acto restablecedor, y es que la *sustancia morfológica* tanto de los focos enfermos como de las provincias sanas, exhausta por su sobreexaltación lúcida, cae de nuevo en su estado de dormición normal, y el resultado total de todo eso es que la endemoniada despierta de su ataque y vuelve en sí.

El exorcismo, pues, para ser un remedio que conjure y expulse al demonio, no puede obrar sino *moviendo los mismos resortes interiores que constituyen el ataque, y llevándolos por el mismo camino que ya por sí llevan para el restablecimiento espontáneo*. Sólo por su violencia y exageración se distingue el exorcismo de la crisis natural, y por esta misma violencia es capaz de *acelerar y precipitar* todo el desarrollo y progreso del ataque y por consiguiente también su resolución crítica. Este es todo el misterio del exorcismo; él es un poder psicológico tan importante para la endemoniada, que es de veras el único medio artificial que la restablece, y por este motivo es digno de un estudio concienzudo.

Si nos fijamos en el contenido de la demonomanía, vemos que se compone de cuatro elementos importantes. Ellos son:

a) El Yo-demonio, que consiste en el despertamiento activo de los globos cerebrales. Por medio de esta perversión de su Yo-mismo la joven tiene un horror a todo lo sagrado y particularmente al exorcismo, el que en su mente pervertida se le presenta como un poder *exterminador* de su Yo-mismo-demonio (véase el capítulo 23). Así las palabras exorcizantes obran sobre el pervertido Yo de un modo exaltador y aniquilador, de cuyos efectos el aniquilador es producido primariamente por el horror de las palabras, a semejanza del efecto que el miedo ejerció sobre el cerebro todavía sano de la joven (véase capítulos 3, 5);

mientras que la violenta exaltación puede ser considerada por un proceso reactivo de la sustancia de los globos, el que continúa de un modo exacerbado su proceso pervertidamente nutritivo a despecho del efecto aniquilador. El sacerdote, como portador del exorcismo, le da miedo a la joven o más bien aterroriza su mente pervertida.

b) El No Yo, o la individualidad-Carmen, *poseída y dominada* por el demonio, y desfigurada aun por la índole demonopática de los cilindros y demás elementos histológicos en donde reside. Las reminiscencias gratas de los sacerdotes y la inclinación vaga que la joven conserva hacia ellos aun durante el ataque, como también el sentimiento religioso que queda en el interior de su alma enferma, constituyen el *verdadero poder moral* que los sacerdotes tienen sobre ella, en tranquilizarla cuando se desespera y entra en furor. La joven, obedeciendo por su propia determinación a cualquier sacerdote que la manda sosegar en el nombre de Dios, y tan sólo a un sacerdote y a ninguna otra persona, no hace más que entregarse voluntariamente a sus propios afectos y reminiscencias agradables, *aunque sean en pugna con su Yo-pervertido*. Esta enemistad y lucha entre los elementos de su mórbido dualismo interior no impide el que *cada elemento separado se manifieste en su particular determinación psicológica*.

c) Otra reminiscencia importante es la de cualquiera persona que por sus pretensiones amorosas haya iniciado en el alma juvenil de la virgen una serie de conmociones erótico-libidinosas, las que surgen ahora en la masa cerebral demonopáticamente exaltada, alimentándose de los reflejos ovario-uterinos durante el paroxismo (caps. 16, 17), y evocan la reminiscencia de *cualquiera* de estas personas que tienen conexión con su pasado amoroso.

Esta persona puede ser la que la había violado, puede también ser Pascual o cualquier otro; pero la coincidencia casual del nombre de aquel pretendiente Juan con el nombre de San Juan Evangelista ha determinado una reminiscencia precisa, como lo veremos muy luego.

d) La exaltación lúcida de la sustancia morfológica néveo-celulosa, de aquella sustancia-alma del cerebro que repetidamente

hemos caracterizado en este trabajo (véase el capítulo 24), constituye el *momento zoomagnético* del paroxismo. En virtud de esta disposición particular la joven está entregada a la influencia de cualquier individuo que tiene en su sistema nervioso la fuerza mágica (zoomagnética) suficientemente desarrollada. Pero como la joven tiene de antemano una predilección religioso-social hacia los sacerdotes, la cual favorece mucho al poder mágico, es natural que se entregue con exquisita facilidad a este influjo involuntariamente-voluntario de los sacerdotes. Entre ellos el señor presbítero Zisternas, por su *fuerza* magnética inherente, por su fe en la eficacia del exorcismo y por su profunda *convicción* sacerdotal de ser *él* el elegido para este fin, por haber sido *autorizado* ex profeso por el ilustrísimo señor Arzobispo, es el que dispone de una influencia mágicamente curativa muy sobresaliente, cuya influencia se ha vigorizado de una manera considerable en virtud de la repetida *comunicación* magnética en que este caballero se encuentra con la joven desde los primeros ataques.

Este complejo de elementos, que constituye la índole contradictoria del ataque, necesita, pues, de un medicamento adecuado que sea compuesto de elementos correspondientes, de los cuales cada uno coincida farmacológicamente, por decirlo así, con el respectivo elemento patológico, y en efecto, este medicamento es precisamente el *exorcismo* por medio del evangelio de *San Juan* pronunciado por un *sacerdote*, y por el mismo sacerdote autorizado *ad hoc*, que es el señor presbítero *Zisternas*.

Estos cuatro elementos *fármaco-lógicos*, es decir, el exorcismo, *San Juan*, el sacerdote y el señor *Zisternas*, reunidos en un único poder compacto, son las condiciones indispensables para desencadenar el alma de la joven del poder maligno que ha tomado posesión de ella. Si una de estas condiciones falta, se desvirtúa o cesa la fuerza de aquella *fármaco-magia* religiosa.

El señor *Zisternas* refiere lo siguiente: "Tomé un ritual y principié a rezar un salmo, y a pesar de que en este ataque no se agitaba, según decían, por ningún motivo, se agitó no obstante por la lectura del salmo, hasta darse contra el suelo con la misma furia que en el ataque de los días precedentes. Seguí remudando varios salmos; todos produjeron el mismo efecto de agitarla con más o menos violencia; pero cuando llegué a leerle el Evangelio

de San Lucas, que también se encuentra en el ritual: *in illo tempore erat Jesus ejiciens demonium et illud erat mutum*, etc., se puso furiosa, salió de la cama y se golpeó horriblemente, pero con ninguno de los Evangelios concluyó el ataque, hasta que le recité el Evangelio de San Juan, por lo que no tuve ya duda que era cierto que obedecía al mismo Evangelio, como ella lo había dicho en el ataque anterior”.

Este mismo Evangelio de San Juan recitado por otro sacerdote no ha producido siempre el mismo efecto decidido como cuando lo recita el señor Zisternas, pero no produce el menor efecto cuando lo lee un *lego*. De lo cual se trasluce claramente lo indispensables que son las cuatro condiciones arriba mencionadas.

Pero en sus ataques anteriores al señor Zisternas, cualquier sacerdote podía curarla por medio del Evangelio. El *rapport* vigorosamente magnético que después se ha formado entre esta joven y el señor presbítero ha debilitado la comunicabilidad general e indeterminada para con todos los demás, cosa que sucede siempre en las relaciones zoomagnéticas.

“Esta virtud del Evangelio vino a descubrirse por casualidad. Notaron las hermanas que ella se enojaba cuando algún sacerdote se acercaba a su pieza o estaba dentro del Hospicio. Un día que se encontraba allí don Macario Ossa, que sólo tiene las órdenes menores, le suplicaron que le pusiera un Evangelio. El joven lo hizo, pero con mucho miedo. Ella se irritó, pero no se le pasó el ataque. Preguntada por qué no se había ido (el ataque), dijo (la joven): porque (Ossa) no ha tenido fe, y sí mucho miedo. Se lo avisaron al joven, volvió a decir el evangelio con más resolución y se puso buena en el acto. También se conserva la tradición de que los padres de la Merced y Santo Domingo la curaban con el evangelio cuando le daban los ataques en la iglesia hace años” (García).

Pero mucho antes de estos acontecimientos la joven se restableció una vez de su ataque al oír el evangelio que un sacerdote puso a un niño enfermo en la pieza vecina (véase cap. 6). Esta ha sido la primera vez y desde entonces la eficacia casual del evangelio quedó tan impresa en la mente enferma de la joven, que en todos sus ataques consecutivos ella misma lo indicaba. La coincidencia casual del nombre San Juan con el nombre de

una persona amada, que oyó nombrar por primera vez en su ataque después de tanto tiempo, debe haberla sorprendido tanto, que despertó, exactamente lo mismo que uno despierta de un profundo sueño cuando lo llaman por su propio nombre o le pronuncian un nombre querido. En sus ataques consecutivos principiaba poco a poco a convencerse de que la reminiscencia de aquel hombre le hace bien, y como creía también en el santo evangelista, lo consideraba por un acto de la divina providencia el de combinar los dos en un nombre. Si su amante se hubiera llamado Lucas, por ejemplo, la joven preferiría indudablemente el evangelio de San Lucas; o si hubiese un evangelio de San Pascual, éste sería sin contradicción el más preferido.

Convencida y profundamente convencida la joven de que tan sólo el evangelio de Juan (nunca lo llama San Juan) la ha de sanar, ya abriga en sí la *posibilidad* de sanar de veras, porque la convicción de despertar, expresada fisiológicamente, es la sensación interna de este *despertamiento en su desarrollo progresivo*, es decir, es la misma sustancia cerebral sintiéndose volver a su estado fisiológico. La joven, convencida de sanar por el evangelio de *Juan*, sana de veras, como aquel loco que creyendo tener un pájaro en su cerebro, se mejoró luego de su locura cuando el médico, después de haberle hecho una dolorosa operación en la cabeza, le mostró el pretendido pájaro que ha sacado.

Si, pues, reunimos los cuatro elementos del exorcismo en frente de los cuatro elementos patológicos de la enajenación de nuestra joven, vemos lo siguiente:

a) La lectura del evangelio horroriza y exalta tanto la *mente endemoniada*, el Yo demonopático de la Carmen, que los focos mórbidos, *paralizados* por el horror y exaltados por su propia reacción contra éste, se agotan y rinden al fin y al cabo como cualquier órgano sobretrabajado, mientras que, por otra parte, su exaltamiento reactivo, si llega a su mayor altura, rompe las barreras del recinto enfermo, extendiéndose por las provincias sanas del cerebro, *las cuales despiertan de este modo de su dormición mórbida*, y toman su antiguo predominio repercutidor sobre los focos enfermos ya por sí exhaustos aunque luchantes todavía. Este es el efecto violentamente perturbador de las *palabras*

exorcizantes, como que es notorio que un gran susto puede volver a un enajenado a su juicio.

b) La individualidad-Carmen, sintiéndose oprimida bajo el dominio de su genio maligno, espera toda su libertad de aquel Juan que, confundido en su mente con el santo evangelista, toma para ella los contornos de un ser superior y omnipotente. Este poder ilusorio, que en el interior de su alma enajenada es un poder *verdadero*, siendo la manifestación poderosa de la suprema turgencia materialístico-vital de los elementos histológicos en los focos enfermos (cilindros y sustancia homogénea); este poder, pues, o, lo que es lo mismo, la exaltación suprema de dichos elementos, obra de la misma manera que el exaltamiento de los globos por el exorcismo, y su propagación conmovedora sobre las provincias sanas las despierta de su dormición haciéndolas volver a su función normal.

c) La individualidad sacerdotal por su extraña relación dualística que tiene con la psique de la joven endemoniada (véanse cap. 10, pág. 391; cap. 23, etc.) influye en la resolución del ataque de dos maneras. La primera coincide con el efecto de las palabras exorcizantes sobre el pervertido Yo-positivo (a); la segunda se asemeja al poder que la ilusión erótico-evangélica de Juan ejerce sobre el No-yo poseído (b).

d) La influencia mágica del sacerdote es su emanación zoomagnética que sin su saber se irradia de su sistema nervioso-cerebral, aumentándose y minorándose, tranquilizando y exacerbando, según las ondulaciones de su voluntad. El sacerdote, sabiendo que la joven se *exalta* durante la lectura y que *debe* exaltarse (cap. 14), *quiere* también, sin saberlo, *que se exalte*, a fin de que se compruebe la voluntad de Dios (cap. 13, pág. 425); *sabiendo* por otra parte que con las palabras: *et verbum caro factum est*, etc., la joven tiene precisamente que volver en sí, el sacerdote-mago aumenta y concentra su fervor religioso de exorcista, dirigiendo toda su inspirada voluntad *hacia este fin*. La emanación magnética, que en ambos casos se irradia del cerebro religiosamente exaltado del sacerdote, toma en cada uno de los casos una determinación y eficacia correspondientes, y el resultado es el efecto decidido sobre la joven (cap. 12). Si el sacerdote recita el exorcismo sin la fe suficiente, quedando en una

postura poco fervorosa (sobresentado, etc.) u omitiendo por olvido algunas palabras del evangelio, como ha sucedido de vez en cuando en el caso presente, entonces quiere decir esto que no hubo bastante concentración mental de parte del sacerdote, y que por consiguiente el efecto del exorcismo, desprovisto de su elemento mágico, ejerce una influencia débil o ninguna.

En virtud de esta magnetización involuntaria e insabida, la sustancia morfológica de los focos enfermos y de las provincias sanas se tranquiliza cuando el sacerdote llega a las palabras por las que tiene que despertar la joven; y dicha tranquilización, estando en antagonismo orgánico con la estructura histológica, contribuye a que esta última despierte y entre en acción (véase cap. 7, etc.).

De este modo los efectos de los cuatro elementos *fármaco*-dinámicos se combinan y refuerzan mutuamente, representando una verdadera pila voltaica compuesta antidemonial; y el último resultado es que las provincias sanas del cerebro despiertan y dominan tanto los focos tranquilizados, que la endemoniada no sólo vuelve al goce antiguo de todas sus facultades mentales sanas, sino que aun olvida enteramente lo que le había sucedido durante el paroxismo.

Esta es la memorable historia de la endemoniada de Santiago, cuyas últimas escenas han sucedido en la capital de la República de Chile, en los meses de julio y agosto de 1857, en presencia de un inmenso gentío de toda clase, sexo y edad, y de muchos sacerdotes, como también de una gran parte de los médicos de Santiago. En el último ataque acaecido el 1º de agosto predijo la joven que no volvería a tener otro paroxismo hasta en un año y medio, lo que cae en el 1º de febrero de 1859. Esperemos tranquilos y preparémonos para los experimentos por hacer con más cuidado y circunspección que como se han hecho en los ataques actuales.

El realizamiento de dicha predicción no será un motivo para convencernos de la intervención de un poder demonial extra-

humano, sino será una confirmación más de la exquisita facultad *pre-sensitiva* de que es capaz la actividad mórbidamente exaltada de la masa cerebral.

El mundo ilusorio que la pretendida maleficencia del diablo ha tejido alrededor de la cabeza de la joven no es más que la misma acción del cerebro proyectada hacia fuera al campo ideal de su propio interior, del interior en el cual el demonio posidente de la naturaleza humana es la misma naturaleza mórbida de la humana organización y personificada por la tendencia inherente del cerebro a subjetivar e idealizarlo todo.

Así también el estudio honrado y sostenido de la naturaleza fisio-psicológica del hombre es el verdadero y único exorcismo que puede librarnos de ese demonio de toda tentación, de caer en errores espiritualísticos, de todo mal; de romper la hermosa unidad arquitectónica del hombre en espíritu y cadáver, y de toda ignorancia; de creer que semejantes abstrusas concepciones sean las verdaderas que salven la inmortalidad individual del alma humana.

CAPÍTULO PRIMERO

DEMONIO Y CIENCIA 9

CAPÍTULO SEGUNDO

CONSIDERACIONES SOBRE LA EVOLUCION DE
LA PSIQUIATRIA CHILENA 33

CAPÍTULO TERCERO

OCULTAMIENTO DEL DEMONIO. AUGUSTO
ORREGO LUCO, NEUROPSIQUIATRA, PSICOLO-
GO, HISTORIADOR, POLITICO 53

El médico (53).— La psiquiatría del siglo XIX antes de Orrego (57).— Ramón Elguero (58).— Orrego y el ocultamiento del demonio (62).— La nueva psiquiatría de Orrego (65).— Su modo de mirar la investigación clínica (71).— El cerebro y el actuar automático (74).— La neuromimesis (76).— Orrego y la existencia del subconsciente (81).— La histeria (82).— El médico legista (84).— Los enterrados vivos y los signos positivos de muerte (86).— Las alucinaciones (90).— El método crítico-clínico y el papel del médico (94).— Augus-

to Orrego Luco, psicólogo y retratista (95).— Genio y locura. Don Simón Rodríguez (106).— La Patria Vieja (113).— El político (119).— Orrego en nuestra historia (123).— Trabajos de Orrego Luco (128).

CAPÍTULO CUARTO

CARMEN MARIN O LA ENDEMONIADA DE SANTIAGO. 133

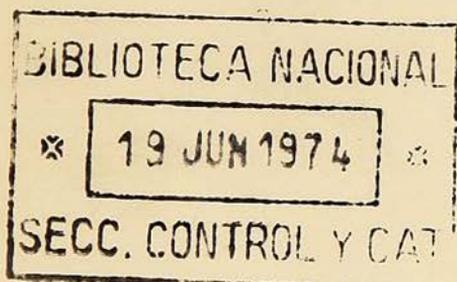
Dos palabras de los editores (135).— Crítica preliminar (136).— Relación hecha por el presbítero José Raimundo Zisternas (157).— Informes de varios facultativos (189).

CAPÍTULO QUINTO

LA ENDEMONIADA DE SANTIAGO O EL DEMONIO EN LA NATURALEZA Y LA NATURALEZA DEL DEMONIO 315

Introducción (317).— Cap. I: El pasado y el presente (319).— Cap. II: El siglo XV de Europa en el siglo XIX de Santiago (325).— Cap. III: La inauguración del diablo (331).— Cap. IV: La vida cerebral separada del diablo (336).— Cap. V: La lucha con el diablo (343).— Cap. VI: El triunfo del diablo y sus ataques periódicos (350).— Cap. VII: Los elementos, antecedentes y constituyentes del paroxismo (355).— Cap. VIII: La sensibilidad abolida y la invulnerabilidad del cuerpo (363).— Cap. IX: La visión con los ojos cerrados y la exaltación óptica (370).— Cap. X: La exaltación olfatoria y las visiones de los informantes (380).— Cap. XI: La exaltación auditiva, la visión por detrás y la insensibilidad sensitiva (395).— Cap. XII: La gustación, el agua bendita y el zoomagnetismo (411).— Cap. XIII: Las convulsiones y el desarrollo de fuerzas extraordinarias (422).— Cap. XIV: El conocimiento del afuera, la voluntad y las contorsiones convulsivo-voluntarias (429).— Cap. XV: El diablo y el filólogo

go (439).— Cap. XVI: Los momentos intrusos de la sexualidad y la inspiración histérica del señor Carmo-
na (453).— Cap. XVII: El histerismo de la endemo-
niada y el diablo enamorado (460).— Cap. XVIII: La
fracturación de la personalidad y el cambio del Yo-
mismo (467).— Cap. XIX: La individualidad del indi-
viduo reflejada en la vida psicológica del cerebro (472).—
Cap. XX: La reproducción de la objetividad en la his-
tología del cerebro (476).— Cap. XXI: La proyección
del contenido psíquico y las alucinaciones (480).—
Cap. XXII: La idea fija combinada con la alucinación
y alienación (492).— Cap. XXIII: La perversión del
Yo-mismo y el diablo posidente (497).— Cap. XXIV:
El magnetismo, la lucidez y la previsión (510).—
Cap. XXV: El sacerdote-mago, el exorcismo y el diablo
con la cola entre las piernas (516).



El influjo demoníaco en la historia personal y universal, como asimismo el problema de las *posesiones diabólicas*, han preocupado a los hombres de todas las épocas. Los estudios —ya clásicos— de Janet y Freud, cuyas audaces exploraciones constituyen una especie de culminación de la ciencia del siglo XIX, proponen conceptos que aclaran dichas posesiones. A esa época le debemos el descubrimiento del subconsciente, que es tal vez el hecho más trascendental en la historia de la Medicina de los últimos cuatrocientos años. Curiosamente, por la misma época, un investigador chileno, Manuel Antonio Carmona, elabora —a propósito de una *endemoniada*— una teoría sobre la posible naturaleza del diabolismo, adelantándose en varios decenios a Freud en la intuición de la existencia de una parte subconsciente de la psique.

Aunque parezca extraño, este problema es omitido por Orrego Luco, el más importante psiquiatra chileno de la segunda mitad del siglo pasado, el cual, sin embargo, hace notables descubrimientos en otros campos de dicha ciencia. El presente volumen incluye también *Carmen Marín o la Endemoniada de Santiago*, quizás el documento científico de mayor interés de Chile del siglo XIX, texto de cuya única edición, aparecida en 1857, quedan apenas tres o cuatro ejemplares prácticamente inubicables. El autor de *DEMONIO Y PSIQUIATRÍA* es Profesor Titular de Psiquiatría de las Facultades de Medicina de las Universidades de Chile y Católica, y Director del Departamento de Psiquiatría y Antropología Médica de la Facultad de Medicina de la Sede Occidente de la Universidad de Chile.

